



AD
CIÓN

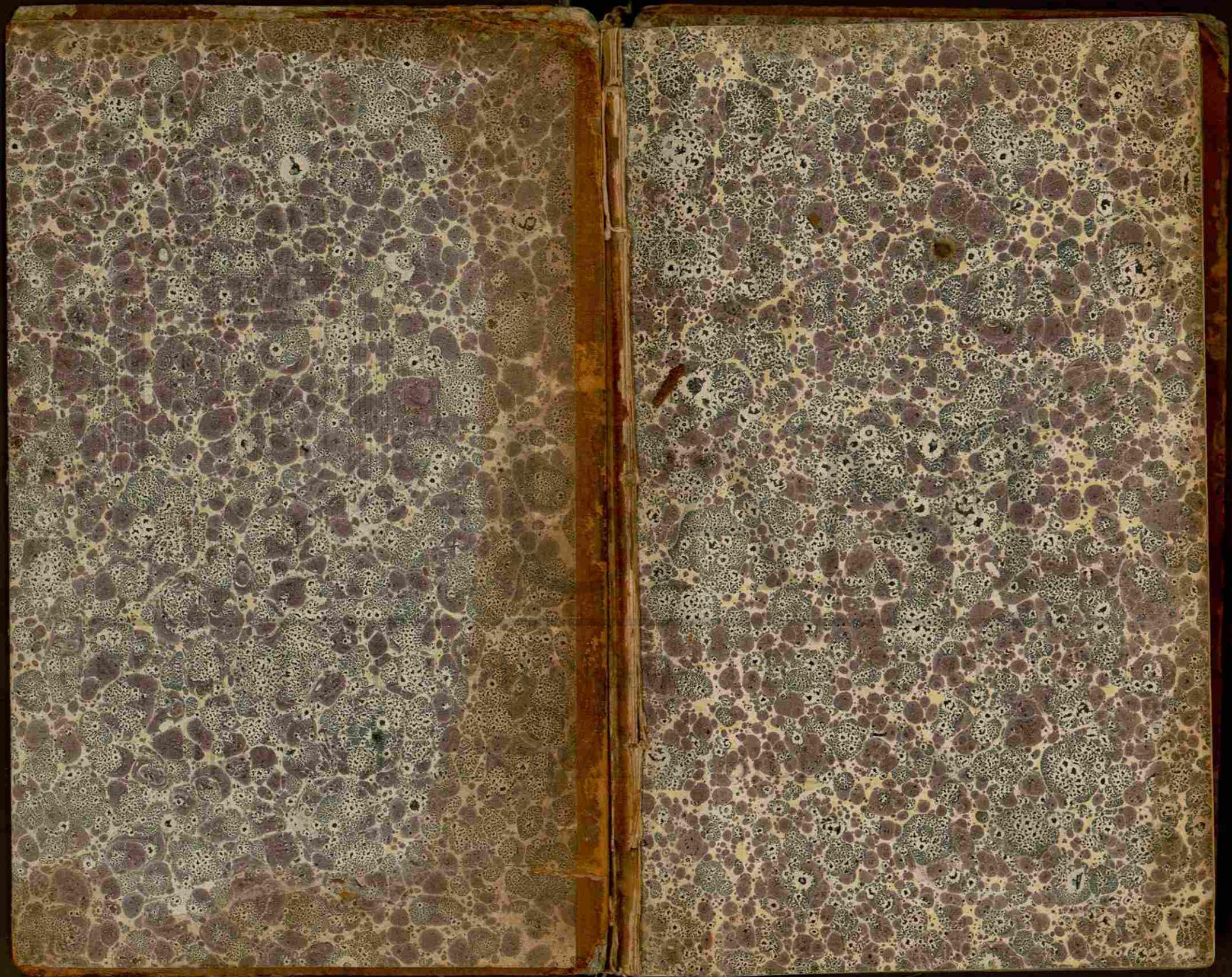
BX1756

.A2

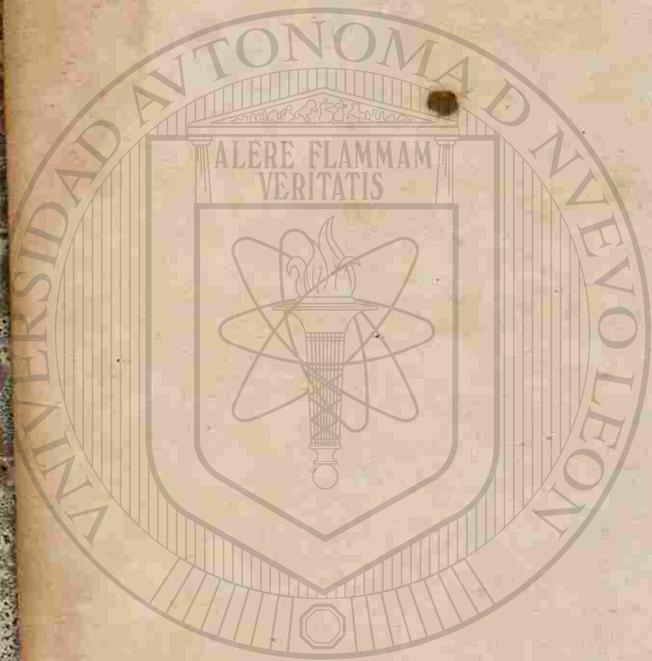
C3

V.9

C.1



C # 2 - 6 # 30



BIBLIOTECA
DE PREDICADORES.

TOMO NOVENO.

PARTE CUARTA,

TOMO I.

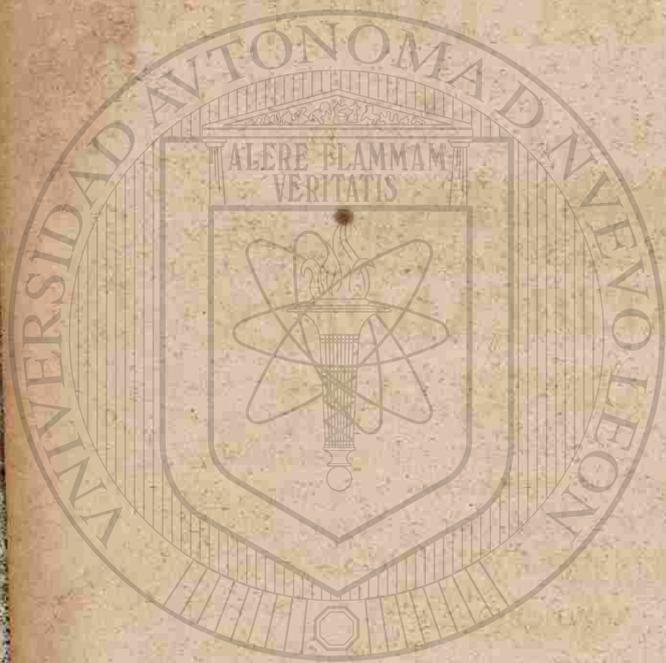
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®



BIBLIOTECA
DE
PREDICADORES

ó
SERMONARIO ESCOGIDO
DE LAS OBRAS PREDICABLES
DE COCHIN, CHEVASSU, EGULETA, FLECHIER, GARCÍA,
GONZÁLEZ, MASSILLON, SÁNCHEZ SOBRINO,
SANTANDER, TRENTO, TRONCOSO
Y OTROS,

POR
DON VICENTE CANOS,

PRESBITERO.

SERMONES PANEGÍRICOS.

TOMO PRIMERO.



PARIS,
LIBRERÍA DE DON VICENTE SALVA
CALLE DE LILLE, N° 4.

1850.

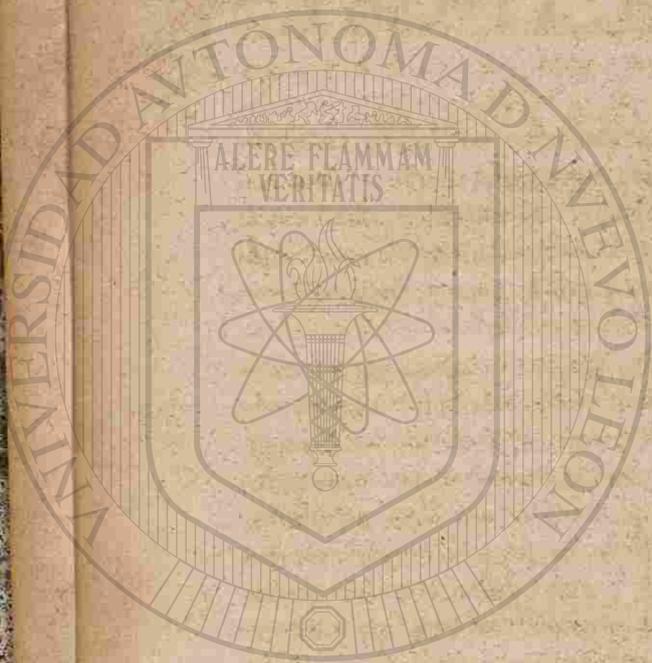
IMPRESA DE J. CLAYE Y C^a, CALLE DE SAN BENITO, N° 7.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

38061

6x 1756
-42
C3
v. 9



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

INTRODUCCION.

¡ Qué espectáculo tan magnífico nos ofrece la divina constitucion de la Iglesia, esposa del Cordero! Dos son las ciudades que la componen : la Jerusalem celestial y la Jerusalem terrestre. El Verbo divino ha querido constituirse la piedra angular que una en sí estas dos ciudades de su Redencion.

En la primera moran los bienaventurados, que habiendo sido un dia habitantes como nosotros de la mansion de este mundo, trocaron ya el lúgubre sayal de nuestra humana mortalidad con rica púrpura de gloria inmortal : en la segunda moramos todos los que bautizados en Jesus y militando bajo sus banderas, atravesamos los escollos de este mar borrascoso, navegando de continuo hácia el puerto venturoso de nuestra patria feliz. Miembros de la Iglesia militante en la Jerusalem terrestre, aspiramos á serlo de la triunfante en la Jerusalem celestial.

No somos pues ya extranjeros ni advenedizos, sino familiares de Dios, sus amigos y confidentes (1) : *Vos amici mei estis*, nos dice nuestro amado Redentor; y en otra parte : « Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor ni conoce sus secretos; os llamaré, sí, mis amigos, porque os he hecho partícipes de mis mas íntimos secretos » (2) : *Jam non dicam vos servos... vos autem dixi amicos*. Y el sublime intérprete de los

(1) *Joann. c. 15. v. 14.* (2) *Ibid. v. 15.*

designios del Señor y de sus inefables bondades para con nosotros, el apóstol Pablo, remontando su vuelo hasta el cielo nos dice (1): *Jam non estis hospites et advenæ, sed estis cives sanctorum et domestici Dei: superædificati super fundamentum apostolorum et prophetarum, ipso summo angulari lapide Christo Jesu.*

Destinados pues á gozar un dia de nuestro Bien supremo en la compañía de todos sus santos, nuestros conciudadanos; precisados, empero, á vivir todavía ausentes de nuestra venturosa patria mientras no se cumplan los eternos decretos que nos tienen confinados en las regiones del mundo, suspiramos sin cesar por el divino objeto de nuestros amores y esperanzas: nuestro desdichado é infeliz corazón, en el entre tanto, cansado de ir en pos de las criaturas posando de flor en flor en busca de su dulce bien, no halla reposo hasta descansar en Dios. *Fecisti nos, Domine, ad te; et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te*, dice admirablemente san Agustin (2). Y es que Dios ha dispuesto que todo lo que no sea Él, nos despida de sí para arrojarnos en su seno.

Viéndose pues nuestro amante corazón violentamente separado del centro de las inefables delicias para que fuera criado, y que multiplicados peligros de perderlo le corren á cada paso; encarnizados enemigos de un lado, traidoras asechanzas de otro, y un mundo seductor cercándole por todas partes; forzado á vivir en la carne, su mas jurado enemigo, que mas bien le es sepulcro que le representa la muerte, que mansion donde respire á la vida, ¿ cómo es posible que no gima, que no llore, que no ansie, que no clame al cielo, en donde solo ve el término de sus males, la satisfaccion de sus deseos, la posesion de sus in-

(1) *Ephes. 2. v. 19.* (2) *Conf. tit. 1. cap. 1.*

fables amores? Dios en su bondad infinita ha grabado en lo mas íntimo de él con letras de fuego un destello de sí mismo: *Signatum est super nos signum vultus tui, Domine*: esos sentimientos profundos y sublimes que por un movimiento espontáneo pero fuerte, y fuerte como el amor, le hacen olvidar sus males y lo elevan hasta el empero, de donde descende su noble alcurnia. ¿ Cómo no ha de latir con una dulce violencia este corazón, hecho el blanco de tan encontradas sensaciones, é interesarse en el mas alto grado por todo lo que sabe viene del cielo, y le puede conducir á él. ¿ Cómo podrá serle indiferente todo lo que pertenece á aquellas regiones venturosas, en donde millares de ciudadanos le desean, le aman, le ayudan y con santa impaciencia le esperan? ¿ Qué extraño es pues que en todo acontecimiento, ya próspero, ya adverso, levante el alma sus ojos al cielo, y llena de amor y confianza exclame: *Dios mio! Padre mio! Bien mio! Amor mio?* Nada mas connatural al hombre que ese sentimiento del humano corazón, que el gran Tertuliano llama: *testimonium animæ naturaliter christianæ.*

Dios! el CIELO! Hé aquí el objeto de nuestras amorosas ansias: todo lo que de allí viene nos consuela, dulcifica nuestras penas y aviva las esperanzas. Gocémonos pues en su santa contemplacion, y elevándonos hasta él en alas del divino amor, penetremos con reverente atrevimiento hasta el trono del Señor: contemplemos con los ojos de la fe lo que en aquellos angustos recintos se pasa: ah! cuántos motivos de entusiasmo! cuántos incentivos de amor! cuánto ensanche deleitoso á este amante corazón.

Sin duda que no nos es dado en esta mortal vida mirar cara á cara la augusta faz del Señor; pero sí nos es dado acercarnos al sagrado escabel, y con humilde veneracion descubrir y adorar sus piés. Dado nos es contemplar á esa

aurora divina que dió á luz al divino Sol, cuando desprendiéndose de las celestes alturas quiso nacer en Belen : á esa sagrada María, cuya presencia es el esmalte mas brillante con que adorna su corte el soberano Criador.

Allí nos es dado contemplar esos resplandecientes escuadrones de espíritus inmortales, que distribuídos en nueve jerarquías, ora asisten de continuo ante el divino acatamiento, ofreciéndole por siglos sin fin homenajes de alabanzas y amor, haciendo resonar por los dilatados senos del empíreo el majestuoso trisagio que millones de ecos repiten en celestial alborozo : SANTO, SANTO, SANTO *es el señor Dios de los ejércitos*; ora ejecutan en perenne y concertado movimiento las órdenes del Altísimo por todo el vasto universo.

Dado nos es contemplar allí al excelso precursor del Hombre Dios, al Bautista, el mayor de los nacidos, canonizado por la boca del mismo Dios.

Dado nos es contemplar allí el venerable senado de los Apóstoles, nuestros padres y maestros en la fe, que todos sellaron con su sangre y santidad.

Allí el brillante ejército de los Mártires, que despreciando esta vida caduca y estos fugaces placeres, combatieron y vencieron, entregando con magnanimidad sus espíritus al Señor, perdonando á sus enemigos y pidiendo gracia por ellos.

Allí nos es dado ver esa numerosa y esclarecida turba de Confesores de todo rango ; de sublimes doctores y sencillos aldeanos ; de reyes y de súbditos ; de opulentos y de menesterosos ; de sacerdotes y de fieles.

Coros de Vírgenes innumerables y de niños inocentes contemplamos allí, que por especial privilegio forman la corte escogida, la compañía de predileccion del Cordero sin mancilla.

Allí en fin nos es dado admirar tantos y tantos órdenes de la celestial milicia, formados de los que un tiempo habitaron entre nosotros, vivieron como nosotros, y cual nosotros estuvieron expuestos á los mismos peligros y combates ; pero que ya fueron trasportados al verjel de los eternos laureles, llevando consigo los trofeos con que los merecieron.

Si nuestra alma, encendida en tan sabrosos ardores y excitada por una santa y amorosa curiosidad, pregunta (1) : *Hi qui amicti sunt stolis albis ¿qui sunt et unde venerunt?* Del mismo trono del Eterno una voz majestuosa vendrá y le dirá : Estos (2) son los que permanecieron conmigo fieles en mis tribulaciones ; los he traído á mi casa, les he sentado á mi mesa, y los he colocado en tronos para que conmigo juzguen á las tribus de Israel. *Vos qui permansistis mecum in tentationibus meis.... dispono vobis... ut edatis et bibatis super mensam meam in regno meo, et sedeatis super thronos judicantes duodecim tribus Israel.*

Uno de los Ancianos le responderá con el ángel del Apocalipsis señalándole los mártires (3) : *Isti sunt qui venerunt ex magna tribulatione, et laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine Agni.*

Mas allá un profeta se encargará de decirle, mostrándole los ilustres confesores, patriarcas, pontífices, obispos, prelados y doctores (4) : *Viri misericordiae sunt quorum pietates non defuerunt : cum semine eorum permanent bona : haereditas sancta nepotes eorum, et in testamentis stetit semen eorum.* Varones son de misericordia, cuya piedad jamas faltó ; en cuya descendencia el bien

(1) Apoc. c. 7. v. 13. (2) Luc. c. 22. v. 28. (3) Apoc. c. 7. v. 14.

(4) Eccli. c. 44. v. 10.

abundó; cuya herencia es santa, y su posteridad siempre fiel al testamento del Señor.

Si admirada el alma de la belleza encantadora de los Inocentes, se inclina con santo respeto delante de ellos, el ángel le dice (1): *Hi sunt qui cum mulieribus non sunt coinquinati; virgines enim sunt. Hi sequuntur Agnum quocumque ierit.*

En fin al admirar el hermosísimo y candorósimo coro de santas Vírgenes: *O quam pulchra est casta generatio cum claritate* (2)! le dice la eterna Sabiduría: y oye que la Iglesia le canta á su divino esposo Jesus en loor de las santas Vírgenes (3):

*Quocumque tendis virgines
Sequuntur, atque laudibus
Post te canentes cursitant,
Hymnosque dulces personant.*

Á tantas maravillas el corazón se inflama, el entendimiento no acierta á discurrir, y el alma como absorta, desfallece en medio de tan dulces emociones. Dejémosla reposar en santa paz y no la inquietemos en tan agradable ocupacion. *Adjuro vos* (nos dice el Espíritu santo hablando de la Esposa de los Cantares)... *ne suscitatis neque evigilare faciatis dilectam, quousque ipsa velit* (4).

Pero si es justo que dejemos á la esposa del Señor gozarse en tan inefables delicias, justo es tambien y necesario que durante nuestra mansion terrestre nos instruyamos de la divina economia de nuestra santa religion en todo lo que nos enseña venir del cielo ó conducirnos á él. Desde las primeras edades del mundo esta sábia y prudente ma-

(1) *Apoc. c. 14. v. 4.* (2) *Sap. c. 4. v. 1.*

(3) *De Com. virg. Hymn. ad Vesp.* (4) *Cant. c. 2. v. 7.*

dre nos ha enseñado que los santos son un presente que Dios nos hace para que nos sirvan de modelo en el mundo y de patrocinio en el cielo: *Indulsit enim eos Deus mundo,* (dice un doctor de la Iglesia) *ut in terris essent exemplo et in cælis patrocinio.* Modelos nuestros son los santos, y modelos tales que no solo nos sea dado admirar, sino imitar. Abogados nuestros, protectores nuestros son, y de tal suerte que si de buen corazón les pedimos y los invocamos, nos oyen é interceden por nosotros con mucho mayor interes que nosotros mismos, sin que les sea posible desentenderse de nuestras humildes plegarias. Y en esto se conoce cuán solícita, cuán prudente es nuestra madre la Iglesia al proponernos cada día el culto de un santo que nos inspire confianza con su patrocinio, y nos anime con su ejemplo: «de un santo que un tiempo fué nuestro compañero en la tierra: formado de la misma naturaleza que nosotros; teniendo contra sí los mismos enemigos y valiéndose contra ellos de las mismas armas que nosotros podemos y debemos emplear. Estos ejemplos y modelos vivientes á los ojos de la fe, animan nuestra fragilidad, sacuden nuestra pereza, hacen inexcusable nuestra cobardía y vanos nuestros pretextos. Porque viendo coronados en el cielo hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, pobres y ricos, reyes y vasallos, libres y esclavos, sabios é ignorantes, casados y vírgenes, eclesiásticos y seglares, de todo reino, de toda familia, de toda lengua, como nos dice el Apocalipsis, nos sirven de estímulo y son un testimonio perenne de lo que nosotros podemos si los imitamos; porque todos ellos han pasado por los mismos peligros que nosotros, y han tenido las mismas tentaciones que vencer.» (1)

(1) *Eucologio rom. Introd. p. XVIII.*

Todos pues somos llamados al combate : el reino de los cielos sufre violencia, y solo lo alcanzarán los que se la hicieron : *regnum caelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud* (1). No será coronado sino el que legítimamente pelear : *non coronabitur nisi qui legitime certaverit* (2). Por otra parte un mandato el mas dulce nos ha sido impuesto por nuestro amantísimo Redentor : que seamos santos, nos dice, que seamos perfectos : *sancti estote, quoniam ego sanctus sum* (3). *Estote perfecti sicut Pater vester caelestis perfectus est* (4). Bondad inefable de nuestro adorable Maestro, esto es aprisionarnos con grillos de oro y cadenas de amor. A vista de tanta bondad de un lado, de tanto premio por otro, y de tantos y tantos millares de santos, nuestros antiguos compañeros, que nos han precedido, la tibieza seria un crimen, la indiferencia una traicion, el menosprecio un horrible suicidio. La Iglesia es ese delicioso verjel plantado por la mano del divino amante Jesus para dicha de las almas con su sangre redimidas. Entre sus flores no faltan la rosa del amor, la azucena de la virginidad, ni el lirio de la pasion : todas bellas, todas fragantes á escoger nos las da el Jardinero divino. *Floribus ejus*, dice el santo Beda (5), *nec rosae nec lilia desunt. Certent nunc singuli ut ad utrosque honores accipiant dignitatem, coronas vel de virginitate candidas, vel de passione purpureas. In caelestibus castris pax et acies habent flores suos, quibus milites Christi coronantur.* En los celestes alcázares, en los augustos palacios del Señor Dios de los ejércitos, se distribuyen coronas para todos los fuertes : candidas en la paz, purpúreas en la pasion. Con tales laureles adorna

(1) *Matth. c. 11. v. 12.* (2) *II. Timoth. c. 2. v. 5.* (3) *Levit. c. 11. v. 44.*
 (4) *Matth. c. 11. v. 48.* (5) *Beda. De Sanctis, serm. 18.*

Cristo las sienes de sus valerosos soldados : y el emperador se regocija con tan brillantes trofeos, que se ganan en los campos terrenales y se gozan en las mansiones del cielo.

Para animarnos á estos divinos combates la Iglesia ha celebrado con los mayores encomios las virtudes de sus héroes : los santos Padres nos ofrecen á cada paso repetidas homilias en honra de los santos mártires y confesores que de esta Jerusalem pasaron á la celestial. Esta piadosa é interesante práctica se ha continuado de siglo en siglo hasta nuestros dias, y se continuará hasta la consumacion de los tiempos, como el monumento mas augusto de la tradicion cristiana. Innumerables son los sermones y panegíricos que se han dado á luz en sola España, y son muchos los autores que han publicado ó escrito sermonarios y otros tratados de oratoria sagrada. En esta cuarta y última seccion de la *Biblioteca de Predicadores* se han reunido los principales sermones en elogio de los santos cuyos cultos son mas populares en España y en ambas Américas. En todo hemos consultado á la mayor honra y gloria de Dios y de sus santos, á la utilidad del clero español y americano, y al provecho de los fieles de ambos continentes.

Desde que se anunció la *Biblioteca de Predicadores*, hemos recibido de todos los puntos de América y de varios de sus ilustrísimos Prelados los testimonios mas satisfactorios, que insertaremos en breve al frente del primer tomo de esta coleccion. Entre tanto extractamos el párrafo siguiente de una carta que se dignó escribirnos el Ilmo. Señor arzobispo de Bogotá con fecha de 16 de abril de 1846.

Dice así : « No puedo ménos de manifestar á V. la satisfacción que me ha dado la lectura de la *Biblioteca de Predicadores*, en que advierto un plan bien concebido y desempeñado con tal acierto, que es en efecto la única colección de este género que reuna tanto y tan bien escogido, de manera que en mi humilde opinion es un curso completo de predicacion, cuya lectura debe completar el estudio de la elocuencia sagrada; siendo al mismo tiempo un rico depósito donde nunca faltará nada á los ministros de la palabra evangélica. Del todo desconocidos nos eran los sermones de González y Troncoso, que por primera vez han venido en la Biblioteca, y lo he celebrado mucho, porque la escasez de libros originales españoles, y la abundancia de los franceses, han corrompido no poco el gusto literario en nuestra América. » Testimonio tan grave y venido de tan alta dignidad, es la mejor recomendacion que pueda haberse hecho de esta obra.

Tratarémos de corresponder á la confianza que hemos merecido del clero americano, esforzándonos en mejorar en cuanto nos sea posible todas nuestras publicaciones religiosas.

ÍNDICE ALFABÉTICO DE LOS SANTOS, SANTAS, ETC.

QUE COMPRENDE

LA SECCION DE PANEGÍRICOS.

(El número romano indica el tomo, y el arábigo la página en que principia el Sermon.)

A

Águeda. I. 81, 91.
 Agustín. I. 98, 117, 134, 143.
 Alfonso (Beato) Rodríguez. I. 156.
 Ambrosio. VI. 393.
 Ana. I. 172, 184, 193, 204.
 Andrés. I. 215, 229, 250, 264.
 Ángel de la Guarda. I. 1, 12.
 Ángeles custodios. I. 1, 12.
 Ánimas. I. 278, 285, 291, 296, 302.
 Antolin. VI. 404.
 Antonio Abad. I. 313, 333, 343, 351, 364.
 Antonio de Padua. I. 378, 387, 400, 413, 425.
 Apolonia. I. 439.
 Arcángel. Véase *Gabriel, Miguel, Rafael*.
 Atilano. VI. 412.
 Augurio. Véase *Fructuoso*.

B

Bárbara. II. 1.
 Bartolomé. II. 15, 24.
 Basílica (Dedicacion de la) de S. Pedro y S. Pablo. V. 270.
 Benito abad. II. 37, 48, 65.
 Benito de Palermo. II. 77, 95.

Bernabé. II. 112.
 Bernardo. II. 120, 129, 145.
 Blas. II. 157, 168, 181.
 Braulio, II. 189.
 Buenaventura. II. 197.

C

Cárlos Berromeo. II. 217.
 Catalina mártir. II. 231.
 Catalina de Bolonia. II. 250.
 Catalina de Sena. II. 264, 293.
 Catalina (Beata) Tomas. II. 305.
 Cátedra (Establecimiento de la) de san Pedro en Roma.
 V. 259.
 Cayetano. II. 319, 333.
 Cecilio. II. 346, 352.
 Celedonio. Véase *Emeterio*.
 Clara. II. 360, 372.
 Conmemoracion de los difuntos. II. 407, 431.
 Cosme y Damian. II. 380.
 Crispin y Crispiniano. II. 394.

D

Damian. Véase *Cosme*.
 Dedicacion de la basílica de S. Pedro y san Pablo. V. 270.
 Difuntos (Conmemoracion de los). II. 407, 431. Véase

Animas.

Domingo de la Calzada. II. 492.
 Domingo de Guzman. II. 443, 455.
 Domingo de Guzman y Francisco de Asís. II. 466.
 Domingo de Silos. VI. 422.

E

Eladio. III. 1.
 Eloy. III. 9.
 Emeterio y Celedonio. III. 19, 34.
 Establecimiento de la cátedra de S. Pedro en Roma. V. 259.

Estéban. III. 43, 53, 71.
 Eugenio. VI. 432.
 Eulalia de Barcelona. III. 85.
 Eulalia de Mérida. VI. 440.
 Eulogio. Véase *Fructuoso*.

F

Felipe Neri. III. 107.
 Felipe y Santiago. III. 122.
 Félix de Cantalicio. III. 130.
 Félix de Valois. III. 143.
 Fermin. III. 163.
 Fernando, rey de España. III. 171.
 Filomena. III. 180, 189, 206.
 Francisco de Asís. III. 215, 228, 240. Véase *Domingo*.
 Francisco de Borja. VI. 450.
 Francisco Javier. III. 257, 274.
 Francisco de Paula. III. 289, 300.
 Francisco de Sales. III. 309, 325.
 Francisco Solano. III. 340.
 Froilan. VI. 460.
 Fructuoso. III. 368.
 Frutos. VI. 468.
 Fulgencio. III. 370.

G

Gaspar (Beato) de Bono. III. 378.
 Genoveva. III. 391.
 Gerónimo. III. 411, 424.
 Gertrúdis. III. 435.
 Gil. VI. 478.
 Gregorio Magno. III. 448.

H

Ignacio de Loyola. III. 457, 472.
 Ildefonso. III. 482. IV. 1.

Indalecio. IV. 11.
 Ines. IV. 21.
 Inocentes. IV. 66, 48.
 Isidoro, arzobispo de Sevilla. IV. 57.
 Isidro Labrador. IV. 66, 78, 91.

J

Joaquin. IV. 101, 113.
 José. IV. 126, 136, 145.
 Juan Bautista. IV. 153.
 — Su natividad. IV. 160, 167.
 — Su degollacion. IV. 174.
 Juan Bautista de la Concepcion. IV. 181.
 Juan Crisóstomo. IV. 197.
 Juan de la Cruz. IV. 205.
 Juan de Dios. IV. 232, 244.
 Juan Evangelista. IV. 253, 266.
 Juan de Mata. IV. 278.
 Juan Nepomuceno. IV. 297, 314.
 Juan de Sahagun. IV. 325.
 Juana (Beata) de Aza. IV. 333.
 Júdas Tadeo. IV. 348. Véase *Simon*.
 Julian. IV. 361.
 Justo y Pastor. IV. 369.

L

Leandro. IV. 378.
 Lésmes. IV. 389.
 Librada. IV. 400.
 Lorenzo mártir. IV. 409, 427.
 Lorenzo de Brindis. IV. 434.
 Lucía. IV. 448, 461.
 Luis Gonzaga. IV. 475, 488.
 Luis, rey de Francia. V. 1.

M

Márco evangelista. V. 15.
 María de la Cabeza. V. 25.

María Magdalena. V. 35, 44, 56.
 María Salomé. V. 67.
 Marina. V. 74.
 Martin, obispo de Tours. V. 83.
 Mateo apóstol. V. 97, 109.
 Matías. V. 118, 134.
 Millan. V. 141.

N

Nicolas de Bari. V. 151, 161.
 Norberto. V. 177.

P

Pablo. V. 192, 207. Véase *Pedro apóstol*.
 — Su conversion. V. 216.
 Pastor. Véase *Justo*.
 Pedro apóstol. V. 234, 242.
 — Su cátedra en Roma. V. 259.
 — Ad víncula. V. 284.
 Pedro de Alcántara. V. 291.
 Pedro, mártir de Verona. V. 305.
 Pedro Nolasco. V. 321.
 Pedro, obispo de Osma. V. 333.
 Pedro Regalado. V. 341.
 Petronio. V. 351.
 Pio Quinto. V. 365.
 Prudencio. V. 376.

R

Raimundo de Peñafort. V. 385.
 Raimundo, abad de Fitero. V. 394.
 Ramon Nonato. V. 405.
 Rita de Casia. V. 414, 425.
 Rogelio. V. 434.
 Roque. V. 443, 453, 463.
 Rosa de Viterbo. V. 476.

Rosalía. VI. 1.
Rosendo. VI. 12.

S

Santiago el Mayor. VI. 20, 28.
Santiago el Menor. Véase *Felipe*.
Santos (Todos). VI. 122, 134.
Sebastian. VI. 41, 49.
Segundo. VI. 58.
Simon y Júdas. VI. 66.

T

Tecla. VI. 75.
Telmo. VI. 84.
Teresa de Jesus. VI. 92, 103.
Tesifonte. VI. 113.
Todos los santos. VI. 122, 134.
Tomas apóstol. VI. 144, 158.
Tomas de Aquino. VI. 172, 199.
Tomas de Cantorberi. VI. 225.
Tomas de Villanueva. VI. 241, 251.
Torcuato. VI. 258.
Toribio, obispo de Astorga. VI. 273.
Toribio de Mogrovejo. VI. 273, 283.

V

Verónica de Juliani. VI. 292.
Vicente Ferrer. VI. 305, 317.
Vicente mártir. VI. 331, 344.
Vicente de Paúl. VI. 353, 363, 372.

Z

Zoilo. VI. 384.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE LOS SANTOS ÁNGELES CUSTODIOS.

(DE TRONCOSO.)

Ecce ego mittam angelum meum qui præcedat te, et custodiat in via, et introducat in locum quem paravi. Observa eum et audi vocem ejus.

Yo enviaré mi ángel que vaya delante de ti, que te guarde en el camino, y te introduzca en la tierra que te tengo prevenida.

Éxodo, c. 23. v. 20 y 21.

Hay hombres para quienes las cosas espirituales son enigmas de todo punto incomprensibles. Avezados á no creer sino aquello que los sentidos palpan; materializados, carnales y terrestres, juzgan ensueños y extravagancias de una imaginación exaltada cuanto de mas respetable hay en nuestra santa Religión, porque no puede caber en el cálculo de sus extraviadas inteligencias. Entre las verdades que han sido en todos tiempos el objeto de los envenenados tiros del error, la existencia de los ángeles custodios no ha sido la que ménos enemigos ha tenido, especialmente en los siglos llamados filosóficos. Aún en el nuestro existen por desgracia no pocos de esos talentos funestos, que osan mirar con indiferencia y hasta con desprecio, una creencia que las sagradas Escrituras, los Padres de la Iglesia y la tradición de casi todos los pueblos vienen confirmando hasta nuestros dias de una manera incontestable. El protestantismo, que derribando por tierra las imágenes de los santos, pensó abolir su culto y abolir su veneración, llevó tambien su sacrílega audacia hasta el coro de los celestiales espíritus, que rodean el trono del omnipotente Dios de cielos y tierra; y apurando el sofis-

Rosalía. VI. 1.
Rosendo. VI. 12.

S

Santiago el Mayor. VI. 20, 28.
Santiago el Menor. Véase *Felipe*.
Santos (Todos). VI. 122, 134.
Sebastian. VI. 41, 49.
Segundo. VI. 58.
Simon y Júdas. VI. 66.

T

Tecla. VI. 75.
Telmo. VI. 84.
Teresa de Jesus. VI. 92, 103.
Tesifonte. VI. 113.
Todos los santos. VI. 122, 134.
Tomas apóstol. VI. 144, 158.
Tomas de Aquino. VI. 172, 199.
Tomas de Cantorberi. VI. 225.
Tomas de Villanueva. VI. 241, 251.
Torcuato. VI. 258.
Toribio, obispo de Astorga. VI. 273.
Toribio de Mogrovejo. VI. 273, 283.

V

Verónica de Juliani. VI. 292.
Vicente Ferrer. VI. 305, 317.
Vicente mártir. VI. 331, 344.
Vicente de Paúl. VI. 353, 363, 372.

Z

Zoilo. VI. 384.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE LOS SANTOS ÁNGELES CUSTODIOS.

(DE TRONCOSO.)

Ecce ego mittam angelum meum qui præcedat te, et custodiat in via, et introducat in locum quem paravi. Observa eum et audi vocem ejus.

Yo enviaré mi ángel que vaya delante de ti, que te guarde en el camino, y te introduzca en la tierra que te tengo prevenida.

Éxodo, c. 23. v. 20 y 21.

Hay hombres para quienes las cosas espirituales son enigmas de todo punto incomprensibles. Avezados á no creer sino aquello que los sentidos palpan; materializados, carnales y terrestres, juzgan ensueños y extravagancias de una imaginación exaltada cuanto de mas respetable hay en nuestra santa Religión, porque no puede caber en el cálculo de sus extraviadas inteligencias. Entre las verdades que han sido en todos tiempos el objeto de los envenenados tiros del error, la existencia de los ángeles custodios no ha sido la que ménos enemigos ha tenido, especialmente en los siglos llamados filosóficos. Aún en el nuestro existen por desgracia no pocos de esos talentos funestos, que osan mirar con indiferencia y hasta con desprecio, una creencia que las sagradas Escrituras, los Padres de la Iglesia y la tradición de casi todos los pueblos vienen confirmando hasta nuestros dias de una manera incontestable. El protestantismo, que derribando por tierra las imágenes de los santos, pensó abolir su culto y abolir su veneración, llevó tambien su sacrilega audacia hasta el coro de los celestiales espíritus, que rodean el trono del omnipotente Dios de cielos y tierra; y apurando el sofis-

ma é inventando cuantos delirios pudo sugerirle su impiedad, nada dejó por hacer, á fin de desmentir las Escrituras, truncar el genuino sentido de los oráculos de la Iglesia, y oscurecer la luz de la tradicion.

Vanos y temerarios proyectos! El Dios de las alturas se burló de sus enemigos, y á despecho de sus mentirosas calumnias, á pesar de sus esfuerzos, hizo célebre en la Iglesia católica el culto y la devocion de los ángeles custodios. ¿Qué ciudad hay en el orbe cristiano, que no haya decretado al ménos una ovacion anual á su ángel protector? ¿Qué templo, que no celebre la festividad de las celestiales inteligencias, diputadas á su custodia? Cada reino, cada provincia, cada pueblo, cada familia ¿no reconoce y confiesa que la adorable Providencia del cielo ha dispuesto que uno de sus ángeles vele sobre sus intereses espirituales y aún temporales? Ni un solo individuo hay medianamente instruído en los principios de la religion de Jesucristo, que entre sus creencias no cuente muy particularmente la de su ángel custodio.

Ahora bien, católicos oyentes, ¿hubiera permitido el Señor que esta creencia se arraigase tan profundamente en los pechos católicos, si no estuviese basada sobre principios ciertos, seguros é incontestables? ¿Hubiérala autorizado la Iglesia, regida y gobernada por el Espíritu santo, si este no se la hubiese inspirado? ¿Ó nos atreveríamos á decir, que un error, por piadoso que pueda parecer, sea capaz de complacer á aquel Dios infinitamente santo, bueno, puro, que desea y quiere ser adorado en espíritu y verdad? No, amados míos: léjos de nosotros pensamientos tan injuriosos á la Divinidad. Los católicos no somos unos samaritanos ilusos que rendimos nuestras adoraciones á un ser que no conocemos; somos, sí, los fieles hijos del Evangelio que nos gloriamos de tributar honor y alabanza perpetua á un Dios, cuyas perfecciones, si bien somos incapaces de penetrar, sabemos que son tales, que le constituyen el Dios de los dioses en Sion, el Dios único y verdadero que preside en los cielos y en la tierra á todos los acontecimientos. En consecuencia de esto, creemos que este Dios no puede gustar sino de la verdad que de él mismo proviene; que no puede aceptar sino las creencias que él nos ha enseñado, por medio de la revelacion ó por el canal puro de su Iglesia.

Fundado pues en estos principios, si bien persuadido de que

respecto de vosotros ninguna necesidad hay de justificar el culto que hoy tributamos á nuestros ángeles custodios, séame permitido establecer por asunto de mi discurso la siguiente proposicion: la devocion á los ángeles custodios está fundada en las sagradas Escrituras, recomendada por los Padres de la Iglesia, y confirmada por una constante tradicion. De donde inferiréis, cuán torpe sea el error de los que se atreven á impugnar esta piadosa creencia, y cuán cordial deba ser nuestro afecto y nuestra confianza hácia esos soberanos espíritus.

¡Ó rey y soberano Señor de los ángeles, á quien adoran y rinden vasallaje las mas encumbradas inteligencias! dignáos inspirarme en este momento palabras y afectos que correspondan al grandioso objeto de nuestros cultos. Enviad á vuestro divino Espíritu, para que purifique mis labios y remueva de mi corazon todo cuanto sea carnal y terrestre. Sea él quien hable por mi ministerio, para que todo ceda en honor y gloria vuestra. Á este fin interponemos la mediacion de aquella Virgen, que fué constituida emperatriz del cielo y soberana reina de los espíritus angélicos, y con la mayor reverencia le dirigimos la salutation del arcángel Gabriel: *Ave María*.

REFLEXION ÚNICA.

Cuando digo que el culto y devocion á los santos ángeles custodios se funda en las sagradas Escrituras, no juzguéis, católicos oyentes, que me propongo desentrañar uno por uno los pasajes de los divinos Libros depositarios de esta verdad. Son tantas y tan variadas las autoridades que en cada uno de ellos se encuentran á nuestro propósito, que su sola indicacion haria prolongado en demasia, y hasta cierto punto fastidioso este discurso. Me limitaré pues á citar algunos que comprobarán hasta la evidencia nuestro aserto.

Abramos desde luego el Génesis, y leyendo la historia de la muerte del patriarca Jacob, oiremos á este santo patriarca, que cercano ya al sepulero bendiciendo á sus hijos que le rodeaban, esclama: «El Dios en cuya presencia anduvieron mis padres «Abrahan é Isaac, el Dios que me sustenta desde mi juventud «hasta el dia de hoy, y el ángel que me ha librado de todos los «males, bendiga estos niños y sea sobre ellos invocado mi nom-

«bre (1).» En el Éxodo el mismo Dios habla al pueblo de Israel, y le dice: «Mira que yo enviaré *el ángel mio que te guie y guarde en el viaje*, hasta introducirte en el país que te he «preparado. *Reverénciale* y escucha su voz: en ningún concepto le menosprecies, porque si haces algún mal, no te lo pasará, «y en él se halla el nombre mio. Si le oyes y ejecutares las «cosas que te ordeno, seré enemigo de tus enemigos y perseguiré á los que te persigan (2).» En el Libro de los jueces, Gedeon ve á un ángel sentado bajo la encina de Era, el cual saludándole en nombre del Señor, le anima á emprender la libertad del pueblo de Israel contra las huestes madianitas, y le asegura el éxito de su empresa con estas palabras: «Yo soy el que «te envío...; *contigo estaré*, y derrotarás á Madian, como si «fuera un solo hombre (3).» En el libro de Judit vemos á esta heroína ilustre que habiendo decapitado al tirano Holoférnes, entona un himno de acción de gracias, y arengando al pueblo de Betulia, exclama: «Yo os juro por el mismo Señor, que *su ángel me ha guiado*, así al ir de aquí, como al estar allí, y al «volver acá (4).» Un ángel *acompaña* á Azarías y á sus compañeros en el horno de Babilonia y los preserva de las llamas (5): un ángel ruega á Dios por la libertad de los judíos y por el restablecimiento de su templo (6): un ángel defiende la ciudad santa, se presenta en el campamento de los asirios, hiere en una sola noche á ciento ochenta y cinco mil hombres, y deja el campo cubierto de cadáveres (7): un ángel ofrece delante del trono de Dios las oraciones de sus siervos (8)... Baste, católicos oyentes, no hay libro en toda la sagrada Escritura, ni casi una sola página puede hallarse, en donde no se tropiece con algún testimonio de la verdad que nos propusimos probar. Donde quiera vemos á los santos ángeles sirviendo de ministros del Monarca inmortal de cielos y tierra, ya para mantener el orden del universo, ya para velar sobre los imperios; ora protegiendo á los hombres, ora conduciéndolos por los caminos de la salvación, y siempre derramando sobre la humanidad los más inestimables beneficios. En todas ocasiones se verifica lo que dijo el Apóstol de los santos ángeles, á saber, que están destinados por

(1) *Genes. c. 48. v. 15 et 16.* (2) *Exod. c. 23. v. 20-22.*
 (3) *Judic. c. 6. v. 14 et 16.* (4) *Judith, c. 13. v. 20.*
 (5) *Dan. c. 3. v. 49.* (6) *Zachar. c. 1. v. 11.*
 (7) *Isai. c. 37. v. 36.* (8) *Apoc. c. 8. v. 3 et 4.*

Dios para servirnos y ayudarnos á recoger la herencia de la salud (1).

Inútilmente pues ha intentado el espíritu de error tachar de supersticioso el culto que el cristianismo tributa á los ángeles custodios. En vano el protestantismo, armándose del sofisma, ha querido probar que este culto está expresamente prohibido por san Pablo, abusando de aquel pasaje en que el santo apóstol dice: «Guardaos bien que nadie os seduzca ni os extravié «del recto camino..., enredándoos con un culto falso de los ángeles, metiéndose á hablar de cosas que no ha visto, hinchado vanamente de su prudencia carnal (2).» Pero ¿acaso estas palabras son una condenación expresa del culto de los ángeles? No, católicos; preciso es sepáis el sentido en que habla el Apóstol, para no ser víctimas de este error. Sabido es que Zoroastro cuya doctrina había penetrado en la Grecia y en el Asia á la época en que san Pablo escribía, enseñaba la existencia de un número infinito de ángeles ó espíritus mediadores, á quienes atribuía, no solamente un poder de intercesión subordinado á la providencia continua de Dios, sí que también un *poder absoluto*, cual él y sus adeptos reconocían en sus dioses; de donde se seguía que el culto que tanto á unos como á otros rendían, era un politeísmo, una verdadera idolatría. Á estos pues se dirigía san Pablo en el pasaje citado, y en este concepto decía que los partidarios de tamaño error estaban seducidos por su imaginación, y no perseveraban unidos con su cabeza Jesucristo (3). No así nosotros que, firmes en los principios de nuestra fe, solo reconocemos en los santos ángeles unos espíritus enviados por Dios para ser sus administradores, según el preciso lenguaje del mismo apóstol, ejecutores de sus órdenes, y custodios de los hombres como el mismo Profeta rey cantó en sus sublimes Salmos (4). Nuestro culto es pues conforme á los indestructibles dogmas de la Religión católica, que manda reverenciar á los que Dios se digna hacer participantes de un poder de intercesión, en todo dependiente del supremo dominio que solo á él puede convenir. ¿No ha dicho el mismo Jesucristo que los ángeles constituidos para custodios de los pequeñuelos, gozan sin cesar de la presencia de su eterno Padre en el cielo? (5) ¿No

(1) *Hebr. c. 1. v. 14.* (2) *Colos. c. 2. v. 18.* (3) *Ibid. v. 19.*
 (4) *Psalm. 90. v. 11.* (5) *Matth. c. 18. v. 10.*

ha asegurado que el que se avergonzare de confesar su nombre delante de los hombres, sufrirá un día la confusión digna de su maldad en presencia suya, de su padre y de sus ángeles? (1) ¿Cómo pues pudiéramos dispensarnos de venerar á esos espíritus celestiales, á quienes Dios mismo se complace en honrar de una manera singular y admirable?

Mas no solo las sagradas Escrituras, tambien los Padres de la Iglesia autorizan y recomiendan el culto y devoción á los ángeles custodios de una manera la mas expresiva. « No bien el hombre nace á la luz de este mundo, dice el Padre san Gerónimo, cuando ya el Señor le destina un ángel que le guarde « en todos los momentos de su vida, y le defienda contra los « ataques del infierno. ¡Tan grande es y tan inestimable el precio de las almas! (2) » ¿Y qué extraño es, católicos oyentes, que un Dios, que á costa de su propia sangre nos redimió de la esclavitud de Satanás, emplee toda la solícitud de su providencia en remover todos los peligros que puedan hacernos caer de nuevo en la tiranía del ángel apóstata, que por donde quiera nos tiende lazos, nos acecha sin cesar, y no se cansa de hacernos la mas cruda guerra? « ¿Qué seria de nosotros (pregunta san Hilario) en este océano sembrado de enormes escollos, si no contásemos con la proteccion de un guia fiel, de un piloto diestro, de un compañero cariñoso y desinteresado, que se hiciera un deber de mostrarnos el verdadero rumbo que debemos seguir para llegar al puerto seguro de la eternidad? (3) » « Ved pues ahí, en sentir del Niseno, á cada hombre un ángel, que tomase á su cargo la custodia de su alma, oponiendo su fortaleza y virtud á los esfuerzos del maligno espíritu (4) ». Este, ya con fantasmas é imaginaciones torpes, ya con pensamientos y deseos desarreglados; ora con engaños y artificios, ora con sugestiones y promesas, combate nuestra debilidad y hace cuanto le es posible por arrastrarnos á la culpa (5); aquel, bien con santas inspiraciones, bien con remordimientos saludables, unas veces ilustrándonos con una luz sobrenatural, otras sirviéndose de los mismos acontecimientos naturales, despeja los nublados que oscurecen nuestro entendimiento, nos manifiesta las cosas

(1) *Marc. c. 8. v. 38.* (2) *Hier. lib. 3. in Matth.* (3) *Hil. in Psalm. 134.*
(4) *Greg. Nis. in Matth. c. 18.* (5) *Joan. Chrys. ap. Beroat. Serm. de los áng. cust. part. 2.*

como son en la realidad, nos descubre la falsedad de los placeres de este mundo, nos hace desear los bienes eternos, y de este modo nos saca victoriosos de la lucha, si dóciles á su voz, que de tantas maneras resuena en nuestro corazón, no ponemos obstáculo á la gracia del Señor.

Dudáis acaso de estas verdades? pues consultad á san Agustín, y él os dirá que no hay hora ni momento, ni lugar alguno en que nuestro ángel custodio no emplee toda la eficacia de su amor y solícitud en proveer á nuestras necesidades (1). Leed á san Cirilo de Jerusalén, y le oiréis decir, que nuestro ángel, á manera de maestro zeloso, al par que diligente, se ocupa de continuo en lanzar de nuestro entendimiento las tinieblas de la ignorancia y del error (2). Oíd á san Bernardo, y os dirá que nuestro ángel, cual consejero fiel é incorruptible, no cesa de dirigirnos interiormente sus amonestaciones, para infundir en nuestras almas el amor á la piedad (3). Registrad en fin los monumentos mas insignes de la literatura sagrada, leeréis que la providencia del Altísimo, que se extiende á todo cuanto existe, se sirve para la ejecucion de sus designios del ministerio de los ángeles custodios; que estos presiden á todas las cosas visibles, presentan á Dios las oraciones de los hombres, y asociados con él en la vasta administracion del universo, ejecutan sus órdenes, cada cual en el ministerio que se le confia. Así hablan san Justino, Atenágoras, Teodoreto, Clemente de Alejandría, el Nazianzeno, Eusebio de Cesarea, san Ambrosio, santo Tomas y casi todos los grandes genios del cristianismo (4). ¿Y quién á vista de tantos testimonios osaria oponerse al culto y devoción de los ángeles custodios? ¿Quién, sino el genio del mal, el espíritu de error y de mentira, intentaria debilitar la confianza, que en los pechos cristianos existe hácia esos celestiales espíritus? Pero si aún no están satisfechos los enemigos de este culto, á pesar de verlo autorizado en las sagradas Escrituras y en la autoridad de los Padres de la Iglesia, escuchen por último el testimonio constante de la tradicion.

Ninguna necesidad tenemos de evocar en comprobacion de nuestro aserto los monumentos de la antigüedad. Si nuestro

(1) *Aug. Soliloq. 27.* (2) *Ciril. Hieros. Catech. 14.*
(3) *Bernard. Serm. 1. in Cant.* (4) *Anotac. al Diccion. de Teolog. de Bergier, edic. de Paris año 1829.*

objeto fuese demostrar á la incredulidad la existencia de los espíritus angélicos, revolveríamos los fastos de los pueblos mas remotos de la tierra, y entre los griegos y egipcios, entre los habitantes de la Fenicia y del celeste Imperio, en las leyes de Confucio no ménos que en los escritos de los mismos filósofos paganos, hallaríamos esta creencia, si bien cubierta con las sombras de sus tipos mitológicos, y mezclada de errores que el cristianismo ha condenado justamente (1). Siendo nuestro propósito no tanto probar cuanto recomendar á los fieles el culto y veneracion de los ángeles custodios, bástanos añadir á lo que llevamos expuesto, el asentimiento universal, que en la Iglesia católica se ha notado desde los primeros siglos á esta creencia, y el fervoroso entusiasmo con que todos los pueblos han contribuido á propagarla con sus festividades y obsequios. Es verdad que la Iglesia, rodeada en su cuna de enemigos encarnizados, que interpretaban malignamente todas sus prácticas sagradas, juzgó prudente abstenerse de tributar homenajes públicos á estos bienaventurados espíritus durante los primeros siglos, por no dar motivo al paganismo grosero é ignorante para creer que autorizaba las impías y sacrílegas adoraciones que él rendía á los genios invisibles. Eligió un tiempo, en que la devocion que en los corazones cristianos existia hácia los ángeles custodios, no pudiendo permanecer por mas tiempo oculta entre las sombras del silencio, se manifestó públicamente y sin rebozo. Entónces cada reino, cada provincia, cada ciudad juzgó un deber levantar magníficos altares, consagrados á celebrar los beneficios recibidos por su ángel tutelar. Entónces España, la primera siempre en dar impulso á las sagradas prácticas de la Religión católica, instituyó una fiesta anual en honor de los ángeles custodios, que celebrada con pompa y magnificencia extraordinaria, llamó la atencion de los demas reinos, que se apresuraron á coadyuvar sus piadosas miras. Entónces los obispos de Rhódes, los reyes de Francia, los archiduques de Austria, ardiendo en celo por la gloria de Dios y llenos de tierna devocion á sus santos ángeles, la propagaron del modo mas prodigioso. Roberga, los Países-Bajos, Chartres, Clermont de Auvernia, todos los pueblos la admitieron gustosos. El Vaticano acogió benigno las preces del pia-

(1) Huet, *Alnet. quæst. lib. II, cap. 14.*

doso Ferdinando, y los votos de innumerables iglesias, é hizo extensiva á todas las del orbe católico esta festividad religiosa que en breve vino á ser universal (1).

¡Cuántos testimonios pudiera aducir yo ahora, si quisiese haceros palpable el prodigioso incremento que fué tomando esta devocion en la sucesion de los siglos! ¡Cuántos favores, qué gracias tan insignes, qué bienes tan inestimables no experimentaron los pueblos y los hombres de la invocacion y culto de los ángeles custodios! Llenas están las páginas de la historia de hechos maravillosos, de acontecimientos extraordinarios, debidos á la intercesion de estos espíritus soberanos que, ora en favor de los reinos cometidos á su custodia, ora en obsequio de los particulares, han hecho ostensible, en mil ocasiones, la singular solicitud con que velan por sus protegidos. Testigo de esta verdad una santa Francisca Romana, que tantas veces experimentó la presencia de su ángel, con cuyo auxilio venció las tentaciones del angel apóstata que intentaba por todas vias apartarla del camino de la virtud (2). Testigo aquel jóven teutónico, á quien su ángel hizo sentir de un modo visible el castigo de su disolucion, hiriéndole con un golpe que le hizo caer por tierra sin sentido, en el momento en que se entretenía con sus amigos en conversaciones indecorosas (3). Testigo... ¿mas para qué molestar vuestra atencion? Nosotros mismos ¿no tenemos pruebas inequívocas de la proteccion, amor y solicitud de nuestro ángel tutelar? ¡Cuántas veces hemos sentido una fuerza invisible, que nos animaba á combatir contra nuestras pasiones, en instantes en que íbamos á ceder cobardemente á sus insinuaciones! ¡Cuántas hemos escuchado una voz interior, que nos hacia comprender nuestros deberes, y al tiempo mismo nos reprendia nuestra infidelidad! Aquellos remordimientos que venian á derramar la amargura en el seno mismo de nuestros placeres, aquel temor que nos infundia tal vez el recuerdo de nuestros extravíos, aquellos deseos de romper las cadenas que nos tenian aprisionados á los piés de un ídolo, á quien sacrificábamos nuestro eterno porvenir...; todo esto y otras muchas gracias de que hemos sido objetos, á pesar de

(1) Véase Croiset, *Año Cristiano*, día 2 de Octubre.

(2) *Eccles. in offic. S. Franc. Romanae dic. IX. Martii. Lect. 6. circ. mod.* (3) Segneri, *Panegirico in onore del santo Angelo Custode.*

haberlas dejado pasar desapercibidas, ¿á quién lo debemos? ¿Dudaremos atribuirlo á la continua vigilancia de nuestro ángel custodio, pues que como afirma el P. san Ambrosio, no se aparta un punto de nuestro lado, y siempre circuye á nuestro rededor, para evitar que cosa alguna pueda perjudicarnos? (1) Ah! en vano nos lisonjearíamos de nuestras propias fuerzas; inútilmente confiaríamos en nuestra prevision; toda nuestra vigilancia seria infructuosa sin la asistencia y proteccion de nuestro ángel de guarda. «¿Quién, pregunta san Lorenzo Justiniano, quién sin este auxilio podria vencer la rabia, evitar los lazos, resistir las tentaciones, y descubrir los fraudulentos engaños de unos enemigos tan crueles?» (2)

O acaso, hermanos míos, porque los beneficios de nuestro santo ángel sean ocultos, serán para nosotros menos apreciables? ¿serán menos dignos de nuestra eterna gratitud? ¿No deberemos por el contrario procurar merecer otros muchos y mas singulares con nuestro amor, devocion y docilidad á sus buenas y santas inspiraciones? «¿Qué cosa mas capaz de inspirar en nuestros corazones estos afectos tiernos, exclama el P. san Bernardo, que el saber que el mismo Dios es el que ha mandado á esos celestiales espíritus que nos protejan en todos nuestros caminos, y que nos lleven en palmas, para que nuestros piés no tropiecen en las piedras, que por donde quiera se oponen á nuestra marcha? ¿Cuán cautamente no debemos vivir teniendo por testigos de nuestras acciones y de nuestros mas ocultos designios á los ángeles del Señor! ¿Nos atreveríamos á ejecutar en su presencia lo que nos llevaria de rubor delante de un ser mortal y corruptible? Si nuestros ojos viesen, si oyesen nuestros oídos, si nuestras manos pudiesen palpar esas invisibles inteligencias; ¿cuál seria el respetuoso temor que nos causarían? Y ¿acaso su presencia es menos cierta, porque no esté al alcance de nuestros sentidos? Ah! léjos de nosotros toda duda: creamos, y al mismo tiempo amemos á unos espíritus tan benéficos, que interin llega el dia de vernos asociados con ellos en la participación de la herencia del padre celestial, nos sirven en este mundo de ayos y tutores para asistirnos en todas nuestras necesidades. ¿Qué cosa habrá capaz de intimidarnos, cubier-

(1) *Ambr. ap. Segner. loc. citat.* (2) *Laur. Just. in Psalm. 56.*

«tos con la egida de tan grandes protectores? Ellos no pueden ser engañados ni vencidos por nuestros enemigos; ménos aún inducirnos al error. Son unos amigos fieles, unos conductores prudentes y diestros, unos defensores poderosos. Sigamos pues sus huellas, no nos desviemos de su lado: en las mas peligrosas tentaciones, en las tribulaciones mas amargas, en los momentos de abatimiento, en toda ocasion en que nuestra alma ó nuestro cuerpo puedan peligrar, invoquemos á nuestro ángel custodio, clamemos á nuestro doctor, pidamos el auxilio de nuestro protector, digámosle con confianza: «Señor, salvádnos, que perecemos!» (1) Á nuestra voz se levantará el celestial espíritu, ahuyentará las tentaciones, ilustrará nuestros entendimientos, fortalecerá nuestra debilidad, sostendrá nuestro fervor; y siendo nosotros dóciles á sus santas inspiraciones, no nos abandonará un momento, hasta habernos dejado en manos del Criador, en la eterna bienaventuranza de la gloria. *Amen.*

(1) *Bernard. Serm. 12. Psalm. Qui habitat.*

SERMON

DEL SANTO ÁNGEL DE LA GUARDA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

LOS SANTOS ÁNGELES DE NUESTRA GUARDIA

SON NUESTROS VERDADEROS AMIGOS.

Non accedet ad te malum et flagellum non appropinquabit tabernaculo tuo, quoniam angelis suis mandavit de te, ut custodiant te visis tuis.

Estarás seguro de todos los peligros de la vida y de los tiros de tus enemigos, porque el Señor te ha puesto bajo la custodia de sus ángeles y los ha mandado que te asistan y defiendan en todas partes.

Psalm. 90.

« El que confiado en la bondad del Altísimo se acoge á su proteccion, vivirá seguro de todo mal; podrá decir al Señor: Vos sois mi protector y mi refugio, en mi Dios pondré toda mi esperanza, porque él me librará de todas las asechanzas de mis enemigos y dejará frustrado su furor y su rabia. Sí, este Dios compasivo te cubrirá con sus alas y allí estarás seguro de todos los desastres: su fidelidad en las promesas te servirá de escudo, no temerás las espantosas sombras de la noche, ni las saetas disparadas por el día, ni los ardides ocultos de que se valgan para arruinarte, y aun cuando el mismo demonio manifestamente te asaltare, nada temerás. Si combatiere con tus enemigos, caerán mil á tu siniestra y diez mil á tu diestra sin que puedan hacerte daño alguno, y verás con tus mismos ojos la vengenza y castigo de tus injustos perseguidores. Protestando al Señor, como lo hiciste, que él era toda tu esperanza, te colocaste en el alto asilo de su poder y de su bondad: allí es-

tarás seguro de todos los peligros de la vida y de los tiros que asesten contra ti tus enemigos; el Señor te ha puesto bajo la custodia de sus ángeles á quienes ha mandado que te asistan y defiendan en todas partes. Si ocurriese algun paso peligroso en que corriese riesgo de que te hagas daño, te tomarán en sus manos y caminarás sin peligro sobre los áspides y basiliscos y pisarás sin miedo los leones y dragones. Porque el justo, dice el Señor, puso toda su confianza en mí, le libraré de todo peligro y le protegeré porque conoce é invoca mi nombre. Implorará mi socorro y le oiré; le asistiré en la tribulacion y le sacaré glorioso de ella; le concederé una larga y feliz vida y siempre me tendrá pronto para salvarle. »

Con estas palabras que han quedado estampadas para consuelo nuestro en el salmo 90, se esforzaba y animaba el profeta David á poner toda su confianza en su Dios; fortalecido con la experiencia de la poderosa proteccion que Dios le habia dispensado en todos sus infortunios. ¿Qué podré yo añadir para persuadiros la que debeis tener vosotros en el mismo Señor aun en medio de vuestras mayores desgracias? Un Dios os guarda, os conserva, os junta bajo sus alas, os cubre y rodea con el escudo de su benevolencia, no duerme ni descansa por velar en defensa vuestra, y á trueque de poneros á salvo de todos los peligros, aunque es poderoso para dirigiros y preservaros por sí mismo, quiere que un ángel tutelar os asista, os defienda, os acompañe en todas partes: *Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus visis tuis*; y deseoso de toda vuestra prosperidad os concede á cada uno un mediador, un protector generoso y pronto para poneros á salvo de todos los peligros; un amigo verdadero que como á Tobías os acompañe en el viaje de esta vida para la eterna.

Inútil es el que yo me detenga á manifestaros esta consoladora verdad que vosotros mismos confesáis del modo mas energético con estos cultos que ofreceis en honra y alabanza del Señor y en manifestacion de vuestra gratitud al ángel de vuestra guarda. Convencido yo de vuestra fe, solo me toca alentar vuestro fervor y devocion; y para esto he indicado ya la idea bajo la cual pienso hablaros hoy del Ángel de nuestra Guarda. He dicho, y procuraré manifestarlo así en mi discurso, que los ángeles destinados por Dios para nuestra custodia, son unos verdaderos amigos nuestros.

Madre del Cordero sin mancha, á quien adoran los ángeles, vos tuvisteis á los espíritus celestiales por vuestros familiares y domésticos ; Si me fuera posible manifestar y persuadir el asunto que he propuesto con aquel acierto, delicadeza y claridad con que pudierais hacerlo vos, que sois la reina de todos ellos!... Yo estoy viendo con los ojos de la fe un millar de millares de estos espíritus felices postrados con la mayor sumision ante ese soberano Señor sacramentado que se ha dignado quedarse con nosotros hasta la consumacion de los siglos. Necesito, Dios mio, que uno de ellos purifique mis labios y ponga en mi lengua palabras de salud y de vida. Interceded, Madre nuestra, María llena de gracia como os saludan los ángeles: *Ave Maria.*

Non accedet ad te malum...

No hay cosa que tenga comparacion con un amigo fiel. El oro, la plata y todas las preciosidades, dice el Espíritu santo, son nada en comparacion de un verdadero amigo. El que halla un amigo verdadero encuentra un tesoro y descubre una fuente de salud, de alegría, de inmortalidad y de vida. Un amigo fiel es la mitad de uno mismo; toma parte en nuestros intereses, nos acompaña igualmente en la próspera y adversa fortuna, le descubrimos sinceramente nuestro corazon, derramamos en él nuestras penas, nos ayuda á llevar el peso de nuestros trabajos; tal vez quisiera llevarlos él solo por nosotros y este alivio y consuelo debilita sensiblemente las impresiones del dolor en nuestras mas funestas desgracias. El amigo fiel no revela jamas lo que se debe callar, ni calla lo que es provechoso que se diga. Ni la adulacion, ni el interes, ni el miedo, la prudencia sola es la que dicta sus consejos y por nuestro bien tomará á su cargo nuestra misma defensa. *Amicus fidelis protectio fortis.* Sin embargo, nos aconseja el mismo Espíritu santo, no os alucinéis, experimentád con toda reflexion y madurez y no creáis con facilidad á los que os llaman amigos, porque los hay que lo serán en vuestra elevacion y próspera fortuna y no los encontraréis en vuestros días de tribulacion: los hay pérfidos que se sirven de vuestra confianza y vuestros beneficios para vuestra perdicion y vuestro daño: los hay im-

prudentes, que os aman, os ayudan, os favorecen, pero es miéntras sucumbís y cooperáis á sus perfidias, á sus planes de inmoralidad y á sostenerlos y lisonjearlos en su conducta estragada. Hay amigos de mesa, que os cortejan y acompañan en vuestra abundancia y os olvidan y desprecian tan pronto como os ven en el estado de pobres y decaídos. Hay amigos jactanciosos que se lisonjean de los beneficios que os hacen y aún de los que no os han hecho: los hay inútiles que quisieran ingenuamente socorremos, pero su buena voluntad nunca puede tener efecto: los hay por el contrario, y estos son los mas, de mero cumplimiento y palabra, que prometen mucho y jamas sirven en cosa alguna.

Angeles santos! Yo os haria una injuria, si siguiera presentando la idea y aclarando la conducta de tanto género de amigos desleales de que abunda el mundo para poner su amistad en parangon con la que profesáis á los hombres. Al contemplar á estos espíritus bienaventurados, olvidemos, hermanos míos, olvidemos todo lo terrenal y quebradizo, y demos solo entrada en nuestra imaginacion á las ideas de rectitud, de justicia, de perfeccion, de santidad, de..... Ah! Ellos nos son inseparables y en todas nuestras vicisitudes los hallamos con un mismo afecto y unas mismas disposiciones. El móvil único que los dirige es la gloria de Dios y nuestra salvacion. Están tan léjos de la perfidia, del interes, de la imprudencia, que si nos hablan es para nuestro bien, ó por mejor decir, no cesan jamas de animarnos y movernos con sus inspiraciones al bien. Conocen mejor que nosotros mismos nuestras necesidades, nos discernen lo provechoso de lo perjudicial y no quieren sino hacernos participantes de la gloria de los justos que ellos poseen. De nosotros nada esperan: su felicidad es independiente de todos los mortales, y el Señor á quien sirven les ha comunicado un poder suficiente para que lo empleen en el socorro de nuestras necesidades; no, no son unos amigos inútiles, son amigos poderosos, amigos desinteresados, amigos constantes, serviciales, que nos acompañan, nos guían, que ponen sus manos debajo de nuestras plantas para que no tropecemos en las escabrosidades y peligros, amigos como nos los recomienda el Espíritu santo, fieles y verdaderos.

No quiero que se me crea por mi dicho: hablen por mí los Libros santos, cotejad el antiguo y nuevo Testamento, y si le

los servicios útiles y provechosos se ha de inferir la fidelidad y verdad de los amigos, veréis á la luz del medio dia que todos los favores grandes que han recibido los hombres, les han venido por mano de estos celestiales protectores. Lot corre un riesgo inminente en medio de un pueblo á quien Dios queria exterminar en su indignacion, va á caer una lluvia de fuego y azufre sobre Sodoma; la casa de este patriarca iba á ser asaltada de una turba de malvados, que para satisfacer su brutal pasion querian violar los derechos de la hospitalidad; pues un ángel le saca á él y á toda su familia de esta ciudad abominable hasta ponerle á salvo en la cumbre del monte desde donde miran con seguridad los peligros que han evitado. Agar despedida de la casa de Abrahan y vagueando con su hijo Ismael en un inmenso desierto, se ve reducida á la última miseria, sin auxilio, sin recurso ni consuelo alguno en su desgracia; pero un ángel, dice san Juan Crisóstomo, un ángel estaba á su lado, no veía senda ni camino, pero el ángel del Señor la guiaba; Ismael, triste víctima de la indignacion de Sara, estaba para entregar el espíritu entre las violencias de una rabiosa sed, pero este ángel caritativo, este constante é inseparable amigo le proporcionó medio de apagarla. Tu hijo tiene sed, dijo á la madre, ve allí una fuente de agua viva, dale de beber y ten buen ánimo. Tres niños inocentes, objeto de la rabia del rey de Babilonia, entran en un horno de fuego ardiendo; pero ellos se pasean bendiciendo al Señor en medio de la hoguera encendida, porque un ángel divide las llamas y solo sienten un agradable resplandor. Daniel próximo á expirar de hambre es alimentado por el socorro de un ángel, que tomando á un profeta por los cabellos le trasportó de Judea á Babilonia para acudir prontamente al siervo de Dios, que no tenia que comer. Susana va á morir en el suplicio y á manchar su sangre con el borron del adulterio; pero su ángel hace hablar á Daniel en su defensa, quien descubre el falso testimonio de los ancianos impúdicos. Veréis dividido, ahuyentado y destruído el ejército de Lisias, porque un ángel vestido de blanco y bizarramente montado marcha al frente del ejército de Judas Macabeo. Veréis á un falso profeta detenido por un ángel que le hacia sangrientas amenazas. A un usurpador sacrílego castigado cruelmente por haber tenido la temeridad de entrar en el templo á robar los vasos sagrados. A un Elías desmayado y sin aliento á la sombra

de un enebro, despertado, alimentado y fortalecido por el auxilio de un ángel.

Un ángel anuncia á María que van á abrirse los cielos para llover al Mesías deseado de las naciones, la instruye en los arcanos de la divinidad; un ángel nos anuncia el nacimiento del Salvador del pueblo; los ángeles publican la gloria á Dios en las alturas y la paz en la tierra á los hombres de buena voluntad; un ángel es quien consuela á Jesus en el huerto al tiempo de dar principio á su pasion; ángeles son los que publican la consumacion y complemento de nuestra salud anunciando la resurreccion de Jesus Nazareno crucificado por los judíos. Angeles son los que libran á Pedro de sus prisiones, consuelan á Juan en su martirio y en su destierro, iluminan y arrebatan á Pablo hasta el tercer cielo..... Pero demos ya nosotros el testimonio por nosotros mismos. ¿Cuántas veces hemos visto á nuestro lado el peligro, la ocasion, el escándalo, y salimos victoriosos como Lot porque nuestro ángel nos libró como á aquel patriarca, de toda adversidad y no cesó de inspirarnos, aconsejarnos y exhortarnos hasta triunfar de nosotros mismos y ponernos á salvo? *Quoniam angelis suis mandavit de te.* Cuando oáis la murmuracion y las faltas de vuestros prójimos, en aquella concurrencia que no podéis evitar ¿quién producía en el fondo de vuestra alma aquel disgusto, aquella molestia y enfado con que manifestabais bien que no queriais ser cómplices de la murmuracion ni de las calumnias, sino vuestro ángel que vela para que no llegue á vosotros el mal? ¿Estáis pobres, sin autoridad, sin amparo, os veis despojados por los unos, vendidos por los otros y como Agar estáis abandonados de todos; cargados de hijos, objetos de vuestro dolor, no halláis humanamente medios para mantenerlos en estos tiempos que al paso que hay un empeño en llamarlos felices, la experiencia lo desmiente, y no nos deja palpar sino miseria? Pues no perdáis por eso la esperanza, la providencia de Dios os ha encomendado á sus ángeles que tendrán cuidado de vosotros. Quizá os darán como á Agar y á Ismael medios para libertaros de las miserias públicas y particulares: acaso os descubrirán ciertos recursos que vosotros no habéis advertido y con que podréis remediaros: acaso aquel juez conocerá vuestros derechos y se compadecerá de vosotros; aquel perseguidor que os ha despojado os restituirá vuestros bienes; aquel hombre, aquella mujer

piadosa, sabedores de vuestros trabajos y los de vuestra familia, se encargarán de socorremos, de la educacion de vuestros hijos.... qué sé yo, ni cómo he de referir los auxilios que pueden prepararos estos generosos y fieles amigos. Decidme vosotros si no habéis experimentado muchas veces favores y socorros cuando ménos lo esperabais, porque vuestros ángeles cuidan de vosotros en la prosperidad y en la desgracia: *Quoniam angelis suis mandavit de te*. Doncellas recatadas, esposas fieles, en las veces que un poderoso y astuto corrompedor maquinaba vuestra deshonra, en las veces que habéis tenido el valor suficiente para resistiros á las dádivas, á las persuasiones, á las amenazas; cuando el fuego de la concupiscencia iba empezando á conmoveiros é incendiaros ¿quién apartó de vosotras sus voraces llamas, sino el ángel que tenéis destinado para vuestra custodia? ¿Os habéis visto en la angustia, en la afliccion, rodeadas de falsos calumniadores como Susana? Vuestro ángel fué quien descubrió vuestra inocencia y vuestra justificacion. ¿Quién, quién no siente en sí mismo la proteccion de su ángel custodio? Pecador arrepentido, tú corrias sin freno en pos de tus delitos, tú atropellabas descaradamente la ley y los preceptos mas sagrados, tú eras el escándalo y la ruina de tus hermanos. ¿Cómo es que ahora los edificas, los animas, los ganas para Jesucristo con tu ejemplo y con la fragancia y buen olor que exhalan tus virtudes? Porque tu ángel logró para ti del Señor la gracia de las lágrimas y de la penitencia. No entráis ya en aquella casa, no asistís á aquella diversion en que se armaban lazos á vuestra honestidad y recato y en donde mas de una vez hubierais sido presa del engaño y víctimas del deshonor, porque vuestro ángel os ha tomado en sus manos para conducirnos ilesos en los mayores derrumbaderos, y os ha dado el aliento y la fortaleza para hollar sin miedo á los áspides y basiliscos. *Quoniam angelis suis mandavit de te*. Justos, amantes del Señor, estáis tibios y flojos en el amor de Dios, desconfiáis á la vista de un mundo que se gloria en contradeciros; no desmayéis, vuestro ángel os dará como á Elías el pan de vida con que os alentéis y toméis fuerza para subir hasta lo mas alto del monte. Cuando os habéis sentido movidos á venir al tribunal de la penitencia á llorar y depositar en el seno del sacerdote del Dios vivo vuestras culpas, cuando dejáis las diversiones profanas y los negocios del mundo por asistir al santo sacrificio de

la misa y demas ejercicios piadosos, cuando advertís en vosotros deseos de oír la divina palabra, de mudar saludablemente de vida, de hacer limosnas, de ser humildes, modestos, templados y justos, vuestro ángel es quien produce estos deseos en vosotros con sus inspiraciones; ellos ofrecen al Señor vuestros ruegos, os consuelan en todos los trabajos, os animan, os fortalecen, trabajan sin cesar y sin interes alguno en beneficio vuestro: no, no dudemos un momento que son infinitos los favores que hemos recibido por su medio y que siempre están prontos para servirnos; que sienten nuestros males, que se complacen en nuestros bienes, que son nuestros verdaderos amigos.

Pues si los ángeles son nuestros verdaderos amigos, es preciso que tambien nosotros lo seamos suyos. Y cómo? Solo los que temen á Dios, dice el Espíritu santo, poseerán la amistad verdadera: *Qui timet Dominum æquè habebit amicitiam bonam*. Si hemos de corresponder con sinceridad á la amistad de nuestro ángel, el paso primero que debemos dar es el entrar en el temor de Dios. No podremos gloriarnos de ser amigos suyos si nos hacemos sordos, si resistimos abiertamente sus saludables inspiraciones. La luz y las tinieblas, la paz y la discordia, el bien y el mal ni por milagro pueden asociarse. Si al paso que vuestros ángeles custodios os inspiran la virtud, os apartan del vicio, os abren y os allanan los caminos de la perfeccion y la rectitud, despreciáis sus avisos, seguís los anchurosos caminos del error y de los placeres, os burláis de sus inspiraciones, no, no seréis amigos fieles, no tendréis gratitud á vuestros bienhechores, no seréis hombres, seréis unos monstruos crueles é inhumanos y vuestros ángeles llorarán amargamente: *angeli pacis amarè flebunt*. Llorarán al verse despreciados, al ver vuestros extravíos, vuestra dureza y la perversidad de vuestro corazon. Llorarán al veros pasar en la depravacion y los vicios los cortos días de vida que se os conceden para ganar la gloria. Llorarán al llegarse el dia último de vuestros años viéndoos hechos presa del enemigo infernal, llorarán amargamente al haber de presentar en el tribunal del Señor de toda justicia un alma confiada á su cuidado hecha el objeto de la abominacion y venganza del mismo Dios. Si habéis de corresponder á vuestros ángeles como amigos verdaderos y si deseáis conservar su buena amistad, repito que es necesario que temais al Señor, que res-

petéis la presencia de vuestro ángel custodio, y no le contristéis con vuestros pecados, que oigáis su voz, que os gobernéis por sus inspiraciones y consejos, que sigáis los caminos por donde os conduce al cielo sin sacaros de vuestro estado ni condicion, y entónces inferiré lo que san Bernardo: *Pro custodia fidutiam*. Vivid tranquilos al abrigo de su defensa, vivid con una completa confianza. Entónces, devotos del santo ángel cuya generosa gratitud ofrece al Señor este testimonio público de amor, de reconocimiento, de accion de gracias, entónces sentiréis un amparo y proteccion, unas gracias, unos consuelos interiores, unos santos propósitos y deseos que no habéis experimentado hasta aquí. Bien pronto os recompensará estos obsequios y veréis en vuestras casas, en vuestras familias, en vuestra fortuna los efectos del cariño con que vela y cuida de vosotros vuestro ángel. *Pro custodia fidutiam*. Seguid sus inspiraciones, obrad segun sus consejos y vivid seguros y con una entera confianza, porque ellos os guardarán en todos vuestros caminos, os llevarán en sus manos en los pasos mas peligrosos, caminaréis sin peligro y seguros de los tiros que asesten contra vosotros vuestros enemigos, os burlaréis de los áspides y basiliscos, y pisaréis sin miedo á los leones y dragones. Ellos os asistirán en la tribulacion y estarán siempre prontos para salvaros hasta ponerlos en la mansion de los santos, en la mansion del descanso y la paz, hasta ponerlos en las manos mismas del Señor y daros la corona incorruptible de la gloria. Así sea.

SERMON

DE SAN GABRIEL ARCÁNGEL.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

DEBEMOS HONRAR AL ARCÁNGEL SAN GABRIEL SIENDO AGRADECIDOS
Y APROVECHÁNDONOS DEL BENEFICIO DE LA REDENCION.

Missus est angelus Gabriel á Deo in civitatem Galileæ, cui nomen Nazareth ad virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph de domo David, et nomen virginis Maria.

El ángel Gabriel fué enviado por Dios á una ciudad de Galilea llamada Nazareth, á una virgen desposada con un varon por nombre José, de la casa de David y el nombre de la virgen era Maria.

Luc. c. 1. v. 26.

Son muy limitados los conocimientos del hombre. Todo lo quiere comprender y explicar, y se ve sin embargo en la necesidad de confesar que no conoce la naturaleza de lo mismo que palpa y le rodea; de la luz que le alumbra, del aire que respira, de la despreciable yerba que pisa, del insecto que le molesta, del pájaro que le recrea; tiene que confesar á pesar de su orgullo, que no se conoce á sí mismo, ni sabe cómo vive, se mueve y existe. Levanta sus ojos al cielo y no puede comprender lo que son las estrellas, el sol, la luna y los planetas, ¿cómo podremos conocer lo que son otros seres mas nobles, mas elevados, mas grandes; lo que son unas criaturas invisibles, espirituales, que están al lado de Dios y de quienes no podemos, ni aún formarnos una idea; cómo podremos conocer lo que son los ángeles que sirven de trono al Señor, le alaban y bendicen y se ocupan en cumplir su voluntad y ser ministros suyos? Somos demasiado terrenos y carnales para podernos elevar á conocer la naturaleza de unas criaturas tan espirituales y superiores á nosotros, y solo sabemos de ellos lo que el Señor ha querido reve-

petéis la presencia de vuestro ángel custodio, y no le contristéis con vuestros pecados, que oigáis su voz, que os gobernéis por sus inspiraciones y consejos, que sigáis los caminos por donde os conduce al cielo sin sacaros de vuestro estado ni condicion, y entónces inferiré lo que san Bernardo: *Pro custodia fidutiam*. Vivid tranquilos al abrigo de su defensa, vivid con una completa confianza. Entónces, devotos del santo ángel cuya generosa gratitud ofrece al Señor este testimonio público de amor, de reconocimiento, de accion de gracias, entónces sentiréis un amparo y proteccion, unas gracias, unos consuelos interiores, unos santos propósitos y deseos que no habéis experimentado hasta aquí. Bien pronto os recompensará estos obsequios y veréis en vuestras casas, en vuestras familias, en vuestra fortuna los efectos del cariño con que vela y cuida de vosotros vuestro ángel. *Pro custodia fidutiam*. Seguid sus inspiraciones, obrad segun sus consejos y vivid seguros y con una entera confianza, porque ellos os guardarán en todos vuestros caminos, os llevarán en sus manos en los pasos mas peligrosos, caminaréis sin peligro y seguros de los tiros que asesten contra vosotros vuestros enemigos, os burlaréis de los áspides y basiliscos, y pisaréis sin miedo á los leones y dragones. Ellos os asistirán en la tribulacion y estarán siempre prontos para salvaros hasta ponerlos en la mansion de los santos, en la mansion del descanso y la paz, hasta ponerlos en las manos mismas del Señor y daros la corona incorruptible de la gloria. Así sea.

SERMON

DE SAN GABRIEL ARCÁNGEL.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

DEBEMOS HONRAR AL ARCÁNGEL SAN GABRIEL SIENDO AGRADECIDOS
Y APROVECHÁNDONOS DEL BENEFICIO DE LA REDENCION.

Missus est angelus Gabriel á Deo in civitatem Galileæ, cui nomen Nazareth ad virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph de domo David, et nomen virginis Maria.

El ángel Gabriel fué enviado por Dios á una ciudad de Galilea llamada Nazareth, á una virgen desposada con un varon por nombre José, de la casa de David y el nombre de la virgen era Maria.

Luc. c. 1. v. 26.

Son muy limitados los conocimientos del hombre. Todo lo quiere comprender y explicar, y se ve sin embargo en la necesidad de confesar que no conoce la naturaleza de lo mismo que palpa y le rodea; de la luz que le alumbra, del aire que respira, de la despreciable yerba que pisa, del insecto que le molesta, del pájaro que le recrea; tiene que confesar á pesar de su orgullo, que no se conoce á sí mismo, ni sabe cómo vive, se mueve y existe. Levanta sus ojos al cielo y no puede comprender lo que son las estrellas, el sol, la luna y los planetas, ¿cómo podremos conocer lo que son otros seres mas nobles, mas elevados, mas grandes; lo que son unas criaturas invisibles, espirituales, que están al lado de Dios y de quienes no podemos, ni aún formarnos una idea; cómo podremos conocer lo que son los ángeles que sirven de trono al Señor, le alaban y bendicen y se ocupan en cumplir su voluntad y ser ministros suyos? Somos demasiado terrenos y carnales para podernos elevar á conocer la naturaleza de unas criaturas tan espirituales y superiores á nosotros, y solo sabemos de ellos lo que el Señor ha querido reve-

larnos. Pero así como nos es desconocida su esencia y su naturaleza, nos son conocidos los beneficios que el Señor nos ha dispensado visiblemente por su ministerio, nos son conocidos muchos de sus favores, y esto basta para excitar nuestra gratitud, sumisión y respeto á estos espíritus felices. En la obra mas grande, en la mas necesaria, en la mas útil, en la obra de la reparacion de nuestra caída y redencion de nuestra cautividad sabemos que el ángel Gabriel fué el enviado por Dios á la ciudad de Nazareth á la Virgen María desposada con José, para anunciarla los misterios del Señor; para negociar su consentimiento y que el Verbo Eterno, el Hijo del Altísimo tomase carne en sus purísimas entrañas; que fué el embajador del cielo á la tierra para darnos la salud, la redencion y la paz. El Evangelio mismo nos refiere este importantísimo servicio de san Gabriel, de este espíritu bienaventurado: *Missus est angelus Gabriel à Deo in civitatem Galilee cui nomen Nazareth ad virginem desponsatam viro cui nomen erat Joseph... et nomen virginis Maria.* ¿Qué mas necesitamos para honrar á este celestial embajador, á este representante de Dios, á este espíritu por cuyo medio recibimos el mayor bien que ha hecho Dios á los hombres? Justo es que le honremos y seamos agradecidos, y lo haremos segun su voluntad; procurando aprovecharnos del beneficio de la redencion del que fué el digno mensajero.

Ved descubierto el asunto sobre que voy á ocuparme y llamar vuestra atencion en mi discurso. ¡Quiera el Señor, que ceda en honor suyo, utilidad y aprovechamiento nuestro! Y para que así sea pidamos los auxilios de la divina gracia por la intercesion de la que está llena de ella, y si no con la pureza y el respeto que el arcángel Gabriel, digámosla con la veneracion y confianza que nos sea posible sus mismas palabras: *Ave María.*

Missus est angelus Gabriel...

Apénas salió Noé del arca y pisó la tierra húmeda todavía con las aguas del diluvio y sembrada de los cadáveres que habian perecido con la inundacion general, edificó un altar, y tomando de los animales que habia conservado, ofreció holocaustos al Señor en olor de suavidad para manifestarle su agradecimiento y en señal del aprecio del beneficio que tan miseri-

cordiosamente habia dispensado á su familia. Abrahan, Isaac, Jacob, Moises, David, Salomon, los Macabeos manifestaron tan repetidamente al Señor su gratitud por los beneficios que recibieron con holocaustos, sacrificios y cánticos de alabanza como nos lo refiere el texto de la Escritura sagrada. El Apóstol escribe á los fieles de Tesalónica diciendo: *Damos gracias á Dios sin intermision*, y dice á los colosenses: *sed agradecidos*. Tan propia y natural es del hombre y mucho mas del cristiano la gratitud y reconocimiento á los favores y beneficios que recibe de su Dios. Y si cuando recibimos algun beneficio extraordinario no solamente honramos al bienhechor principal que nos le dispensa, sino hasta á las criaturas insensibles que intervienen en él y por cuyo medio llega á nosotros: Si el Arca santa era tan venerada del pueblo de Dios porque en ella manifestaba su voluntad el Señor al sumo Sacerdote: si los instrumentos mismos y las armas con que consiguieron los triunfos de los filisteos eran tenidos en respeto y se miraban con cierto honor por los del pueblo escogido, habiendo traído al mundo el arcángel san Gabriel la noticia de su mayor gozo y consuelo, debiéndole el beneficio singular de haber anunciado á María santísima la encarnacion del Verbo divino, habiendo recibido por su medio el inapreciable beneficio de nuestra redencion, habiendo sido el mensajero y enviado de Dios para que entrase en el mundo nuestro Redentor, que por tantos siglos habia sido el objeto de las esperanzas de los justos, el blanco de sus oraciones y suspiros y el fin á que se dirigian las promesas que habia hecho Dios á su pueblo sacándole del Egipto, dándole la tierra de promision y anunciándole á los patriarcas y profetas, ¿no será acreedor á que le honremos y veneremos? Si veneramos la casa de Nazareth en que vivia María santísima, porque en ella le fué anunciada la encarnacion del Verbo divino y concibió al Hijo del eterno Padre. Si veneramos el pesebre en que Jesus fué reclinado en su nacimiento, la cruz en que murió, los clavos que traspasaron sus manos y piés, las espinas que taladraron y mortificaron su cabeza y todo lo que tuvo contacto con Jesus en este mundo, ¿no deberemos honrar, venerar y manifestar nuestro aprecio y respeto al arcángel san Gabriel que desde el principio fué instruyendo á los hombres acerca de la venida de su Redentor hasta anunciarlos su nacimiento en Belen?

Sí, desde el principio, amados míos. Sabido es que luego que

nuestros primeros padres cayeron en la culpa y fueron arrojados del paraíso, envolviendo á todos sus descendientes en sus miserias y haciéndolos reos de su culpa, el Señor les ofreció y consoló con la promesa de un reparador que los volvería á su amistad y sacaría al género humano de la esclavitud en que se habia sumergido. Esta promesa la fué renovando el Señor á los patriarcas, y á proporcion, dice san Agustin, á proporcion que se iba acercando el tiempo de su cumplimiento, fué tambien haciéndose mas pública y mas notoria así como mas cierta y segura la esperanza en todo el pueblo hebreo del que habia de nacer el deseado Redentor. Pues bien, el arcángel Gabriel fué el encargado de recordarla, de repetirla, de enjugar de tiempo en tiempo las lágrimas del género humano y consolarle en su destierro con la esperanza de su Redentor. Al profeta Daniel se le apareció y le señaló el tiempo en que el Redentor ó Mesías prometido habia de venir al mundo y librarle con su muerte del yugo de Satanás, cumplidas aquellas setenta hebdómadas ó semanas de años abreviadas y misteriosas. El mismo san Gabriel se apareció á Zacarías estando incensando el altar y le anunció el dichoso nacimiento de su hijo san Juan Bautista, el gozo universal que todos recibirían en él, y la abundancia de gracias y de espíritu que tendría aquel niño, aun en las entrañas de su madre; que sería su alegría y habia de ser grande delante del Altísimo, como se verificó naciendo al tiempo señalado por el arcángel el precursor que señaló con el dedo al Mesías prometido. El mismo se presentó á María como enviado de Dios para declarar la lo que se habia determinado en el divino consistório acerca de la Encarnacion del divino Verbo, y que ella era la llena de gracia, la bendita entre todas las mujeres, la escogida para ser la madre del Salvador de su pueblo. El mismo segun el sentir de los doctores y expositores sagrados consoló á san José en sus inquietudes: anunció el nacimiento de Jesus á los pastores de las montañas de Belén: avisó el peligro que amenazaba al niño con el degüello dispuesto por Heródes y mandó á José huir á Egipto con la madre y el hijo para salvarle: el mismo le mandó volver á su patria despues de muerto Heródes: el mismo, triste y afligidísimo Jesus orando en el huerto y sudando sangre, puesto en la agonía al contemplar los tormentos de su pasion y el cáliz de amargura que tenia que apurar para consumir la obra de la redencion de los hombres y aplacar

la ira de Dios ofendido por el pecado, bajó del cielo y se le apareció para confortarle. Bien podemos decir que desde el principio hasta su consumacion ha sido este dichoso y bienaventurado espíritu el encargado del beneficio grande de nuestra reparacion y redencion; el que nos ha llenado de consuelos y esperanzas, y el que por fin nos ha anunciado al Redentor mismo que nos ha sacado de la esclavitud del demonio, del pecado y de la muerte, y nos ha abierto las puertas de la gloria.

Justo es, hermanos míos, que le seamos agradecidos, que le honremos, veneremos y demos señales de aprecio. Si el jóven Tobías tenia por muy poca merced y suplicaba que aceptase como una señal, nada mas, de su reconocimiento la mitad de todos sus bienes al mancebo que le habia acompañado en su viaje, librado de los peligros y traído sano á la casa de su padre con Sara su esposa; qué merced ó retribucion podremos dar nosotros á este ángel del Señor que nos ha proporcionado bienes mas generales y mayores sin comparacion? ¿Cómo le manifestaremos nuestra gratitud y reconocimiento?

De nada necesitan de nosotros estos espíritus felices y están contentísimos con hacer la voluntad de Dios de quien son ministros, pero podemos y debemos ser agradecidos á los servicios de san Gabriel, no despreciando el beneficio de la redencion, procurando aprovecharnos de este tesoro con que podemos comprar nuestra felicidad eterna y hacernos semejantes á los ángeles. He aquí, hermanos míos, el modo de honrar al mensajero de nuestra salvacion eterna, el modo de agradecerle y aumentar, si es posible, su gozo y su satisfaccion, y con lo que trabajamos á la vez en beneficio nuestro. ¿Y cómo podrá menos de injuriar, despreciar y faltar al aprecio y gratitud debida al embajador del cielo para negociar nuestra reparacion y el cumplimiento de las promesas de Dios, el que vive en un olvido del beneficio de la redencion, el que no procura aprovecharse de él, el que vive como si no tuviera mas patria, ni mas esperanzas que la tierra? Pero ¿es posible semejante olvido y desprecio en los hombres? ¿Hay cristianos que puedan olvidar y ser ingratos al beneficio de su redencion? ¿Hay alguno que no diga como David: qué daré al Señor en retorno de tanto como él me ha concedido? Pero ¿qué es la redencion? Es, hermanos míos, el beneficio mas grande, la prueba mas convincente del amor de Dios á los hombres. Si Dios hubiera dejado

á nuestra eleccion que le pidiésemos una prueba visible y un testimonio claro de lo mucho que nos ama; ¿nos hubiera pasado por el pensamiento el pedirle otra semejante al testimonio que nos dió con su Encarnacion y nuestra reparacion? ¿Hubiéramos soñado en pretender que Dios se hiciese hombre y que haciéndose en todo semejante á los hombres tomase sobre sí todas nuestras miserias á excepcion del pecado, para compadecerse de nuestras necesidades y para satisfacer á costa de su sangre y de su vida por nuestras culpas? Pues este prodigio, que jamas nos atreveríamos á pedir ni aún á imaginar, esta maravilla que el entendimiento humano calificaría de extravagancia, este milagro fué el que obró la Sabiduría divina para manifestarnos el exceso con que nos amaba; este es el bien inmenso que se nos anunció por medio del arcángel san Gabriel; esta es una verdad que creemos como católicos cristianos, y sin embargo ¿cuál es nuestro reconocimiento? ¿Qué interesaba el Señor en nuestra redencion? ¿Qué iba á ganar en hacerse semejante á nosotros para que fuésemos participantes de su gloria? ¿Ignoraba que iba á desperdiciar sus beneficios en unos hombres ingratos? ¿No sabia bien que por mas costa que le tuviese, por mas amor que nos mostrase, por mas ejemplos que nos diese, el mundo siempre habia de ser enemigo implacable suyo y habia de estar lleno de ingratos, de libertinos, impíos y disolutos? Con todo nada fué bastante para entibiar su amor y apartarle de su resolucion de vivir entre nosotros y morir por nosotros.

Ved, hombres, ved y contemplád el amor de nuestro Dios, que nos dió á su mismo Hijo unigénito y quiso que nos llamásemos y que realmente fuésemos hijos suyos, pueblo querido del Hombre-Dios, sus hermanos y coherederos. ¡Un Dios que se humilla hasta hacerse un niño, que se sujeta á nuestras miserias, que sufre, que padece, que muere entre la afrenta y el dolor por amor á los hombres! Creemos estos misterios? ¿Y qué impresion hace en nosotros esta creencia? Señor, ni vuestros abatimientos, ni las maravillas que obráis para aparecer como un siervo entre los hombres y padecer y morir por ellos, me admiran ni me extrañan, porque aunque son incomprendibles, en vuestros acertados y eternos decretos habéis elegido estos medios para lograr la redencion del género humano. Lo que me admira, lo que trastorna mi razon, lo que no podría creer si no lo palpase es: que los hombres crean estas verdades

y no os amen; que sepan que habéis puesto vuestros tesoros en sus manos y no se aprovechen de ellos; que vivan olvidados de vuestros incomparables beneficios; mas aún, Señor, que los desprecien y vivan como si nada creyesen, como si nada tuviesen que esperar ni que temer, como si no necesitasen de la redencion ó les fuera indiferente el ser ó no ser del número de los que se salven. Lo que me turba y llena de espanto es, que los cristianos crean estas verdades y vivan entregados á sus vicios, á sus placeres, á sus afanes terrenos, y que sabiendo que su ley, la ley que deben cumplir para salvar sus almas es la ley de Jesucristo, la ley que nos intimó en su Evangelio, ley de mortificacion, de abnegacion, de penitencia, de cruz, de amor á todos, de paz con todos, de sufrimiento y resignacion en todos los trabajos, la desatiendan y sigan por el anchuroso camino de la perdicion, por los placeres, por las injusticias, por el desenfreno y licencia, sin que apenas se distingan en sus obras de los que no tienen fe. ¿Qué es esto sino obligar á arrepentirse en cierto modo al mismo Dios del beneficio que nos ha dispensado, y á que nos diga en queja á presencia del cielo y de la tierra: *Filios nutriti et exaltavi, ipsi autem spreverunt me?* (1) ¿Los mismos hijos propios á quienes he nutrido y ensalzado me llenan de desprecios? ¿Qué es esto sino volver mal por bien, de cuyo desorden se queja el Señor por Jeremías? (2) ¿Qué es esto sino hacer que venga sobre nosotros la tribulacion, despreciar las riquezas de la bondad, de la paciencia y longanimidad de Dios, y atesorarnos su ira por nuestra dureza, como nos dice san Pablo? (3) ¿Qué es esto sino ser peores que los jumentos, porque el buey conoce á su dueño y el asno conoce el pesebre de su Señor, y el hombre no quiere reconocer á su bienhechor, como se queja el Señor por Isaías? (4) ¿Qué es esto sino exponernos á que se nos prive del reino de Dios y se dé á otras gentes agradecidas que hagan obras dignas de él, como nos amenaza el mismo Jesucristo? (5) Y esta ingratitud, este desprecio de nuestra redencion que tan directamente ofende á Jesucristo, ¿no redundá tambien en desprecio y mengua del glorioso arcángel san Gabriel, que tanto intervino para su complemento y para ajustar la paz entre el cielo y la tierra? Este

(1) *Isai. Cap. 1. v. 2.* (2) *Cap. 18. v. 28.* (3) *Rom. Cap. 2. v. 4.*
 (4) *Cap. 1. v. 3.* (5) *Matth. Cap. 21. v. 43.*

ángel de paz ¿dejará de llorar amargamente la imprudencia y locura de los hombres en abandonar á su Redentor y no aprovecharse de sus méritos, de su ley, de sus sacramentos y sus gracias, por seguir las vanidades del mundo? ¿Dejará de ser un agravio para este espíritu bienaventurado el que libres ya los hombres del poder del demonio, quieran permanecer en su esclavitud y sin aceptar la libertad de hijos de Dios y herederos de su gloria que les trajo con su embajada?

Si queremos, pues, honrar y venerar al arcángel san Gabriel, si queremos que su gozo y alegría sea completo, resolvámonos á apreciar el beneficio de nuestra redencion, á aprovecharnos de este inmenso tesoro, de esta llave que nos abre las puertas del cielo y nos une con Dios y con sus ángeles en la gloria. ¿No tiene Dios un derecho á exigir esta resolucion de nosotros? ¿Hay algun otro á quien debamos mas y nos pida con justicia mas reconocimiento? ¿No lo exige tambien nuestro propio interes y felicidad? Así lo ofrecemos, Señor; pero vos sabéis que no podemos conseguirlo con nuestros esfuerzos: jamas podrá ser nuestra salvacion una obra de nuestras manos, ni podremos tener valor para resistir á tantos enemigos como se nos oponen en el camino del cumplimiento de vuestra santa ley. Sed vos nuestra ayuda y nuestra proteccion, nuestro declarado defensor, y así no temeremos á los leones de nuestras pasiones que están siempre dispuestos para despedazarnos.

Y vos, glorioso arcángel san Gabriel, elegido entre todos los espíritus bienaventurados para venir á anunciar el misterio inefable de la encarnacion del Hijo de Dios y nuestra reparacion, hacéd, que ya que fuisteis nuestro mediador é intercesor en la tierra, experimentemos el amparo y proteccion que podéis dispensarnos desde el cielo, para que lavados y blanqueados con la sangre de Jesus, precio de nuestra redencion, logremos llegar á cantarle en vuestra compañía y de todos los ángeles y santos las divinas alabanzas por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

PARA EL DIA

DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Factum est praelium magnum in caelo: Michael et angeli ejus praeliabantur cum dracone: Et draco pugnabat, et angeli ejus et non prevaluerunt, neque locus inventus est eorum amplius in caelo.

Hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban con el dragon, y lidiaba el dragon y sus angeles: y nunca mas fue hallado su lugar en el cielo.

Apocalipsis, c. 12. v. 7 y 8.

El capitan de la milicia angélica, el esforzado y valiente caudillo de los ejércitos de Dios, el denodado guerrero y defensor de su honra se presenta hoy al frente de sus enemigos: salidle al encuentro, cristianos; incorporáos en sus filas; tomád parte por él y peleád á su lado, porque con él siempre va la victoria, siempre va la justicia. Qué, ¿no os alistáis? Pues uníos á su adversario, al formidable Dragon de siete cabezas y diez cuernos, que baja arrastrando en su cola la tercera parte de las estrellas. No hay medio!

Señores, en aquellas maravillosas visiones que Dios nuestro Señor presentó á los ojos espirituales del Discípulo amado, para consolarle de las penas de su destierro en la isla de Pátmos, aparecieron hechos misteriosos ya ántes ocurridos, escenas sorprendentes que entónces tenian lugar, y profecias funestas para el porvenir; y en todas presidiendo y triunfando siempre, y en todas partes y por donde quiera, su celestial nuncio, su ministro celoso, su enviado fiel, peleando en defensa del honor de Dios, *quis sicut Deus*; por la custodia de los fieles; *stat pro filiis vestris*, para la confusion y derrota de los infernales ene-

ángel de paz ¿dejará de llorar amargamente la imprudencia y locura de los hombres en abandonar á su Redentor y no aprovecharse de sus méritos, de su ley, de sus sacramentos y sus gracias, por seguir las vanidades del mundo? ¿Dejará de ser un agravio para este espíritu bienaventurado el que libres ya los hombres del poder del demonio, quieran permanecer en su esclavitud y sin aceptar la libertad de hijos de Dios y herederos de su gloria que les trajo con su embajada?

Si queremos, pues, honrar y venerar al arcángel san Gabriel, si queremos que su gozo y alegría sea completo, resolvámonos á apreciar el beneficio de nuestra redencion, á aprovecharnos de este inmenso tesoro, de esta llave que nos abre las puertas del cielo y nos une con Dios y con sus ángeles en la gloria. ¿No tiene Dios un derecho á exigir esta resolucion de nosotros? ¿Hay algun otro á quien debamos mas y nos pida con justicia mas reconocimiento? ¿No lo exige tambien nuestro propio interes y felicidad? Así lo ofrecemos, Señor; pero vos sabéis que no podemos conseguirlo con nuestros esfuerzos: jamas podrá ser nuestra salvacion una obra de nuestras manos, ni podremos tener valor para resistir á tantos enemigos como se nos oponen en el camino del cumplimiento de vuestra santa ley. Sed vos nuestra ayuda y nuestra proteccion, nuestro declarado defensor, y así no temeremos á los leones de nuestras pasiones que están siempre dispuestos para despedazarnos.

Y vos, glorioso arcángel san Gabriel, elegido entre todos los espíritus bienaventurados para venir á anunciar el misterio inefable de la encarnacion del Hijo de Dios y nuestra reparacion, hacéd, que ya que fuisteis nuestro mediador é intercesor en la tierra, experimentemos el amparo y proteccion que podéis dispensarnos desde el cielo, para que lavados y blanqueados con la sangre de Jesus, precio de nuestra redencion, logremos llegar á cantarle en vuestra compañía y de todos los ángeles y santos las divinas alabanzas por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

PARA EL DIA

DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Factum est praelium magnum in caelo: Michael et angeli ejus praeliabantur cum dracone: Et draco pugnabat, et angeli ejus et non prevaluerunt, neque locus inventus est eorum amplius in caelo.

Hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban con el dragon, y lidiaba el dragon y sus angeles: y nunca mas fue hallado su lugar en el cielo.

Apocalipsis, c. 12. v. 7 y 8.

El capitán de la milicia angélica, el esforzado y valiente caudillo de los ejércitos de Dios, el denodado guerrero y defensor de su honra se presenta hoy al frente de sus enemigos: salidle al encuentro, cristianos; incorporáos en sus filas; tomád parte por él y peleád á su lado, porque con él siempre va la victoria, siempre va la justicia. Qué, ¿no os alistáis? Pues uníos á su adversario, al formidable Dragon de siete cabezas y diez cuernos, que baja arrastrando en su cola la tercera parte de las estrellas. No hay medio!

Señores, en aquellas maravillosas visiones que Dios nuestro Señor presentó á los ojos espirituales del Discípulo amado, para consolarle de las penas de su destierro en la isla de Pátmos, aparecieron hechos misteriosos ya ántes ocurridos, escenas sorprendentes que entónces tenian lugar, y profecias funestas para el porvenir; y en todas presidiendo y triunfando siempre, y en todas partes y por donde quiera, su celestial nuncio, su ministro celoso, su enviado fiel, peleando en defensa del honor de Dios, *quis sicut Deus*; por la custodia de los fieles; *stat pro filiis vestris*, para la confusion y derrota de los infernales ene-

migos: *el non praevaluerunt*. Este nuncio celestial, este ministro de Dios, este su enviado es el arcángel san Miguel, cuya fiesta celebra hoy la Iglesia santa, nuestra madre.

Nosotros, ciudadanos de los santos y domésticos de Dios, como nos llama el Apóstol (1), debemos seguir la intencion y piedad de la Iglesia, en la honra del jefe y capitán, que el Señor ha querido poner á la cabeza de los suyos; con lo cual no podemos temer nada por la Fe, ni por la Religion, ni por nosotros mismos; pues el santo arcángel siempre lleva los suyos á la victoria. Prepósito del paraíso, alférez de los soldados del cielo, uno de sus primeros príncipes, que viene en la ayuda del pueblo de Dios; glorioso en su divina presencia, vestido de gloria y honor, coronado de oro, y armado de una espada de fuego para la pelea; con un brillante incensario para el culto del Señor, en donde quema los olorosos inciensos y exquisitos perfumes ante el altar del Excelso, que son las oraciones de los fieles y santos que él recibe y le presenta; depositario de las almas justas para conducir las al paraíso de las delicias eternas; estos y otros mil honrosos títulos y decorosos oficios le da y atribuye la Iglesia, tomándolos de la boca de Dios en sus divinas Letras.

El poder, la justicia y la misericordia del Dios del cielo están representadas en el arcángel san Miguel; el poder, haciendo que por su esfuerzo, celo y virtud triunfe su fe y sea acatado por todos su santo nombre; la justicia, dando este mismo celo ardiente y virtud soberana á Miguel para el castigo y escarmiento de los malvados; y la misericordia, poniéndole de custodio vigilante en defensa de los escogidos, y de conductor cariñoso por el camino del cielo, para llevar á él los que ha querido predestinar.

¡Qué grande es nuestro Dios, cristianos, y cuán digno de ser respetado, temido y amado! Su omnipotencia que hizo con una sola palabra el cielo y la tierra, y sacó del abismo profundo de la nada todo cuanto en ellos existe, en un momento, pudiera á su arbitrio hacer que desapareciesen las mismas cosas por un solo acto negativo de su poder omnipotente, y manifestar su justicia, su misericordia y sus divinos atributos todos, sin echar mano de nada ni de nadie de entre sus criaturas. Sin embargo,

(1) *Ephes. c. 2. v. 19.*

para que se vea la eterna verdad de que todo está sometido á su imperio soberano y que le sirven y administran millones de millones de ángeles, como lo vió Ezequiel; cuando quiere confundir el orgullo insano de sus rebeldes hijos, manda á Miguel, jefe de su milicia, para que los abata, para que los persiga, para que los destruya, y á veces convierta en polvo y en humo: y él humilde, obediente y dócil, pero decidido y valeroso, se presenta terrible, como que trae consigo todo el poder del Omnipotente. Las estaciones con su irregularidad, la tierra hecha estéril, el aire destemplado, el fuego enardecido, y el universo todo siendo instrumento de la ira divina, pelearán un día en nombre de Dios contra los insensatos, es verdad; pero ántes han peleado mil veces y pelearán despues las legiones angélicas, á cuya cabeza viene san Miguel. Por igual razon, y como que es el gran servidor de Dios, en cuantas ocasiones place al Altísimo hacer ostension pública de su grandeza y estupendas misericordias con los hombres, viene este espíritu soberano á servirles de amparo, de escudo, de protector y de defensa.

¿Concebís ya la idea magnífica, el pensamiento elevado, que es debido y conviene para honrar á este santo arcángel? ¿Veis ya la sublime y gloriosa significacion de su nombre y toda la nobleza y altura de su oficio? Y si lo veis, ¿es tal vuestro reconocimiento y gratitud que en este dia siquiera os consagréis al celo y culto de Dios, como él? Cristianos, mucho puede el arcángel san Miguel, pues significa el poder de Dios: puede contra los malos, puede en pro de los buenos: puede, y hace, y ha hecho siempre que triunfe la Fe, que triunfe la Religion, que triunfen los cristianos y buenos fieles. Estas tres ideas son las que voy á explanar en honor del santo arcángel, para avivar vuestra devocion por su culto y gloria, que es siempre el culto y gloria de Dios.

Saludemos ántes á la Reina de los ángeles, María madre de Dios, pidiéndola nos alcance la gracia del Espiritu santo y los divinos dones. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Preguntaron los apóstoles á Jesucristo, segun el Evangelio de la presente festividad, que ¿quién era en su sentir el más

grande en el reino de los cielos? El Salvador llamó á un párvulo, le puso en medio de ellos y les respondió: *en verdad os digo, que si no os convirtiereis é hiciereis como párvulos, no entraréis en el reino de los cielos* (1). Explicando el P. san Hilario esta sentencia, dice: « llama Jesucristo párvulos á todos los creyentes, y quiere que lo sean, por la docilidad y firmeza de su fe, y por su valentía en sostenerla. » Párvulo pues debe ser el mayor en el reino de los cielos, esto es, humilde en su alma como el párvulo en su edad; dócil en su fe, como el párvulo en cuanto le dicen; pero firme y valeroso en sostenerla por el amor á su autor y Dios, cual el párvulo conoce, ama y sigue sin dudar ni apartarse nunca ni por nadie de los que le dieron el ser. El santo arcángel que hoy celebramos, segun esto, es el mayor en el reino de los cielos. Su inocencia es tal que jamas la perdió, á pesar del mal ejemplo de los rebeldes; su docilidad y firmeza en la fe, está acreditada en las sagradas Letras; y su valor y decision para sostenerla, quiso Dios presentarla al mundo en mil y mil ocasiones, destinándole á sus triunfos, y encargándole siempre su defensa; y no solo al mundo, sino al mismo cielo.

El hombre primero se infatuó con las pérfidas sugerencias de la serpiente; se llenó su corazón de tal soberbia y orgullo que ya se prometia tener tanta ciencia y tanto poder como Dios: cayó así en pecado, perdió la gracia, lo perdió todo. Dios le castigó de mil maneras y le lanzó del Paraíso de delicias, en que le pusiera por dueño; á la puerta colocó un querubín con espada de fuego en la mano, para que impidiese al hombre la entrada. Este debió ser san Miguel, porque tratándose de castigar la soberbia que se rebelaba contra la fe y obediencia á Dios, Miguel es el llamado. Hubo entre los primeros descendientes de este hombre soberbio otros soberbios tambien, que pensaron y emprendieron el temerario proyecto de construir un edificio tan alto que llegase al cielo. Esta soberbia merecia castigo, era contra Dios; el Señor habló; *bajemos*, dijo, *y confundamos la lengua de estos* (2). No necesitó mas que de su voluntad y querer para verificarlo; pero si hubiese echado mano de álguien, hubiera sido de san Miguel. Unas ciudades se rebelan contra Dios y se entregan á las mas inauditas maldades; Dios envía dos ángeles para reducir las á pavesas (3): el superior de ellos era el arcángel san Miguel.

(1) *Matth. c. 18, v. 1, 2 et 3.* (2) *Gen. c. 11, v. 7.* (3) *Gen. c. 19, v. 1.*

Mas si parecen conjeturas las que fundo en estos hechos de la Historia sagrada, no lo serán otros. Quiso Dios probar la fe de Abraham, y le mandó sacrificar á su hijo; pero cuando ya estaba consumada la prueba, para que no lo fuera el sacrificio, vino un ángel á detenerle (1), y este era san Miguel. Quiso asimismo hacer otra de su nieto Jacob, y al intento se presentó á luchar con él un ángel (2): este ángel era san Miguel. Se distrajo David de su virtud, su corazón se llenó de orgullo al saber cuántos y cuán valientes eran sus súbditos por el censo que le mandó hacer á Joab; y el Señor se resuelve á castigarle, para que se desengañe y convenza que la grandeza y el poder son de Dios y la humillacion del hombre (3). Vino el ángel del Señor, y en tres dias le quitó de su pueblo setenta mil hombres robustos y esforzados: este ángel era san Miguel, porque á él toca castigar la soberbia y sostener siempre el honor de Dios.

Pero, cristianos, dejemos ya la antigua Historia, y vengamos á mejores tiempos, cuando en hechos gloriosos ha querido nuestro gran Dios que triunfe la Fe. Esta Fe verdadera y purísima vino el Hijo de Dios á establecerla en el mundo, comprando con el rico precio de su sangre su firmeza en las almas redimidas. El hijo de Dios debia ser creído, y para que el mundo no dudase, hizo en su muerte por el mundo mismo la demostracion mas patente de su divinidad. Resucitó con su propia virtud y poder, y al publicar este inefable misterio, que era, por decirlo así, la llave maestra de la Fe, hizo bajar un ángel que, colocado en el lugar de su sepulcro, espera allí la ocasion de anunciar oportunamente la bella nueva. Vienen las mujeres á la madrugada del tercer dia, y el ángel Miguel, sí, no lo dudéis, les sale al encuentro y les dice: *á quién buscáis? — A Jesus nazareno crucificado? — Resucitó, como lo dijo; no está aquí* (4).

Yo quisiera no excederme en comentarios; pero no puedo ménos de ver en este suceso importante una consecuencia de ilacion precisa á favor del ministerio constante del santo arcángel, tomando las premisas de la boca del Salvador. ¿Recordáis que en su vergonzosa prision se dirigió al animoso discípulo que desenvainó la espada contra sus enemigos, mandándole

(1) *Gen. c. 22.* (2) *Gen. c. 32.* (3) *II. Reg. c. 24.*

(4) *Matth. c. 28, v. 6.*

tenerse en su arrojo, y asegurándole que si fuese su voluntad soberana el ponerse en defensa, rogaría á su eterno Padre, para que enviase mas de doce legiones de ángeles (1)? ¿Quién sino san Miguel seria en su caso, el que hubiera venido capitaneando estas legiones? Jesus en esta ocasion, como que quiso hacer entender á Pedro que no le correspondia á él la defensa de la Fe por medio de la fuerza, sino á otro caudillo; y este caudillo comprimido y paralizado en su ministerio, que tan digna y oportunamente, sin duda, lo hubiera desempeñado, probando la divinidad del Hijo de Dios, como que creía que á él y solo á él competia su defensa; y ya que la voluntad de su Señor se lo impedía, cumplió su oficio de otra manera, anunciando como nuncio pacífico á las mujeres la gloria de la resurreccion.

Pasemos adelante; elevemos nuestros pensamientos al otro misterio que sigue y le es correlativo: pongámonos con los discípulos en el monte de las Olivas el día de la ascension del Señor, y fijemos nuestros ojos en el cielo. Veremos pues bajar un ángel, que en voces consoladoras para los buenos y amenazantes para los malos, les dice: *este Jesus que ha subido al cielo, separándose de vosotros, vendrá del mismo modo que lo habéis visto rodeado de gloria, de poder y majestad* (2). Palabras con las cuales indica bien claro el día terrible del juicio universal, cuando el Hijo de Dios vuelva acompañado de sus ángeles á juzgar al mundo, y á confundir para siempre á sus enemigos.

Los discípulos del Salvador empezaron á sufrir los horrores de la persecucion y de la fuerza, luego que empezaron la predicacion del Evangelio, para que eran llamados. El príncipe y cabeza visible de todos fué el primero que cayó en manos de los deicidas judíos, verdugos de su maestro, y fué aherrojado en un oscuro calabozo, y allí aprisionado con gruesas cadenas. De su libertad pendia el triunfo de la Fe; pues bien no hay que temer; el arcángel san Miguel se le presenta, le desata, abre las puertas de la prision y le pone sano y salvo en la compañía de los fieles y fuera del poder de sus contrarios (3). Así empieza la Fe á dilatarse y á triunfar en el mundo, porque siempre el santo arcángel va delante, y acude á todas partes donde se ve en peligro.

(1) *Matth. c. 26. v. 53.* (2) *Actor. c. 1. v. 11.* (3) *Actor. c. 5. v. 7.*

Un hecho glorioso se viene ahora á mi memoria, digno de tenerse presente eternamente entre los españoles, para excitar tambien nuestra gratitud eterna. ¿A quién pensáis que se debe la conservacion de la Fe en aquella nacion? El día 8 de mayo del año 589, cuarto del reinado de Recaredo, se juntó el tercer Concilio de Toledo, compuesto de sesenta y dos obispos; dia en que despues con otro motivo y en otro paraje, manifestó Dios su voluntad de ser adorado en nombre del santo arcángel; pues en aquel dia el piadosísimo rey, los próceres del reino y los obispos arrianos abjuraron la herejía y se adhirieron á la Fe católica por sí y sus sucesores perpetuamente. Este triunfo, el mas distinguido y memorable en los fastos de España, fué debido al santo arcángel, bajo cuya tutela y proteccion están desde entónces aquellos reinos.

Sí, señores; los triunfos de la Fe siempre y por donde quiera han sido ganados por el arcángel san Miguel; y tambien los de la Religion, como vais á verlo en la

SEGUNDA PARTE.

Advertiréis que desde luego establezco una distincion entre la Religion y la Fe, y que asigno á cada una sus triunfos por separado. Esta distincion es muy natural, muy propia, porque realmente la Fe y la Religion se distinguen, aunque la una sea efecto de la otra, ó una precisa consecuencia de un principio dado. La Fe es este principio, la Religion su consecuencia; la Fe es la creencia de las verdades reveladas, empezando por la existencia de Dios y sus divinos atributos; la Religion es el culto y adoracion que se tributa al mismo Dios, en fuerza de la firme creencia de estas verdades. Así pues el santo arcángel, que fué destinado por Dios para hacer triunfar el principio de la Fe, que constituye su honor, tambien está á la cabeza de los creyentes, para salvar la consecuencia de la adoracion y del culto de la única Religion revelada, que es la que á Dios agrada. Y si no, veamos la prueba.

Quando el Señor resolvió sacar á los hebreos de la opresion y cautividad del Egipto, para formarse con ellos un pueblo de verdaderos adoradores, luego que les intimó su ley y su Religion, segun el capítulo 12 del Exodo, viendo la resistencia y te-

nacidad de Faraon, en no permitirles la libertad para cumplir su divino mandato, hizo que el ángel exterminador sacrificase en una noche todos los primogénitos de los egipcios, empezando por el del mismo tirano.

Este pueblo, ya establecido en la tierra feliz y abundante á que le llevó el Señor, tuvo reyes impíos y malvados, que volvieron á Dios la espalda y sacrificaron á los ídolos; pero tambien tuvo otros fieles y celosos por las leyes divinas y el culto de sus padres; entre ellos está Ezequías, de quien nos dice el libro cuarto de los Reyes, que destruyó los ídolos, quemó los bosques idólatras y se adhirió firmemente á la religion revelada, á Moises. Sin embargo á su alrededor hubo ministros perversos, apóstatas y traidores, que capitularon con su enemigo Senaquerib, jefe de los asirios, entregaron el templo, la ciudad y sus hijos, para que seducidos apostatasen del propio modo, y fuesen llevados al cautiverio. Ezequías oró al Señor, y puso en él toda su confianza de ser libertado de un enemigo potente y aguerrido, ya posesionado por la traicion de los puestos mas importantes y avanzados, y que de cerca le amenazaba con un ejército numeroso y formidable. No fué en vano su confianza, ni inútil su plegaria. ¿Se trataba de la Religion, y del templo y del culto de Dios? Pues bien; su ángel, su capitan denodado viene en auxilio de tan caros objetos: en una noche pasa á cuchillo ciento ochenta y cinco mil idólatras del ejército del soberbio asirio. Ahí está el Libro sagrado, tomád y leéd.

Mas adelante este mismo pueblo cae en fin en cautiverio por sus pecados; el siervo y profeta de Dios Daniel lloraba con los demas fieles y religiosos, sobre los rios de Babilonia, la pérdida de su Religion y templo. En medio de su quebranto vió aquella gran vision, en la que fué confortado con dulces esperanzas de remedio y salvacion y hasta se le anunció por el ángel Gabriel la fecha del nacimiento del Mesías; pero es notable, señores, la advertencia que le hace el celestial nuncio: «yo estoy aquí para favorecerte desde el principio de tu oracion, desde el primer dia de tus lágrimas; mas el príncipe del reino de los persas me ha resistido por espacio de veinte y un dias: y hé aquí que Miguel, uno de los primeros príncipes, ha venido en mi ayuda y yo me mantuve junto al rey de los persas (1).»

(1) Daniel, c. 10. v. 12 et 13.

Señores, ¿puede darse una prueba mas auténtica del poder del santo arcángel para hacer que la Religion obtenga sus triunfos, cuando los demas arcángeles le llaman en su auxilio? Pero aún no se ha dicho todo. Antes de que la profecía de Daniel tenga su entero cumplimiento, hemos de ver otros ruidosos triunfos y otras acciones distinguidas de celo y de poder del santo arcángel, en beneficio de la Religion y de los buenos fieles adoradores de su Dios.

Los Macabeos, familia de héroes religiosos, tienen que luchar largos años contra formidables ejércitos, y contra inauditas perfidias, solo contando con un puñado de fieles israelitas. Veían conculcadas las cosas santas, profanado el templo, contaminado el culto con nefandas impiedades, y forzados los buenos á desertar de sus patrias leyes ó á sufrir muerte acerbísima; *era el extremo de los males*, dice el Libro sagrado (1). Siendo ellos tan pocos, no les era dado resistir la acometida de las naciones; por lo mismo, como religioso, su jefe levanta sus manos al cielo y pide socorro, resuelto sin embargo á oponerse y perecer en la lucha. Iban pues así animosos, esperando, y no en vano, el auxilio del cielo, como les vino en efecto: el santo arcángel se presenta delante de ellos en un caballo blanco vibrando su lanza y armas de oro, y en un momento pusieron en vergonzosa fuga el innumerable ejército de Lísias, el cual destrozado se vió obligado á pedir capitulacion.

Aun está despues mas profanado y perdido el templo y las cosas sagradas en tiempo del sumo sacerdote Onías: el impío Eliodoro roba sus vasos, saquea el tesoro de las viudas y pobres y arrebatá los depósitos de la piedad. El sacerdote, los fieles, la ciudad toda llora y clama sin resistencia, sin ser oídos, sin que haya compasion ni respeto á un templo y á una Religion, entónces la mas célebre y venerable del mundo. Y ¿quedará todo así, consumado el sacrilegio é impune el latrocinio? No, el mismo arcángel se presenta armado del propio modo, y con ademan terrible acomete á Eliodoro á la vista de todos, le tira al suelo, y presentándose del cielo otros dos jóvenes hermosos, á su mandato le cogen en medio y le sacuden por uno y otro lado tan crueles azotes, que cayó como muerto: entónces rodeado de una nube oscura y ciego, le lanzaron del templo y de la ciudad con ignominia (2). Cristianos, leéd y escar-

(1) II. Machab. c. 6. v. 3. (2) II. Machab. c. 3. v. 26 et 27.

mentád! ¿Qué pensáis, sacrílegos profanadores de la casa de Dios y de su Religion y culto, que todo os es licito, que todo cae bajo vuestro codicioso dominio, bajo vuestro tiránico poder? Teméd y temblád. Está en el cielo el santo arcángel san Miguel, vengador celoso de los ultrajes que se hacen á la Religion y á las cosas santas. En él está simbolizado el triunfo de la Religion, como está el de la Fe. Confiád pues, cristianos, buenos fieles; no temáis, porque él tambien simboliza vuestro triunfo.

TERCERA PARTE.

Acabemos ya de Historia sagrada, aunque es materia que jamas debe acabar, porque es la palabra de la verdad, la palabra de Dios, la palabra inspirada. Examinemos ahora los sentimientos de los Padres, la fe de la Iglesia, las preces de la liturgia, y nos convenceremos de que el triunfo de los fieles, el triunfo de los cristianos, en la vida presente y para la eternidad, depende en gran manera del santo arcángel san Miguel. La Historia eclesiástica dice que el haberse aparecido en muchos lugares á los hombres para defenderlos, se prueba por la autoridad de los sagrados Libros y por la antigua tradicion de los santos; y que como en otro tiempo la sinagoga de los judios, así ahora le venera por custodio y patrono la Iglesia de Dios. Y á la verdad, señores, si segun el P. san Gregorio, siempre que se ha de hacer alguna cosa de gran valor, es este santo arcángel el enviado por el Señor, nosotros en la vida presente y en la futura ¿no tenemos emprendida la gran lucha con el enemigo, y la mas importante empresa, cual es la de nuestra salvacion? Y en una y en otra, y en todo ¿quién sino el santo arcángel puede ponerse á nuestro lado, pelear con nosotros y por nosotros, y allanarnos los estorbos, que se nos opongan en el camino de la vida?

Se habla, y es de Fe, que á cada uno nos ha deparado y señalado Dios un ángel de guarda y custodia que nos acompañe y defienda; en este ángel debemos considerar á san Miguel, puesto que él mismo lo significó en su aparicion del monte Gargano indirectamente, y puesto que la Iglesia, en repetidas ocasiones ya le invoca á él solo por todos, ya le prefiere, ya le acompaña á los demas, pero siempre expresándole. Grande es la dignidad de las almas, repite el P. san Gregorio, pues que

cada una desde su nacimiento tiene un ángel delegado, por lo cual, en el Apocalipsis se dice, el ángel de Éfeso, el ángel de Sárdis, el ángel de Filadelfia, y demas iglesias. Y ¿á quien están estos subordinados, á quién siguen y obedecen despues de Dios? Á su jefe y general el arcángel san Miguel: luego el oficio benéfico que con nosotros ejercen, de él depende y á él lo debemos.

La Iglesia santa en la mas grande y augusta de sus funciones le invoca con reverencia y pide su auxilio. Al principio de la misa, en la confesion general, con que se preparan sacerdotes y fieles, dirigen sus preces á san Miguel arcángel, despues de Dios y su Madre; pero ántes que á los demas bienaventurados. En aquel otro acto solemne, tan significativo, de la imposicion del incienso, se pide singularmente la intercesion de san Miguel arcángel. En la hora tremenda de la muerte, al llegar al moribundo el ministro de Dios para administrarle la extrema-uncion, pide y ruega lo primero la asistencia del santo arcángel: en la recomendacion del alma, en las preces postreras, el nombre de san Miguel suena repetidas veces; y en fin en el oficio y misa de difuntos, este celestial protector es llamado, y á Dios nuestro Señor, supremo juez, se le ruega que haga en su misericordia, que san Miguel, el alférez de los ejércitos del cielo, tome á su cargo las almas y las lleve á la mansion de la luz eterna.

Es tanta y tal la fe de la Iglesia en el santo arcángel, que con gran frecuencia repite la oracion, en que le dice se acuerde de nosotros aquí y siempre, para deprecar al Hijo de Dios, y nos le pinta como el funcionario y delegado de mas confianza en el juicio supremo, con un peso en la mano para pesar en él las almas. ¿No podremos decir que en este cargo es un vice-Dios? ¿su ministro de mayor confianza? Y teniéndola Dios, ¿no la tendremos nosotros? Y suplicándole, y esperándolo todo de su proteccion la Iglesia, ¿no le suplicaremos nosotros?

Pero mirádo bien, señores; ¿veis la estatua que le representa materializada á los ojos carnales? ¿Veis que con una mano tiene afianzada la cadena en que está aprisionado el formidable dragon Luzbel, y en la otra vibra una espada resplandeciente y afilada, ó un látigo cruel? Pues entendéd el jeroglífico, estudiád el significado. San Miguel es el representante del poder de Dios; tiene postrado, abatido y humillado á su enemigo, que tambien es el nuestro; así no podrá dañarnos, si nosotros no queremos. Es un perro encadenado; ladrar puede,

morder no puede, dice San Bernardo: no se atreverá con nosotros, no nos acometerá, si no nos acercamos á él, si no nos ponemos en sus garras, si no nos metemos en su boca. Como lo intente, como se abalance por su audacia, por su malicia, por su rabia, el santo arcángel le contendrá, tirándole de la cadena y amenazándole con el azote.

Con el mismo os amenaza á vosotros, impíos y sacrílegos profanadores de las cosas santas, porque es el defensor de la Religion y de la Fe; con el mismo os amenaza á vosotros, blasfemos, soberbios y orgullosos, porque en él está simbolizado el triunfo de Dios y de su culto; con el mismo en fin os amenaza á vosotros, seductores de la inocencia, perseguidores de los buenos, escandalosos y malvados, que hacéis con vuestros hermanos el oficio del diablo, instigándolos, provocándolos y enseñándoles á pecar. ¡Ay de vosotros, dice Jesucristo en el Evangelio de este día! *mejor os fuera no haber nacido! Mejor os estaria, si os atasen al cuello una piedra de molino y os lanzasen á lo profundo del mar!*

Y vosotros, buenos cristianos, no temáis ni en la vida, ni en la eternidad, ni por la Religion, ni por la Fe: confiád, esperád, rogád al santo arcángel, que es el capitan, el jefe superior de los ejércitos celestiales, y triunfará de todo y en todo tiempo por vosotros. Pero imitád su celo y ardor por la Fe, por la Religion y por el bien de los cristianos: incorporáos en sus filas, y estád dispuestos á pelear en defensa del honor de Dios, del decoro de su casa y de la virtud y felicidad de los fieles. Llegará el fin del mundo, y aparecerá san Miguel y sus ángeles peleando con el Dragon y los suyos; con el soberbio que pretendia ser como Dios, elevar su trono á las alturas del cielo y sentarse en el monte del Testamento. Sucumbirá, caerá en el lago profundo, de donde ni él ni los suyos, ni los impíos, ni los sacrílegos, ni los perseguidores, ni los inhumanos saldrán mas por los siglos de los siglos, ni se sabrá jamas su paradero: *et non praevaluerunt neque locus eorum inventus est amplius in caelo.*

Santo arcángel Miguel, nuestro alférez y jefe distinguido, guíanos al combate y á la victoria; defiéndenos, en la batalla de este mundo y en la hora de nuestra muerte, de las asechanzas, astucias, engaños y poder del enemigo: pelea con nosotros y por nosotros, para que siempre victoriosos contigo, te acompañemos en la gloria por una eternidad. Amen.

SERMON

PARA EL DIA DE SAN MIGUEL.

(DE ALMEIDA.)

Michael et angeli ejus praelibantur cum dracone.

Miguel y sus ángeles peleaban contra el dragon.

Apocalipsis, c. 12. v. 7.

Hoy tenemos en campaña al mas esforzado capitan de los ejércitos de Dios, el príncipe de la milicia celeste, el terror de los demonios; quiero decir, el grande arcángel san Miguel: le tenemos en accion, peleando él con los de su ejército contra los del ejército enemigo; con los demonios, que tambien son enemigos nuestros. Es preciso pues que ayudemos nosotros á la batalla, que nos llenemos de valor, de ánimo y esfuerzo para pelear varonilmente, si deseamos la victoria. Yo vengo resuelto á empeñaros en esta accion, y persuadiros con tres motivos fuertes á que peleéis contra el demonio. Peleemos con valor, porque son nuestros enemigos: este es el primer motivo. Peleemos con ánimo, porque tenemos el auxilio de san Miguel: segundo motivo. Peleemos con todas las fuerzas de alma, pues peleamos por la honra de Dios: tercer motivo. No se puede hacer mayor obsequio á san Miguel que el de seguirle y acompañarle en esta batalla, ni hay accion que mas nos interese.

Madre de Dios, ya que vos, aun mas que el santo arcángel, os interesáis en nuestra victoria, alcanzádnos fuerzas para vencer. Para pelear, como es justo, en esta batalla contra nuestros enemigos y los vuestros, pedimos la gracia de que estáis llena. *Ave María.*

PARTE PRIMERA.

Escrito está que la vida del hombre es una continuada guerra sobre la tierra, y una guerra con enemigos astutos, infatiga-

morder no puede, dice San Bernardo: no se atreverá con nosotros, no nos acometerá, si no nos acercamos á él, si no nos ponemos en sus garras, si no nos metemos en su boca. Como lo intente, como se abalance por su audacia, por su malicia, por su rabia, el santo arcángel le contendrá, tirándole de la cadena y amenazándole con el azote.

Con el mismo os amenaza á vosotros, impíos y sacrílegos profanadores de las cosas santas, porque es el defensor de la Religion y de la Fe; con el mismo os amenaza á vosotros, blasfemos, soberbios y orgullosos, porque en él está simbolizado el triunfo de Dios y de su culto; con el mismo en fin os amenaza á vosotros, seductores de la inocencia, perseguidores de los buenos, escandalosos y malvados, que hacéis con vuestros hermanos el oficio del diablo, instigándolos, provocándolos y enseñándoles á pecar. ¡Ay de vosotros, dice Jesucristo en el Evangelio de este día! *mejor os fuera no haber nacido! Mejor os estaría, si os atasen al cuello una piedra de molino y os lanzasen á lo profundo del mar!*

Y vosotros, buenos cristianos, no temáis ni en la vida, ni en la eternidad, ni por la Religion, ni por la Fe: confiád, esperád, rogád al santo arcángel, que es el capitán, el jefe superior de los ejércitos celestiales, y triunfará de todo y en todo tiempo por vosotros. Pero imitád su celo y ardor por la Fe, por la Religion y por el bien de los cristianos: incorporáos en sus filas, y estád dispuestos á pelear en defensa del honor de Dios, del decoro de su casa y de la virtud y felicidad de los fieles. Llegará el fin del mundo, y aparecerá san Miguel y sus ángeles peleando con el Dragon y los suyos; con el soberbio que pretendia ser como Dios, elevar su trono á las alturas del cielo y sentarse en el monte del Testamento. Sucumbirá, caerá en el lago profundo, de donde ni él ni los suyos, ni los impíos, ni los sacrílegos, ni los perseguidores, ni los inhumanos saldrán mas por los siglos de los siglos, ni se sabrá jamas su paradero: *et non praevaluerunt neque locus eorum inventus est amplius in caelo.*

Santo arcángel Miguel, nuestro alférez y jefe distinguido, guíanos al combate y á la victoria; defiéndenos, en la batalla de este mundo y en la hora de nuestra muerte, de las asechanzas, astucias, engaños y poder del enemigo: pelea con nosotros y por nosotros, para que siempre victoriosos contigo, te acompañemos en la gloria por una eternidad. Amen.

SERMON

PARA EL DIA DE SAN MIGUEL.

(DE ALMEIDA.)

Michael et angeli ejus praelibantur cum dracone.

Miguel y sus ángeles peleaban contra el dragon.

Apocalipsis, c. 12. v. 7.

Hoy tenemos en campaña al mas esforzado capitán de los ejércitos de Dios, el príncipe de la milicia celeste, el terror de los demonios; quiero decir, el grande arcángel san Miguel: le tenemos en accion, peleando él con los de su ejército contra los del ejército enemigo; con los demonios, que tambien son enemigos nuestros. Es preciso pues que ayudemos nosotros á la batalla, que nos llenemos de valor, de ánimo y esfuerzo para pelear varonilmente, si deseamos la victoria. Yo vengo resuelto á empeñaros en esta accion, y persuadiros con tres motivos fuertes á que peleéis contra el demonio. Peleemos con valor, porque son nuestros enemigos: este es el primer motivo. Peleemos con ánimo, porque tenemos el auxilio de san Miguel: segundo motivo. Peleemos con todas las fuerzas de alma, pues peleamos por la honra de Dios: tercer motivo. No se puede hacer mayor obsequio á san Miguel que el de seguirle y acompañarle en esta batalla, ni hay accion que mas nos interese.

Madre de Dios, ya que vos, aun mas que el santo arcángel, os interesáis en nuestra victoria, alcanzádnos fuerzas para vencer. Para pelear, como es justo, en esta batalla contra nuestros enemigos y los vuestros, pedimos la gracia de que estáis llena. *Ave María.*

PARTE PRIMERA.

Escrito está que la vida del hombre es una continuada guerra sobre la tierra, y una guerra con enemigos astutos, infatiga-

bles y crueles, que nos tienen un odio entrañable: unos enemigos, que no se dan por satisfechos con bebernos la sangre, porque aspiran á perder nuestra alma: enemigos terribles, y sobre terribles, son muchos, y aún innumerables. Si se nos concediera verlos con los ojos del cuerpo, veríamos la superficie de la tierra toda cubierta de estos infernales monstruos, que nos cercan por todas partes. No penséis que podemos entrar indiferentemente en esta batalla, ó evitarla, porque es preciso pelear, y forzosamente hemos de vencer, ó ser vencidos. Esos infernales monstruos, que salen de los abismos á contienda con nosotros, ó se han de ver pisados á nuestros piés, como á los de san Miguel, ó ellos nos han de pisar furiosos las cabezas, y arrastrarnos hasta los abismos. De aquí no se ha de salir, sino con suma gloria, ó suma infelicidad. Si vencemos, están ya preparadas para nosotros aquellas sillas del cielo que perdieron ellos; y tambien si somos vencidos, están las cárceles y los tormentos intolerables, que allá en los abismos dispuso la divina venganza para ellos. Este es el fin que os conduce y empeña en esta empresa: ellos nos quieren compañeros en su delito, y para que lo seamos de su eterna infelicidad. Nuestra desgracia es todo su empeño, nuestros tormentos son su gloria, y su gusto nuestra ruina: solo con vernos perdidos para siempre, se dan por victoriosos: el odio con que nos miran, aunque lo podemos experimentar, no se puede explicar ni aun concebir: nos quieren mal, sin mas interes que querernos mal. Con nuestra suerte infeliz será mayor su tormento; pero el odio que conservan en sus entrañas, es tan refinado, que sufrirán ser todavía mas atormentados con tal que quedemos para siempre sin remedio. Á este fin se dirigen sus persuasiones, sus ardidés y su astucia.

¿Queréis ver el fin á que os van llevando? Veo, dice el apóstol san Juan, veo la tercera parte de las estrellas del cielo cayendo miserablemente en los abismos, arrastradas por la infame cola del dragon (1). ¿Qué son hoy todos esos ángeles del cielo que le siguieron? Horribles y formidables demonios: ántes brillaban como estrellas del firmamento; hoy arden como tizones de los abismos. En ellos veis vuestra suerte, pues seréis como ellos, si los seguís, dando oídos á sus consejos, ó rindién-

(1) Apocal. c. 12. v. 4.

doos á sus tentaciones. Cuando el aliento mortífero de este dragon llegó á envenenar así las estrellas del cielo, cuando cayeron precipitados los mismos ángeles por solo no haberle evitado ni resistido, ¿qué hará de nosotros, hombres miserables, que vivimos sobre la faz de la tierra?

Creédme, señores: es un enemigo falso y caviloso, es un tentador terrible, de rostro lisonjero, de corazón malévoló y de unas entrañas llenas de rencor. Nos brinda con deleites, honras y riquezas; mas sabéd que es todo engaño: él ofreció á nuestro padre Adán una fruta hermosa y suave al paladar; pero era un veneno refinado. Cuasi siete mil años há que el miserable Adán lo probó, y aún estamos sus hijos sintiendo sus efectos mortales: fíaos ahora de sus convites.

Quisiera, señores, que cuando el demonio os tienta con deleites, honras ó diversiones, hicieseis este serio discurso. El demonio tan amigo mio! tan zeloso de mi honra! ¡tan empeñado en que yo me divierta, y en que mis apetitos logren su entera satisfaccion, que me anda ofreciendo las ocasiones, que me persuade, me insta y vuelve á instar, me allana las dificultades, se ofrece á remediar los daños, y me promete siempre buenos remedios para lo futuro! Y esto el demonio! ¡Ah, no es él tan amigo mio, que así se interese en mi bien! ¿Acaso tiene tan buen corazón, que anda tan solícito, zeloso y empeñado en mis comodidades, sin pedírselo yo ni encomendárselas? Aquí hay traición: cuando me persuade con tantas instancias, traición: engañarme pretende como á otros muchos.

Yo no puedo dudar que me desea el mal, y que me tiene un odio entrañable: no lo puedo negar; y ¡no obstante me convida con diversiones, fortunas y felicidades! Ah falso, que me engañas! ¡Oh, qué mortal veneno tendrás escondido en los regalos que me ofreces! Dios me libre de aceptarlos: me basta ver las manos que me los presentan, para saber lo que contienen.

A cada momento, señores, nos está engañando el demonio; y esta es una desgracia que no admite disculpa. ¡Sabemos que es nuestro enemigo, y escuchamos sus consejos! ¡Es nuestro enemigo, y aceptamos sus presentes; las acciones, quiero decir, con que nos lisonjea! ¡Es nuestro enemigo, y estamos en paz con él! Retiráos, oyentes míos, retiráos, porque pretende perdersos: tomád las armas en las manos, sed fuertes, resistid á sus

tentaciones, peleád, ponéos contra él, siempre contra él, porque si llega á engañaros ó venceros, quedasteis vencidos para siempre.

Pero ¿quién somos nosotros, (dicen muchos, para disculpar la vergonzosa cobardía y flojedad con que abrazan los consejos del demonio, que es lo mismo que abrazarle á él) quién somos nosotros para resistirle? Nosotros somos flacos, él es fuerte; y ademas de esto tiene por aliados al mundo, á nuestro propio cuerpo, á nuestros sentidos, á nuestra imaginacion y memoria: todo es contra nosotros, de todo se vale para derribarnos; por donde quiera hay piedras en que tropezamos, lazos en que caemos, y saetas con que nos atraviesa. Nosotros bien queremos huir; mas no podemos, porque corre mas ligero que el viento, y casi siempre nos alcanza: queremos ocultarnos; pero en vano, porque en el lugar mas retirado nos acomete, entra en lo mas sagrado, y allí nos tienta: queremos resistirle con vigor; pero luego flaqueamos; y cuando proponemos con seriedad la resistencia, nos da en rostro con nuestra poca constancia. Son muchos los demonios que nos persiguen, son muy fuertes. Quién los vencerá! ¿y quién podrá escapar de su odio, de su poder y sus traiciones! Por último, nuestra misma experiencia nos desanima: mil veces nos esforzamos á resistirle, y mil veces damos en tierra, sin poder sufrir el peso de tan furiosa pelea. ¿Para qué pues, diréis, sirven los vanos esfuerzos, ni el empeñarse contra un enemigo tan poderoso y desesperado, siendo nosotros como una hoja seca juguete de los vientos?

Con que en fin ¿nos hemos de rendir á las tentaciones del demonio, dejándonos caer á sus piés? ¿Pero sufriremos que pise victorioso nuestras cabezas, y que el infernal dragon nos enrede en su cola infame, nos arrastre y precipite en los abismos! ¿Nos hemos de contentar, habiéndonos criado Dios para ocupar las sillas que él perdió en el cielo, con perecer y acompañarle en su desgracia! ¿Podremos llevar á bien, que siendo todos hijos de Adán, de la misma carne frágil, y todos redimidos por Jesucristo, suban al cielo victoriosos tantos millares de santos, al mismo tiempo que nosotros, igualmente flacos que éstos, seamos sepultados en los abismos! Los santos, semejantes á nosotros en la naturaleza, en las fuerzas, en los enemigos y tentaciones, para siempre alegres en el cielo; ¿y nosotros para siempre tristes, para siempre infelices, y para siempre blas-

femando, desesperados con nuestra misma desgracia! ¡Oh cómo aflige esto los ánimos, y no puede considerarse sin susto y perturbacion de espíritu! Luego es preciso resistir. Mas con qué fuerzas y auxilios? Con las fuerzas de Dios, el socorro de san Miguel, que es el segundo motivo para animaros á esta grande batalla.

PARTE SEGUNDA.

Tenéd valor, católicos, tenéd valor; no temáis el formidable poder de vuestros enemigos: á esos mismos enemigos, que tanto teméis, los he visto yo vergonzosamente vencidos por niños de tierna edad, por doncellas delicadas y ancianos decrepitos, que apenas podian ya arrastrar por la tierra sus cansados miembros; mas vencieron al demonio, le vencieron muchas veces, y llegaron á burlarse con gran tranquilidad de toda su furia y osadía. Ahora pues, si él no es mas fuerte, ni nuestra naturaleza con la gracia es mas flaca, y Dios tampoco es menos poderoso, invoquemos sus auxilios, y venceremos: sigamos á san Miguel, y cantaremos la victoria. Como un rayo despedido de una nube, que en un abrir y cerrar de ojos se sepulta en la tierra, cayó desde el empireo el atrevido Lucifer, atravesado de la penetrante espada de este santo arcángel.

Tiembla Lucifer y se estremece al oír el respetable nombre de san Miguel: invoquémosle, y huirá de nosotros. Miguel quiere decir, *quién como Dios?* y al hacer esta pregunta se llena el corazon de ánimo, y el infierno de terror.

No creáis que cuando resistís al demonio, peleáis desamparados, pues Dios está con vosotros, con vosotros está san Miguel, y con vosotros pelean todos sus ángeles. San Miguel y sus ángeles están contra el Dragon y los suyos; pero los nuestros son mas numerosos, mas valientes y esforzados, pelean ya victoriosos, y no hay motivo de temer. La tercera parte de los ángeles se rebelaron contra Dios, y siguieron á Lucifer; pero las otras dos partes siguen á san Miguel, y son nuestros auxiliares. Para cada uno de los demonios tenemos dos ángeles: tomemos con seguridad el partido de Dios, y venceremos.

Sosegád de vuestro susto, y entrád en cuentas con vosotros mismos. Ya estáis en el campo de batalla: no podéis permanecer indiferentes; preciso es que elijáis partido. En sentencia

de Jesucristo pronunciada por su divina boca, el que no es de su bando, es contra él; *Qui non est mecum, contra me est* (1); ó habéis de militar por Cristo, ó por el demonio; ó habéis de hacer la guerra al demonio, ó á Jesucristo, á san Miguel y á sus ángeles. Pero si teméis al demonio, ¿con cuánta mas razon debéis temer á este arcángel victorioso? No elijáis el partido de los que son ménos, de los que son rebeldes y vencidos, contra el partido de los que son mas, de los fuertes y victoriosos, y contra las armas del mismo Omnipotente.

Oyentes míos, desengañaos; ó resistir seriamente á todo lo que es tentación, ó disponerse á tener por contrarios á san Miguel, á sus ángeles y al mismo Dios, por cuya causa pelean. Militan estos contra el demonio y sus aliados: si abrazáis el consejo del demonio, sois sus aliados, y sobre él y sobre vosotros vendrá la ira de Dios, y la espada de san Miguel, y tarde ó temprano no la podréis evitar. Cuando Lucifer no pudo soportar el pesado golpe de la espada de san Miguel, ¿lo podréis sufrir vosotros los que tanto alegráis vuestra flaqueza?

Si sois flacos y débiles, por lo mismo debéis resistir al demonio, porque debéis agregaros al partido mas fuerte y vencedor. Si sois flacos, ¿cómo os habéis de atrever á resistir al Todopoderoso, ni tener ánimo para medir la espada con san Miguel? Sois flacos? Pues ponéos debajo de sus alas, para que os ampare, y no queráis caer debajo de su espada, para que os castigue. Sois flacos? Pues huid del demonio que tambien lo es; y si este no puede valerse á sí mismo, ¿cómo os podrá favorecer? Si sois flacos, ponéos entre los ángeles; quiero decir, vivid como los justos en gracia de Dios; y así Dios como los ángeles os defenderán de vuestros enemigos. No niego que sois flacos; pero Dios es poderoso, y en esta contienda con el demonio no solo defendéis vuestras almas, sino tambien la causa de Dios. Dios os debe amparar, y no os faltará: este es el tercer motivo para que empeñemos todas las fuerzas en la resistencia.

PARTE TERCERA.

La causa que en esta contienda con el demonio se disputa, es la honra de Dios: esforzémonos pues; peleemos como robus-

(1) *Matth. c. 12. v. 30.*

tos, porque defendemos la honra de nuestro Dios. Se rebeló Luzbel contra el Omnipotente, y llegó á decir atrevido: seré semejante al Altísimo, colocaré mi trono sobre los astros de Dios (1). Oyó san Miguel ultrajar de este modo la honra de Dios, salió al campo, y salieron todos sus ángeles: salgamos tambien nosotros, ayudemos á defender la honra de nuestro Dios, que los demonios pretenden ultrajar.

Cuando el demonio os tienta á cometer un pecado, no advertís bien la refinada malicia de su tentación. Ah, fieles! si bien lo reflexionais, seria muy difícil que os rindiese. Lleno de cólera, de rabia y de ira contra el Omnipotente, quiere ofenderle y vengarse; y no contento con las sacrílegas blasfemias que vomita contra el cielo, procura (este es su empeño principal) que lleguen á despreciarle aún las criaturas miserables que formó del barro. Cuando los hombres forjan en su imaginacion modos de tomar venganza de algun enemigo vil, procuran afrentarle de nuevo, no queriendo vengarse con sus propias manos, porque temen honrarle con la misma venganza; y así le castigan, injurian y afrentan por manos de algun esclavo vil, ó de otra persona abatida: no de otra suerte procede el demonio, cuando nos tienta á ofender al Señor. ¡Á tanto llega su atrevimiento, y atrevimiento contra Dios!

Nosotros, viles criaturas; nosotros, tierra, lodo, polvo y abatimiento; nosotros, esclavos del demonio por la servidumbre en que nos ha puesto la culpa; nosotros somos por naturaleza mas viles, pues al fin ellos son ángeles; nosotros somos los buscados, para que injuriemos con nuestras propias manos al Señor que nos formó, al Dios á quien pretenden ultrajar con el mayor desprecio; y porque saben que el Señor recibe de nuestras afrentas mayor injuria, por eso mismo nos convidan, nos tientan, solicitan, y aún procuran comprarnos, para que en despique de su rabia le ofendamos. O mi Dios, qué horror! Te damos, dicen los demonios, ese dinero, injuria á tu Dios y peca. Y ¿habrá criatura que acepte el interes que ofrece el demonio, y que no dude afrentar á su mismo Dios con las propias manos? Ó abominacion horrible!

Á otros compran los demonios con la honra, y dicen: nosotros haremos que seas estimado y tenido en mucho, como tú

(1) *Isai. c. 14. v. 13 et 14.*

desprecies á Dios con esta culpa, y te burles de su ley y del legislador. Y hay criatura tal, que por verse estimada de los hombres desprecia á Dios, y pisa su ley sacrosanta. Qué confusion! A otros compran los demonios con deleites, y dicen: nosotros te facilitamos ese torpe gusto, con tal que tú nos des, pecando, el gusto de injuriar á tu Dios en lo mas vivo de su honra. Y hay cristianos que aceptan el partido, y por satisfacer al apetito bruto, no temen, no dudan, no rezelan levantar atrevidamente la mano contra el Todopoderoso, y hacerse fuertes contra el Omnipotente, como dice Job (1). O glorioso san Miguel! y ¿en dónde está la honra de Dios que defendéis con tanto zelo? Un solo pecado que haga un cristiano ultraja mas en cierto modo la honra de Dios, que muchos del demonio.

Esos hijos suyos mas acariciados, dicen los enemigos del Altísimo, por quienes murió, á los que da su corazon, su alma y su cuerpo por sustento en la eucaristía; esos mismos hemos de hacer nosotros que le afrenten á nuestro gusto: de estos, por estar obligados por tantos títulos á amarle, si le llegasen á ofender, sentirá Dios en lo vivo de su corazon las afrentas que le hiciesen. Estos sí que le pueden injuriar á nuestra satisfaccion. Creédme, hermanos, con este fin os rodean los demonios, os convidan y tientan; y vosotros pacíficamente caéis y abrazáis la tentacion. ¡Ah infames instrumentos del demonio, qué poca guerra haria él á Dios, si vosotros no le ayudaseis! No seria tan enorme la afrenta contra la honra de Dios, si no fuese por nosotros, que fuimos criados para dar honra y gloria á nuestro Dios. Nosotros somos los desgraciados instrumentos, de que se sirven los demonios para herir á Jesucristo en lo vivo de su corazon. No se puede ponderar lo grande de este delito.

Dar honra á Dios: ¡puede haber cosa mas noble ni mas gloriosa! Poder un rey honrar á un vasallo, es gloria de la majestad, y no fuera la corona tan estimable, si no pudiera comunicar honra á los inferiores: mucho mas glorioso es el dar un vasallo honra á su rey. Pues! qué será dar una criatura honra á su Dios, y á un Dios que es el agregado de toda perfeccion, de toda gloria y grandeza; á un Dios fuente de toda honra, magnificencia y majestad; á un Dios independiente y universal Señor; á un Dios, que es en sí todo lo que es bueno, magni-

(1) Job, c. 15. v. 25.

fico y grande! Y ¿á este Dios puedo yo dar todavía gloria y honra? Sí: y está en mi mano y no lo hago, ántes cuanto es de mi parte la doy á sus enemigos. ¡Ó mi Dios, qué aborrecible ingratitude!

Ahora reflexionád conmigo, hermanos míos: la disputa es sobre la honra de Dios, y se controvierte si ha de ser exaltada ó abatida. Los ángeles nos buscan, para que le glorifiquemos; los demonios nos convidan á despreciarle; y nosotros no damos la honra á Dios, sino que le despreciamos, y decimos con los demonios que nos tientan: *sea Dios ofendido, sea injuriado*; cuando debiéramos decir con los ángeles: *Dios sea exaltado, obedecido, glorificado: quién como Dios?* ¡Oh, que no se pondera dignamente, ni es creíble tanta enormidad! No es creíble, pero se ejecuta.

Mas diré: Dios me ha honrado á mí, y esto de muchos modos: me honró en la creacion, haciéndome su imágen; me honró en el bautismo, haciéndome su hijo; en la encarnacion, haciéndome su hermano; en la eucaristía, queriendo hacer de mi indigno pecho su morada: me honró tratándome y declarándome como amigo suyo, haciéndome heredero de su reino; tomando por su cuenta las injurias que me hiciesen, para vengarlas y castigarlas como si fuesen suyas: se apartó de todos aquellos que gravemente me ofendieron, y no quiere congraciarse con ellos, miéntras no se reconcilien conmigo: por último Dios me ha honrado de innumerables modos, siendo yo barro y corrupcion; y lo que es peor, siendo enemigo suyo: en una palabra me honró con exceso, como dice David: *Nimis honorificati sunt amici tui, Deus* (1). Ahora ha llegado la ocasion de defender la honra de Dios; ¡y no la defiende! La pretenden los demonios ultrajar, me convidan; ¡consiento, los ayudo, y soy un instrumento infame con que hacen guerra al Omnipotente! Ah! hermanos míos, abramos los ojos y veamos lo que hacemos; abramos los ojos y veamos á quién servimos; abramos los ojos y veamos bien contra quién peleamos, cuando caemos en la tentacion.

Hasta aquí teníamos al demonio un odio falso, porque en la realidad le estábamos sirviendo, haciéndonos de su partido contra Dios. Qué desgracia! Retirémonos, pues que nos en-

(1) Psalm. 138. v. 17.

gaña. ¡Ah enemigo cruel y traidor, que me has tenido ciego! Venguémosnos ahora de él, venguémosnos: hijos de Dios, tomád las armas en la mano, hacéd la guerra al demonio, guerra viva y constante, sed fuertes, y de corazón robusto; pues peleáis con san Miguel, peleáis por la honra de vuestro padre y de vuestro Dios: vive Dios, que serán destruidos todos los enemigos (1), y serán como el polvo delante del viento, decia David (2). Bastará el soplo de la ira de Dios para disiparlos y destruirlos: peleamos la guerra del Señor, ánimo: peleamos por nuestra salvacion, constancia: peleamos contra unos enemigos mil veces vencidos, no temamos: allí está san Miguel pronto á socorrernos. Resolvamos hacer desde hoy contra los demonios resistencia fuerte, resistencia hasta morir, resistencia hasta conseguir la sillas que ellos perdieron, y que nos esperan en la gloria. Amen.

(1) *Psalm. 67. v. 2.* (2) *Psalm. 34. v. 5.*

DISCURSO

PARA EL DIA DE LA DEDICACION

DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL

(DE TRONCOSO.)

Consurget Michael, princeps magnus, qui stat pro filiis populi tui.
Saldrá el grande principe Miguel para defender los hijos de tu pueblo.
Daniel, c. 12. v. 1.

Católico y religioso pueblo: al contemplaros hoy reunidos en este santo templo, tributando los anuales obsequios que de largo tiempo vienen formando el testimonio mas auténtico de vuestra confianza en la proteccion benéfica de vuestro insigne patron el arcángel san Miguel, sorprendida mi imaginacion á vista de vuestra piedad en unos dias tan aciagos y tristes, parece que me traslado á la ciudad de Babilonia, y que escucho las palabras que al jóven Daniel dirigió el ángel por mandado del Señor, para consolar la afliccion que le causaban los males sin cuento que veía venir sobre su desventurada patria y sobre toda la nacion santa del pueblo de Dios. Afectado sobre manera gemia el profeta, al ver la destruccion de la tierra ilustre de la Judea, que habia de ser consumada por la perfidia de un rey sanguinario del Norte, que entrando á sangre y fuego en aquel país mal aventurado, talaria sus campos, llenaria de oprobio sus habitantes, y reduciria á todos á la mas bárbara y ominosa esclavitud. Nada se ofrecia á la imaginacion del virtuoso jóven sino hierros, sangre, lamentos, desolacion, exterminio. Contempla hollado el testamento santo de Dios; Jerusalem victima del pillaje de un monarca impio y sumamente procaz; los idolos falsos ocupando el sitio del Dios de Sabaot y domi-

gaña. ¡Ah enemigo cruel y traidor, que me has tenido ciego! Venguémosnos ahora de él, venguémosnos: hijos de Dios, tomád las armas en la mano, hacéd la guerra al demonio, guerra viva y constante, sed fuertes, y de corazón robusto; pues peleáis con san Miguel, peleáis por la honra de vuestro padre y de vuestro Dios: vive Dios, que serán destruidos todos los enemigos (1), y serán como el polvo delante del viento, decía David (2). Bastará el soplo de la ira de Dios para disiparlos y destruirlos: peleamos la guerra del Señor, ánimo: peleamos por nuestra salvacion, constancia: peleamos contra unos enemigos mil veces vencidos, no temamos: allí está san Miguel pronto á socorrernos. Resolvamos hacer desde hoy contra los demonios resistencia fuerte, resistencia hasta morir, resistencia hasta conseguir la sillas que ellos perdieron, y que nos esperan en la gloria. Amen.

(1) *Psalm. 67. v. 2.* (2) *Psalm. 34. v. 5.*

DISCURSO

PARA EL DIA DE LA DEDICACION

DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL.

(DE TRONCOSO.)

Consurget Michael, princeps magnus, qui stat pro filiis populi tui.
Saldrá el grande principe Miguel para defender los hijos de tu pueblo.
Daniel, c. 12. v. 1.

Católico y religioso pueblo: al contemplaros hoy reunidos en este santo templo, tributando los anuales obsequios que de largo tiempo vienen formando el testimonio mas auténtico de vuestra confianza en la proteccion benéfica de vuestro insigne patron el arcángel san Miguel, sorprendida mi imaginacion á vista de vuestra piedad en unos dias tan aciagos y tristes, parece que me traslado á la ciudad de Babilonia, y que escucho las palabras que al jóven Daniel dirigió el ángel por mandado del Señor, para consolar la afliccion que le causaban los males sin cuento que veía venir sobre su desventurada patria y sobre toda la nacion santa del pueblo de Dios. Afectado sobre manera gemia el profeta, al ver la destruccion de la tierra ilustre de la Judea, que habia de ser consumada por la perfidia de un rey sanguinario del Norte, que entrando á sangre y fuego en aquel país mal aventurado, talaria sus campos, llenaria de oprobio sus habitantes, y reduciria á todos á la mas bárbara y ominosa esclavitud. Nada se ofrecia á la imaginacion del virtuoso jóven sino hierros, sangre, lamentos, desolacion, exterminio. Contempla hollado el testamento santo de Dios; Jerusalem victima del pillaje de un monarca impio y sumamente procaz; los idolos falsos ocupando el sitio del Dios de Sabaot y domi-

nando sobre la cima del alcázar santo de Sion. Todo esto revolvía Daniel con su mente, y su sola idea le llenaba de aflicción y haciale desfallecer; cuando hé aquí que el mismo ángel que le había anunciado todas estas calamidades, le conforta, le anima y le saca de su mortal letargo, diciéndole: no temas, Daniel; si bien todas estas cosas deben realizarse porque así lo ha decretado el Señor, llegará el tiempo del consuelo y de la alegría. « El gran príncipe de la milicia celestial, Miguel, se « levantará para ser el defensor de los hijos de tu pueblo; y á « los negros días que le sumieron en el llanto y la aflicción, « sucederán días serenos de prosperidad y de bonanza, y un « tiempo cual jamás se ha visto desde que comenzaron á existir « las naciones; y en aquel tiempo tu pueblo será salvado, y lo « será igualmente todo aquel que se hallare escrito en el libro: » *Consurget Michaël, princeps magnus, qui stat pro filiis populi tui, etc.* (1).

Y ¿no podré yo dirigiros hoy estas mismas palabras consoladoras, bienhadados habitantes de este pueblo? Mas, ah! vosotros no tenéis que esperar estos días vaticinados á Daniel: tiempo há que llegaron; siglos y generaciones mil vienen corriendo sin interrupción desde que el gran príncipe Miguel se constituyó protector y defensor celosísimo de vuestros hogares y de vuestros hijos. En medio de las crisis mas espantosas y de las continuas revueltas que viene atravesando el universo, siempre se ha visto dominar sobre ese altar santo la efigie sagrada de ese celestial arcángel, como genio tutelar de este pueblo. A él acudieron vuestros padres y vuestros venerables abuelos; y cuando, abatidos por la prevision de desgracias lamentables, de ensangrentados choques, de guerras intestinas ó extranjeras, se creían al borde del abismo, una voz muda, pero bien perceptible á unos corazones animados por la fe, enjugaba sus lágrimas y los consolaba como en otro tiempo á Daniel, diciendo: « No temáis; Miguel, príncipe grande y esforzado, está en « medio de vosotros para defender á vuestros hijos y los intereses de vuestro pueblo. » *Michaël, princeps magnus, stat pro filiis populi tui.*

¿Qué motivo de consuelo y de confianza para vosotros el haber elegido por protector de vuestro patrio suelo, á aquel espí-

(1) *Dan. c. 12. v. 1*

ritu celeste que, entre todos cuantos rodean el solio del omnipotente Monarca de cielos y tierra, mereció solo el renombre de *grande!* Un ángel consoló á la triste y afligida Agar, cuando en medio del desierto veía ya expirante y casi exánime á su querido hijo Ismael; un ángel detuvo el brazo de Abrahán, cuando levantando el cuchillo iba á sacrificar sobre el Moria al inocente Isaac; un ángel se declaró protector de Jacob, cuando huía des-pavorido de las asechanzas y negros designios que contra él meditaba su hermano Esaú; y en medio de los campamentos de Madian, y en los muros de Betulia, y en la corte del rey de Egipto, y en las filas de Senaquerib, los ángeles fueron siempre los enviados por Dios, ora como ministros de sus venganzas contra los impíos, ora como defensores y ministros de sus misericordias en favor de los fieles observadores de su ley santa.

Pero vosotros, mas dichosos (si me es lícito decirlo) que aquellos pueblos, contáis con la protección singularísima de aquel ángel fuerte, y denodado campeón, á quien vió san Juan en la vision de Pátmos, volando por medio del cielo clamando y animando á los demas á defender la causa del Dios de los ejércitos; de aquel caudillo aguerrido y capitán valeroso, que saliendo á la lucha armado de celo, segun la expresion de Isaías, se hizo temible sobre las ruínas de sus enemigos; de aquel, en suma, á quien la Iglesia, nuestra madre, llama jefe de los celestiales espíritus, á quien honran todos los habitantes de la inmortal Jerusalen.

Tal es, católicos, el carácter de vuestro insigne patron y defensor; y en este carácter sublime fundo yo la materia de mi discurso y el origen de vuestra confianza; porque Miguel es un ángel de paz; que así como fué elegido para defender la gloria y majestad de Dios en el cielo, es tambien un celosísimo protector de los que le honran y veneran sobre la tierra. Invoquemos los auxilios divinos por la intercesion de la Reina de los ángeles, dirigiéndole áquellas tiernas cuanto sublimes palabras, *Ave Maria.*

REFLEXION ÚNICA

Que el mundo, centro de la iniquidad y en cuyo seno hierve la soberbia, domina el egoísmo, y las pasiones todas encuentran apologistas venales y asalariados, sea frecuentemente el lúgu-

bre teatro de mil sangrientas revoluciones, nada tiene de extraño. El hombre observador, que con la luminosa antorcha de la historia recorre el vasto campo de los pasados siglos, contempla pasmado y silencioso un portentoso número de acontecimientos, que, escritos con caracteres de sangre, han marcado sus huellas por toda la redondez del globo. Aquí ve á los siquimitas rebelándose contra su rey Abimelec, el cual hubiera perecido víctima de los conjurados, á no haber sido por la fidelidad de Zebul. Allí mira la Asiria hecha el teatro de la rebelion de Arbacer y Belésis contra Sardanápalo, que muere incendiado en su palacio de Nínive, despues de haber sufrido un sitio de dos años. Por una parte Sedecias se subleva contra Nabucodonosor, y coge por fruto la ruina de su imperio. Por otra Ciro hace la guerra á los medos, arruina la monarquía de los caldeos, y establece su dominacion sobre las provincias del Oriente: y las conjuraciones de los egipcios contra Filopator, de Trifon contra Demetrio, de Alejandro contra Gabinio, de Augusto contra Antonio, y... pero á dónde voy? No es posible reducir á guarismo esa serie espantosa de monumentos, que la historia ha legado al mundo, para patentizar los frutos funestísimos que en todos tiempos ha producido el orgullo y la soberbia del hombre. Por todas partes el carro de la revolucion ha arrastado en pos de sí millares de víctimas, para ser sacrificadas ante las inmundas aras del egoísmo y de la tiranía. Nada hay, repito, que extrañar que esto suceda en la tierra, en donde el primer prevaricador sembró el gérmen mortífero de una rebelion, que dura y durará hasta la consumacion de los siglos. Pero que el cielo sea convertido en campo de batalla; que los ángeles se rebelen contra su soberano Monarca, que los crió para lucir en las eternas mansiones como estrellas refulgentes y esplendorosas... Ah! esto pasma; increíble parece de todo punto atentado tan alevé y horroroso. Y sin embargo, señores, ello es indudable que el cielo fué el primer teatro de la rebelion mas espantosa; allí se elevó la negra enseña de la guerra contra Dios, y dióse el grito de alarma para derrocar al Omnipotente de su eterno solio.

Los Libros santos nos ofrecen la pintura de esta lucha encarnizada trabada en las empinadas alturas del cielo. Lucifer es quien levanta el primero el estandarte de rebelion; y puesto á la cabeza de una muchedumbre de espíritus soberbios, clama,

vocifera y con bronca voz, que hace estremecer las bóvedas celestes, dice: *yo seré semejante al Altísimo; sobrepujaré la altura de las nubes; estableceré mi trono sobre las estrellas de Dios: sentaréme sobre el monte del testamento* (1); y diciendo..... Mas qué! ¿faltará por ventura quien con valor denodado se presente á lidiar contra el Leviatan soberbio? ¿No habrá quien tome por su cuenta defender la causa del Todopoderoso, abatiendo la pujanza de ese ángel malo, que aspira á dominar sobre el dominador de cielos y tierra? Sí, católicos: he aquí á Miguel, príncipe de la celestial milicia del Rey inmortal de los siglos. Millares de millares le siguen en pos para tomar parte en la lucha. Armado de la virtud del Omnipotente, y ardiendo en celo por la gloria de su rey, se presenta á la liza, y diciendo: *quis sicut Deus?* quién como Dios? traba la pelea contra Lucifer y sus miserables huestes. Un silencio profundo reina en aquel campo, en donde se disputan por los unos, y se defienden por los otros, los derechos del inmortal Monarca. Solo se oye el ruido de las armas, que blandidas con singular destreza por Miguel y sus ángeles, hieren, confunden, abaten á sus débiles adversarios. Ya la victoria no puede existir un momento indecisa: Lucifer, ciego con su altanería y soberbia, debilita las fuerzas de la rebelion. Anímase entónces Miguel; pone en vergonzosa fuga los enemigos; repara la gloria del Señor con el castigo de los prevaricadores; brama el mar; estremécese la tierra; ábrense los senos del abismo, y Lucifer con sus adeptos caen encadenados en la profunda sima que les prepara su orgullo, y desaparecen del cielo para toda la eternidad (2). Entónces se oyen en todos los ámbitos de aquella mansion celestial voces á millares que con melodiosos acentos entonan el himno de triunfo al Dios de Sabaot, diciendo: *Llegado es el tiempo de la salvacion del poder y del reino de nuestro Dios y de su Cristo* (3). *Salud, honor, virtud, gloria y bendicion al que es, al que era, y al que ha de ser por los siglos de los siglos* (4).

Qué victoria tan portentosa! Ved, pues, católicos, si con razon podemos decir de nuestro ínclito arcángel Miguel, que es el defensor celosísimo y esforzado de la gloria de Dios, y á quien se han cometido siempre los intereses de su santo nombre. Lo

(1) *Isai. c. 14. v. 13 et 14.* (2) *Apoc. c. 12. v. 7 et 8.* (3) *Ibid. v. 10.*
(4) *Ibid. v. 13.*

es en efecto; y la Historia sagrada conserva monumentos irrefragables de esta verdad. Si el procaz Faraon osa insultar con desprecio el nombre santo y terrible del grande Adonai, Miguel es el encargado de conmovier los elementos y enviar contra el obstinado príncipe plagas terribles, que, si bien no le mueven á adorar al Dios de los hebreos, le obligan á temer y respetar su soberanía. Si en los campamentos de Senaquerib se insulta al Dios de Israel por los soldados del impío y sacrílego príncipe, Miguel se presenta con espada en mano, y en una sola noche hace morir ciento ochenta y cinco mil hombres en castigo de sus blasfemias. ¿Intentan los hijos de Madian oponerse á los desig-nios de Dios? Miguel conforta á Gedeon; y este, con solo trescientos hombres, extermina un grueso y poderosísimo ejército de adoradores de Baal, y da por su misma mano la muerte á los impíos y feroces Zebec y Salmana. Ni se crea enervar la fuerza de estos y otros innumerables hechos que omito en gracia de la brevedad, oponiendo cual lo han hecho ciertos críticos mordaces y descontentadizos, el silencio que las sagradas pági-nas observan, al referir estos hechos, acerca del nombre de nuestro ilustre arcángel. Cierto es, señores, é innegable que en ellos no siempre se nombra á Miguel, y solo se señala por autor de ellos á un ángel en comun; pero, fuera de que el mismo Dios, asegurando á Daniel por medio de un celestial mensajero, el éxito feliz que habia de tener la guerra trabada contra los persas y demas pueblos enemigos del nombre de Dios, le dijo estas palabras: «Yo te hago saber que nadie me ayuda en todas estas cosas (esto es en aquellas en que se atraviesa la gloria de Dios), sino Miguel que es vuestro príncipe: *Nemo est adjutor meus in omnibus his, nisi Michaël, princeps vester* (1); prescindiendo, digo, de esta y muchas pruebas que pudiéramos aducir en confirmacion de nuestro aserto, no podemos ménos de respetar la autoridad de Moises, obispo de Siria, de san Atanasio, de san Cirilo Alejandrino, de san Gregorio papa y otros muchos autores, no ménos ilustrados que eminentes en santidad y méritos, que con el diácono Pantaleon sostienen esta piadosa creencia.

Mas sea de esto lo que quiera, y á pesar de las objeciones que oponen á estos hechos ciertos hombres, que, incrédulos por sis-

(1) *Dan. c. 10. v. 21.*

tema y pirrónicos por conveniencia, solo acostumbran prestar su asenso á aquellas cosas que están sujetas al cálculo ó á las combinaciones numéricas, no será menor la gloria de nuestro inclito arcángel, y siempre quedará cierto é incontestable que Miguel es un ángel de primer orden, el príncipe de la celestial milicia, que elegido por Dios para exterminar la soberbia y pujanza del infernal Dragon, se hizo digno del honroso título de defensor celosísimo de su gloria y majestad adorable, llenando perfectamente el significado de su nombre que se interpreta: *quién como Dios?* Y ¿podríamos dudar que él es tambien un protector poderosísimo de los que le honran y veneran sobre la tierra?

Aquí, señores, seria la ocasion de implorar en nuestro auxilio los monumentos de la antigüedad histórica; y desarrollando sus pergaminos, ¡qué serie tan bella de acontecimientos sorprendentes deslumbrarian nuestra vista acerca del asunto que estamos tratando! Apénas hay en la larga carrera de los siglos que venimos atravesando, uno solo que no haya sido testigo de mil prodigios obrados por la invocacion de nuestro celestial arcángel san Miguel. Aquí le invoca el gran Cuniberto en el calor de una ensangrentada batalla; Miguel le aparece y pone en sus manos una espada prodigiosa, que, blandida con valor por aquel esforzado capitan, pone en precipitada fuga á sus enemigos, sembrando en sus campamentos el luto y la muerte. Allí se encomienda á él Alejandro Farnesio en el sitio de la ciudad de Ambéres, que con tenacidad ciega sostenian los herejes, y dejándose ver Miguel radiante de gloria y majestad, asegura al católico príncipe del éxito feliz de aquella empresa, que debia ser coronada con una inesperada victoria. Ora le llama el rey de Portugal, Don Alonso Enríquez, y presentándosele Miguel en talle y armadura de guerrero, peleá á su lado, y al golpe de su espada quedan destrozadas las huestes del sanguinario Albarac, rey moro de Sevilla, que con impiedad desmedida osó insultar el nombre católico. Ora... ¿á dónde voy? Hablen por mí un Luis XI de Francia, un Alonso de Aragon, un Wamba y un Ramiro, monarcas todos aguerridos, no ménos que católicos, y cuenten los admirables triunfos que mas de una vez reportaron por la invocacion del príncipe de la milicia celestial, contra los enemigos del nombre de Dios. Mas si estos hechos, y otros muchos que citar pudiera, os parecen sospechosos en

razon del silencio en que el tiempo los ha sepultado, aunque referidos por escritores piadosos é imparciales, hablen esos grandiosos edificios erigidos en su honor, esas órdenes ilustres fundadas bajo su advocacion, monumentos todos destinados á perpetuar la gratitud debida á los beneficios que el mundo cristiano experimentó en sus mas graves conflictos, y en sus mas desesperadas empresas. Y tú, España, levanta tu voz y renueva en el corazon de tus hijos la memoria de aquel día grande, en que congregado bajo los auspicios de nuestro ilustre arcángel el tercer Concilio Toledano, viste desaparecer para siempre el horrendo monstruo del arrianismo, que infestando esta tierra clásica del catolicismo, por tantos años habia ejercido en ella su infando y sacrilego imperio.

Y ¿podriais dudar vosotros un punto de la proteccion benéfica de ese celestial arcángel, que el Señor os dió por patron y defensor insigne, para velar continuamente sobre vosotros y sobre vuestros hijos? Ah! ¿Quién sabe las gracias que habrán llovido sobre este pueblo, desde que adoptó por genio tutelar á Miguel, colocandó su sagrada efigie sobre la cima de ese altar santo? Tal vez cubiertas con el sagrado velo del misterio, habrán pasado mas de una vez desapercibidas á vuestra vista. Sin embargo yo no puedo dudar que habrán sido muchas, insignes y dignas de la mas sincera y cordial gratitud. Quizas á no haber mediado la intercesion del arcángel san Miguel, veces mil hubierais visto agostadas vuestras fértiles campiñas; rios de sangre hubieran inundado vuestras casas; el hambre, la miseria, la enfermedad, el contagio hubieran convertido vuestras calles en una vasta tumba, en donde la infeccion y el horror hubieran morado; la apretada y huesuda mano de la muerte hubiera señalado con su dedo de hierro vuestros hogares; y desde el anciano decrepito y tembloroso hasta el tierno y balbuciente recién nacido, hubieran perecido víctimas de la cólera de un Dios justamente irritado por las prevaricaciones de su pueblo. Ah! yo me figuro al Eterno blandiendo la espada de su furor sobre vuestras cabezas, y á Miguel prosternándose en su presencia, é intercediendo en vuestro favor, mucho mejor que Moí es en favor de los israelitas. Figúrome... ¿mas para qué fatigar vuestra atencion? Si entre los mismos gentiles los templos de los dioses eran mirados como un lugar de asilo, en donde los perseguidos hallaban la mas completa seguridad con-

tra sus perseguidores; si el mismo Tulio no dudó afirmar que la sola vista de un héroe era suficiente para inspirar al corazon los mas felices resultados; nosotros ilustrados con las luces de la fe, ¿dejaremos de reconocer la poderosa influencia que los siervos de Dios ejercen en el ánimo del que les colocó en la triunfante Sion, para ser desde allí los defensores de los que aún militan en esta mansion del llanto y del dolor? No es posible dudemos un momento acerca de esta verdad consoladora; y de aquí; qué felicidad la vuestra de tener en aquel lugar de proteccion al que entre todos los celestiales espíritus es reconocido por príncipe y caudillo, y á quien con especialidad se ha confiado la defensa de los pueblos, que militan bajo la sagrada enseña del Rey de los ángeles! Ah! ¡dichosos mil veces vosotros, si supierais aprovecharos de una proteccion tan singularísima, cual se halla vinculada á la mediacion de vuestro tutelar arcángel! Si mientras que otros pueblos se lanzan en los brazos de una incredulidad que los degrada y envilece, á la par que les prepara su ruína y su completa infelicidad, vosotros, permaneciendo fieles en las creencias de una Religion que toda es amor, observáreis los preceptos de vuestro Dios y Señor, hiciéreis justicia al pobre y al desvalido, y os apartáreis de las envenenadas máximas del siglo; confiád en vuestro insigne patron; y si la impiedad, levantando una voz aleve, os sigue en pos con desmesurados gritos, no temais; corréd presurosos al templo del Señor, fijád vuestra vista en esa imágen sacrosanta de vuestro arcángel protector; elevád como él vuestras voces, y decid: *quis sicut Deus?* ¿quién hay en el cielo ni en la tierra semejante á nuestro Dios, grande, magnífico y poderoso, para obrar portentos y maravillas? Y á este eco de gloria y bendicion, se confundirán sus enemigos entre el polvo, y veréis correr de la cima de ese monte pingüe y cuajado de maravillas, raudales copiosísimos de gracias en mayor abundancia que los que en otro tiempo se desprendieron de los montes de Galaad. No tendrás, ó pueblo fiel, no tendrás que envidiar la piscina de Jerusalem, cuyas aguas movidas por el ángel, sanaban de sus dolencias á los que en ellas se sumergian. Tú tienes en este templo santo una piscina mucho mas saludable, y en Miguel el ángel mas poderoso, que moviendo los efluvios de la misericordia que rebosan del corazon amantísimo de tu Dios, neutralizará los influjos maléficos de las dolencias temporales y

espirituales. Allí quedarán encadenados á los piés del invicto Miguel el furor del infierno, el aguijon de la muerte y el poder de las tinieblas; porque él es, segun me propuse demostrar al principio de este discurso, un ángel de paz, que así como fué elegido para defender la gloria y majestad de Dios en el cielo, es tambien un celosísimo protector de los que le honran y veneran sobre la tierra.

Reconoce pues tu gloria, ó pueblo fiel; ella está cifrada en haberte destinado la Providencia por protector insigne el ilustre arcángel san Miguel. Reconozcan todos los deberes que hácia él han contraído; y el jóven y el anciano, y la tierna doncella, no ménos que la virtuosa madre, ofrezcan hoy sus votos al Señor en este templo santo por las manos del celestial arcángel. Jamas se aparten de vuestra memoria sus beneficios, ni cesen de día y de noche vuestros cánticos de gratitud y alabanza. Sea él vuestra guía en las dudas y perplejidades; vuestro consultor en las empresas arduas y difíciles: vuestro modelo y ejemplar en el celo ardoroso con que defendió los intereses de la gloria del Señor. Por último, en señal de gratitud, de reconocimiento y de amor, deponed sobre el ara santa vuestros enternecidos corazones.

Aceptádos, ó santo arcángel; y sirva para recordaros en todo tiempo el empeño que habéis contraído de ser siempre el protector benéfico de este pueblo, que con lágrimas implora hoy vuestra mediacion. Mirád pues propicio á todos estos, que hoy se hallan congregados á ofrecerte sus anuales obsequios. Y pues sois el primer ministro del Rey de las eternidades, á quien este encargó las almas de sus escogidos, y cuya intercesion, como canta hoy la Iglesia, conduce á los hombres al reino de los cielos (1), no ceséis de orar por vuestros protegidos; á fin de que despues de haberos ofrecido en este santo templo el tributo de nuestra gratitud y cordial afecto, llegue un día, en que nos hallemos con vos reunidos en el templo inmortal de la gloria. Amen.

(1) *Eccles. in RR. Lect. 4 et 5 ofc. huj. diei.*

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN RAFAEL ARCÁNGEL.

(DE TRONCOSO.)

Ego sum Raphael angelus, unus ex septem qui adstantur ante Dominum... Cum essem vobiscum, per voluntatem Dei eram: ipsum benedicite, et cantate illi.

Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor... Mientras he estado con vosotros, he estado por disposicion de Dios: bendecidle pues, y cantád sus alabanzas.

Tobias, c. 12. v. 15 y 16.

Comprometido hoy á formar el panegírico de nuestro ilustre arcángel san Rafael, confieso, señores, que no es tanto la falta de ideas la que me abruma y confunde, cuanto su misma multiplicidad, que aglomerándose á la vez en mi imaginacion, ofusca mi mente y produce una dificultad suma en la eleccion. Leía yo y releía lo que acerca de este espíritu celeste nos legaron las sagradas páginas, y cada vez una nueva idea venía á trastornar las que ántes habia concebido. Preciso fué pues elegir la que mas oportuna me pareció, atendidas siempre las actuales necesidades de la época. Vedla aquí.

Siglos há que entre los hombres se oye hablar de una virtud, cuyo origen remonta hasta la eternidad misma, pues que ella está identificada con el mismo Dios. Dios es caridad, ha dicho el apóstol y evangelista san Juan; y esta es aquel lazo que estrecha á todos los seres con su Criador, haciendo que con él permanezcan para siempre: *Deus charitas est, et qui manet in charitate in Deo manet* (1). Para demostrar pues su origen exclusivamente divino, y prevenir las argucias de una ciencia,

(1) *I. Joan. c. 4. v. 16.*

espirituales. Allí quedarán encadenados á los piés del invicto Miguel el furor del infierno, el aguijon de la muerte y el poder de las tinieblas; porque él es, segun me propuse demostrar al principio de este discurso, un ángel de paz, que así como fué elegido para defender la gloria y majestad de Dios en el cielo, es tambien un celosísimo protector de los que le honran y veneran sobre la tierra.

Reconoce pues tu gloria, ó pueblo fiel; ella está cifrada en haberte destinado la Providencia por protector insigne el ilustre arcángel san Miguel. Reconozcan todos los deberes que hácia él han contraído; y el jóven y el anciano, y la tierna doncella, no ménos que la virtuosa madre, ofrezcan hoy sus votos al Señor en este templo santo por las manos del celestial arcángel. Jamas se aparten de vuestra memoria sus beneficios, ni cesen de día y de noche vuestros cánticos de gratitud y alabanza. Sea él vuestra guía en las dudas y perplejidades; vuestro consultor en las empresas arduas y difíciles: vuestro modelo y ejemplar en el celo ardoroso con que defendió los intereses de la gloria del Señor. Por último, en señal de gratitud, de reconocimiento y de amor, deponed sobre el ara santa vuestros enternecidos corazones.

Aceptádos, ó santo arcángel; y sirva para recordaros en todo tiempo el empeño que habéis contraído de ser siempre el protector benéfico de este pueblo, que con lágrimas implora hoy vuestra mediacion. Mirád pues propicio á todos estos, que hoy se hallan congregados á ofrecerte sus anuales obsequios. Y pues sois el primer ministro del Rey de las eternidades, á quien este encargó las almas de sus escogidos, y cuya intercesion, como canta hoy la Iglesia, conduce á los hombres al reino de los cielos (1), no ceséis de orar por vuestros protegidos; á fin de que despues de haberos ofrecido en este santo templo el tributo de nuestra gratitud y cordial afecto, llegue un día, en que nos hallemos con vos reunidos en el templo inmortal de la gloria. Amen.

(1) *Eccles. in RR. Lect. 4 et 5 ofc. huj. diei.*

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN RAFAEL ARCÁNGEL.

(DE TRONCOSO.)

Ego sum Raphael angelus, unus ex septem qui adstantur ante Dominum... Cum essem vobiscum, per voluntatem Dei eram: ipsum benedicite, et cantate illi.

Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor... Mientras he estado con vosotros, he estado por disposicion de Dios: bendecidle pues, y cantád sus alabanzas.

Tobias, c. 12. v. 15 y 16.

Comprometido hoy á formar el panegírico de nuestro ilustre arcángel san Rafael, confieso, señores, que no es tanto la falta de ideas la que me abruma y confunde, cuanto su misma multiplicidad, que aglomerándose á la vez en mi imaginacion, ofusca mi mente y produce una dificultad suma en la eleccion. Leía yo y releía lo que acerca de este espíritu celeste nos legaron las sagradas páginas, y cada vez una nueva idea venía á trastornar las que ántes habia concebido. Preciso fué pues elegir la que mas oportuna me pareció, atendidas siempre las actuales necesidades de la época. Vedla aquí.

Siglos há que entre los hombres se oye hablar de una virtud, cuyo origen remonta hasta la eternidad misma, pues que ella está identificada con el mismo Dios. Dios es caridad, ha dicho el apóstol y evangelista san Juan; y esta es aquel lazo que estrecha á todos los seres con su Criador, haciendo que con él permanezcan para siempre: *Deus charitas est, et qui manet in charitate in Deo manet* (1). Para demostrar pues su origen exclusivamente divino, y prevenir las argucias de una ciencia,

(1) *I. Joan. c. 4. v. 16.*

que apareciendo un día en el mundo, había de proclamar un espectro de virtud, que se parecería á aquella solo en haber adoptado un nombre pomposo cuanto insignificante, plugo al Señor manifestarla desde el principio de los tiempos, puesta en acción por el ministerio de aquellos sublimes espíritus, que en derredor de su trono eternal cantan sin cesar himnos de triunfo al Dios del amor.

En efecto, si estudiáis á fondo aquel divino libro en que se hallan marcadas todas las grandes verdades, hallaréis una que no podrá jamás ser desmentida por la crítica mas suspicaz y descontentadiza. No hablo, señores, de la existencia de estos celestiales espíritus, que bajo la denominacion comun de ángeles reconoce y venera el cristianismo, y que, si bien cubierta con tinieblas y sombras mitológicas, se halla en las leyes del mismo Confucio, y ha formado una parte de las antiguas creencias de los chinos, no ménos que de los habitantes del Mar bermejo (1). Hablo únicamente del ministerio que siempre han ejercido respecto de los hombres, el cual ha sido el de una beneficencia que les ha hecho reconocer como los mensajeros del Eterno.

Si Agar, fugitiva de la casa de su señor, mira llena de desconsuelo y amargura desfallecer á su hijo en fuerza de una sed que le devora, un ángel se le aparece y le manifiesta un pozo de agua viva, con que poder abreviar á su pequeñuelo Ismael y arrancarle del borde de una muerte próxima é inevitable (2). Si Daniel gime arrojado en el lago de los leones, víctima de un príncipe impío, un ángel toma por los cabellos al profeta Abacuc, y trasportándole instantáneamente de Judea á Babilonia, proporciona á aquel jóven virtuoso el alimento necesario, para que no sucumba al hambre que le acongoja (3). Si Elías huye despavorido de la presencia de una reina orgullosa y procaz, que, maquina su exterminio, un ángel le conforta, un ángel le anima y se declara su protector (4). Mas no hay por qué desentrañar los fastos de la historia para aducir pruebas en confirmacion de nuestro aserto: es indisputable que la mision sublime de los ángeles ha sido siempre la caridad; la de protectores de los hombres, la de verdaderos amigos de la humanidad.

(1) Véase á Roselly de Lorgues en su obra, *Cristo á presencia del siglo*, cap. 11. (2) *Genes. c. 21*. (3) *Dan. c. 14*. (4) *III. Reg. c. 9*.

Y cuando esto no fuese un hecho tan palpable y manifiesto, bastaría fijar la vista en ese divino arcángel, que hoy motiva estos solemnes cultos, para quedar convencidos de esta verdad. Leed el libro de Tobías; seguid atentamente los pasos de ese celestial espíritu con respecto á aquel jóven de la tribu de Nef-tali, y hallaréis que todas sus acciones tienden directamente á darnos la idea mas brillante y justa de aquella virtud, que forma como la esencia misma del supremo Ser; de aquella caridad que, teniendo todos los caracteres de divina, jamás podrá ser confundida con ese amor de la humanidad, que la ciencia racionalista ha pretendido presentar al mundo como un don precioso; pero que, por sus resultados funestos, no ha dejado duda alguna de su origen terrestre y puramente humano. Con efecto, señores, Rafael ha llenado completamente el significado etimológico de su nombre, que segun el texto hebreo, significa *medicina de Dios*. Y esto, no tanto por haber sido el ministro que el Señor destinó á curar las enfermedades corpóreas, como lo ejecutó en varias ocasiones, y especialmente restituyendo la vista al anciano Tobías; cuanto por haber sido aquel que, ejerciendo con el hijo de este hombre virtuoso todos los oficios de un amigo verdadero, ha dejado al mundo el retrato de la verdadera beneficencia, como un antídoto el mas oportuno, para curar las llagas profundas que ha causado á la humanidad la pretendida beneficencia filosófica, é iluminar la ceguedad del humano entendimiento, iluso y preocupado acerca de una virtud, que estrechando los lazos sociales, debe hacer su verdadera y positiva felicidad. Bajo carácter tan sublime considero yo á nuestro divino arcángel san Rafael. La idea os parecerá tal vez rara y peregrina; pero debo confesaros que es la que mas impresion ha causado en mi mente, cuantas veces he leído los rasgos que acerca de él nos ofrecen los sagrados Libros. No haré pues en esta mañana sino presentaros algunos de ellos, y creo no podréis ménos de convenir conmigo, que nuestro arcángel se manifiesta en todas ocasiones, como el símbolo visible de la caridad cristiana; como la caridad en acción, y el amigo verdadero del hombre. Tal es mi propósito.

Á vos, soberano Monarca de los ángeles, que sois el Dios del amor y el autor de la caridad; á vos recorro en este instante, suplicándoos os dignéis purificar mis labios, para hablar dignamente de un asunto tan edificante para mis oyentes, cuanto

glorioso para vos mismo. Escuchád en mi favor los fervientes ruegos de vuestra divina Madre, cuya mediacion imploro con las sublimes palabras del celestial parainfo: *Ave María*.

REFLEXION ÚNICA.

Parece, señores, que de la beneficencia filosófica se dijeron aquellas sublimes palabras, que se leen en el capítulo sexto del Eclesiástico: *Est amicus secundum tempus suum, et non permanebit in die tribulationis*. « Hay una clase de amigos que « solo lo son, cuando les tiene cuenta, y que no permanecen « tales en el dia de la tribulacion. » Efectivamente, señores, la verdadera beneficencia exige sacrificios, y estos de ningun modo puede inspirarlos la ciencia racional. Los motivos que la inducen á obrar, son puramente humanos; y como tales, ni pueden ser constantes, ni verdaderos, ni eficaces. El interes personal y la gloria que de una buena accion puede resultar á quien la ejecuta, son por decirlo así, el eje giratorio de la beneficencia puramente humana, y estos dos motivos ¿ pueden acaso inspirar aquella sensibilidad tierna y compasiva, que simpatiza con el infortunio, y aquella abnegacion que conduce á sacrificar sus mas caras afecciones y sus deseos mas racionales, por el único y exclusivo deseo de servir á sus hermanos? No se ve por el contrario que un egoísmo, el mas glacial, es por lo comun el único resultado de esa llamada filantropía, que monopolizando la libertad humana, mas de una vez ha vendido su beneficencia á precio de sangre y de lágrimas? ¡ Cuán léjos está de estos vicios la caridad cristiana! Ella no busca sus intereses, sino los de Dios; ni tiene en cuenta su propia gloria, sino el bien de la humanidad. Pasemos en silencio las pruebas que á millares pudiéramos aducir en confirmacion de nuestro aserto, y busquemos en nuestro ilustre arcángel san Rafael ese desinteres sublime, y esa heroica abnegacion que caracterizan de divina la beneficencia del Evangelio.

Desinteres. Disponíase el jóven Tobías á hacer un viaje al país de los medos, en cumplimiento de los preceptos de su anciano padre, y solo le angustiaba el haber de caminar solo por una tierra, para él extranjera y desconocida. Mas hé aquí que el ángel Rafael le sale al encuentro bajo el aspecto de un ga-

llardo jóven, que estaba ya con el vestido ceñido y como á punto de viajar. Tobías, sin saber que era un ángel de Dios, saludale cortésmente, y le dice: « ¿ De dónde eres, buen mancebo? Á lo que respondió: De los hijos de Israel. — ¿ Sabes el « camino que conduce al país de los medos? — Lo sé, y muchas « veces he andado todos aquellos caminos, y me he hospedado « en casa de Gabelo nuestro hermano, que mora en Rages, ciudad situada en las montañas de Ecbatana (1). » Corre el jóven Tobías á noticiar á su padre el feliz encuentro que acaba de tener, y al punto envía este á rogar á Rafael, que éntre en su casa; y despues de una salutacion afable, dícele: « ¿ Podrás acaso llevar á mi hijo á casa de Gabelo en Rages, ciudad de los medos? Yo te pagaré tu salario á la vuelta (2). » Admirad aquí, católicos, un bello rasgo del desinteres que inspira la caridad cristiana, en contraposicion al interes que es el primer móvil de la beneficencia puramente humana. Desentendiéndose completamente el ángel de las palabras del padre de Tobías, en que le hablaba de la recompensa de sus servicios, solo hace atencion á su único objeto, que es la conduccion del jóven; y cual si á él no hubiesen sido dichas, contesta únicamente: « Yo llevaré á tu hijo á donde me dices, y te le volveré á traer acá (3). Oh! no es este el idioma de la decantada filantropía filosófica. ¿ Visteis alguno de sus adeptos ocultar con astucia la mano que beneficiaba á sus semejantes, y mucho ménos retirarla, cuando en cambio de sus servicios se le ofrece la recompensa? ¿ No es tambien una propiedad inseparable de esos hombres que se dan el título de amigos de la humanidad, el hacer una lujosa ostentacion de sus beneficios, abultando tal vez los hechos, ó cuando ménos proclamándolos altamente, y dándoles una especie de inmortalidad por medio de la imprenta? No así la caridad cristiana cuyo lema es: « Guardáos de hacer vuestros servicios en presencia de los hombres con el fin de que os vean; « de otra manera no recibiréis su galardón de vuestro Padre, « que está en los cielos. Y así cuando hicieréis el bien, no lo « publicuéis á son de trompeta, como lo hacen los hipócritas, « á fin de ser honrados de los hombres. Obrad de modo que « vuestra mano izquierda no perciba lo que hace la derecha (4). »

(1) *Tob. c. 5. v. 5 ad 8.* (2) *Ibid. v. 14.* (3) *Ibid. v. 15.*
(4) *Matth. c. 6. v. 1. ad 4.*

¡Cómo resplandece esta bella doctrina en la conducta del ángel Rafael respecto á su recomendado! En vano el anciano padre de Tobías pretende inquirir la familia y tribu á que el ángel pertenece. Rafael, cuyo único objeto es el de hacer el bien sin consultar á su interes personal, ni aún quiere descubrir el origen de donde nace el beneficio, y contesta á la pregunta del anciano con unas palabras que caracterizan el heroísmo de aquella caridad divina, de que es ministro sobre la tierra. «¿Buscas tú, le dice, el linaje del jornalero, ó la persona del jornalero que vaya con tu hijo? (1)» Ó lenguaje sublime! ó idioma divino! Ved ahí, amados oyentes, la verdadera beneficencia; ved ahí el objeto de la caridad. Su interes consiste únicamente en los bienes eternos; todo lo terrenal lo mira como escoria, y ni aún merece su menor atencion. Servir á sus prójimos por Dios, sacrificar su reposo, sus comodidades y tal vez su propia existencia, por conservar la ajena; hacerse el conductor de la juventud y el protector de la inocencia; tales son las lecciones que enseña esa celestial sabiduría; pero sin que en todas estas acciones se mezele jamás ese sórdido interes que las desvirtúa y las hace odiosas á los ojos del Dios del amor. Por eso el ángel Rafael, como ministro suyo y representante de su caridad con los humanos, no atiende en sus obras mas que al interes de aquellos, á quienes en su nombre favorece; y si al fin satisface en algún tanto la curiosidad del padre de Tobías, es únicamente para calmar las dudas que pudieran ofrecérsele, y alejar los justos temores que pudiera inspirarle el confiar su hijo á una persona desconocida. Dícele pues: «Por no ponerte en cuidado, yo soy Azarías, hijo de Ananías el grande:» *Ne forte sollicitum te reddam, ego sum Azarias, Ananiæ magni filius* (2).

Seguid, católicos, á nuestro ilustre arcángel; contempladle, ya en las riberas del Tigris alentando la timidez del jóven Tobías contra el pez monstruo que intentaba devorarle; ya disponiendo el medio de restituir la vista al anciano padre con la hiel del mismo pez, que el jóven por su mandado hizo morir palpitante á sus pies (3); ora proporcionando á su confiado un enlace digno de su rango y virtud con Sara la hija de Ragüel, que debía llenar los deseos y esperanzas de sus virtuosos padres; ora

(1) *Tob. c. 5. v. 17.* (2) *Tob. c. 5. v. 18.* (3) *Tob. c. 6.*

instruyéndole en el modo de conducirse con su consorte á fin de merecer las bendiciones del cielo y lanzar de sí la ira del Señor (1); bien sea encargándose de ir á cobrar de Gabelo la deuda, que habia sido el motivo principal del viaje (2); bien en fin restituyendo sano y salvo á sus desconsolados padres aquel hijo, por quien tantas lágrimas derramarán durante su ausencia, y llevando la alegría y el verdadero gozo á aquel hogar, en donde poco ántes no resonaban sino los lamentos, ayes y suspiros de un corazon maternal (3); ¿y qué otra cosa hallaréis en todos estos beneficios del santo ángel Rafael, sino la caridad de aquel Dios, que siendo el monarca supremo de las celestiales inteligencias, quiso elegir á este nobilísimo espíritu, para manifestar á los hombres los verdaderos caracteres que distinguen la cristiana beneficencia de la beneficencia puramente humana?

Esta, además del interes propio, que es el primer móvil de su bien obrar, mira, como dijimos, á la gloria que puede resultar de las acciones respecto de los hombres, á quienes se dirigen. La beneficencia cristiana por el contrario solo busca la gloria de aquel, á quien ella es debida en los cielos y en la tierra. Y ved aquí lo que de la manera mas positiva nos manifiesta nuestro soberano arcángel, al concluir, respecto del jóven Tobías, la mision que le confió el Señor. Ya se acercaban al término de su peregrinación, é iban en breve á llegar al punto de donde habian salido. Los padres del jóven viajero esperaban impacientes el momento de estrechar contra su seno á aquel, cuya tardanza redoblaba cada vez mas su sentimiento. Rafael aconseja á Tobías á separarse del resto de la comitiva, para abreviar en lo posible los deseados momentos que debian calmar la angustia de Ana y de su esposo. Ejecútanlo así, y luego que estuvieron ya próximos á la ciudad, el santo conductor dice á Tobías: «Al punto que entrases en tu casa, adora en seguida al Señor Dios tuyo, y despues de haberle dado gracias, acércate á tu padre y bésale; é inmediatamente unge sus ojos con esa hiel del pez que traes contigo; porque has de saber, que luego se le abrirán, y verá tu padre la luz del cielo (4).» Qué palabras tan bellas! ¿Quién duda que ellas solas bastan para conocer el origen celestial de la caridad? ¿Quién sino Dios

(1) *Tob. c. 7.* (2) *Tob. c. 9.* (3) *Tob. c. 11.* (4) *Tob. c. 11.*

puede inspirar este lenguaje tan singular? Pero no solo con las palabras demuestra nuestro arcángel, que la gloria de Dios es el único objeto que debemos proponernos en todas nuestras buenas acciones para con nuestros prójimos, sino que lo evidencia aún mas con las obras; porque estas son el alma, y por decirlo así, la esencia de la verdadera virtud. Ya el anciano padre de Tobías había tenido el indecible gozo, no solo de abrazar, sino de ver á su querido hijo; ya la afligida madre, después sus temores, disfrutaba de la presencia del que tantas veces había llorado víctima de algun acontecimiento funesto. Rafael había llenado su deber, y cumplido la palabra que les había dado de restituirles sano y salvo al objeto de su amor y de sus esperanzas. Entónces este, deseoso de manifestar su gratitud á aquel su bienhechor, á quien tan deudor se consideraba, hace á su padre una enumeración de los beneficios recibidos y le dice: « Padre mio, ¿ qué recompensa será suficiente para galardonar á este varon santo que me ha acompañado? » « Él me ha llevado y traído sano y salvo; él mismo en persona cobró el dinero de Gabelo; él me ha proporcionado esposa, y ahuyentó de ella al demonio, llenando de consuelo á sus padres; él me libró de un pez horrendo que me iba á tragar; él te ha hecho ver á ti la luz del cielo; todos en fin hemos sido colmados por medio de él de toda suerte de bienes: ¿ qué podremos pues darle que sea proporcionado á tantos favores? (1) » Así expresaba aquel virtuoso jóven los sentimientos de justa gratitud que animaban su religioso corazón. Su padre, animado de idénticos afectos, desea por su parte manifestar al conductor de su hijo cuán agradecido está de los buenos servicios que le ha prestado. Llámale aparte, y le ruega con instancia que se digne aceptar la mitad de lo que poseían como una leve muestra de su agradecimiento. En vano: aquel genio benéfico uniendo al desinterés el desprecio de su propia gloria, no solo rehusa las ofertas de sus beneficiados, sino que léjos de atribuirse á sí el honor de todo cuanto bueno había hecho en obsequio de aquella familia, todo lo atribuye á Dios, para hacer brillar su gloria. « Bendecid, les dice, al Dios del cielo, y glorificádle en presencia de todos los vivientes, porque ha hecho resplandecer en vosotros su misericordia. Porque así

(1) Tob. c. 12, v. 1, 2 et 3.

« como es bueno tener oculto el secreto confiado por el rey, es cosa muy loable el publicar y celebrar las obras de Dios... Por tanto voy á manifestaros la verdad, y no quiero encubrirlos por mas tiempo lo que ha estado oculto... Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete espíritus principales que asistimos delante del Señor. Miétras he estado con vosotros, lo he estado por voluntad y disposición de Dios; bendecidle pues, y cantád sus alabanzas. Parecía á la verdad que comia y bebía con vosotros; mas yo me sustenté de un manjar invisible y de una bebida que no puede ser vista de los hombres. Ya es tiempo de que me vuelva al que me envió; pero vosotros bendecid á Dios, y anunciad todas sus maravillas (1) ».

¡Llor pues, prez y gloria inmortal al Dios de la verdadera caridad! exclame aquí todo cristiano, porque solo él puede inspirar sentimientos tan nobles y sublimes. Hacer bien á sus semejantes, llevar la paz, la abundancia y la felicidad al seno de las familias, enjugar lágrimas, derramar toda suerte de beneficios, y procurar que toda la gloria se refunda en el seno de Dios; ah! esta es una ciencia, que jamas pudo ser comprendida por esa secta de hombres, que, llamándose amigos del hombre, solo lo son de sí mismos, porque nunca supieron obrar fuera del círculo de ese yo, por cuyo interes no dudan sacrificar los mas caros intereses y los sentimientos mas generosos del corazón humano. Confúndase pues la racional beneficencia; emudezca la filantropía filosófica; y al escuchar el nombre de Rafael, reconozca en ese espíritu soberano lo real y positivo de lo que en vano ella pretende parodiar; la expresión verídica de una virtud, que es la segunda providencia de los humanos.

Y nosotros, católicos, fijemos la vista en la idea sublime que nos ofrece nuestro divino arcángel. Subamos con nuestra imaginación hasta aquella soberana mansion, en donde el anciano de los dias, el Dios de las eternidades reside en un trono de inmensa majestad. Contemplémosle con el profeta Daniel, circundado de millares de millares de celestiales inteligencias que le sirven de ministros; busquemos entre aquellos siete principales espíritus soberanos, que, segun el apóstol de Pátmos, hacen la corte al Cordero, á nuestro divino Rafael, y le hallaremos participando de un modo singularísimo de la claridad de aquel Sol

(1) Tob. c. 12. v. 6 et seqq.

eterno de justicia, que ilumina la celeste Jerusalem. Sí, allí está el grande Azarías que se interpreta *socorro de Dios*, y lo será siempre en favor de los hombres, siempre que estos invoquen su nombre y su benéfica proteccion.

¿Y á quién podría el hombre acudir con mayor confianza que á aquel celestial arcángel, que, obrando como humano sobre la tierra, se manifestó como la beneficencia en todo su heroísmo? ¿Dudaremos por ventura que él se digne ejercer con nosotros los mismos oficios que con el jóven Tobías? Si de aquellos espíritus que pertenecen á una inferior jerarquía, cuales son los ángeles custodios, dice el padre san Agustin, que siempre están atentos y solícitos á proveer nuestras necesidades; si de todas las celestiales inteligencias en general dijo ya el Rey profeta, que su mision por mandado del Altísimo es la de servir de protectores al hombre en todos sus caminos; ¿cómo podríamos dudar que esta solicitud, esta mision inefable respecto de nosotros sea privativa y peculiar de aquel soberano arcángel, que es conocido en todo el universo bajo un nombre, que debe formar la esperanza de todos los cristianos? Y en efecto, católicos, si buscáis el sentido etimológico de los nombres de los mas ilustres arcángeles, que en la Iglesia católica reciben un culto particular, ninguno hallaréis, que como el de Rafael aliente nuestra confianza. Miguel es interpretado *quién como Dios?* porque su mision especial fué la de luchar con el Dragon infernal, cuando intentó subir hasta el trono del Altísimo y hacerse semejante á él, y lanzó á aquel ángel apóstata con sus infernales ministros á las cavernas del averno. Gabriel significa *fortaleza de Dios*, bien sea porque fué enviado al profeta Daniel para fortalecerle y ayudarle contra las impías maquinaciones del rey de los persas, ó bien porque fué destinado á anunciar á María el misterio de la encarnacion del Verbo en su seno purísimo, y alentar su timidez. Solo Rafael lleva en su nombre el distintivo de la amistad, del amor, de la beneficencia para con el hombre. ¿Necesita este de un consejero que le advierta sus deberes, de un conductor que le guie en los escabrosos caminos de este mundo, de un defensor que le libre de las asechanzas de sus adversarios, de un protector que haga frente á las potestades infernales? ¿Pues en quién mejor podrá hallar todo esto que en aquel, que es la *medicina de Dios* por excelencia, el genio de la caridad, dispuesto siempre á ejercerla con cuantos en él la

buscaren? ¿A quién mejor podrán confiar las madres la tutela de sus caros hijos, que á ese ángel protector, que haciendo con el jóven de la tribu de Neftalí los amorosos oficios de guia, consejero y defensor, le sacó de tantos conflictos, le iluminó en sus dudas, le ayudó en sus empresas, y aún le sirvió en la ejecucion de las órdenes que habia recibido de su padre? ¿A quién mejor tomarian por mentor los jóvenes, que á ese espíritu benéfico que tan bellos documentos de respeto, veneracion, amor y demas virtudes filiales, les ha dejado consignados en los que dió á aquel otro jóven su recomendado, durante su viaje al país de los medos, y en su regreso al hogar paterno? Ah; con qué confianza, con cuánto respeto deben acercarse los hijos de familia á ese genio bienhechor! En él encontrarán un amigo fiel, un consejero imparcial, un conductor seguro, que les enseñará el buen camino por donde deben marchar, ahuyentará los enemigos de su felicidad, los fortalecerá en los peligros, é iluminará sus entendimientos en la eleccion de estado, cuando llegado fuere el tiempo de determinar acerca de un asunto de tan grave importancia, como lo hizo con Tobías. ¡Pluguiese al cielo que todos tomasen por norte la historia de aquel virtuoso israelita; que los padres la repitiesen sin cesar á sus hijos, y estos no se apartasen un ápice de los preciosos ejemplos que contiene! No habria por cierto tantos males en el cristianismo; las sociedades no se verian sujetas á esas espantosas revoluciones que minan los cimientos de la felicidad pública; reinaria el orden en las familias; habria paz entre los ciudadanos; no se veria ajada la autoridad de los que mandan, ni avasallada la dignidad del sacerdocio, ni allanada la propiedad, ni... ¿Pero qué es de esperar, señores, en un país en donde en vez de Rafael protectores de la juventud, solo se hallan mentores venales, pedagogos asalariados, que sin cuidarse de grabar en los pechos de aquellos, cuya educacion se les confia, los documentos de la Religion y de la moral cristiana, solo se ocupan en adornar sus tiernas inteligencias con frívolas especies, con conocimientos superficiales, inoculando tal vez en sus corazones, junto con las letras, el veneno de la impiedad?

Apartemos, católicos, de nuestra mente unas ideas tan desconsoladoras, y acudamos á nuestro benéfico arcángel san Rafael, implorando su proteccion en tantos conflictos como nos rodean. Recordemos lo que el P. san Bernardo dice en general de

todos los espíritus celestes, que son los mediadores entre Dios y el hombre; y no dudemos aplicar muy especialmente este honroso dictado al que fué escogido por Dios para representar en el mundo la imágen de su divina beneficencia. Consideremos atentamente que es un Dios omnipotente, á quien sirve y ante cuyo trono asiste de continuo, para recibir de él sus mandatos y ejecutarlos en beneficio de los mortales. Invoquémosle pues en todas nuestras necesidades. Cuando nos halláremos en los mas graves peligros; cuando nos viéremos sumergidos en las aguas de la tribulación; cuando nos asaltaren las tentaciones con que el mundo, el demonio y nuestra carne rebelde y contumaz pretenden esclavizarnos; y sobre todo cuando el genio de la irreligion y de la impiedad intentare corromper nuestra inteligencia y abrir brecha en nuestro corazon; llamemos á nuestro protector, á nuestro guia, á nuestro verdadero amigo, y digámosle, como Tobías, cuando veía ante sí aquel pez monstruoso que le asaltó en el Tigris: *Señor, que me embiste!* Y no de otro modo que entónces lo hizo con aquel jóven, nos alen- tará, nos protegerá, nos salvará, y nos hará caminar seguros al término de nuestra peregrinacion, que es la bienaventuranza eterna de la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN RAFAEL ARCÁNGEL.

(DE BORDOY.)

Tunc pater suus... inquire tibi aliquem fidelem virum qui eat tecum, salva mercede sua... Tunc egressus Tobias, invenit juvenem splendidum..., et vocantes eum..., tunc dixit eis.

Entónces le dijo su padre...: Búscate algun hombre fiel que vaya contigo por su salario... Saliendo pues Tobías, halló un jóven gallardo..., y llamándole..., les dijo.

Tobías, c. 5, v. 3. á 5, y c. 12. v. 5 y 6.

Gran Dios! y ¡cómo es verdad que vos sois el que fabrica y destruye, abate y engrandece, corona y castiga, salva y condena! Y si alguna vez una chusma de filósofos, indignos de este nombre, fingieron atrevidamente un Dios con los ojos vendados, cuyo gobierno no se extendia mas allá del término de los cielos, esto mas fué consecuencia originada de su corazon corrompido para lisonjear sus depravados apetitos, que no un eficaz é íntimo convencimiento nacido de la fuerza de la verdad. ¡Hombres pequeños, cuyos conocimientos se contienen dentro de una esfera tan limitada! ¿cómo os atrevéis á ceñir el poder de aquel Ser inmenso, queriendo en vuestra soberbia é ignorancia sujetarle á los estrechos límites de vuestra comprensión? Pero hablemos con propiedad: cuando el corazon del hombre se halla en el estado mas alto de depravacion, ¿puede por ventura experimentar otros sentimientos? San Pablo, investigador profundo del corazon humano, estableció esta máxima, cuando escribía (1), que el hombre terreno pensará y hablará solamente cosas de tierra: y el espiritual se ocupará únicamente en cosas del espíritu. Y en efecto ¿cuándo se han visto correr aguas puras y cristalinas de manantiales impuros y hediondos? El santo idioma de la verdad no puede tener asiento sino en un corazon puro y sencillo; y el que estuviere cubierto

(1) *I. Cor. v. 14 et 15.*

todos los espíritus celestes, que son los mediadores entre Dios y el hombre; y no dudemos aplicar muy especialmente este honroso dictado al que fué escogido por Dios para representar en el mundo la imágen de su divina beneficencia. Consideremos atentamente que es un Dios omnipotente, á quien sirve y ante cuyo trono asiste de continuo, para recibir de él sus mandatos y ejecutarlos en beneficio de los mortales. Invoquémosle pues en todas nuestras necesidades. Cuando nos halláremos en los mas graves peligros; cuando nos viéremos sumergidos en las aguas de la tribulación; cuando nos asaltaren las tentaciones con que el mundo, el demonio y nuestra carne rebelde y contumaz pretenden esclavizarnos; y sobre todo cuando el genio de la irreligion y de la impiedad intentare corromper nuestra inteligencia y abrir brecha en nuestro corazon; llamemos á nuestro protector, á nuestro guia, á nuestro verdadero amigo, y digámosle, como Tobías, cuando veía ante sí aquel pez monstruoso que le asaltó en el Tigris: *Señor, que me embiste!* Y no de otro modo que entónces lo hizo con aquel jóven, nos alen- tará, nos protegerá, nos salvará, y nos hará caminar seguros al término de nuestra peregrinacion, que es la bienaventuranza eterna de la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN RAFAEL ARCÁNGEL.

(DE BORDOY.)

Tunc pater suus... inquire tibi aliquem fidelem virum qui eat tecum, salva mercede sua... Tunc egressus Tobias, invenit juvenem splendidum..., et vocantes eum..., tunc dixit eis.

Entónces le dijo su padre...: Búscate algun hombre fiel que vaya contigo por su salario... Saliendo pues Tobías, halló un jóven gallardo..., y llamándole..., les dijo.

Tobías, c. 5, v. 3. á 5, y c. 12. v. 5 y 6.

Gran Dios! y ¡cómo es verdad que vos sois el que fabrica y destruye, abate y engrandece, corona y castiga, salva y condena! Y si alguna vez una chusma de filósofos, indignos de este nombre, fingieron atrevidamente un Dios con los ojos vendados, cuyo gobierno no se extendia mas allá del término de los cielos, esto mas fué consecuencia originada de su corazon corrompido para lisonjear sus depravados apetitos, que no un eficaz é íntimo convencimiento nacido de la fuerza de la verdad. ¡Hombres pequeños, cuyos conocimientos se contienen dentro de una esfera tan limitada! ¿cómo os atrevéis á ceñir el poder de aquel Ser inmenso, queriendo en vuestra soberbia é ignorancia sujetarle á los estrechos límites de vuestra comprensión? Pero hablemos con propiedad: cuando el corazon del hombre se halla en el estado mas alto de depravacion, ¿puede por ventura experimentar otros sentimientos? San Pablo, investigador profundo del corazon humano, estableció esta máxima, cuando escribía (1), que el hombre terreno pensará y hablará solamente cosas de tierra: y el espiritual se ocupará únicamente en cosas del espíritu. Y en efecto ¿cuándo se han visto correr aguas puras y cristalinas de manantiales impuros y hediondos? El santo idioma de la verdad no puede tener asiento sino en un corazon puro y sencillo; y el que estuviere cubierto

(1) *I. Cor. v. 14 et 15.*

con la espesa niebla de los vicios, será infausta presa de la mentira y engaño.

Almas justas! ¿qué otros sentimientos experimentáis en vuestro interior? La tranquilidad de vuestra alma, el sosiego de vuestro espíritu, la calma de vuestro corazón, la alegría en vuestros proceder, la limpieza de vuestra conciencia os hacen sentir un Dios pródigo, siempre vigilante y cuidadoso de vuestro bien. Léjos de vosotras aquellas turbulentas inquietudes, que son el presagio mas cierto de un corazón obstinado, como que os veis dirigir por una mano invisible que graba en vuestros pechos la santa confianza propia de los escogidos del Señor. Contados están vuestros pasos en el libro de la vida, y sin su divina voluntad ni uno de vuestros cabellos será arrancado de vuestra cabeza. No es preciso que observéis cómo viven y visten los animalitos del campo, pues los sucesos progresivos de vuestra vida patentizan que una providencia superior está velando en vuestra conservación. ¿Cuántas veces os parecía que ibais á sumergiros, y el Dios de la bondad sosteniéndolos con su mano poderosa os arrebató de entre las profundas olas de la tribulación? Acordáos de los frecuentes asaltos que el comun enemigo ha dado á vuestras almas para apresarlas eternamente; y el Dios eterno renovando las misericordias que en otro tiempo dispensó á su fiel siervo Tobías... Pero, ah señores! ¿cómo este nombre solo presenta á mi imaginación las mas dulces ideas de un varón justo, protegido de Dios por medio del grande arcángel, de quien mi débil é insuficiente voz debe formar el panegírico! Este mismo Señor, conociendo desde la eternidad el inminente peligro en que se habia de ver su siervo Tobías, y queriendo dar á los justos una prueba evidente del particular afecto que les profesa, determina que uno de los asistentes al solio de su divina Majestad se despoje de los adornos de su gloria, y traslade su habitación en la tierra, para que le sirva de compañero poderoso y maestro consumado. Sí, señores, al arcángel Rafael destina su divina Majestad para tan honrosa comision, y el afortunado Tobías, figura de los justos, es el objeto de las solicitudes de este arcángel. Ved aquí pues la idea de mi panegírico: el arcángel Rafael compañero y maestro de los justos.

Dios eterno! cuya providencia debemos siempre adorar y venerar, y cuyos altos é inescrutables juicios, léjos de examinar-

los la humana flaqueza, debe solamente humilde y reverentemente adorarlos; dignáos purificar mi corazón desde ese trono de amor en que os adora nuestra fe: no permitáis que mis oyentes salgan de este templo, sin haberse abandonado enteramente en los brazos de vuestra providencia. Esta gracia, Señor, os pido por intercesion de María vuestra querida madre, á quien para esto devotamente saludamos con las palabras del ángel: *Ave María.*

¿Qué débil y flaco es el hombre mirado en sí mismo! Todo le espanta; el menor estorbo le embaraza; las dificultades mas pequeñas le amedrentan. Si le consideramos en el trato con los hombres, los teme; si luchando con los demonios, los vencen; si adorando á Dios, no osa mirarle: es el juguete de las pasiones, el cebo de los elementos y el blanco de los contratiempos. El frio le arredra; el calor le abrasa, y el aire mismo que respira, le mata. Los alimentos le son nocivos; el agua le daña, y las medicinas se le convierten en venenos. Las enfermedades le persiguen; los dolores le consumen, y las desgracias le afligen: si va por el mar, se anega; si por caminos, le roban. En casa sus émulos le quitan la tranquilidad; en el ejército los enemigos le llenan de heridas. Si comercia, pierde; si pretende, le desechan; y si alcanza, se lo quitan. Los compañeros le abandonan; sus confidentes le son infieles, y sus amigos vuélvense en traidores. La tranquilidad se convierte en desasosiego; la alegría en disgustos, y los beneficios en ingraticudes. En fin los mismos parientes le desconocen; si está elevado cae, y caído ninguno le levanta. Qué es esto, gran Dios! la obra que tan hermosa fabricaron vuestras manos, expuesta á tantas vicisitudes y contratiempos? No hay duda, señores, que este es el estado miserable, á que se ve reducido el mortal despues de la desgracia de nuestros primeros padres. Pero ah! ¿cuán diferente estado es el del hombre, á quien sostiene interiormente el espíritu de Dios! Bendigamos, fieles míos, las misericordias del Señor, porque acordándose de la fragilidad del barro de que fuimos formados, no permite quedemos sepultados entre las ruínas de nuestros vicios. Adoremos su bondad, pues que con el báculo de su gracia sostiene el edificio de nuestras almas. Porque ¿cuándo ha dejado Dios de ayudar al

miserable con su auxilio? Si en otro tiempo fué preciso que se parase el sol en su carrera, luego detuvo su apresurado curso: si necesitaban los israelitas paso enjuto en medio del mar, ved que las aguas se retiraron reverentes: si allá en el Desierto no tienen con que abastecerse, les envía desde el cielo el maná que los sustenta y los nutre; y si les falta en la noche la luna que los ilumine, se aparece en el aire una columna de fuego que dirige sus pasos. Si el justo se hallare en riesgo de perderse, ¿cómo podrá dejar la amorosa bondad del Criador de destinar al dulce objeto de sus complacencias un compañero y maestro, que le asista en todos los pasos de su vida? Su padre es, y padre cuidadoso, y así le señalará un compañero, un amigo, un maestro que le guíe, acompañe y aconseje en los innumerables precipicios que le rodean en este mundo.

Sería injuriar á su divina Majestad, si no pensásemos así de su amorosa providencia. Sí, señores; no hay por que dudarlo. Acompaña al justo por divina disposición el arcángel Rafael, quien en la persona de Tobías hizo visiblemente lo que en los tiempos venideros habia de hacer invisiblemente en las almas justas. Las acompaña Rafael, uno de los espíritus que baten sus alas de amor ante el majestuoso trono del Exceiso. ¡Alérgome, ó justos, de vuestra buena suerte, y me congratulo de la felicidad que os ha cabido! Léjos de vosotros el temor y la desconfianza, porque habéis hallado al varon fiel que buscaba Tobías para su hijo, que os conduzca al puerto de la bienaventuranza. Envidiád, ó pecadores, la fortuna del justo; celebrád su dicha; y confesáos miserables por no gozar de tan dulce compañía.

Podrá ser, señores, que la negra pintura que os he hecho del hombre llegue tal vez á sobresaltar el corazón del justo; pero á la manera que huye el temor de un muchacho, luego que tiene la madre á su lado, así el justo se anima y se esfuerza, viendo que tiene á su derecha al poderoso arcángel que le asiste, olvidando con tal ayuda lo frágil y deleznable de su mortal condicion. Ceñido el campeón celestial con las mas relucientes armas, se opone valeroso á los ataques del abismo, y conduce sin riesgo al que en él confía por entre los mayores peligros hasta la última hora de su vida, en la que le introduce en la mansion dichosa de la paz, para que goce el justo premio de los combates que tan generosa y heróicamente ha superado.

Confesémoslo, señores: á la sombra de Rafael desaparece como humo el conjunto de miserias que rodean al hombre.

Figuráos al justo representado en un cuadro, aún mas lastimero del que poco hace os he manifestado: vedle que cargan sobre él dificultades, estorbos, embarazos, pero reparád á Rafael que le sostiene. Representáos al justo metido entre el tráfico de los hombres, quienes con sus perfidias procuran perderle; pero mirad á Rafael que le defiende. Imagináos el abismo conjurado para hacerle prevaricar; pero ah! que habemos llegado al estado mas terrible para el justo. La imaginacion ofuscada con representaciones indecentes, afligida la memoria con recuerdos que le amargan; su corazón agitado con continuos y violentos movimientos de ira, rabia y furor; su alma movida casi á la desesperacion, el gran número de los pecados representados á su vista, la misericordia de Dios al parecer retirada, los consuelos en la oracion desapercibidos; todas las criaturas armadas contra él: la justicia de Dios terrible y amenazadora que le espanta; el cielo cerrado, abierto el abismo...; ah, ah! exclama el justo con el jóven Tobías, que este monstruo me quiere tragar.

Pero no importa; Rafael, que está á su lado, sabrá mandarle con voz imperiosa lo mismo que en las riberas del rio Tigris mandó al jóven Tobías, que cogiese el pez que furiosamente salia de su elemento para tragarle. Cogéd, dice Rafael á los justos, á ese pez del abismo, que quiere hacer presa de vuestras almas, y encontrád en él, si en cierta manera puede decirse, la medicina de vuestros males; de la manera que Tobías halló en el que le queria tragar, el remedio de la afligida Sara: esto es, las mismas tentaciones y combates que en vosotros experimentáis, os sirvan para abatirlos y humillarlos mas ante la presencia divina; exciten en vuestros corazones la vigilancia cristiana; os muevan á conocer cuánto depende vuestra felicidad del Ser supremo; os hagan embrazar el escudo de las virtudes; y con este motivo os entreguéis totalmente en los brazos de la Providencia divina. Pero ¿á dónde me ha arrastrado la corriente de mi discurso? Rafael al lado del justo hace desaparecer en un instante el negro y cargado nublado que le amenazaba. Retira á los infernales combatientes, figurados en aquel demonio que mataba á los maridos de Sara, y los encierra en los profundos y eternos calabozos. Hace que resplandezca so-

bre él la hermosa aurora del día mas sereno; y une con fuertes lazos al alma con el Esposo divino. Entónces se derraman en ella abundantemente las consolaciones celestiales, vuelven á renacer los favores divinos, y se establece de nuevo la dulce comunicacion entre ella y su esposo querido. Ó Dios de las bondades! ¿quién podrá dignamente alabar vuestra providencia? Cuando el justo al parecer iba á ser sumergido en las olas de la tribulacion, por medio de Rafael le habéis sostenido: cuando el enemigo se gloriaba de tenerle casi entre sus garras, vuestra mano todopoderosa ha arrancado la presa de sus manos. Vos le dirigisteis, vos le iluminasteis, vos le salvasteis; y Rafael es el instrumento de que os valisteis. Ó Rafael! ó númen protector! continuad en proteger al justo que está encomendado á vuestro cuidado.

Figuráos, os volveré á decir, al justo en un cuadro el mas lastimero que vuestra imaginacion pueda fingir. Figuráosle que le afligen pesadumbres; que los elementos están conjurados contra él; y que las desgracias se suceden á porfía; pero observad á Rafael cómo infunde la serenidad en el corazon del justo, aquieta los elementos y convierte las desgracias en prosperidades. Representáosle oprimido bajo el peso de enfermedades; afligido de innumerables dolores; pero reparad á Rafael que cura sus dolencias. No contento este arcángel celestial con acompañar al jóven Tobías, restituye á su anciano padre la vista perdida. Imagináosle...; pero dejémonos de circunloquios: Rafael ha prometido al viejo Tobías, que acompañará y volverá sano á su hijo; y esta misma promesa está hecha á los justos. Sanos os volveré de la mar, aunque las olas encrespadas amenazan sepultaros en sus abismos: sanos os volveré del camino, aunque haya mil monstruos que os quieran asaltar y cebarse en vuestro cuerpo: sanos os volveré del ejército, aunque los enemigos asestasen millares de tiros contra vosotros. Con mi compañía y bajo de mi amparo los émulos no os dañarán en vuestra casa; os serán constantes los amigos, y los confidentes leales. La ganancia en los negocios entrará en vuestra casa, como un torrente grande é impetuoso entra en el mar; despachadas serán vuestras peticiones á medida de vuestros deseos; y la mano poderosa os mantendrá en vuestros empleos y honores. Quién será capaz de alterar vuestra tranquilidad? cómo podrá aguarse vuestra alegría? quién robará la paz de vuestro cora-

zon? Sí: yo que soy Azarías, hijo del grande Ananías; yo que soy Rafael, uno de los espíritus que están ante el trono de Dios, yo mismo soy el que os da aquellos bienes: yo el que presento vuestras oraciones al Todopoderoso, para que se apiade de vuestros males; y por último el que teniendo á mi cargo vuestras almas, no las abandonaré hasta presentarlas al trono de gloria del Excelso.

Ó justos! bendecid, os diré con el mismo Rafael, al Dios del cielo y de la tierra; engrandecéd su bondad á presencia de todas las criaturas, porque ha derramado sobre vosotros sus grandes misericordias. ¿Y qué podréis dar á este ángel en recompensa de tantos beneficios? Él ha preservado vuestras almas del contagio de la culpa; os ha librado del poder del demonio; os ha unido íntimamente con su divina Majestad; os ha iluminado con la luz de la gracia; y por decirlo en una palabra, os ha llenado con abundancia de todos los bienes. ¿Qué es pues lo que podréis dar á este varon incomparable, que pague suficientemente lo que ha hecho por vosotros? Nuestro corazon, Dios eterno, os damos y consagramos en pago de los favores que por medio de Rafael nos habéis dispensado. Nosotros no tenemos prenda de mas valor, ni otras que os puedan ser mas gratas: aceptádlas, y hacéd que sea digna de vos.

No menosprecies la voz del ángel, dice el Señor en el Éxodo (1), ántes bien escucha sus avisos y consejos con atencion y docilidad de espíritu; porque yo interpongo mi palabra de ser enemigo de los que lo fueren tuyos, y de no dejar sin castigo á los que te afligieren, si practicares lo que el ángel te enseñare. Es preciso que obedezcas al que es tu compañero y al que te ha hecho tantos beneficios, pues no te perderás con sus consejos, ántes bien te darán la salud. ¿Qué mayor felicidad, ó justos, que tener á Rafael por maestro! Celestial es y divina su ciencia: de la mas pura fuente ha aprendido su saber. Buena es la oracion con el ayuno, dice Rafael á Tobías, y con él á todos los justos. Con estas breves palabras ¿qué lecciones no da nuestro arcángel! Aquí reprende fácilmente la conducta de aquellos espirituales medio carnales, que entregados á la delicadeza de su cuerpo, quieren hermanar la oracion con la poltronería. Sí, señores, es preciso mortificarse, si queremos que

(1) Exod. c. 23. v. 21.

nuestra oracion sea accepta al Altísimo. Así lo entendieron los santos, y no podían entenderlo de otra manera, habiéndolo tan abiertamente declarado el arcángel Rafael.

Pero aún no tienen fin las lecciones de tal maestro. *La limosna, añade, libra de la muerte, borra los pecados, y nos alcanza la misericordia y vida eterna.* Qué consuelo para ti, ó justo! ¿te hallas por ventura oprimido con el peso de tus pecados? Hé aquí los pobres, que borrarán, si tú quieres, tus pecados: con solo alargales la mano, quedarán tus culpas sepultadas en olvido. No es preciso emprendas grandes penitencias, ni largas peregrinaciones; con solo socorrer á estos infelices que cada día acuden á tus puertas, verás renacer sobre tu alma la luz clara de la gracia, derramar sobre ti las misericordias del Señor y alcanzar algun dia la posesion del sumo Bien. Oh, qué efectos tan admirables causa la limosna! y ¿quién será tan insensato que no los quiera para su alma?

Ó gran Rafael! vos sois el que habéis de imprimir en nuestro corazon vuestras lecciones, y hacer que las practiquemos; y si alguna vez nuestro corrompido corazon da oídos á objetos vanos y halagüeños, entónces interponéd mas que nunca vuestro patrocinio, purificándolo de sus afectos. Guardád á nuestra alma de toda culpa, y defendédla de los asaltos del comun enemigo: protegéd con especialidad al noble corazon que os consagra estos cultos; y á estas vírgenes santas, que atraídas del suave olor de su Esposo se han recogido en este santuario; infundíles vivos deseos de la virtud, amor ardiente al retiro, y una santa confianza en el que lo puede todo; porque logrando ellas y nosotros vuestra asistencia en la hora de la muerte, pasemos á gozar de Dios en vuestra compañía por eternidades de siglos. Amen.

SERMON

DE SANTA ÁGUEDA VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

OBLIGACION DE AMAR Y DE MORIR, SI FUERA NECESARIO, POR DIOS.

In fide vivo filii Dei, qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.

Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó á la muerte por mí.

Epist. ad Galat. c. 2. v. 20.

Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó á la muerte por mí. Así hablaba el apóstol san Pablo y con estas sencillas palabras se excitaba á sí mismo á arrostrar con gusto los peligros, los tormentos, las cárceles, la muerte... *Vivo en la fe del Hijo de Dios.* Ya no vive en mí el hombre carnal y esclavo del pecado, tengo en mí sin merecerlo la fe del Hijo de Dios, y Jesucristo me anima, Jesucristo me alienta y me conforta; Jesucristo es el manantial y principio de mi vida, Jesucristo disipa las tinieblas de mi espíritu y me llena de todas sus gracias. De nada soy capaz por mí solo; pero todo lo puedo, á todo me atrevo, nada hay imposible para mí con la fe del Hijo de Dios que me amó y dió su vida por mí.

Este ha sido tambien el lenguaje de los mártires y de todas las almas justas, y estas palabras de gracia y de virtud dan abundantemente á todas sin distincion de sexos ni edades la fortaleza en los tormentos, la alegría en los trabajos, el triunfo en las peleas, y la corona en los triunfos. *Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó á la muerte por mí.* ¿En dónde sino aquí pudo hallar una jóven delicada, rica, noble, hermosa, criada en el regalo y las caricias de sus padres, la invencible

nuestra oracion sea accepta al Altísimo. Así lo entendieron los santos, y no podían entenderlo de otra manera, habiéndolo tan abiertamente declarado el arcángel Rafael.

Pero aún no tienen fin las lecciones de tal maestro. *La limosna, añade, libra de la muerte, borra los pecados, y nos alcanza la misericordia y vida eterna.* Qué consuelo para ti, ó justo! ¿te hallas por ventura oprimido con el peso de tus pecados? Hé aquí los pobres, que borrarán, si tú quieres, tus pecados: con solo alargales la mano, quedarán tus culpas sepultadas en olvido. No es preciso emprendas grandes penitencias, ni largas peregrinaciones; con solo socorrer á estos infelices que cada día acuden á tus puertas, verás renacer sobre tu alma la luz clara de la gracia, derramar sobre ti las misericordias del Señor y alcanzar algun dia la posesion del sumo Bien. Oh, qué efectos tan admirables causa la limosna! y ¿quién será tan insensato que no los quiera para su alma?

Ó gran Rafael! vos sois el que habéis de imprimir en nuestro corazon vuestras lecciones, y hacer que las practiquemos; y si alguna vez nuestro corrompido corazon da oídos á objetos vanos y halagüeños, entónces interponéd mas que nunca vuestro patrocinio, purificándolo de sus afectos. Guardád á nuestra alma de toda culpa, y defendédla de los asaltos del comun enemigo: protegéd con especialidad al noble corazon que os consagra estos cultos; y á estas vírgenes santas, que atraídas del suave olor de su Esposo se han recogido en este santuario; infundíles vivos deseos de la virtud, amor ardiente al retiro, y una santa confianza en el que lo puede todo; porque logrando ellas y nosotros vuestra asistencia en la hora de la muerte, pasemos á gozar de Dios en vuestra compañía por eternidades de siglos. Amen.

SERMON

DE SANTA ÁGUEDA VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

OBLIGACION DE AMAR Y DE MORIR, SI FUERA NECESARIO, POR DIOS.

In fide vivo filii Dei, qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.

Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó á la muerte por mí.

Epist. ad Galat. c. 2. v. 20.

Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó á la muerte por mí. Así hablaba el apóstol san Pablo y con estas sencillas palabras se excitaba á sí mismo á arrostrar con gusto los peligros, los tormentos, las cárceles, la muerte... *Vivo en la fe del Hijo de Dios.* Ya no vive en mí el hombre carnal y esclavo del pecado, tengo en mí sin merecerlo la fe del Hijo de Dios, y Jesucristo me anima, Jesucristo me alienta y me conforla; Jesucristo es el manantial y principio de mi vida, Jesucristo disipa las tinieblas de mi espíritu y me llena de todas sus gracias. De nada soy capaz por mí solo; pero todo lo puedo, á todo me atrevo, nada hay imposible para mí con la fe del Hijo de Dios que me amó y dió su vida por mí.

Este ha sido tambien el lenguaje de los mártires y de todas las almas justas, y estas palabras de gracia y de virtud dan abundantemente á todas sin distincion de sexos ni edades la fortaleza en los tormentos, la alegría en los trabajos, el triunfo en las peleas, y la corona en los triunfos. *Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó á la muerte por mí.* ¿En dónde sino aquí pudo hallar una jóven delicada, rica, noble, hermosa, criada en el regalo y las caricias de sus padres, la invencible

vírgen y mártir santa Águeda cuya memoria celebráis con tanto fervor y regocijo en este dia, en dónde, digo, pudo hallar el valor, la fortaleza, la constancia y heroismo con que se hizo superior á las astucias, á las lisonjas, á los placeres mas seductores, á los tormentos mas horrorosos, á los enemigos mas fuertes y temibles? ¿En dónde pudo hallar aquella ciencia saludable con que supo perderlo todo y sacrificarse á sí misma en un martirio de los mas crueles, aquella ciencia con que respondió victoriosamente á sus jueces y verdugos y supo labrarse la corona del triunfo, sino en la virtud que dan al alma estas consoladoras palabras: *Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y que murió por mí?* Este es el libro donde adquiere su ciencia. En la meditacion de estas sencillas palabras aprende á formar sus resoluciones y á darlas una fuerza invencible y divina: *Vivo en la fe del Hijo de mi Dios, y nada será capaz de apartarme de esta fe.* Este Señor me amó, y yo debo amarle tambien: él se entregó á la muerte por mí, y yo debo sufrir tambien la muerte por él.

¡Que discurra cuanto quiera la impiedad y que se pierda en sus cálculos y sofismas para desbaratar si pudiera la fe del hijo de Dios! ¡Que cierre sus ojos el libertinaje y la licencia y que aparte su vista cuanto pueda de la luz clara y vivificante de la fe para que no le atormente, y para conseguir, si puede, el vivir sin remordimientos ni inquietudes!... A todos confunde y hace enmudecer el sencillo discurso de esta ilustre vírgen. Discurso en que está compendiada toda la moral del cristianismo y todas las obligaciones del alma que vive en la fe del Hijo de Dios. « Obligacion de amar á su Dios: obligacion de morir si « fuera necesario por su Dios. » Esta fué la obra grande y perfecta de los pocos años de santa Águeda vuestra protectora y abogada. Procuraré manifestarlo y á esto reduciré su elogio confundiendo con su ejemplo nuestra poca fe, nuestra tibieza y frialdad, nuestras excusas y pretextos con que quisiéramos amar á Dios sin dejar de amarnos á nosotros mismos, sin desasirnos de nuestros afectos corrompidos, de nuestros intereses, de nuestras comodidades y regalos, de nuestros deleites y pasatiempos, aquella ciencia terrena con que escuchamos á nuestro amor propio y aprobamos nuestras resoluciones tímidas y criminales, cohonestando el resolvernos contra Dios cuando la fe exige de nosotros un sacrificio costoso.

Ayudádmé, Señor, y fortalecédmé con vuestra gracia comunicando á mis frias palabras el calor de vuestras inspiraciones divinas, con que encendidos mis oyentes en vuestro amor, se propongan por modelo de su conducta y de su fe á la esclarecida santa Águeda. Os lo pedimos por la intercesion de vuestra madre saludándola con el ángel. *Ave Maria.*

In fide vivo.

El justo, dice el Apóstol, vive de la fe, no porque la fe sea lo bastante para ser justos, sino porque esta nos da á conocer á Dios, nos instruye en la obligacion de amarle, nos enseña los caminos y medios de llegar á él, de entregarnos todos á él, de sacrificarnos por él, que es en lo que consiste la vida del justo. ¡Infeliz aquel que habiendo recibido la fe no da frutos de salud y de vida eterna! ¡Infeliz aquella tierra dura y sin jugo que recibiendo la semilla la deja secar con los rigores de la estacion, ó la sofoca con los abrojos y espinas que produce! Mas criminal será que los infieles, el que habiendo conocido á su Dios no le ha servido y glorificado como á su Señor. Para mayor tormento y condenacion le servirá el vivir en la fe, al que no la acompaña con buenas obras, porque sin estas su fe es muerta, y no todos los que dicen Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos. Santa Águeda recibió del Señor el don inestimable de nacer de unos padres cristianos, y de recibir en su infancia el santo bautismo y en su niñez una educacion propia y correspondiente á unos padres virtuosos. Vivió en la fe, pero no en una fe que se recibe sin agradecerla ni estudiarla, no en una fe que no se quiere conocer ni profundizar, no en una fe muerta que jamas se tiene presente ni se toma por regla para obrar; su alma á la manera de una tierra bien preparada y dispuesta segun la expresion del divino Salvador, recibe la semilla de la fe y dándola un jugo saludable, con su contemplacion y estudio da muy pronto un abundante fruto de buenas obras, de resoluciones, de propósitos.... ¡Dádmé, Señor, decia como el Profeta real, dádmé vuestra inteligencia para conocer vuestra ley y para que meditándola me aplique de todo corazon á observarla!

La falta de esta fe, hermanos míos, es el origen de nuestras desgracias. Tenemos la fe; recibimos este don precioso en el

bautismo, pero esta fe ¿nos prestará la vida eterna? Un estudio muy lijero de la ley de Dios, un catecismo que cuando niños se aprende á la lijera en la escuela y que no se vuelve á tomar en las manos en saliendo de ella, á esto se reducen por lo regular todos los conocimientos y toda la educacion en la fe que dan los padres á sus hijos. Con unos conocimientos tan imperfectos y escasos, ¿cómo se han de cumplir los deberes de cristiano? ¿Si estos se ignoran, si engolfados en los afanes de la vida, en los intereses del mundo, en los desahogos impetuosos de la juventud, en los cuidados del matrimonio y en los achaques de la vejez, de todo se cuida ménos de contemplar en la fe y meditar la ley de Dios?

Quiero que se oigan algunas explicaciones de doctrina, algunos sermones, que se lean tambien algunos libros piadosos y de instruccion cristiana. ¿pero se me podrá negar la distraccion, el poco cuidado é interes con que se oye y aún me atrevo á decir, el poco crédito que se da á los ministros del Señor en unos tiempos en que se hace gala de pasar por incrédulos, y se vocifera con descaro que los sacerdotes hablan y sostienen la fe por sus miras y sus intereses temporales? ¿Se me podrá negar, aún siendo demasiado indulgente, que se oye la doctrina como si no se oyera, que no se medita ni contempla en la fe, que aunque se viva en la fe, no se quiere alimentarse y vivir de la fe?

Tal vez se hallan tambien por desgracia, hombres que hablan con frecuencia de las verdades eternas de la fe, de las verdades santas que los atormentan y allijen á su corazon, porque no los deja correr sin remordimiento á los deleites que la fe reprueba. No faltan hombres que estudian la fe que han recibido, pero para hallarla culpable ó falsa y desterrarla del mundo si les fuera posible; para hallar contradicciones en ella, que no tiene; para ponderar sus preceptos como imposibles, no siéndolo en manera alguna; para declamar que sus misterios son incomprensibles y oscuros, sus prácticas ridículas, su moral demasiado rígida... Harta verdad es que se oyen con ansia y con cierta complacencia los discursos y escritos de hombre perversos, ministros de Satanás, de los que llaman espíritus fuertes y despreocupados, porque habiendo desterrado de su alma la fe y endurecido su corazon á los impulsos de la gracia, se quieren aquietar en sus vicios y persuadirse y empeñarse en

persuadir á los demas que ni hay gloria, ni infierno, ni premios, ni tormentos, ni mas vida que la presente, y que todo el aparato de nuestra santa fe y religion revelada es una falsedad, una invencion de los hombres que solo sirve para engañar á los ignorantes y cobardes. No es de este lugar el contradecir á semejantes impiedades y blasfemias, ¡qué digo! Confundidas y contradichas quedan todas con deciros que todas nacen y provienen de la falta de fe, y de estudio de la fe.

Santa Águeda vivió en la fe, estudió y contempló la fe. ¡Ah Señor, que es imposible el conoceros y no amaros! que no negáis nada al que todo lo busca y estudia en vos con rectitud de corazon! En la fe y contemplacion de la ley del Señor aprendió lo que todos debiéramos aprender, la obligacion de amarle, de servirle, de ser honesta, virtuosa, humilde, retirada; aquí aprendió á no buscar cavilaciones y pretextos para desentenderse de una ley que contradice y repugna á nuestros apetitos y deseos carnales, sino á pedir los auxilios y las gracias para cumplirla exactamente, á poner su vista en el premio que el Señor ha preparado para los que le sirven, para animarse y esforzarse á conseguirle, aquí aprendió á amar de todas veras á su Dios y á decir resueltamente con el Apóstol: ni la tribulacion, ni la angustia, ni la persecucion, ni la espada, ni el hambre, ni la sed, ni los peligros, ni la muerte me separarán del amor de mi Dios y mi Señor: aquí aprendió á ser santa y adquirió aquel heroismo con que supo triunfar de todos sus enemigos, porque tales son los frutos que el Señor concede al que vive en la fe y medita con un espíritu recto y sumiso la ley de un Dios que nos amó y se entregó á la muerte por nosotros. Tales son los frutos de una fe pura, humilde y animada del amor divino.

Alimentada con las dulzuras de la divina contemplacion, en vano es buscarla en las concurrencias, en las diversiones y espectáculos del mundo. Su nobleza, los abundantes bienes de sus padres, su juventud, su hermosura, todo parece que la convida á entregarse á los placeres y festejos que el mundo tiene por inocentes y necesarios; pero sabe muy bien que en ellos peligrá el pudor, perecen los propósitos mas firmes, y que es muy fácil el caer al que no huye de las tentaciones y peligros; ha gustado las dulzuras de su Dios, y ya la son desabridos todos los deleites engañosos del mundo. En el retiro, en el recogimiento, en

la contemplacion de las verdades de la fe es donde halla sus delicias y donde alimenta su virtud; allí suspira por conocer y amar á su Dios, y pone su gloria en ser ignorada y desconocida del mundo. El mundo sin embargo no puede ménos de hacer justicia á su mérito. Apénas era conocida en Catánea, ciudad de Sicilia donde residia, y era pública por toda la provincia su virtud, su honestidad, su hermosura. Jóvenes cristianos y distinguidos aspiraron á tomarla por esposa. Las promesas, las comodidades y regalos, las esperanzas que ofrece el mundo en un matrimonio brillante, todo lo supo despreciar, porque estimaba en mas el amor de su Dios y le habia ofrecido como prueba de su amor su perpetua virginidad.

Un enemigo mas fuerte y poderoso la quedaba que vencer, un enemigo que podia llenarla de honores y comodidades, y que podia disponer tambien de su vida y de su muerte. Quinciano, gobernador de Sicilia, enemigo y perseguidor de los que profesaban la fe de Jesucristo, se resolvió á pedirla por esposa y la mandó venir á su presencia. ¡A qué pruebas tan duras, Señor, ponéis á las veces á vuestros escogidos! ¡Cuántos varones que han sabido ser fuertes en el retiro, en la austeridad, en la persecucion y los tormentos flaquean puestos en los honores, y se rinden á las promesas y recompensas del mundo y de los enemigos de Jesucristo! ¡Qué podrá hacer una jóven pretendida por esposa del mismo gobernador y tirano! Pero habia echado ya profundas raíces la fe en su corazon, y no era posible arrancarla de su alma. Vive en la fe de su Dios que la amó y que murió por ella, y ha resuelto tambien amar y morir por su Dios.

Apénas recibe la órden del tirano, rebosa en alegría su corazon, se llena de gozo y de contento... Qué? Se ha olvidado de sus propósitos? ¿Se ha dejado llevar de la dicha que puede prometerse de un matrimonio tan inesperado? ¿Va á hacer traicion á su Dios, á celebrar sus desposorios con el gobernador? Oigamos su resolucion y el motivo de su gozo de su misma boca: Dios mio, mi esposo y único dueño, le dice al Señor postrada en su presencia ántes de salir de su casa, bien conocidos tenéis mis pensamientos y os está patente mi corazon. Solo vos sois mi dueño, y lo seréis eternamente. Jamas dividiré con otro mi corazon. Dádme el que os ame como vos me amáis y concedéme el sacrificarme por vos, así como vos os sacrificasteis por mi. Veo que la hora de mi sacrificio se acerca: ¡cuántas gra-

cias os doy porque queréis unirme mas íntimamente con vos! Gustosa voy, llena de placer y alegría y con grande confianza en vuestros divinos auxilios.

Se dirige inmediatamente á la casa del gobernador, contemplando en el camino la dicha, que sin merecerlo la concede su Dios, no solo de darla la fe, sino de escogerla para morir en su defensa, y resolviéndose á arrostrar todos los tormentos ántes que faltar á su Dios. Si algo padece su corazon, es porque se la hacen demasiado largos los momentos que tarda en empezar á padecer y morir por Jesucristo.

Observemos, hermanos míos, que la fe de santa Águeda no admite dilaciones ni excusas. Conoce bien que la muerte ó la apostasia la espera en la casa del tirano; pero ¿duda en la eleccion? ¿Busca fugios, pretextos y razones; consulta, como solemos nacer nosotros en casos de conciencia que no son del agrado de nuestros apetitos, hasta hallar consejeros á nuestro gusto, condescendientes y conciliadores á título de no sufrir la mas leve tribulacion? ¿No es verdad que nuestras resoluciones, nuestros esfuerzos y propósitos caen por tierra á las primeras amenazas, y que se nos puede decir con el Apóstol, que hasta ahora no hemos resistido el pecado hasta derramar la sangre? Ah! Que si fuera nuestra fe tan viva y animada como la de santa Águeda, si en nuestras tentaciones y peligros consultásemos con nuestro corazon y con nuestro Dios, despreciando los consejos y cavilaciones de la prudencia y sabiduría humana, seríamos tambien fuertes é invencibles.

Hace Quinciano presentes sus deseos á santa Águeda; con su vista, se enciende mas y mas en el fuego de su amor carnal, no tiene aliento para mostrarse severo, y espera que el tiempo y la astucia la reduzcan. ¡Cuánto no sufriria su honestidad, su recato, su pudor y su paciéncia en un mes que estuvo entregada á una mujer corrompida y seductora! ¡Con cuánto esfuerzo no ayudaria el enemigo comun del género humano á derribar la constancia y fortaleza de una jóven de veintiun años, sola, halagada de cuanto pudiese desear y en poder de sus enemigos! Sabia muy bien este hombre impío, así como los de todos los tiempos, que el medio mas poderoso y el camino mas corto para hacer perder la fe, es corromper el corazon: al que se entrega á los deleites de la carne, al hombre animal que pone todo su apetito en los placeres sensuales, le falta muy poco para empe-

zar á ser incrédulo ; desde luego empieza á detestar en su corazón una fe que le arguye y le condena ; huye de la ciencia de los caminos de su Dios, cierra sus oídos á las inspiraciones que le atormentan, procura en vano acallar sus remordimientos en diversiones y placeres cada día nuevos, hasta que cansado al fin de batallar se resuelve á no creer, para vivir con desenfreno.

Observád la conducta de los maestros de la impiedad, de los mas incrédulos y obstinados, y hallaréis, que no abandonaron su fe con sus primeros extravíos, que no han llegado á tal extremo de obcecacion y miseria, sino despues de haber corrompido su corazón enteramente, y haberse echado á beber de bruzes en el cieno de las torpezas. Observád, que si hay muchos impíos é incrédulos en el mundo, es porque hay muchos pecadores licenciosos, que quisieran eternizarse en el pecado y cometerle impunemente.

Conocía muy bien Quinciano que logrando seducir y arrastrar á la torpeza á esta hermosa jóven, conseguiria tambien despojarla de su fe, y alcanzaria un doble triunfo. Pero el triunfo quedó por santa Águeda. Todas las astucias y artes diabólicas fueron inútiles, nada pudieron con una jóven arraigada en su fe, y aquella infame mujer vino en fin á confesarse vencida y á decir al gobernador que trabajaba en vano con una doncella tan cristiana. Al odio tan encarnizado que tenia este tirano contra todo el que creía y adoraba á Jesucristo, se aumentó el furor y despecho de verse burlado y sin esperanza de lograr sus deseos. Impaciente, colérico, y respirando venganzas, hace venir á santa Águeda á su presencia, y esta santa criatura corre gustosa á sufrir nuevos tormentos, dando gracias á su Dios porque la ha hecho digna de padecer. No medita, ni discurre lo que ha de responder, porque sabe muy bien que prometió Jesucristo poner en la boca de sus siervos palabras llenas de sabiduría, á que no serian capaces de responder todos los enemigos.

La pregunta por su nombre y linaje, la reprende el ser cristiana, y ella no se detiene en decirle que tiene toda su gloria en ser esclava de Jesucristo. La manda que sacrifique á los dioses del imperio, la amenaza con furor, la ruega tambien con ternura disimulando su coraje, la pone á la vista los tormentos que la esperan ; una, otra y otra vez la hace conducir al encierro y volver á su presencia, como esperando una resolucion favorable ; cansado su sufrimiento, hace descargar en su deli-

cado cuerpo los tormentos mas inauditos y crueles ; bofetadas, azotes, garfios, uñas de hierro, planchas de metal encendidas, la atrocidad tan repugnante á la misma naturaleza de cortarla los pechos, todo era poco para saciar su rabia y encono. ¡ Vos, Señor, fortalecisteis el espíritu de vuestra sierva, conservándola tranquila y llena de gozo en medio de unos tormentos tan crueles ! ¡ Vos, Señor, parece que os empeñasteis en porfiar y medir vuestro poder con el poder del tirano, y en hacerle ver lo débil y efímero de sus fuerzas ! Palabras tenéis de vida eterna, y dicho teniais ya que ni un cabello caerá de la cabeza de un justo sin ser vuestra voluntad ; pero ahora quisisteis dar un testimonio público de la fidelidad de vuestras promesas.

Aherrojada santa Águeda para acabar de morir allí despues de sus heridas y tormentos, en un lóbrego calabozo, una luz celestial desterró la oscuridad, el glorioso apóstol san Pedro se dejó ver en medio de él y la curó en el momento, dejándola llena de salud y de consuelos. Aquí tocó en su extremo el furor del infame juez. Aquí empezaron de nuevo las reprensiones, las befas y las amenazas : aquí se inventaron nuevos géneros de tormentos, se prepararon las hogueras, la arrastraron por las ascuas encendidas... No se habia acabado el poder del Señor. Los castigos espantosos que se vieron en aquellos momentos en la ciudad, y la muerte desastrada del tirano publican patentemente que el Señor vela in cesar sobre los suyos y se reserva para sí las venganzas : pero estaba ya consumada la carrera de su sierva, habia guardado su fe, habia conseguido el triunfo, y el Señor la llamó á recibir la corona de justicia. Murió despues de atormentada en el descanso del calabozo, y murió con la muerte preciosa de los santos. Vivió en la fe del Hijo de Dios que la amó y murió por ella, y ella le amó en toda su vida y murió tambien por él. Cumplió con el deber santo que nos impone la fe, de amar y morir si es necesario por nuestro Dios.

Tambien nosotros vivimos en la misma fe y tenemos los mismos deberes. Creemos en nuestro Dios, nos gloriamos de nuestra religion ; somos cristianos. Sabemos que ántes de ser padres, esposos, y ántes de todas las demas obligaciones, contraimos delante del cielo y de la tierra la obligacion de ser cristianos. ¿ Pero dan nuestras obras testimonio de nosotros ? ¿ Estamos firmemente persuadidos de nuestra fe ? Y si vivimos en la fe como santa Águeda, ¿ nos alimentamos de la fe y estamos dis-

puestos á dar nuestra vida por él? ¿En qué consiste que creéis que Dios es el sumo bien y no le amáis? ¿que es infinitamente justo y no le teméis? que tiene preparada una felicidad eterna y no hacéis diligencias para merecerla? ¿que hay un fuego eterno é inextinguible y no teméis tan terrible castigo? ¿En qué consiste que el mismo Verbo eterno se hizo hombre por nosotros, nos dió su ley y sus sacramentos, y ni la cumplís, ni apreciáis estas fuentes de la gracia? Consiste en que vuestra fe es tibia y está muerta en vosotros, en que no la estudiáis ni meditaís, en que solo sois cristianos en la apariencia, pero sin obras de cristianos ni espíritu de cristianos; creéis que lo hacéis todo con cumplir algunas exterioridades religiosas, con venir alguna vez á la iglesia y estar en ella distraídos y disipados, con rezar algunas oraciones sin fervor y sin atención, con recibir alguna vez los sacramentos, mas bien por fuerza y por el temor del mundo que por amor á Dios. ¿Os habéis detenido seriamente alguna vez á contemplar que estáis obligados á amar á Dios mas que á todas las cosas, y que todas debéis perderlas ántes que ofenderle? De esta falta proviene el que seáis vencidos á las primeras tentaciones de vuestros enemigos, el que caigáis con frecuencia en el pecado, el que os dejéis arrastrar de los malos ejemplos, conversaciones y escritos, el que en vuestras resoluciones no miréis tanto á vuestra conciencia y á vuestro Dios, como á vuestros intereses y aumentos temporales. Si fuera tan viva vuestra fe; si meditaseis y contemplaseis sus verdades con el espíritu de santa Águeda; si estuviereis tan fuertemente arraigados en la fe del Hijo de Dios como vuestra patrona, le amaríais tambien y daríais vuestras vidas por él.

He aquí, hermanos míos, lo que debéis aprender y á lo que debéis estimularos con el poderoso ejemplo de esa gloriosa santa: ved el obsequio que debéis prestarla y las resoluciones que debéis formar entre los himnos de vuestras alabanzas. He aquí la obligacion que tenéis, puesto que vivís y profesáis la misma fe. Conocéd la causa de vuestras tibiezas, de vuestros pecados y de vuestros excesos, y rogád á vuestra santa que os alcance del Señor una fe viva, una fe alimentada de la caridad y ejercicio de las virtudes, una fe que os disponga á vivir y morir por Jesucristo, y que al fin os dé la entrada en la vida eterna, para que en union con santa Águeda y todos los ángeles y santos alabéis al Señor por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE SANTA ÁGUEDA VÍRGEN Y MÁRTIR ⁽¹⁾.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

LA CONFIANZA GRANDE EN DIOS HIZO QUE SANTA ÁGUEDA TRIUNFASE Y VENCIESE LOS MAYORES PELIGROS, Y QUE SE MOSTRASE ESPOSA DIGNA DE JESUCRISTO.

Qui gloriatur in Domino gloriatur.

El que se gloria en el Señor gloriase.

2^a Corint., c. 1. v. 17.

« Que nos alegremos en el Señor, devoto auditorio: que nos alegremos en el Señor celebrando regocijados con los ángeles « la fiesta de santa Águeda, » ha dicho ese ministro de Jesucristo al principiar la misa que interrumpo para excitaros á imitar las virtudes de una doncella noble, rica, hermosa, honesta y adornada de todas las prendas que hacen á una mujer admirable y digna de la memoria de los buenos. Que se llenen de gozo nuestras almas, que nuestros corazones sean inundados del torrente de delicias que se desprende de la gracia, y prorumpamos en cánticos de alegría, y general accion de gracias, es á lo que nos invita la Iglesia al recordarnos la memoria de una santa, que habiéndose gloriado en el Señor, nos señala el camino que debemos seguir para ser temporal y eternamente felices. Que seamos en fin verdaderos devotos de santa Águeda; que alabemos, ensalcemos y glorifiquemos al Dios que nos la

(1) Como por lo general acostumbran á hacer la fiesta á esta santa las mujeres en su dia, se ha compuesto este sermon teniendo presente esta circunstancia.

puestos á dar nuestra vida por él? ¿En qué consiste que creéis que Dios es el sumo bien y no le amáis? ¿que es infinitamente justo y no le teméis? que tiene preparada una felicidad eterna y no hacéis diligencias para merecerla? ¿que hay un fuego eterno é inextinguible y no teméis tan terrible castigo? ¿En qué consiste que el mismo Verbo eterno se hizo hombre por nosotros, nos dió su ley y sus sacramentos, y ni la cumplís, ni apreciáis estas fuentes de la gracia? Consiste en que vuestra fe es tibia y está muerta en vosotros, en que no la estudiáis ni meditaís, en que solo sois cristianos en la apariencia, pero sin obras de cristianos ni espíritu de cristianos; creéis que lo hacéis todo con cumplir algunas exterioridades religiosas, con venir alguna vez á la iglesia y estar en ella distraídos y disipados, con rezar algunas oraciones sin fervor y sin atención, con recibir alguna vez los sacramentos, mas bien por fuerza y por el temor del mundo que por amor á Dios. ¿Os habéis detenido seriamente alguna vez á contemplar que estáis obligados á amar á Dios mas que á todas las cosas, y que todas debéis perderlas ántes que ofenderle? De esta falta proviene el que seáis vencidos á las primeras tentaciones de vuestros enemigos, el que caigáis con frecuencia en el pecado, el que os dejéis arrastrar de los malos ejemplos, conversaciones y escritos, el que en vuestras resoluciones no miréis tanto á vuestra conciencia y á vuestro Dios, como á vuestros intereses y aumentos temporales. Si fuera tan viva vuestra fe; si meditaseis y contemplaseis sus verdades con el espíritu de santa Águeda; si estuviereis tan fuertemente arraigados en la fe del Hijo de Dios como vuestra patrona, le amaríais tambien y daríais vuestras vidas por él.

He aquí, hermanos míos, lo que debéis aprender y á lo que debéis estimularos con el poderoso ejemplo de esa gloriosa santa: ved el obsequio que debéis prestarla y las resoluciones que debéis formar entre los himnos de vuestras alabanzas. He aquí la obligacion que tenéis, puesto que vivís y profesáis la misma fe. Conocéd la causa de vuestras tibiezas, de vuestros pecados y de vuestros excesos, y rogád á vuestra santa que os alcance del Señor una fe viva, una fe alimentada de la caridad y ejercicio de las virtudes, una fe que os disponga á vivir y morir por Jesucristo, y que al fin os dé la entrada en la vida eterna, para que en union con santa Águeda y todos los ángeles y santos alabéis al Señor por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE SANTA ÁGUEDA VÍRGEN Y MÁRTIR ⁽¹⁾.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

LA CONFIANZA GRANDE EN DIOS HIZO QUE SANTA ÁGUEDA TRIUNFASE Y VENCIESE LOS MAYORES PELIGROS, Y QUE SE MOSTRASE ESPOSA DIGNA DE JESUCRISTO.

Qui gloriatur in Domino gloriatur.

El que se gloria en el Señor gloriase.

2ª Corint., c. 1. v. 17.

« Que nos alegremos en el Señor, devoto auditorio: que nos alegremos en el Señor celebrando regocijados con los ángeles « la fiesta de santa Águeda, » ha dicho ese ministro de Jesucristo al principiar la misa que interrumpo para excitaros á imitar las virtudes de una doncella noble, rica, hermosa, honesta y adornada de todas las prendas que hacen á una mujer admirable y digna de la memoria de los buenos. Que se llenen de gozo nuestras almas, que nuestros corazones sean inundados del torrente de delicias que se desprende de la gracia, y prorumpamos en cánticos de alegría, y general accion de gracias, es á lo que nos invita la Iglesia al recordarnos la memoria de una santa, que habiéndose gloriado en el Señor, nos señala el camino que debemos seguir para ser temporal y eternamente felices. Que seamos en fin verdaderos devotos de santa Águeda; que alabemos, ensalcemos y glorifiquemos al Dios que nos la

(1) Como por lo general acostumbran á hacer la fiesta á esta santa las mujeres en su dia, se ha compuesto este sermon teniendo presente esta circunstancia.

concedió en su misericordia, y que la imitemos en la confianza con que todo lo esperó del cielo, es todo lo que se propone la esposa de Jesus en la solemnidad con que celebra las virtudes, los triunfos y las victorias de la que excita nuestro entusiasmo religioso en este dia de gloria para este pueblo.

¿Seremos insensibles á excitaciones tan piadosas, á exigencias tan justas, tan análogas á nuestra devocion afectuosa, tan propias de nuestros sentimientos religiosos y tan conformes con las galas « de fiesta y demas señales de singular placer que se notan en las que concurrís hoy á este santo templo? » Será por bien? ó será por mal todo ese aparato de regocijos que se advierte entre las que hacen esta funcion á la gloriosa mártir de Catánia? Quiero decir: vuestro júbilo y alegría ¿proceden de un principio virtuoso y se dirigen á un fin santo? ó son efectos de pasiones bastardas encubiertas con las apariencias de la religion? Esto último no puede creerse de vuestra honradez, de vuestra religiosidad, de la decision laudable con que os habéis propuesto vivir bajo la egida, proteccion y amparo de santa Águeda. Sois una raza bendita, la tierra en que vivís es una tierra santificada con las grandes virtudes de vuestros padres, y no, no es de presumir que la manchéis con las obras de los malditos hijos de Canaan. Tenéis sin duda vehementes deseos de oír los elogios que merece la santa á que se dedican los presentes cultos: colocáis vuestra gloria en ser honestas, puras, santas é inmaculadas al lado de vuestra compañera santa Águeda, y mi oficio en este dia no debe ser otro que el de radicar en vuestras almas tan cristianos sentimientos, el de estimularos á la virtud y hacer que ofrezcáis al mundo una prueba de lo que puede una mujer, que instruída en los deberes de la religion, se gloria en el Señor como lo manda san Pablo. *Qui gloriatur in Domino gloriatur.* Os conduciré pues por las sendas que atravesó santa Águeda, y os demostraré que su confianza en Dios la hizo triunfar y vencer los mayores peligros, mostrándose digna esposa de Jesus. ¡Ojalá que yo logre infundir en vuestras almas deseos ardientes de imitarla, para que seáis como ella virtuosas en la tierra y eternamente felices en el cielo! para que así sea:

Inspirádme, Dios omnipotente. Dirigidme y hacéd que todo ceda en honor y gloria vuestra. Que acaben de entender los hombres que todo es fácil con vuestra gracia, que la mujer temerosa de Dios será alabada, y que con el poder de vuestra

diestra tendremos en las mujeres de este pueblo otras tantas Águedas consagradas á vuestro santo servicio. Os lo pedimos y suplicamos por medio de la que mereció que el ángel la saludase diciendo, *Ave Maria.*

Qui gloriatur in Domino gloriatur.

En el mundo todo es tentacion, todo veneno, todo escollos, todo peligros para la inocencia. ¿Hay en él cosa mas expuesta que una doncella por virtuosa que ella sea? Su mismo candor, su sencillez, su pudor, sus gracias y hasta su santidad manifiestan la existencia de una preciosa margarita que todos ambicionan, que todos quieren poseer, y que para lograrla no hay armas por prohibidas que sean, de que no se valgan los libidinosos hijos de la carne. Ruegos importunos, esperanzas halagüeñas, ofertas brillantes, sollicitaciones, amenazas, artificios y cuantos resortes pueden influir en la consecucion de sus criminales deseos, todo, todo se pone en movimiento para vencer la constancia y rendir la virtud de la que, santificada en el bautismo, sabe que su cuerpo es un vaso de honor que debe conservar á disposicion del Dios de la santidad á quien pertenece. ¿Cuántas veces acosada de enemigos interiores y exteriores, se ve precisada á pedir alas de paloma para volar y esconderse en el desierto, á fin de librarse de las peligrosas asechanzas con que el mundo, el demonio y la carne coligados se proponen atraerla al partido de la corrupcion reinante en la Sodoma del siglo? ¿Y cuántas otras cosas no tiene que sufrir la mujer virtuosa para conservar su honradez, y no ser víctima de un amor impúdico, de un cínico libidinoso, de un hombre ilusionado con los placeres, con las riquezas y con todos esos aparatos de la soberbia, de la altivez y arrogancia de los que se tienen por dioses en la tierra, porque dominan en ella como Satanas en los tabernáculos de los pecadores? Nuestro siglo comprende muy bien esta materia, y vosotras sabéis acaso mejor que yo la exposicion que corre vuestra virtud en estos tiempos de relajacion, de libertinaje y de impiedad, en que tan á sus anchuras reinan la *ambicion*, la *soberbia* y la *lujuria*, fuentes de todos los demas vicios, como lo dice el apóstol Santiago. Pero no: no temáis ni os desconsoléis; alegráos, regocijáos mas bien y gloriaos en el Señor, orque su bondad ha dispuesto que seáis en la sociedad cristia-

na lo que es la flor en el campo, el lirio en los valles y la rosa entre las espinas. Con el amor divino y la confianza en Dios se vencen todos los peligros, se consigue un triunfo completo contra los enemigos de las almas y se pone de manifiesto que es suave el yugo de Jesucristo, y muy ligera su carga. ¿No lo asegura así la sabiduría eterna, y se ve en la vida y martirio de santa Águeda?

Esta santa amando á su Dios y confiando en su misericordia, ¿no triunfó gloriosamente de todo el poder del mundo y del infierno, manifestando placer y alegría en los atroces tormentos con que intentaron rendirla y apartarla de los brazos del celestial esposo que la fortalecía? Pues todo esto es obra de la religión que profesáis: y con ella, ¿quién duda que podéis ser tan santas, puras y perfectas como deben serlo las hijas de la gracia? Imitad á santa Águeda, amad como ella amó á su celestial esposo, esperadlo todo de su bondad y clemencia, y estad seguras de que así como se liquida la cera al lado del fuego, del mismo modo se disipan y desvanecen los esfuerzos de los pecadores á la vista del amor divino y de la confianza en Dios, como se ve en la santa prodigiosa que nos reúne hoy en este santo templo.

Ella fué noble, rica, hermosa, honesta y cristiana desde su primera edad. Su inocencia nutrida con la piedad que se bebe en los manantiales de la revelación, la hacia tan agraciada, que hasta tenia embelesados á los mismos ángeles, llenos de asombro al verla crecer en virtudes, al observar que el cielo derramaba en su alma aquel aroma celestial que todo lo atrae hácia sí y hace santos á los que saben conservarlo con su buena voluntad. Sus pasos fueron rectos, su conducta angelical, su posición á los veinte años de edad la mas brillante. Los embelesos de la hermosura, los encantos del mundo, la dulce perspectiva de los placeres, las caricias de los padres, los atractivos de la vanidad, los adornos, la elegancia y otros mil motivos de complacencia que rodean á la opulencia ¿no llevan consigo una especie de magnetismo capaz de deslumbrar á las hijas de los hombres? Pero tan bello ideal, tan pomposos aparatos de grandeza, con todas las delicias de un provenir tan lisonjero para la que era tenida por la mas celebrada doncella de Sicilia ¿pudieron fijar su planta en el corazón virtuoso de santa Águeda? Ay señoras! santa Águeda desde su tierna edad celebró un pacto de

union eterna con Jesucristo, y en nada pensaba mas que en cumplirlo. Amaba con todas las veras de su alma á Jesus, y como el amor es mas fuerte que la muerte, segun la expresion de los cantares, ardia su corazón en la caridad mas acendrada, y todo en ella era pureza, virtud, santidad y perfeccion. De aquí aquellos combates, triunfos y victorias propias de los que esperan en el Señor, su convencimiento de que todo lo podia con la gracia, y sus ansias por padecer y morir por el que tantos derechos tenia para poseer su corazón. De aquí... ¿Pero de qué no es capaz una alma encendida en amor divino, y confiada en la proteccion y asistencia del que jamas abandona á los que le invocan con rectitud de corazón?

Nada importa que Quinciano, presidente de Sicilia, mande comparecer á santa Águeda á su tribunal, que enamorado de su belleza la pretenda gozar, que para seducirla y obligarla la ponga en una casa de prostitucion, ni que se inventen recursos para apartarla de su propósito de servir á Jesucristo, único objeto de su amor; porque confiada en su Dios, todo lo vence y supera. Nada importan tampoco las amenazas, el rigor, la crueldad y fiereza de los verdugos, porque escrito está « que los que « esperan en el Señor no serán confundidos. » (Ecl. 1.) Ni vale cosa el que Quinciano revestido de orgullo, de arrogancia y altivez trate de atemorizar á santa Águeda; porque esta digna esposa de Jesus, alentada por su celestial esposo, no se detendrá en decirle « no te canses, ni pierdas el tiempo, Quinciano: porque ántes perderá el sol su claridad, el fuego su calor y la nieve su blancura, que yo deje de ser toda de mi Jesus adorado. Si quieres usar de hierro contra mí, aquí está mi cuello: si quieres azotes, cadenas, fieras, ecúleos, fuego, lazos y sangre, mis carnes, mis ojos, mis manos, mi cabeza y todos mis miembros están dispuestos y preparados para sufrir hasta los tormentos del infierno, ántes que dejar de vivir y morir cristiana y virgen. Atormenta pues: quema, ata, aprieta, desuella, quebranta, hiere, arranca, ahoga, descoyunta y mata mi cuerpo, que cuanto mas cruel seas conmigo mas favorecida seré por el verdadero Dios en quien confío.» Á un alma como esta ¿quién es capaz de vencerla? Nadie, dice san Pablo, porque Dios está con ella, y Dios no puede ser vencido. Que Quinciano mande cortar los pechos á santa Águeda y la atormente con la mayor crueldad, que mande sembrar el suelo de carbones encendidos

y pedazos de vidrios y tejas para que, revolcada la santa desnuda, fuese abrasada y lastimada; que la azoten y reduzcan á un estado mas lastimoso que el que ofreció el santo Job en su asqueroso muladar... nada de esto servirá mas que de hacer manifiesta la bondad del Dios que es admirable en sus santos. El apóstol san Pedro acompañado del discípulo amado bajó del cielo á la cárcel en que padecía santa Águeda, para restituirla sus pechos y dejarla buena, sana y robustecida. Un grandísimo terremoto pone en consternacion á Catania; mueren dos amigos y consejeros de Quinciano; se amotina el pueblo creyendo que el cielo le castiga por el rigor con que era tratada santa Águeda; la vida del cruel presidente pelagra, y todo anuncia que el cielo y el infierno, el vicio y la virtud, la fe y la idolatría, la religion y la impiedad están interesados en la pelea de Quinciano con santa Águeda, y que de esta es el triunfo y la victoria.

En efecto, el cruel presidente vacila, se estremece y se confunde al verse vencido por una jóven doncella defendida por Jesus, cuando santa Águeda en la cárcel se dirige á su amado en estos términos: « Dios eterno, que me has fortalecido con tu gracia para seguir los caminos de la virtud y vencer con ella tantos tormentos, abre los brazos de tu piedad y recibe mi espíritu que anhela por vivir eternamente con vos en el cielo. » Con esta oracion fervorosa acabó la vida de santa Águeda, dejándonos los mas poderosos ejemplos para amar á Dios y confiar en sus misericordias infinitas: para desear padecer, sufrir y morir por Jesucristo: para hacer frente á los enemigos de nuestras almas, y para que nos propongamos por tema de nuestra conducta las notables palabras con que el Apóstol dice á todos los fieles « el que se gloríe, gloríese en el Señor. » *Qui gloriatur in Domino gloriatur.*

Qué os parece, señoras respetables? ¿Qué decís de nuestra abogada santa Águeda? Si la imitáis en su fe, en su esperanza y en su caridad, ¿podrán competir las fuerzas del mundo, del demonio y de la carne con las de la virtud sostenida por el Dios de la pureza? Si la malicia de los hombres es ingeniosa y las pasiones poderosas en sus exigencias, ¿no es cierto que para la gracia no hay imposible, y que con ella siempre vencen los que confían en el Señor? Entregad á Jesus vuestras almas, vuestros cuerpos, vuestras potencias y sentidos, y él os cuidará como á las niñas de sus ojos: os dará valor y fuerzas para pelear y ven-

cer, y nadie será capaz de manchar vuestra pureza, de ofender vuestra honradez, de atentar contra vuestra virtud, ni de haceros caer en el pecado. No apartéis vuestra consideracion de la vida y muerte de santa Águeda: observad en ellas que no puede ser confundido el que espera en el Señor, que siempre se triunfa con la gracia, y que los enemigos de nuestras almas perecen á los filos de la fe, de la esperanza, y de la caridad de los que se glorían en el Dios que adoramos en aquel augusto tabernáculo del altar. El cruel Quinciano despues de la muerte de santa Águeda resolvió hacer un viaje á Palermo, para apoderarse de sus bienes y riquezas; pero en el camino le estropearon los caballos, le arrojaron en un rio y en él quedó sepultado. Ved aquí la suerte de los lascivos, de los ambiciosos, de los que persiguen la virtud, y de los que no piensan mas que en los placeres y deleites de la carne, sin miramiento á los deberes que nos impone nuestra santa y adorable religion. Santa Águeda despues de muerta mereció que el mismo Jesucristo en forma de un hermosísimo mancebo ricamente vestido, acompañado de cien ángeles, bajase del cielo á poner sobre su sepulcro una losa de mármol con una inscripcion en que se lee su elogio, en que se la alaba por su muerte santa y por el encendido afecto con que se ofreció á su Dios, y en que consta su santidad. Dios hizo que los mismos paganos fuesen al sepulcro de esta santa á suplicarle que los librase de los horrores de un incendio, que por la mediacion de esta gloriosa vírgen consiguiesen lo que deseaban y pedian, y que quedase consignado que santa Águeda tiene un gran poder en el cielo por haberse gloriado en su Dios mientras vivió en la tierra.

Esta es la suerte de los que aman á Dios y confían en su piedad y misericordia. Ella seguramente es la mas feliz y venturosa, y yo os la deseo, para que con toda propiedad seáis llamadas las Águedas de este pueblo, y para que celebréis este día con el júbilo y alegría que perciben los justos en la tierra y los ángeles en el cielo al oír las obras de una esposa del Cordero, vírgen que vivió inocente, murió santa y fué llamada á reinar eternamente con su amado en la gloria, que á todos deseo. Amen.



SERMON
DE SAN AGUSTIN.

(DE BENCOMO.)

Vos estis sal terræ...: vos estis lux mundi.

Vosotros sois la sal de la tierra : vosotros sois la luz del mundo.

S. Mateo, c. 5. v. 13 y 14.

Si Dios cubriera de repente la tierra, mis hermanos, de aquellas espesas tinieblas que la cubrían al principio, ántes que fuese criada la luz, cuando, segun se explica la santa Escritura, toda ella no era mas que la superficie de un abismo (1); ó si derramara por otro Moises aquella oscuridad espantosa, que derramó sobre Faraon y sus vasallos, cuando, segun leemos en el Éxodo, por tres dias enteros ninguno se atrevió á moverse del mismo lugar, temiendo dar en rostro á su vecino, ó que su vecino le diese en rostro (2); ó en fin si el Señor recogiera otra vez los rayos del sol y de todos los astros, como los recogió desde la hora de sexta hasta la hora de nona, en el dia de su muerte, cuando se dice que el grande Areopagita exclamó de esta suerte: ó el Criador de la naturaleza padece, ó la máquina del universo se destruye; si por consiguiente todas las cosas, privadas para nosotros de su natural hermosura, no fueran mas que una embarazosa confusion; los prados mas amenos unas malezas intrasitables; los salones mas bien muebles unos verdaderos calabozos; los adornos mas primorosos del arte unos trabajos inútiles, y las gradas mas bien dispuestas otros tantos escalones para caer en precipicios: entónces conoceríamos el precio inestimable de este don perfecto, que nos viene cada dia del Padre de las luces.

(1) *Genes. c. 1. v. 2.* (2) *Exod. c. 10. v. 23.*

Y si por desgracia nuestra nos faltase igualmente la sal; si nada hubiese subsistente, si no tuviéramos mas que unas yerbas sin virtud, unos frutos sin gusto, unos animales sin sustancia; y sobre todo, si ese mar que nos sustenta, que nos conduce á otro mundo, y que nos enriquece, no fuera mas que un inmenso depósito de corrupcion, que apestase los peces, las naves y los puertos, que nos diese la muerte en cuanto comiéramos, bebiéramos y oliéramos, sin tener mas que unos alimentos tan indigestos, unas bebidas tan insulsas y unos olores tan mortíferos, que consumieran en un solo dia á todo viviente: este mundo, señores, no seria ciertamente para vivir, sino mas bien para morir: pues tal seria el nuestro sin sal y sin luz.

Ahora, pasando del sentido literal al espiritual, conoceremos fácilmente lo que seríamos sin estos hombres luminosos, que derribaron la idolatría, que confundieron la astucia de los falsos sacerdotes; que hicieron enmudecer todos los oráculos con que el demonio engañaba á los mortales; que plantaron el Evangelio, que reformaron las acciones del género humano, que renovaron la faz de la tierra: conoceríamos, repito, lo que seríamos sin estas almas vivificas, que con su mismo ejemplo enseñaron la fortaleza á los mártires, la penitencia á los confesores, la pureza á las vírgenes; en fin, que desterraron la corrupcion del vicio, y establecieron la salubridad de la virtud: *vos estis sal terræ.* Paréceme que oigo al Salvador, diciendo á sus discípulos: el mundo sería un verdadero caos, si yo no enviara sobre vosotros mi divino Espíritu, que os inspire los conocimientos mas altos, que os enseñe los idiomas mas difíciles, y que os descubra los misterios mas ocultos (1). Guardáos de ocultar estas luces bajo el celemin de una culpable ociosidad, porque sois unas antorchas, cuya claridad es debida á todo el universo: *vos estis lux mundi.* Sois tambien su verdadera sal; y si vuestra sal les falta, ¿qué serán todos los hombres, sino miembros podridos, destinados á ser arrojados á los piés de los demonios, como en los dias del diluvio, cuando toda carne habia corrompido sus caminos, ó como los habitantes de Sodomá, donde no se hallaron ni diez justos, por quienes Dios los hubiera perdonado: cerrádes esa puerta ancha y espaciosa, por donde se precipitan al abismo, y abridles el camino estrecho de

(1) *Joan. c. 14. v. 26.*

la perfeccion : entrád vosotros los primeros, guiáddlos, purificáddlos, santificáddlos con vuestra misma santidad : *vos estis sal terræ.*

Así habló Cristo á los apóstoles, y así habla á todos los hombres apostólicos, que ha suscitado, suscita y suscitará en toda la serie de los siglos. Pero entre esta gloriosa multitud con que el Señor favorece continuamente á su Iglesia, ¿no distinguís fácilmente al que nosotros venimos á celebrar? Sí; yo os digo, como se dijo del grande sacerdote Onías, respecto de los demas justos de su tiempo, que él es en medio de ellos como la estrella de la mañana rodeada de una espesa niebla; como la luna en su plenitud comparada con sus otras revoluciones; como el sol á la mitad de su carrera, cuyo esplendor oscurece todos los astros; como el arco-iris despues de una tempestad; como la rosa nacida en la frescura del invierno; como el incienso que se exhala en los días del verano; como las azucenas plantadas junto á la corriente de los rios; como el pimpollo de la oliva, del cipres, ó del cedro plantado sobre el monte Líbano, que se aventaja á todos los árboles; como un vaso de oro labrado á golpes de martillo, y adornado con todo género de piedras preciosas : que la tribu de Levi, la familia toda de los sacerdotes, es al lado de este grande hombre como unos ramos de palma arrojados al pié de una encina, cuya altitud se pierde sobre las mismas nubes (1).

Así yo no sé ciertamente cómo nombrarle : no puedo llamarle ni héroe, ni santo, ni Doctor, ni Padre, porque él ha excedido con mucho la significacion de todos estos nombres, y no hay uno adecuado para representarnos este prodigio singular de la naturaleza, este asombro de la misma gracia, este don inestimable de la gloria. Pero en la necesidad de nombrarle de algun modo, yo tendré que llamarle Agustino, quiere decir, el mas Augusto, el mas glorioso, el mas grande de todos los hombres; un hombre que es la luz de los Doctores, como los Doctores son la luz del mundo, él los ha ilustrado con su sabiduría : *vos estis lux mundi* : un hombre que es la sal de los Padres, como los Padres son la sal de la tierra, él los ha edificado con su santidad : *vos estis sal terræ.* La sabiduría y la santidad de san Agustín; ved aquí en dos palabras lo que va á ocupar toda vues-

(1) *Ecclesi. c. 50.*

tra atencion. Para que sea con el fruto correspondiente, imploremos la gracia del Espíritu santo por intercesion de la santísima Virgen, diciéndole devotamente : *Dios te salve, Maria, etc.*

PRIMERA PARTE.

Cuando yo doy, mis hermanos, una ojeada sobre las tristes revoluciones de la Iglesia en el siglo de san Agustín, se me representa la tierra tal como la describe Moises en el principio, vacía de todos estos seres que la ocupan, abierta esa inmensa profundidad que llenan hoy las aguas del mar, y cubierta de una oscuridad espantosa. Tal sin duda parecia la Iglesia : Diocleciano y Maximiano empezaron con el siglo su espantosa persecucion, y estos dos emperadores, estos monstruos de crueldad, hubieran extinguido al cristianismo, si el cristianismo pudiera extinguirse. Es verdad que respiró un poco con la paz que le ofreció el imperio del gran Constantino; pero esta fué una paz, dice el santo que celebramos, mucho mas funesta que la misma persecucion, porque entónces salieron del fondo del abismo aquellas infernales langostas de que habla el Apocalipsis, las herejías, que oscurecieron el esplendor y la hermosura de la Amada del Señor. « Qué multitud ! los donatistas, los melicianos, los antioquenistas, los luciferianos, los arrianos, los apolinaristas, los maniqueos, los priscilianistas, los audianos, los anticomarianitas, los coliridianos, los pelagianos, los semipelagianos, los predestinadores, los nestorianos, los eutiquianos, los elvidianos, los jovinianos, los vigilancios; todos estos monstruos despedazaron casi al mismo tiempo la túnica inconsútil de la Esposa, y la hirieron de tal suerte, que ella pudo decir muy bien con un Profeta (1) : esta paz me ha llenado de inmensa amargura.

Tal era el estado de las cosas en el siglo cuarto : ved si podemos decir como Moises del principio del mundo, que las tinieblas del abismo habian cubierto la superficie de la tierra. Pero alabemos aquí la infinita bondad del Señor, que como dice un profeta, del seno mismo de las tinieblas produce la luz : él observa con su Iglesia el mismo sistema, con que en otro tiempo habia iluminado al universo, porque en medio de este

(1) *Isai. c. 38. v. 17.*

cáos espantoso crió á Agustino, capaz de ilustrar con su sabiduría toda la redondez de la tierra : esto es lo que la Escritura llama decir Dios que se haga la luz, ejecutarse, y ver que la luz era buena (1). Envuelto este hombre incomparable en los engaños del siglo, Dios le saca milagrosamente de ellos, y le conduce al cristianismo, para distinguir la verdad del error : así dividió la luz de las tinieblas, llamó á la luz día, y á las tinieblas noche (2). Finalmente él le establece el Padre y el Doctor de su Iglesia, para defenderla de los herejes y librarla de las herejías : esto fué poner al sol en el firmamento para presidir al día, y señalar las estaciones y los años (3). Ved aquí los tres grados que señala Moises en el sistema de la luz, y que nosotros vamos á observar en este astro misterioso, que es la luz del mundo : *vos estis lux mundi*.

Cuando el Redentor parece dormido en la barquilla agitada de la tempestad, sus ojos duermen, es verdad, pero su corazón vela, para manifestarnos su poder sobre los mares y los vientos. Cuando permite que su amigo Lázaro muera, y se corrompa, no es, dice la Escritura, porque quiera su muerte, sino para que el Hijo del hombre sea glorificado. A este modo cuando consiente que en su Iglesia se susciten herejías, que san Pablo ha creído por eso convenientes, es porque tiene previsto al destruidor. Esta infernal cizaña, como habéis visto, crecía mas que nunca en los días de san Agustín. Dios la veía crecer, y destinaba para arrancarla á un hombre tan extraordinario, que no tiene ejemplo en toda la serie de los siglos : este era el hijo de Mónica. Él había logrado por suerte como Salomon una alma buena : así se puede decir de él lo que la Escritura dice de aquel sabio, que no ha habido espíritu igual al suyo. En efecto el mundo no ha producido hasta aquí, y quizá ni habrá de producir jamas otro san Agustín.

El que suscita de las piedras los hijos de Abraham, había suscitado de aquella santa mujer á este Padre de los creyentes, fruto digno de un árbol, cuya constitucion siendo tan excelente, no podia ménos de producir un excelente fruto, segun nos advierte el Salvador. Desde que nació, parecia mostrar como Moises en su semblante su augusto destino, porque el centelleo y la viveza de sus ojos daba á conocer que allí se fa-

(1) *Genes. c. 1. v. 3 et 4.* (2) *Ibid. v. 5 et 9.* (3) *Ibid. v. 16.*

bricaban los rayos y las tempestades, con que habia de confundir á los herejes. En un cuerpo tan pequeño se encerraba una alma mayor que el universo, de modo que sus parientes tenian que preguntarse unos á otros, como los del Bautista : ¿quién pensáis que habrá de ser este infante? porque desde sus primeros años apareció como un prodigio en la naturaleza por la hermosura de su raro genio. Su razon anticipada obligaba á decir de él lo que el santo decia de su hijo : *horrori erat illud ingenium*, horrorizaba la grandeza de su espíritu. Así no tuvo necesidad de ir á buscar las ciencias y las artes : las ciencias y las artes vinieron á buscarle, á exponer delante de él sus defectos, y á recibir sus reglas : él las perfeccionaba, y él hubiera sido su inventor, si hubiera nacido en los primeros siglos del mundo.

De este modo fué maestro en una edad, en que los demas no han podido llegar á ser discípulos ; y parece increíble que un hombre tan jóven enseñase tantas cosas con tanto suceso, que fuese en Roma misma el pasmo y la admiracion de los hombres. Gramático perfecto, poseía el importante don de hablar á cada uno en su propio idioma : filósofo profundo, disputaba de todas las plantas desde el humilde hisopo hasta el cedro del Líbano : retórico consumado, sabia el difícil arte de encantar los oídos, convencer el espíritu y dominar el corazón : todo era, y todo lo enseñaba en la capital del universo : era la casa que la sabiduría edificaba para sí, el Salomon de la ley de gracia, el astro destinado á iluminar todas las naciones. Dios mismo, despues de haberle criado tan conforme á sus inefables designios, le miraba con aquella especie de complacencia, con que miró á la luz en el principio, viendo que la luz era buena. Pero esto, como nos advierte la misma Escritura, no era mas que el primer día de la creacion (1) ; era una mañana mezclada con la tarde, un crepúsculo rodeado todavía de las opacas sombras de la noche, un talento incomparable envuelto en la oscuridad del error. Era preciso dividir la luz de las tinieblas, levantar un muro eterno entre el día y la noche ; que es el segundo grado en el orden de la iluminacion.

No nos admiremos, mis hermanos, si un espíritu tan grande como el de Agustino fué en algun tiempo partidario de la mentira : la verdad es un rayo de Dios, que envía gratuitamente

(1) *Gen. c. 1. v. 5.*

de sí mismo : así sin él la ciencia mas sublime, segun el pensamiento de Salomon, no es mas que ocupacion pésima del hombre, vanidad y afliccion de espíritu, porque en vano las cosas naturales hieren nuestros sentidos, dice el santo que celebramos, si Dios no habla al interior. Seremos como Faraon, que veía los prodigios, pero jamas vió la mano del Señor : nuestro entendimiento por sí solo no es mas que un ciego que guia á otro ciego, para precipitarnos en el hoyo. Tal fué el de Agustino : él creyó hallar la verdad en los agudos razonamientos de los filósofos, ó bajo el estilo agradable de los oradores ; los primeros le hicieron aborrecer las divinas oscuridades de la Fe ; los segundos despreciar la simplicidad de las santas Escrituras. Bien podía decir con Job : yo buscaba la luz, y no encontré sino tinieblas. Vedle aquí ya apartado de la verdad, inclinado al error : qué caídas no se se le preparan !

Como una gran piedra desprendida de una montaña va cayendo sin parar hasta lo mas profundo del valle, si no halla una fuerza superior que la detenga, así Agustino fué cayendo de error en error, de ceguedad en ceguedad, de secta en secta, hasta que le detuvo la mano de Dios. Maniqueo, pirroniano, epicurista, ya creía que habia dos principios eternos, uno del bien y otro del mal ; dos divinidades que se combaten sin destruirse ; dos almas en el hombre, una para la justicia, otra para el pecado ; por consiguiente no hay mérito de parte nuestra, ni gracia de parte de Dios : triunfará el que triunfare, por una fatal necesidad. Otras veces creía que todo es incierto, hasta nuestra propia existencia. Otras en fin, que nuestro dios es el deleite, y que la satisfaccion de las pasiones es su único sacrificio, porque todos somos como un jumento, para el cual todo acaba con la vida, porque no hay eternidad. Esta era sucesivamente la fe de Agustino : un abismo llamaba á otro abismo : él propio, vacilante en medio de tantos errores, no sabia á cuál pertenecer. En una sola cosa se mantuvo firme, que era en combatir á Jesucristo. ¡ Cuántas veces se presentó este insolente filisteo pidiendo contienda particular á los cristianos, y estos tímidos israelitas no tuvieron otro David que oponerle, sino algun ignorante, que le dió lugar á ensoberbecerse mas con sus victorias ! Mónica afligida le miraba, tal como la madre de Moises, en la necesidad de ver á su tierno hijo, abandonado á la voluntad de las olas.

Pero estas mismas dudas debian producirle la verdad. Él empezó á desconfiar de su razon, de la razon humana, que no habia podido, como no puede, enseñarle la verdadera Religion. Admirables principios ! Entónces unos reflejos, parecidos á los rayos del alba, empezaron á iluminar su espíritu, penetrando la venda fatal que le cegaba. El cielo perfeccionó luego estos rayos, para formar el dia en que san Agustino abjuró públicamente sus errores, obedeciendo una voz que le intimó estas palabras del Apóstol : *Arrojemos léjos de nosotros las obras de tinieblas, para vestirnos las armas de la luz* (1). Él lo ejecuta así : se despoja del hombre viejo y caduco, que le habia producido el engaño, y se reviste de Jesucristo el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Despues de esto es otro enteramente ; porque no es ya aquel Agustino ciego, pertinaz, que blasfemaba al Santo de Israel ; es un Agustino dócil, convertido é iluminado, que como el Bautista, va á dar testimonio de la luz en presencia de las naciones. Ved aquí la providencia admirable con que Dios dividió la luz de las tinieblas : á las tinieblas, á Agustino hereje, llamó noche, noche de ceguedad y de pecado, que fué despues para nuestro santo el motivo de tantas lágrimas ; y que él, como Job la de su nacimiento, hubiera querido borrar de la serie de los tiempos. Pero á la luz, á Agustino cristiano, llamó dia, dia del cual podemos decir con un profeta, que lo hizo verdaderamente el Señor, dia de júbilo y de alegría en los anales de la Iglesia. Este fué el segundo dia en el sistema de la iluminacion.

Faltaba aún recoger estos rayos esparcidos y principiantes, fijarlos, consolidarlos, reducirlos á un solo cuerpo, á un lumínar mayor, que fuese colocado en el firmamento para presidir á este bello dia. En efecto apénas fué numerado entre los fieles, él se dió prisa á iluminar la Iglesia, como si hubiera puesto su tabernáculo en el sol, cuando tan brillante como un esposo que sale de su tálamo, empieza á pasos de gigante su carrera (2). Él se eleva á contemplar desde un extremo al otro de los cielos para recoger los rayos que va á derramar sobre los mortales, sin que ninguno pueda escaparse de su claridad. Allí, lleno de aquel esplendor eterno, penetró la profundidad de los mayores rios, dice el angélico Maestro, aplicándole estas palabras de

(1) *Rom. c. 13. v. 12.* (2) *Psalm. 18. v. 6.*

la Escritura : *profunda fluviorum scrutatus est*, esto es, los grandes misterios de la Religion, la indivisibilidad de la divina Esencia, y la Trinidad de las personas, la encarnacion del Verbo, la santidad del cristianismo, la divinidad de las Escrituras, la pureza de su moral, la autoridad del sacerdocio, la unidad de la Iglesia, la extincion del pecado, la necesidad de la gracia, la verdad de la vida eterna, todo lo medita, y todo lo penetra.

Lleno de tan altos conocimientos, no queda error que no combatia, no queda dogma que no establezca, no queda verdad que no escriba. Perdonádme, mis hermanos, si yo confundiere todas estas ideas, y os le representare predicando, escribiendo y disputando al mismo tiempo : su presencia pareceria multiplicarse de todos modos contra todas las herejias. Empecemos por el maniqueismo, que le habia inficionado desde su juventud : él se criaba en esta secta, como Moises en la corte de Faraon, para oprimirla algun dia con todas las plagas de Egipto : se instruía en su sabiduría, se imbuía de sus principios, les robaba, digámoslo así, sus tesoros, para ofrecerlos despues al verdadero Dios. ¡ Con qué suceso no defendió los derechos de nuestra libertad contra ellos ! Él escribió entónces aquel libro famoso *De moribus manichæorum*, donde descubre los errores de su doctrina y los misterios de su iniquidad : así humilló aquellas tres cabezas, sobre quienes estribaba el partido : ved aquí cómo acabó la célebre secta de Manes.

La bestia, ya herida de muerte, pero resucitada, de que habla el Apocalipsis, el arrianismo arruinado por Constantino, y restablecido por Constancio, hijo impío de un padre tan piadoso, recibió tambien de Agustino los últimos golpes. ¡ Con qué solidez no sostuvo la generacion eterna del Verbo, y su consustancialidad con el Padre ! Al oírle, se dijo que él habia sido como san Pablo arrebatado al tercer cielo, donde vió aquellos arcanos de Dios, que no es lícito hablar al hombre. Él explica con tanta claridad el Evangelio de san Juan, que, ó hace callar á los herejes, ó los llega á ver convertidos. Ved aquí el fin de una secta, de cuya extension hablaba el P. san Gerónimo, cuando dijo, que el mundo entero estaba admirado de haberse visto arriano.

Una victoria mas completa le estaba reservada contra los donatistas. Estos malos cristianos empezaron por un cisma, y acabaron por una herejia : ved aquí el fin ordinario de los que as-

piran á los grandes empleos, y no saben humillarse á la divina Providencia, que se los rehusa. Los malcontentos con la provision del obispado de Cartago en la persona de Ceciliano, resolvieron perseguir á este y á los suyos por toda suerte de medios. Defendian que la Iglesia solo se componia de los predeterminados; que estos no se hallaban sino en un pequeño recinto del África, porque lo demas del mundo era réprobo, como defensor del partido de Ceciliano. ¡ Y qué horrores no cometen unos hombres tan furiosos, que dan la muerte á cuantos se les oponen, y tan desesperados que no temen perder su vida ! Todo lo queman, todo lo destruyen, llamándose circunceliones, ó matadores de los cecilianos. Solo la sabiduría de san Agustín era capaz de remediar tan grandes males.

En efecto él pudo obligarlos á aceptar una disputa general y decisiva, en que el partido vencedor dispusiese á su arbitrio del vencido. Jamas se vió disputa mas célebre, en que trescientos obispos católicos con otros tantos obispos donatistas se juntaron á decidir, cuál era el pueblo del Señor. No os figuréis aquí una de esas asambleas tumultuosas, en que todos gritan, para no entenderse : es una asamblea propuesta y presidida por san Agustín, donde la gracia de Dios es el principio, la caridad de Dios es el medio, la verdad de Dios es el fin. El acto se empieza, y se continúa con ardor. O mi Dios ! ¿ vencerá Israel, ó triunfará Amalec ? ¿ Vuestra Iglesia será reputada por una secta, ó una secta será reputada por vuestra Iglesia ? Si Agustino disputa, si sus manos están elevadas, no tenemos que temer contra la Fe : de él se dirá lo mismo que de Ismael, que pondrá su silla en medio de todos sus hermanos ; porque á la verdad él se atrajo á sí solo toda la disputa, y tuvo la gloria de ser el sabio intérprete de los unos, y el poderoso vencedor de los otros.

Esta gloria sola bastaria para hacer inmortal su nombre, si una nueva herejia no le hubiera obligado á emprender nuevos combates, y á lograr nuevos triunfos. Salió de las riberas del mar de Inglaterra una infernal serpiente (este es el nombre que san Próspero ha dado á Pelagio) con su larga cola, su gran reputacion, y una astucia semejante á la de la serpiente del Paraíso, se atrajo una gran multitud. Enseñaba que la naturaleza por sí sola era capaz de llegar al mas alto grado de la perfeccion : por consiguiente no ha habido pecado original que nos debilita, ni gracia de Jesucristo que nos fortalezca. Este error, aun-

que tan monstruo, sostenido por un hombre de reputacion y de costumbres, hizo temblar á la Iglesia: por todas partes se celebran Concilios, y san Agustín es el alma de ellos, predica, disputa, escribe, recurre á Roma: establece el poder de la gracia para fortificar al libre albedrío, y el poder del libre albedrío para obedecer ó resistir á la gracia; en fin, descubre los abismos que ha puesto Dios en sus tesoros; y aunque sufre por un tiempo las asechanzas de la infeliz serpiente, tiene por fin la gloria de ver hollada y quebrantada su cabeza. Si esta hidra se disfraza de nuevo por los semipelagianos, inventores de un sistema medio, él no admite concordia entre la verdad y el error: siempre invencible contra los herejes, y mas invencible contra los gentiles.

Aquí es donde Agustino hizo ver mas claramente su indecible erudicion. Porque los supersticiosos habian hecho creer que la visible decadencia del Imperio romano, que en tiempo de Augusto pudo mandar por un edicto que se matriculase todo el orbe, provenia de haber destruído los ídolos, y haber tolerado á los cristianos. ¿Qué pensáis vosotros seria menester para desimpresionar de este error, sostenido con todas las fuerzas del monarca, al pueblo siempre tenaz en todo lo que huele á supersticion? Esta obra pedía sin duda las luces de san Agustín; esto es, un conocimiento universal de la historia, para hacer ver todos los males, que habia sufrido la república, cuando se entregaba mas al culto de sus dioses; una crítica fina, para separar la sustancia de los hechos, de las circunstancias fabulosas; una piedad sólida, para llevar hasta Dios, como primer principio, la verdadera causa de las revoluciones de los imperios; una inteligencia completa de la Fe, para hacer ver al cristianismo solo digno de aplacar al Señor, irritado contra unos crímenes autorizados por sus divinidades: ved aquí el analisis de sus pasmosos libros *De la ciudad de Dios*. Despues de eso no nos admiramos si el emperador apóstata, viéndose pronto á morir, sin que hubiese prevalecido su error, tomaba sangre de su herida, y la arrojaba contra el cielo, diciendo: *vicisti Galilee*, triunfaste Galileo. Sí, Jesucristo triunfó, y san Agustín fué el ministro de su triunfo.

Yo, mis hermanos, me he detenido demasiado en la relacion de sus victorias, y me resta inmenso espacio que correr, porque no os he hablado aún de sus infatigables tareas contra tan-

tos otros herejes de su tiempo, contra Nestorio, contra Joviano, contra los judíos, contra Vigilancio, contra Eutiques, contra Timoteo, contra Prisciliano, contra Origenes. Este místico sol elevado una vez sobre nuestro hemisferio, y semejante al sol material en tiempo de Josué, jamas se inclinaba al ocaso, sino siempre tan fijo contra Gabaon, que parecia que Dios mismo obedecia la voz de este incomparable hombre (1): era preciso un dia tan largo como el de aquel tiempo, para hacer exacto su elogio. Así no esperéis que yo prosiga refiriendoos sus disputas y sus escritos: es un arte muy difícil saber solamente el número y título de sus obras: leerlas una sola vez es la ocupacion de una larga vida. No hay Padre, de quien nos hayan quedado tantos libros: él solo es la coleccion de todos los Padres, y ha hecho Padres á los que han llegado á ser sus perfectos discípulos: sus volúmenes son la Biblioteca de la Iglesia, que los mira como sus inagotables tesoros, y se ha formado la ley de copiar sus propias palabras en los decretos de los Concilios. Todos van á buscar en él, como maestro universal, la verdad del dogma, la pureza de la moral, la variedad de la disciplina, semejante al sol que colocado una vez en el firmamento, no ha cesado ni cesará jamas de girar sobre nosotros, para iluminarnos por espacio de tantos siglos, como si tantos siglos no fuesen mas que un solo dia. Digámosle como el Redentor á los Apóstoles: *vos estis lux mundi*: grande santo, vuestro espíritu es la luz del mundo, vos habeis disipado sus tinieblas con vuestra sabiduría. Pero esto no es mas que la mitad de vuestra gloria: vuestro corazon es la sal de la tierra, vos la habeis edificado con vuestra santidad: *vos estis sal terre*.

SEGUNDA PARTE.

En verdad ¿qué hubiera sido toda la sabiduría de san Agustín, si no estuviera acompañada de la perfeccion? Un sabio sin virtud es un cuerpo sin alma, que tiene la figura de un hombre, pero sin movimiento; es la imágen del que se mira en un espejo, que imita todos sus lineamentos, pero sin solidez; es la estatua de un héroe, de cuya boca salen bellos preceptos, pero sin alguna ejecucion. Por eso Cristo, que venia á dar el

(1) *Jos. c. 10. v. 14.*

reino de los cielos, no á los que dijese: Señor, Señor, sino á los que hiciesen la voluntad del Padre celestial, encarga á sus discípulos en el presente Evangelio, que se hagan grandes, ejecutando al mismo tiempo que instruyendo (1). Tal fué san Agustín: él habia brillado en el templo como el fuego de Nehemías; pero este fuego por su propia eficacia llegó á consolidarse, á petrificarse, á reducirse á sal, no á sal de estatua, tan inútil como la mujer de Lot, sino á sal de la tierra activa, vigorosa, modelo de toda santidad: *vos estis sal terræ*.

Para observarlo yo, no os representaré á Agustín tal como fué en su juventud, vano, soberbio, disoluto, entregado á todo género de iniquidad, insensible á los consejos de sus amigos, á la predicación de san Ambrosio, á las exhortaciones de su madre; ó luchando consigo mismo para romper sus infames cadenas, ó en fin, como se explica el santo Job, volviendo muchas veces como el perro á su mismo vómito: baste decir, que su corazón padeció los mismos desarreglos que su espíritu; pero que logró por último el mismo desengaño. Eficaces lágrimas de Mónica, ¿qué parte no tuvisteis en su conversión? Vosotras resucitasteis á un muerto, como las de la viuda de Naín, ó por mejor decir, á un cadáver que ya hedía, como las de Marta y Magdalena.

El ángel que derribó á Saulo de su caballo, dió un día á Agustín otro golpe con el mismo ímpetu, y con una voz perceptible le dijo: toma y lee: *tolle, lege*. Hablaba de un libro, en que la Providencia por el ministerio de san Pablo, le habia escrito su propio juicio. Leamos con él, mis hermanos, quizá no tenemos ménos necesidad de que Dios nos dirija las mismas palabras. No es en el desarreglo de comida y bebida, ni en los deleites de la carne en lo que debe ocuparse un cristiano: él debe vivir de la vida y de la gracia de Jesucristo. Desde este momento ¡qué mudanza! Parece que el espíritu de Pablo ha pasado de repente á Agustín: el Doctor sigue en todo al Apóstol, y el que habia sido fiel imitador de sus vicios, empieza á serlo de sus virtudes. Desde ahora vamos á contemplarle, sin perder de vista las cualidades principales de esta sal misteriosa que nos presenta el Evangelio. Liquidarse, recobrar su figura, conservar los cuerpos, ved aquí unos símbolos propios para re-

(1) *Matth. c. 5. v. 19.*

presentarnos su penitencia, su piedad, su caridad. Paréceme que comprenderéis bien la santidad ejemplar de Agustín en todos estados, si le considerais el cristiano mas penitente, el sacerdote mas fervoroso, el obispo mas caritativo.

Deshacerse en los líquidos, ved aquí la primera cualidad de la sal, que nos representa la penitencia de san Agustín, esto es, la mortificación de sus sentidos, la aflicción de su corazón, la humildad de su espíritu.

¡Cómo pudiera yo representárosle despues de esta mudanza, que produjo en él la soberana diestra del Excelso, retirado como Abrahán de su casa y de sus parientes, y conducido, como el Redentor, por un impulso de su espíritu al desierto, para prepararse por espacio de diez meses al sagrado bautismo! Allí le veríais crucificar su carne con sus concupiscencias, como el Apóstol: castigar su cuerpo, y reducirlo á servidumbre, hasta llevar en él las llagas de nuestro Señor Jesucristo: reclinar en la dura tierra unos miembros acostumbrados á dormir en el seno de las delicias: no tomar por sustento sino lo que no podia negarse sin pecado: hacer como Job un pacto con sus ojos, de no fijarse jamas sobre las vírgenes: prohibirse hasta la divina armonía de los Salmos, solo porque recreaba algun poco sus oídos; en fin ser un enemigo irreconciliable de todo lo que no era el sacrificio de sus sentidos.

De su corazón hacia igual víctima. ¡Qué dolor no le atravesaba sin cesar por su vida pasada! Él recorria continuamente, como David, todos sus años con la amargura de su alma, pidiendo al Señor que olvidase las ignorancias y los delitos de su juventud. Abrid el libro de sus *Confesiones*, y veréis que sus palabras son otros tantos torrentes de lágrimas con que él procuraba lavarlos. ¡Qué léjos estaba Agustín de ese pudor sacrilego, tan frecuente en el tribunal de la penitencia, que hace callar ó disimular los pecados! Él, bien léjos de disimularlos ó de callarlos, procuró escribir hasta sus iniquidades mas ocultas, hasta sus mas lijeros defectos, y halló en su pluma siempre elocuente, el medio para inmortalizar su iniquidad, y exponerla á la confusión de todo el universo: penitencia de que no hay ejemplo en todos los fastos de la Iglesia,

Su espíritu no era ménos penitente, porque no habia sido ménos criminal; la soberbia de la vida habia sido el principio de su corrupción; la humildad cristiana es el funda-

mento de su virtud. ¡Qué concepto tan vil se habia formado de sí mismo! Yo soy un vil gusano de la tierra, mas bien que un hombre, decia con un profeta: toda mi sustancia no es sino nada delante de vos. ¡Qué prodigio era ver al hombre mas sabio, creerse el mas expuesto al error! Ya sabéis lo que cuesta sacar de la boca de un hombre esta humilde confesion: yo erré, padecí equívoco, en esto me he engañado, en esto otro me condenó á mí mismo: sin embargo, ved aquí el estilo de san Agustín en el libro de sus *Retractaciones*: él escribió los errores de su entendimiento, como habia escrito los deslices de su voluntad. Así es el espíritu mas humillado, el corazón mas contrito, la carne mas mortificada: todo está en él sacrificado á la penitencia, porque todo le habia servido para el pecado.

¡Qué modelo, Señor, para vuestra Iglesia, donde hay tantos que entregan su cuerpo á la prostitucion, su corazón al impulso de las pasiones, y su espíritu á la vanidad! Presentádes á Agustino: no dejéis mas tiempo un ejemplo tan grande en la oscuridad de la vida privada; colocádo sobre el candelero para que ilumine á todos los que habitan vuestra casa. Hacéd que el que ha enseñado la penitencia entre los legos, enseñe la piedad entre los clérigos, y que esta misteriosa sal, que se deshace en medio del pueblo, recobre su figura angular al calor del santuario. Quizá, mis hermanos, no habéis notado esta rara propiedad de la sal, que por deshecha que esté en los líquidos, disipada toda su humedad por los rayos del sol, ó por el calor del fuego, cada parte de ella, por pequeña que sea, observa la figura de un perfecto cuadrado, con que nos representa la perfeccion de san Agustín elevado al sacerdocio.

¡Qué gloria es verle rehusar con todas sus fuerzas un ministerio, para el cual quizá no habia en el mundo hombre mas digno! Sabia muy bien lo que dice el Apóstol, que ninguno debe tomar para sí este honor, sino el que es llamado á él sin diligencia suya, como Aaron. Así inmediatamente que le obligaron á tomarlo, se dedicó á cumplir las funciones, que el Espíritu santo señala: *fungi sacerdotio*, empezó á ejercitar el sacerdocio; quiere decir, no vino al templo á tener, como los hijos de Elí, una vida perezosa y criminal, ni, como el codicioso Eliodoro, á buscar sus propios intereses, sino á ayudar á su obispo en las tremendas funciones de su cuidado pastoral; á abrir las puertas del santuario á los dignos, y cerrarlas á los in-

dignos; á dispensar el santo Pan eucarístico, no á los perros, que se vuelven contra el sabio dispensador, sino á los que conocen el precio de esta inestimable margarita; en fin á repartir cotidianamente el pan de la divina palabra á todos los fieles, de lo cual han llegado hasta nosotros tantos y tan preciosos fragmentos.

Tan vastas ocupaciones jamas le impidieron cantar las divinas alabanzas en nombre suyo y de su pueblo. Él salia frecuentemente de la ciudad, como los israelitas de Babilonia, para aumentar los rios con la abundancia de sus lágrimas, suspirando por su querida Sion, su inocencia perdida. ¡Cuántas veces con el espíritu que el Señor ponía en su boca, imitó la grandilocuencia de los Salmos! Leéd atentamente el libro de sus *Soliloquios*, y veréis el digno tributo de alabanzas, que su lengua pagaba al Dios de las misericordias.

Sobre todo él ofreció al Altísimo un incienso digno en olor de suavidad. ¿Y qué incienso hay mas digno del Señor, que su santo amor, este fuego divino que su Unigénito vino á encender á la tierra, y que no desea sino que se encienda? Ah! ¡qué llama tan fervorosa ardía siempre en el corazón de Agustino! Su principal delito habia consistido en amar excesivamente á la criatura; así su virtud consistió (si me es permitido hablar así) en amar con un santo exceso al Criador. Ó mi Dios! decia, la inquietud de mi corazón en todas las cosas me enseñaba que él era criado para vos. Qué tarde te amé, Señor! exclamaba bañado en lágrimas. Yo no necesito que me amenacéis con las penas del infierno, si no os amo: ¿qué mayor infierno podia haber para mí, que el no amaros? Vos sabéis que os amo ciertamente, y que si Agustino fuera Dios, él dejaria de serlo, porque vos lo fuereis. De estos fervorosos sentimientos están llenas, no solo sus *Meditaciones*, sino todas sus obras. Sacerdote grande segun el orden de Melquisedec, que ejercita mas que todo su sacerdocio, que da al Señor las mas frecuentes alabanzas, y le ofrece el incienso mas digno de él en olor de suavidad: *fungi sacerdotio, et habere laudem... in nomine ejus..., offerre sacrificium Deo, incensum et bonum odorem* (1). Siempre fué parecido á la sal, que recobra su figura perfecta, disipada toda su humedad; pero que tambien conserva los cuerpos y los preserva de toda

(1) *Ecll. c. 45. v. 19.*

corrupcion: esta tercera propiedad nos representa la caridad de san Agustin con sus prójimos.

Démonos priesa á contemplarle elevado á la dignidad de obispo, en donde la Providencia le coloca, como una ciudad puesta sobre un monte, para que vean todos sus buenas obras, y glorifiquen al Padre celestial. Él huía de todos los lugares, donde la silla episcopal estaba vacante; pero los honores son semejantes á nuestra sombra, que aunque huye de nosotros, cuando la buscamos, nos sigue siempre, cuando la huimos: tal fué para Agustino el obispado de Hipona. Sin embargo ya obligado á aceptarlo, hizo brillar todas las cualidades que forman un completo pastor. Qué desinterés! qué misericordia! qué celo!

Interesado solamente para los tesoros del cielo, jamas queria juntar tesoros en la tierra. Sabia muy bien que un obispo no puede llamar suyo lo que es el patrimonio de los pobres, el fruto de la devocion y el precio de los pecados del pueblo. Así no consumia los bienes de la Iglesia en el fausto y en la glotonería: el manjar mas abundante de su mesa era la leccion de las divinas Escrituras; sus platos eran la sobriedad, la simplicidad y la templanza; sus virtudes eran su único equipaje á donde quiera que iba: la modestia caminaba siempre delante de él; y de ordinario le acompañaba la entereza, con que rehusaba las dádivas ofrecidas á su persona ó á su iglesia, cuando no las dictaba la equidad. Buscad á otro que á Agustino, decia, para recibir vuestros dones: en fin la pobreza y el desinterés del ministro eran las únicas señales de su ministerio.

Misericordioso con sus hermanos, atendia primero á los templos vivos del Señor, que á los materiales, que solo son su imágen; así vendia los vasos sagrados para socorrer á los pobres. Creía que los sacerdotes son de oro, cuando los cálices son de palo, y que el Pan eucarístico nunca es mas venerado que cuando es llevado en cestillas de mimbres, por haber repartido todo el oro y plata del santuario con los necesitados. ¡Quién pudiera mostrárosle corriendo por todos los pueblos de su diócesis, como un rio que lleva consigo la abundancia á todos los países; ó como el Salvador, que inundaba con los beneficios de su misericordia todos los lugares, por donde pasaba; *pertransiit benefaciendo* (1).

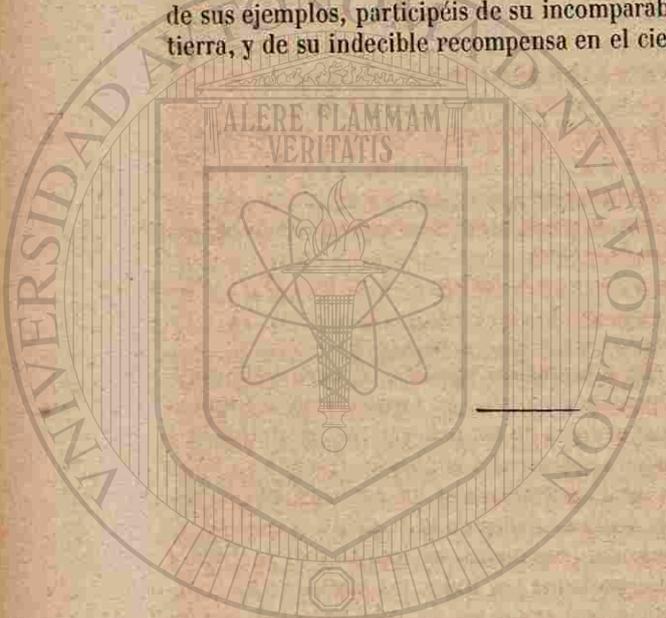
(1) *Actor. c. 10. v. 33.*

Sobre todo el zelo por la gloria de Dios le devoraba, como á un Profeta. ¿Qué obispo se vió tan ocupado como él en los intereses de sus ovejas? Aquí catequizaba á los rudos, allí instruía á los catecúmenos, mas allá hacia observar la vida comun á su clero. Infatigable en las funciones de su apostolado, ¿qué no trabajó por quitar las malas costumbres que habian quedado en su país como restos del gentilismo? Su voz victoriosa, acostumbrada á derribar los cedros del Libano, pudo arrancar de raíz todos estos abusos. ¡Qué vigilancia sobre toda edad y todo sexo! Cesan los escándalos, el vicio avergonzado huye de él, la malicia enmudece, y la ciudad de su residencia parece un grande monasterio, donde toda especie de personas se ocupa en servir á Dios. Dios mismo le proporcionó ántes de morir las mejores ocasiones de ejercitar su desinterés, su misericordia y su zelo. Dias desgraciados, ¡qué espectáculo ofrecéis en la historia! Un diluvio de vándalos aportó de repente al África, é inundó aquel continente con sus innumerables batallones: la tierra tiembla bajo sus piés: la edad mas tierna, el sexo mas frágil, el valor mas heróico, todo es pasado por el filo de la espada, á fin de caer sobre Hipona y de sitiaria. ¡Qué consternacion para todos, excepto Agustino! Entónces, semejante al buen pastor, que resuelve dar la vida por sus ovejas, se encierra voluntariamente en aquella ciudad: allí procura el socorro á los sitiados, la curacion á los heridos, y anima á los sanos á defender la Religion de sus padres, mas aún que sus muros, parecido á la sal, que preserva de la corrupcion todos los cuerpos: *vos estis sal terræ.*

Pero Dios habia resuelto que todo cediese al vencedor, y queria ahorrar á san Agustin, como á Júdas Macabeo, el dolor de ver los males de su pueblo y las aflicciones de los santos (1). Así despues de una penitencia tan austera, de una piedad tan sólida y de una caridad tan singular, con que habia edificado la tierra, ay! qué sucede? Yo no os diré que murió, porque tan grandes hombres nunca mueren: su cuerpo va al sepulcro, su espíritu vuela á recibir la recompensa de su mérito; pero su memoria, dice el Profeta, será eterna entre nosotros: *in memoria aeterna erit justus* (2). Cuando yo veo despues de su muerte formarse con sus preceptos tanta multitud de órdenes religio-

(1) *I. Machab. c. 3. v. 59.* (2) *Psalm 111. v. 7.*

sos, se me figura un fénix, de cuyas cenizas han salido, no uno, sino innumerables Agustinos. Conservád, hijos dichosos, el espíritu y el corazón de vuestro padre : hacéd que en un siglo, tan ciego y tan corrompido como el nuestro, sean vuestros claustros la escuela de todas las ciencias y el asilo de todas las virtudes, para que siendo perpetuos herederos de sus luces y de sus ejemplos, participéis de su incomparable mérito sobre la tierra, y de su indecible recompensa en el cielo, Amen.



SERMON

DEL PADRE SAN AGUSTIN.

(DE ARMAÑÁ.)

Vos estis lux mundi .. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus qui in domo sunt. Matth. v.

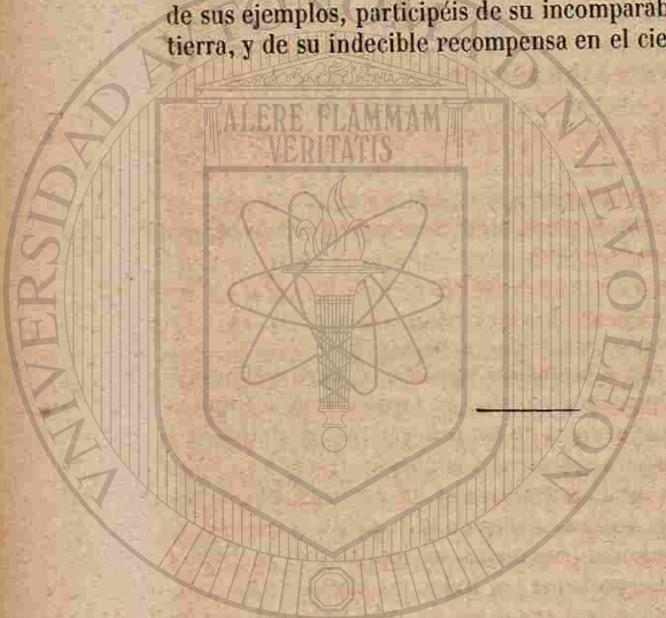
Vosotros sois la luz del mundo..., y no encienden una vela, para ponerla bajo de un celemin, sino sobre un candelero, á fin de que alumbré á todos los de la casa.

S. Mateo, c. 5. v. 14 y 15.

No esperéis hoy de mí, amados oyentes, discursos elevados, ideas sublimes, pomposas cláusulas, ni otro de aquellos primores, que creyéndose propios de los panegíricos, se granjean á un tiempo el gusto y el aplauso del auditorio. Cuando yo fuera capaz de tanto, no me lo permitiría ni mi carácter, ni esta sagrada cátedra, ni la santa sencillez de la doctrina evangélica, ni aún el objeto mismo del panegírico, el que con su doctrina y ejemplo mostró á los prelados y á todos los ministros de la divina palabra, cuánto deben evitar en su ministerio semejantes adornos, por mas que se celebren en los oradores del siglo. Nadie pues espere hoy de esta cátedra de verdad adornos de la que se llama elegancia, sino expresiones de afecto. Esta es verdaderamente la ocasion, en que debe hablar mas el corazón que la lengua, cuando he de ponderar las glorias de mi dulcísimo padre; de aquel padre y maestro, que tomé por seguro norte para el camino del cielo; de aquel, de quien hago y siempre haré gloria de ser fiel discípulo.

Pero no por esto debéis temer que la pasión me haga exceder en los elogios, fingiendo glorias, ó abultando méritos en el objeto amado. Puedo decir lo que san Gregorio Niseno predicando del grande Basilio: *no por ser el testimonio doméstico, dejará de ser verdadero.* Es tanta la grandeza del héroe, que

sos, se me figura un fénix, de cuyas cenizas han salido, no uno, sino innumerables Agustinos. Conservád, hijos dichosos, el espíritu y el corazón de vuestro padre : hacéd que en un siglo, tan ciego y tan corrompido como el nuestro, sean vuestros claustros la escuela de todas las ciencias y el asilo de todas las virtudes, para que siendo perpetuos herederos de sus luces y de sus ejemplos, participéis de su incomparable mérito sobre la tierra, y de su indecible recompensa en el cielo, Amen.



SERMON

DEL PADRE SAN AGUSTIN.

(DE ARMAÑÁ.)

Vos estis lux mundi .. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus qui in domo sunt. Matth. v.

Vosotros sois la luz del mundo..., y no encienden una vela, para ponerla bajo de un celemin, sino sobre un candelero, á fin de que alumbré á todos los de la casa.

S. Mateo, c. 5. v. 14 y 15.

No esperéis hoy de mí, amados oyentes, discursos elevados, ideas sublimes, pomposas cláusulas, ni otro de aquellos primores, que creyéndose propios de los panegíricos, se granjean á un tiempo el gusto y el aplauso del auditorio. Cuando yo fuera capaz de tanto, no me lo permitiría ni mi carácter, ni esta sagrada cátedra, ni la santa sencillez de la doctrina evangélica, ni aún el objeto mismo del panegírico, el que con su doctrina y ejemplo mostró á los prelados y á todos los ministros de la divina palabra, cuánto deben evitar en su ministerio semejantes adornos, por mas que se celebren en los oradores del siglo. Nadie pues espere hoy de esta cátedra de verdad adornos de la que se llama elegancia, sino expresiones de afecto. Esta es verdaderamente la ocasion, en que debe hablar mas el corazón que la lengua, cuando he de ponderar las glorias de mi dulcísimo padre; de aquel padre y maestro, que tomé por seguro norte para el camino del cielo; de aquel, de quien hago y siempre haré gloria de ser fiel discípulo.

Pero no por esto debéis temer que la pasión me haga exceder en los elogios, fingiendo glorias, ó abultando méritos en el objeto amado. Puedo decir lo que san Gregorio Niseno predicando del grande Basilio: *no por ser el testimonio doméstico, dejará de ser verdadero.* Es tanta la grandeza del héroe, que

por grandes que sean las alabanzas, quedarán muy inferiores. Aunque todos mis miembros se convirtieran en lenguas y resonaran por mi boca todas las venas y arterias, ¿qué podría decir digno de un santo y doctor tan insigne, á quien todo el mundo admira como un prodigio de la naturaleza y de la gracia?

Conozco bien que me he de quedar muy corto en los elogios, mas en fin serán un nuevo auténtico testimonio de mi filial cariño. Puesto que no pueden igualar la grandeza del objeto, desahogaré con ellos los ardores de mi amante corazón.

Sí, amados oyentes míos; ya que no podáis tener la satisfacción de oír á un orador elocuente, la tendréis de oír á quien está unido estrechamente con vosotros en el amor y en la veneración de tan gran Padre. Ponderaré sus grandezas, para que sirvan de estímulo á la virtud, exhortando mudamente á la imitación. Para esto quiere el Eclesiástico que alabemos á nuestros padres y mayores (1). Quiere que tengamos á la vista un espejo en que nos miremos.

Vengo pues hoy á excitar el zelo, encender la caridad cristiana, recordar á todos el uso que deben hacer de sus talentos con el ejemplo de san Agustín, que dedicó su prodigioso ingenio, sus continuos desvelos, y la mejor parte de su vida, á la gloria de Dios, y al bien de su Iglesia, mereciendo así el ilustre título de luz y astro lucidísimo del mundo, que para todos resplandece y á todos dirige. Tal es el fin de mi panegírico, y por lo mismo será todo el argumento de mi discurso manifestar, para nuestro ejemplo, el zelo ardentísimo de san Agustín, que consagró al servicio de Dios, y al mayor bien de su santa Iglesia sus admirables talentos, sus desvelos incesantes y las tareas de su vida sumamente laboriosa. Para el deseado acierto supliquemos al Señor se digne concederme los auxilios de su gracia por intercesión de su Madre santísima, saludándola con el *Ave María*.

El supremo Autor, que todo lo dispone con sumo orden según los fines de su providencia, puso en los cielos los astros, no para solo adorno y ostentación de su brillantez, sino para disipar las tinieblas, iluminar el mundo y guiar á los mortales. Con este mismo fin distinguió ciertos ingenios como astros del

(1) *Eclli. c. 44. v. 1.*

mundo racional; pero aunque todos brillan, por desgracia no todos alumbran.

Cuántas luces malogradas en el mundo! ¡Cuántas luciendo mucho y haciendo vanidad de sus lucimientos, nada iluminan! En las ideas, en los discursos, y tal vez en las públicas producciones de su talento, no solo resplandecen, sino que son aplaudidos y aún admirados; pero semejantes al ángel soberbio, lejos de iluminar, eclipsan otras luces con sus errores; arrastran tras sí con sus perversos ejemplos á otros que pudieran ser hermosas estrellas: no alumbran, sino que deslumbran.

¿Visteis un relámpago que hiriendo los ojos, en vez de iluminar al hombre, le ciega? ¿visteis una llama, que levantando una espesa niebla de humo llega á cubrir el cielo, y á oscurecer los mismos astros? Ni mas ni ménos sucede con semejantes ingenios. Tales fueron muchos de los decantados sabios del paganismo; tales no pocos herejes empeñados en promover con toda la fuerza de su discurso doctrinas falsas y perniciosas; tales en nuestro siglo infeliz los que vanamente satisfechos de una filosofía tan funesta como nueva, publican sus venenosas máximas con indecible conato, y aún con furor, queriendo persuadir á todo el linaje humano, que solo con ellas podrán despertarle de su lastimoso letargo, abrirle los ojos y mostrarle (¡qué frenesí!) los medios mas importantes para la verdadera dicha. Tales en fin los que dedican el tiempo, el estudio y el talento, que Dios les ha dado para la pública utilidad, no á disipar las sombras del error, no á mostrar el verdadero camino de la felicidad eterna, sino á fomentar la relajación, á cerrar el camino de la cruz, y descubrir otros mas llanos y mas deliciosos, que ni los señaló el Evangelio, ni los conocieron nuestros padres, ni los aprueba la santa Iglesia.

Estos son aquellos astros errantes, fatales cometas de quienes habla el apóstol san Júdeas (1), cuyo paradero y el de cuantos los siguen, cuando debiera ser la hermosa region de luz, por la cual ha de suspirar el corazón humano, y á la que aparentan dirigirlos, es el caos y profundo abismo de las tinieblas eternas. Algun tiempo por su desgracia pudo contarse Agustino entre estas infelices lumbreras. Brilló desde niño su maravilloso ingenio; tardó poco en manifestarse con escritos muy

(1) *Juda, c. 13.*

aplaudidos; eran sus discursos el hechizo, y aun el asombro del mundo. Basta saber algo de su vida, para entender cuán grande fué su ingenio, su estudio, su erudicion en todos los ramos de literatura; con cuánto gusto y admiracion oían su doctrina ya desde muy jóven aún los mas provecos en las ciencias humanas: ni es del caso detenerme en su ponderacion, cuando quiero poner á vuestra vista, no un ingenio sobresaliente, sino un astro destinado por la soberana providencia del Criador á su mayor gloria y bien del universo.

Brilló pues y arrastró con su brillantez los ojos de todos el jóven Agustino, admirado como un parto singular ó un monstruo de la naturaleza. Pero envuelto á poco tiempo, ya en un confuso laberinto de dudas, ya en las tinieblas del error, ya en las tristes sombras de su vanidad y de sus pasiones, por mas que lucia, no alumbraba: era para la Iglesia funesto cometa que solo causaba sustos; y aún para su propia madre, muy diferente de las que solo desean en sus hijos la fama y estimacion mundana, era objeto de vivo sentimiento, considerando el indigno uso que hacia de los talentos que la divina Bondad le habia concedido, viendo que convertia en instrumentos de su ruína, y en armas contra Dios y su santa Iglesia los grandes beneficios que habia recibido de su liberal mano para su mayor gloria, mayor bien de sí mismo y utilidad comun.

Despues de algunos años en que anduvó errante, y haciendo errar tal vez á otros, que enamorados de su elevado ingenio, seguirian su doctrina y su ejemplo, se convirtió en fin con los poderosos influjos de la divina gracia, que le alcanzaron las incesantes lágrimas de una madre piadosísima, únicamente solícita del verdadero bien de su querido hijo, por el cual ofrecia de continuo á Dios con su llanto los mas fervorosos ruegos; ni omitia diligencias, por mas penosas que fuesen, para el suspirado fin. Conviértese Agustino de todo corazón á Dios, con tan admirables circunstancias, que manifiestan claramente ser su conversion un portentoso de la divina gracia. Múdase de repente su afecto: apartado del mundo, de sí mismo y de cuanto ántes arrastraba sus deseos ó lisonjeaba sus esperanzas, puesto todo su corazón en la divina bondad, solo suspira por el servicio de Dios, por su dulce posesion, por su mayor gloria; y veis aquí que sale luego de las tinieblas un astroucidísimo, un sol resplandeciente que ilumina á todo el mundo. Aquí sí que pote-

mos y debemos exclamar con el Apóstol (1): *¡O abismo profundísimo de la divina sabiduría! ¡cuán incomprensibles son á nuestra corta capacidad los juicios de Dios! ¡Cuán investigables los caminos por donde dirige los mortales á los importantes fines de su providencia!* Como dispuso que se criase Moises entre los egipcios, y aprendiese su ciencia para mejor convenirlos despues, cuando fuese revestido del superior carácter á que Dios le tenia destinado; y se imbuyese san Pablo en las tradiciones del judaísmo, que con el tiempo habia de combatir con imponderable fuerza, mudado en apóstol y maestro del mundo; así permitió que Agustino, miserablemente seducido, estuviese algun tiempo envuelto en extrañas dudas y groseros errores, no solo para hacerle conocer con el escarmiento su miseria y humillar así su soberbia, sino tambien para que pudiera impugnar con mas eficacia los mismos errores de que se hallaba de antemano bien instruido. Convenia que el nuevo Salomon de la Iglesia aprendiese las vanidades, las locuras, los errores mas perniciosos para mejor triunfar de los mismos. Convenia que á imitacion del invencible David y de la intrépida Judit, cortase la cabeza á los formidables enemigos del pueblo de Dios con sus propias armas.

En efecto, luego de convertido, toma la pluma para impugnar los mismos herejes que le habian pervertido. Escribe con tanta fuerza como elocuencia contra los académicos y maniqueos, de quienes principalmente se habia dejado seducir; contra los primeros, aún ántes de recibir el santo bautismo; contra los otros, poco despues de haberlo recibido; consagrandolo á Dios, como primicias de su ardiente zelo y trofeos de su ilustrado ingenio, las mismas armas y los mismos enemigos, á cuya fuerza poco ántes se habia rendido. Dirigidos á este fin sus eficaces conatos, nada omite de cuanto puede conducir á su logro. Escribe, trata, disputa, busca como en sus propias trincheras á los contrarios, para combatirlos y vencerlos; á los que tenian mas fama de doctos, y eran como tales mas temibles; y habiendo ido intrépido á su encuentro, y entrando con ellos en la lid, confundidos en fin con los invencibles argumentos de Agustino, dieron á la Iglesia y al mundo, ó con su confusion,

(1) Rom. c. 11. v. 33.

ó con su rendimiento, un testimonio auténtico de la verdad triunfante.

No se detiene aquí el zelo de Agustino: ¿cómo pudieran contenerse los ardores de la llama que abrasaba su pecho? Em- prende con teson la defensa de la Fe, de la Iglesia y de la ver- dad. Aplica todo su ingenio y estudio á la extirpacion de las herejías, especialmente de las que mas infestaban las vastas regiones de África. Hallábase aquella gran porcion del uni- verso sumamente agitada por los donatistas; no pudiendo su- frir el zelo de Agustino un cisma tan pernicioso dirigido no ménos que á rasgar la túnica inconsútil de Jesucristo, romper la red evangélica, erigir altar contra altar, dividir la santa Igle- sia, tanto en el sagrado ministerio, como en la doctrina cató- lica; convirtió toda la fuerza de su ingenio á la disipacion de aquel cisma tan fatal. ¿Qué cartas, qué tratados, qué libros no escribió? ¿qué sermones no predicó, qué diligencias no hizo para tan importante objeto? Es menester ser absolutamente ignorante de la vida y de los escritos de Agustino, para no co- nocer las continuas tareas, los trabajos penosísimos, las glorio- sas victorias de aquel gran doctor y prelado, en esta parte; cuántas disputas, cuántos coloquios! cuantas providencias, cuántos recursos aún á los príncipes terrenos le costaron sus triunfos!

Una de las diligencias que manifestó á un tiempo el fervor de su zelo y la eficacia de su persuasion, fué la célebre dis- puta que á su influjo se tuvo con los donatistas, en la cual Agustino fué como el órgano del Espíritu santo, la voz de la Iglesia, y el caudillo del pueblo de Dios. Antes de dar principio á una controversia verbal, de que pendía la suspirada paz de la Iglesia africana, se ofreció la duda, ¿qué se haría de los obis- pos donatistas, quienes con los obispos católicos gobernaban varias diócesis de África, si llegasen á convencerse como firme- mente se esperaba? Sujetarlos á los obispos católicos era un sonrojo que pudiera impedir su rendimiento: quedar en cada iglesia dos obispos podía ser tan gravoso á los pueblos, como contrario á las leyes eclesiásticas y á la misma paz, por la cual se trabajaba con tanto empeño. Ansiosísimo Agustino de esta paz, propuso que unos y otros dejasen en tal caso sus sillas. ¿Por qué, dijo, no haremos este sacrificio á nuestro Redentor?

El bajó del solio de la gloria, tomó nuestra naturaleza para que fuésemos sus miembros; y nosotros ¿no bajaremos de nuestras sillas, para evitar el cisma cruel que divide los mismos miem- bros? ¿Con qué cara nos presentaremos al tribunal del Pastor supremo, si nuestro amor á las glorias del mundo impide la reunion de sus ovejas por las cuales derramó la sangre? Si so- mos obispos, no es para nuestro bien, para el cual basta ser fieles cristianos, sino para bien del pueblo cristiano y de la Igle- sia: usemos pues del episcopado en cuanto conduce á la paz, union, bien de la Iglesia y del pueblo. Si de veras amamos la Iglesia, no podemos sentir el dispendio de un honor pasajero para su lucro y aumento. La dignidad episcopal nos será mas gloriosa, si la dejamos para reunir el rebaño de Cristo, que si lo dispersamos conservándola.

Estas y otras expresiones dictadas por el espíritu fervoroso de Agustino, y avivadas con su ejemplo, declarando que por su parte estaba pronto á renunciar, y renunciaba para su caso la silla episcopal, hicieron tal impresion, que con ser trescientos los obispos, resolvieron y firmaron unánimes imitar la ge- nerosa accion de Agustino, despojándose como él de su digni- dad para el santo fin que todos deseaban con ansia.

En este suceso, que hace una de las épocas mas gloriosas en los anales eclesiásticos, ¿quién no celebrará con sumo aplauso el zelo ardentísimo de Agustino? ¿Quién no admirará la fuerza de sus elocuentes declamaciones? Digan los filósofos, los oradores, los apasionados á la filosofía ó retórica, digan ¿si la mas decantada elocuencia, si los discursos mas elevados de la ciencia humana consiguieron jamas igual triunfo? Encender el deseo de la guerra y de la venganza; excitar afectos de ira, de ambicion, de gloria, de lo que se llama patriotismo, y tal vez de compasion con los miserables, esto sí que llegaron á lograrlo con sus vivas declamaciones; pero humillar tanto el afecto, no de uno, no de pocos, sino de centenares de hom- bres, constituídos en una dignidad sublime, tanto mas difícil de dejarla cuanto era mas respetable, ¿cuándo lo vió el mundo como efecto de la humana sabiduría, ni de la oratoria mas ex- celente? Todos los esfuerzos de la elocuencia romana, que sin duda se empeñarían en tan importante asunto (1), no pudie-

(1) Vid. Cic. ad Attic. lib. VII. ep. 1 et 3.

ron persuadir á César ni á Pompeyo que cediesen su primacía por la tranquilidad de la república, terriblemente agitada con la division de los dos caudillos, fluctuando con su discordia el imperio del orbe. ¿Cuántas lágrimas costó á la Iglesia la renitencia de sus pastores, fuesen ó no legítimamente colocados en el trono pontificio, á renunciar la suprema dignidad, para extinguir el cisma sumamente funesto al rebaño de Cristo? Las historias, así eclesiásticas como seculares, nos ofrecen frecuentes ejemplos de los tristes efectos que ha producido en la Iglesia, y en el siglo la repugnancia tenaz á dejar la dignidad una vez obtenida. Es demasiado poderoso para el corazón humano el atractivo de las honras y dignidades, tanto mas cuanto son mas altas, para que se incline á su abdicacion; y aunque no podemos negar que hubo en todos tiempos almas humildes, generosas, amantes del bien público, que por él se despojaron voluntarias de las honras, dignidades y empleos que mas estima el mundo, se celebra como heroica su resolucion: prueba de la suma dificultad que hay en ella, y que no se logra sin una victoria gloriosa ó de sí mismas, ó de quien pudo reducirlas con su eficaz persuasion.

Esta victoria consiguió de centenares de prelaos la sola voz de Agustino, ó por mejor decir, la voz de Dios que hablaba por su boca. Aquella voz omnipotente (1), que conmueve la tierra, que derriba los altos cedros, que abate los mas ambiciosos corazones; aquella voz que muda el afecto humano, apartándole de lo que mas estimaba, dirigiéndole á lo que le era mas sensible; aquella sola voz, de la cual Agustino era como el órgano y el instrumento, fué la que repentinamente rindió á tantos obispos, obligándolos á renunciar por su propia voluntad el obispado para la suspirada paz de la Iglesia y mayor bien del pueblo cristiano.

Triunfante Agustino de los corazones, dirigió sus armas contra los ingenios rebeldes; contra aquellos, digo, que se obstinaban en mantener y propagar el infausto cisma de los donatistas. Escribió y predicó sin cesar contra tan pernicioso error; y podemos decir sin hipérbole, que cada uno de sus libros y sermones era una victoria para la Iglesia; de suerte que apenas quedaron en el África reliquias de un cisma que se había

(1) *Psalm. 28. v. 5.*

mantenido largos años con tenacidad, á pesar del zelo fervoroso, así de los prelaos eclesiásticos, como de las potestades seculares, empeñadas con toda su autoridad en extinguirlo. Era una hidra de muchas cabezas, que levantaba la una, cuando se le cortaba otra; mas por fin la pluma y la lengua de Agustino fueron las fuertes espadas, que con repetidos golpes la dejaron sin aliento y sin vida.

Con las mismas armas peleó contra todas las herejías y falsas doctrinas que cundian en su tiempo. El arrianismo, aquel soberbio monstruo, que con asombro del mundo, llegó á infestarlo casi todo, segun la expresion de san Gerónimo; desde el oriente donde tuvo su cuna y su trono, derramando su ponzoña por toda la tierra, penetró las vastas regiones del África, causando graves estragos con tanta mas facilidad, cuanto era mayor la fama de los autores que procuraban propagarlo con toda la fuerza de su erudicion. Agustino, que como centinela zelosísima de la Fe y de la virtud, velaba con sumo cuidado en su defensa, descubriendo el peligro, se armó intrépido contra tan terrible monstruo. Desde la sagrada cátedra lo combatia con frecuentes sermones; desde su retrete con doctísimos escritos; y aunque se opuso á ellos la pertinacia de algunos contrarios con todo el aparato de su erudicion, tuvieron en fin que ceder el campo, y retirarse, ó vencidos ó acobardados.

Disipado el arrianismo, salió de las cavernas del Norte la serpiente no ménos venenosa que astuta. Pelagio digo, que con su fama, con su doctrina, con exterioridades de virtud y santidad, impuso no solo á los incautos, mas aún á la ilustrada corte de Roma. Voló la fama del autor y de su nueva doctrina: llegó á los oídos de Agustino, siempre abiertos para examinar lo que podia importar á la direccion de su grey, y á la conservacion del sagrado depósito de la Fe, que la divina Providencia le había confiado. Su admirable perspicacia descubrió pronto el veneno que se derramaba encubierto; quita luego la máscara á la doctrina falaz; manifiesta su falsedad, se opone á ella con pecho de diamante; la persigue con tanto mayor conato, cuanto era mayor el peligro de seduccion: y fué tan completa la victoria, que san Gerónimo, advertido desde su cueva de los errores pelagianos, contuvo los deseos de impugnarlos, teniéndolo por ocioso despues de los combates de Agustino; y así lo declaró él mismo, celebrando el triunfo y explicando el

motivo de su silencio (1) con las palabras del poeta : *No hay que llevar al bosque más leña* (2); que fué decir, á la fuerza de los argumentos, á la copia y eficacia de la doctrina del insigne obispo Agustino, nada puede añadirse. Con efecto ella fué tal, que todos los Concilios celebrados desde entónces, así generales como provinciales, todos los pastores que gobernaron la Iglesia, la tomaron por segura norma de lo que se había de creer. En uno de los Concilios, cuando Pelagio ponía el mayor empeño en defender sus errores, habiendo hablado con menosprecio de Agustino, causó tal indignacion en el zelo de los preladados, que exclamaron luego : *Blasfemó contra un obispo, por cuya boca consiguió el Señor la unidad saludable de toda el Africa* (3). Notád, fieles, la expresion de aquel sabio congreso. La injuria contra la doctrina de Agustino la reputa por blasfemia, como especialmente injuriosa al mismo Dios, de quien Agustino era el fidelísimo ministro, su voz el órgano, su pluma el instrumento.

De las cenizas de Celestio y Pelagio renacieron y aún se multiplicaron sus errores con los conatos del jóven Juliano, que satisfecho de su erudicion, tuvo la osadía de provocar con sus depravados escritos al santo viejo Agustino, cuando parecia poder ya colgar con sus trofeos las armas, y á la sombra de sus palmas descansar de los trabajos de tanta guerra. Se hallaba entónces el África inundada de tropas enemigas, cuyos estragos tenian consternado el tierno corazon de Agustino y de todos los preladados eclesiásticos. La ciudad misma de Hipona sitiada por aquellas tropas con inminente peligro de su rendicion, era para el amantísimo pastor objeto de su continuo llanto, considerando los terribles males que amenazaban por instantes á su rebaño. Su edad, sus trabajos y el quebranto de su salud le hacian temer justamente la próxima muerte, que realmente sucedió en breve. Mas todo esto no fué parte para contener los ardores de su zelo : ya que no podia en todo el día escribir contra el nuevo hereje por sus continuas ocupaciones, en las circunstancias de tanto peligro, que ejecutaban toda su aplicacion, empleó las noches, pasándolas insomne para

(1) Hieron. Dial. 3. contra Pelag. (2) *In silvam ne ligna feras.* Horat.

(3) Paul. Oros. Apologet. tom. XVII. operum S. P. Aug. col. 1680 ed. venet.

defender la Iglesia de tan fiero enemigo, contra el cual escribió, sin tregua y sin demora la que se llama *Obra imperfecta*, por haber cortado la muerte su hilo ántes de acabarla. De ella podemos decir lo que con verdad ó por fábula se dice del cisne, que cercano á la muerte canta mas dulcemente. ¡Qué copia de doctrina, qué fuerza de razones, qué elocuencia, qué energía, qué contextura y belleza no se admira en toda ella! Confundido el orgulloso jóven, parece no necesitó la Iglesia mas armas para rendirle, puesto que no se lee haber despues levantado la cabeza.

No se ciñeron las ilustres victorias de Agustino á las ponderadas hasta aquí. Combatió con igual fuerza y felicidad al paganismo, escribiendo contra él entre otras muchas obras la *De la Ciudad de Dios*; aquella obra que siempre será el asombro de los sabios, aún de los mas rigurosos críticos, por su vasta erudicion sagrada y profana, por el orden, método y elegancia de todas sus partes, por la invencible fuerza de sus argumentos, y por haber sido parto de un ingenio sumamente ocupado en otros asuntos de la mayor gravedad, escribiendo Agustino en poco tiempo, rodeado de gravísimos asuntos, lo que pedia toda la vida de un hombre, ó de muchos hombres dedicados únicamente á ella. Escribió contra otros errores, ó pertenecientes al dogma, ó á la moralidad cristiana : no hubo error ni vicio que no impugnase : no hubo verdad importante para la Religion católica que sólidamente no estableciese : no hubo estado ni clase de personas que no instruyese y guiase. Plantó en África el instituto monástico, desconocido hasta entónces en aquellas regiones. Abrazándolo luego de convertido, impaciente su zelo de propagar tan santo propósito, á poco tiempo puso en ejecucion su fervoroso deseo ; y fué con tanto fruto, que ya en su vida vió salir de su monasterio diez obispos para otras tantas iglesias, algunas de ellas muy eminentes, á peticion de las mismas, que conociendo bien la doctrina, virtud y distinguido mérito de los nuevos monjes, afianzaban en su gobierno los mas felices efectos. Aquellos preladados inflamados con el ejemplo y exhortaciones de Agustino, fundaron tambien en sus diócesis monasterios agustinianos, con que se extendieron en breve por toda el África y fuera de ella las ramas del precioso árbol que habia plantado Agustino. Presentó á los profesores de su instituto, así monjes como monjas,

un espejo que tuvieran siempre á la vista para su segura direccion. Esta fué aquella *Regla* tan celebrada en todos los siglos, y por todos los verdaderamente sabios; aquella regla, que como la mas oportuna y segura se tomó por innumerables órdenes religiosas; aquella regla que mereció no solo la solemne aprobacion de los oráculos de la Iglesia, sino la recomendacion especial del cielo, de donde la recibió san Norberto para el feliz gobierno de su nuevo instituto, y los bienaventurados fundadores de la sagrada orden de servitas por manos de la Virgen santísima para el suyo.

Ponderen los gentiles ó finjan cuanto quieran de Numa, Licurgo y otros legisladores. Con todas las hipéboles jamas podrán atribuir á sus leyes igual elogio. El cielo, por mejor decir el Criador de los cielos y de la tierra, dió y encargó para la segura direccion de sus siervos la regla de Agustino. Ella fué realmente como un breve compendio de la ley evangélica. Si esta se reduce al amor de Dios y del prójimo, en que quiso encerrar el divino Legislador su celestial doctrina, ¿qué respira la regla de Agustino sino amor de Dios y del prójimo? ¿qué respira sino aquella abstraccion del mundo, aquel desprecio de las riquezas y honras mundanas, aquel rigor y austeridad, aquella pureza de corazon, aquella concordia fraterna en sus hijos, y por decirlo de una vez, aquella perfeccion que Cristo Señor nuestro y sus apóstoles encargaron, para que reine solo en nuestros corazones el amor de Dios y del prójimo por Dios? No tiene cláusula ni palabra superflua; no usa de figuras retóricas; no se leen en ella declamaciones vehementes: es un cuerpo de sagradas leyes, claro, metódico, sencillo, y con todas las circunstancias propias de una regla, en que solo se procura el restablecimiento de la vida apostólica y de la perfeccion evangélica. ¡Qué dichosos efectos no ha producido en la Iglesia con tanto número de patriarcas que la dieron á sus hijos, y con tantos hijos que fielmente la siguieron!

El mismo zelo que inspiró en el corazon de Agustino el establecimiento de la vida monástica, le obligó á la reformacion del clero, á cuyo fin mandó para todos los que habian de abrazar el estado eclesiástico, á mas de la vida comun, un inviolable retiro en su casa episcopal, donde, separados del mundo, se consagrasen totalmente á Dios, y se preparasen debidamente para el alto ministerio que habian de ejercer. Así podemos de-

cir, que Agustino fué con toda propiedad el fundador de los colegios ó seminarios episcopales, que tanto esplendor y tan precioso fruto han dado á la Iglesia. El que tanto trabajaba para formar dignos ministros del pueblo cristiano, ¿cuánto trabajaría para el desempeño de su ministerio á beneficio del mismo pueblo? Esta solicitud le tenia desvelado dia y noche, pasando con ella noches enteras sin dormir, y dias enteros sin tomar alimento. Esta le hacia dejar su dulce retiro, y emprender largos viajes, cuando importaba su presencia, ó para la instruccion ó conversion de alguna alma, ó para el mayor bien de otras diócesis, que le llamaban con frecuencia, ó para la santa paz y mejor disciplina de la Iglesia. Esta en fin le obligó á escribir tantos libros, á predicar tantos sermones, que no es fácil entender cómo tuvo tiempo para predicarlos; y sin embargo eran siempre oídos con sumo gusto y aplauso, no solo de los fieles, mas aun de los infieles ó herejes; concurriendo todos á porfia, y llevándose no pocos en escrito cuanto podian notar, para que nunca les cayese de la memoria.

No penséis, amados oyentes, que con todo lo dicho queden ponderados los mayores esmeros de su zelo para el servicio de Dios y de la Iglesia católica: falta decir aún el mayor sacrificio que hizo al Señor para tan importantes fines. Este es el sacrificio de la fama que suelen estimar mas los eruditos, la fama de docto y elocuente. Nadie puede disputar á san Agustin una elocuencia perfecta y sublime. A no tenerla, no le hubieran llamado de Cartago, de Roma y de Milan, que es decir, de las ciudades que hacian entónces especialísimo papel en el gran teatro del mundo, no le habrian llamado, digo, ya en su mocedad para su principal maestro de retórica; no habria escrito con tanta elegancia á poco tiempo de convertido los libros contra los académicos, y otros, en que resplandece todo el primor de la elocuencia tuliana. Pero Agustino, mas ansioso del mayor bien de los fieles, que de su propia honra, por aquel sacrificó esta á Dios, humillando el estilo, para que pudiera entenderle fácilmente hasta la mas ruda plebe. Reprimió su ingenio, contuvo la corriente del discurso, disimuló su erudicion en las letras humanas, usó de un estilo que parece humilde; y en efecto cuando debiera servir para humillar la soberbia de ingenios altivos, ha dado motivo en algunos para censurarlo. Ah, necios! ¡cuán poco conocéis los altos fines y los preciosos efec-

tos de aquella humildad! ¿Ignoráis acaso que san Pablo (1) hacia gloria de la humilde sencillez de sus sermones? ¿Ignoráis que los santos Padres la celebran en el Doctor de las gentes, en los evangelistas y en los demas apóstoles como propio carácter del ministerio apostólico? ¿Ignoráis que la divina sabiduría se humilló profundísimamente, para conversar con los hombres y grabar así la celestial doctrina en sus pechos con mas oportunidad? Sabia bien Agustino que no sirve para esto la hinchazon, como él mismo la llama, de las letras mundanas, ni el estilo altisonante, sino la doctrina sólida, clara, persuasiva, convincente, tanto mas cuanto se hace mas entender. Esta fué la que usó desde que tomó sobre sí el ministerio apostólico. Compensando la voluntaria omision de su elocuencia con la copia de sagrada erudicion, con la gravedad, claridad y energia de sus discursos, logró el fin que se propuso. Se instruía con ellos la plebe; se convenia, se movia, los recibia con tanto gusto, que con sus aplausos interrumpia frecuentemente al orador, obligandole á pedirles por su profunda humildad, que se abstuviesen de tales demostraciones. Y ¡cuántas veces hizo derramar en todo el concurso copiosas lágrimas de arrepentimiento por sus culpas! ¡Cuántas veces logró la conversion que tanto deseaba, no solo de los malos cristianos, mas aún de los infieles y herejes! ¡Cuántas veces logró efectos tan admirables, que jamas pudiera lograr la elocuencia mas sublime!

Entre los muchos indubitables que se pudieran referir, son dignos de particular atención dos, que nos constan por el mismo santo, cuyos sermones animados por el divino Espíritu bastaron para extirpar costumbres envejecidas sostenidas con el mayor empeño. Se solian celebrar en varias partes de África y fuera de ella las exequias de los difuntos, y aún algunas fiestas con inmoderados convites en las iglesias. Estos excesos, que á un tiempo fomentaban la intemperancia, y profanaban la casa de Dios, excitaron contra sí el zelo de Agustino de tal modo, que aún ántes de ejercer el oficio de presbítero escribió al primado obispo de Cartago con toda la energia propia de su estilo (2), para que con la superior autoridad se opusiese al torrente de tan abominable abuso. Pero viendo que no se habia podido atajar por el teson inexpugnable de sus defensores, apé-

(1) *I. Cor. c. 2. v. 1.* (2) *Aug. Epist. XXII ad Aurél.*

nas empezó la sagrada carrera de su predicacion, tomó á su cargo el combatirla. Armóse á este fin, á mas de la fervorosa oracion, de todas las razones y testimonios de la sagrada Escritura, que le sugirió su ilustrado ingenio, en ocasion en que se acercaba uno de los dias destinados á tales convites. Inflamado su corazon y su lengua, declamó desde el púlpito, no un dia solo, sino algunos dias continuados, y en un mismo dia no una vez sino muchas. Apoyábase la costumbre de su pueblo, aunque tan reprehensible, no solo con su antigüedad, y con aquella decantada razon de que siempre se habia hecho; sino tambien con ejemplo de otras iglesias, de las mas autorizadas, donde se toleraba. Qué? decia el pueblo: ¿por ventura no fueron doctos y pios nuestros antiguos prelados? Los que toleran en sus iglesias esta costumbre, ¿serán dignos de censura? Si se practicó tanto tiempo sin repugnancia, ¿por qué no ahora? Si la toleran en sus iglesias otros prelados de superior autoridad, ¿por qué no se ha de tolerar en la nuestra? Estas razones tan fuertes para el mundo, expuestas con la mayor viveza, confirmadas naturalmente con el crédito de no pocas almas virtuosas, que á título de una piedad mal entendida seguirian la costumbre, bien que con la moderacion que les prescribiera su cristiana virtud, no fueron capaces de contener el zelo de Agustino. Excusó á los prelados antiguos y modernos con prudentes motivos; disipó con invencibles argumentos los que se le oponian; demostró la obligacion indispensable de abstenerse de tales convites; y siguiendo el ejemplo del Redentor, que con tanta firmeza se opuso á la profanacion de la casa de Dios (1); como muro de bronce se opuso Agustino á la profanacion de la iglesia. Declamó, gimió, lloró, y no cesó hasta conseguir la deseada victoria, tan completa, que convirtió la repugnancia tenaz en serio arrepentimiento y en amargas lágrimas, quedando desde entónces desterrada para siempre la inveterada costumbre. ¡Qué triunfo mas glorioso de la sagrada elocuencia! que zelo mas fervoroso y solícito!

Se mostró este con igual solícitud y felicidad en otra costumbre, acaso mas detestable, de una ciudad de África, donde para satisfacer los deseos del propio prelado predicó Agustino segun acostumbraba. Solia en ella el pueblo en cierto dia ó dias

(1) *Matth. c. 21. v. 12.*

del año divertirse con un espectáculo cruel, mas digno de fieras que de hombres, arrojándose piedras unos contra otros, amigos, parientes, hermanos; de que resultaban heridas y muertes funestas, que debieran llorar los mismos que con deleite y aplauso las causaban. No pudo mirar Agustino tan bárbara ferocidad ni con indiferencia, ni con ojos enjutos. Aplicó contra ella toda la fuerza de su ingenio en un sermón; y á pesar de las hondas raíces de aquella costumbre, y del empeño que se hacia en sostenerla, logró con un sermón lo que no se habia podido lograr hasta entónces, exterminándola para siempre.

Tan fervoroso se mostró el zelo de Agustino, tan poderosa fué su elocuencia, tan felices fueron los efectos de la divina palabra propuesta por aquel fidelísimo ministro; tan digno es de nuestra imitación su ejemplo, nunca mas que en estos infelices tiempos, en que abortó el infierno tantas lenguas y tantas plumas, que derraman sobre la tierra con asombroso conato el veneno de perniciosas doctrinas. Estas encendieron contra sí el zelo de Agustino, y ellas deben inflamar el nuestro para contener la corriente de los males que resultan de sus rápidos progresos. Procuremos pues, hijos y hermanos míos carísimos, imitar el ejemplo de Agustino con particular esmero. Imitémosle con mas cuidado los que por divina disposición somos llamados al ministerio de la divina palabra, y á la instrucción del cristiano pueblo. No permita Dios que seamos como la infeliz higuera que mereció por su esterilidad la maldición de Cristo (1). No seamos árboles infructuosos, que haciendo vana pompa de su frondosidad y hojarasca, carecen del precioso fruto, para el cual fueron puestos en la viña escogida del gran Padre de familias (2), y se nos puedan echar en rostro las gravísimas palabras: ¿por qué ocupáis el sagrado lugar, que con mas justicia ocuparían fieles ministros (3)? Apliquémonos al bien de la Iglesia y de los fieles con tanto conato, que se pueda decir con razón de nosotros lo que de sí mismo decia el Salmista (4), que somos como el fértil olivo plantado en la casa del Señor. Si, como el fértil olivo que da todo el aceite necesario para iluminar el pueblo, para encender los pechos en la caridad, para guiar á los mortales por el verdadero camino de la gloria celes-

(1) *Matth. c. 21. v. 19.* (2) *Luc. c. 13. v. 6 et seqq.*

(3) *Ut quid etiam terram occupat. Ib. v. 7.* (4) *Psalm. 51 v. 10.*

tial. A este fin se dirigieron todos los conatos, todo el estudio, todas las tareas de Agustino; y este debe ser el fin de nuestras operaciones, si queremos manifestarnos dignos ministros de aquel Señor que vino al mundo para iluminarle y salvarnos.

Vos, ó Padre y maestro amantísimo, que nos disteis para esto el mayor ejemplo, alcanzádnos con vuestra poderosa intercesión los auxilios de la divina gracia, de aquella gracia de que fuísteis invicto defensor; alcanzádnosla particularmente á los que hacemos gloria de ser vuestros hijos y devotos, para que siguiendo no ménos vuestras pisadas, que vuestra doctrina, logremos la dicha de acompañaros en el cielo por toda la eternidad. Amen.

SERMON

DE SAN AGUSTIN.

(DE GONZÁLEZ.)

Sicut exhibuistis membra vestra servire immunditiae, et iniquitati ad iniquitatem, ita nunc exhibete membra vestra servire justitiae in sanctificationem.

Como para maldad ofrecisteis vuestros miembros que sirviesen á la inmundicia y á la iniquidad, así para santificación ofrecéd ahora vuestros miembros, que sirvan á la justicia.

A los romanos, c. 6. v. 19.

Si los objetos verdaderamente grandes reclaman como de justicia los grandes talentos para formar su apología, no ha sido pequeña mi temeridad, al aceptar la comision en que me hallo empeñado. Mi decidido afecto, mi gratitud al héroe, cuyas virtudes celebramos, ha precipitado mi resolución, sin dejarme comparar el peso que tomaba sobre mí, con la debilidad de mis fuerzas. Oh! ¿qué podré yo decir de un sabio, de un cenobita, de un obispo, de un prodigio de virtud, de un Agustín, en cuyo elogio se han ejercitado todos los talentos de dentro y fuera del catolicismo, habiéndole dado uno solo los honoríficos títulos de Padre de los Padres, maestro de los doctores, igual á los apóstoles en el celo, á los profetas en el conocimiento de los misterios, á los ángeles en el fervor de la caridad; y ya que no igual, semejante á Jesucristo en la santidad de su vida? Qué podré yo decir de un Agustín, cuyo panegírico se ha formado de intento por los vicarios de Jesucristo, y por la misma Iglesia reunida en los Concilios, sin que se crea por eso, que los elogios han llegado á igualar á su mérito?

Al recordar todo esto, me digo á mí mismo, lleno de confusión y cobardía, ¿es este aquel orgulloso filósofo, aquel hijo ingrato y rebelde, aquel inconsiderado escéptico, aquel insensato maniqueo, aquel jóven licenciado y abandonado que, agita-

do por las mas vergonzosas pasiones, camina sin freno por la senda de la perdicion? Ah! el mismo es sin duda, aunque milagrosamente trasformado. Feliz trasformacion! en ella se manifiesta con mayor brillo el omnipotente influjo de la divina gracia; con ella se consolida mucho mas la prudente confianza que debe animar á los pecadores, para que busquen su felicidad por medio de la penitencia: y ved ya declarado en esto el objeto de mi oracion; pues me ceñiré á esta idea, como la mas sencilla é interesante al mismo tiempo para nosotros, y como la mas humilde y agradable al héroe que voy á presentaros como modelo de la verdadera penitencia.

Me avergüenzo seguramente solo al pronunciar desde la cátedra sagrada el nombre de un orador tan consumado. Oh! ¡si me fuera posible imitar siquiera el ménos perfecto de los panegíricos con que él celebró las virtudes y glorias de otros santos! pero me conozco destituido de todas las cualidades que le hacen tan recomendable entre los justos apreciadores de su mérito.

Sin embargo, gran Dios, yo sé que sola vuestra sabiduría pudo hablar por los labios de Agustino; que él nada pudiera sin vuestra gracia; y que esta no depende de las disposiciones naturales del hombre: dignaos pues concederme la que necesito, para promover vuestra gloria y la edificación de este cristiano auditorio, recordando las virtudes de vuestro siervo. Así os lo pedimos por la intercesion de vuestra madre santísima. *Ave Maria.*

¡Qué sábia es la providencia de Dios, y por qué medios tan contrarios, al parecer, dispone las cosas á la consecucion de sus altísimos fines! Nada mas malo que el pecado, y no obstante, sin que nunca pueda querer el Señor que lo cometan los hombres, convierte los desórdenes, á que estos se abandonan por su propia malicia, en ocasion y fuente de beneficios espirituales para los mismos pecadores y para los demas hombres. ¡Qué humildad, qué desconfianza de sí propio; qué conocimiento y amor á la bondad infinita; qué tierna compasion á sus hermanos no proporcionó á san Pedro su execrable negacion! Hubiera aspirado jamas la Magdalena á un grado tan sublime de amor de Dios, si no hubiera palpado las bondades de este Señor, que le perdonó tan graciosamente sus enormes y escandalosas torpezas? Agustín...

Pero qué voy á hacer! en el dia destinado para celebrar las glorias de este santo me será permitido hacer un recuerdo individual de los desórdenes que en cierto modo pudieran oscurecerlas? Ah! no temáis que abusando sacrilegamente del sagrado lugar que ocupo, y del santo ministerio que ejerzo, profiera expresiones que puedan servir de escándalo á las almas inocentes que me escuchen, y á las que deseo y estoy obligado á edificar con mis palabras. Usando pues de la mayor circunspeccion, os diré que Agustin fué pecador; un pecador insigne. Su orgullo, y el funesto deseo de una total independenciam oscurcieron su entendimiento hasta el punto de precipitarle en los mas groseros errores, en una herejía absurdísima, en una duda universal, en extremo indecorosa á la razon; y como es consiguiente, á pesar de las protestas de tantos hipócritas reformadores, encendieron en su corazon el voraz fuego de la lascivia, que le condujo al goce de los mas vergonzosos placeres. En vano le instruye, le exhorta y amonesta una madre digna de mejores hijos: en vano le sigue á todas partes, atropellando por mil trabajos y peligros, con el fin de salvarle de otros mas terribles aún: en vano, al ver frustradas sus piadosas diligencias, se deshace en un amargo llanto, lamentando angustiada la ceguedad de su amado hijo, y pidiendo con las mas vivas ansias al Señor le envíe su gracia, para que pueda desengañarse y convertirse: en vano... Pero el Señor ¿ha tenido jamas corazon de piedra ó de bronce, que no se ablande con las lágrimas de un alma poseída de la verdadera caridad? ¿Podria un Dios de amor cerrar las puertas de su misericordia á los ruegos que se le dirigian por una madre tierna y piadosa, implorando el remedio á tan deplorable desgracia? Las oraciones continuadas del justo ¿podian ser estériles en la presencia de un Dios, que no sabe desechar los ruegos de los mas obstinados pecadores?

Adorable Providencia! tú has permitido los extravíos de este jóven inconsiderado, para que palpe la debilidad de la razon, la futilidad y miseria de los bienes del mundo, la dependencia inseparable de la idea de criatura, la absoluta necesidad de buscar en el Bien infinito la quietud, que no pueden proporcionarle todos estos bienes limitados, efimeros, aparentes, estos verdaderos males: tú consentiste que Agustin fuera un gran pecador. Ah! preparabas en él á tu Iglesia el mas sabio maestro y el

defensor mas acérrimo de tu gracia; y era conducente al efecto, que experimentara en sí mismo la deliciosa suavidad, el poder irresistible de su influencia. ¡Qué voz tan encantadora diriges á su corazon, que le derriba como á Saulo; le desengaña, le humilla, le trasforma; le arranca de entre las garras del Dragon infernal; rompe las duras cadenas del error que le aprisionaban, y le gana completamente para la Religion y la virtud!

Enjuga tus lágrimas, atribulada Mónica; cálmese tu agitacion; pon fin á tu congoja: es poco; conviértase tu pesar en indecible júbilo, y dá las mas rendidas gracias á este padre bondadoso, á cuya dichosa casa ha vuelto ya este Pródigo reconocido. Mirale; no dudes que es el mismo: mirale postrado á los piés del célebre obispo de Milan, abjurando sus errores; detestando sus extravíos; renunciando á todo lo temporal y perecedero; pidiendo con ansia y recibiendo con indefinible satisfaccion el baño salutífero que le libra de la muerte, y le asegura el derecho á la verdadera vida. Oye para tu consuelo el célebre himno, con que uno y otro tributan al Señor las gracias por un beneficio tanto mas apreciable, cuanto ménos merecido era.

Ya se fijaron sus ideas: su entendimiento desterrando el error y las dudas, se abrazó estrechamente con la verdad; con esa verdad de la que será en lo sucesivo el maestro mas celoso y el apologista mas elocuente. Su corazon, desprendido ya de cuanto pudiera fomentar ó halagar sus pasiones, se ha decidido de un modo irrevocable por el partido de la virtud, de que será el predicador mas infatigable y el modelo mas perfecto. Ya dejó de ser el Agustin pecador, y se ha convertido en un dechado de la verdadera penitencia. Su conversion no es aparente, variable, sospechosa: jamas, jamas volverá á tragar el mortífero veneno del crimen, de que afortunadamente se ha descargado por un vómito saludable. No deja los vicios, porque le inhabiliten para continuarlos la enfermedad ó la vejez, y con el perverso designio de reemplazarlos con otros mas proporcionados á su situacion. Despues de haberse entregado al desórden en su juventud, no se dará por satisfecho con un recogimiento forzado, y con una fútil y sacrílega exterioridad de devocion: Agustin está bien persuadido á que la penitencia es una parte de la mas exacta justicia, por la que se deben resarcir completamente los daños que se han irrogado, reparar el honor que se ha vuel-

rado, y satisfacer las injurias con que la divina Majestad ha sido ofendida: sabe muy bien que, segun las expresiones del grande Apóstol (cuya vida es al vivo retratada en la suya, y cuya lectura forma sus mayores delicias), así como el pecador hizo servir al vicio todos sus talentos y miembros, así el penitente está en obligacion de emplearlos todos en el ejercicio de la virtud: lo sabe, y en esta persuasion se decide por la penitencia. Abandona para siempre los caminos de la iniquidad, y corre precipitado por la senda de la virtud. Se avergüenza, se contrista al recordar sus antiguos crímenes: sus tiernos y continuados suspiros, sus abundantes lágrimas, sus amorosos coloquios con el Señor, su retiro, su privaciones, todas sus obras dan un testimonio nada equívoco del agudo pesar con que le atormenta la memoria de las culpas, con que ha ofendido á un Dios, que nunca podrá ser amado como merece su bondad infinita. Oh! no habia sacrificio á que no se sujetase, para reparar el honor ultrajado de la Majestad divina; pero el hombre, el pecador ¿será capaz de dar una reparacion semejante?

Esta sola consideracion le haria desmayar, si no profesara á su Dios un amor tan vehemente; si no confiara en su generosidad sin límites; si no tuviera pruebas tan palpables de la infinidad de su misericordia. Con esta confianza se alienta, se resuelve, emprende cuanto le sea posible en obsequio de su Dios; á cuyo fin se consagra á él todo entero, y por todos los momentos de su vida. Aquella razon, orgullosa é idólatra de sí misma, se somete, se humilla, reconoce la inefable veracidad de un Dios que ha tenido la dignacion de hablar á los hombres; se persuade á que es incomparablemente mayor la esfera de la omnipotencia divina que la de la limitada comprension del hombre; hace callar los gritos de su ignorancia; cree con firmeza, estudia con ansia, explica con claridad, y defiende con teson los misterios mas oscuros y difíciles, las verdades mas intrincadas é incomprensibles de la Fe. Consagra su estudio y todas sus fuerzas á combatir el error mismo que habia él abrazado, y á desengañar á tantos infelices, que eran arrastrados al abismo de la perdicion entre las densas tinieblas de la incredulidad. Sus admirables talentos, su rara erudicion, sus extraordinarias virtudes, á pesar de la vigorosa resistencia que opone su profunda humildad, le conducen al santuario; le elevan al sacerdocio; le subliman al pontificado. Entónces, no de otra manera

que, al presentarse el sol en el horizonte, desaparecen de improviso las tinieblas, dejando iluminada y reanimando á toda la naturaleza; así al colocarse en la Iglesia este astro luminoso, se disipan completamente, huyen precipitados y como desparvoridos todos los errores, y aparece la verdad en todo su brillo y esplendor.

Retiráos, insensatos idólatras, retiráos á ocultar vuestra confusion en el abismo; vuestros débiles ojos quedarán enteramente deslumbrados á presencia de la luz que se difunde por los libros que él intituló *De la ciudad de Dios*. Abatid vuestro orgullo, filósofos soberbios; todos vuestros sofismas quedaron desvanecidos en el *Tratado de la verdadera Religion*. Desventurado Arrio, impíos Macedonio y Sabelio; no tengáis la osadía de comparecer donde quiera que haya noticia del admirable libro *De la Trinidad*. Huíd luego, maniqueos sofistas, si no queréis exponeros á sufrir la misma suerte que vuestros dignos jefes Fausto y Félix. Pensáis todavía, Donato y Novaciano, atizar el fuego de la discordia, y rasgar la túnica inconsútil de Jesucristo, despues que ha visto la luz pública el libro *De la unidad de la Iglesia*? Hipócrita Pelagio! ¿osarás dirigir aún tus tiros contra la gracia del Redentor, cuando Agustino te ha quitado ya la máscara; ha demostrado la monstruosidad de tu secta, y opuesto demostraciones irresistibles á las sofisticas y fútiles cavilidades del astuto dialéctico Juliano? Y para decirlo de una vez, ¿qué herejía, qué cisma, qué errores ha habido en su siglo, en los anteriores y en los siguientes, que no se hayan desvanecido con la doctrina, con el celo, con la erudicion de san Agustín?

Mucho es lo que puede decirse de su infatigable trabajo por aclarar en el modo posible los misterios, proporcionar algun conocimiento de ellos á la capacidad de los mas ignorantes, y exhortar á todos los hombres al ejercicio de una sólida virtud; mucho, repito, pudiera decirse; pero ¿á qué acumular elogios sobre los que le han prodigado tantos sabios, tantos Padres de la Iglesia, tantos vicarios de Jesucristo, toda la Iglesia congregada en los Concilios, y hasta los herejes mismos á pesar del odio encarnizado que le profesan? ¿Qué testimonio mas auténtico pudiera darse del sumo aprecio que se ha merecido este santo Doctor, que el que positivamente han dado los mas disimulados y perjudiciales de sus enemigos, que para ejercicio de

Los creyentes inundan y persiguen la Iglesia del Salvador; los ansenistas, digo, que para diseminar por el mundo sus errores, quieren hacerlos pasar como hijos del ingenio de Agustín?

Hombres iniecos, infatuados filósofos, llenos de dolo é hipocresía; sois discípulos ciegos de Agustín? ¿No está bien manifiesto en sus profundos é inmensos escritos el modo que tuvo de combatir el arrianismo? ¿No habéis leído en alguna de sus páginas, *habló Roma, habló el vice-Dios en la tierra; la causa es concluida?* Y no obstante haber pronunciado Roma innumerables veces la condenación de vuestras impiedades, vosotros la despreciáis, sin que sus horrendos anatemas hayan producido en vosotros la mas leve impresion. Si para discernir entre el error y la verdad recusáis todos los jueces admitiendo solo la Escritura; ¿podéis ignorar que Agustino decia terminantemente: *Ego vero Evangelio non crederem, nisi me Ecclesie catholice moveret auctoritas?* Hé! quitáos ese disfraz, que no puede servir de otra cosa que de manifestar hasta la evidencia vuestra perfidia, porque quedando descubierta esa furiosa diabólica soberbia que abrigáis en vuestros corazones, que os domina, que os abrasa, es imposible que pudierais pasar por otros Agustinos, que son el dechado de la humildad.

De la humildad! Sin detenernos á escuchar los elocuentes discursos de los innumerables panegiristas de este santo, que aseguran sin el menor recelo, que nadie le ha llevado ventaja alguna en la práctica de esta sublime virtud; es indudable que miraba con menosprecio, y aún con aversion, los honores, suponiéndolos incompatibles con la enorme vileza en que le habia sumergido su pecado: que se creía indigno hasta del escaso y grosero alimento que se veía precisado á tomar para conservar su existencia, al mismo tiempo que llegaba su generosidad al extremo de vender los vasos sagrados, para remediar con su valor las necesidades de sus hermanos; que descargando continuamente sobre sí los golpes de la mas austera penitencia, le parecia poco, nada, comparado con el número y gravedad de sus culpas; que... pero es imposible referir en un breve discurso las innumerables pruebas de su humildad. Los libros de sus *Retracciones* y los de sus *Confesiones*, obras de un mérito inconcebible, que ni tuvieron modelo que imitar, ni han tenido, acaso tendrán copia que las imite; estas producciones originales han sido, son y serán justamente consideradas por todos

los que saben apreciar su mérito, como una prueba evidente de lo mas sublime, de lo mas prodigioso, de lo mas heróico de la humildad.

Qué confusion para nosotros, espíritus soberbios, que tanto y con tan diabólico disimulo nos vanagloriamos del don de Dios, que acaso, acaso, no tenemos; que con unos labios falaces é hipócritas publicamos, afectando rubor y confusion, nuestra indignidad, nuestra vileza, siendo así que se encienden en nuestros corazones el furor, la ira, la rabia, la desesperacion, apénas alguno de nuestros hermanos, movido de una santa caridad, nos advierte los defectos que tanto nos envilecen en presencia de Dios y del mundo! Pero no es extraño, porque nosotros estamos poseídos del amor propio, y Agustín lo estaba del amor de Dios: este era el blanco de todos sus pensamientos, deseos, ejercicios, penitencias y trabajos: este inundaba su corazón, poniéndose de manifiesto en todas sus acciones. Donde mas se deja advertir es en sus escritos: no es posible leer con atencion sus *Meditaciones*, sus *Cartas*, sin sentirse abrasado interiormente de aquel divino fuego que le inspiraba para escribirlos. Ni ¿qué otro objeto pudo proponerse en su predicacion nunca interrumpida, en las impugnaciones de tantas herejías, en la explicacion de todos los misterios, en la formacion de aquella admirable *Regla* que condujo tantos pecadores á la penitencia, tantos justos á la perseverancia, tantos tibios al fervor, tantos mundanos y sensuales á la soledad y al retiro; aquella regla que practicada con exactitud por sus hijos, y adoptada por los ajenos ha dirigido tantos monasterios; ha hecho amables la virtud á tantos cenobitas, la mas austera mortificacion á tantas vírgenes delicadas; ha suavizado, allanado, facilitado el camino del cielo, pasando de diez y seis mil las almas que por este medio han sido admitidas en aquel reino feliz; dejándolo expedito para todos los cristianos?

No puede haber la menor duda; el amor de Dios es el que dirigia todas las operaciones del grande Agustino; y su mas constante anhelo fué inspirárnoslo, para lo que se valió de todos los medios imaginables: á nosotros pertenece corresponder agradecidos á tan nobles deseos. Ofrezcamos en sacrificio al Señor todo cuanto poseemos, puesto que todo lo hemos recibido de su mano benéfica y liberal, imitando escrupulosamente la conducta del Agustín prodigiosamente convertido y penitente.

Amemos, como él, el retiro, la mortificación, el trabajo, la humildad : amemos á nuestros hermanos é inspirémosles el amor á Jesucristo. Vosotras con especialidad, las que por vuestra profesion os habéis impuesto una obligacion de seguir la regla de este prodigio de la gracia, de la penitencia, de la virtud, no os separéis un solo paso de la senda que él os ha trazado : mortificad incesantemente vuestras pasiones : sed humildes, pacientes, resignadas ; amad la pobreza ; amad al Señor : amaos á vosotras mismas : manifestad en vuestra conducta que aprendéis en la escuela de tan insigne maestro, que sois hijas de tan esclarecido padre, y seréis un dia eterno compañeras de la gloria de tan prodigioso santo. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA DE SAN AGUSTIN,

DOCTOR DE LA IGLESIA.

(DE TRONCOSO.)

Exiit vincens ut vinceret.

Salió victorioso de sí mismo , para despues continuar sus victorias.

Apocalipsis, c. 6. v. 2.

Glorioso es, al par que magnífico, el espectáculo que en todas épocas ha ofrecido la Iglesia á los ojos del hombre observador. Desde su misma cuna se nos presenta ya victoriosa de tantos y tan encarnizados enemigos que, circuyendo en su derredor cual canes famélicos, pretendian hacerla su víctima. Más de una vez se vió fluctuar la navicilla de Pedro en medio de las furibundas olas del error y de la mentira ; pero, sostenida siempre por el brazo del Omnipotente, regida por el aura suave del espíritu de verdad, perfeccionó su rumbo á través de mil escollos, y llegó al puerto, entonando himnos de triunfo y de victoria. En efecto, señores ; combatir siempre y siempre triunfar, tales fueron los destinos de la Iglesia desde su fundacion, y lo serán hasta la consumacion de los siglos ; y por mas que el averno brome y suscite mil y mil monstruos que la declaren la mas cruda guerra, su victoria no podrá ser dudosa, porque no puede serlo aquella palabra eterna consignada en el divino Código : « Yo estoy con vosotros, y con vosotros permaneceré hasta el fin de los tiempos : *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi* (1).

(1) *Matth. c. 28. v. 20.*

Amemos, como él, el retiro, la mortificación, el trabajo, la humildad : amemos á nuestros hermanos é inspirémosles el amor á Jesucristo. Vosotras con especialidad, las que por vuestra profesion os habéis impuesto una obligacion de seguir la regla de este prodigio de la gracia, de la penitencia, de la virtud, no os separéis un solo paso de la senda que él os ha trazado : mortificad incesantemente vuestras pasiones : sed humildes, pacientes, resignadas ; amad la pobreza ; amad al Señor : amaos á vosotras mismas : manifestad en vuestra conducta que aprendéis en la escuela de tan insigne maestro, que sois hijas de tan esclarecido padre, y seréis un dia eterno compañeras de la gloria de tan prodigioso santo. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA DE SAN AGUSTIN,

DOCTOR DE LA IGLESIA.

(DE TRONCOSO.)

Exiit vincens ut vinceret.

Salió victorioso de sí mismo , para despues continuar sus victorias.

Apocalipsis, c. 6. v. 2.

Glorioso es, al par que magnífico, el espectáculo que en todas épocas ha ofrecido la Iglesia á los ojos del hombre observador. Desde su misma cuna se nos presenta ya victoriosa de tantos y tan encarnizados enemigos que, circuyendo en su derredor cual canes famélicos, pretendian hacerla su víctima. Más de una vez se vió fluctuar la navicilla de Pedro en medio de las furibundas olas del error y de la mentira ; pero, sostenida siempre por el brazo del Omnipotente, regida por el aura suave del espíritu de verdad, perfeccionó su rumbo á través de mil escollos, y llegó al puerto, entonando himnos de triunfo y de victoria. En efecto, señores ; combatir siempre y siempre triunfar, tales fueron los destinos de la Iglesia desde su fundacion, y lo serán hasta la consumacion de los siglos ; y por mas que el averno brome y suscite mil y mil monstruos que la declaren la mas cruda guerra, su victoria no podrá ser dudosa, porque no puede serlo aquella palabra eterna consignada en el divino Código : « Yo estoy con vosotros, y con vosotros permaneceré hasta el fin de los tiempos : *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi* (1).

(1) *Matth. c. 28. v. 20.*

Para evidenciar esta verdad, no es necesario mas que recorrer la dilatada serie de siglos que vienen trascurriendo, desde que esta columna y firmamento de la verdad fué basada sobre la roca inmóvil Cristo Jesus. Sobre esta roca vinieron á estrellarse los impetuosos embates del ábrego enfurecido. La idolatría, el error, la herejía, el filosofismo con sus miserables sectarios hallaron su sepulcro á los piés de ese gran coloso, contra quien las férreas puertas del infierno en vano intentaron prevalecer. Si en los tres primeros siglos del cristianismo la Iglesia hubo de gemir sobre las profundas heridas que en su seno abrieron una multitud prodigiosa de hombres, que aguzando sus dientes de áspid no dudaron vomitar por do quier el mortífero veneno del error; tambien se vió llena de regocijo, al ver el celo intrépido de mil atletas invencibles, que saliendo á la arena y luchando denodadamente por la verdad, supieron hacer de sus mismas heridas otros tantos trofeos gloriosos, que ornaron majestuosamente las sienas de esa hija del cielo. Si hubo Neronés, y Tiberios, y Dioclecianos, y Calígulas, y Maximianos; si hubo nicolaitas, y cerintos, y marcionitas, y arrianos, y maniqueos, y pelagianos, tambien hubo Justinos, hubo Tertulianos, hubo Orígenes, hubo Eusebios y Teodoretos, y Atanasios, y Gerónimos, y Agustinos... Qué dije? Mi lengua ha pronunciado involuntariamente el nombre del héroe incomparable, que hoy celebra la Iglesia santa. Agustino!... Iglesia!... nombres inseparables! Gloríate, hija de Sion! llénate de júbilo, hija de Jerusalem! Hé aquí aquel muro de bronce destinado á defender á Israel contra la osada impiedad del jebuseo, del filisteo y del tenaz amalecita. Prepare el infierno sus huestes formidables; Agustino, cual macabeo invencible, saldrá á la lid, defenderá tus intereses, ahuyentará tus adversarios, sostendrá el templo, restaurará el altar, y será un fanal precioso, que esparcirá en todo el universo las brillantes luces de la verdad.

Tal es, señores, el carácter majestuoso, bajo el cual se presenta mi héroe en el seno de la Iglesia católica. Muchos fueron sin duda los hombres grandes, á la par que ilustrados, que, esparciendo los luminosos rayos de su ciencia y de sus virtudes en ambos hemisferios, sostuvieron con gloria el honor de la Religión católica y los intereses de la Esposa del cordero. Respectable es cuanto bella esa cadena de talentos sublimes, de ingenios singulares, de almas grandes y generosas, cuyas pági-

nas, no ménos que sus hechos heróicos, immortalizaron sus nombres y transmitieron incorruptible su memoria á la mas remota posteridad. No obstante, sin hacer injuria al mérito personal, sin pretender menguar en lo mas mínimo la gloria de esos astros brillantes, séame permitido decir, que Agustino, cual astro de primera magnitud, merece un lugar muy distinguido en los fastos de la Iglesia. Los servicios inmensos que este hombre célebre prestó á la Religion, están allí marcados con páginas de oro; y la caducidad de las cosas humanas, y la fuerza irresistible del tiempo, léjos de disminuir en nada el honor debido á sus hechos heróicos, cada día los hace mas apreciables, y mas útil y provechosa su doctrina.

Fuerza es fijar nuestra atención en los medios de que se valió la Providencia del muy Alto para establecer en su Iglesia este astro brillante, si es que hemos de conocer en toda su extensión el mérito singular que le caracteriza. Son tan raros, tan originales, tan fuera del órden natural, que solo pueden caber en la mente de aquel cuyos designios son incomprendibles; mas no por eso son ménos á propósito para conseguir el éxito que se propone sobre sus escogidos. Ya en otro tiempo, de un Saulo tenaz perseguidor de su Iglesia santa, supo el Señor hacer un vaso de eleccion, que llevase su nombre adorable á las naciones, y le predicase en presencia de los monarcas de la tierra. ¿Qué extraño pues, que en los siglos posteriores haya renovado los prodigios de su gracia, haciendo nacer la luz del seno mismo de las tinieblas? Lo hizo pues, católicos, y de tal manera, que del caos profundo del error hizo brotar una fuente perenne de luz y de verdad. Tal es Agustino: la obra de la gracia, y triunfo de la gracia, el cautivo de la gracia, y el doctor y defensor de la gracia. Ved ya enunciado mi pensamiento. Voy pues á proponeros como asunto de vuestra atención en este discurso la siguiente proposición: la verdad triunfando de Agustino, le hizo el mas victorioso defensor de la verdad y de la Iglesia. *Exivit vincens, ut vinceret.*

¡O Espíritu divino, que con tanta fuerza te insinuaste en el corazón de Agustino, que le hiciste triunfar de sí mismo con tu gracia, para despues hacerle vencedor de los enemigos de la verdad y de tu Esposa inmaculada! séante hoy aceptables mis plegarias, y dignate infundirme tus luces, para poder dignamente elogiar á este grande héroe, columna y baluarte de la

Religion católica. Si mis culpas desmerecen tus auxilios, no los rehusarás á la intercesion poderosísima de aquella Virgen que fué tu sagrario y tu templo. Á ella intereso yo en mi favor; y al efecto, uniendo mi voz con la de mis oyentes, la saludo con las sublimes expresiones del arcángel Gabriel: *Ave Maria.*

REFLEXION ÚNICA.

Si hubo un tiempo en que la verdad parecía estar esclavizada y ahrojada con duras cadenas, fué sin disputa en aquel siglo en que, mancomunados los errores del paganismo con los sofismas de la filosofía, unidos á estos los de los donatistas, pelagianos y maniqueos, parecían haber obstruido todas las vias que conducen á conocerla. Las doctrinas de estos últimos eran las mas abominables. Creían que habia dos principios eternos, uno del bien y otro del mal, que como dos divinidades contrarias luchaban continuamente en el corazon del hombre. En este habia, segun ellos, dos almas; una que le inclinaba á la justicia, y otra que le determinaba al pecado. El hado, la fatal necesidad era en su concepto el móvil de todas las acciones humanas; y el pecado era mirado como una desgracia, pero en manera alguna como un crimen.

En medio de tamaños errores, nació Agustin á la luz de este mundo. Su ingenio sublime, su entendimiento perspicaz y un espíritu claro y penetrante, le hicieron desde su infancia la admiracion de sus contemporáneos. Un deseo ardentísimo de saber le arrastra á lanzarse con avidez en la carrera de las ciencias humanas y filosóficas. Ninguna dificultad se resiste á su comprension; todo lo allana, todo lo penetra. Hubiérase dicho que Agustin inventaba las ciencias, segun la facilidad con que las aprendía.

Pero hay una ciencia que hincha, segun el lenguaje del Apóstol; y tal fué para Agustin la que aprendió en los escritos de los filósofos. Ensoberbecido con sus vastos y profundos conocimientos, la simplicidad de los Libros santos le causaba náuseas insufribles. Abandonó pues las fuentes de la verdad; y por una permission del Señor que queria abatir su altivez, vino á caer en los abismos de la mentira y del error. Ved ya á Agustin sumido en el profundo caos del maniqueismo, y víctima de

las mas vergonzosas pasiones. Qué estado tan lastimoso! Oíd como él se pinta á sí mismo en el libro de sus *Confesiones*: «Creía yo, Dios mio, que no era yo quien pecaba, sino que era una naturaleza extraña la que pecaba en mí. Por infiel y orgulloso que fuese, sentia cierta complacencia en imaginarme que yo jamas era culpable. Os ofendia sin implorar vuestra misericordia, y buscaba en mí mismo mi propia justificacion, atribuyendo mis faltas á no sé que principio distinto de mí. Yo no era la verdadera causa de mi ceguedad; y mi pecado era tanto mas incurable, cuanto mas engañado vivia, lisonjeándome de no ser yo el autor de mis propios desórdenes.»

Tal era el estado de Agustin. Anhelando los placeres y adormecido en los brazos del deleite, en vano una madre tierna derramaba amargas lágrimas para atraerle á las vias del deber; en vano sus amigos reiteraban sus amorosas amonestaciones; en vano su mismo corazon le hacia experimentar las amarguras de unos placeres insensatos, en pos de los cuales corria precipitado. Ah! su alma experimenta una lucha la mas terrible y amarga. Ama el error, pero no aborrece la verdad; corre por caminos extraviados, y no obstante desea caminar al sumo Bien. ¡Cuántas veces se esfuerza á salir de sus pasiones! ¡cuántas determina romper los lazos que le aprisionan! pero sus pasiones le hablan al corazon un lenguaje seductor. «¿Es posible, le decian, que nos has de abandonar?» y Agustin se dejaba aprisionar de nuevo. «Ya no estaba yo sujeto á errores,» dice de sí mismo, «y todavía no era yo del partido de la verdad; y aunque la Iglesia no se me representaba ya como vencida, con todo eso no podia resolverme á reconocerla por vencedora.»

Gran Dios! ¿habrás de abandonar á Agustin para siempre en los caminos del error? No, católicos; la providencia adorable del Señor tiene premeditado un triunfo tanto mas admirable cuanto mas inesperado. La verdad vencerá á Agustin, para que despues triunfe por él la verdad. Fuerza es que experimente lo que puede la gracia del Señor en el corazon del hombre, aquel que está destinado á ser el mas acérrimo defensor de la gracia.

Llegado es el momento; Agustin escucha una voz que no solo hiere sus oídos, sino que penetra en el fondo de su corazon. *Toma y lee!* le dice el Señor, en ocasion que se hallaba sumergido en los mas profundos pensamientos, teniendo á su

lado las Epístolas de san Pablo. Levántase Agustín asustado y medroso; y tomando en sus manos aquel terrible volúmen en que estaba escrito su juicio, ábrele, y lee aquellas sublimes palabras: « Andemos con decencia y honestidad como se suele andar durante el día; no en comilonas y embriagueces, no en deshonestidades y disoluciones.... Mas revestíos de nuestro señor Jesucristo, y no busquéis cómo contentar los antojos de vuestra sensualidad (1). » ¡Qué mudanza experimenta el corazón de Agustín con la lectura de este corto período! Apaciguense al punto sus inquietudes, disípanse sus tinieblas, se ilustra y purifica su corazón, su fe se afirma, y venciendo sus pasiones, queda hecho el triunfo de la verdad. *Exivit vincens, ut vinceret.*

Venciste, Señor, venciste! Ya Agustín es un nuevo hombre: de hoy mas vuestra Iglesia puede contar con un defensor intrépido, que sabrá oponerse, cual muro de bronce, á los tiros de sus enemigos. Tal es en efecto, católicos, el destino de este hombre prodigioso. Delinear el incremento que de día en día recibía su virtud, referir los progresos que hacía en los caminos de la ciencia de Dios, no es posible. ¿Visteis aquellas aguas que, despues de haber caído desde la mayor elevacion de su origen por canales subterráneos hasta lo mas profundo de los valles, salen á borbotones de su prision, y levantándose con ímpetu hácia el cielo, tanto mas se remontan, cuanto mas habían bajado hácia la tierra? Pues no de otro modo, llenó Agustín del espíritu del Señor, tanto mas se elevó por sus virtudes, cuanto mas se había abatido por los desórdenes de su vida. Y ¿quién será capaz de comprender su elevacion en la ciencia de la Religion? ¿Hubo alguno que como Agustín expusiese todos los dogmas, probase todos los artículos, tratase las cuestiones mas difíciles? No hay parte alguna de la teología, en donde no se halle á Agustín como maestro y como guía. La existencia y unidad de Dios, la trinidad de las personas, la divinidad del Verbo, la sabiduría de la Providencia, la verdad de la Fe católica, la justificacion del hombre, la necesidad y el influjo de la gracia, la autoridad de la Iglesia, todo en fin cuanto han dicho y discurrido los mas sutiles y profundos teólogos, lo dijo y discurrió Agustín; y con tanto nervio, y con tal copia

(1) Rom. c. 13. v. 13 et 14.

de argumentos, y con racionios tan convincentes, que como ha dejado escrito un célebre orador de nuestra patria, « bien así como todas las luces que se habían esparcido y derramado en los tres primeros días de la creacion, fueron reunidas al cuarto día en un cuerpo de luz llamado sol; así tambien parece que las luces de la verdad, que estaban como dispersas y repartidas en diversos doctores por los primeros siglos de la Iglesia, se recogieron y reunieron todas en Agustín. »

Salga ya á la liza la herejia; suscite el averno al orgulloso Pelagio; renueven su furor los donatistas; griten los arrianos...; Agustín se presenta para defender la Religion contra todos estos monstruos, esgrime la espada de la palabra, arguye, combate, confunde sus sofismas, y de todos sale victorioso. Diríase que él se multiplicaba á medida que crecían las necesidades de la Religion. Cien veces levanta la pluma de una obra para aplicarla á otra que pide mas urgencia, y otras tantas vuelve á continuar su primer trabajo con igual celo y con la misma solicitud. Agustín no conoce el reposo: el celo de la casa de su Dios le devora. Observa continuamente á los herejes, descifra sus efugios, estudia sus costumbres, descubre sus artificios, sigue sus huellas en todas direcciones, convoca conferencias, solicita la reunion de Concilios, consulta á Roma, insta á los sumos pontífices para que confirmen las decisiones de la Iglesia de África, viaja sin cesar, ya está en Italia, luego en Cartago, despues en Hipona, y siempre adonde los intereses de la Iglesia reclaman su presencia.

El eco de la fama de Agustín se extiende hasta las extremidades del orbe. El gran Jerónimo, sabedor desde los desiertos de la Palestina de lo que este acérrimo defensor de la Fe trabaja por la gloria del Señor, se llena de gozo, le da el parabién, le escribe, le honra y confiesa, que nada le queda que añadir á lo dicho por Agustín. ¡Tanta era y tan universal la opinion de sus inmensas luces! Y ¿juzgáis que estos elogios puedan ser capaces de engreír el corazón de este hombre singular? No, católicos, porque en medio de sus glorias jamas apartará un momento la vista de sus pasados extravíos. Este es á mi ver el mayor triunfo que nuestro santo consiguió contra el mayor de sus enemigos. En efecto, el orgullo de los hombres del mundo les hace hallar el secreto de levantar arcos triunfales, y erigir estatuas que sirvan de eternos monumentos á sus hazañas, para

recibir del arte una especie de inmortalidad que á ninguno concedió naturaleza. Ellos graban sobre el mármol y sobre el bronce las acciones ilustres de su vida, para hacer su vanidad tan duradera como las piedras y los metales que las conservan. Pero la humildad de Agustín le inspiró un medio de hacer eterna su penitencia, y de llorar aún despues de su muerte los desórdenes de su vida. El libro de sus *Confesiones* es á no dudarle el mayor portento de san Agustín. Allí se remonta hasta su infancia para examinar en ella los primeros efectos, y (digámoslo así) el origen y nacimiento del pecado, en la fragilidad y flaqueza de aquella edad. Allí llora los yerros y desvarios de su juventud, haciéndolos patentes y dejándolos expuestos á la noticia de todos los siglos. Allí aplica toda aquella comprension clara y penetrante que le dió naturaleza, para examinar y sondear los senos mas recónditos de su alma y sus mas secretas intenciones, hasta hallar y descubrir en sí los defectos mas leves, las imperfecciones mas ligeras, y acriminarlas como excesos abominables. Allí... ¿Mas qué, pretendo yo desentrañar todas las preciosidades de ese libro que ha inmortalizado la pluma de Agustín, al tiempo mismo que ha descubierto todo el fondo de su humildad profunda, de su caridad ardiente, de su virtud heroica? Ah! léedlo, católicos, y quedaréis íntimamente persuadidos de mi aserto.

Lleno pues del espíritu de ciencia y de humildad, empapada su alma, si así puede decirse, en un amor tan ferviente hácia su Dios, ¿cuál sería su exactitud en el cumplimiento de su ministerio pastoral? Instruir, argüir y defender, son los tres principales deberes de un obispo. Agustín instruye á los catecúmenos para prepararlos dignamente al bautismo; alecciona al sacerdocio en las funciones de su sagrado ministerio, y dirige el espíritu de las vírgenes del Señor por los caminos de la pureza y santidad cristiana. ¿Con qué fuerza, con qué energía no arguye á los enemigos de la Iglesia católica! En vano el pelagianismo se manifiesta á veces mas templado y ménos tenaz en sus errores; inútilmente afecta conformarse con la verdadera doctrina: Agustín arranca la máscara hipócrita de la simulacion, propone el dogma en toda su extension y con la mayor claridad, y hace ver cuánto distan sus máximas de las máximas de la Iglesia católica. En vano...; mas digámoslo, señores, de una vez. ¿Quién aniquiló las reliquias de la supersticion gentilica que habian

sobrevivido á la elocuencia de Tertuliano y al celo ardoroso de un Cipriano? Agustín. ¿Quién sepultó el maniqueísmo en el seno de un profundo olvido, de donde no se atrevió á salir sino despues de muchos siglos? Agustín. ¿Quién destruyó aquella terrible conjuracion de donatistas que dislocaba los cimientos de la Iglesia? Agustín. ¿Quién puso en claro la doctrina del libre albedrío, por tantos siglos controvertida por los sectarios del Monje británico? Agustín. ¿Quién en fin desterró aquel cisma pernicioso que dividia la Iglesia de África, y cuyos incendios amenazaban abrasar á todo el orbe católico? Agustín. De él ha dicho elocuentemente uno de los mas sabios ingenios del siglo de Luis XIV, que habiendo encontrado esta region casi toda cismática á su advenimiento á la silla episcopal de Hipona, la dejó á su muerte toda católica (1). *Exivit vincens, ut vinceret.*

Por último nadie como Agustín llenó los deberes del obispado, defendiendo los intereses de su esposa la Iglesia. Desvelábanle los peligros de la cristiandad, como si no debiese aplicar todo su cuidado á una grey particular, y al tiempo mismo miraba los intereses de aquella iglesia que le cupo en suerte, como si el recinto de su diócesis fuera el único objeto de su pastoral solicitud. De aquí su iglesia vino á ser el modelo de todas las demas. En ninguna otra floreció tanto la Fe; ninguna vió costumbres mas puras; en ninguna ardió tanto el fuego de la caridad; en ninguna se vieron ménos abusos: ninguna en fin contempló como ella en toda su magnificencia el culto del Dios de Sabaot.

No podia esperarse otra cosa de un celo, en que brillaban todos los caracteres del celo de Jesucristo. Discrecion, templanza, suavidad, prudencia, caridad, tales eran las cualidades del celo de Agustín. Si aborrece con toda su alma la herejía, no por eso ama ménos á los herejes, llorando sobre sus extravíos. Diganlo una multitud prodigiosa de sectarios homicidas, á quienes libertó del golpe que la cuchilla de la ley iba á descargar sobre sus cabezas. Si esgrime con energía la espada de la palabra contra el cisma, y persigue en todas direcciones los tortuosos caminos de este áspid venenoso, no por eso desea y procura ménos el reconocimiento de los cismáticos. Él los abraza, cuando se convierten, y dispone que logren entre los católicos

(1) *Neuville, Paneg. de S. Agustín. 2ª parte.*

el mismo lugar é idénticos honores á los que gozaban entre los de su secta.

¿Qué simpatías podrá hallar en el espíritu de Agustín el sordido interés? Ah! él no conoce otro sino el de su Religión y el de su Iglesia. Honores, dignidades, opulencia, fueron cosas desconocidas de aquel santo prelado. Que la Iglesia entera se alistase bajo sus estandartes; que todos los doctores católicos acudan á él para ensayarse bajo su magisterio al combate, y adiestrarse para la victoria; que sea mirado universalmente como el alma de los Concilios, el doctor de los doctores, la antorcha luminosa de la fe, el baluarte de verdad, y el oráculo infalible del orbe; nada de esto le mueve. El humo de estos incienso no es capaz de alucinar una inteligencia tan ilustrada, un alma tan grande, un corazón tan recto, un espíritu tan desinteresado. Mucho ménos todavía consiguió de Agustín la política del siglo: jamás negó al César lo que era del César; pero tampoco permitió se defraudase á Dios lo que es de Dios. ¿Hubiera él tolerado que se hubiesen conculcado los derechos é inmunidades de la Iglesia? ¿Hubiera callado como perro mudo, cuando el sacerdocio se mirase hollado por el Imperio? ¿Hubiera contemplado con los que, sin ser llamados á regir y gobernar la Iglesia de Jesucristo, se hubiesen ingerido á reformar la disciplina canónica? Y cuando la autoridad del sucesor de Pedro se hallase vilipendiada con avilantez por hijos espúreos, ¿no hubiera gritado fuertemente contra tamañas demasías? Pero esto, señores, me conduciría tal vez á una multitud de consecuencias que no agradarían mucho al siglo en que vivimos. Á este siglo, sí, estaba reservado el llorar desgracias que no se conocieron en tiempo de Agustín; porque entonces había mas firmeza, y mas carácter, y mas catolicismo... Señor! vos lo sabéis bien; vos no ignoráis la verdadera causa de los males que acongojan á nuestra Iglesia. ¡Y pluguiese al cielo que solamente tuviésemos que llorar lo pasado! Mas ay católicos! qué porvenir tan infausto se nos presenta! Nada vemos al través de las ennegrecidas sombras que de lejos apercibimos, sino ayes, lágrimas, desolación, anatemas, rayos, amargura y muerte. No durmáis, Señor, ni dormitéis! ¡velad continuamente en la custodia de Israel!

Semejantes á estos eran los acentos de Agustín, cuando, invadida la Iglesia por el furor de los vándalos, se vió juntamente con el imperio al borde de su ruína, y muy cercana á su ex-

terminio. Pero Dios le escuchó, y la Iglesia disfrutó de larga paz. No importa que Agustín espire en el ósculo santo del Señor y pase á disfrutar de las delicias eternas. Sus triunfos duran y continúan sin intermision de siglos y tiempos, y su doctrina es un alfanje que, aún despues de su muerte, corta la cabeza á la hidra infernal de la herejía. Si el protestantismo se gloria de hallar sus impíos dogmas en la sagrada Escritura, convirtiendo la palabra de Dios en la palabra del hombre, Agustín con su doctrina convence de la necesidad de una regla inalterable de Fe, y de un juez que interprete el sentido verdadero de los santos Libros, y prueba que este no es otro sino la Iglesia. Si hombres hipócritas desconocen ó niegan alevosamente la verdadera noción de la Iglesia católica, Agustín en sus libros establece luminosamente los verdaderos caracteres de esta Esposa del cordero, y les hace ver que solo puede gloriarse de ser tal aquella, cuyos miembros, si bien esparcidos por el orbe desde el Oriente hasta el Occidente, se unen no obstante con los vínculos de una misma fe, de unos mismos sacramentos y de una misma cabeza visible, el vicario de Jesucristo, el soberano pontífice. Si genios indóciles y temerarios rehusan escuchar las decisiones del padre comun de los fieles y pretenden tergiversar los decretos de la Iglesia romana, porque ó se oponen á sus caprichos, ó truenan contra la ilegitimidad de sus actos jurisdiccionales; Agustín en sus libros fulmina este oráculo contra sus renitentes proyectos: *Romæ rescripta venerunt: causa finita est.* «Habló Roma? vinieron sus rescriptos? Decidida está la causa; ya no hay subterfugio para el error.» Finalmente, católicos, la doctrina de Agustín es un antídoto universal contra todas las herejías, y una espada de dos filos que hace guerra al error, sea cual fuere la máscara con que pretenda ocultar su veneno. Si mientras vivió, su celo, sus talentos, sus apostólicas expediciones le hicieron en los tiempos mas calamitosos una columna firme de la Iglesia, ahora por medio de sus luminosos escritos, es mirado en el seno del catolicismo como un baluarte, que jamás podrán postar las potestades del infierno: *Exivit vincens, ut vinceret.*

Confieso, católicos, que me he quedado muy corto en el elogio del grande Agustín. Muchísimo mas hubiera podido decirse de un hombre, tal vez el mas extraordinario que ha conocido el universo; de un ingenio, el mas feliz, el mas afluente, el mas universal; que poseyó en toda su perfeccion el arte de los gra-

máticos, la profundidad de los filósofos, la elocuencia de los retóricos y la sabiduría de los teólogos; que escribió de todas cuantas cosas están al alcance del hombre, que disputó desde el humilde hisopo hasta el cedro del Líbano; que asombró á Roma, África y al mundo todo con la universalidad de sus conocimientos; que luchó á la par contra los donatistas, antioqueños, melecianos y luciferianos; venció al arrianismo, al maniqueísmo, al priscilianismo y apolinarismo; quebrantó la cabeza del error de los audianos, antidicomarianitas, coliridianos y predestinacionos; ante quien huyeron despavoridos los discípulos de Nestorio, Eufiques, Elvidio y Joviniano; y cuyos resplandores no pudieron sufrir los vigilancios, los pelagianos, los semi-pelagianos, y toda la serie de tenebrosos monstruos que abortó el infierno en los días de nuestro héroe. Y ¿qué no pudiera decirse de un hombre, cuyas obras son tantas, que su sola lectura basta para llenar la vida mas prolongada; cuya autoridad es tan imponente, que no hay Doctor en la Iglesia que deje de tenerla en veneración; cuyas palabras son de tanto peso, que hasta los mismos Concilios las han copiado literalmente; cuya doctrina en fin es mirada como el baluarte de la Fe, el sosten de la moral, la regla de la disciplina y el cuchillo del error? ¿Qué no pudiera añadirse de un hombre, cuyas virtudes han asombrado á sus mismos émulos; cuya mortificación fué tan extraordinaria, como lo habia sido su ardor por los placeres; cuya modestia fué tan edificante, como vano su anterior deseo de gloria; cuya caridad fué tan ardiente, como habia sido glacial su insensibilidad; cuya penitencia fué tan espantosa como sus desórdenes; cuya santidad en fin es el asombro del universo, la gloria de la Iglesia y el espejo de la humanidad?

Ah! ensalcen en buen hora las glorias de Agustin esas órdenes ilustres, que han adoptado su regla y han caminado constantes por las sendas que él marcó á sus hijos. Apláudanle estos, que en número prodigioso se han extendido por la sobrehaz de la tierra, y herederos del espíritu, no ménos que de la sabiduría de su insigne fundador, han derramado por donde quiera las brillantísimas luces de una piedad que edifica, y de una ciencia que honra al cristianismo. Célebrenle esos coros de vírgenes, que él engendró en Jesucristo, y que como modelos de perfeccion llenan los sagrados claustros del oloroso perfume de una virtud, que hasta los mismos mundanos no pueden ménos

de respetar. Yo, señores, me he contentado con trazar un bosquejo imperfecto de su heroísmo, y solo me he reducido á presentarle á vuestra edificacion como un varon insigne, de quien la verdad triunfó primeramente, para que despues él mismo fuese el mas victorioso defensor de la verdad y de la Iglesia: *Exivit vincens, ut vinceret.*

¡Oh Dios de la verdad!, que con la fuerza de vuestra gracia postrasteis á Agustin, para levantarle á la mayor altura, y hacerle, como á Saulo, un vaso precioso, que llevase vuestro nombre ante los reyes y príncipes, y defendiese vuestra Fe y vuestra Iglesia en todo el orbe! lanzád á nuestros corazones un rayo luminoso, que haciéndonos conocer nuestros desórdenes, nos haga vencedores de nosotros mismos, y nos anime á quebrantar las cadenas del vicio que nos tienen aprisionados. Sean para nosotros las virtudes de Agustin un aliciente poderoso, que nos mueva á seguir sus máximas y sus preciosos ejemplos. Seamos en fin el triunfo de la verdad, para que la verdad sea, como en Agustin, la que por nosotros triunfe del error. Seamos en esta vida participantes de su gracia, para serlo despues de su gloria por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DEL BEATO ALFONSO RODRÍGUEZ.

(DE BORDOY.)

Unumquemque sicut vocavit Deus, ita ambulet.

Ajústese cada uno á la vocacion de Dios.

S. Pablo, 1 á los corint. c. 7. v. 17.

Quando nos recomienda el Apóstol de las gentes, que proceda cada cual con arreglo á lo que el Señor le diese, significa la esperanza que del acierto debe concebirse, siempre que en la eleccion de estado y en cualquiera resolucion de importancia sigamos las inspiraciones divinas. Nuestra conducta será laudable, cierta nuestra obediencia, eficaz nuestro ejemplo, y bueno en fin todo lo que hagamos, como que se atemperará á la voluntad del que nos crió, nos conserva, y nos gobierna, y no nos desviaremos del camino que nos ha señalado. Así lo practicó sin duda el religioso de la compañía de Jesus, cuya memoria recordamos en este dia, y por eso fué una copia exacta de su padre san Ignacio.

Sí, amados oyentes; no fué otro el principio del conjunto de grandes y portentosas virtudes que admiramos en el beato Alfonso Rodríguez. En él vemos retratadas con toda la viveza de colores la subordinacion á la voluntad del Señor con el total desprendimiento del mundo; la humildad con la severa mortificacion; la pobreza con la mas exacta obediencia; la pureza con el continuo cuidado de sus sentidos; la caridad con el celo eficaz por el bien de sus hermanos; su oracion con el entero abandono en los brazos de Dios; en fin en Alonso se ven cumplidos y desempeñados exactamente todos los deberes de su vocacion á medida de los deseos y corazon de Dios: en una pala-

bra Alfonso Rodríguez da un público y solemne testimonio de lo que puede la gracia de Jesucristo en el hombre, á pesar de su corrupcion, una vez que dócil y libremente se deje llevar de sus dulces impresiones. Oh! y qué bellos son tus pasos, te podré decir, caro Alfonso, que así engrandeces y ensalzas la Religion del Crucificado, y confundes y destruyes á sus enemigos!

De esta manera es, señores, como debemos bendecir la memoria del que, sacrificándose en las aras de la virtud, ofrece al cielo un tierno holocausto de su espíritu y corazon. Le podemos contemplar como á un Abraham, que abandona intrépido la casa de sus padres, para seguir la voz de su Amado, á do quiera que le llame; como á un soldado valiente, que pelea denodado las batallas del Señor, y á cuyo valor se rinden las potestades tenebrosas del abismo; como á un tierno anacoreta, que con el brazo de la penitencia destroza y aniquila las furiosas y violentas pasiones; como á un morador del empíreo, que absorto en la contemplacion de su Dios, se enciende su corazon en vivas y ardientes llamas de caridad; finalmente como á un varon grande y admirable, que cortado á medida del corazon del Señor cumplió con todos los deberes de su vocacion.

Vos, ó gran Dios, que tan visiblemente os empeñasteis en manifestar en Alfonso Rodríguez la omnipotencia de vuestro brazo, destinándole para una de aquellas grandes obras que de tiempo en tiempo hacen la admiracion del universo, y á cuyo corazon os comunicasteis con tanta uncion y ternura, no permitáis que nada diga que no sea digno de vos, y de vuestro siervo querido. Dad eficacia á mis palabras, para mover á mis oyentes á la imitacion de sus virtudes. Y vos, Virgen purísima, que tantas veces fuisteis la consolacion y sosten en sus trabajos, y á quien bañasteis de purísimo gozo su alma angustiada; sed, Señora, en mi ayuda, é interponed vuestros ruegos, para que inflamado mi corazon, no sea estéril y sin fruto el elogio que voy á formar de vuestro siervo. Hijos de Ignacio, pueblo todo que me escuchas, ayuda mis fuerzas, y pide conmigo á la Señora una parte de la gracia con que la saludó el Arcángel.

Ave Maria.

El que dócil á las inspiraciones de su vocacion cumple religiosamente los deberes que su estado le impone, es un objeto

digno de la atención del cielo y de los hombres. Los sublimes elogios que á cada paso le tributan las divinas Escrituras; el interés que toma el cielo en su existencia y conservación con prodigios y maravillas; el pleito homenaje que los elementos y animales le prestan; las atenciones respetuosas y honores subidos con que le acatan los monarcas mas poderosos de la tierra; las grandes alabanzas y loores que le dicen los oradores mas elocuentes; la grata memoria que de sus hazañas y virtuosos hechos queda en todos los pueblos; y los monumentos suntuosos y públicos erigidos en las ciudades mas famosas á su carácter benéfico y bondadoso; ved ahí, señores, una larga y no interrumpida serie de esclarecidos testimonios, que evidentemente prueban que el cielo escribe con caracteres de oro sus nombres en el gran libro de la vida, y que los hombres de todos los países y naciones estampan en sus pechos sus gloriosas imágenes. ¡Qué cuadro tan bello y sorprendente el de un monarca poderoso, que al frente de los negocios del estado rige con habilidad y destreza las riendas de la monarquía; el de un íntegro magistrado, que sordo á las voces de la naturaleza y amistad pronuncia sus justos fallos de vida ó de muerte; el de un hábil y esforzado general, que capitaneando sus aguerridas tropas derrota á sus enemigos, y fija con sus manos en el campo de batalla el estandarte de la victoria; el de un sacerdote fiel, que presentándose ante el altar del sacrificio, ofrece al Eterno la víctima pura de reconciliación, y no se aparta de allí sino para ser el apóstol de la caridad, y el evangelizador de la paz; y el de un religioso en fin, que renunciando al mundo y á sus mas halagüeñas esperanzas, se sepulta vivo en los claustros para abrazarse únicamente con la observancia de sus votos y con la abnegación de sí mismo. Ved cuál sea vuestra vocación, os diré con san Pablo; y luego que la conozcáis, permaneced en ella; cumplid todos los deberes que os impone; y venced los obstáculos que se ofrezcan. Así se camina á la inmortalidad y á la gloria de los santos, porque los otros caminos son torcidos, y dan en barrancos y precipicios.

Estas sencillas reflexiones que acabo de hacer, me conducen casi de la mano á presentaros á Alfonso Rodríguez altamente penetrado de estos sublimes sentimientos y de estas verdades fundamentales de la perfección cristiana. Plumas mas bien cortadas que la mía os le presentarán sin duda bajo otros aspectos

mas brillantes y elevados; pero encargado yo de hacer su elogio, este me ha parecido el mas propio y oportuno. Nacido Alfonso en Segovia de honestos y virtuosos padres, desde luego le da el Señor el ósculo de paz, y le prepara fuerte y suavemente para el cumplimiento de sus soberanos designios. Le liga al parecer con las fuertes ataduras de su divina providencia; y le coloca en medio de un círculo de acontecimientos que le conducirán, sin que lo advierta, á los brazos de su Amado. Parece que le llama con su propio nombre, y que le señala para entrar en su dichoso rebaño. No hay duda que oirá su voz, porque es voz de elección y amor, que rinde y avasalla á sus escogidos.

Y si no, ¿qué otra cosa son los pasos que da en el primer período de su vida? En él observaréis una tierra bien preparada, en donde fructificará en abundancia la semilla de la palabra de Dios. La inocencia y devoción se han hermanado en los tiernos años de Alfonso, y estampan en su frente la fisonomía de un ángel. Las bellas y virtuosas instrucciones que oye con placer y atención de la boca de sus padres, infunden en su sencillo corazón el temor santo de Dios, que, según el Espíritu divino (1), es el principio de la cristiana sabiduría y de toda acción virtuosa. Le encienden en el amor de la Virgen; y sus singulares afectos nos recuerdan las infancias gloriosas de los Felipes Neris, Luises Gonzagas y Teresas de Jesus. Mientras que este niño toma en sus tiernas manos sus imágenes, las besa con devoción y las adora con respeto; mientras las esconde en su pecho, y prorrumpe en sollozos y gemidos, cuando se las arrancan; y mientras que, cuando ya mas adelantado, contemplándolas absorto y estático le dice con sencillez: «ó Señora! si vos supieseis cuánto os amo! En verdad que vos no me amáis tanto á mí!» Y luego esta Virgen sin mancha se le deja ver con semblante risueño, y con palabras dulces y amorosas le responde afectuosamente: «te equivocaste, hijo mio; mayor es el amor que yo te profeso, que el que tú me tienes.» Como si le dijera: ¿cómo es posible, Alfonso, que yo no te ame mas á tí, cuando al pié de la cruz tan acerbos dolores me costaste? ¿cuando entre las olas embravecidas de la tribulación, y á presencia de un Dios moribundo, fruto de mis entrañas, me encargué de tu custodia y tutela? Pero yo te perdono la inconsi-

(1) *Eccli. c. 1. v. 16.*

deracion de tus palabras en fuerza del impulso que las ha movido. En ellas descubrió un corazón que en el comienzo de su vida ya se abrasa en mi amor. Qué quieres de mí, hijo mío? He bajado á tu lado para darte lecciones de virtud; para asegurarte de mi cariño y voluntad, y para ofrecerte mi poder y valimiento.

Estos rasgos de devoción y ternura característicos de Alfonso Rodríguez hacen entrever el germen de virtudes que se escondía en su espíritu, y que desarrollándose con el tiempo, le elevaban á la clase de aquellos héroes de santidad, que han sido la admiracion del cristianismo. Desde entónces ya no puede ocultarse á la penetracion del atento y piadoso observador, que lo descubre en el amor filial y reverente con que acata á sus padres y los obedece; en la docilidad con que se presenta á la enseñanza que le dan dos jesuitas hospedados en su casa; en la presteza con que se instruye en el catecismo; y en la piedad con que asiste al santo sacrificio de la misa. Lo descubre en la modestia y compostura con que se presenta á las aulas de Alcalá; en la puntualidad con que asiste á las lecciones de sus maestros, y en la atencion con que las escucha. Lo descubre en fin en todas aquellas relaciones á que la sociedad y la Religion nos impelen; y en que se traslucian la amabilidad de su corazón, la belleza de su carácter, la afabilidad de su índole, lo abierto y obsequioso de su trato, la veracidad en sus palabras, la rectitud en sus intenciones, y un amor grande á lo justo y honesto.

Bueno es para el hombre, dice el Espíritu santo (1), el haberse acostumbrado desde su mocedad al yugo de la virtud, porque entónces ménos dificultad experimenta en oír la voz del Señor, y mas fácilmente se sujeta á sus divinas disposiciones. Y ved que al momento podemos considerar á Alfonso, colocado ya en aquel círculo de acontecimientos que, como os insinué, le conducirán insensiblemente á los brazos de su Amado. Alfonso Rodríguez, ocupado en alimentar á su madre viuda y dos hermanas, es un modelo de amor filial; unido á su consorte con dos hijos que educa santamente, es una instruccion viva para los esposos; metido en los tráficó y contratos en su tienda de paños, es una escuela de fidelidad y hombría de bien para los mercaderes. Al parecer la abundancia y longura de días le ha-

(1) *Thren. c. 3. v. 27.*

bían de cercar á la derecha y siniestra; la plata y el oro habían de correr afanados para entrar en sus arcas; y la bendicion que promete Dios al justo, se había de fijar sobre su cabeza para derramar en derredor suyo la felicidad y bienandanza. Pero; cuán diferentes son los pensamientos de Dios de los que ocupan á hombres! Los designios que tiene formados sobre Alfonso, son designios de amor y benevolencia, de humildad y mortificacion, de retiro y soledad, y de pobreza y abnegacion de sí mismo. La gloria efimera de este siglo, y sus caducos y deleznales bienes no deben ser el patrimonio de este siervo querido: otro linage de riquezas y ganancias le aguardan, que no las perderá jamas. Comienza á labrarse la cadena de su vocacion, y se cumplirán sus designios. Oh! cómo le hiere Dios con la vara de la tribulacion! ¡cómo le hace probar la amarga copa de los pesares é infortunios! A su querida esposa, aquella compañera amable en sus cuidados y afanes, la ve extendida, yerto cadáver, en el lecho de la muerte; ve cortado el hilo de los días de la que era su solaz y consorte en las vicisitudes de su fortuna. Antes, una hija que tiernamente amaba, es arrebatada de su vista, para ser trasladada en la region de la noche. Á estas terribles muertes había precedido la de su padre y de un hermano suyo, que fueron otros tantos golpes que casi apuraron su constancia y valor; porque en unas se frustraron las esperanzas de su fortuna y colocacion, y con las otras se menoscabaron en gran manera sus intereses. Á paso lento y sordamente vió disminuirse la opulencia de su casa; y la ganancia en sus paños se convirtió en desfalcos y pérdidas considerables. Parece que el demonio que afligió á Job, iba á ensayar otra vez en Alfonso aquella dolorosa tragedia, cuyo recuerdo lo es solo de calamidades y desventuras. Pero al instante despierta Alfonso, sacude con prontitud la pesadez de sus potencias, y las encamina todas á su Criador. ¡Qué reflexiones no hace entónces sobre la situacion en que se halla! La amargura que le aflige, y la melancolía que le consume, le hacen ver la vanidad de este mundo, la ilusion de su gloria, la inestabilidad de su fortuna y la caducidad de sus bienes. Se representa á Dios como á único bien, fuente y origen de la ventura y felicidad del hombre; y en lo interior de su alma oye su voz dulce é imperiosa, que le dice: ábreme, hijo mío, ábreme las puertas de tu corazón. Y exclama entónces con san Agustin: cortád, Señor, destrozád, cargád cuanto

querais el peso de vuestra mano, que pronto está mi ánimo á sufrir todos los castigos de mis ingratitudes é inobediencias. Oh! qué bueno y hermoso sois, mi dulce Jesus! Abrázoos, bien mio, y á vos me consagro.

Desembarazado ya Alfonso Rodríguez de los objetos sensibles que llamaban su atención, se dedica exclusivamente al servicio de su Amado y á la santificación de su alma. Imagináos, señores, desde luego un nuevo período de la vida de nuestro beato; y una nueva serie de acciones que, aunque ocultas, brillan con todo esplendor á los ojos del Crucificado. Postrado profundamente á los piés del ministro de la reconciliación, le descubre la podre de sus culpas; le abre de par en par los senos de su conciencia; y le suplica rendidamente que quiera levantar sus manos al cielo para que tomando el hisopo de la gracia, bañado con la sangre del Cordero, rocíe su angustiado corazón, borre sus manchas y delitos, y le ayunte con nudos estrechos y duraderos á su Padre y á su Dios. ¡Quién me diera, señores, el poderos introducir en el lugar de su retiro y soledad! Allá le veriais abrazado con un Crucifijo, á quien imprime ósculos de amor, y apretándole á su pecho, clama por el perdón de sus pecados. Baña sus divinos piés con un diluvio de amargas lágrimas, y sus gemidos y suspiros rompen el mismo cielo, que abre sus puertas al divino Jesus, que acompañado de doce santos baja á manifestarle lo gratas que le son estas señales de su sincero arrepentimiento y encendido amor. Allá le veriais, en lo más silencioso de la noche, entregado á la contemplación de las perfecciones y hermosura de su amado, y á la consideración de los profundos misterios de nuestra redención. ¡Qué objeto tan doloroso y fecundo en lágrimas no era para él Jesucristo en el balcón de Pilátos, en el encuentro con su dolorida Madre, y en el levantamiento de la cruz en el monte Calvario! De tal manera amargan su corazón, que el Señor le hace sentir en su cuerpo los mismos dolores que sentía en el suyo. Las punzantes espinas que taladraron las sienes de Jesus, parece que taladrarán las de Alfonso; los azotes que rasgaron las espaldas del Salvador, parece que rasgan las de Alfonso; y los duros clavos que afijaron las manos y piés á la cruz, parece que traspasan los de Alfonso. Puede decir con san Pablo (1), que lleva impre-

(1) Galat. c. 6. v. 17.

sa en su cuerpo la imagen de Jesus crucificado. Allá le veriais puesto de rodillas ante la imagen de nuestra Señora, que en ademán de mucha devoción y fervor le reza su santísimo rosario, absorto en los misterios que representa; le presta homenaje de sumisión y esclavitud, y la nombra por su madre y valedora. ¡Qué espectáculo entónces, ó ilustre Segovia, ofrece á tu vista la virtuosa conducta de este santo varón, que por do quiera que vaya, deja impresas en pos de sí las gloriosas huellas de justicia y santidad!

Preparada así la víctima que debe sacrificarse en las aras de la Religión, se le manifiesta ya el Señor con todo el lleno de sus deseos y voluntad. Le convida que ya por último abandone el Egipto de este mundo, y éntre en la tierra de promisión, en donde gustará las dulzuras de la paz. Su espíritu le habla á su corazón, y le dice las mismas palabras, con que en otro tiempo habló á Abrahán (1): sal, hijo mio, de la casa de tus padres, abandona el suelo que te vió nacer, y ven á la tierra que yo te enseñaré y tengo destinada para tu hospedaje y gloriosa mansión. Tierra es, no de espinas y malezas, sino de sabrosas y abundantes cosechas; no de sinsabores y pesares, sino de gozo y satisfacción; no de zozobras y angustias, sino de sosiego y tranquilidad. Tierra es de Ignacio, en que nacen robustos remeros que sostienen la nave de mi Iglesia; valientes soldados que la defienden de los ataques de sus enemigos, y justos esclarecidos que la honran con su virtud y santidad. Este es el término de tu vocación y el complemento de tus destinos.

No menos veloz y presuroso que corre á la fuente de las aguas el tímido ciervo, herido de las saetas del certero cazador, vuela Alfonso Rodríguez á Valencia para dar cumplimiento á las soberanas disposiciones del Eterno. Pero por poco quedan fallidas sus esperanzas y oscurecido el horizonte de sus alegres deseos. El provincial de jesuitas, examinados con detención y madurez los sólidos motivos de su vocación, pues no el regalo y la holganza, sino el servicio de Dios y la santificación de su alma le impelen á pedir la sotana de Ignacio; conducido de la prudencia que generalmente preside las determinaciones de los padres de la Compañía, demanda á los ancianos su voto y parecer para el mejor acierto en su resolución. Pero, santos cielos!

(1) Gen. c. 12. v. 1.

qué dificultades no se les ofrecen! Su salud débil y quebrantada; su cuerpo extenuado y rostro macilento; su escaso conocimiento en la lengua latina; su estado de viudo; y su edad de 40 años; reparos son que los asustan, y hacen titubear sobre si será bueno para algo en el servicio de la religion. Pero cómo es posible que no lo sea? ¿No es Alfonso Rodríguez aquel varon mareado ya con la señal del Cordero, en cuyo favor se explica el cielo con prodigios bien singulares? En su niñez ve absorto y estático la grandeza y elevacion de sus virtudes. Cuando reza á María su santísimo rosario, á cada Pater noster se le muestra en el aire una rosa encarnada, y á cada Ave María otra blanca de igual belleza y fragancia. En el día de la asuncion de la Virgen su alma inocente es presentada por manos de esta Señora al divino Padre. Se le manifiesta la rebelion de los moros de Granada, con la vista de alfanjes desnudos teñidos en sangre, y de la desolacion y profanacion sentadas en el lugar santo. Se le promete el completo triunfo de sus enemigos bajo la bella metáfora de una terrible y sangrienta batalla, en que ciertos animales son vencidos y destrozados por una blanca paloma, que lleva escrito en su pecho con caracteres hermosísimos el santo nombre de *Jesus*. San Francisco de Asis y el Ángel Custodio se le aparecen... Pero ¿tan largo catálogo de prodigios no manifestará hasta la evidencía, que el cielo le destina para la Compañía, y que ninguno mejor que Alfonso se ha presentado con derechos mas indubitables para ser admitido en ella? El oráculo del Señor le asegura que se cumplirán sus designios; y el provincial, movido de impulso superior, dice resueltamente á aquel respetable congreso: *si para nada es bueno Alfonso, será bueno para hacerse santo*; y escribe su nombre en el libro de los hermanos coadjutores temporales de la Compañía, y es contado entre los hijos de Loyola.

Yo te saludo, ó Compañía de *Jesus*, en este para ti tan venturoso día. Este árbol que ha de arraigarse en tu fecundo suelo, frutos te dará de honor y bendicion. A la dulce memoria de los Franciscos Javieres y Borjas, Luises Gonzagas y Estanislaos de Kosca, añadirás la de este ilustre campeón, que brillará en tu emisferio como resplandeciente estrella. Despues de los dias de tu humillacion y abatimiento, te cubrirá con el manto de honor y de gloria. Señálale con caracteres de oro en los anales de tu historia, y trasmite á las generaciones venideras

este monumento de tus grandezas y de las bondades del Señor.

Gozoso ya Alfonso Rodríguez por ver plenamente satisfechos sus deseos, y por verse adornado con las insignias de jesuíta, en cuya estima suben y valen mas que los ricos atavíos con que fué adornado Jacob, y la rica y preciosa diadema con que se coronó Salomon en su advenimiento al trono; despliega todas las velas de su fervor, y comienza en Valencia á dar lecciones prácticas de virtud, no de un novicio en el principio de su carrera, sino de un perfecto y consumado religioso. Pero para ti, ó Mallorca, ha destinado la Providencia á ese santo, que trasplantará en tu recinto las fecundas semillas de hermosas virtudes. Pronto á la voz de su superior pasa al colegio de Montesion de aquella isla, para santificarlo con su presencia y distinguirlo con sus virtudes. Recíbele con los brazos abiertos, pues es una nave cargada de ricas mercancías que felizmente arriba á tus puertos, y lleva escrito en su estandarte el anuncio de salud y de vida. Yo me congratulo contigo por tu feliz y dichosa suerte. Aunque no le hayas visto nacer, tuyo es, porque por espacio de cuarenta y seis años le alimentaste. No te le arrancarán las vivas y eficaces instancias del beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, de sabios y virtuosos visitadores de esta provincia, y de otras distintas personas de graduacion y mérito del continente. Dentro de los muros de tu capital consumará su gloriosa carrera, para dispensarte desde el cielo su amparo y proteccion.

Unido de nuevo Alfonso Rodríguez con su Amado con los votos solemnes de religion, y ligado con nuevos empeños por la profesion que ha abrazado, no hay que esperar afloje un ápice en el cumplimiento de sus deberes. Establece por principio fundamental de su conducta, que no es lo mismo vivir que santificarse en los claustros; y que el divino Salvador desnudo, adolorido y afijado con clavos al madero de la cruz, debe ser el modelo por do debe dirigir sus pasos. Entónces ¿qué denodados esfuerzos no se observan en este fervoroso atleta, para sujetar y domar sus pasiones y alcanzar la palma de la victoria, concedida solamente á los que triunfan de sí mismos y de su amor propio! Reconcentrado en su corazon, halla en su persona los motivos de humillacion y abatimiento. La amarga memoria de sus pecados, en que se ocupa cada dia por espacio

de una hora, le confunde y anonada á la presencia de Dios y los hombres: le arranca vivos sentimientos de compuncion, olvido y menosprecio de sí mismo: le estimula al continuo estudio de su propio conocimiento, en que aprende santas lecciones de humildad profunda: se juzga indigno de habitar en los tabernáculos de Sion; y huye, como de ponzoña maligna, de toda señal de estima y aprecio. Se apropia los humillantes apodos con que se abatían los santos: increpa á los elementos de que quieran presentarse al servicio de esta miserable criatura: luego de recibir alguna carta, borra su firma, porque jamas se venga en conocimiento de las personas de carácter que le honraban con su confianza: á todos aprecia, á todos respeta, ménos á sí mismo.

Mas todavía le estaba reservada á Alfonso la prueba mas costosa, y de que mas se resiente nuestro orgullo y vanidad; la humillacion y abatimiento público. Mándale el superior que en el refectorio, ante los padres allí venidos, diga lo que bien le pareciere sobre el asunto espiritual que escogiese. Entónces fué cuando se oyeron de su boca las palabras de sabiduría celestial, que solo infunde el Espíritu santo: profundos conceptos, sana doctrina, racionios exactos sobre las mas elevadas materias de teología. ¡Cuánta unción, cuánto celo y fervor en sus sentencias! Con qué claridad explica los textos de las Escrituras! y con qué oportunidad los aplica! Rebosa en su semblante el amor que abrasa sus entrañas; y se conoce que solo un Crucifijo es el libro que ha estudiado. ¿Cómo, se dirian entónces los padres que atónitos y suspensos le escuchaban, ¿cómo así se produce ese hermano coadjutor, cuando casi son ningunas las letras que ha aprendido? ¿No es verdad que sentíamos arder nuestro corazon, miéntras razonaba, é inclinaba nuestra voluntad á santos propósitos de virtud y desprendimientos del mundo? Pero por lo mismo que tan elevado concepto se ha merecido Alfonso por el cabal desempeño de su fervorosa plática, quiere probar el superior los quilates de su virtud; y despues de haberle despreciado públicamente, le manda que al momento postrado en tierra bese los piés de aquellos venerables religiosos.

Pero suspende por un instante, sabio y prudente prelado, la ejecucion de tus preceptos. Observa que el que así va á humillarse y abatirse á los piés de todos, es aquel venerable varon,

que en medio de prodigios y maravillas le ha traído Dios á la Compañía para su grandeza y ensalzamiento; que á su voz obedecen los elementos, calmando una furiosa tempestad; y ceden las enfermedades mas peligrosas, curando á dos hombres de una fiebre maligna, y á un caballero herido de un pistoletazo. Observa que de ese Alfonso Rodríguez solicitan y ansian la amistad y confianza los arzobispos de Valencia, los vireyes y obispos de esta capital: que todas las personas de talento y virtud acuden á oír sus exhortaciones en las conferencias espirituales; y que esos tus mismos religiosos, unos le deben el fervor en la piedad, otros la resolucion en sus dudas, y todos el aprovechamiento espiritual. Observa que por sus ruegos y oraciones dos jesuitas apaciguan los disturbios y alborotos en una poblacion numerosa; otro predica con fruto una cuaresma en la catedral; y otros navegan felizmente á los puertos del continente: que á estas mismas oraciones es deudora la Compañía de los Morantas, Custureres, Ollers y Sauras que la han honrado con el martirio y su heroica santidad; la Cartuja del virtuoso y sabio Valperga; y todas las religiones de miembros útiles y ejemplares. Observa que ese Alfonso, que vas á humillar, es un siervo querido de Dios, cuyas injurias sabe vengar con ruidosos y ejemplares castigos; á cuyo entendimiento infunde claros conocimientos del porvenir, anunciando á unos las desgracias que habian de experimentar, y á otros los ascensos y dignidades que habian de obtener; y á cuyo corazon tan de lleno se comunica, que despide rayos de luz de su semblante, y se eleva en éxtasis profundos á la contemplacion de su Amado. Observa... Pero no opongamos reparos, señores, á lo dispuesto por Dios, que ordena la humillacion y abatimiento de sus siervos á su mayor gloria y engrandecimiento. Alfonso Rodríguez cumple no solo con sumision, sino con gozo y alegría de su alma, el precepto que se le ha impuesto; y derrocado por tierra aquel anciano venerable abraza cariñosamente los piés de los religiosos, los besa con ternura, los aprieta á su pecho, y los baña con lágrimas de humildad y confusion. Ahí está, les diria, el que no merece otra cosa que ser pisado y hollado de todos; el que deshonorra la sotana que viste; y que solo tiene aliento para suplicaros que le ayudéis con vuestras oraciones para su enmienda y correccion. Qué espectáculo tan tierno, señores! Lágrimas por cierto arrancaria entónces de los

ojos de aquellos espectadores, cuando ahora solo su recuerdo conmueve nuestro corazón.

Pero si tan heroicos ejemplos de profunda humildad, que os he referido del beato Alfonso Rodríguez, han llamado vuestra piadosa atención, no la arrebatará ménos, si pongo á vuestra vista el hermoso cuadro de las otras brillantes virtudes que practicó. Ignacio, su santo fundador, desea que sus hijos sean obedientes; y Alfonso obedece ciegamente á sus superiores, los respeta con sumision y profundamente se inclina á su presencia; mira en ellos la imágen de la Divinidad, á quien obedecen todas las criaturas del cielo y de la tierra; jamas opone reparo ni dificultad á sus órdenes, ejecuta con prontitud y gozo sus preceptos. Si por ejercitarle, le despiden del colegio por inútil y embarazoso, inclina su cabeza y se marcha: si le mandan que se vaya á las Indias, tan pronto, sin preguntar ni en qué puerto ni en qué nave se habia de embarcar, se dirige á la portería, para que le franqueen el paso: mi Dios y Señor mio, decia, voy á hacer lo que vos me habéis mandado, porque solo el que cumple vuestra voluntad, es vuestro padre, vuestra madre, y vuestro hermano (1). Ignacio quiere que sus hijos sean pobres; y Alfonso se abraza con la pobreza, hace alianza eterna con ella, y la escoge para su herencia y patrimonio. Los vestidos rotos y andrajosos son el manto de gala con que cubre su cuerpo, aún en los dias de mayor solemnidad, y una silla, un santo Cristo y una imágen de la Virgen son los preciosos muebles que adornan su aposento. Ignacio quiere que sus hijos sean mortificados; y Alfonso renueva en su persona los ejercicios laboriosos de penitencia que asombraron á la Nitria y la Tebaida; descarga sobre su cuerpo sangrientas disciplinas; lo extenua con continuos ayunos; lo raja con agudos y punzantes cilicios; é inventa maneras nuevas con que mortificarlo y abafarlo. Ya le niega el sueño preciso para su descanso; ya hace pacto con sus ojos para no abrirlos jamas á objetos exteriores y sensibles; y ya rehusa á sus sentidos la mas minima satisfaccion. Ni apaga la sed en medio del calor mas excesivo; ni sacude los animales é insectos que le incomodan; ni en medio de sus continuos achaques y enfermedades busca consuelo y alivio alguno. El hambre que le devora de mas padecimientos y

(1) *Matth. c. 12. v. 50.*

trabajos, le hace prorumpir en sentidos llantos, y suplicar á un hermano suyo, que quiera ayudar á sus trémulos brazos, para rasgar otra vez aquella carne santificada tantas veces con la uncion del Espíritu santo. Ignacio desea que sus hijos...

Pero no es dado al corto espacio de tiempo que se concede á un panegirico, el haceros una larga enumeracion de las otras virtudes que adornaron el alma de Alfonso. Entónces qué cosas grandes pudiera deciros! Os diria que el celo por la gloria de Dios y salud de las almas le devora y abrasa sus entrañas, cuando desea que el santo nombre del Señor sea glorificado y conocido en toda la redondez de la tierra; y cuando sus súplicas alcanzaron la conversion de un pecador, que en las agonias de la muerte le injuriaba y blasfemaba. Os diria, que la caridad con el prójimo le impele, tan pronto á los umbrales de este colegio á enseñar á los niños los rudimentos de la fe; tan pronto á la cabecera de la cama de los enfermos, para consolarlos y ayudarlos en sus dolencias; y tan pronto á los hospitales, en donde se ofrece y ocupa en el servicio de los apestados. Os diria, que Jesus sacramentado era el iman que á todas horas atraía su corazón, que se postra profundamente en su presencia y se derrama en amorosas efusiones; que su devocion á la Virgen era extraordinaria y casi sin ejemplar, principalmente al dulce misterio de su inmaculada Concepcion; que la honraba con su santísimo rosario, y llamaba con los dulces nombres de madre, abogada y protectora. Os diria, que su sabiduría era toda celestial, aprendida solamente en la escuela del Espíritu santo; y en sus escritos se admiran y celebran, juntas á la pureza de la diction, la uncion y claridad de las Teresas y Juanes de la Cruz. Os diria, que su amor á Dios... Pero ah! su pecho era un volcan, un Etna que se abrasaba con los voraces incendios de la caridad. Lo contempla en el silencio de la noche; lo llama en el secreto de su corazón; suspira por él en todas partes; lo abraza, lo acaricia, lo estrecha, y protesta solemnemente que nada hay capaz de apatarle del amor de Jesucristo.

Ó gran Dios! así se cumplen los designios que habéis formado sobre vuestro siervo escogido, y así correspondé este á las voces de vuestro llamamiento. Amparadle, Señor, y no queráis abandonarle á ser presa de sus enemigos. Si estos en el furor de su demencia le insultan, aterrádlos, confundídlos para siempre. Conózcase, Señor, que vuestro brazo todopoderoso le sos-

tiene, ya cuando, asechando á su vida, le echan abajo dos veces de una alta escalera; ya cuando, para impedirle su oracion, le asaltan con dolores agudos que roen sus entrañas; y ya cuando, para apartarle para siempre de vos, le arrastran por el suelo, le pisan, le magullan y le atormentan con ardientes llamas de fuego. Sed su ayuda y guardador: que camine sin lesion sobre el áspid y el basilisco, y que las dulzuras de vuestro amor hinchen su corazon de consuelos celestiales.

Si; le consolará el Señor, y resolverá sus dudas por medio de un Crucifijo que le habla: calmará sus escrúpulos con un ósculo de paz: se le manifestará en la comunión en forma de un niño bello y resplandeciente: verá, circuido su cuerpo de luces brillantes, la cara hermosa de Jesucristo; al mismo divisará en el pecho de sus hermanos; y se le presentará al lado del Evangelio, cuando ayuda al sacerdote en la celebracion del sacrificio. Pero; qué extension no podríamos dar á las finezas que dispensa el emperio á este siervo escogido! Todos sus celestiales moradores se ponen en movimiento para tributarle sus obsequios y prestarle sus homenajes. La santísima Virgen, su reina y soberana...

Pero olvidad por un momento que en lo mas crudo de sus combates, le dice que no tema, que ella está á su lado para defenderle; que le admite á su grandioso triunfo en el día de su asuncion gloriosa; y que le revela los arcanos escondidos y preciosos de su corazon. Y atendéd solo á que Alfonso Rodríguez, subiendo al castillo de Bellver seguia á paso lento á su compañero, rezando el santísimo rosario á la que era el iman de sus potencias; y que su avanzada edad, la subida de aquel monte y lo caloroso de la estacion hicieron que no pudiendo seguir, se vió precisado para tomar aliento á sentarse á la mitad del camino. Entónces fué cuando mirando esta Señora con ojos compasivos y cariñosos á su siervo querido, baja del cielo, do tiene su morada, y con sus mismas manos celestiales enjuga con un lienzo el sudor de su rostro. Qué fineza, señores, tan singular! qué prodigio tan estupendo! qué torrente de gozos inundaria entónces su alma! Alfonso es arrebatado al cielo, rodeada su alma de purísimos espíritus; y allí una mano angélica le presenta una carta ó mapa precioso donde se ve dibujado el contorno geográfico de Mallorca, y señalados los puntos que forman su poblacion; y en esta isla, le dice Jesus, será tu nombre

acatado y reverenciado; y obrarás en ella con mi brazo muchos y grandes milagros. Es tal, señores, la magnitud y grandeza de este prodigio, que excede la fuerza de toda elocuencia; y mal pudiera mi débil voz empeñarse en describirlo.

A vos sea dada la gloria, Dios eterno, que así ensalzasteis á vuestro siervo Alfonso Rodríguez, y le condujisteis por las humildes, pero gloriosas sendas de su vocacion y llamamiento. Que su nombre sea pronunciado con respeto en toda la redondez de la tierra; su memoria recordada entre bendiciones y aplausos, y su santidad venerada por todos los hijos de la Iglesia católica. Amen.

SERMON
DE SANTA ANA.

(DE BENCOMO.)

Simile est regnum caelorum thesauro abscondito in agro.
El reino de los cielos es parecido á un tesoro oculto en el campo.
S. Mateo, c. 13. v. 44.

¿Por qué el Señor no compararía su reino, mis hermanos, á un tesoro público, del cual pudiese cada uno enriquecerse cuanto apeteciera su alma? ¿No será así en aquel tiempo, ó por mejor decir, en aquella eternidad, donde los bienaventurados gozarán de la gloria con tanta abundancia, que el uno jamás envidiará la porción infinita, que hubiese tocado al otro? No es ese el reino de Dios, de que se habla en el santo Evangelio, que acabáis de oír: háblase sin duda del reino de Dios en esta vida mortal, donde hay que ocultar las virtudes con mas precaucion que los vicios, temiendo que la vanidad robe el mérito de las buenas obras, al modo que los salteadores de caminos suelen robar el tesoro, que se lleva públicamente. Así sucedía á los fariseos, que oraban en las plazas, se marchitaban el rostro con ayunos excesivos, para ser respetados de los hombres, y tocaban la trompeta, digámoslo así, para hacer cualquiera obra buena. Ya recibieron, dice Cristo, su recompensa, esto es, ya perdieron su recompensa: *receperunt mercedem suam* (1).

Pero tú, cuando ores, prosigue el divino Redentor, entra en tu aposento, cierra la puerta, y exhala tu alma donde no te vea mas que el Padre celestial, de quien esperas tu socorro. Si ayunas, lava tu rostro de la misma manera que si no ayunaras: si haces limosna, procura que aún tu mano siniestra ignore, si es posible, lo que da la derecha. Ved aquí el sistema sobre el cual el Señor estableció el cristianismo: por eso los

(1) *Matth. c. 6. v. 2.*

santos cuidaron tanto de practicar las virtudes, como de ocultarlas: el mismo Hijo de Dios les dió el ejemplo, porque siendo el esplendor del Padre, el carácter de su sustancia, y no siendo ningun robo el tenerse por igual á él, se aniquiló á sí mismo, dice el Apóstol (1), tomando la forma de siervo como los demas hombres. Su madre, á quien un ángel saluda llena de gracia, solo es conocida en el mundo por una doncella de Nazaret, y ella misma, siendo madre de Dios, no se reputa sino por su esclava mas inútil.

Y ¿qué pensáis vosotros de la ilustre Ana, la santa mas grande del antiguo Testamento, la madre de la Reina de los cielos, la parienta mas cercana del mismo Dios, si se exceptúa la Virgen María? ¿Se desmentiría en ella el carácter de mansedumbre, con que debía venir todo lo que tocase de cerca al Cordero del Señor, que habia de atraer á sí todas las cosas suspendido en un madero; ó apareceria con aquel faustoso aparato con que los judíos carnales esperaban la familia de un Mesías conquistador, que subyugaría las naciones con el brillo de su espada, de su saeta ó de su lanza? No, señores. ¿Qué tesoro tan grande fué esta mujer singular; pero qué tesoro tan oculto, sea que consideremos en ella su santidad ó su dignidad! Si consideramos su santidad, es la mas heroica, pero la mas humilde á los ojos de Dios; y si consideramos su dignidad, es la mas grande, pero la mas desconocida á los ojos de los hombres: ved aquí las dos razones, porque la Iglesia la llama un tesoro escondido en su campo. Para exponerlo con la claridad y el fruto que corresponde, imploremos la gracia del Espíritu santo por la intercesion de la mas interesada en la gloria de nuestra santa, diciéndole devotamente: *Dios te salve, Maria, etc.*

PRIMERA PARTE.

No siempre, mis hermanos, el que es mas justo á nuestros ojos, lo es á los ojos de Dios. Como solamente el perito conoce los quilates del diamante ó del oro, así aunque los hombres veamos el exterior de las personas, Dios es el que sondea el corazón. Cuando los apóstoles trataron de elegir un duodécimo compañero en lugar de Júdas, propusieron dos, pidiendo al

(1) *Philip. c. 2. v. 7.*

Señor que inclinase la suerte sobre aquel que fuese mas digno de su eterna eleccion; pero la suerte no cayó sobre José, hombre célebre por su santidad, pues que era llamado el justo, sino sobre Matías. Cuando el demonio suscitó en san Antonio Abad el vano pensamiento de que él era el hombre mas perfecto que habia entónces, Dios le reveló que en Alejandria habia un curtidor de cueros mucho mas perfecto que él. Así á la manera que el distintivo de los santos en el cielo es la claridad, el de los santos en la tierra es la oscuridad: por eso cuanto mas santos fueron vivieron mas retirados, mas pobres y mas humillados. Vedlo prácticamente en la santa, de que vengo á hablaros: ella fué el tesoro mas oculto de santidad por su retiro, por su pobreza y por su humillacion.

Por su retiro. El retiro del mundo es la primera leccion, que nos ha dado el divino Redentor, no solo naciendo en un albergue de Belen y viviendo casi toda su vida oculto en Nazaret, sino retirándose efectivamente al desierto ántes de su predicacion. El santo Precursor, que venia á prepararle los caminos, no solo con sus palabras sino con sus ejemplos, voló al desierto casi desde que nació (no obstante que su casa paterna estaba situada en las montañas mas escarpadas de la Judea), y no salió de él, sino cuando fué preciso hacer resonar con su voz las riberas del Jordan. Venia esta loable costumbre desde Abraham, á quien dijo el Señor (1): *sál de tu patria y de tu parentela, y vé á peregrinar en la tierra, donde yo te ordenaré*. Los israelitas peregrinaron tambien en el Desierto por espacio de cuarenta años. Moises estuvo cuarenta dias retirado en la cima del Sinaí para recibir la ley; y David habla así en el nombre de Dios á toda alma fiel (2): *oye, hija, atiende y aplica tu oído; olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre, para que el rey apetezca tu hermosura*. Á este llamamiento interior se añadía en los primeros cristianos la persecucion exterior, que obligaba á aquellos, de quienes el mundo no era digno, á habitar en los montes, en las cuevas y en las concavidades de la tierra. Despues de la paz de la Iglesia se sustituyeron á este desierto los monasterios, á donde los jóvenes y las doncellas huían de la corrompida Babilonia; pero las almas que no pueden entregarse á la profesion monástica, hacen un desierto de su propia habitacion.

(1) *Genes. c. 12. v. 1.* (2) *Psalm. 44. v. 11 et 12.*

Tal fué el verdadero estado de la incomparable Ana: nacida segun los Padres, en Belen, ciudad hasta entónces la mas pequeña de la tribu de Judá, se puede decir que nació y se crió en un desierto, por el mayor retiro que añadía á este la virtud de sus padres. Pero cuando ella conoció los peligros del tumulto, ya este retiro de nacimiento y de crianza se hizo un retiro de eleccion. ¡Qué consuelo sería verla, ni mas ni ménos, como la golondrina en el agujero de una peña! Allí formó su nido, donde su alma inundaba de suspiros al cielo, y el cielo inundaba de gracias á su alma: separada de todas las criaturas solo clamaba por su Criador. ¡Qué bendiciones de dulzuras no recibió, qué virtudes tan heroicas no adquirió, qué beneficios tan singulares no mereció! Mereció que el Señor la uniera por el matrimonio al único justo que habia en el mundo digno de ella: Joaquin, léjos de ser un obstáculo á su vida contemplativa, la fervorizaba con su ejemplo: el uno oraba en el campo, dice san Epifanio, la otra oraba en su huerto; de modo que merecieron engendrar por la piedad, á la que no podia engendrarse por la concupiscencia: si hubiera habido el menor defecto en su union maridable, no era esa la union de que podia resultar la purísima virgen María, porque es preciso exceptuar á María, segun el P. san Agustin, siempre que se hable de pecados ó defectos.

Dejádme preguntar ahora á las doncellas de nuestro tiempo, ¿si es así como se disponen á lograr un esposo que no pierda, sino que perfeccione su virtud? ¿Procuran ellas la soledad ó las concurrencias, la oracion ó la disipacion? Los efectos descubren la naturaleza de la causa: se les ve unir á unos esposos tan distraídos, que añaden nuevos vicios á sus vicios. Y de tal matrimonio ¿qué podrá salir sino unos hijos tan perversos, que reúnan en si las iniquidades de ambos padres? Ah! si ellos hubieran sido engendrados, no por vuestra vida licenciosa, sino por una vida enteramente piadosa, ¿qué almas tan justas lograriais producir! porque los hombres engendran siempre criaturas de la misma especie. Por consiguiente vuestra perfeccion ó vuestra perversidad se irán aumentando de generacion en generacion, y vuestros hijos serán conocidos por hijos de Belial, como los de Cain, ó por hijos de Dios, como los de Set.

Volvamos á esta grande santa, que para ser un tesoro escondido, no solo se perfeccionó con el retiro del cuerpo, sino que

añadió á él la pobreza del espíritu. Los mundanos no reconocen otra divinidad que á Mamón, dios de las riquezas, en las cuales creen hallar su felicidad: así vestirse de púrpura y de lino fino, como el rico avariento, y tener siempre colmadas sus mesas de los manjares mas delicados y de los licores mas exquisitos; ved aquí toda su gloria, aunque al pobre Lázaro se le salten los ojos sobre cada migaja que cae de la mesa, y su miseria sea tanta que le cubra de llagas. Pero qué fin tan contrario! Los ángeles llevan el alma de este al Paraíso, mientras el alma de aquel se halla sepultada en los infiernos. Por eso los justos se desprenden de todo, y siguen desnudos al que murió desnudo por ellos. *Si quieres ser perfecto*, decia Cristo (1), *vé, vende cuanto tienes, reparte su precio con los pobres, y sígueme*. De aquí proviene la pobreza apostólica, con que se recorre el mundo entero sin báculo, sin alforja y sin calzado; la pobreza monástica, en que no se posee cosa propia, y la pobreza cristiana, que aunque no obliga á desposeerse de todo absolutamente, obliga á reducir el fausto á lo que es verdaderamente necesario, para distribuir el sobrante con los necesitados; y cuanto mas severa fuere esta reduccion, tanto mayor será el mérito de la pobreza.

Inferid vosotros cuál seria el de la ilustre Ana, á quien los Padres consideran dividiendo su patrimonio en tres porciones; la una que ofrecia para el culto divino, la otra que distribuía en el sustento y vestuario de los pobres, y la otra que reservaba para su propia manutencion. ¡Quién pudiera mostrároslo, no robando al templo, como Nabucodonosor, Baltasar, Eliodoro, sino enriqueciéndolo como David y Salomon! Ademas de eso, aún Cristo no habia nacido, y ya ella le sustentaba en los hambrientos, le obsequiaba en los peregrinos, y le vestia en los desnudos; de modo que en su muerte innumerables viudas llenas de llanto y de dolor mostraban aquellas preciosas vestiduras, con que ella, como Tabita, las habia cubierto. Hablaré de la sabia economía con que, semejante á la Mujer fuerte, no desdenaba ejercitar sus manos en hilar la lana y el lino para vestir á sus domésticos: á este daba el rico cingulo, á aquel la duplicada túnica, al otro la majestuosa capa; no habia uno que no participase del fervor de su caridad; así parecia como en el

(1) *Matth. c. 19. v. 22.*

santo Job (1), que desde la niñez habia crecido con ella la misericordia, ó como asegura san Pablo, de los primeros fieles que se hacian pobres por enriquecer á los demas: *sicut egentes multos autem locupletantes* (2).

Ved aquí, avaros, el verdadero uso de las riquezas. Pero juntarlas, como hacéis, unir á ellas vuestro corazon, y cerrarlas en el arca, no es haceros ricos, sino miserables; porque del dinero no se posee sino lo que se da; lo que se retiene se pierde mas verdaderamente que aquellas monedas, que se corrompen por la humedad de la tierra donde se sepultaron. Y mas si sube hasta el trono del soberano Dios de Sabaot el clamor del jornalero que cultivó vuestros campos, ó si la sangre del pobre que muere sin socorro, clama desde el suelo contra vuestra dureza, el Señor os preguntará algun día como á Caín (3), donde está vuestro hermano, y arrastraréis como él el oprobio eterno de vuestra iniquidad. ¡Cuál será vuestro asombro, cuando oigáis decir al Juez mismo de los vivos y de los muertos: estuve hambriento, y no me disteis de comer, estuve sediento, y no me disteis de beber, estuve desnudo, y no me vestisteis, estuve enfermo, y no me visitasteis; id malditos al fuego eterno. Por el contrario dirá tambien: venid, benditos de mi Padre, todos los que me socorristeis en mis necesidades: ahora recibiréis en la vida eterna multiplicados por ciento aquéllos tesoros, que depositasteis en mi seno. (4)

Ademas de este tesoro de pobreza, poseyó santa Ana el de la humillacion, de aquella humillacion con que Dios suele probar la santidad del justo, como el oro en el crisol. Así probó la fe de Abraham, mandándole degollar aquel hijo único, del cual le habia prometido que su generacion igualaria en número á las estrellas: así probó la castidad de José, encerrado en horribles prisiones, por no haber condescendido con la sensualidad de su señora: así probó la paciencia de Job, cuando perdió al mismo tiempo su salud, sus hijos y todos sus bienes: así probó la fidelidad de Tobías privado de la vista, desamparado de su unigénito, é insultado de su misma mujer: *por lo mismo que era muy agradable á Dios, fué preciso que la tribulacion te probase*, le dijo el arcángel (5).

Segun eso ¿á qué pruebas tan terribles no expondría el Se-

(1) *Job, c. 31. v. 8.* (2) *II. Cor. c. 6. v. 10.* (3) *Gen. c. 4. v. 9.*

(4) *Matth. c. 19. v. 29.* (5) *Tob. c. 12. v. 13.*

ñor á la alma mas fiel? Ya veis, señores, que voy á hablar de Ana. Empecemos por la oscuridad, en que habia caído su casa, la mas ilustre de todo el universo, como descendiente de David, Salomon y los demas reyes de Judá y de Israel. Usurpado el trono por un extranjero, era perseguida de muerte por el tirano, y aborrecida de todos los cortesanos la legitima sucesion: tal era entónces la familia de nuestra santa. Dios habia aumentado su humillacion con aquel oprobio, con que humilló por un tiempo á Sara, mujer de Abraham, á Ana madre de Samuel, y á todas las estériles del antiguo testamento, porque estas se miraban como excluidas de la gloria mayor de los judíos, que era ser progenitores del Mesías. ¡Qué baldones de sus parientes, y qué desprecio de sus criados y de sus esclavos, como sucedió á aquellas antiguas matronas! Sin embargo ella los sufría con indecible humildad, juzgándose indigna de participar de las gloriosas esperanzas, que animaban á las demas mujeres, hasta que el Señor fué servido de darle una fecundidad, que excedió en valor á todas las fecundidades. Bien pudo decir entónces, como dijo despues su santísima Hija: *todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el Señor puso sus ojos sobre mi humildad* (1).

¡Estériles de nuestros dias, quién pudiera esculpir este ejemplo en vuestro corazon! ¡Quién pudiera infundir la conformidad de Ana con la voluntad divina, que quiere ahorrarnos las innumerables molestias de la propagacion! Ó á lo ménos ¡quién pudiera daros el temor de los juicios de Dios, que castiga aquí vuestros peccados, para perdonaros allá! Sí, no lo dudéis; algunas veces castiga el Señor los peccados con la esterilidad. ¿No lo veis en Micol, á quien por haberse mofado de David, cuando este piadoso rey danzaba delante del Arca, le cerró Dios el vientre, dice la santa Escritura (2), de tal modo que no pudo concebir jamas? ¡Ay cuántas mofas habréis hecho vosotras del sacerdote, del religioso, de la monja y de todas las personas sagradas, por lo cual habréis merecido su ira! Pero también ¡quién pudiera producirnos una confianza firme en la suprema Bondad, que puede perdonaros en fin, y daros una prole, que bendiga su nombre hasta el fin de los siglos!

(1) *Luc. c. 1. v. 48.* (2) *II. Reg. c. 6. v. 23.*

SEGUNDA PARTE.

¡Ó Ana, ó tesoro celeste conocido solamente de los ángeles, porque los hombres reputan por muy infelices las almas que viven tan retiradas, tan pobres, y tan humilladas como vos! Alcanzádes la gracia de conocer el mérito de vuestra incomparable santidad; pero igualmente la de conocer el respeto debido á vuestra incomprendible dignidad. Las mujeres, mis hermanos, se suelen hacer célebres, no solo por sus heroicas virtudes, como Judit por su fortaleza, Abigail por su prudencia, Débora por su resolucion; sino por la celebridad de su destino, ya uniéndose por el matrimonio á los hombres mas famosos, como Sara, mujer del mayor de los patriarcas; ya dando á luz á los héroes mas respetados, como Bersabé, madre del mas sabio de todos los hombres; ya produciendo á las que pusieron en el mundo á los santos mas venerados, como las abuelas de un san Pedro, de un san Pablo, de un san Juan Bautista, de un san Agustin: ellas contribuyeron muy inmediatamente ó á la felicidad del género humano, ó á la gloria de la Iglesia. Pero ¿qué comparacion entre ellas y nuestra incomparable patrona? Bien se le podrán dirigir aquellas palabras del Sabio (1): muchas heroínas han reunido en sí excelentes riquezas, excelentes cualidades, excelentes destinos; pero tú, ó Ana, las has excedido á todas. Contemplemos solamente estas tres ventajas principales, en que sin duda las excede: esposa de Joaquin, madre de María y abuela de Jesucristo.

Esposa de Joaquin. Bien sabéis que á las esposas, de cualquiera jerarquía que sean, se les debe el mismo honor que á sus esposos: observadlo en las reinas: ¿no veis como se les dobla la rodilla, se les besa la mano, y se las trata de majestad del mismo modo que á los reyes? Esto consiste en que el hombre no debe separar por su trato lo que Dios ha unido por el matrimonio. El Señor ha ratificado en el cielo la alianza divina, que los casados han contraído sobre la tierra: así los que se han obligado á ella, no forman sino un solo individuo, donde se hacen comunes los bienes y los males. *El varon*, dice san Pablo (2), *no tiene poder sobre sí, sino la mujer; y la mujer no tiene poder sobre sí, sino el varon*; por consiguiente cada uno

(1) *Prov. c. 31. v. 29.* (2) *I. Cor. c. 7. v. 4.*

hace suya la gloria, ó los oprobios del otro. Siempre será memorable en la historia de España este mote que los Reyes Católicos hicieron poner en sus armas, despues de su casamiento: *tanto monta, esto es, monta tanto Isabel como Fernando*. En efecto ellos gobernaron toda su vida tantos reinos con una igualdad que no ha tenido ejemplo: tal debia ser siempre la union de los verdaderos casados.

Yo os he acordado estos preciosos monumentos, para que podáis colegir la grandeza que resultó á nuestra santa de ser casada con el hombre mas ilustre y mas virtuoso de su tiempo. Comparar á este hombre con Noé encargado de construir el Arca, donde se habia de salvar todo el género humano; con Moises, destinado á erigir el Tabernáculo, donde se iban á ofrecer los mas excelentes sacrificios; ó con Salomon, suseitado para edificar el único templo, donde se adorase al Dios verdadero en toda la tierra; seria confundir las figuras con la realidad. El representado por estas sombras era Joaquin, y Ana era su esposa, esto es, recogia, como el receptáculo de la fuente, todas sus virtudes, porque en los dos no habia mas que un mismo corazon, una misma voluntad, una misma alma. Parecian ambos dos pimpollos de oliva plantados en el monte Líbano, ó dos candeleros de oro colocados en la divina presencia, sin mancha delante de Dios, sin queja delante de los hombres: cada uno á cual mas conservaba en su casa aquella inocencia que nuestros primeros padres no pudieron conservar en el Paraíso. Dejádme exclamar con san Juan Damasceno: *¡ó par dichoso, al cual toda criatura debe confesarse inferior!*

Bien puede ser vuestro modelo este matrimonio, ó casados cristianos, si observáis lo que ordena el Apóstol (1), que el marido ame á su mujer como Cristo amó á la Iglesia, y se entregó por ella; y que la mujer obedezca al marido en todo, como la Iglesia obedece á Cristo. Pero si no es así, ¿qué confusion será la vuestra, cuando la union de Joaquin y Ana en tiempo de la ley escrita condene la desunion con que vosotros vivís en la ley de gracia! No se ven sino matrimonios, en que el marido ama á toda otra mujer ménos á la propia, y en que la mujer obedecerá á todo otro hombre primero que al suyo. ¿Es esta la sagrada alianza que jurasteis al pié de los altares? Si vivís como demonios en el infierno, debiendo vivir como

(1) *Ephes. c. 5. v. 23, 24 et 25.*

ángeles en el cielo, no debéis pretender la gloria de estos, sino el castigo de aquellos.

Dejémonos ya de contemplar á santa Ana como esposa, para contemplarla como madre. La sola cualidad de madre, en sentir de santo Tomas de Villanueva, es una verdadera dignidad; pero grande, si es de un simple ciudadano, mayor, si es de un guerrero, máxima, si es de un soberano. Bajo este supuesto, si ahora se nos aparecieran las que han dado á luz á los hombres mas admirables, yo soy la madre de Noé, restaurador del género humano, diria una; yo de Salomon, el mas sabio de todos los hombres, diria otra; yo la de Júdas Macabeo, terror de las naciones infieles, diria esotra; yo soy la madre de Alejandro el conquistador de todo el Oriente, exclamaria esta; yo la de Augusto, que poseyó en paz todo el orbe, exclamaria aquella; y ¿qué diria nuestra dichosa santa? Oigámosla con atencion, mis hermanos, para comprender su dignidad. Yo soy la madre de la Madre de Dios: mi hija es la criatura mas santa que puede haber en la tierra, y la mas sublime que hay en el cielo, como se explica san Bernardo: ella es lo que hay superior, si se exceptúa al mismo Dios, como se explica san Epifanio: ella es la obra mas excelente de las manos del Señor, como se explica san Pedro Damiano: ella es una alma tan singular que ni hasta aquí la ha habido igual, ni la habrá en todos los siglos, como se explica san Juan Damasceno. Así si mi hija es la Margarita mas preciosa, yo soy la concha mas rica que puede haber: si ella es el cedro del Líbano, la palma de Cades, la rosa de Jericó, yo soy el jardín que la produjo: si ella es la dichosa arca donde todos se salvan, mi vientre es la mas alta montaña de la Armenia, donde esta arca descansó: la gloria de las hijas es la misma gloria de las madres.

Inferid de aquí, ó padres, cuál será vuestra gloria, si educáis bien á vuestros hijos: ellos son una masa de cera blanda en vuestras manos, dice san Crisóstomo, y podéis darle la figura que os agrade: si hicieris un santo, participaréis de los incienso que se le tributan; pero si la dejáis caer en el fuego, arderá y os quemará. Yo bastante les aconsejo, soléis decir: ay! ¿de qué podrán servir vuestros consejos, que desmentís al instante con vuestros ejemplos? Por mas que les digáis que no deben tener amistades sensuales, si ven al mismo tiempo la manceba acostada en vuestra cama y sentada á vuestra mesa,

¿qué ha de salir de vuestros hijos sino mancebos y mancebas? ¿Qué importa que les inculquéis la obligación de temer al Criador, si ellos ven, ó ebrios, que no tenéis mas Dios que vuestro vientre? ¿Les persuadiréis la justicia, fraudulentos, mientras vean vuestras manos manchadas con el engaño, el robo, la rapiña? ¿Obedecerán los cangrejos, si se les manda andar derechos, entretanto que vean andar de lado á los que los engendraron? Sed primero vosotros lo que queréis que ellos lleguen á ser.

Ademas de la gran dignidad de madre, tuvo santa Ana otra dignidad mayor, que fué la de abuela. Muchas cosas hacen recomendable á una abuela: la sabiduría que ha adquirido con su larga experiencia del mundo, la ternura con que ama á sus nietos, que excede muchas veces á la de las mismas madres de estos, y el interés que se toma en todo lo que mira á su posteridad. Pero yo hablo solo de aquella grandeza que los nietos mismos le confieren por su alta jerarquía. Como los sucesores se apropian toda la gloria que adquirieron sus antecesores, así estos antecesores pueden apropiarse toda la gloria que llegan á adquirir sus sucesores. Siguiendo esta regla el evangelista san Mateo, para engrandecer la generacion temporal del Verbo divino, empieza su Evangelio de este modo: *Libro de la genealogia de Jesucristo, hijo de David, y hijo de Abraham* (1); pero tambien es cierto que David y Abraham se gloriaron de tener en su posteridad á Jesucristo. Abraham deseó ver el dia de mi nacimiento, él lo vió en espíritu y se llenó de gozo, dice el divino Redentor (2).

Pues desde Abraham hasta David, mis hermanos, dice el mismo evangelista (3), hubo catorce generaciones; desde David hasta la trasmigracion de Babilonia hubo otras catorce, y desde la trasmigracion de Babilonia hasta el imperio de Cristo igualmente catorce, que todas juntas componen cuarenta y dos. Ahora os pregunto yo, si tan grande fué el gozo de Abraham, por hallarse pariente del Mesías en el grado cuadragésimo segundo, ¿cuál debió ser el de Ana, que se hallaba ya tan cerca como que estaba en el segundo solamente? ¡Cuántas gracias no recibiria á proporcion de su intermediacion! Ella seria mas que Isabel llena del Espíritu santo, porque aquella santa distaba tres, y eso por línea transversal, de modo que exceptuando la santísima Virgen, nadie pudo recibir mas gracias

(1) *Matth. c. 1. v. 1.* (2) *Joann. c. 8. v. 56.* (3) *Matth. c. 1. v. 17.*

que ella. Yo no sé si vivia aún, cuando el Verbo de Dios se hizo carne, y habitó entre nosotros; pero lo mas probable es que lo supiera desde aquel depósito, donde le esperaban las almas de los justos. Bien podria exclamar entónces: ¡con que soy abuela del mismo Dios, de aquel á quien desean ver los ángeles, y doblan la rodilla los cielos, la tierra y los abismos! ¡Cuándo llegará el dia, en que os abriréis, ó puertas eternas, para que éntre hasta nosotros este Rey de la gloria. Ah! Nieto divino, ¿cuándo vendré á tu augusta presencia, cuándo podré besar tus soberanos piés?

¿Se parecerá algo á este vuestro lenguaje, abuelas que me oís, cuando aparézcais en el juicio de Dios con vuestros nietos? ¿Harán ellos vuestra gloria, ó vuestra eterna confusion? ¿Benediréis la sangre que les comunicasteis, ó la maldeciréis? ¿Seréis una raíz dichosa, como la de Jesé, coronada con las flores y el fruto de sus ramas, ó una raíz desdichada, sobre la cual debió caer la segur de la ira de Dios, ántes que produjese unas ramas tan detestables? Los juicios del Señor son unos abismos, que yo no puedo penetrar para revelároslos desde hoy.

Por lo que mira á vos, santa bendita, yo os llamo con san Juan Damasceno tres veces bienaventurada; sí, bienaventurada por las tres relaciones mas gloriosas, que os adornan, de esposa, de madre y de abuela; y bienaventurada por las tres virtudes principales, que os caracterizan, el retiro, la pobreza y la humillacion: bienaventurada por vuestra santidad, y bienaventurada por vuestra dignidad. Sois sin duda el tesoro mayor, pero el mas oculto que hay en el campo de la Iglesia, oculto en otro tiempo en la tierra, y oculto ahora en el cielo: *simile est regnum caelorum thesauro abscondito in agro*. Pero no os ocultéis tanto, que no veamos vuestra proteccion. Mi alma se estremece, ó patrona incomparable, en solo pensar, si dejaréis rodar algun dia este prodigioso candelero, que está en la presencia del Señor, esta Iglesia dedicada á vuestro nombre. *Los candeleros, que están en mi presencia, son las iglesias*, dijo Cristo á san Juan en su Apocalipsis (1); y tambien dijo á la iglesia de Éfeso: *yo moveré tu candelero, si no te arrepientes* (2). Detened con vuestra poderosa intercesion esta mano divina, que parece extendida ya para mover el nuestro, á fin de que permanezca aquel con su antiguo brillo, ahora y para siempre. Amen.

(1) *Apocal. c. 1. v. 20.* (2) *Apocal. c. 2. v. 5.*

SERMON

DE SANTA ANA, MADRE DE MARÍA SANTÍSIMA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

LA CUALIDAD DE SER LA MADRE DE MARÍA SANTÍSIMA ES
EL ELOGIO MAS COMPLETO DE SANTA ANA.

Simile est regnum caelorum thesauro abscondito in agro; quem qui invenit homo, abscondit et pro gaudio illius vadit et vendit universa quae habet et emit agrum illum.

S. Mateo, c. 13. v. 44.

« El reino de los cielos es semejante á un tesoro escondido en un campo, el que hallándole un hombre se llena de gozo, y vendiendo todo cuanto tiene va y compra aquel campo. También es semejante á un negociante que busca margaritas preciosas y en hallando una, vende todo lo que tiene y la compra. » No extrañemos que la Iglesia dirigida por el Espíritu santo, nos haga presentes hoy estas parábolas del Evangelio, porque nada, á la verdad, puede decirse mas propio en el día de la festividad de santa Ana, madre de María santísima. Con facilidad se entiende que este gran tesoro es María santísima, tesoro de virginidad, como la llama san Juan Damasceno. Tesoro con que se enriqueció la Iglesia militante y la triunfante. Tesoro, dice san Bernardo, de cuya plenitud reciben todos, porque nada quiere dar Dios sino por las manos de María. Pues el campo en que se esconde, el archivo en que se encierra este inestimable tesoro, es santa Ana, en cuyo vientre fué concebida la santísima virgen María. Si queremos decir con san Gerónimo que el tesoro escondido en el campo es Jesucristo, el Verbo de Dios escondido en la carne, santa Ana es la que suministró el campo

en que se escondiera aquel precioso y divino tesoro que bajó de los cielos y habitó entre nosotros, porque en sus entrañas se concibió y estuvo por nueve meses la que fué tabernáculo en que se encerró el Verbo divino. Con facilidad se entiende que el Verbo eterno del Padre, el Hijo de Dios por esencia es el negociador y comerciante diligentísimo de margaritas, que entre sus consejos atendió con especialidad á permutar su divinidad con nuestra humanidad, á aquel admirable comercio en que el Criador del género humano, tomando un cuerpo animado, se dignó nacer de una virgen, y haciéndose hombre alargarnos su divinidad. Que este negociante inteligente y prudentísimo, deseoso de enriquecer el erario del eterno paraíso, recorrió en el espacio de muchos siglos buscando con curiosidad por todos los ángulos del mundo una margarita de un valor inestimable, y que despues de haber dado vuelta por los cielos y la tierra, la halló felizmente en el seno de santa Ana en que fué concebida la Virgen santísima. Santa Ana fué la concha en que estaba encerrada la margarita mas preciosa del mundo, y el Hijo de Dios vendió cuanto tenia y la compró. Se anonadó á sí mismo, se hizo pobre por nosotros, siendo rico, como nos dice el Apóstol; y todo con el fin de hacer madre suya y poder nacer de la virgen María.

¿Qué mas podré decir de la dichosísima y bienaventurada santa Ana? ¿No la alabamos y engrandecemos mas que á todos los santos con solo recordar en este día de su festividad que fué hija suya la que es Madre de Dios? ¿Que fué la concha en que estuvo encerrada la margarita mas preciosa y el campo en que estuvo oculto el tesoro mas inmenso? Yo haría un agravio á su memoria y me separaría neciamente de daros á conocer su verdadero mérito, si para elogiarla y formar su panegírico, eligiese otra cualidad que la de ser y tener la dicha incomparable de llamarse la madre de María santísima y abuela del mismo Jesucristo. Esta sola cualidad nos dará á conocer su extraordinario mérito y sus relevantes virtudes, y nos inflamará en deseos de implorar y merecer su proteccion y grande valimiento.

Afortunada santa Ana, esposa de san Joaquin, á vos es deudora toda criatura, dice san Juan Damasceno. Los hombres, porque les dísteis el refugio de los pecadores, la madre de la gracia y la misericordia, á la que es la puerta del cielo. Los ángeles, porque les dísteis su Reina y á la que es la Emperatriz del

paraíso celestial; y bien podemos atrevernos á decir que os está obligado el mismo Dios, porque pariste, alimentaste y educaste con tanta solicitud á la que fué su Madre. ¿Cómo podremos desconfiar de los auxilios divinos, cuando tratamos de la gloria y alabanza de la madre de la que distribuye los dones del cielo? ¿Cómo dejará de interesarse María santísima y Jesucristo su Hijo en que conozcamos, alabemos é imitemos las grandes virtudes de santa Ana, con quien están unidos con vínculos tan estrechos? Así lo esperamos, divino Señor, por la intercesion de vuestra Madre á quien decimos: *Ave Maria*.

Simile est regnum colorum thesauro abscondito...

Es indudable que María santísima, este tesoro del Todopoderoso, estuvo encerrado por el espacio de nueve meses en el seno venerable de santa Ana; que la alimentó con sus pechos y la tuvo en su compañía por el espacio de tres años, hasta que en cumplimiento de su voto la presentó en el templo. Fué el archivo en que estuvo depositado el tesoro de Dios. Y si donde está el tesoro allí está el corazon, ¿qué cerca de santa Ana no estaria el corazon de Dios? ¿Y cómo dejaría de inflamarse en aquellos incendios que producen las mas excelentes virtudes? El corazon de Dios cerca de santa Ana, ¿qué imperfeccion, qué tibieza no destruirá, qué virtudes no comunicaria el que es autor de la santidad y que forma á los santos con sola su palabra? Bien podemos decir que hubo muchas santas y célebres mujeres que reunieron muchas riquezas; pero que santa Ana sobre pujó á todas: *Multa filiarum congregaverunt divitias, tu supergressa es universas*. Hubo muchas mujeres devotas, piadosas y santas que procuraron á porfía recoger y amontonar tesoros y riquezas de gracias, dones, méritos y virtudes para hacerse dignas de que naciese de ellas aquella virgen de quien habia dicho el oráculo infalible que: Una Virgen concebiria y pariria un Hijo que seria el Salvador: *Ecce virgo concipiet et pariet filium*; pero santa Ana fué mas digna que todas, y tuvo la dicha de que naciese de ella aquella virgen anunciada y escogida para madre del que habia de dar la salud á los pueblos.

No podemos dudar que el que posee los tesoros de todas las gracias y dones del cielo, los derramó con grande abundancia sobre aquella que eligió para madre suya. Pues estando

esta por tanto tiempo en el vientre de santa Ana, siendo una hija tan reverente, tan obsequiosa, tan amante de su madre, ¿dejaría de comunicarla sus gracias? Siendo María santísima el canal de las gracias del Señor, el conductor y las manos por donde Dios comunica sus gracias á las criaturas, experimentando toda su beneficencia, y siendo tan prodigiosa y liberal para con todas ¿seria escasa para con su madre? ¿Tenia María santísima otros deseos, ni otra voluntad que la de sus padres?

La Iglesia, ilustrada y dirigida por el Espíritu santo, en las festividades principales de la santísima virgen María no nos recuerda otra cosa que las cortas palabras del Evangelio: *De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*. De la que nació Jesus, que se llama Cristo; dándonos á entender que es cuanto puede decirse, el complemento de todas las alabanzas, lo que basta para darnos á conocer la grande excelencia y dignidad de esta dichosísima criatura, el decirnos que fué la madre de Jesucristo. El asegurar de María santísima, dice san Anselmo y con él todos los santos Padres en iguales ó equivalentes términos, el asegurar que es la Madre de Dios, es decir todo lo mas grande que puede decirse de todo lo que no sea Dios. Pues aunque los evangelistas y doctores de la Iglesia nos hayan hablado muy poco de las virtudes y santidad de santa Ana, basta para su encomio y elogio, sobresale á todos sus méritos por grandes que sean, excede con una inmensa diferencia á todo lo que pudiera decirse de ella, el asegurarnos que fué la madre de María santísima, madre de Dios.

San Juan Damasceno contemplando y ponderando aquellas palabras que se dicen de san José, á saber, *Virum Mariæ*: El esposo de María, exclama lleno de admiracion: esto es lo mas inefable, lo mas grande que se puede decir, y sobre lo que nada puede añadirse. Ahora bien, amados míos; ¿Cuánto mas augusto y excelente es el concebir á María, el haberla llevado en su seno, el haberla alimentado tanto tiempo, el tener la dicha de ser su madre que el ser su esposo? Esta grande y esclarecida hija comunicaba continuamente nuevos aumentos de gracias á su madre, y si Jesucristo para redimir al mundo puso todos los tesoros de sus gracias en María ¿cuál seria el cúmulo de riquezas y dones celestiales que traspasase al alma de su dichosa madre?

Hablándonos el Apóstol de la preeminencia del Verbo encar-

nado sobre todos los ángeles, nos dice : tanto mejor y superior es á todos los ángeles, cuanta es la diferencia de su nombre al de todas las criaturas ; porque ¿ á quién de entre los ángeles ha dicho jamas Dios : Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado desde la eternidad ? *Filius meus es tu, ego hodiè genui te ?* Pues ved aquí el privilegio y prerogativa singular de santa Ana sobre las demas criaturas : el ser la madre de Dios, de la emperatriz de los cielos, de la Reina de todos los ángeles y la única que puede decirla : *Ego genui te : Yo te engendré y soy tu madre.* Ninguno hay entre todos los espíritus bienaventurados por supremo y privilegiado que sea, que se atreva á decir al Dios de infinita majestad, como puede decirle santa Ana : Tú eres mi nieto. De ellos se dice que las potestades le adoran y las dominaciones tiemblan, y es muy propio que el mismo Verbo encarnado obsequie y venere á la madre de su Madre.

Es doctrina de mi angélico doctor santo Tomas, que ni aun la Omnipotencia divina puede elevar á una pura criatura á un grado mas sublime y mayor, á hacerla verdadera madre suya ; de lo que se infiere con bastante claridad que despues de María santísima, madre verdadera de Dios, no hay criatura alguna entre todas las jerarquías de los dichosísimos ciudadanos del cielo, que santa Ana, á no ser que queramos decir que por la relacion de madre y en cuanto que es madre, es en cierto modo superior á la superior de entre todas las criaturas, que es su Hija ; santa Ana suministró á su Hija aquel cuerpo y aquella sangre de que se formó la santa é inmaculada humanidad del Altísimo. La imaginación se pierde, hermanos míos, y no acierta á concebir cosa mas grande.

Y si en sentir comun de los santos doctores, Dios concede á sus criaturas todas aquellas virtudes y gracias que sabe que son necesarias para los fines á que las destina y las dignidades que las confiere, ¿ cuántas gracias concedería á la que eligió para la dignidad de madre de la que habia de ser Madre suya ? El mismo Dios abrió el ojo de su especial providencia, y le extendió por todo el mundo y por todos los siglos para elegir la que habia de ser Madre de su Unigénito Hijo. Si tan cierto es que esta Madre fué la primera elegida y la que fué criada primero en la mente divina, de modo que el Señor la poseyó desde el principio de sus caminos ; ántes que criara alguna otra cosa, ántes que fuera hecha la tierra : *Dominus possedit me in initio*

viarum suarum, ¿ es creible que tratando de formarse y elegirse de entre toda la masa del género humano una madre dignísima, no atendiese el que es la santidad y sabiduría por esencia, á elegir entre todas las criaturas una mujer que fuese digna de parir, de alimentar, de educar y de ser madre de la que habia de ser Madre suya, y sobre la que ponía tanto cuidado ? Bastó esta reflexion á san Juan Damasceno para exclamar : ¡ Dichoso el vientre en que Dios edificó el arca de la santificación, esto es, á aquella mujer de la cual él fué concebido sin concurso de varon !

Otra reflexion se me ocurre que no quiero pasar en silencio. María santísima se llama : Arca del testamento y de la alianza : *Federis arca*. ¿ Cuántas bendiciones no llevaba consigo por todas partes aquella arca que no era sino de madera y una figura y representacion del arca mística, del Arca de la nueva alianza que es María santísima ? ¿ De cuántos bienes llenó la casa de Obededon, y cuántas bendiciones derramó el Señor en los tres meses que estuvo en ella el Arca ? Pues ¿ cuánto mayor seria el cúmulo de gracias y bendiciones celestiales que redundaria en santa Ana, teniendo en su seno y en su compañía tanto tiempo esta preciosísima arca ?

María santísima es aquella zarza que ardia y no se quemaba, que vió Moisés en el monte Sinaí ; pues santa Ana es la tierra que produjo á esta zarza mística : *Hæc est terra que rubum ardentem, incombustum permanentem germinavit*, dice san Gerónimo. Tierra santa, digna de todo nuestro aprecio y veneracion, que no es lícito pasar por ella sin descalzarse.

Por los frutos los conoceréis, nos dice el mismo Jesucristo : *Ex fructibus eorum cognoscetis eos*. ¿ Quién pues, dice san Juan Damasceno, dudará de la santidad de santa Ana, sino el que dude tambien de la santidad de María santísima ? Para dar noticia los exploradores de la abundancia y fertilidad de la tierra de promision, creyeron suficiente traer al campo de los suyos un solo racimo de uvas, para que por él viniesen en conocimiento de los bienes en que abundaba aquella tierra. Pues basta saber que María santísima es hija de santa Ana. María santísima es la vid que fructificó con tanta abundancia, y la tierra en que estaba plantada no podia dejar de ser fértil de dones, virtudes y gracias. Ved el fruto de esta dichosa mujer. De tu Hija, dice san Juan Damasceno, nos ha nacido el que se

llama el ángel del gran consejo, el que dió la salud y obró la redencion de todo el mundo.

Confesemos pues, que la cualidad de santa Ana de ser madre de María santísima, forma todo su elogio y nos da á conocer la abundancia de sus méritos y sus heroicas virtudes; las bendiciones celestiales con que el Señor la dotó y enriqueció.

Mi angélico doctor santo Tomas nos lo indica con una sencilla y poderosa razon cuando nos dice (1), que la vírgen María fué la que estuvo mas inmediata á Jesucristo segun la humanidad, porque de ella recibió la naturaleza humana, y que por lo mismo debió recibir de Jesucristo mayor plenitud de gracia. Pues por los mismos motivos y con mucha probabilidad podemos decir, que siendo santa Ana la mas unida á María santísima de entre todas las criaturas, y siendo María santísima la depositaria y distribuidora de todas las gracias, las recibiría mas y se enriquecería mas que todas las otras.

¿Qué resta sino que nos encendamos en deseos de venerarla, de implorar su proteccion, de hacernos dignos de su poderoso valimiento, á que nada puede negarse en el cielo? ¿Qué nos resta sino que la dirijamos las palabras que se leen en el libro de Judit (2): *nunc erijo ora pro nobis, quoniam mulier sancta es?*

Pero si ha de oír nuestros votos, si ha de interceder en nuestro favor, es preciso que imitemos sus virtudes. Desde su nacimiento ocurrido en Belen, de Matan y María sus padres, ambos muy recomendables por sus virtudes, se descubrieron en ella señales que anunciaban las gracias que forman despues á los santos. En su niñez resplandeció en ella el juicio, la modestia, la prudencia mucho mas aventajada que su edad. El mundo la brindó con sus placeres y quiso valerse de sus mismas prendas para aprisionarla en sus cadenas, pero supo triunfar, despreciando todos sus artificios y entregándose á la oracion, al retiro y á la mortificacion de la carne. Joaquin que vivía en Nazaret fué elegido entre otros muchos por sus padres para esposo de santa Ana. Fué este un matrimonio feliz y que debe servir para ejemplar de los casados. La pureza de costumbres, el amor á Dios, la paz y mutua correspondencia era lo que reinaba en los corazones de uno y otro. No miraban con frialdad

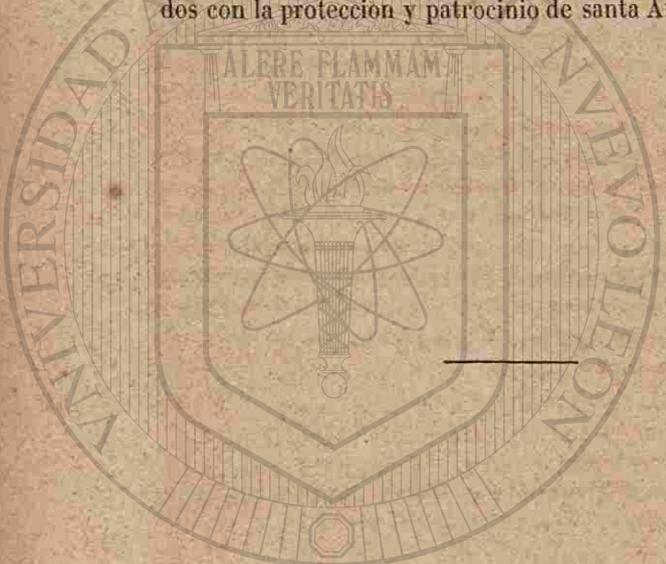
(1) 3. part. q. 27. art. 5. (2) Cap. 8. v. 29.

ni indiferencia los males de su pueblo y del mundo entero, y suspiraban con fervorosas oraciones pidiendo á Dios que acelerase la venida del que habia de salvar á Israel. Su presencia y compostura edificaba á todos; sin embargo los afligia la falta de sucesion, que se reputaba por un oprobio y nota de infamia entre los judíos, porque no podía nacer de ellos el Mesías prometido. Cuarenta años contaba de matrimonio santa Ana, y otros tantos contaba de esterilidad, y crecía cada vez mas su oprobio y el desprecio con que era mirada. Encontró un tesoro es verdad; halló al fin la preciosa margarita; pero ántes tuvo que desprenderse de cuanto poseía para comprarla. Arrojó de su corazon el amor propio; vivió en el mas perfecto desprecio y abnegacion de sí misma; fué continua su mortificacion, llevó con paciencia el oprobio y vilipendio de su esterilidad; fué probada en la tribulacion como el oro se prueba en el horno del fuego, no tuvo otra esperanza, ni otro consuelo sino á su Dios, fué agitada de los vientos de este mar borrascoso del mundo, y bebió las aguas amargas de sus tribulaciones; pero como un negociante codicioso del tesoro que busca, despreció todos los peligros, arrostró todas las dificultades, se desprendió de sus bienes para caminar con mas lijereza, siendo tan caritativa con los pobres, que no habia necesidad que no socorriese, á pesar de su escasa fortuna; oró con instancias al Señor, buscó en él su consuelo, le hizo el dueño de todo su corazon, y así el Señor oyó sus súplicas y la colmó de sus bendiciones.

Imitémosla, hermanos míos, si queremos que desde la patria celestial nos dispense su poderosa proteccion para con Jesus y con María santísima. ¿Y cómo podremos dispensarnos de hacerlo? A la verdad, amados míos, en santa Ana no se nos proponen obras extraordinarias que no podamos cumplir, ó que sean incompatibles con nuestro estado. A pesar de su gran santidad no vemos en su vida obras maravillosas, aquellas austeridades que llenan de asombro, aquellas peregrinaciones que ocupan el tiempo de la vida; porque no son necesarias para que se salve cada uno en su estado y condicion, y no todos podemos soportarlas. Pero todos podemos vivir en la pureza y castidad; frecuentar la oracion, el silencio y el retiro; vivir contentos con la suerte que el Señor nos distribuye; ser ejemplares de modestia y compostura; sufrir por Dios las afrentas é ignominias que nos vengan de nuestros prójimos; ser miseri-

cordiosos y caritativos con los pobres; todos pueden vivir en santa y cristiana paz en su matrimonio; criar y educar con rectitud á sus hijos; cumplir los votos que hacen á Dios; huir de los vicios y suspirar por morir de un modo digno de gozar de Dios y unirse á él para siempre.

Para que lo cumplamos así y tengamos la dicha de llegar á recoger el tesoro del cielo, dignaos, Señor, en esta festividad que debe seros tan grata, que se nos dispense y seamos ayudados con la protección y patrocinio de santa Ana.



DISCURSO

DE SANTA ANA,

MADRE DE MARÍA SANTÍSIMA.

(DE TRONCOSO.)

Germinans germinabit, et exultabit lætabunda et laudans; gloria Libani data est ei, decor Carmeli et Saron.

Fructificará prodigiosamente, y se regocijará llena de alborozo, y entonará himnos; hásele dado á ella la gala del Líbano, la hermosura del Carmelo y de Saron.

Isaias, c. 35, v. 2.

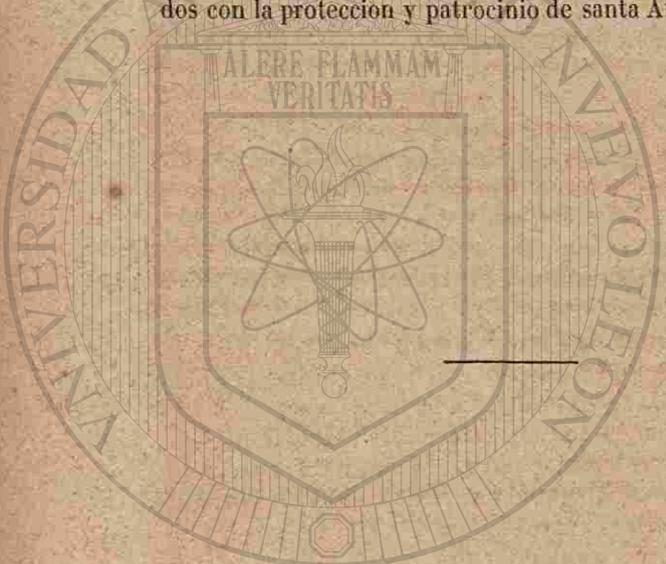
La prodigiosa mudanza que la venida del Mesías había de producir en toda la tierra, descrita con los mas brillantes rasgos por el mas ilustrado de los profetas, es uno de los acontecimientos mas sorprendentes que nos ofrecen las sagradas páginas. « Llegará un día (decía Isaias cerca de ocho siglos ántes de Jesucristo), llegará un día en que una region desierta é intransitable se alegrará sobremanera; saltará de gozo la soledad, y florecerá como los lirios plantados en un jardín ameno; fructificará copiosamente, se regocijará llena de alborozo, y entonará festivos himnos; porque á ella ha sido dada la gala del Líbano, la hermosura del Carmelo, y la belleza de Saron; sus habitantes verán la gloria del Señor y la grandeza de nuestro Dios (1). »

Sí alguna vez fué licito á la pobre inteligencia del hombre profundizar el sentido de los divinos oráculos, y hacer aplicaciones á objetos, que si bien extraños al principal que el espíritu de sabiduría se propuso, dicen no obstante relacion directa y tienen no pequeña analogía con los sucesos que vaticinaban los hombres inspirados; nunca mejor que hoy pudiera yo atreverme á aplicar las palabras que acabáis de oír, al dignísimo ob-

(1) *Isai. c. 35. v. 1 et 2*

cordiosos y caritativos con los pobres; todos pueden vivir en santa y cristiana paz en su matrimonio; criar y educar con rectitud á sus hijos; cumplir los votos que hacen á Dios; huir de los vicios y suspirar por morir de un modo digno de gozar de Dios y unirse á él para siempre.

Para que lo cumplamos así y tengamos la dicha de llegar á recoger el tesoro del cielo, dignaos, Señor, en esta festividad que debe seros tan grata, que se nos dispense y seamos ayudados con la proteccion y patrocinio de santa Ana.



DISCURSO

DE SANTA ANA,

MADRE DE MARÍA SANTÍSIMA.

(DE TRONCOSO.)

Germinans germinabit, et exultabit lætabunda et laudans; gloria Libani data est ei, decor Carmeli et Saron.

Fructificará prodigiosamente, y se regocijará llena de alborozo, y entonará himnos; hásele dado á ella la gala del Líbano, la hermosura del Carmelo y de Saron.

Isaias, c. 35, v. 2.

La prodigiosa mudanza que la venida del Mesías habia de producir en toda la tierra, descrita con los mas brillantes rasgos por el mas ilustrado de los profetas, es uno de los acontecimientos mas sorprendentes que nos ofrecen las sagradas páginas. « Llegará un día (decía Isaias cerca de ocho siglos ántes de Jesucristo), llegará un día en que una region desierta é intransitable se alegrará sobremanera; saltará de gozo la soledad, y florecerá como los lirios plantados en un jardín ameno; fructificará copiosamente, se regocijará llena de alborozo, y entonará festivos himnos; porque á ella ha sido dada la gala del Líbano, la hermosura del Carmelo, y la belleza de Saron; sus habitantes verán la gloria del Señor y la grandeza de nuestro Dios (1). »

Sí alguna vez fué licito á la pobre inteligencia del hombre profundizar el sentido de los divinos oráculos, y hacer aplicaciones á objetos, que si bien extraños al principal que el espíritu de sabiduria se propuso, dicen no obstante relacion directa y tienen no pequeña analogía con los sucesos que vaticinaban los hombres inspirados; nunca mejor que hoy pudiera yo atreverme á aplicar las palabras que acabáis de oír, al dignísimo ob-

(1) *Isai. c. 35. v. 1 et 2*

jeto de nuestros cultos. Sea en hora buena el pueblo gentil, como place á muchos padres de la Iglesia, la verdadera region predicha por Isaías, que á la venida del Mesías debía convertirse, de desierta que era por su esterilidad en buenas obras, en un país fértil y delicioso (1). Sin embargo al contemplar la esterilidad prolongada de la ilustre santa Ana, su prodigiosa fecundidad despues de muchos años de oraciones y fervorosos ruegos, su gozo y placer extraordinarios despues de tantos dias de luto y de tristeza, de sufrimiento y de esperanza, ¿no podré yo decir en un sentido acomodaticio, que esta matrona insigne era en toda su verdad la tierra desierta é intransitable, el terreno árido é infecundo que prodigiosamente debía florecer como el lirio, y fructificar abundantemente, dando á luz un renuevo que la llenaria á ella de indecible alborozo, y haría resonar por todo el mundo himnos de júbilo y de alegría universal? ¿En quién mejor que en la augusta madre de Maria se verificaron aquellas palabras misteriosas, *hásele dado á ella la gala del Libano, la hermosura del Carmelo y la belleza de Saron?* ¿No es María con quien ni el Libano, ni el Carmelo, ni Saron pudieron competir en beldad, en gracias y en majestad, el fruto benditísimo concedido á santa Ana, como un don el mas inestimable y precioso que jamas pudo concederse á madre alguna? ¿Hay entre las mujeres quien pueda gloriarse de una fecundidad tan admirable? Ah! solo á santa Ana pertenece este honor; de ninguna fuera de ella puede decirse que el cielo le ha concedido un fruto de bendicion, cuya belleza, cuya santidad, cuya grandeza no pueden exactamente figurar ni el Libano con sus empinados cedros, ni el Carmelo ni Saron con sus amenos y fecundos verjeles. ¿Y no es en fin santa Ana aquella por cuyo conducto iba á manifestarse en el mundo la gloria del Señor y la grandeza del Dios hombre, que impacientes esperaban los pueblos todos del universo?

Gloria incomparable, grandeza prodigiosa es sin duda, católicos, la que resulta á santa Ana por su cualidad augusta de madre de la Madre de Jesucristo. En virtud de este título tan honroso, véola unida al Hombre-Dios con unas relaciones, que solo en la purísima virgen María se encuentran mas estrechas, y elevada de consiguiente á un orden superior en este concepto al

(1) *Amat. Anot. 1 al cap. 35 de Isaías.*

de todas las demas mujeres que hubo ántes de ella, ni habrá despues. Puesto que, si como dicen los Padres de la Iglesia, el Señor no crió ni criará jamas una cosa mas grande que la madre de un Dios, tampoco concebimos que, despues de esta, pueda producir en la esfera de mujer, otra mayor, mas ilustre y digna de elogio, que la que dió á luz á la Madre de este mismo Dios.

Contemplemos pues, católicos oyentes, esta grandeza singular de nuestra santa; y para nuestra mayor edificacion, hagamos atencion á las virtudes, con que se hizo digna de ella. Demos una rápida ojeada por la historia; recordemos el abatimiento y humillacion á que se veía reducida la familia de esta insigne y noble heroína; consideremos la esterilidad prolongada con que la habia afligido el Señor; y al ver la fe prodigiosa de Ana, la resignacion constante é imperturbable sumision con que se humilló en todos los sucesos ante los decretos divinos, y lo sacrificó todo á la voluntad de Dios, no dudaremos afirmar que por esto el Señor la recompensó con una fecundidad prodigiosa, que la elevó á una gloria y á una grandeza superior á la de todas las criaturas despues de la madre de Dios. *Ave Maria.*

REFLEXION ÚNICA.

Pudiera decirse, católicos oyentes, que el santo rey David, previendo anticipadamente el carácter de la ilustre santa, cuya memoria honra hoy el cristianismo, se habia propuesto hablar por su boca y expresar sus sentimientos, cuando al trazar el cuadro majestuoso de la adorable providencia del Señor, exclama en el Salmo 93: «El Señor es el Dios de la venganzas, él obrará con toda libertad. Haz pues brillar tu grandeza, ó juez supremo de la tierra; dá su merecido á los soberbios. ¿Hasta cuándo Señor, hasta cuándo han de estar vanagloriándose los pecadores? ¿Es posible que no han de cesar de hablar inicua-mente los que obran con injusticia? Ellos han abatido á tu pueblo y devastado tu heredad, han asesinado á la viuda y al extranjero, han quitado la vida al huérfano, y en su arrogante soberbia, han dicho: no lo verá el Señor; no sabrá nada el Dios de Jacob.»

Tal se representa á mi imaginacion el siglo de Heródes idu-

meo, usurpador soberbio del trono de Judá. Verificádose habian los decretos del cielo; la autoridad de los judíos habia pasado á extrañas manos, que empuñaban el cetro de David y habian reducido al mayor abatimiento la descendencia de este príncipe. La oscuridad mas espesa cubria el antiguo brillo de la familia mas augusta del universo. Sus miembros vivian en el retiro y en el silencio, humillados unos, perseguidos otros, y todos hechos el objeto del desprecio y del abandono mas cruel.

Entre estas ilustres víctimas, se ofrece á nuestra vista la magnánima hija de Mathan, santa Ana, vástago noble de la tribu de Leví y de la familia de Aaron, la cual, como los demas descendientes de la real casa de Israel, se miraba derribada desde la cumbre de la mayor grandeza hasta el abismo de la pobreza y de la humillacion. ¿Cómo pues no habia de participar del sentimiento general, al ver hechos menudos pedazos el solio, dispersa la heredad santa, insultado el sacerdocio, y perseguido el linaje de los profetas? ¿Cómo no habia de clamar al cielo en favor de una nacion, á quien estaban vinculadas las promesas mas magnificas, y de cuyo seno debia salir el Salvador de Israel? Concebid, si os es dado, el dolor que atravesaria el corazon de Ana, al ver las desgracias que unas en pos de otras habian venido á estrellarse sobre este pueblo, objeto un dia de las misericordias y prodigios de Jehová. Pero no juzguéis que en medio de esta nube de adversidades se resintiese en lo mas minimo su fe. Firme é imperturbable en las promesas de su Dios, jamas desmintió su constante sumision á la voluntad divina: esta le hacia sacrificar gustosa ante sus aras aquellas grandezas de que la habia despojado la tiranía; y pobre y abatida bajo el yugo de la dependencia de Heródes, si bien ve sobre su cabeza una diadema que pertenece á su familia, respeta los designios de Dios, adora su providencia, espera en su justicia, y al traves de estas desgracias apercibe la gloria de aquel que, no con el ostentoso fausto del oro y de las armas, sino con la humillacion y la cruz ha de sojuzgar al mundo, y dar sus leyes á los príncipes y reyes de la tierra.

Ó fe admirable de Ana! No la hacen dudar de la palabra de Dios cuantos acontecimientos adversos la rodean. Sabe que el Señor es un juez justo, veraz, recto, que si bien por algun tiempo tolera el triunfo de la injusticia y de la iniquidad, tiene reservado un dia para hacer ostensible su grandeza y humillar á

los soberbios del siglo; y en su consecuencia, su fe es superior á todos los contratiempos del mundo; y ni la privacion de unos bienes á que como el que mas podia alegar un derecho indisputable, ni la oscuridad á que reducida se halla, nada en fin es capaz de alterar su perfecta dependencia de la voluntad suprema.

Mas no fueron estas solas las desgracias con que el Señor probó á nuestra heroína. Un motivo de dolor mas profundo hallaba en su esterilidad. Enlazada en matrimonio con el ilustre Joaquin, ya habian pasado cuarenta años sin que el cielo se hubiese dignado darle sucesion. Para formar una justa idea de esta prueba terrible, preciso es recordar que en la ley antigua la fecundidad era uno de los mas gloriosos distintivos de las hijas de Israel, así como por el contrario la infecundidad no solo era mirada por los judios como un oprobio, sino tambien como un carácter de maldicion lanzada sobre la familia, puesto que bajo este concepto se consideraba excluida de la esperanza de ver nacer de su sangre al Mesias prometido. Así se explica el dolor y sentimiento de la virtuosa madre de Samuel, cuando en los dias de su esterilidad no cesaba de derramar continuo llanto en el templo de Silo (1); las angustias mortales de Raquel, cuando decia á su esposo Jacob: *dáme hijos, ó de lo contrario no me es posible vivir* (2), y la tristeza de todas aquellas mujeres á quienes el Señor habia privado de la fecundidad.

¿Qué virtud pues no seria preciso tuviese santa Ana, para no dudar de la misericordia de su Dios en medio de esta desgracia, la mayor que en aquel tiempo podia suceder á una mujer? Ah! no duda esta mujer fuerte; ni un solo instante da lugar al pensamiento de que Dios se produzca con ella duramente. ¿Qué le importa su esterilidad, si de este modo cumple la voluntad de su criador? ¿Qué le importan las preocupaciones de su nacion, si el Señor acepta el sacrificio que ella hace de su propia gloria? ¿Podrán afligirla los desprecios de las demas de su sexo que la contemplan indigna de contribuir al nacimiento del reparador deseado? No, porque Ana cifra su mayor felicidad en adorar en silencio los decretos de la Divinidad. ¿Mirará con emulacion envidiosa á las que han sido favorecidas del cielo con copiosos frutos de bendicion? No, porque está persuadida

(1) 1. Reg. c. 1. v. 10. (2) Gen. c. 30. v. 1.

á que los dones de Dios son gratuitos, y que ningun mérito hay en la criatura para que pueda optar á ellos. Así que, deseosa únicamente de que se realice el gran misterio vaticinado por los profetas, sin cuidarse de que á ella no pueda pertenecer la gloria del nacimiento de Emanuel, solo se ocupa en derramar fervientes ruegos al cielo, para que acelere el momento deseado; y como escribe el P. san Epifanio, mientras Joaquin su esposo ofrece en el monte oraciones y sacrificios, ella en el silencio de su casa presenta al Señor el holocausto precioso de su humildad, de su resignacion, de su fe y de todas las virtudes.

Sacrificio sublime! oblacion preciosa! Vos la aceptaréis, Señor; vos no despreciaréis un corazon humillado y en todo conforme á vuestra divina voluntad. Lo que no negaste á las lágrimas de la esposa de Elcana, lo que concediste á los ruegos de la mujer de Jacob, será tambien la digna recompensa de la fe, de la sumision, de la constancia y virtud de Ana. Ana verá borrado el opróbio de su infecundidad; concebirá en su seno un fruto preciosísimo, que colmará abundantemente sus deseos, que sobrepujará á sus esperanzas, y que la llenará de un consuelo proporcionado al dolor y desconsuelo de su corazon, y de una gloria de todo punto superior á la humillacion en que se ve sumida.

En efecto, católicos, Ana concibe en su casto seno á la purísima virgen María, á la que como la flor entre las espinas es desde aquel primordial momento toda hermosa, toda agraciada, toda limpia, y libre de la culpa original. ¡Oh madre feliz, y entre todas la mas venturosa! Quién podrá comprender tu grandeza? quién dignamente admirar tu gloria? Con razon, católicos oyentes, el P. san Juan Damasceno, celebrando la grandeza de santa Ana, la hace hablar de esta suerte: « ¡Heroínas ilustres del antiguo Testamento! regocijáos hoy conmigo, pues siendo infecunda, he dado á luz aquel germen precioso, objeto de las magnificas promesas de todos los siglos, y con el néctar de mis propios pechos alimento á ese fruto de bendicion, libre ya de la tristeza de la esterilidad que me acongojaba. Alégrese la antigua adversaria de Fenena, y celebre conmigo el nuevo é inopinado portento que ha obrado en mí la mano del Omnipotente. Llénese de júbilo Sara, que concibiendo en su senectud, no fué sino la figura de mi concepcion prodigiosa. Ensalcen las estériles é infecundas la misericordia que conmigo ha usado el

Señor, visitándome milagrosamente, y las madres que gozan del privilegio de la fecundidad, no se desdénen de exclamar: ¡bendito por siempre aquel que escuchando las plegarias de su sierva, le concedió por fruto felicísimo aquella Virgen que ha de ser madre de Dios segun la carne, y cuyo seno será un cielo en donde habitará un dia aquel, á quien no puede contener todo el universo. » (1)

Esta grandeza de santa Ana no es, señores míos, sino la justa recompensa de la fe y de la sumision de esta mujer fuerte á los decretos del cielo. Habia creído como Abraham, habia esperado como Noé, habia sufrido como Jacob; pero su fe, su esperanza, su sufrimiento excedian en quilates á la virtud de todos los justos de la antigua ley. Cuanto de grande y admirable contempló el mundo en las heroínas ilustres que la precedieran, lo habia reasumido Ana en sí misma con una perfeccion extraordinaria en un grado el mas heroico. Su matrimonio era el tipo de la fidelidad, del amor sagrado, de la religiosidad y del decoro conyugal. Unida por Dios al hombre mas virtuoso y santo de su siglo, recogia como el receptáculo de la fuente todas sus virtudes, segun la expresion de un sabio; no habiendo en ambos mas que un solo corazon, una misma voluntad, un alma idéntica, afectos y pensamientos comunes. Como dos pimpollos de oliva plantados en el monte Líbano, ó á manera de dos candeleros de oro colocados en la divina presencia, vivian sin mancha delante de Dios, y sin queja delante de los hombres. ¡O par dichoso, exclamaré con el Damasceno (2), cuya vida la mas pura, inocente y ejemplar, mereció la honra incomparable de engendrar á la que era el honor de la virginidad, el tesoro de la gracia y de la virtud, el abismo de las perfecciones de la sabiduría increada, el compendio de los prodigios del Omnipotente, el portento en fin, nuevo y nunca visto sobre la tierra!

Desconozcan en hora buena los hombres carnales esta gloria, esta grandeza sin semejante de santa Ana, porque en ella no echan de ver aquellas brillantes exterioridades que deslumbran por lo comun los ojos del mundo. La Religion tiene una vista mas perspicaz para distinguir lo real y positivo de lo quimérico y puramente ideal; la Religion sabe apreciar en su justo valor

(1) Joan. Damasc. Orat. 2 de Nativ. B. Mariæ prop. finem.

(2) Joan. Damasc. Orat. 1 de Nativ. B. Mar. virg.

la grandeza que resulta de la virtud; la Religion en fin sabe admirar lo que es digno de admiración y menosprecia altamente esa gloria que se oscurece con el tiempo, y que no pasa los límites del sepulcro. Si en nuestra ilustre heroína no viese mas que una sangre noble, una genealogía llena de blasones y de timbres gloriosos; si únicamente la considerase como hija de reyes, de patriarcas, de pontífices y grandes capitanes; si solo contemplase á la heredera del trono de David; hubiérala admirado como á las demas mujeres, cuyos nombres se hicieron famosos en los fastos de la antigüedad sagrada, y sus elogios no hubieran pasado de los límites de una alabanza debida al mérito, al valor ó á la justicia. Pero la religion halla en esa insigne matrona un título exclusivo á ella, superior á cuantos distinguieron á las mas ilustres hijas de Judá, y mas glorioso de todo punto que cuantos pudieron alegar las mujeres todas de los tiempos fabulosos. Ana es madre de María santísima; y en este concepto ¿no sobrepuja su gloria á cuanto es posible suponer en una mujer? Si dable fuese desentrañar los anales de todo el universo, y hacer hablar á cuantas esposas han disfrutado del privilegio de la maternidad, cualidad que por sí sola, en sentir de santo Tomas de Villanueva, es una dignidad respetable, ¿con cuánto placer veríamos resplandecer sobre todas á la incomparable esposa de Joaquin! Aquí compareceria la esposa de Lamec y diría: yo soy la madre del gran Noé, el único justo que halló en los días de su indignación el divino Jehová, el escogido para salvar las reliquias de la humanidad y restaurar el linaje humano despues del universal diluvio. Allí se presentaría la esposa de Isai, y diría: yo soy la madre de David el escogido por el Señor para reinar sobre el trono de Israel, el destructor de los huestes filisteas, el salvador del Arca de la alianza, el vengador intrépido del pueblo de Dios, el cantor divino de las alabanzas de Sabaot. Ora la ilustre Betsabée llegaría llena de gozo exclamando: yo soy la madre de Salomon, el hombre mas científico que conoció el universo, el que disputó sobre cuantos objetos encierra la naturaleza, el que fabricó el templo mas suntuoso que admiraron los siglos, el que edificó morada al Santo de los santos, el que expendió sumas inmensas en el ornato del tabernáculo, el que agotó las minas de Ofir, trajo por los mares las piedras de Oniche, los mármoles de Páros, las maderas de Setin, y cuanto de mas precioso pudo hallarse en

las montañas del Líbano, para realzar la gloria del Señor. Ora la invencible Macabea gritaría: yo soy la madre de aquellos siete héroes que oponiéndose á la impiedad del rey Antíoco, dieron generosos sus vidas en defensa de la ley y de la Religion; que sostuvieron los derechos de Dios, pelearon por su culto, é hicieron prodigios de valor en medio del desaliento universal de un pueblo afligido y tiranizado... Pero ¿qué podrian decir estas, ni la madre de un Jérjes, expugnador de reinos enteros, ni la de Alejandro, conquistador de todo el Oriente, ni la de César augusto, pacificador del orbe, comparable á lo que de sí diría la dichosa santa Ana? Yo soy, exclamaria, la madre de aquella Virgen que ni tuvo ni tendrá jamas semejante; la madre de la que por virtud del Altísimo concibió en su seno al Dios de Noé, de David, de Salomon, de los Macabeos; la madre de la que dió á luz en tiempo al engendrado entre los luminosos resplandores de los santos, ántes que apareciese el lucero de la mañana; la madre de la que trajo al mundo á aquel que no tiene otro padre mas que al criador del cielo y de la tierra, á quien no puede contener el orbe, ántes quien los Alejandros, los Jérjes y los monarcas todos se postran humildes y deponen sus diademas; yo soy la madre de la gracia, de la misericordia y de la bondad; mi hija es la margarita mas preciosa, y yo la concha que la encerré en mi seno; ella es la Arca de la Nueva alianza, y de consiguiente yo soy el santuario donde ella estaba depositada; ella la palma airosa de Cades, el cedro majestuoso del Líbano, el cipres erguido de Sion, y la rosa rozagante de Jericó, y yo el jardin ameno, en donde se crió, y el arroyuelo manso que la regué con las puras aguas de mi doctrina y educacion. En suma si María es la madre de Jesucristo, yo soy, segun la carne, abuela venturosa de este divino Mesías, y estoy estrechada con él con una alianza la mas gloriosa, la mas grande y admirable que concebirse pudo en una hija de Adan, participante de sus miserias.

¿Alianza sublime que basta por sí sola para ensalzar á santa Ana sobre todas las demas mujeres, con la sola excepcion de su hija! Prerogativa insigne, que no fué concecida á las Judits, Esteres, Saras, Raqueles, Abigailles, Dévoras, ni á ninguna de aquellas heroínas que formaron la gloria de Jerusalem, llenaron de gozo á la descendencia de Israel, y dieron honra y prez á todo el pueblo judaico.

¿Admiraránse ya los sabios del siglo de nuestro entusiasmo, al contemplar la grandeza de santa Ana? Nos preguntarán aún, en qué consiste su gloria? Viles insectos que arrastráis entre el polvo! vosotros sois incapaces de mirar al cielo; y aún cuando hácia él dirigáis vuestros ojos, la brillantez que despidе, os deslumbra y ciega. Habéis colocado la gloria en el falso resplandor de los bienes mundanales y terrenos, y todo lo que no sea terrestre, pareceos mezquino é insignificante. Ah! cerrád, cerrád vuestros ojos á ese engañoso aparato que el siglo os presenta; elevád vuestro corazon hácia ese mundo invisible que domina sobre vuestras cabezas; medíd la duracion del tiempo con la eternidad: cotejad los bienes del cielo con los de la tierra; y despues volviendo vuestra consideracion á la insigne madre de la santísima virgen María, podréis comprender cuánta sea su gloria, cuán superior su grandeza á la de los mayores héroes terrenos; entónces os veréis precisados á reconocer y confesar que en la línea de madre, ninguna hay, á excepcion de María, que sea tan acreedora á la veneracion de los hombres, como aquella que tuvo la dicha de engendrar prodigiosamente á la madre de todo un Dios.

Así lo han reconocido y confesado los mas ilustres ingenios del cristianismo. Así lo proclamó en un brillante discurso el sabio al par que grande emperador Leon, ensalzando la milagrosa fecundidad de nuestra santa de un modo que ha dejado los mas dulces recuerdos á la posteridad (1). Así lo han preconizado los Padres y Doctores de todos los siglos en sus inmortales producciones, y entre todos el elocuentísimo Damasceno. Tomemos en nuestros labios las palabras de este santo doctor, y volviéndonos á nuestra insigne heroína, digámosla llenos de tierna devocion: « Bienaventurada eres ciertamente, y tres veces bienaventurada, pues concebiste y diste á luz á esa divina Niña, cuyo solo nombre es digno de la veneracion de todo el universo; María, de la cual nació Cristo, flor de la vida; María, cuyo nacimiento fué tan glorioso para el mundo, y aún mucho mas sublime su milagroso parto. Nosotros nos gratulamos contigo, oh dichosísima matrona, pues nos diste un fruto de promision, á quien estaba vinculada la esperanza de todos los mortales. Bienaventurada eres, sí, y no ménos bienaventurado el

(1) Véase *Ballet. Serm. de Santa Ana. parte 2.*

fruto de tu vientre. Toda lengua piadosa engrandece hoy ese gérmen preciosísimo. Las criaturas todas gozosas y llenas de entusiasmo ensalzan y celebran los bienes que nos ha producido tu singular y portentosa fecundidad. Digna eres, dignísima sobre todo encarecimiento, de recibir nuestras alabanzas, pues en ti se cumplieron los divinos oráculos, y nos diste á aquella de la cual nació Jesus, fruto dulcísimo de la virginidad (1).» Séante pues gratos nuestros obsequios, ó Ana gloriosísima, y en prueba de que no te son indiferentes, interpón tu mediacion poderosa para con tu Hija benditísima, á fin que llevando ella nuestras preces y ruegos ante el acatamiento de su divino Hijo, como canal que es y conducto seguro de las gracias y misericordias celestiales, haga descender sobre nuestras almas raudales copiosos, que haciéndolas ahora fecundas en virtud, les merezcan para el porvenir una recompensa eterna, cual está prometida á los justos en la bienaventuranza de la gloria. Amen.

(1) *Joan. Damasc. Orat. 2 de Nativ. B. Virg. prop. finem.*

SERMON

DE SANTA ANA.

(POR SÁNCHEZ SOBRINO.)

Dominus... humiliat, et subleuat.

El Señor humilla y ensalza.

L. de los Reyes, c. 2. v. 7.

Así se explica en su cántico de acción de gracias la madre de Samuel, este famoso profeta del pueblo de Israel. Dios que la había probado por medio de una larga esterilidad, se dignó al fin consolarla por una fecundidad gloriosa. Sumisa siempre al Señor, le presentó sus votos y oraciones en medio de su humillación, sin quejarse jamás de su divina providencia. Así logró ser oída, y que el gozo sucediese á sus humillaciones; es decir, que al oprobio de su esterilidad se substituyera un precioso fruto de fecundidad, que vino á ser la gloria y las delicias de su madre: *Dominus... humiliat, et subleuat.*

¿Con cuánta más razón me será lícito poner estas palabras en los labios de la ilustre heroína, que hoy celebra la Iglesia? ¿Quién más humillada, y quién más ensalzada que santa Ana entre las matronas de Israel? La corona de sus padres trasladada á las sienas del extranjero Heródes, y el oprobio de su esterilidad, ¿qué humillación, qué abatimiento! La predilección que Dios hizo de ella para madre de la Madre misma del Omnipotente, y la divina alianza que por este medio contrajo con el Verbo encarnado, ¿qué rasgos de excelencia y de gloria! Insensiblemente he descubierto la materia de este elogio, que para más claridad divido en dos reflexiones. En la primera os mostraré, que el mérito de santa Ana consistió en su sumisión á los designios de Dios; y en la segunda os haré ver, que su

gloriosa exaltación dimanó de haber cooperado á las altísimas miras de la misericordia del Señor: dos verdades dignas de esta cátedra, de mi sublime heroína y de vuestra atención. Pidamos las luces del Espíritu santo por la poderosa intercesión de su augusta Esposa. Saludémosla con el ángel. *Ave María.*

Hombres afligidos! miserables hijos de Adán pecador! En vano buscáis verdadero consuelo entre los diferentes objetos que os rodean. La Religión únicamente, dice un sabio, es capaz de consolar á un cristiano en medio de sus desgracias. ¡Mortales débiles, infatuados con lo terreno! vosotros esperaréis que las criaturas calmen vuestros infortunios, satisfagan vuestros deseos y reparen vuestras quiebras. Mas por vuestra confesión misma solo experimentaréis de ordinario consoladores importunos, amigos inútiles y testigos indolentes de vuestras penas y humillaciones. Pero vos, Religión santa, nos enseñáis á conocer en los sucesos adversos la mano de un Dios que nos prueba ó castiga con misericordia: adorad, os ruego, sus impenetrables designios. ¿Ignoráis por ventura que sabe sacar gloria del seno mismo de la ignominia y del oprobio? ¿No condujo al antiguo y casto Josef de entre los horrores de su prisión á la mayor grandeza de Egipto, elevándole como á padre del rey? Ah! la mano misericordiosa que probó al justo Job, á Mardoqueo y á Tobías con tanto rigor, en todo tiempo ha afligido á las más grandes almas hasta el fondo de su corazón. Pero si recorremos los fastos de la Iglesia, hallaremos que en recompensa de su sumisión las ha colmado el Señor de los mayores consuelos.

Hé aquí la conducta observada por Dios con respecto á santa Ana. Caída del trono en la oscuridad, de la opulencia al seno de la miseria, oprimida de la ignominia con que su nación miraba la esterilidad, ¿qué poderosos motivos de humillación! Un corazón sensible, conducido por ideas mundanas, hubiera podido lamentarse, diciendo: ¿son estas, Señor, las promesas magníficas, hechas por los profetas á mis padres? ¿Qué se ha hecho del trono de David, cuya sangre cuele por mis venas? ¿Dónde está la gloria de sus descendientes? ¿dónde la fecundidad que debía dar á luz al deseado de las gentes y de los collados eternos?

Así os quejariais vosotros, hombres mundanos, porque no queréis reconocer en Dios recursos superiores á los de la humana política, ni adorar sus impenetrables designios. Infatuados con las falsas ideas de felicidades terrenas, quisierais pensar al Señor como vosotros; y sin esperar el desenlace de las grandes escenas que nos presenta de ordinario su adorable providencia, y que justifica su infinita sabiduría, osáis murmurar, blasfemando lo que ignoráis. En el trastorno de vuestra fortuna, y humillación de vuestras desgracias, no dudáis confesar que todo en el mundo es caduco. En esta hipótesis, ¿porqué no os adherís á vuestro Dios? Él prueba á sus siervos, mas no los abandona; ántes de ordinario la gloria sigue de cerca á su conformidad: y hé aquí en lo que consistió la virtud eminente de santa Ana. ¿Qué rasgos de sumisión no nos presenta en su abatimiento!

Heródes idumeo usurpa el trono de sus padres, y reina con orgullo, mientras Ana pasaba sus días en la oscuridad y en el menosprecio de su nación, por razón de su esterilidad. ¿Qué pruebas tan duras á los ojos del mundo! Pero “esta hija de Abrahán (como reflexiona un célebre orador) sumisa, á imitación de aquel patriarca, á la voluntad de Dios, llegó al heroísmo de la virtud. Sumisión generosa que sacrificó al Señor toda la grandeza que de la tierra podía esperar; sumisión continua que la estimulaba á bendecir diariamente á su Dios; sumisión heroica que la hacía esperar todo de su Criador, á pesar de su larga esterilidad. Cualquiera de estas adversidades bastaría para hacer titubear la constancia de los decantados héroes del siglo. Mas todas ellas juntas no fueron capaces de turbar la paz interior de Ana, ni su conformidad con la divina voluntad.” En medio de todas estas humillaciones me parece la oigo decir: Señor! en mis abatimientos adoro vuestros designios; vuestra sabia providencia es la que me prueba; para mí bien me humillas, á fin de que aprenda tus justificaciones; vuestra mano benéfica y omnipotente que probó á Job, y tanto á mi padre Abrahán, es la que me ha tocado y reducido á este conflicto; cúmplase en mí tu beneplácito. Por medio de esta sumisión á la divina voluntad, las desgracias é infortunios que trastornan de ordinario el heroísmo de los grandes y políticos del siglo, hicieron brillar el de santa Ana. Como solo Dios ocupaba su corazón, las humillaciones no eran capaces de turbarla.

No así vosotros, cortesanos y validos de los príncipes, que aparecéis tristes y abatidos en vuestras caídas, porque el Señor no habita en vuestro espíritu, ni conocéis mas autor de vuestras desgracias que el que ocupa vuestro lugar ó dignidad.

¿O cuánto sería de desear formaseis idea justa de un Dios, infinitamente sabio en la dispensación de los honores y dignidades terrenas! ¿de un Dios omnipotente y soberano, árbitro de los tronos! ¿de un Dios clemente, cuya adorable paciencia tolera á veces largo tiempo los pecados de los reyes y de los pueblos! ¿de un Dios misericordioso, que cuando nos priva ó despoja de las dignidades terrenas, es para hacernos pensar en la gloria inmortal que nos tiene prometida! Entónces conoceríais la voluntad del Señor en vuestras humillaciones; entónces os someteríais á ellas como santa Ana; entónces os sacrificaríais gustosamente, como ella, á los designios de Dios. Reconoced pues de buena fe, que un alma generosa, adherida al Señor, solo teme perderle.

Así por mas abatida que consideréis á esta hija de Abrahán, de Isaac y de Jacob, ella sacrifica de buena voluntad á su Dios todas las grandezas del mundo, observa con tranquilidad de espíritu á Heródes sobre el trono de sus padres, mas contenta de poseer á su Dios en la oscuridad de una vida privada, que si gozase la corona mas brillante. A imitación de los venerables ancianos que san Juan vió arrojando sus coronas á los piés del Cordero (1), hizo Ana á su Dios un sacrificio voluntario de todos los gloriosos títulos que podían corresponder á su real sangre. Al ver exaltado al tirano Heródes sobre el trono de sus mayores, jamás osó clamar al Señor con el paciente Job, ¿por qué, ó mi Dios, viven los impíos en tranquilidad, cubiertos de honores y de gloria (2)? Por el contrario, solo levantaba su voz para decir con su padre David (3): Vos, Señor, sois el Dios de mi herencia eterna: vuestra mano poderosa es la que me humilla: yo la venero, yo la adoro, y no solo me conformo con la privación de mis honores, sino con el oprobio de mi esterilidad.

« En la antigua ley era, señores, muy gloriosa la fecundidad; y una posteridad numerosa (dice un sabio) era á veces mirada como recompensa de grandes virtudes. Al patriarca

(1) Apoc. c. 4. v. 10. (2) Job. c. 21. v. 7. (3) Psalm. 15. v. 5.

Abrahan prometió Dios una magnífica recompensa sobre la tierra. Y si me preguntáis, cuál fué esta? os diré, que todos los misterios de su grandeza comenzaron por la milagrosa fecundidad de su esposa Sara, estéril ántes. Hé aquí el origen de su gloria. Por este medio vino á ser padre de una numerosa posteridad. Los patriarcas, los profetas, los pontífices, los reyes de Israel y de Judá fueron sus descendientes. La fecundidad, dice David (1), es la gloria de la casa del justo: tranquilo en el seno de su familia, derrama el Señor sobre él las mas dulces bendiciones; sus hijos, como ramos de oliva, rodean su mesa y la colman de alegría. »

De aquí la amargura y la tristeza de aquellas israelitas desgraciadas, á quienes humillaba la esterilidad. ¡ Con qué aflicción no clamaban al Señor, quitase el oprobio de su familia, concediéndoles una feliz fecundidad! No penséis, señores, que fué solamente la madre de Samuel la que regó con lágrimas el pavimento del templo de Jerusalem, ofreciendo á Dios el incienso de su corazón por ser fecunda. Acordáos del suceso de la hija de Jefté, y la veréis errante por los montes, bañando con lágrimas las tierras incultas, porque iba á ser sacrificada en el estado de su virginidad. Tal era á la sazón el dictámen de su nación.

Pero ¡ó mi Dios, qué investigables son las sendas de tu providencia con tus siervos! Las mismas humillaciones con que visitáis á veces á los pecadores, para atraerlos á penitencia, usasteis respecto de santa Ana, para probar su conformidad y ensalzar su mérito. La ignominia de una larga esterilidad hicisteis le sirviese de estímulo y escala para su perfecta sumisión á vuestros adorables designios. No hay pues que extrañar que los Padres de los primeros siglos hayan celebrado con elogios tan sublimes á la dichosa madre de la virgen María. Por ellos sabemos su nombre y sus virtudes; y ellos mismos nos hacen presente su perfecta conformidad á la voluntad de Dios en sus mayores abatimientos.

Léjos, señores, de Ana las repetidas quejas é impaciencias que de ordinario manifestáis en vuestras desgracias. ¿Qué hacéis en vuestros infortunios? ¿No acusáis la malicia de los pró-

(1) *Psalm. III. v. 2.*

jimos en vez de adorar los designios de Dios? Este se fatiga, regularmente en vano, por levantarse de su caída; aquel nada hace para descubrir sus ventajas; este pone todo su estudio y conato en llorar y lamentar su suerte; aquel vive inconsolable en su infortunio porque no quiere lo que Dios; ¿y quiénes son entre estos los que lloran la pérdida de su gracia? ¿no blasfeman ó se abaten al punto que se trastorna su fortuna? Formád, señores, os ruego, una idea justa de la divina Providencia: honrad á Dios como es debido; esperád con sumisión el desenlace de las tribulaciones que os rodean; reconocéd de buena fe que todo ello, en las miras del Señor, va dirigido á vuestro bien, ni perdáis jamas de vista el modelo que santa Ana os presenta; la cual, por medio de una perfecta conformidad que une la criatura á su Criador, logró ser elevada al mas alto grado de excelencia, como fiel cooperadora á los designios de la misericordia del Señor en orden á la redención del hombre. Segunda parte de su elogio, que paso á manifestaros con la posible brevedad. Renovád vuestra atención.

Las aflicciones del justo, igualmente que la felicidad mundana, tienen su término, dice un contemplativo. Pero es muy digna de notar la diferencia que se encuentra entre una y otra mutación. Si consultamos las Escrituras, vemos salir la gloria del seno de las humillaciones; pero si examinamos el orden de las cosas mundanas, de ordinario hallaremos que la tribulación y humillaciones han salido del seno de la gloria misma de la exaltación. La sumisión á Dios que ha conservado el justo durante sus pruebas, le ha hecho digno de consuelos eternos, al paso que la política que ha sostenido por algun tiempo al mundano en el goce de su elevación y placeres, no ha sido capaz de impedir su desgracia ó su ruína. Los grandes de la tierra son poco poderosos para hacernos verdaderamente felices; son poco constantes para estimarnos siempre; y tan injustos á veces, que nos declaran culpables desde el momento en que dejamos de serles útiles. ¿No hemos visto casi á un mismo tiempo erigir y trastornar trofeos en todos los Estados? La sabiduría, el valor, los talentos, no sostienen de ordinario al hombre grande en sus dignidades. Se juzga que el mérito, la estimación, la gloria dependen de los sucesos ó circunstancias. Qué delirio! qué máxima tan opuesta á las de Dios! ¿Queréis, dice el Señor, conseguir una gloria

permanente? Seguidme con sumision: *gloria magna est sequi Dominum* (1).

¡Qué prueba tan auténtica de esta verdad nos ofrece santa Ana! Ella en efecto aún en este mundo ¿no fué dotada con una excelencia de las mas gloriosas? A pesar de la usurpacion del trono de sus mayores por Heródes, es reconocida por heredera de la sangre real de David: á pesar del oprobio de esterilidad que sufrió por tantos años, concibió y dió á luz á la madre de Dios: á pesar de la infinita distancia que média entre la criatura y el Criador, vino á ser abuela del mismo Criador hecho hombre. ¡Qué alteza, qué honor, qué prerogativa, qué digna recompensa de su sumision á los designios de Dios! Paréceme oírle decir: vos, Señor, me habéis coronado de gloria, y me habéis elegido para la ejecucion de vuestra misericordia con el hombre: *Dominus sublevat*.

Mas no penséis, señores, que voy á hablaros de una grandeza adornada de exterioridades y brillantez mundana. « Santa Ana (dice un célebre orador) no fué grande á los ojos de la sabiduría del siglo, sino á los de la Religion. Los espesos velos que ocultaban á esta dichosa criatura en su retiro, se corrieron; su esplendor se manifestó al cielo, y aparece colmada de las prerogativas mas gloriosas, por haber dado á luz á la incomparable Virgen, de la real estirpe de David, anunciada por los profetas para madre del Salvador del mundo. Ella cuenta entre sus progenitores una larga y gloriosa serie de patriarcas, de pontífices, de reyes y de grandes capitanes. Es verdad que Heródes posee el trono que ha usurpado á sus mayores; pero ¿quién ignora que estas grandes revoluciones, que trasladaron á extraños sus derechos imprescriptibles, fueron manejados por la sabiduría del Señor, que los habia anunciado por sus profetas muchos siglos ántes? ¿Y pudieron ellos por ventura impedir, que á los ojos de la fe saliese Ana de sus oprobios y humillacion con una gloria superior á la de todos los mundanos? ¿No nos anuncia el Evangelio la grandeza de los ascendientes y padres de María santísima? Augusta genealogía! que escrita por la Verdad eterna, nos hace ver que la sangre de David corria por las venas de Ana y de María: *de domo et familia David*. »

(1) *Ecclí. c. 23. v. 38.*

Como los políticos y sabios segun la carne solo aman las grandezas terrenas, ni aspiran mas que á vanos títulos, podrá alguno preguntarme, ¿en qué estriba la gloria de santa Ana? Ah! vosotros no lo ignoráis, señores. Instruidos en las máximas y plan del Evangelio, conocéis bien que su gloria y excelencia consistió en haber sido elegida por Dios, no para reinar sobre la tierra, ni entrar en posesion del trono de sus mayores, sino para madre de una vírgen, prometida desde el principio del mundo para quebrantar la cabeza al Dragon infernal, para madre del Omnipotente, para reina del cielo y de la tierra; de una vírgen, la criatura mas feliz, que compone una sola jerarquía entre Dios y los ángeles, superior á los tronos, á las potestades, á las dominaciones, y solo inferior á Dios.

La gloria pues de Ana es haber sido elegida por predileccion, prevenida con bendiciones de dulzura y de suavidad, para que diese á luz á la vírgen y Madre de Dios, y esto con preferencia á tantas ilustres matronas, que fueron el honor y la gloria de la Sinagoga; hablo de las Juditas, las Esteres, las Déboras, de la madre de Samuel y la de los Macabeos, que por sus virtudes sublimes, por su zelo y sabiduría en el gobierno, por sus ilustres victorias, han sido celebradas en la sagrada historia de la Religion como gloria y alegría de Israel, y como honor de la nacion judaica.

¿Qué mas? Su gloria ha consistido en haberla elegido Dios con preferencia á Isabel su parienta, que reunia en su casa la grandeza del sacerdocio y del imperio, adornada al mismo tiempo de excelentes virtudes, y estéril como santa Ana. Es verdad que una y otra debieron su fecundidad á la misericordia del Señor, que oyó sus oraciones. Mas si santa Isabel tuvo el honor de dar á luz al Bautista, precursor del Hombre-Dios, santa Ana tuvo la ventaja de dar á luz á la Virgen, Madre de este mismo Dios y salvador del mundo. Eleccion gloriosa, que nos pone á la vista la complacencia con que la miró el Señor, y la grandeza de su familia: *de domo et familia David*. « Genealogía ilustre! que nos refiere el Evangelista, dice un sabio, no para hacernos estimar únicamente las grandezas de la tierra, sino para anunciarnos el cumplimiento de los divinos oráculos. ¡Qué diferencia en efecto tan notable entre la genealogía de santa Ana que nos describió el Espíritu santo, y estas otras genealogías lisonjeras, que una habilidad mercenaria ha sabido entretrejer á ve-

ees, para nutrir la ambicion y vanidad de los hombres, ó para cubrir su oscuridad en los siglos anteriores! Mas ah! embriagados los mundanos con el lujo, el esplendor de las riquezas y de sus brillantes empleos, tienen por nada la gloria y grandeza de los santos en el órden de la Religión, porque ignoran el precio del honor y estimacion de los amigos de Dios; ni tienen idea de las dulces complacencias y gracias que reciben del Altísimo. »

Dios en efecto, en cumplimiento de sus profecias, manifiesta la grandeza de Ana, y sin ponerla en posesion de los gloriosos títulos de sus padres, la elige por predileccion para una milagrosa fecundidad, que debe dar al mundo la inefable gloria del Redentor de los hombres: *cum gloria suscepisti me.* ¡Qué rasgos de majestad y de grandeza no se presentan aquí á mi imaginacion en elogio de santa Ana! Mas enmudece aquí, elocuencia humana: tú no eres capaz de representar dignamente la maravillosa fecundidad de esta heroína de la Religión, la grandeza de la hija que concibe, ni los preciosos bienes que por su medio recibimos. Reservó el Señor á la elocuencia enérgica de los Damascenos, Bernardos y Leones la descripción magnífica de la gloria de santa Ana, madre dichosísima de la virgen María, y los adorables misterios que á favor nuestro resultaron de su fecundidad. De esta concluyeron la principal grandeza de Ana, con preferencia á la madre de Samuel, á la del Bautista y demás heroínas del pueblo de Israel, por el fruto de su vientre; porque el glorioso título de madre de María la hace digna de las alabanzas de la Iglesia y del culto y bendiciones de todos los mortales; porque por medio de esta feliz fecundidad contrajo una estrecha alianza con Jesucristo. Aún necesito un momento de vuestra atencion.

La alianza de Dios con el hombre es uno de los mayores misterios de su amor. La infinita distancia de la criatura al Criador no nos permitía concebir, pudiese Dios morar en el hombre, obra de sus manos, siendo un poco de barro y ceniza, hijo de ira y de miseria. Ni nuestra débil razon podia comprender permaneciese el hombre en su Dios, revestido de la propia gloria del supremo Ser, en un admirable compuesto de todas perfecciones. Pero la Fe nos ha enseñado que sacamos todas estas gloriosas ventajas del misterio inefable de la encarnacion. El Verbo eterno hecho hombre contrajo con nosotros una alianza

divina; se humilló para elevarnos, y revestido de nuestra naturaleza humana, nos hizo participantes de su naturaleza divina. Nosotros somos llamados, y somos en efecto hijos de Dios por adopcion; y como el Verbo se hizo verdaderamente Hombre, somos hermanos suyos y coherederos de su reino inmortal. ¡Dignidad inefable del cristiano, que debíamos siempre meditar, y que nos pone á la vista nuestra vocacion á la eterna felicidad!

Pero ademas de esta alianza de adopcion, de esta union del hombre con su Dios, que la caridad forma y sostiene, contrajo Jesucristo con los hombres una alianza segun la carne, por el misterio inefable de la encarnacion, porque nació, como dice san Pablo, de una mujer virgen, que tuvo sus padres en la Judea. Por este medio la familia de María vino á ser la de Jesucristo, segun la carne. ¡Gloria singular de santa Ana, que la hizo entrar en alianza con su Salvador! pues siendo cierto que la carne de Jesucristo es la de María, como san Agustin se explica, igualmente lo es, que la carne y sangre de María es la de su madre santa Ana. De aquí se sigue necesariamente, que si María santísima es la verdadera madre de un Dios-Hombre, como la Fe nos enseña contra el hereje Nestorio, Ana es su verdadera abuela, porque concibió y dió á luz á la que el mismo Dios desde la eternidad habia elegido y preparado para madre de su Unigénito. ¡Qué alteza, qué dignidad, qué gloria, qué excelencia la de santa Ana sobre todas las matronas mas célebres de Israel!

Ya, señores, no me admiro de la devocion de los fieles, del zelo de la Iglesia católica y liberalidad de los príncipes, cuando se trata del culto de santa Ana. La gloria de la madre de María será siempre preciosa á los ojos de sus siervos, y su culto útil y de instruccion á sus devotos. En la privacion temporal de los títulos de su grandeza y en el oprobio de su esterilidad, nos pone á la vista su conformidad con la voluntad de Dios; nos enseña á humillarnos en nuestras desgracias, y nos instruye en una importante verdad; á saber, que nuestras quejas en la adversidad, ni los proyectos de la humana política son capaces de trastornar los designios del Señor. En la exaltacion de Ana y en la grandeza que recibió en recompensa de su profunda humillacion á la divina Providencia, nos pone á la vista el cumplimiento de aquel oráculo de nuestro Salvador: *el que se humi-*

llare, será exaltado, y el soberbio será abatido (1). Todo en fin nos convence que su humilde conformidad con la voluntad del Señor la hizo digna de su gloriosa exaltación á ser madre de María, destinada para serlo de Dios.

Entremos pues, señores, en el espíritu de la Religión y de la moral que profesamos; suframos las adversidades con paciencia; adoremos la mano benéfica que nos corrige ó nos prueba; humillemos en fin nuestro corazón, cuando nos oprime el Señor sobre la tierra, para ser exaltados en la gloria, que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo. Amen.

(1) *Matth. c. 23. v. 12.*

SERMON

PARA EL DIA DE SAN ANDRES.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

At illi continuo relictis retibus secuti sunt eum.

Y ellos entónces, dejando luego las redes, le siguieron.

S. Mateo, c. 4. v. 20.

Al ver congregado en el templo del Señor un número considerable de fieles, con motivo de celebrar la festividad de uno de sus mejores escogidos, me ocurre creer que no habrá sido el ánimo de todos marchar de él como han venido, y solo por cumplir con una costumbre, ó con la curiosidad ú otros motivos mundanos, que son por desgracia bastante frecuentes en estos tiempos de indiferentismo religioso.

Mas yo espero que, no solo en los que han venido con un fin recto, sino en los que no lo hayan tenido, ha de producir saludable efecto la exposicion sencilla que voy á hacer de las virtudes que demostró el apóstol san Andres, y cuya fama ha llegado hasta nosotros, atravesando la oscuridad de los tiempos, y las conjuraciones que se han hecho para hacer caer en el olvido á los propagadores de la Religión santa, la doctrina divina, que comunicada por simples pescadores, ha llegado á ser el origen de un nuevo orden moral en el mundo.

He dicho la palabra apóstol, y como este epíteto tenga mas de un significado, os lo explicaré ántes de principiar mas interesantes materias, porque toda clase de instruccion es necesaria, y toda noticia religiosa es conveniente, cuando por motivos, que no son del caso presente, se hallan abandonados cierta clase de estudios de tanto interes como esas ciencias, que ex-

llare, será exaltado, y el soberbio será abatido (1). Todo en fin nos convence que su humilde conformidad con la voluntad del Señor la hizo digna de su gloriosa exaltación á ser madre de María, destinada para serlo de Dios.

Entremos pues, señores, en el espíritu de la Religión y de la moral que profesamos; suframos las adversidades con paciencia; adoremos la mano benéfica que nos corrige ó nos prueba; humillemos en fin nuestro corazón, cuando nos oprime el Señor sobre la tierra, para ser exaltados en la gloria, que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo. Amen.

(1) *Matth. c. 23. v. 12.*

SERMON

PARA EL DIA DE SAN ANDRES.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

At illi continuo relictis retibus secuti sunt eum.

Y ellos entónces, dejando luego las redes, le siguieron.

S. Mateo, c. 4. v. 20.

Al ver congregado en el templo del Señor un número considerable de fieles, con motivo de celebrar la festividad de uno de sus mejores escogidos, me ocurre creer que no habrá sido el ánimo de todos marchar de él como han venido, y solo por cumplir con una costumbre, ó con la curiosidad ú otros motivos mundanos, que son por desgracia bastante frecuentes en estos tiempos de indiferentismo religioso.

Mas yo espero que, no solo en los que han venido con un fin recto, sino en los que no lo hayan tenido, ha de producir saludable efecto la exposicion sencilla que voy á hacer de las virtudes que demostró el apóstol san Andres, y cuya fama ha llegado hasta nosotros, atravesando la oscuridad de los tiempos, y las conjuraciones que se han hecho para hacer caer en el olvido á los propagadores de la Religión santa, la doctrina divina, que comunicada por simples pescadores, ha llegado á ser el origen de un nuevo orden moral en el mundo.

He dicho la palabra apóstol, y como este epíteto tenga mas de un significado, os lo explicaré ántes de principiar mas interesantes materias, porque toda clase de instruccion es necesaria, y toda noticia religiosa es conveniente, cuando por motivos, que no son del caso presente, se hallan abandonados cierta clase de estudios de tanto interes como esas ciencias, que ex-

traviando alguna vez la mente débil del hombre, llegan á materializarle.

Apóstol quiere decir, traducida la palabra á nuestra lengua, enviado; y en el sentido que mas modernamente se ha adoptado, se entiende tambien, y con bastante propiedad, el propagador de una doctrina.

En el primer concepto, al hablar de los apóstoles, se entiende los doce discípulos que Jesucristo iluminó con su divina gracia, y en el segundo todo el que trata de difundir una doctrina, ya sea buena ó sea mala, en el órden moral.

Así se entienden por apóstoles, no solo los que propagan la nuestra, sino aquellos que, ciegos por su desgracia ó su voluntad, tratan de hacer prosélitos bajo cualquier divisa, como ha sucedido con la mayor parte de las herejías.

San Agustín divide los apóstoles en cuatro géneros: de Dios, no por el hombre; de Dios, por el hombre; por el hombre solamente, y por sí mismos. Por Dios, no por el hombre, fué enviado Moisés: por Dios y por el hombre, Jesus: por el hombre solamente, los que hoy dia vemos extendiendo la ley del Evangelio; y por sí mismos, los seudo-profetas ó fundadores de religiones falsas.

La Escritura evangélica y apostólica llama apóstol á todos los que creyendo en Jesucristo se dedican al sacerdocio, y á conquistar las almas para el reino de los cielos; pero por apóstoles en la acepcion comun, entendemos los doce elegidos por Jesucristo, de los cuales fué el primero á seguirle el glorioso san Andres.

La espontaneidad para creer, y la firmeza con que creyó san Andres, están consignadas en el Evangelio y en algunos santos Padres, que hablan de su martirio, como san Dionisio Areopagita, al tratar de las diversas excursiones evangélicas que se hicieron por los apóstoles durante el reinado del cruel Neron.

Por estas circunstancias se han de presentar á nuestra consideracion los dones de fe y esperanza de que fué dotado ese varon ilustre, no por la posicion social que gozaba, siendo un simple pescador; no por la instruccion que habia recibido en sus primeros años, ni tampoco por haber adquirido la celebridad que otros en los grandes negocios del Estado, sino por su corazon puro, y dispuesto á creer y vivir en Dios.

Para describir como merecen sus altos hechos y heróicas vir-

tudes, seria necesario haberle conocido en el tiempo de su predicacion, ó poseer otras dotes mas relevantes que las mias, que solo pueden extenderse á hacer una reseña de su vida, y á sacar algunas inducciones de sus hechos como tipos y modelos de virtud, que, si no podemos igualar, debemos pretender imitar.

Si de algun auxilio me pueden servir el estudio que haya hecho de algunos Padres de la Iglesia, sobre los dones de fe y de perseverancia que tanto brillaron en el apóstol san Andres, nunca será bastante, si Dios por su infinita misericordia no me presta los auxilios de su gracia, sin la que poco ó nada podemos hacer los míseros mortales.

Para conseguirla, pues, dirigid conmigo una súplica al glorioso apóstol, que con sus once compañeros ocupan doce tronos en el cielo, y muy especialmente á la Reina de los ángeles, saludandola como Gabriel con las palabras *Ave Maria*.

Aunque un hombre al nacer no posea las dotes y cualidades que le hacen respetable á los ojos de los demas, cuales son comunmente el nacimiento ilustre, la sabiduría y la prudencia, y aunque sus circunstancias personales no consistan en poseer bellas disposiciones para adquirir en poco tiempo una basta instruccion, el amor á la virtud, y un deseo ardiente de buscar toda la instruccion moral que puede sernos útil, le pone fácilmente en camino de obtener la verdadera ciencia y el principio de toda sabiduria, que es el temor de Dios.

Si un hombre ocupado de su salvacion y de su felicidad espiritual, procura todos los medios de conseguirla, pronto nace en él el principio de la caridad y el deseo de obtener iguales beneficios para sus semejantes.

Si se acostumbra á tener pudor de las malas acciones delante de sus semejantes, pronto llegan á ser enojosas para sí mismo, adquiriendo por este medio fortaleza en el bien obrar.

Esto se ve confirmado muy especialmente en el apóstol san Andres, que habiendo nacido en Betsaida, pequeño pueblo de Galilea, y de una familia oscura, llegó á merecer por sus virtudes y su amor al bien, poseer todos los dones que pueden adornar á una criatura, que Dios quiere honrar con sus especiales favores. Se infiere lo que acabamos de decir, de lo que acerca de su vida nos refieren las sagradas letras.

Antes de que Jesucristo principiase su predicacion, y cuando la fama de santidad de san Juan Bautista era lo que llamaba la atencion de las gentes de Judea, san Andres, movido por el impulso de su amor hácia el bien, buscó á Juan el Bautista, y fué uno de sus discípulos, como el mismo Bautista deseaba, y como Dios queria que lo fuese.

Os explicaré el sentido de estas palabras. Entre los discípulos de Juan el Bautista hubo muchos que seguian sus austeridades, y á la manera de los fariseos entendian que ellas solas eran las que daban santidad, negándose á creer los preceptos de la nueva ley, como lo vemos en el mismo Evangelio cuando nos dice, que los fariseos discípulos de Juan interpelaban á Jesus sobre su doctrina, dudando que fuese el Mesías.

No era de estos san Andres, pues cuando oyó decir á san Juan, viendo acercarse á Jesucristo, *ecce agnus Dei*, hé aqui el cordero de Dios, inmediatamente dejó á Juan y siguió á Jesus, como al Mesías y superior á san Juan, que no era mas que su precursor; presentándole ademas á su hermano Simon á quien dijo ántes, que habia llegado el Mesías anunciado por los profetas.

Esta propension de san Andres, inclinándose siempre á lo bueno, y no vacilando en buscar lo mejor, es la cualidad que mas descuella en su carácter, segun podemos inferir de lo dispuesto que estuvo á seguir á Juan el precursor, y la facilidad con que dejó á este por seguir á Jesucristo.

No es esto en verdad lo que sucede á la mayor parte de los hombres, en el orden de los sucesos que les ocurren generalmente en la vida. Si alguna vez por sus buenas acciones ó por la práctica de sus virtudes llegan á poseer una posicion regular, y á gozar de un concepto mediano, en lugar de continuar en la práctica de ella, para aumentar mas y mas los dones espirituales y temporales que produjeron, se detienen en el camino del bien, ó toman la direccion opuesta de él, abandonándose á los placeres con que les brinda su mejorada posicion.

¡Cuántos vemos que con prudente economía, con un trabajo continuo y con una conducta arreglada, adquieren buen concepto y buena posicion en la sociedad, y vienen á parar á un estado de prosperidad envidiable; y despues, cansados de continuar en la senda del bien, y rehusando buscar lo mejor, cesan en su trabajo, en su economía y en su método arreglado,

llegando á ser lo que vulgarmente se dice, unos hombres perdidos!

Pues á la manera que por la mezcla de virtudes morales sensibles á la vista, se llegan á conseguir los bienes temporales que os he descrito, del mismo modo se avanza en el sendero de la virtud, llegando á poseer divinos dones, si perseveramos en él y caminamos siempre adelante; y los perdemos si nos paramos ó seguimos una senda extraviada.

Si san Andres hubiera sido como otros discípulos de Juan, que á la manera de los fariseos, amaban solo las prácticas exteriores de la virtud por la consideracion que les daban, no hubiera seguido inmediatamente á Jesus, luego que san Juan le anunció que era el cordero de Dios; y el edificio de su celeste gloria hubiera venido al suelo, como vienen á la nada los caudales y reputaciones cuando no se continúa, ni se persevera en los medios que los produjeron.

Con esta propension y aficion, siempre á lo mejor y mas perfecto, principió san Andres su vida conocida, llegando á ser de un simple pescador uno de los mas distinguidos propagadores de la divina Religion de Jesucristo: y con igual inclinacion al bien y constante perseverancia á lo mejor, es como podemos nosotros aspirar á poseer, si no iguales, aproximados dones, á los que obtuvo el glorioso san Andres.

Pero avancemos en la carrera de su vida, hablando de aquellos hechos que le tocan á él especialmente, dejando á un lado los que son comunes á sus once compañeros, tanto en la permanencia al lado de Jesus mientras vivió, como en los hechos que sucedieron á su muerte, cuando se apareció á ellos despues de resucitado, y encontraremos á cada paso nuevas virtudes que admirar, y brillantes ejemplos que imitar.

Despues de la muerte y resurreccion de Jesucristo, dotado san Andres como sus compañeros de la facilidad de hablar todas las lenguas, segun el país donde se encontraban, y de una ciencia completa en la verdadera doctrina del Evangelio, emprendió la propagacion de la fe en la Escitia, el Epiro y la Tracia, haciendo infinitos milagros y aumentando el número de los fieles, con el peligro consiguiente á toda empresa de propagacion de una doctrina nueva, y muy en especial la que está dedicada á combatir las pasiones sin linsonjearlas, y á repren-

der los vicios, ya se hallen en el humilde esclavo, ó en el mas alto potentado.

Por las dificultades que al presente ofrecen las misiones, podemos inferir los obstáculos que venció san Andres para predicar la ley del Evangelio en unos países, donde solo era conocida de las personas mas distinguidas la filosofia de los griegos, y donde la mayor parte eran idólatras y partidarios de la religion sensual y material de los griegos, cuya idea conservamos en la Mitología, que era su teología.

Los adoradores de Mercurio, de Vénus, de Pálas, de Apolo, Diana y demas dioses gentilicos, no podian ménos de ser enemigos de una religion, que echaba por tierra un culto tan lisonjero para las pasiones, y para la imaginación que solo se ocupa de los placeres materiales.

Por esta razon, el magnífico templo de Éfeso, el ponderado de Apolo en Delfos, y otros muchos en donde ostentaban su lujo las artes de la Grecia, solo fueron derribados cuando la sangre de los mártires reblandeció sus cimientos, é hizo rodar por el suelo sus elegantes columnas, y cincelados capiteles.

Sí, católicos oyentes: la fuerza que destruyó los monumentos idolátricos de la Grecia no fué la material y violenta, sino la conquista, que con la cruz en la mano hicieron los apóstoles y sus sucesores, aumentando el número de los fieles de la nueva iglesia.

Segun las noticias que conserva la Iglesia, san Andres convirtió infinitas gentes con su doctrina y milagros en la Escitia, Epiro y Tracia, y vino á parar en la Acaya, donde terminó su gloriosa predicacion con su vida. Pero las circunstancias que produjeron su muerte, y las virtudes que desplegó, ostentándolas ante el procónsul Egeas, merecen especial mencion y que yo las presente á vuestra vista, para que apreciéis toda la santidad y divina virtud que existia en el glorioso san Andres, cuya fiesta celebramos.

Era la Acaya un territorio que ocupaba una parte de la Grecia, compuesto de varias ciudades, que habian hecho una confederacion con el objeto de defender su libertad, con el nombre de república Aquea, y que fué verdaderamente el último baluarte donde se atrincheraron los defensores de la libertad é independencia de la Grecia; pero sometidas las repúblicas de la

Grecia ántes de la venida de Jesucristo por los romanos, así como casi todas las naciones conocidas, se formó la provincia de Acaya, y fué mandada por un procónsul, como todas las en que se dividió la república é imperio de los romanos.

Estos procónsules, fieles ejecutores de las voluntades de los emperadores romanos, eran segun la condicion de sus señores, ó justos y piadosos con los cristianos, ó perseguidores de ellos hasta precisarles á vivir ocultos, y no poder ejercer las comunicaciones y reuniones piadosas mas que en las catacumbas, donde al lado de los muertos elevaban sus cánticos al Criador.

Para conocer completamente las eminentes virtudes de los santos que, como san Andres, propagaron la fe en los primeros tiempos de la Iglesia, es preciso conocer la historia de aquellos tiempos, en que las almas, no domadas ni dulcificadas, como ahora, por el espíritu del Evangelio, hacian ostentacion y tenian por virtud hasta el insulto á los enemigos vencidos, persiguiéndolos por los medios mas inicuos y atroces.

Algunos hay en estos tiempos, que se olvidan tambien de los principios del Evangelio y de la religion, y hacen alarde de ser sanguinarios y feroces, teniendo por gran triunfo la muerte de cualquiera que no piensa como ellos, rehusando concurrir á los medios de su engrandecimiento personal; pero estos, sin dejar de ser tan malos como los procónsules y emperadores romanos, no encuentran la aprobacion y aplausos de sus actos, que en otros tiempos merecian de los gentiles, los perseguidores de la religion de Jesucristo y de sus obispos y sacerdotes.

El tiempo en que san Andres fué á la Acaya y á la ciudad de Patrás, donde residia el procónsul Egeas, era el del imperio de Neron, cuya fama de cruel y de sanguinario ha llegado hasta el extremo de que su nombre sea sinónimo de crueldad, y se diga de un hombre inhumano, es cruel ó es un Neron.

Durante el mando de este emperador no escasearon las injusticias, ni dejó de correr la sangre de los mártires, llegando su perversidad hasta el punto de hacer poner fuego á la ciudad de Roma, diciendo que los cristianos eran los autores de un incendio, impropio de otro cualquiera, que no poseyese el alma corrompida y cualidades devastadoras del emperador Neron.

Natural era que gobernando un emperador tal, sus enviados á las provincias, ó procónsules, fuesen crueles y malos como

él, y que no escaseasen las persecuciones de los cristianos, á quienes por una política infame y perversa, se atribuían los males que sufría el imperio, cuando estos eran causados, como lo son siempre, por los pecados y desórdenes de los gobernantes.

Habiendo pues entrado san Andres en la provincia de Acaya, poseído de un espíritu de acendrada caridad y de unción evangélica, convertía á infinitos infieles hasta en la misma ciudad de Patrás, á pesar de las prohibiciones del procónsul Egeas, que resistía la predicación evangélica.

Pero san Andres, manifestando que Egeas no era juez de sus acciones en lo que tocaba á la religion de Jesucristo y á su conciencia, aunque le obedeciese en sus mandatos civiles, le increpaba libremente é insistía haciendo ostentacion de ser servidor de Jesucristo, y estar dispuesto á morir ántes que renunciar á sus creencias, y obedecer al mandato de su Dios, que le habia hecho propagador de sus doctrinas.

No somos tan firmes en la fe, ni tan constantes en el cumplimiento de nuestras obligaciones los que hoy dia, al menor contratiempo, al menor vaiven, nos dejamos llevar, impulsados por el temor, ó de una amenaza, ó de la mas mínima incomodidad que nos pueda sobrevenir.

Si Dios nos probase, como en otro tiempo lo hizo con san Andres, permitiendo que en una persecucion hecha contra la iglesia, fuésemos llevados ante un procónsul, como lo fué san Andres ante Egeas en Patrás, y se nos dijese: «dejád de jactaros en Jesucristo, á quien palabras análogas á las vuestras «no sirvieron mas que para ser crucificado por los judíos» ¡Pocos insistirian en seguir predicando mas y mas lo que les prohibian, y el que no le negase por miedo, se contentaria con callar y cesar su predicacion!

San Andres no obró de esta manera, y replicando á la conminacion del que le mandaba dejar de predicar á Jesucristo, con desprecio de los ídolos, decia insistiendo mas y mas, «yo «inmolo, é inmolaré siempre al Dios único y solo todos los dias, «no las carnes de los toros y la sangre de los corderos, con que «vosotros dirigís plegarias al demonio, sino al cordero inmaculado de Dios, cuya sangre y carne, á pesar de ser comida, «permanece siempre íntegra y viva.»

El apóstol san Andres con estas palabras, no solo manifes-

taba la resistencia firme que opondría á negar á Cristo y á dejar su predicacion, sino que extendía la doctrina del sacramento de la Eucaristía, por medio del cual el hombre recibe el cuerpo sagrado de Dios, quedando y permaneciendo siempre vivo é inextinguible.

El procónsul Egeas, cada vez mas irritado con nuestro glorioso apóstol, mandó ponerle en la carcel y le hizo llevar al efecto por sus soldados; pero el pueblo, convertido ya á la fe, y conociendo mas y mas la injusticia del procónsul, quiso oponerse á la prision de san Andres, y fácilmente lo hubiera conseguido, si él mismo no les hubiese rogado vehementemente que no contrariasen las disposiciones del procónsul, impidiéndole de este modo aspirar á la corona del martirio, que era lo que él mas deseaba.

El apóstol san Andres, lleno de sabiduría y de divina gracia, conocía perfectamente que la sangre de los mártires era la que habia de dar mas extension á la doctrina del Evangelio, y á trueque de que este se extendiese lo mas pronto posible, ansiaba el momento de verter la suya, porque contribuyese á la salvacion de un número mayor de almas perdidas y extraviadas en la senda del error.

Nosotros alcanzamos á conocer por la historia, por la experiencia, y mas que todo por los anales de la Iglesia, el interes que toman los hombres, que no tienen corrompido el corazon, por aquellos que son víctimas de una persecucion, y que sin la odiosidad que causan los criminales, van á sufrir la muerte con rostro tranquilo y sereno, y sin dirigir contra sus asesinos ni aún una mirada de aversion.

Esta es la causa por la que, en cualquiera acontecimiento que se nos cuente, ó en cualquier suceso que presenciemos, excite nuestro interes y lleve nuestras simpatías el que es víctima de la intriga, del sórdido interes ó de un puñal asesino. En este sentimiento innato de nuestro corazon, siempre propenso á compadecer al desgraciado, cuando no está corrompido y dominado por el demonio, se encuentra la razon del engrandecimiento que tomó una religion, que fué predicada á los ojos del mundo por el hijo de un carpintero muerto en un cadalso, entonces ignominioso, y secundada por unos pobres pescadores que no poseían mas que las redes de pescar.

San Andres primero que nosotros conoció las consecuencias

favorables á la propagacion de la fe en el martirio; lo deseaba, y por esa razon rogó tan vehementemente á la multitud que queria libertarlo, que no se opusiese á su encarcelacion mandada por el procónsul Egeas.

Pero esta abnegacion, esta acendrada caridad que le impulsó á desear el martirio por amor á su Dios ¿no merecen á nuestros ojos mas consideracion que esos hombres ilustres, esos hombres célebres, á quienes se da el nombre de valientes y la fama de héroes, porque exponen su vida con el objeto de vengarse en la sangre de sus enemigos? Ah! Si conforme el mundo se entretiene en elevar la fama y admirar los hechos, tal vez inicuos y bárbaros, de los que el vulgo llama héroes, se pasase á considerar lo que es el verdadero heroísmo, mas pensaria y hablaria de san Andres y demas santos que procuraron imitar á Jesucristo, exponiendo su vida por propagar su fe, y yo no me viera en la precision de recordaros sucesos de él, de que todos los mas estaréis ignorantes.

El acto de impedir san Andres al pueblo, que queria salvarle, rebelarse contra los mandatos de Egeas, haría un elogio completo por sí solo de la sublimidad del alma de san Andres, y del espíritu evangélico de que se hallaba animado. En él imitaba, en cuanto es posible á un hombre, aquella conducta sobrehumana de Jesucristo, cuando perseguido, vejado, maltratado é injuriado por los judíos, pedia á su eterno Padre por su salvacion.

Pero no fué la caridad solo lo que existia en su alma divina é inspirada: existia tambien la firmeza, fortalecida por la esperanza que tuvo siempre de imitar á nuestro señor Jesucristo, hasta en el modo con que sufrió su martirio.

Siguiendo Egeas en el propósito de hacer callar á san Andres ó de matarle, despues de encarcelado fué traído al tribunal, en el cual fué sentenciado á la pena que sufrió su divino maestro. Así el bárbaro Egeas, al tiempo que trataba de acabar con san Andres, procuraba mofarse del mismo Jesucristo, ó daba un voto de aprobacion á la iniqua sentencia que dieron los judíos contra nuestro divino Redentor.

Pero tal condenacion y tal clase de martirio era lo que san Andres, lleno de fe y esperanza en su Dios, ambicionaba; y así es, que dirigido al lugar del martirio decia, segun lo cuentan los presbíteros y diáconos de la Acaya que vivieron en su tiem-

po: « ¡Oh buena cruz, que fuiste honrada con la muerte que « en tí se dió al Señor! Mucho te he deseado: con solicitud te « he amado; y sin intermision te he buscado: róbame de los « hombres y vuélveme á mi maestro, para que por tí me reciba « el que por tí me redimió. »

Con estas frases dignas de ser conservadas en la memoria de las gentes, se explicaba san Andres al ver acercarse el momento de espirar en la cruz. Pero á mas llegó su grandeza de alma y su amor por Jesucristo. Colocado en la cruz, de modo que su agonía fuese la mas lenta y penosa posible, estuvo por espacio de dos dias predicando desde ella la fe y la esperanza en Jesucristo, y á los dos dias espiró.

Así terminó su gloriosa vida este apóstol, que fué el primero en seguir á su maestro, segun nos cuenta el evangelio, por lo que fué sin duda honrado con la misma clase de muerte que su divino Señor, y complacido en lo que mas ambicionaba, que era morir en la buena cruz, que produjo en su ánimo la explosion de afectos que hace poco os ocabo de referir.

Despues de manifestados hechos tan heroicos, y que harán siempre reverenciada la memoria del glorioso san Andres, poco harán á su honor palabras, coronas esparcidas por el aire, que tocando en el oído se disipen sin llegar al corazon, y que por dignas y buenas que fuesen, no llegarán á decir tanto como los hechos mismos.

Pero os hablaré de las virtudes que mas brillaron en los hechos de su vida anterior y posterior á su predicacion, y que fueron las que decidieron su permanencia en el cielo, donde goza el premio de ellas, colocado en uno de los doce tronos en donde serán juzgadas las tribus de Israel. Cuando san Andres no era mas que un simple judío, su carácter principal como inferiréis á la menor reflexion que hagáis sobre los sucesos de su vida, es la fe que tuvo en Jesucristo ántes de haber presenciado sus milagros y haber conocido todo el valor del premio que le esperaba. Al dejar las redes y seguir á Jesus, no hizo mas que seguir con fe á quien creyó el verdadero Mesías anunciado por los profetas.

Pero nosotros que sabemos los milagros que hizo Jesus, y que viviendo en un siglo de mas conocimientos, tenemos ocasion de admirar el continuo milagro, que con indescriptible magnificencia se obra á nuestra vista en la diaria vida de este

mundo lleno de maravillas ; tenemos la fe de san Andres, que dejó la riqueza que constituía su existencia por seguir á Jesus, entónces desconocido por sus obras para él?

Y no creáis, no, amados oyentes, que el que deja una red al pié del mar, hace menor sacrificio que el que deja infinitas riquezas ; porque todo es proporcional en este mundo, y con mas facilidad arranca sentidas lágrimas la pérdida de una cabaña que la de un palacio, porque el que no tiene mas que una cabaña y la pierde, lo mismo pierde que aquel que ve arruinado su palacio : sucediendo con frecuencia que la cabaña, ademas de las toscas maderas encierre recuerdos, que solo son vehementes cuando recaen sobre un objeto exclusivo.

Los testigos de nuestros placeres y nuestros dolores tienen para nosotros una cualidad, que no tiene otra clase de objetos ; y la cabaña del pobre presencia mas escenas de la vida del que la habita, que el rico y lujoso palacio donde la variedad de habitaciones hace que de todas se conserve por su dueño una idea apagada, y no viva, como la que el pobre tiene de su cabaña.

Lo mismo sucede con los demas bienes que poseemos ; todos aprecian los suyos en proporcion de lo que poseen, y el pescador que deja las redes que dan alimento para él y para su familia, hace igual sacrificio al que pudiera hacer el opulento magnate que abnegase las quintas, parques y demas de sus riquezas.

San Andres abandonó por la fe todo lo que tenia. Y nosotros por la fe viva, por esa fe que ilumina el entendimiento de los mas rudos ; qué abandonamos ? Nada ; ni aún el mas insignificante de nuestros placeres, porque no nos parecemos á san Andres en nada, y hacemos la vida de los incrédulos, que se reduce á cuidarse poco de si ha venido ó no Dios, al mundo, y darse ménos pena del objeto que le trajo á él. No abandonaremos, cuando el Señor nos llame, nuestras redes, ni la red de vicios que circundando nuestra existencia, nos hace caer en poder de Satanás. Y habéis de considerar, que aunque por seguir á Jesucristo dejáramos tanto como dejó san Andres, nunca tendria tanto mérito lo que nosotros hiciéramos como lo que él hizo ; porque su fe no provenia de los motivos que continuamente están excitando la nuestra, no habiendo conocido ni los milagros obrados por Jesucristo, ni la excelencia de su doctrina, que nos ha sido revelada.

Ah ! regocijense los cielos al poseer las almas perfectas, que á lamanaera de la de san Andres los habitan, y regocijese el orbe en sus alabanzas al tiempo que vosotros, si al aprender sus virtudes, seguís el impulso de los justos elogios que deben tribuarse al primero de los apóstoles que siguió á Jesucristo, y procuráis la enmienda de vuestra vida.

La otra cualidad que san Andres manifestó en alto grado, fué la esperanza de los gozes eternos, como se demuestra en el lenguaje que usó en los últimos momentos de su vida, cuando en presencia de la cruz destinada á su martirio, daba gracias á Dios por la merced que le hacia, muriendo en la forma que el Redentor del mundo. Solo un alma dotada de la esperanza como la de san Andres, podia apetecer con el ansia que él lo hizo una cruz, en que habia de sufrir un prolongado martirio, y la esperanza sola pudo sostener su valor en los sufrimientos, sin cesar de predicar en los dos dias que pasó en la cruz, induciendo con sus palabras á la creencia en Jesucristo á los fieles, y á los verdugos y tiranos que le martirizaban.

La esperanza, ese benéfico rocío del alma, que alimenta y reverdece las virtudes del corazon agotadas por los sufrimientos, es un don que poseyó san Andres en un grado eminente, y que nosotros debemos fomentar, no para pensar en premios de este mundo, ni en el alivio de los dolores corporales, sino para alcanzar los bienes eternos concedidos al que bien espera.

Los dolores y pesares de la vida del mundo no son un mal, cuando se sufren como un medio de conseguir el fin que esperamos, así como no tiene por penosos los trabajos el militar que los pasa con la esperanza de la victoria. Nosotros tenemos una lucha reñida que sostener en el mundo ; y la victoria no se decidirá en nuestro favor, si no tenemos esperanza en ella, y sostenidos en tan firme apoyo, resistimos los ataques que nos dirige el enemigo de nuestra salvacion.

Tú resististe bien sus ataques, divino mártir ; y tú supiste arrojar á tus piés sus orgullosos intentos ; porque su siervo el procónsul Egeas no pudo vencer con sus crueldades la esperanza que tuviste de ser pronto premiado de los dolores, que no pasaban de tu cuerpo material. Loor á ti, glorioso san Andres, que supiste separar tus intereses espirituales de tus dolores materiales ; y mientras los verdugos se ensañaban en tu cuerpo, tú elevabas el alma á tu Dios, sellando con tu sangre la

verdad de tu doctrina : con propagadores de ella y apóstoles como tú, no se vieran hoy menospreciados los altares, desatendido el culto, necesitado el sacerdocio, ni triunfante la orgullosa mirada de los enemigos de nuestra Religión. Tu fe y tu esperanza te conducirían á resistir toda clase de ataques dados á la doctrina de tu divino maestro; y cuando procónsules como Egeas amenazasen tu existencia por cualquiera medio, sus ataques encontrarían la resistencia heroica que demostraste en tu martirio.

Pero nosotros no resistimos del mismo modo á los que nos prohíben jactarnos en Jesucristo; y en verdad que este es un defecto que merece enmendarse, tratando de adquirir algo de las superiores virtudes de fe y esperanza, con que fué adornada el alma del apóstol san Andres. Ya goza él en el cielo el premio de la conversión que amonestaba á los que le perseguían, y sus consejos á nosotros vienen tambien.

Aceptémoslos, católicos oyentes, consideremos las ventajas que reportaremos de tener un protector en los cielos, siguiendo los ejemplos de san Andres, y abandonemos de una vez la vida incrédula, ó indiferente en la fe, dirigiendo nuestra expectativa á objetos diferentes de las expectativas de este mundo. No pensemos con esperanza en el éxito de nuestras intrigas amorosas ó interesadas, como hacemos comunmente: dirijamos nuestras miras mas allá de este mundo; y cuando una cruz se presente que nos ha de martirizar, ó para que mejor lo entendáis, cuando nos sucedan desgracias, bendigámoslas con la fe y esperanza de que nos labrarán el camino de la vida eterna que os deseo á todos. Amen.

SERMON

PARA LA FESTIVIDAD DE SAN ANDRES.

(DE BOURDALOUE.)

Ambulans Jesus juxta mare Galilee, vidit duos fratres, Simonem qui vocatur Petrus, et Andream fratrem ejus, et ait illis: venite post me.

Caminando Jesus cerca del mar de Galilea, vió dos hermanos, el uno era Simon llamado Pedro, y el otro Andres, y les dijo: seguidme.

S. Mateo, al c. 4. v. 18.

Estas palabras de Jesucristo fueron una orden muy suave en la apariencia, y muy fácil de cumplir, pero en sí misma, y segun la intencion del Salvador de los hombres, esta orden habia de ser para los dos hermanos de nuestro Evangelio un empeño que habia de sujetarlos á las pruebas mas rigurosas: porque decirles: *seguidme*, era lo mismo que decirles, renunciáos á vosotros mismos, preparáos á padecer, estád determinados á morir, no os miréis sino como ovejas destinadas á la muerte, como víctimas del odio y de la persecucion pública, y como hombres sacrificados á la cruz; en estas cortas palabras: *venite post me*, les daba á entender todo esto; pues es cierto que la cruz era el camino por donde este hombre Dios intentaba ir, y segun sus máximas es imposible seguirle por otro distinto camino. Con efecto, cristianos, por este siguieron á su divino maestro estos dos bienaventurados apóstoles Pedro y Andres. Los dos merecieron morir en la cruz como Jesucristo, los dos tuvieron la ventaja de consumir en la cruz su glorioso martirio, y los dos correspondieron de este modo fielmente á su vocacion, y llegaron á ser los primeros secuaces y discípulos de un Dios crucificado. En esto (dice san Juan Crisóstomo) tuvieron como hermanos una semejanza perfecta: pero en cuanto á lo

verdad de tu doctrina : con propagadores de ella y apóstoles como tú, no se vieran hoy menospreciados los altares, desatendido el culto, necesitado el sacerdocio, ni triunfante la orgullosa mirada de los enemigos de nuestra Religión. Tu fe y tu esperanza te conducirían á resistir toda clase de ataques dados á la doctrina de tu divino maestro; y cuando procónsules como Egeas amenazasen tu existencia por cualquiera medio, sus ataques encontrarían la resistencia heroica que demostraste en tu martirio.

Pero nosotros no resistimos del mismo modo á los que nos prohíben jactarnos en Jesucristo; y en verdad que este es un defecto que merece enmendarse, tratando de adquirir algo de las superiores virtudes de fe y esperanza, con que fué adornada el alma del apóstol san Andres. Ya goza él en el cielo el premio de la conversion que amonestaba á los que le perseguían, y sus consejos á nosotros vienen tambien.

Aceptémoslos, católicos oyentes, consideremos las ventajas que reportaremos de tener un protector en los cielos, siguiendo los ejemplos de san Andres, y abandonemos de una vez la vida incrédula, ó indiferente en la fe, dirigiendo nuestra expectativa á objetos diferentes de las expectativas de este mundo. No pensemos con esperanza en el éxito de nuestras intrigas amorosas ó interesadas, como hacemos comunmente: dirijamos nuestras miras mas allá de este mundo; y cuando una cruz se presente que nos ha de martirizar, ó para que mejor lo entendáis, cuando nos sucedan desgracias, bendigámoslas con la fe y esperanza de que nos labrarán el camino de la vida eterna que os deseo á todos. Amen.

SERMON

PARA LA FESTIVIDAD DE SAN ANDRES.

(DE BOURDALOUE.)

Ambulans Jesus juxta mare Galilee, vidit duos fratres, Simonem qui vocatur Petrus, et Andream fratrem ejus, et ait illis: venite post me.

Caminando Jesus cerca del mar de Galilea, vió dos hermanos, el uno era Simon llamado Pedro, y el otro Andres, y les dijo: seguidme.

S. Mateo, al c. 4. v. 18.

Estas palabras de Jesucristo fueron una orden muy suave en la apariencia, y muy fácil de cumplir, pero en sí misma, y segun la intencion del Salvador de los hombres, esta orden habia de ser para los dos hermanos de nuestro Evangelio un empeño que habia de sujetarlos á las pruebas mas rigurosas: porque decirles: *seguidme*, era lo mismo que decirles, renunciáos á vosotros mismos, preparáos á padecer, estád determinados á morir, no os miréis sino como ovejas destinadas á la muerte, como víctimas del odio y de la persecucion pública, y como hombres sacrificados á la cruz; en estas cortas palabras: *venite post me*, les daba á entender todo esto; pues es cierto que la cruz era el camino por donde este hombre Dios intentaba ir, y segun sus máximas es imposible seguirle por otro distinto camino. Con efecto, cristianos, por este siguieron á su divino maestro estos dos bienaventurados apóstoles Pedro y Andres. Los dos merecieron morir en la cruz como Jesucristo, los dos tuvieron la ventaja de consumir en la cruz su glorioso martirio, y los dos correspondieron de este modo fielmente á su vocacion, y llegaron á ser los primeros secuaces y discípulos de un Dios crucificado. En esto (dice san Juan Crisóstomo) tuvieron como hermanos una semejanza perfecta: pero en cuanto á lo

demas, alguna diferencia hubo entre los dos, aún en la accion misma de ser crucificados. Es digna de que la reflexionéis, y va á servir de principio á este discurso. Esta es, que el ánimo y resolucion de san Pedro en seguir á Jesucristo, no impidió que tuviese alguna repugnancia, y manifestase en su conducta algun desvío de la cruz; pero san Andres se manifestó siempre lleno de celo, y penetrado no solo de estimacion y veneracion, sino de amor y ternura por la cruz. Me explicaré. Cuando Jesucristo en el Evangelio habla de la cruz á san Pedro, se escandaliza este, y se ofende de ello; y no me admiro, pues aún no comprendia el misterio, y estaba poco versado en las cosas de Dios; pero aun despues que recibió el Espíritu santo, estando ya confirmado en gracia, no deja (si creemos á la tradicion) de huir la cruz que le estaba preparada; pues se liberta de la prision, sale de Roma, y es necesario que se le aparezca Jesucristo, que le fortalezca, le reanime, y le obligue á volver al lugar donde habia de ser crucificado. San Ambrosio refiere este pasaje, y esta tradicion es muy conforme á lo que predijo el mismo Salvador, quando declaró expresamente al príncipe de los apóstoles, que en llegando á una edad avanzada, se le obligaria á que extendiese los brazos, y que otro le llevaria donde no querria ir: señalándole (añade el Evangelista) las circunstancias de su martirio, y con qué genero de muerte habia de glorificar á Dios: *Cum autem senueris, extends manus tuas, et alius... ducet te, quo tu non vis.* (1) Este fué el carácter de san Pedro: fué un hombre crucificado, pero aún para él parece tenia la cruz alguna cosa de asombroso. ¿Y qué advierto en san Andres? Un hombre á quien la cruz era amable, que hace de ella su felicidad y sus delicias, que suspira por ella, que la saluda con respeto, que la abraza con alegría, y que pone el complemento de sus deseos en verse clavado en ella y morir allí. Este es, cristiano auditorio, el prodigio que hoy se ofrece á nuestra vista, al que puedo llamar el milagro del Evangelio. ¿Pero sobre qué puede fundarse este amor de la cruz, y por qué principios pudo establecerse en el corazon de nuestro apóstol un amor tan maravilloso, y tan contrario á todos los sentimientos de la naturaleza, como es este? Ah! amados oyentes míos, este es el gran misterio que tengo que manifestaros, siendo mi designio

(1) Joan. c. 21. v. 18.

haceros ver, que á consecuencia de la vocacion divina á la que fué tan fiel vuestro glorioso patrono san Andres, fué perfectamente racional el amor que manifestó á la cruz, aunque segun otros respectos fuese sobrenatural este amor, pues por mas prodigioso que os parezca, intento justificarle, y quiero con la gracia de mi Dios procurar inspirárosle tambien en cuanto me sea posible: para esto necesito de todas las luces del cielo, las que pido por la intercesion de María, diciendola: *Ave María.*

Lo mismo sucede á la cruz que á la muerte, pues aunque se tenga horror naturalmente á una y otra, se pueden amar por distintos motivos; y por la diversidad de estos, es necesario juzgar si este amor es laudable ó vicioso, racional ó ciego, y meritorio ó vano. Con efecto procurar la muerte por desesperacion, es un delito; desearla por estar oprimido de melancolía y penas, es conocida flaqueza; exponerse á ella por celo de su obligacion, es una virtud; y sacrificarse por Dios de este modo, es un acto heroico de religion. Así como padecer como los esclavos del mundo, porque se dejan dominar de sus pasiones, padecer como los avaros con una ansiosa é insaciable codicia, y padecer como los ambiciosos por un apego servil á su fortuna es una bajeza, una miseria y un desorden. Pero padecer por ser fiel á Dios; amar la cruz por conformarse á los designios de Dios, y seguir su vocacion, es lo mas santo y mas divino que hay en la Religion cristiana, y por consecuencia lo mas conforme á la soberana razon. Así, amados oyentes míos, la amó san Andres. Amó la cruz, porque iluminado con las vivas luces de la fe, comprendió perfectamente cuan ventajosa le era respecto á su vocacion, y á los altos fines para que le llamó Jesucristo. Atended á esto, que es el secreto importante de su conducta y de vuestra religion. Dos grandes designios tuvo acerca de los apóstoles el Salvador del mundo, quando les mandó le siguiesen: *Venite post me.* En aquel mismo instante, dice san Juan crisóstomo, los escogió para predicadores de su Evangelio y ministros de su sacerdocio; los destinó al ministerio de su palabra, y los obligó al servicio de sus altares; los estableció en la tierra para santificar los hombres con las verdades de salvacion, que debian anunciarles, y para honrar á su padre Dios con el sacrificio, que como sacerdotes de la ley de gracia habian de ofrecerle.

Estos fueron los dos fines principales que tuvo el Hijo de Dios, y segun estas dos cualidades voy á considerar hoy á san Andres. En primer lugar, como predicador del Evangelio y de la ley de Jesucristo; y en segundo, como sacerdote y sucesor legitimo é inmediato del sacerdocio de Jesucristo: y me inclino mas á este pensamiento, porque de la cualidad de sacerdote de Jesucristo se glorió mas este santo apóstol, y de esta se dió á sí mismo testimonio cuando fué presentado al juez que le condenó. Estas dos cualidades juntas justifican admirablemente el amor y celo que tuvo san Andres á la cruz; porque si la amó tiernamente, fué porque halló en ella lo que debia ser delante de Dios todo su mérito y su gloria; es á saber, el cumplimiento y perfeccion de su apostolado, y consumacion de su sacerdocio. Me explicaré. A vista de la cruz, se miró el apóstol Andres penetrado, absorto y trasportado de alegría; y por qué? Porque sobre la cruz iba á predicar dignamente el nombre de Jesucristo: *esta será la primera parte*, y tambien porque en la cruz iba á sacrificarse santamente él mismo, y unir su sacrificio al sacrificio augustó y venerable, que tantas veces habia ofrecido á Dios, sacrificando el Cordero sin mancha, que es Jesucristo; *esta será la segunda parte*. En dos palabras: la cruz fué la cátedra donde san Andres manifestó todo el celo de un predicador fervoroso, y fué el altar donde como sacerdote y pontífice de la nueva ley desempeñó con toda la perfeccion posible el oficio de sacrificante. No debe pues admirarnos que la cruz, aunque en sí misma tan asombrosa, fuese para él tan deliciosa y amable. Este es todo el designio y division de este discurso, para el que os pido una grata atencion.

PARTE PRIMERA.

Para establecer sólidamente la verdad de mi primera proposicion, y daros luego la justa idea que de ella debéis tener, llamo, segun los principios de la Escritura, entera ejecucion y perfeccion del apostolado predicar un Dios crucificado; y no obstante las contradicciones de la prudencia del siglo, proponer la cruz á los hombres, como el único recurso de su felicidad, como el fundamento solo de su esperanza, como el misterio de su redencion, y como el medio seguro é infalible de su salva-

cion. Así lo entendió san Pablo cuando dijo: *Nos autem predicamus Christum crucifixum* (1). A esto se reduce toda la funcion del ministerio evangélico, y para esto suscitó Dios aquellos doce príncipes de la Iglesia, aquellos primeros fundadores de la cristiandad, y aquellos hombres enviados al mundo para anunciar en él á Jesucristo, cuyos embajadores eran, y para que publicasen en él su ley, la que por su oficio debian interpretar con fidelidad: *Legatione pro Christo fungimur* (2). Y qué hicieron? Predicaron la cruz, y habiendo sido esta hasta entónces motivo de maldicion y oprobio, escándalo para los judios, y una locura para los gentiles, la continuacion de engrandecer y ensalzar su virtud la hicieron venerable en toda la tierra. Ved aquí á lo que se dirigió su vocacion, y por esto merecieron el nombre de apóstoles. Es pues evidente, cristianos, que san Andres se distinguió y señaló entre todos los demas en este glorioso empleo, y tuvo un derecho particular para señalarse con él como divisa de su apostolado, si se me permite esta expresion: *Nos autem predicamus Christum crucifixum*. No es ménos cierto que jamas ejecutó con mas perfeccion lo que enseñan estas palabras, que cuando él mismo se vió atado á la cruz. Por qué? Porque sobre esta predicó á Jesucristo crucificado, ó mas bien su ley, si así lo queréis, con mas autoridad y mas gracia, con mas eficacia y mas energia, con mas fruto y éxito mas feliz. Tres ventajas, que le proporcionó su cruz, en las que, segun mi dictámen, consiste la perfeccion de un apóstol y predicador del Evangelio. Volvamos á nuestro asunto.

Nunca, amados oyentes míos, nunca predicó san Andres del misterio de la cruz, ó la ley de Jesucristo con tanta autoridad y tanta gracia, como cuando él mismo fué crucificado; y mi pensamiento en este punto casi no necesita de ilustracion; pues para que le percibáis con toda claridad, basta deciros que no corresponde á toda clase de personas predicar la cruz. Es verdad eterna, que es necesario tenga cada uno su cruz y que para llevarla como cristiano, es preciso abrazarla voluntariamente hasta amarla y gloriarse en ella: *Absit gloriari, nisi in Cruce Domini nostri* (3). Pero esta verdad, aunque eterna, no tiene la misma gracia en boca de todos. Los hombres para lograr su salvacion se interesan en comprenderla bien; pero al mismo

(1) *I. Cor. c. 1. v. 23.* (2) *II. Cor. c. 5. v. 20.* (3) *Galat. c. 6. v. 14.*

tiempo tienen una secreta oposicion á ser instruidos en ella por los que no la practican ni experimentan; y si alguna vez se entromete algun mundano á instruirlos en este punto, cuando debieran ser dóciles á sus lecciones, se rebelan y no pueden tolerar que un hombre, que de nada carece, y que goza tranquilamente de las dulzuras y comodidades de la vida, se atreva á predicarles la penitencia y mortificacion. Por esto, como observa san Juan Crisóstomo, aun siendo Jesucristo Dios como era, adaptándose en esta parte á la disposicion de los hombres, vino al mundo á anunciar el Evangelio de la cruz, pero fué haciéndose él mismo un hombre de dolores, esto es, un hombre sacrificado á la cruz y á los tormentos: *Vir dolorum* (1). Conviene en que independientemente de esta cualidad tenia toda la autoridad de un Dios; pero si solo hubiera sido Hijo de Dios, ó si como Hijo del hombre hubiera estado siempre en la bienaventuranza y en la gloria, sin participar de nuestras penas, le hubiera faltado, respecto de nosotros, una cierta autoridad de experiencia y de ejemplo, en que está fundado el derecho de predicar á los demas la cruz; esto fué el motivo que le determinó á padecer. Esto fué lo que intentó declararnos el grande apóstol, cuando dijo que la sabiduría de este divino legislador se manifestó, en que siendo hijo de Dios aprendió por sí mismo, y por lo que padeció como hombre, la obediencia que exigia de ellos y queria dicesen por obligacion á su ley. Ley perfecta es, pero severa, cuyas máximas todas se dirigen á hacernos comprender la santidad, utilidad y necesidad de la cruz: *Quidem cum esset Filius Dei didicit ex iis, quæ passus est, obedientiam* (2).

Con efecto, cuando nada cuesta es fácil exhortar á los demas á la práctica de una vida austera, á la disminucion y entera separacion de los deleites, y á crucificar la carne; un hombre bien alimentado (decia san Gerónimo) discurre sin dificultad ni trabajo acerca de la abstinencia y ayuno; un hombre provisto con abundancia de todo, que de nada carece, y disfruta una vida deliciosa y cómoda, fácilmente se erige en predicador de la mas exacta reforma; pero por mas elocuente y celoso que sea, siempre se cree tener derecho para apelar á su ejemplo, y responderle, que aquel celo de reforma no le conviene, que aquel len-

(1) *Isai. c. 53. v. 3.* (2) *Hebr. c. 5. v. 8.*

guaje le cae mal. y que si quiere llevar las cosas con tanto rigor, debe buscar oyentes, á quienes sea desconocido. No es esto decir que esta reconvenccion sea legitima en un todo, pues Jesucristo mandaba se obedeciese á los fariseos, pues estaban sentados en la cátedra de Moises, y se respetase su doctrina, aunque su obrar fuese á ella contrario en un todo; pero siendo cierto que esta oposicion entre la doctrina y las costumbres es á lo ménos un pretexto especioso y aparente, de que se vale nuestra malicia contra las verdades que se nos predicán; y siendo natural el rebelarnos contra cualquiera que intente sujetarnos á cumplir con exactitud nuestras obligaciones, por este motivo no tendrá aquel la suficiente autoridad para persuadirnos. Aquí fué donde san Andres tuvo toda la ventaja que puede tener un apóstol. Porque predicó la cruz en un estado, en que los censores mas críticos y los mas declarados enemigos de ella, nada tenían que reconvenirle. No la predicó como aquellos doctores hipócritas, de quienes habla san Mateo, que poniendo sobre la espalda de los demas cargas muy pesadas, no querian ellos mismos ni aún aplicar el dedo para moverlas. No la predicó como aquellos de quienes decia san Pablo á Timoteo, que en los últimos dias vendrán unos hombres, que tendrán en la apariencia la piedad mas brillante, pero que estarán llenos del amor de si mismos, envanecidos con el orgullo y pervertidos en la fe. Quiero decir, no la predicó como lo han hecho en casi todos los siglos algunos aparentes reformadores de la Iglesia, que conocidos ya por hombres sensuales, no fueron ménos osados en decir invectivas contra la delicadeza y deleite; llorando la relajacion de penitencia, al tiempo mismo que despreciaban las obras penosas y laboriosas; y cuando acaso estarian mas cuidadosos y solícitos de sus personas y cuerpos, que un mundano de profesion. No, cristianos, no predicó san Andrés de este modo la cruz; ántes bien para predicarla, él mismo se puso en ella. La cruz fué la cátedra desde donde se hizo escuchar: desde ella, como leemos en las actas de su vida, exhortaba al pueblo á que abrazase este medio saludable y necesario, de que depende toda la felicidad de los escogidos de Dios, y esto no solo le autorizó, sino que dió fuerza y virtud á su palabra, para anunciar el misterio de la cruz con mas eficacia y convencimiento.

La segunda ventaja de su apostolado, dice san Juan Crisóstomo

mo, es haber manifestado hasta qué punto estaba persuadido él mismo de la verdad que predicaba, y tambien haber tenido por ello el don de persuadirlo con tanta eficacia á los demas, que aún siendo infieles, como eran, no pudieron resistir á la sabiduría y espíritu de Dios que hablaba en él. Es necesario, añade san Bernardo (permitídme que aplique su pensamiento á mi asunto) es necesario que el predicador del Evangelio fortifique su voz para convertir los corazones; y como esta es flaca y débil, es preciso que esté acompañada de otra voz poderosa y llena de fuerza: *Dabit voci suae vocem virtutis* (1). Pero ¿cuál es esta voz poderosa y llena de fuerza? La voz de la accion, esta voz es mucho mas elocuente, mas penetrante, y conmueve mas que todos los discursos. Muéstrame con tu ejemplo y con tus obras, que tú mismo estás persuadido, y entónces me persuadirá y convertirá tu voz. Por este medio pues triunfó san Andres de la infidelidad de los paganos, y de la dureza de los judíos. Quiso que su voz fuese para ellos aquella voz poderosa, que segun el Profeta abate los cedros, quebranta y desmenuza las rocas; quiso que su voz tuviera la virtud de ablandar los corazones mas endurecidos, y de sujetar los espíritus mas soberbios (2). Qué hizo para esto? Empezó á convencerlos, de que él mismo estaba perfecta y sólidamente convencido de lo que les predicaba: que estaba, digo, convencido de la necesidad de abrazar la cruz de Jesucristo, de unirse á ella con un espíritu de fe, y de aplicarse sus frutos por el largo uso y experiencia de los trabajos de la vida.

¿Qué prueba mas auténtica pudo darles en este punto de lo persuadido que estaba, que la prontitud y fervor que manifiesta por padecer? Se le anuncia su sentencia, y de repente se apodera de él la alegría y el gozo en tanto grado, que llega hasta ponerle en éxtasis y dejarle fuera de sí. El pueblo quiere oponerse á la ejecucion de esta sentencia, y san Andres no lo lleva á bien. Se le conduce al suplicio, y mirando desde muy léjos la cruz que le está preparada, la saluda con expresiones llenas de amor y de ternura. Se conmueve el pueblo para libertarle, y les dice: Qué, hermanos míos, ¿tenéis zelos de mi felicidad? ¿Conviene que interesándoos por mí, conspiréis contra mí? ¿Por una falsa compasion me haréis perder el mérito de

(1) *Psalm.* 67. v. 34. (2) *Psalm.* 28. v. 5 et 8.

una muerte tan preciosa? Intimidado con esto el juez, se ofrece á libertarle, y san Andres le aquieta y da seguridades: manda el juez le desaten de la cruz, y protesta el santo que es en vano, porque está ligado á ella con unos lazos invisibles, que aún el mismo infierno no puede romper, pues son los lazos de su fe y caridad. Si él no estuviera persuadido de lo que predicaba, ¿pensaria, hablaria, obraria y padeceria de este modo? Y para manifestar que sus afectos eran sinceros, ¿permaneceria dos dias enteros en el tormento mas cruel, publicando siempre que Jesucristo solo es el Dios que debe ser adorado, y que toda la santidad y predestinacion de los hombres está contenida en la cruz? y ¿qué consecuencia debian sacar á favor de Jesucristo y su Religion, los que estaban presentes al martirio de san Andres? Considerando á este hombre venerable por la integridad de su vida, ilustre por los milagros que hizo entre ellos y que se granjeó por su conducta llena de sabiduría el respeto de los enemigos mismos de su Dios; viéndole no despreciar la muerte por una vana filosofia, sino desearla por un puro celo de conformarse á su Salvador crucificado; amar por solo el motivo de su Religion las dos cosas, que el mundo mas detesta y aborrece, cuales son la ignominia y el dolor; y á pesar de las rebeliones de la naturaleza, hacer de la cruz el objeto de su ambicion y sus mas apetecidas delicias: aún siendo paganos y judíos, como eran cuantos estaban presentes, ¿qué podian inferir de esto, sino que habia en el apóstol alguna cosa sobrenatural; y que no pudiendo la carne y sangre producir en él afectos tan superiores al hombre, era forzoso le proviniesen de un principio mas alto? Á no querer cegarse á sí mismos, y obstinarse en su ceguedad, ¿podian dejar de conocer, que solo Dios puede inspirar á un hombre mortal un amor tan heróico á la cruz? Y á no tener corazones de piedra, aunque paganos é infieles, ¿podian no conmoverse, no agitarse y no mudar de dictámen á vista de un espectáculo tan asombroso y nuevo?

De aquí resultó tambien, amados oyentes míos, el prodigioso éxito de la predicacion de san Andres, y la bendicion que concedió Dios á su apostolado. Si creemos las actas de su martirio, de todo el pueblo que le escuchaba atento predicar desde la cruz, apenas quedó un pagano, que iluminado con las luces de la gracia, y cediendo á la fuerza de semejante ejemplo, no renunciase á la idolatría, y confesase á Jesucristo. Y si Jesucristo cruci-

ficado pudo decir lo que Dios decía á Israel por la boca de un profeta: Extendí mis brazos á un pueblo rebelde é incrédulo (1), san Andres por el contrario tuvo el consuelo de extender los suyos á un pueblo dócil, que recibió su palabra con respeto, y se sujetó á ella con alegría, para verificarse, al parecer desde entónces, lo que dijo el Hijo de Dios, que el que creyera en él, haría, no solo las mismas obras, sino tambien otras mayores que él (2): Millares de infieles que el espectáculo del suplicio de este apóstol juntó al rededor de su cruz, convertidos porque le vieron y escucharon, se vuelven glorificando á Dios. El ruido, ó digámoslo mejor, el fruto de esta predicacion se comunicó á todas las provincias vecinas desde la ciudad de Patras, en la que Dios por el ministerio de san Andres obró tan milagrosos efectos. Vióse con admiracion abandonados los templos de los ídolos, abolido el culto de los demonios, destruído el reino de la supersticion, y venerado por todas partes el nombre de Jesucristo; y aún el hermano del procónsul, acérrimo defensor hasta entónces de las falsas divinidades, se rindió á esta verdad. Entre las iglesias que empezaban entónces á florecer, la de Acaya en que padeció san Andres, vino á ser en breve tiempo la mas considerable y fervorosa. ¿Y cuál fué la causa de todo esto? La fe de un Dios crucificado, predicada por un apóstol crucificado; quiero decir, el celo de un apóstol, que á ejemplo de su maestro predica la cruz desde lo alto de ella, y que (segun la excelente expresion de san Gerónimo) confirma con su amor á la cruz todo cuanto enseña de la obligacion rigurosa, pero indispensable, que tenemos de abrazarla. Con efecto, dádme un predicador del Evangelio perfectamente muerto á sí mismo, que ame con sinceridad la cruz, y que diga de buena fe con san Pablo: *Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo* (3). El mundo está crucificado para mí, y yo para él; y todo lo vencerá. De este modo triunfará del error, confundirá la impiedad, exterminará el vicio y convertirá ciudades enteras. De este modo los pecadores mas endurecidos le escucharán y creerán: los libertinos é impíos se sujetarán á él; y los sensuales y entregados á los deleites, llevarán gustosos el yugo de la penitencia; porque de este modo obra (dice san Gerónimo) la virtud de la cruz predicada por un hombre que padece y muere en la cruz.

(1) *Isai. c. 65. v. 2.* (2) *Joan. c. 14. v. 12.* (3) *Gal. c. 6. v. 14.*

Este es, cristianos, el predicador que suscitó Dios para vuestra instruccion, el que puede decir fielmente, que no ha usado ni se ha valido para predicaros, de los discursos persuasivos de la humana sabiduría, sino de los efectos sensibles del espíritu y virtud de Dios. Á san Andres en la cruz es á quien Dios quiere que escuchéis. No paréis la consideracion en mí, en mis palabras, ni en mi celo; olvidad la santidad de mi ministerio. Pues yo solo soy un instrumento que resuena, y no me corresponde predicaros un Dios crucificado: esto es propio de este apóstol, y de este hombre crucificado, cuya predicacion mas viva y eficaz que la mia, aun se deja escuchar en todas las iglesias del mundo cristiano. Este es, digo yo, aquel ministro irreprochable, y aquel predicador contra quien nada tenéis que replicar. Pero ¿cuánto tiene él que reprenderos? Ahora os predica el mismo Dios que predicó á los judíos y paganos; un Dios que os salvó por medio de la cruz. Le creéis vosotros? ¿Vuestra conducta lo manifiesta? El amor propio que os domina, la solicitud y cuidados de vosotros mismos, el apego servil á vuestro cuerpo, la atencion y cuidado en conservarle, lisonjearle, y nada negarle; las comodidades apetecidas y afectadas, el horror á los trabajos y verdadera penitencia: en una palabra, esa vida de los sentidos tan opuesta al espíritu cristiano, esa vida suave y llena de deleites á que os halláis acostumbrados; todo esto, digo, ¿manifiesta que estáis bien convencidos de lo que predicaba san Andres?

Ah! hermanos míos, si el santo nos hubiera predicado otro Jesucristo y otro Salvador, si en el consejo de la eterna sabiduría hubiera querido Dios salvarnos por medio de la alegría y del gozo, como quiso salvarnos por los trabajos y las penas, y san Andres nos hubiera anunciado este evangelio; este nuevo evangelio ¿no se conformaría perfectamente con nuestro modo de obrar? Figurémonos que viene hoy este apóstol á declararnos que debemos adquirir nuestra salvacion, no por la cruz, sino por los placeres; figurémonos, que esto que os digo no es una suposicion, sino una verdad, ¿hubiera en vosotros algo que corregir ó reformar? Responde á esto, mundano, responde á ello, que contigo hablo. Pregunta á tu corazón, y reconoce hasta dónde te ha arrastrado el espíritu del mundo corrompido; este sistema de la cristiandad ¿no sería muy de tu agrado, no se conformaría enteramente con tu gusto y con tus ideas? Es pues

indispensable una de dos cosas, ó que vuestra vida sea un monstruo en el órden de la gracia, ó que san Andres aún no os haya persuadido con toda la virtud y fuerza de su apostolado. Vuestra vida será un monstruo en el órden de la gracia, si creéis de un modo, y vivís de otro; si profesando ser cristianos, sois judíos en el espíritu y en el corazón; y si reconociendo que vuestra salvación está vinculada á la cruz, todo vuestro cuidado es huirla y detestarla; porque ¿qué cosa puede ser mas monstruosa que esta contradicción? No obstante, hermanos míos (decía san Bernardo), este es el carácter de muchos cristianos, discípulos de la cruz de Jesucristo, y al mismo tiempo enemigos de ella. O si os gloriáis, amados oyentes míos, de ser del número de aquellos genios que reputáis por sabios y prudentes, y que obran con igualdad y consecuencia, es forzoso decir, que aún no os ha movido san Andres, ni con la eficacia de su palabra, ni con la autoridad de su ejemplo; pues permanecéis siempre sensuales é idólatras de vuestros cuerpos; y así podría yo aplicaros, respecto de la cruz de san Andres, lo que con dolor decía san Pablo á los galatas de la del Salvador: *Ergo evacuatum est scandalum Crucis* (1). Desgraciados de vosotros, hermanos míos, pues por vuestra infidelidad habéis hecho inútil el ejemplo de este santo apóstol, y destruído y aniquilado el escándalo ó misterio de la cruz. Muchas veces se os ha dicho, y es cierto, que en el juicio de Dios se manifestará la cruz de Jesucristo para confrontarla con vuestra conducta. Pero además de esta se confrontará también otra con vosotros, esta es la de san Andres. Sí, cristianos, la cruz de este hombre apostólico, después de haberle servido de cátedra para instruirnos, le servirá de tribunal para condenarnos. Mirad estos infieles, nos dirá, que convirtió la vista de mi cruz, y siendo paganos hice de ellos cristianos, y cristianos perfectos. Esto será lo que nos confundirá; pues cuánto mejor es empezar desde hoy á confundirnos á nosotros mismos, y con esta confusión saludable y voluntaria prevenir una confusión violenta, que solo puede sernos muy funesta. Es necesario pues, cristianos, que imitando á san Andres, seamos secuaces y aun predicadores de la cruz, digo predicadores, ¿y cómo será esto? Llevando siempre en nuestros cuerpos la mortificación de Jesucristo. Porque llevándola

(1) *Gal.* 5. v. 11.

en nuestros cuerpos, daremos á conocer á los hombres su mérito y su virtud. No os parezca esto, ni imposible, ni difícil, pues ya os he dicho, que el santo uso de las aflicciones y cruces de esta vida; aceptar con humildad y sumisión las que Dios nos envía; resignarse en las que el mundo suscita contra nosotros; tener paciencia en las calamidades públicas ó particulares, en las enfermedades ó pérdida de bienes, todo esto digo predicaré por nosotros, y con todo ello predicaremos nosotros. De este modo halló san Andres en la cruz el exacto cumplimiento y perfección de su apostolado, y ved también como halló en ella la consumación de su sacerdocio. Prestadme atención.

PARTE SEGUNDA.

Poder ofrecer á Dios el sacrificio del cuerpo de Jesucristo, y tener á este fin en la cristiandad un carácter particular, es en lo que consiste el sacerdocio de la ley de gracia. Unir al sacrificio adorable del cuerpo de Jesucristo el sacrificio de sí mismo, y sacrificarse á Dios al mismo tiempo que se le ofrece este divino Cordero sacrificado por la salvación del mundo, es según san Agustin el complemento del sacerdocio de la ley de gracia, y lo que le da su última perfección. Sacerdocio es de la ley de gracia, del que confieso son los sacerdotes los primeros y principales ministros; pero es también cierto, que todos los cristianos, según esta cualidad tienen derecho, y aún obligación de participar de él. Sacerdocio es de la ley de gracia, por cuya razón nos impone á todos de cualquier condición que seamos, la obligación indispensable de ofrecernos nosotros mismos á Dios, como un suplemento del sacrificio de Jesucristo. Ved, repito, lo que obra delante de Dios la perfección del sacerdocio cristiano, cuya excelencia y dignidad realzaba, y engrandecía tanto el apóstol. Ved por qué este santo sacerdocio le parecía tan augusto, cuando lo comparaba con el sacerdocio de la antigua Ley; y ved lo que nos le debe hacer venerable: la obligación en que nos hallamos, y el poder que tenemos, para ser como el Salvador, hostias vivas presentadas á Dios por la unión de nuestro sacrificio con el del hombre Dios. Yo pues intento hacerlos ver, que san Andres supo desempeñarse plenamente de esta obligación; y dónde? sobre la cruz; del que infero, que

en la Cruz, como en altar misterioso que Dios le habia preparado, halló felizmente la consumacion de su sacerdocio. No perdáis el fruto de esta verdad, que aún siendo tan ventajosa como es para el santo, cuyo elogio hago, será para vosotros mucho mas útil, y de mayor edificacion.

He dicho, amados oyentes míos, y lo repito, que para que seamos dignos de Dios, es necesario que unamos el sacrificio de nosotros mismos al sacrificio del cuerpo de Jesucristo. Esta es la obligacion esencial á que nos empeña la Religion, y no temo pasar por temerario, ni decir cosa que no sea conforme á la mas exacta teología, cuando digo que sin esto no tiene nuestro sacerdocio segun Dios, toda la perfeccion que debe tener. Porque es de fe, que aunque el sacrificio de la humanidad de Jesucristo tuvo por sí mismo una virtud infinita para santificar-nos y reconciliarnos con Dios, no obstante no lo aceptó Dios por una conducta particular de su providencia para conceder-nos con efecto la gracia de esta reconciliacion y santificacion, sino en cuanto previó, que aquel sacrificio debia ser, y estaria acompañado de nuestra cooperacion y buenas obras. Es tambien de fe, que aunque nada faltase al sacrificio de nuestra redencion de parte de Jesucristo, que le ofreció por nosotros como nuestro mediador y soberano sacerdote, puede ser le falte alguna cosa de nuestra parte: de suerte que este sacrificio, aún siendo divino como es, puede por falta de nuestra correspondencia sernos infructuoso y de ninguna eficacia. Lo que puede pues faltar de nuestra parte al sacrificio de Jesucristo, es el sacrificio personal que exige Dios de nosotros, y debemos hacerle de nosotros mismos; pero que por lo comun no le hacemos. En esto se fundó san Pablo, á quien con especialidad se le reveló este misterio, para imponerse una ley inviolable de cumplir todos los dias en sí mismo lo que faltaba á los trabajos y penas de Jesucristo. Algo habia que añadir aún respecto de san Pablo al sacrificio del Hijo de Dios. Atendéd; faltaba alguna cosa respecto al mismo san Pablo, una cosa de la que dependia para él, como siente el mismo santo, el mérito, ó mas bien la aplicacion actual del sacrificio del Hijo de Dios; faltaba algo, por lo que san Pablo se creía obligado á llenar la medida de los trabajos del Hijo de Dios. ¿Y cómo llenó esta medida? Con el fervor de su penitencia, con la austeridad de su vida y con la mortificacion de su carne, porque estos eran, observa san Juan Crisóstomo,

mo, otros tantos sacrificios de sí mismo, que unia á aquel gran sacrificio de la cruz.

De este mismo principio resultó tambien que san Agustin hallase una tan estrecha union entre el sacrificio de Jesucristo y el de nosotros mismos, que jamas queria se separase el uno del otro: de suerte que así como Jesucristo en cualidad de Hombre-Dios fué nuestra víctima, así tambien nosotros debemos serlo suya en cualidad de cristianos. De que se infiere, que cuantas veces asistimos á los divinos misterios, debemos estar persuadidos, á que no es solo para ofrecer allí el Cordero sin mancha, que se sacrifica en el altar, sino tambien para que nosotros mismos seamos ofrecidos y sacrificados en él. Y esto, dice san Agustin, no solo es por razon de la íntima union que hay entre él y nosotros, y que siendo nuestra cabeza, y nosotros los miembros de su cuerpo, no puede ni debe jamas ser sacrificado sin que tambien lo seamos con él; sino tambien por la conformidad y principio de nuestras mas justas é indispensables obligaciones. Porque ¿qué desórden es, Señor, que yo me presente ante vuestros altares con ménos humildad que vos os presentasteis; que fueseis allí la víctima de mi pecado, y que la expiacion de él nada me cueste? No basta pues, dice san Leon papa, que ofrezcamos á Dios el sacrificio del cuerpo de Jesucristo, si nosotros no nos ofrecemos tambien á nosotros mismos, segun el precepto del apóstol; así como no bastaria ofrecerle nuestros cuerpos, y aún nuestras almas, si no pudiéramos ofrecerle el sacrificio del cuerpo de Jesucristo. Pero que sin este sacrificio no seria digno de Dios; y el de Jesucristo sin el nuestro, aunque suficiente, nos seria inútil. Unidos uno y otro, consuman la grande obra de nuestra justificacion, y hacen el verdadero sacerdocio de los cristianos.

Esto es, amados oyentes míos, lo que vemos en el glorioso apóstol, cuya memoria veneramos hoy. Siguiendo las actas de su martirio ¿cómo debemos considerar á san Andres? como un sacerdote fervoroso, celoso y lleno de religion, que jamas dejó de sacrificar en todos los dias de su vida el Cordero de Dios en el altar, y que con su muerte coronó el sacerdocio, sacrificandose él mismo en la cruz. Estas son las dos principales acciones que nos manifiesta su historia, á las que reduzco toda la santidad de su ministerio. San Andres fué conducido ante el tribunal de un juez pagano, que ántes de condenarle, intenta

pervertirle, y le estrecha á que rescate su vida sacrificando á los ídolos. Pero ¿qué, le responde este hombre de Dios, yo habia de sacrificar á los ídolos! ¿No sabéis quien soy! ¿Ignoras acaso que hago profesion de servir al Dios del cielo y de la tierra, y el honor que tengo de sacrificarle cada día, no la sangre de animales, sino el Cordero que borra los pecados del mundo? Sí, prosigue el generoso apóstol, entre mis manos he sacrificado todos los días este Cordero; pero la maravilla que no conoces, y yo quiero manifestarte es que despues de haberlo sacrificado, está siempre vivo, y su carne, aunque distribuída á los fieles, permanece siempre toda entera, porque es incorruptible. Testimonio invencible es este á favor del sacrificio de la misa, y que solo él basta para refutar todos los errores de los últimos heresiarcas en orden á la divina eucaristía; pues nos enseña como desde la primera edad de la Iglesia tuvo Dios cuidado de establecer la tradicion de este misterio. Pero sin detenerme en esta controversia, y para sacar algun provecho, aunque de paso, de un ejemplo tan auténtico, permitídmeme, hermanos míos, una corta digresion, que aunque ceñida á la moral que en sí encierra, no dejará de ser útil. Esto mira á nosotros, que vestidos y adornados de la dignidad del Sacerdocio, somos especialmente los ministros de nuestro Dios y de sus altares. ¿Qué es un sacerdote de Jesucristo? Un hombre empeñado por su vocacion á entrar todos los días en el santuario; un hombre dispuesto como san Andres á ofrecer á Dios todos los días el incruento sacrificio del cuerpo del Salvador. A esto somos llamados. Pero ser sacerdote, y rara vez practicar la funcion mas noble de este ministerio; ser sacerdote, y aún obispo, y solo presentarse en el altar en ciertos días de ceremonia; en ciertas ocasiones de lucimiento, cuando no se puede dispensar de ello, y cuando se mira á ello obligado por un respeto humano, y que así lo pide la decencia; ser sacerdote, y abstenerse de las cosas santas, por tener una vida del todo profana, por mantener en el mundo un trato y familiaridad vana é inútil, por distraerse con las diversiones del siglo; ó mas bien tener una vida disipada, profana y mundana, hasta verse infelizmente obligado á abstenerse de las cosas santas; ser sacerdote, y por su modo de obrar no hallarse en estado de celebrar los sagrados misterios, haciéndose positivamente indigno; y debiéndose reprender esta indignidad voluntaria, como un delito y un

motivo de confusion, autorizarse con ella para permanecer en la separacion de Dios en que vive, y formarse de ella un falso pretexto de piedad; ser sacerdote de esta suerte, ah! hermanos míos, exclamaba san Juan Crisóstomo, es lo mas opuesto á la santidad del sacerdocio, lo mas injurioso á Jesucristo, y lo mas triste para su esposa la Iglesia; á lo que yo añado, que es lo mas contrario al ejemplo que Dios nos propone en la persona de san Andres.

Pero, cristianos, ¿se contentó con esto solo san Andres? No, hermanos míos, pues como sacerdote de la ley nueva, despues de haber sacrificado la carne de Jesucristo y cumplido con lo que habia mas esencial en su ministerio, unió á ello lo que habia de perfeccionarle, sacrificándose á sí mismo, y aquí fué donde la cruz le sirvió de medio para llegar al cumplimiento de sus deseos y á la gloria consumada de su sacerdocio. Me explicaré. Habiéndose negado á sacrificar á los ídolos, presentáronle el instrumento de suplicio, y miró aquella cruz como otro altar en que iba á ofrecer á Dios el sacrificio de su persona y su vida. Sí, Señor, dijo, dirigiéndose á Jesucristo, abrazo gustoso esta cruz, porque en ella voy á dar todo el lleno y extension á mi sacerdocio. Mucho tiempo há, ó Dios mio, que sacrifico á costa vuestra, y es necesario que ahora lo haga á costa de mí mismo. Mil veces os he sacrificado por mí; y es necesario que una vez me sacrifique por vos, y que por este esfuerzo de reconocimiento, dándoos amor por amor, y sacrificio por sacrificio, tenga al fin el consuelo de ser sacrificado por vuestra gloria, como lo fuisteis vos por mi salvacion. Así habló, y sin dilatarlo mas extiende sobre la cruz su venerable cuerpo; no espera que los verdugos le aten á ella, y con su fervor previene su crueldad, no queriendo deber á otro el honor de ser crucificado, antes bien mira como una ventaja preciosa ser á un tiempo mismo la víctima y sacerdote de su sacrificio. Porque en esto, dice san Agustin, consiste particularmente la excelencia y mérito del sacerdocio de Jesucristo. En la antigua ley no se habia visto semejante; pues los hombres mas santos se contentaban con honrar á Dios con víctimas extrañas; y como este culto era imperfecto, el Hijo de Dios, como pontífice, vino á hacer á su Padre esta plena oblacion, en la que quiso ser á un mismo tiempo sacerdote y hostia. Pero lo que fué verdad en Jesucristo, lo es tambien en san Andres con toda la proporcion y relacion que

puede haber entre un hombre y un hombre Dios. Muriendo el santo en la cruz, pudo decir despues del Salvador del mundo: Vos, Señor, no queriendo ya la carne y sangre de los animales, me habéis formado un cuerpo; los antiguos holocaustos han empezado ya á disgustaros, ó á lo ménos han dejado de seros agradables, y entónces dije yo, vedme aquí, yo vengo, yo me ofrezco, recibíme como víctima vuestra.

Este es, amados oyentes míos, el modelo que Dios os pone á todos á la vista, de cualquier estado ó condicion que fueseis, pues de cualquiera que seáis, estáis como cristianos asociados necesariamente al sacerdocio real de Jesucristo, y con vosotros, aunque legos, hablaba san Pedro, cuando llamaba á los cristianos: escogida prosapia, sacerdotes, reyes, nacion santa, y pueblo adquirido y conquistado. Pues es de fe, que sin otro carácter que el de cristianos y solo la gracia del bautismo, nos hizo el Salvador de los hombres reyes y sacerdotes de su Padre Dios. Si yo os dijera que segun esta cualidad debéis ofrecer á Dios todos los dias el immaculado Cordero, que sacrificaba san Andres, y que con efecto le ofrecéis del mismo modo que él, siempre que asistís al sacrificio de vuestra Religion; puede que os admirara veros elevados por este motivo á una dignidad tan alta. Pero debéis estarlo mucho mas, ó porque hasta el presente ignorasteis lo que sois, ó porque sabiéndolo, os faltó celo para desempeñar dignamente una funcion tan gloriosa; porque supuesto que asistís á este sacrificio, no solo como meros testigos, sino como ministros del Señor, y supuesto que la oblation del cuerpo de Jesucristo, no solo se hace en vuestra presencia, sino tambien en vuestro nombre, ¿qué atencion, qué respeto, qué devocion tan fervorosa no debéis tener? Esto hace que vuestras irreverencias sean tan culpables y aún abominables, y que sean otros tantos sacrilegios. Ah! cristianos, qué indignidad es que ofreczáis al Dios inmortal con un espíritu disipado, un corazon tibio, sin recogimiento alguno, sin el menor afecto, el mismo sacrificio de donde nuestro santo apóstol sacó todo el fuego de su caridad! Qué digo yo? ¡Qué profanacion no es, que asistáis á él para ver gentes y ser vistos, para ostentar allí todo el fausto del mundo y todo el adorno de vuestro lujo, para satisfacer y contentar allí vuestra vanidad y curiosidad, y acaso para fomentar y mantener vuestras pasiones mas vergonzosas! Escándalo es digno de la ira de Dios, y que por la impiedad de

nuestro siglo ha llegado á hacerse demasiado comun y frecuente.

Pero no me paro en esto, pues lo que quiero que saquéis de este discurso es una sincera y firme resolucion de ofrecer continuamente á Dios, como san Andres el sacrificio de vuestros cuerpos, y unirlo al sacrificio del cuerpo de Jesucristo, pues por este medio debéis participar del honor y perfeccion del sacerdocio de la ley de gracia, á que vuestra vocacion os obliga indispensablemente. Lo que os pido es, que os apliquéis á vosotros mismos continuamente lo que san Pablo encomendaba tan expresamente á los romanos, cuando les decia: *Obsecro vos per misericordiam Dei* (1). Os pido, hermanos míos, por la misericordia de nuestro Dios, que le ofreczáis vuestros cuerpos con aquella santidad y pureza que pueden agradarle, y con la que podéis darle un culto racional y espiritual, no conformándoos con el presente siglo, sino renovándoos cada dia en lo interior del espíritu. Palabras que comprenden en compendio todo el fundamento de la vida cristiana, y que deberian ser el asunto mas comun de vuestras consideraciones. Pero decíme, amados oyentes míos, ¿tienen vuestros cuerpos aquellas cualidades que necesariamente se requieren para ser la materia del sacrificio que san Pablo quiere ofreczáis á Dios? ¿Son unos cuerpos puros, libres de la corrupcion del pecado, en una palabra, dignos de ser ofrecidos con el cuerpo de Jesucristo, y formar con él el sacrificio completo de que acabo de hablaros? Si no tienen estas cualidades ¿os atreveréis á ofrecerlos á Dios? Y si no os atrevéis á ofrecerlos ¿cómo podréis presentaros ante Dios y acercaros á sus altares? Ah! cristianos, si se os dijera, que debiais absolutamente, y en un todo hacer de vuestros cuerpos el mismo sacrificio que san Andres; que debiais estar dispuestos como él á sacrificar vuestra vida por un dilatado y cruel suplicio; que debiais padecer como él un martirio riguroso; que debiais resolveros á morir por Dios, y que sin esto no os podiais salvar; si Dios, digo yo, pusiera vuestra fe á una prueba semejante, no obstante estar obligados á sujetaros á ella, tendríais sin duda fundamento para temer y desconfiar de vosotros mismos. Mi celo en animaros, fortaleceros y sosteneros en unas circunstancias tan peligrosas, por mas fervoroso que fuera, no me impediria compadecerme de vuestra flaqueza, y ser el pri-

(1) Rom. c. 12. v. 1.

mero que temblase por vosotros mismos. Pero cuando os digo, que el sacrificio de vuestros cuerpos de que aquí se trata, se reduce en la práctica á que los mantengáis con una pureza conveniente, á que los hagáis llevar el yugo de una templanza saludable, de una sobriedad exacta, de una prudente austeridad, y de una sólida mortificación, redúcese tambien este sacrificio á separar de nuestros cuerpos los vicios que los destruyen, la delicadeza que los corrompe, y la ociosidad que los agrava; á reprimir sus rebeliones, á no vivir segun sus deseos, á hacerlos dóciles y blandos á la ley de Dios, á sujetarlos á las observancias de la religion, y á endurecerlos en el trabajo, cosas comunes y que se practican en los estados ménos perfectos del mundo, ¿teneis algo que responder? Cuando esta regularidad de vida, esta severidad de costumbres, esta exactitud en su observancia fuese para vosotros una especie de cruz, ¿podriais justamente descargaros de ella, ó rehusar tomarla? ¿No deberiais juzgaros dichosos, pues la hallabais en cosas tan conformes á vuestras obligaciones, y dar gracias á Dios, porque al fin habiais aprendido, cuál era el sacrificio de vuestros cuerpos, con que Dios quiere ser glorificado?

No obstante, cristianos, este es el desórden, y si se me permite decir así, este es el oprobio y vergüenza de la cristiandad: hombres destinados por el bautismo al sacerdocio de Jesucristo, y que segun la regla del apóstol deberian ofrecer sus cuerpos como hostias puras ante Dios, hacen de ellos víctimas para el demonio, para la sensualidad, para la impureza y para el adulterio. San Pablo no quería que aun se pronunciasen entre los fieles los nombres de estas pasiones infames, pero ¿qué medios hay de callarlas en la vergonzosa inundacion de vicios, que infestan la iglesia de Dios? ¿Podemos nosotros, decia san Cipriano, ocultar nuestras llagas, cuando son mortales? ¿No es mejor descubrirlas para sanarlas, que disimularlas para perdernos? ¡O Dios mio, dónde estamos, y á qué extremo nos ha conducido el pecado! Vos, Señor, que tanto celabais en la antigua ley la pureza de las víctimas que se os ofrecian, y desechabais aquellas, en que se descubria la menor mancha, ¿cómo podéis ahora aceptar las nuestras? El sacrificio de un cuerpo impuro y esclavo del pecado, en lugar de agradaros, ¿no es forzoso os ofenda é irrite mas? Pero al fin me diréis, habiendo estado hasta ahora nuestros cuerpos tan corrompidos por la

culpa, ¿no pueden ya ofrecerse á Dios? Sí, cristianos, bien pueden ofrecerse, cuando no por el sacrificio de la continencia, á lo ménos por el de la penitencia; y en este sentido nos advierte san Pablo, que los hagamos servir desde hoy, no al pecado, sino á la justicia. El mismo Dios recibirá entónces de vosotros una gloria particular, y tanto mas realzaréis el triunfo de su gloria, cuanto ella habrá tenido en vosotros mas fuertes y peligrosos enemigos que vencer. La penitencia os servirá de cruz, y esta será el altar en que os sacrificaréis. Ah! Señor, derramad sobre este auditorio cristiano aquel espíritu de santidad, de que estuvo lleno el grande apóstol que veneramos. Comunicad á esta iglesia, que se titula con su nombre, la abundancia de vuestra gracia. Dadnos aquel amor de la cruz sin el cual es imposible hagamos jamas el sacrificio de nosotros mismos. Inspiradnos los mismos afectos que tuvo san Andres á vista de la cruz, cuando exclamó: O cruz, origen de mi felicidad! Haced que lo digamos y pensemos como él, y que por el camino de la cruz lleguemos á la misma gloria que él, que es la eterna, á la que nos conduzca á todos. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN ANDRES APÓSTOL.

(DE TRONCOSO.)

Ambulans Jesus juxtā mare Galileæ vidit duos fratres, Simonem qui vocatur Petrus, et Andream fratrem ejus mittentes rete in mare. Et ait illis: venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum. At illi continuo, relictis retibus, secuti sunt eum.

Caminando Jesús por la ribera del mar de Galilea, vió á dos hermanos, Simon, llamado Pedro, y Andrés su hermano, echando la red al mar. Y les dijo: venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Al instante los dos dejaron las redes y le siguieron.

S. Mat. c. 4. v. 18, 19 y 20.

Cuanto mas se estudia el cristianismo, tanto mas crece la admiracion del hombre sensato y religioso, al contemplar los medios de que la divina sabiduria se sirviera para establecer y propagar en el mundo esa religion, que hoy nos llena de un justo entusiasmo. Ciego debe ser el que no reconozca en ella la obra exclusiva de la omnipotente diestra. Por donde quiera que se considere, vense resplandecer los caracteres de la divinidad de una manera que sorprende, pasma y arrebatá el asentimiento del hombre mas preocupado, siempre que no se haya empeñado en cerrar los ojos á la evidencia. ¿Qué cosa mas admirable y fuera del orden comun que la vocacion de los primeros predicadores del Evangelio? Cuando yo contemplo la creacion del universo, y veo brotar de la nada los cielos, la tierra, el sol, la luna, las estrellas, los mares y cuantas maravillas registran nuestros ojos en ese vasto campo de la naturaleza, y advierto que todo ello es obra de la simple palabra de un Dios que dice: hágase!; pasmado y silencioso adoro á aquel

Ser cuya omnipotencia no tiene limites, y exclamo en el mas profundo abatimiento de mi alma: « ¡Oh Dios y Señor mio, cuán admirable es tu nombre en todo el universo! Tuya es la « sabiduria, tuyo el poder, tuya la divinidad: los cielos y la « tierra están llenos de tu gloria! »

Sin embargo, católicos, todo este aparato de majestad y de grandeza, deja en cierto modo de maravillarme, cuando, llegada la plenitud de los tiempos, veo al Unigénito del Padre que revestido de la humana naturaleza, se presenta en medio del mundo como uno de nosotros, se acerca á unos hombres que no le conocen, les habla, y con solo decirles: « Venid en pos de mí, » obra en ellos el cambio mas prodigioso, y les hace abandonar su patria, sus padres, su subsistencia y sus esperanzas, por entregarse totalmente á su servicio. Hé aquí un prodigio que siempre será un misterio para la incredulidad; pero que á los hombres de fe les manifiesta el carácter divino de sus creencias.

Pero al mismo tiempo que admiramos el poder divino de aquel Salvador inefable, que tanto resplandece en el llamamiento de los apóstoles, no podemos ménos de tributar un justo homenaje de entusiasmo hácia esos hombres portentosos que tan fieles se mostraron á una mera insinuacion del divino Maestro, y tan celosos en llevar á cabo el establecimiento y progresos de su nuevo culto. El héroe que hoy solemniza la Iglesia merece nuestro particular afecto, tanto por haber sido el primero que con su hermano siguió á Jesucristo, segun el texto evangélico, cuanto por el singular fervor y heroísmo con que defendió su divinidad y la predicó á los gentiles. En el apóstol san Andrés se nos ofrece al mismo tiempo un prodigio de fe y un portento de constancia. Aquella le hizo renunciar á las añejas preocupaciones que de largo tiempo venian alimentando los hijos de Israel acerca del Mesias venidero: esta le condujo á morir por él y por el sostenimiento de sus sacrosantos dogmas, ántes que transigir con el error y con los ensueños del paganismo. ¿Qué cosa mas digna de admiracion en unos tiempos en que el pueblo mismo de Israel, único que hasta entónces conservára el sagrado depósito de la revelacion, se habia olvidado en gran parte de las promesas del cielo, y no alimentaba ya mas que una idea débil y casi apagada del futuro Salvador del género humano? Hé aquí, señores, un pensa-

miento que aunque nada tiene de nuevo, pues es comun á todos los apóstoles de Jesucristo, adquiere una nueva importancia atendidas las circunstancias que concurren á realzar el mérito de su insigne discípulo san Andres. Contentémonos con una sencilla exposicion de los hechos que nos refieren sus historiadores, y tanto en la prontitud y fidelidad con que siguió á Jesucristo, como en el constante favor con que se consagró á extender la gloria de la cruz, hallaremos la prueba mas inconcusa de la divinidad de la religion.

Dignaos, oh espíritu divino, trasladar á mi corazon el fuego que abrasaba el del santo apóstol, cuando predicaba las eternas verdades. Derramád sobre mis labios aquella uncion que le hacia dueño de las almas que le escuchaban. Bien sé que mis deméritos no me hacen acreedor á las gracias del santo apóstol; empero no dudo obtener la que al presente forma el objeto de mis votos, interponiendo la mediacion de la Reina de los cielos, á quien con la mayor ternura saludo con el ángel: *Ave Maria.*

REFLEXION ÚNICA.

Mil veces hemos oido preguntar á la incredulidad: Si es cierto que en Jesucristo brillaban todos los caractéres con que le habian anunciado los profetas, ¿cómo es que los judíos no le reconocieron por el Mesías tan luego como se dejó ver en la tierra? Prescindiendo, señores, de que las mismas profecias que anunciaron al Salvador habian ya predicho en términos expresos la dureza de aquel pueblo ingrato y rebelde; sin pretender inquirir los designios que en esto se proponia la Providencia, si bien seguros de que todos los acontecimientos iban dirigidos á hacer mas brillante el establecimiento de la nueva ley, séanos permitido preguntar á nuestra vez: Si en Jesucristo no resplandecian los caractéres de la divinidad, ¿cómo es que los apóstoles tan luego como le vieron y oyeron su voz, le siguieron? ¿Cómo es que ejerció un ascendiente tan poderoso sobre sus corazones, que con un simple mandato los determinó á abandonar cuanto poseían, por asociarse á él y vivir en el abatimiento y la humillacion? ¿Qué hombre tuvo jamas una influencia tan maravillosa respecto de los demas hombres? Fijemos desde luego nuestra consideracion en la voca-

cion de nuestro insigne apóstol san Andres, y veamos si no se encuentra en ella la prueba mas evidente de la divinidad de Jesucristo y de su religion augusta.

Acababa el Salvador de salir de aquella vida oscura é ignorada, que durante treinta años habia adoptado segun los altísimos designios del que le enviara. Todavía no se habian visto ningunos milagros que acreditasen en manera alguna ser él el Unigénito del Padre. Sin embargo, al pasar un dia por delante del Bautista, entusiasmado este al ver á su maestro, dijo á dos de sus discípulos que con él se hallaban: « Hé ahí el cordero de Dios » (1). No bien lo hubo oído Andres, uno de los que estaban presentes á esta escena, cuando sin detenerse corre presuroso en pos del Salvador, y le dice: Maestro, ¿en dónde habitas? y conducido por él á su domicilio, permaneció en su compañía todo aquel dia (2). Hé aquí el primer rasgo de la vida fe de nuestro apóstol, y el primer testimonio que dió á Jesucristo de que le reconocia por verdadero Dios. Si así no fuese, ¿hubiera manifestado tanto empeño en saber su alojamiento, y le hubiera seguido con tanta confianza? Claro es que no: tanto ménos cuanto que siendo para él un personaje desconocido, y no teniendo en su favor mas que el dicho del Precursor, hubiera debido obrar con la mayor reserva segun los principios de la prudencia humana, á no mediar una ilustracion sobrenatural que le determinase á creer lo que parecian desmentir todas las apariencias exteriores. Andres no veía en Jesucristo mas que un hombre que solo se distinguia de los demas en lo humilde de su persona, en lo afable de su trato, en la dulzura de su semblante y en la amabilidad con que recibia á cuantos á él se acercaban. ¿Bastaba esto para juzgarle una divinidad? ¿No podia presumir con mas fundamento, que fuese algun profeta ó alguno de aquellos santos personajes descendientes de los patriarcas, que tanta admiracion causaron un dia al pueblo de Israel? Pues nada de esto piensa Andres; ántes bien convencido de aquel á quien el Bautista llamara el Cordero de Dios, era efectivamente el deseado de los siglos, el anunciado por los profetas, y el prometido por los patriarcas, no solo corre en pos de él, conversa con él, y escucha humilde su doctrina celestial, sino que tan luego como se separa de su presencia, va

(1) Joan. c. 1. v. 36. (2) Joan. c. 1. v. 38 et 39.

en busca de su hermano Simon, y lleno de un santo entusiasmo le dice: « He visto al Mesías (1) », y le conduce al divino Maestro para hacerle participante de su dicha.

Tal vez, señores, pudiera juzgarse esta prontitud de san Andres en seguir al Salvador, efecto de un momentáneo entusiasmo, causado por una fuerte impresion que á veces parece enervar el uso de las facultades intelectuales. Pero esta objecion se destruye desde luego haciendo atencion á los efectos que se siguieron á esta primera determinacion del apóstol. Sabido es que pasado algun tiempo despues de esta primera entrevista, hallándose Andres con su hermano en las riberas del mar de Galilea, ejercitándose en su oficio de pescar, se acercó á ellos Jesus, y les dijo: « Venid en pos de mí, pues quiero que seáis pescadores de hombres (2); » y ellos, dejando al momento sus redes, le siguieron. Admírense en buen hora los sabios á vista de un prodigio que en vano han pretendido explicar con solos los principios naturales; tachen los impíos de inexactitud á los historiadores sagrados que refieren este hecho, que raya en la esfera de lo increíble; trabajen cuanto les sea dado los incrédulos para desmentir al espíritu de verdad en este punto. El hecho es innegable, y de él resulta demostrada, por una parte la divinidad de aquel que de un modo tan maravilloso se hacia obedecer de los hombres, y por otra la íntima conviccion en que estaban de esta verdad los que así se dejaban aprisionar por sus palabras.

Por efecto de este convencimiento, nuestro santo apóstol no duda constituirse humilde discípulo de aquel divino Salvador, á pesar de cuanto sus ojos ven contrario al parecer á sus creencias. Si en sus viajes y expediciones por los pueblos de la Judea en que constantemente acompaña á su maestro, le contempla á veces denostado por una plebe grosera é inmoral, que llega á juzgarle fanatizado por el mal espíritu, ó censurado por los doctores de la ley como transgresor de los preceptos mosaicos, ó perseguido por los escribas y fariseos como perturbador de la pública tranquilidad, no por eso se entibia su fe, ni se arrepiente de su pronta resolucion en seguirle. Las palabras de vida que como la miel corren de sus labios, penetran su espíritu y le confirman cada vez mas en sus creencias; los continuos mi-

(1) Joan. c. 1. v. 41. (2) Matth. c. 4. v. 19.

lagros que diariamente hace en toda clase de personas, hablan á su corazon un lenguaje mas eficaz que sus palabras; la santidad mas que humana que descubre en todas sus acciones, es una apología viva, que, destrozando las calumnias de sus enemigos, producen en el corazon de Andres una evidencia capaz de hacer frente á todos los raiocinios de la envidia y de la incredulidad.

¡Cuán pocos son los cristianos que imitan á nuestro santo apóstol en su fidelidad! Vense muchos, es verdad, que dóciles á las inspiraciones de la gracia, todo lo abandonan por seguir á Jesucristo y hacerse sus discípulos. Una sola palabra que por el órgano de sus ministros penetre en sus corazones, basta para determinarlos á abrazar los preceptos y máximas de esa religion sublime que aconseja la abnegacion, que manda la humildad, y propone como único camino para llegar á la felicidad, el de la mortificacion y penitencia. Pero ¿no es verdad que muchos de estos se desalientan á veces apénas han dado los primeros pasos, y llegan á abandonar cobardemente sus creencias, cuando las ven atacadas por sus enemigos? ¿No es cierto que los mas, pasados aquellos momentos en que mas bien por veleidad que por convencimiento se determinaron á dar de mano al mundo y á sus vanidades, se arrepienten de sus propósitos y vuelven á la misma relajacion de costumbres en que ántes se hallaban? Así sucede comunmente, católicos, por desgracia nuestra, lo cual prueba evidentemente que estamos muy léjos de poseer aquella fe viva que tenian los apóstoles, y aquel fervor que los conducia á acometer las mas gloriosas empresas en obsequio de Jesucristo, una vez que habian tenido la dicha de conocerle.

Fijad vuestra consideracion en nuestro ínclito san Andres, y admirad la constancia con que se consagró á extender las glorias de la cruz despues que su divino Maestro, espirando en ella por salvar á la humanidad, se ausentó del mundo para volver al seno de su eterno Padre. Ya el espíritu de ciencia y de amor se habia comunicado á los discípulos de Jesus en el día de Pentecostés, llenádoles de aquella gracia que de hombres tímidos y cobardes los convirtió en héroes magnánimos y emprendedores. Cada uno de los apóstoles habia tomado á su cargo una provincia ó un reino para predicar el Evangelio. Andres despues de haber ejercido por algun tiempo su ministerio en la

Judea, recorrió la Tracia y el Egipto, anunciando por todas partes la divinidad de aquel, que por efecto de la envidia y del encono de los magistrados y pueblo de Jerusalem, había sido sentenciado á morir en un infame suplicio, siendo no obstante la inocencia y la santidad misma. ¡Con qué energia explicaba los misterios de la redencion y las grandezas encerradas en aquella cruz, instrumento de los inefables designios de la divina sabiduría! ¡Con qué celo se aplicaba á desterrar la ignorancia de los paganos, principio fecundo de sus errores, y de las prevenciones malévolas que alimentaban contra la nueva religion! Ah! Si aquel Señor que le había enviado á luchar con unas gentes de corazon tan duro, no le hubiese comunicado su propia virtud, y héchole participante de aquel espíritu de fortaleza que no se rinde á las dificultades ni cesa ante los mayores inconvenientes, ¿cómo hubiera podido nuestro apóstol sostenerse en medio de las persecuciones que le proporcionaba el cumplimiento de su mision? Pero Andres jamas olvidaba las promesas de su maestro; tenia presente que á él no ménos que á los demas apóstoles les había dicho en términos expresos: «Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos;» y en consecuencia de estas palabras, lleno siempre de una imperturbable confianza, predicaba, enseñaba, disputaba, y no perdonaba medio alguno para atraer á los gentiles al conocimiento del verdadero Dios y de su Hijo unigénito. Ora le veréis atravesar la Escitia, la Capadocia, la Galacia, la Bitinia y hasta los confines del mar Negro; ora le encontraréis en la Albania; y aquí y en todas partes, siempre con igual celo, y con idéntico deseo de dilatar el imperio de la cruz, y la gloria del Crucificado.

No fueron infructuosos los trabajos del santo apóstol. Donde quiera que predicaba multiplicábase prodigiosamente las conversiones de los idólatras; la fe triunfaba del error; los templos de los falsos dioses eran destruidos; enmudecian los oráculos; y allí en donde ántes humeaban las palpitantes entrañas de las víctimas sacrificadas al demonio, veíase el humo del incienso ofrecido á la víctima pura y santa que por el mundo se había sacrificado en el Calvario.

Ensalcen en buen hora sus conquistas los grandes hombres que ha conocido el universo. Oh! ¡cuán menguados son los triunfos que se consiguen con la fuerza! Dominar ciudades,

sojuzgar reinos, esclavizar pueblos enteros con el acero ó con el fuego, hé aquí lo que hicieron los Alejandro, los Jerjes y todos esos guerreros que la historia nos presenta como otros tantos héroes dignos de una eterna memoria. ¿Pero acaso la espada que hizo doblegar las cervices de tantos hombres ante un vencedor afortunado, llegó á domar sus espíritus? Los hierros que oprimieron sus cuellos ¿consiguieron domeñar sus corazonas? Si lograron dar la ley al mundo con el temible aparato de su irresistible poderío, ¿lograron jamas que el mundo les bendijese y amase? No: la sangre, las ruinas, el exterminio que por donde quiera siguieron sus pasos, les proporcionaron el odio y las maldiciones de sus infortunadas víctimas. ¡Cuán diversos son los triunfos que el Evangelio consiguió por medio de nuestro santo apóstol! Este con sola su palabra llegó á conquistar lo que en el mundo hay de mas indomable y fiero, que es el entendimiento y el corazon humano. Al tiempo mismo que exhortaba á los gentiles á adoptar una ley para ellos nueva y repugnante, hacíasela amable y digna de aprecio con el atractivo de las recompensas que esta promete á los que la abrazan. Jamas conoció otras armas que la dulzura y la persuasion: la violencia, á mas de ser contraria al espíritu del Evangelio, nunca hubiera podido ser ensayada por un hombre que no buscaba su propia gloria, sino la gloria de Jesucristo. Y sin embargo, ¿no es verdad que él solo hizo lo que todos los esfuerzos combinados del poder y de la sabiduría humana hubieran intentado inútilmente? Engrandecemos pues, católicos, á aquel Jesus que de una manera tan prodigiosa hizo ostensible su divinidad en las empresas de su fiel siervo, y sigámosle á la ciudad de Patras en la provincia de Acaya, en donde debe dar el mas illustre testimonio de su constancia en defender la gloria de la cruz.

Con faustos auspicios comenzó Andres su carrera apostólica en aquel país. Abundante era la cosecha que recogia. El grano de la palabra divina producía diariamente los mas sazonados frutos de fe. Veíanse acudir á él los paganos deseosos de instruirse en los misterios del cristianismo. Hombres, mujeres, ancianos, jóvenes, toda edad, todo sexo anhelaba los momentos de escuchar la doctrina de aquel hombre singular. Por instantes se multiplicaban los discípulos de Jesucristo. El culto de las falsas divinidades caía en el mayor descrédito, y los sacerdo-

tes idólatras bramaban al ver la desercion de millares de hombres que, abandonando sus antiguas creencias, recibían el bautismo y se alistaban bajo las enseñas del nuevo Dios. Imposible es, señores, pintar el despecho que se apoderó del procónsul Egeas, ausente á la sazón de Patras, tan luego como llegó á su noticia este acontecimiento de tan graves consecuencias para una religion de que estaba fanáticamente apasionado. Bien así como si se le hubiese dicho que un ejército formidable sitiaba los muros de la ciudad y amenazaba reducirla á pavesas, parte precipitado á Patras, ardiendo en furor y respirando la mas cruel venganza contra el indefenso y humilde apóstol. No esperéis que este se intimide con la presencia del tirano. A él mismo se dirige desde luego; y como legado del soberano Rey de cielos y tierra, hácele saber que hay un juez, árbitro supremo de los humanos destinos, á quien deben rendir vasallaje los que mandan á los hombres, y por quien deben ser un dia residenciados para recibir un premio eterno ó un castigo sin fin. Qué santa audacia! El espíritu de fortaleza y de verdad es quien le inspira. Habíasele dicho: « No se amedrende tu corazón cuando te hallares en presencia de los príncipes y magistrados; toda la astucia de tus adversarios no será capaz de resistir á la elocuencia que en aquel punto te será comunicada (1). » Por eso Andrés, lejos de plegar ante la fuerza ni de contemporizar con el error, sostiene con el procónsul un diálogo en que al tiempo mismo que manifiesta lo heróico de su fe, demuestra la sublimidad de los misterios de nuestra santa religion. « ¿ Eres tú, le dice Egeas, aquel Andrés que destruyendo los templos de nuestros dioses, se atreve á predicar una religion nueva, proscrita por las leyes del imperio? — « Esas leyes, contesta el apóstol, han sido promulgadas por unos príncipes que no conocían el gran misterio de nuestra redencion, y en su consecuencia están en oposicion manifiesta con la doctrina del Hijo de Dios, el cual vino al mundo para quebrantar las cadenas de nuestra esclavitud y restituirnos á una gloriosa libertad. » — « ¿ Y cómo llamas tú hijo de Dios á un hombre que por sentencia pública fué ignominiosamente clavado en una cruz, sin que pudiese libertarse del poder de sus enemigos? » — « El amor hácia el hombre fué el único que le hizo

(1) *Luc. v. 21. c. 14.*

abrazar esa muerte que tú juzgas deshonrosa. Así convenia que muriese el que cargando sobre sí los pecados de todo el mundo, se ofreció voluntariamente como hostia propiciatoria por todos ellos. Pero desde que así lo hizo, nada hay en el mundo mas glorioso que la cruz. »

¡ Que no pueda yo, católicos oyentes, manifestaros á nuestro invicto apóstol desenvolviendo con una elocuencia divina las glorias de aquel leño, santificado con el contacto de los miembros sacratísimos del Hombre Dios! Veríaisle remontarse al origen primordial de nuestras desdichas; pintar el estado feliz del primer hombre al salir de las manos del supremo Hacedor, y la profunda degradacion en que quedó envuelto con toda su descendencia, tan luego como se atrevió á infringir el precepto del Eterno; ponderar la necesidad en que el mundo se hallaba de un reparador inefable, que curase las llagas que abriera en el corazón humano aquella desobediencia de su jefe; encarecer el amor infinito del Verbo en querer revestirse de nuestra naturaleza en el seno de una vírgen para llevar á cabo el inaudito prodigio de la redencion; demostrar los milagros que hizo durante su mansion en la tierra, y últimamente su muerte, su resurreccion, su subida á los cielos, todo conforme lo habían vaticinado los profetas.

Pero todo es inútil; el procónsul se ciega á presencia de la misma luz. Incapaz de comprender unos misterios tan sublimes, porque su corazón está esclavizado de las mas vergonzosas pasiones, llénase de un furioso despecho; y sin querer dar oídos á la doctrina pura del apóstol, intímale que ofrezca incienso á los ídolos. Inútil demanda! « Yo, responde Andrés, solo adoro á aquel Dios todopoderoso á quien con exclusion de toda otra divinidad se debe rendir vasallaje. A él es á quien diariamente sacrifico, ofreciendo ante sus aras, no carne de toros, ni sangre de becerros, sino la carne y sangre purísimas del cordero sin mancilla que quita los pecados del mundo, y que sobre la eminencia del Calvario se ofreció á su vez víctima de expiacion por todos los hombres. » Qué confesion tan heróica! El cristianismo se llena de júbilo al recordar estas palabras que le hacen tanto honor, y que tan altamente proclaman el mas augusto de sus misterios. Así se expresaban, católicos, así hablaban los primeros discípulos del Salvador, cuando veían atacadas sus

creencias; bien diferentes de los cristianos de nuestros días que, por no exponerse á las burlas de los incrédulos, consienten á veces escuchar con una culpable impasibilidad las acusaciones que estos hacen á la religion, y las blasfemias con que pretenden desacreditar nuestros dogmas sacrosantos.

Andres no conoce el temor, cuando se trata de defender la verdad de su doctrina y la divinidad del que se la ha enseñado. Ensaye Egeas todos los medios de persuasion ó de violencia para hacerle plegar ante sus exigencias; hágale azotar con nudosas varas ó con cadenas de hierro; sepúltele en una hedionda prision; aflíjale con todo género de privaciones... Ah! El alma de nuestro apóstol es de un temple superior á todos los tormentos. Está construída en la fragua del amor divino, y nada hay que pueda ablandarla. ¿Qué importa que el procónsul le condene á morir en la cruz? Este suplicio tiene para el fervoroso Andres unos atractivos que le encantan y le hacen desear participar cuanto ántes de lo que para él es el colmo de la felicidad. ¿Cómo se angustia su espíritu al ver que el pueblo pretende libertarle, clamando á voz en cuello contra la injusta sentencia de Egeas! Semejante á un atleta á quien intentan arrancar de sus manos los laureles del triunfo, levanta su voz en medio de la muchedumbre que le rodea, suplica, urge y conjura que no le sirvan de impedimento para lograr una dicha que forma el único objeto de sus ardientes deseos. Marcha con pié firme al lugar destinado al sacrificio; apercibe á lo léjos el instrumento de su martirio; á su vista su corazon rebosa de júbilo, y prorumpe en estos sagrados afectos: « ¡Salve, venerable y santa cruz, que fuiste consagrada y sumamente embellecida con el contacto de los miembros del divino Salvador! Ántes que muriese en tus brazos el Hombre-Dios, nada habia en ti que no fuese terrible; marcada estabas con el sello de la ignominia, y todo el que en ti era enclavado llevaba consigo el anatema y la maldición; ahora empero tú estás llena de delicias inefables, y la mayor gloria del hombre es el merecer espirar en tus brazos. ¡Oh cruz amable! A ti vengo rebosando de alegría y lleno de confianza. Ruégote que gustosamente me recibas como á discípulo de aquel que pendiente de ti redimió al mundo. ¡Oh cruz por quien tanto suspiré! ¡Oh cruz que con tanto ardor apeteci! ¡Oh cruz á quien busqué con tan

« vivas ansias! Franquéame tu seno y tenga yo la dicha de pasar de tus brazos á los de aquel que en ti me salvó! » (1)

En medio de estos afectos llegó Andres al lugar del suplicio, y fué amarrado á la cruz con cordeles, segun lo habia mandado el procónsul. Desde allí como desde una cátedra no cesa de predicar á los gentiles las verdades eternas. Dos días permanece en aquel estado violento, sufriendo los mas indecibles dolores; mas no por eso se debilita su constancia. Hecho una viva imagen de su divino maestro, ora de continuo al Todopoderoso por sus mismos verdugos, y nada le aflige tanto como su dureza é insensibilidad. Entretanto acércanse los momentos de ceñir la corona que le está destinada por el Eterno en premio de fe y de su heroísmo. En vano intentan bajarle de la cruz á instancias del pueblo, que no pudiendo sufrir ya la crueldad desmedida del tirano, se subleva contra él y amenaza un rompimiento, que puede comprometer la tranquilidad pública. Viendo el invencible mártir que los ministros de Egeas se preparan á ejecutar sus órdenes, levanta sus ojos al cielo, y suplica al Señor que no permita queden sin efecto sus ardientes deseos de imitar en la muerte á aquel Jesus, á quien en su vida ha procurado imitar cuanto le ha sido posible, y cuya gloria ha sido el único objeto de todos sus trabajos. La oracion de san Andres penetra hasta el solio de Dios. Una luz brillantísima le rodea súbitamente, y enajenado de un júbilo celestial, rinde el postrer aliento y vuela á recibir la palma del triunfo á la mansion de los predestinados.

Victoria al cristianismo! ¡Llor eterno á la religion que tanta fortaleza y heroísmo tanto sabe inspirar á sus fieles observadores! ¿Qué prueba mas luminosa y concluyente de su origen divino puede haber, que el celo intrépido y la constancia mas que humana de unos hombres que, nacidos en la oscuridad, educados en la ignorancia, extraídos de lo infimo del vulgo, se presentan en medio de un mundo idólatra y supersticioso, predicando una ley que pugna directamente con sus principios, condena sus pasiones, hiere en lo mas vivo sus intereses, hace guerra á los goces materiales, y sin embargo convierten pueblos, provincias, reinos enteros, y realizan un cambio prodigioso en las creencias, en las costumbres, en los hábitos, en

(1) *Eccles. in off. huj. diet.*

los instintos, y mudan en una palabra la faz del mundo, haciendo á los hombres entrar en una nueva senda totalmente opuesta á la que venian siguiendo despues de muchos siglos? ¿Quién es el sabio, quién el legislador, quién en fin el gran genio que ni aún á imaginar se atrevió jamas una empresa tan colosal? Ah! Solo Dios que tiene en sus manos el corazon del hombre, podia concebir y llevar á cabo este pensamiento, superior de todo punto á los cálculos de la menguada inteligencia de los mortales. Solo él que con decir á unos pescadores del mar de Galilea: venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres formaba héroes que atravesasen el mundo del uno al otro polo, y luchasen con todo el poder del mundo y del infierno. Solo él, que con un simple mandato transformaba unos seres miserables, tímidos y cobardes en prodigios de valor que, arrojando los peligros, las persecuciones y los tormentos, sabian morir no solo con resignacion sino con alegría, ántes que ceder un ápice de los derechos del Soberano que les enviaba, ni contemporizar con sus enemigos.

Así lo hizo nuestro insigne apóstol san Andres. Fiel á la vocacion del cielo, corrió en pos de Jesucristo tan luego como escuchó su voz divina; dócil á sus preceptos y doctrina, hízose un deber de no apartarse jamas de su lado mientras vivió y conversó con los hombres; empero cuando llegó el tiempo de manifestar al mundo el gran misterio de la cruz, se le vió correr como ángel evangelizador por donde quiera que le llevaba el espíritu divino, predicar la buena nueva á los grandes, á los pequeños, á los príncipes, á los filósofos, á todos sin distincion alguna, hasta sellar con su sangre el testimonio de su fe; por manera que toda su vida, como hemos visto, fué una prueba continuada de la divinidad de su dulce maestro Jesucristo.

¿Cuán dichosos seríamos, amados oyentes, si imitásemos á nuestro santo apóstol! ¡Ojalá que como él abandonásemos cuanto de mas precioso y amable tuviésemos en el mundo, si ha de servirnos de impedimento para seguir á Jesucristo! ¡Pluguiese al Señor que animados nuestros corazones del mismo fervor é idénticos afectos que san Andres, nos abrazásemos con la cruz, único camino por donde podemos llegar á ser verdaderamente felices! Si como él no somos llamados al martirio, ocasiones mil se nos ofrecerán en que ejercitar nuestra paciencia, nuestra resignacion y constancia, sacrificios que no son ménos

agradables al Señor que el de la misma vida. Animémonos pues á emprender desde hoy una vida en todo conforme al espíritu del Evangelio, espíritu de abnegacion, de sufrimiento, de humildad y de mortificacion. En los reveses de la adversidad, en los infortunios de la familia, en los contratiempos de nuestros intereses, en las amarguras de nuestro estado, en cualquier ocasion en que tengamos que padecer, acordémonos como san Andres que la cruz de Jesucristo tiene delicias inexplicables, que solo la fe es capaz de comprender. Lancémonos como él en sus brazos, llenos de esperanza; y no dudemos que asidos á ella, hallaremos paz, fortaleza y valor en esta vida, y en la otra mereceremos disfrutar de los goces que están vinculados á los que la amaron; goces que durarán por los siglos de los siglos.

SERMON

PARA EL DIA

DEL APÓSTOL SAN ANDRES.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Erat autem Andreas frater Simonis Petri unus ex duobus, qui audierant à Joanne, et secuti fuerant eum... Et dicit ei, et adduxit eum ad Jesum.

Andrés hermano de Pedro era uno de los dos que habian oido de san Juan la divinidad de Jesucristo y le habian seguido... lo dijo á su hermano y le trajo á Jesus.

S. Juan, c. 1. v. 40, 41 y 42.

Quando yo leo el Evangelio, cuando registro, examino y reflexiono las cualidades diversas, los caracteres distintos, los méritos y virtudes especiales de cada uno de aquellos primeros héroes de la Religión cristiana, que acompañaron al Salvador en su preciosa y penosa peregrinacion sobre la tierra, no debéis extrañar que á cada cual de ellos aislado de los otros le crea y me le figure superior á todos. Es que la suprema y divina sabiduría del Hijo de Dios, que los eligiera y llamara, habia ya impreso en ellos el sello de sus bondades desde la eternidad, y destinándolos á la mision mas importante, y haciéndolos sus cooperadores y ministros, quiso sin duda que á su vez se cumpliese en todos y en cada uno lo que despues dijo san Pablo: « que habian sido un espectáculo digno de la admiracion del mundo, de los ángeles y de los hombres: » es así mismo que por disposicion tambien divina hay diversos oficios, destinos y grados en la Iglesia, como los hay en el cielo, y diversos méritos en ellos contraídos, y diversas gracias para contraerlos, sin que jamas derogue en nada, ni menoscabe lo que es, hace y merece este, á lo que es, hace y merece aquel; es por último, que separados formaban y eran como las piedras

labradas á parte, todas admirables y hermosas, que juntas cada una en su sitio compusiesen, como componen, el majestuoso edificio de la Iglesia; ó mas bien las preciosas margaritas que debieran adornar las brillantes puertas de la Jerusalem celeste, que despues vió san Juan en Pátmos.

Si hablamos de san Pedro, diremos que en su amor á Jesucristo, y en su dignidad, ninguno le precede ni iguala: si de Santiago, que en su martirio, en la celebracion de los tremendos misterios, en su parentesco con el Salvador, segun la carne, y en la iglesia privilegiada que fundó, es superior y ántes que los otros: si de san Juan, que su pureza, su sabiduría, su elevacion de doctrina y su celo le grangearon distinciones honrosas sobre todos: si del mismo santo Tomas, en fin, hacemos un panegirico, tendremos lugar para ensalzar hasta los grandísimos y saludables resultados de su incredulidad temporal.

En este sentido, señores, no os sorprenderá ya, en manera alguna, que yo hable hoy del apóstol san Andres, como si él hubiese sido el primero de todos, el que hizo el mayor servicio á la Iglesia, el que con mas firmeza, fidelidad, constancia y amor, siguió á Jesucristo é imitó á Jesucristo. Quédese cada cual en su lugar con sus méritos y sus virtudes; pero no se anteponga á Andres, que conoce al Mesías, que le sigue ántes que todos, que instruye y enseña y convence á su hermano Pedro, que le trae por trofeo al apostolado, y es la causa instrumental y motriz de que tenga la Iglesia una cabeza tan distinguida. Esto vale mucho, pero no se puede decir de ninguno; y como este hecho y por el mismo orden tenemos otros en la preciosa vida de este digno apóstol de Jesucristo, y tenemos su muerte tan semejante á la del Salvador, y tan deseada y amada de este santo por lo mismo; y tenemos su predicacion portentosa hasta su último suspiro.

En vano pensaria yo dilatarme en un exordio que os tuviera suspensos y en espectacion del elogio merecido por este santo apóstol, cuando está ya sobradamente cumplido, y habéis penetrado sin duda el todo de mi pensamiento. San Andres fué el primer discípulo del Salvador, fué el primer llamado, y el que enseñó á Pedro la divinidad del Mesías: su celo le hizo seguir é imitar siempre invariablemente á Jesucristo, de suerte que él puede decir, acaso mejor que san Pablo: *sed mis imitatores, como yo lo soy de Cristo.* Oíd todo lo que en breves palabras

comprende su mérito singular, aunque parezca ser comun á los otros: *siguió á Jesucristo*. Única proposicion, que ha de ocuparnos en su elogio, para que le admiréis y procureis imitarle.

Dios y Señor misericordioso, que por medio de tu unigénito Salvador de los hombres quisiste formar el colegio apostólico para base y cimiento en que se apoyasen los cristianos, miembros dichosos de tu santa Iglesia: dadme vuestra divina gracia para que yo pueda hoy presentar dignamente á la consideracion de mi auditorio, los méritos singulares que contrajo siguiéndote, el primero á quien llamaste, el ínelito y siempre venerable Andres. Sea por intercesion de vuestra santísima madre y madre nuestra, que tambien fué el objeto de su cariño, mientras para alcanzar la gracia la saludamos diciendo: *Ave Maria*.

Si alguno no toma su cruz y me sigue no es digno de mí, dice Jesucristo en el Evangelio. Basando pues nuestras reflexiones en esta eterna verdad, y aplicándola al santo apóstol Andres, veremos que él fué siempre digno de Jesucristo, porque siempre le siguió con su cruz. Le siguió ántes que los demas apóstoles, con los demas y despues de la resurreccion del Señor; le siguió como discípulo suyo, y como su apóstol: le siguió cuando todavia no le seguia nadie, cuando le seguian otros, y despues cuando ya no estaba en su presencia. Yo quiero, señores, que para fijar bien las ideas y los términos, llamemos á san Andres discípulo admirador de Jesucristo, discípulo apóstol de Jesucristo y discípulo predicador de Jesucristo: aunque si bien se mira, siempre y en todos los casos lo fué todo á la vez.

El precursor Juan Bautista fué enviado por Dios al mundo para preparar los caminos al prometido Mesías, y para que predicando penitencia dispusiese con anticipacion una plebe perfecta que le recibiera. El apóstol san Andres fué uno de aquellos espiritus dóciles que oyeron la voz del Bautista y le siguieron al desierto; fué uno de los dos que le acompañaban en las orillas del Jordan, cuando presentándose ya el Salvador, les fué indicado por su maestro, señalando con el dedo y diciendo *Ecce agnus Dei*: hé ahí el cordero de Dios. Desde entónces Andres se adscribió al discipulado de Jesucristo, y le siguió por todas partes. La importante noticia de haber visto al Mesías

prometido en la ley y en los profetas, y estar en su compañía y escuela admitido por discípulo, la dió al punto Andres á su hermano Pedro; y la dió con tan eficaz persuasiva, con tal peso de razones, con tal firmeza de fe, que le llevó tras sí, y le presentó á Jesucristo. Cuando despues se hallaban los dos pescando en el mar de Galilea, se presentó el Salvador y les dijo: « Venid en pos de mí y os haré que seais pescadores de hombres: » dejaron inmediatamente las redes, y le siguieron; fué porque ya Andres le habia conocido y seguido, y porque Pedro de él habia recibido instrucciones. Cuando mas adelante, en Cesarea de Filipo, quiso Jesucristo saber de ellos y demas discípulos la opinion que tenian formada acerca de su persona, y Pedro respondió con la confesion mas explicita y valiente de la divinidad que jamas se habia oído en el mundo, si bien por el dicho del mismo Señor, le habia sido revelada del cielo y del Padre eterno, no hay duda que tambien tenia motivos de credibilidad, y de estos habia adquirido de su hermano los primeros. Cuán importante en fin sea esta primitiva adhesion de san Andres al apostolado de Cristo, el mismo san Pedro lo acreditó implícitamente en el concilio de Jerusalem, al motivar la eleccion de un apóstol en lugar de Judas, que recayó en san Matías. « Conviene, dijo, que se elija de entre los que están aquí congregados, uno que sea con nosotros testigo de la resurreccion del Señor, y que haya andado con él empezando desde el Bautismo de san Juan. » Por cierto que de aquella fecha no habia mas que dos discípulos, uno que no se nos dice su nombre, y Andres. ¿Quién pues siguió al Salvador ántes que él? ¿Quién entró en su apostolado con mas tiempo? ¿Y quién podrá ser mejor testigo de sus maravillas?

Pero es de advertir, señores, que en esta primera época del apostolado de san Andres es en la que, preguntado Jesucristo por los primeros que le seguian sobre su habitacion y permanencia, es seguro que al manifestársela se referian aquellas palabras del mismo Señor: las raposas tienen cuevas y las aves del cielo nidos; mas el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza; luego las privaciones, pobreza é incomodidades eran ya entónces la dote y galardón que esperaba en el mundo á los discípulos del Salvador, y las que desde luego empezó á conllevar Andres.

Empezó tambien Jesus su predicacion divina por las ciuda-

des, aldeas y despoblados de la Judea, y en cuantas ocasiones nombra á sus apóstoles y les da la mision soberana de evangelizar el reino de Dios, hallamos mencion expresa de Andres, siempre unido á Jesus y en lugar preferente con su hermano Pedro. Un hecho le distingue todavía, aún en medio de la confusion de todos, y un hecho de los mas gloriosos y señalados en la historia de los milagros del Hijo de Dios. En aquel asombroso prodigio del desierto, en que Jesus multiplicó los panes para saciar la hambrienta multitud; el apóstol san Andres fué el que proporcionó los panes, presentó la materia en que la providencia y misericordia del Señor ejerciese su poder infinito, y sacó de ansiedades y conflictos á su dudoso compañero Felipe.

Oh! ; De cuántos comentarios no es susceptible este magnífico suceso! ; A qué comparaciones no se presta, y qué de figuras no hallaria yo en la sagrada Historia, y mas si á este pan prodigioso le quisiera dar con los Padres la significacion misteriosa del pan de los ángeles eucarístico! ; Y qué no diria si hiciese una llamada anticipada al diálogo que en los últimos momentos de su vida sostuvo Andres con el procónsul Egeas! Señores, no hay casualidades para Dios, ni ante sus sabios designios: Andres presenta los panes en el desierto para que en ellos recaiga la bendicion divina, como recaía en el principio del mundo sobre la ofrenda de Abel, como recayó la del sacerdote Melquisedec sobre el pan que le ofreció Abrahan, como recayó la de Isaac en el que le presentó Jacob. Los panes que proporcionó san Andres fueron para fortalecer á un pueblo desfallecido, como los que dió Aquimalec á David, y los ángeles á Elias. Y los ofreció, y los proporcionó y los presentó san Andres, porque él señaladamente estaba destinado para ser algun dia el apologista denodado y valiente, el discípulo decidido y amoroso del Dios sacramentado en el adorable sacrificio del altar.

Señores, yo no puedo dispensarme de repetir aquí, que en la carrera apostólica de este santo discípulo del Salvador, hay ciertas especialidades nada comunes, que le elevan á una altura de mérito singular. No quiero yo decir, y Dios me libre, que sin el auxilio de San Andres, Jesucristo no hubiera podido obrar su milagro al otro lado del mar Tiberiades; Dios puede sacar hijos de Abrahan de las piedras, y tambien convertir las en pan, pero hablo de un hecho que consta en el Evangelio, en el que quiso el Señor hacer intervenir de una manera directa á

nuestro santo apóstol. Y esto significa desde luego los altos designios que tenia sobre él.

Pero pasemos ya á presentarle de lleno en el teatro en que mas se distinguió por la imitacion de Jesucristo; hablo de su predicacion, de sus viajes á las partes que le tocaron para evangelizar, y de su asombroso sacrificio. Despues de la Ascension del Señor á los cielos y de la venida del Espíritu santo sobre los apóstoles, estos se diseminaron por diversos países á llevarles la buena nueva del Evangelio. San Andres marchó primero hácia el norte de Europa y predicó á los escitas, que hoy componen la Prusia: despues retrocedió al Oriente y anunció el Evangelio en el Epiro, país que al presente se apellida la baja Albania y compone parte de la Grecia, aunque está comprendida en la Turquía meridional europea: luego subió á la Tracia, que es en la actualidad la Rumania, ó Rumelia, segun la llaman los turcos, provincia situada á las inmediaciones del mar Negro, ó Bósforo de Tracia, del que tomó el nombre, y cuya capital es Constantinopla. Al fin se encaminó á la Acaya, ó Livadia, se detuvo en la ciudad populosa de Patrás perteneciente á la Morea, ó Peloponeso, para allí consumir su predicacion y su vida. Tan vasta extension de terreno y de países, aunque al parecer están en contacto por ser los tres últimos de la antigua Grecia, están divididos por golfos y brazos de mar, por escabrosas montañas y peligrosos desfiladeros, como el renombrado de las Termópilas; y si se pára la reflexion en su primer viaje desde Jerusalem atravesando de uno á otro extremo, en toda su extension de oriente á norte, la Europa y parte del Asia, volviendo despues á desandar lo andado, se formará un juicio exacto, siquiera de sus materiales trabajos: oh! ; Y cuánto debe el mundo al ministerio santo de este apóstol! Cuánta era su fe! ; Cuánto su amor á Dios, cuán grande su celo por la salvacion de las almas! Con razon le aplica la Iglesia en la liturgia de su fiesta aquellos misteriosos conceptos de Isaías, en que significa toda la importancia, trabajo y destino de su predicacion: *inventus sum à non querentibus me: palam aparui iis, qui me non interrogabant.* Me hallaron los que no me buscaban, y me presenté á la vista de los que no pensaban en preguntarme. ¿Quién hubiera creído que un pobre, ignorante y desvalido pescador de Galilea, se habia de atrever á penetrar por lo mas florido y pujante del imperio romano hasta llegar á las

orillas del Báltico, y hablar allí con valor y firmeza de una religion que enseña humildad, templanza, moderacion y humanidad á pueblos feroces y bárbaros, á pueblos gentiles é idólatras, á pueblos guerreros y orgullosos; y plantar entre ellos el árbol prodigioso de la cruz del Salvador del mundo, echar las semillas de la civilizacion cristiana, y ahondar los sólidos cimientos sobre que muy luego se levantó esa bella, culta y consoladora sociedad europea, ese reino teutónico que tantos dias de gloria habia de dar á la Religion, en el mismo lugar y en derredor del santo sepulcro de Cristo? Santo mio, bendito Andres, el norte de Europa te debe mucho, te debe su cultura, su ilustracion, y si se quiere, la fuerza y lozanía de sus gobiernos, siempre fuertes y paternales, siempre en unidad y en progreso creciente, pero útil, benéfico, pacificador y humanitario.

Pero sigamos á este gigante en su camino; observemos los trabajos de este laborioso obrero de la viña del Señor; veamos cómo corre, cómo vuela á otros climas diversos, á países distintos y distantes, y sufre el peso del dia y del calor sin fatigarse, anda los caminos de la justicia sin cansarse de ella, y sabe cumplir en sí mismo las mortificaciones del Salvador. ¿Le veis entre los escitas? Pues ya está en el Epiro.

Pero no se crea por eso que Andres ha hecho su largo viaje con la libre comodidad y seguro pasaje que en el dia pudiera trasportarse cualquiera desde Berlin á Constantinopla ó á Atenas. El fuego de la persecucion de Neron ardia á llamaradas por toda la extension del imperio romano, y los cristianos eran buscados con exquisita diligencia para castigarlos con inaudita crueldad y encarnizamiento, como reos de sedicion contra el Estado: sobre todo contra los predicadores de la nueva secta, como llamaban los gentiles á la religion cristiana, era tal el furor que les inspiraba el demonio, que si les hubiera sido posible, á todos los habrian sacrificado en un dia. Este capital enemigo de Dios y de la verdad, los habia cegado hasta el punto de hacerles concebir la repugnante y contradictoria idea, de que los súbditos mas fieles y sumisos á las leyes imperiales, que eran los cristianos, como les echaban en cara los sabios apolo-gistas de la religion, se habian convertido en sus mayores y mas temibles enemigos. Cuánto fuese el odio entre ellos, y cuál el aspecto feroz que presentaban las autoridades y los pueblos entre sí para extinguir y maltratar á los seguidores de Cris-

to, es fácil conjeturarlo diciendo, que la guerra que se les hacia era una guerra de religion, solo comparable en sus excesos con las que al presente le han sustituido las pasiones políticas por principios y formas de gobierno. En unas y en otras los zelos por el mando y el egoísmo de los poderosos, es siempre la fuerte palanca que todo lo mueve y trastorna. Desde que los alucinados judíos trataron de perder á Jesucristo, y quisieron empeñar, comprometer y hacer cabeza de su pérvida causa á Pilátos, se pudo ya ver cuál seria en adelante el giro que tomarian los enemigos del Evangelio para desacreditar y perseguir á sus profesores. Si dejas á este, no eres amigo del César, decian los judíos á Pilátos: si no perseguís á los cristianos, se cae el imperio y perdéis el mando, decian á los jueces y procónsules gentiles: si no declaráis guerra á muerte á todos los que no piensan como vosotros, perdéis el mando, dicen hoy los partidarios de la intolerancia política, y persiguen hasta el pensamiento en nombre de la libertad y emancipacion del pensamiento. Qué sarcasmo! Siempre el mundo ha sido el mismo; el país de la mentira.

Ved ya, señores, con quién se la habia nuestro santo apóstol, y el estado del gobierno y el de la opinion cuando él salió como los demas discípulos á predicar el Evangelio, y cuando desde la Escitia europea se trasladó al Epiro de Oriente. Sin embargo su amor á Jesucristo y su celo por la salvacion de las almas le hacian arrostrar los peligros con gusto y alegría, puesto que por grandes que fuesen no podian llegar á otro extremo que el de perder la vida, y esto era justamente lo que él con mas ansia deseaba.

Así pues predicó allí por largo tiempo el Evangelio, convirtió innumerables gentiles á la religion verdadera y pasó á la Tracia. En este país hizo lo mismo y por fin se trasladó á la Acaya, que indudablemente era el campo señalado á sus victorias. Ya como soldado valiente y aguerrido, no se anduvo por aldeas, montes y despoblados; desde luego se dirigió al punto mas formidable y mejor defendido por los gentiles: entró en la capital, la célebre ciudad de Patrás, que tanto suena aun en nuestros dias; y con sus predicaciones, celo, amor, virtudes y trabajos formó una Iglesia, que aun hoy, despues del transcurso y vicisitudes de los siglos, conserva entre los griegos un rango superior en la categoría eclesiástica. Basta decir, que allí

formó un clero virtuoso y sabio que supo transmitirnos sus hechos, sus escritos y heroicidades con las actas de su martirio; que allí tuvo tiempo para dedicarse á la enseñanza científica de verdades importantes á la religion, en escritos que han llegado hasta nosotros; y que allí celebraba diariamente el divino sacrificio, y alimentaba su alma pura y las de los fieles con el pan de vida. Los presbíteros y diáconos de Acaya tuvieron gran cuidado de conservar y remitir á la posteridad integros y exactos estos hechos, escritos y noticias, de suerte que hayan podido verse todavía en época reciente, segun nos lo refiere el eminentísimo Lambruschini, secretario de estado del difunto pontífice Gregorio XVI. Estos servicios prestados por el apóstol san Andrés, y estos tan singulares méritos contraídos, son ciertos, constantes y positivos, no dan lugar á conjeturas, como otros que naturalmente se desprenden de hechos ménos calificados. Y sabéd, católicos, que san Andres defendió la inmaculada concepcion de María santísima, nuestra señora, y nos dejó sus razonamientos concluyentes consignados con su apostólica autoridad en sus escritos; que importa tanto como decirnos que este adorable misterio se creía y enseñaba por los apóstoles, y su decision es de tradición apostólica.

Pero despues de tantos méritos y trabajos, el Señor tenia dispuesto darle el premio merecido; mas de una manera altamente ejemplar y gloriosa, de una manera que acreditase tambien la verdad de su doctrina, la gloria siempre triunfante de su Religion, y la imitacion exacta y puntual con que este su digno discípulo le habia seguido. Habiendo el santo convertido en Patrás y en toda la Acaya la mayor parte de sus habitantes, y viendo que el procónsul Egeas intentaba impedirle su predicacion, se dirigió á él con el intento de hacerle ver á cuánto mal se exponia en la vida eterna el que, siendo juez de los demas en esta, ilusionado por el demonio, no queria conocer á Dios por juez supremo. No pudiendo resistir Egeas la fuerza de tan lógico racionamiento, echó mano del arma embotada y enmohecida de los impíos, que no tienen ni ciencia, ni justicia, ni razon; es decir, de la burla y de la violencia fiera y fuerza brutal. « Déjate pues de hablarme de Dios, ni de Jesucristo, le dijo: ya sabes que á él no le aprovecharon semejantes palabras para no ser crucificado por los judíos. » Sin embargo el apóstol siguió libremente predicando de Jesucristo; y haciéndole ver

que se habia ofrecido gustoso á la muerte de cruz por conseguir la salud del género humano, el ciego y engañado procónsul le interpela con la impía pregunta de si se presta á sacrificar á los dioses, y hasta llega á rogarle que lo haga, con sacrilega y malvada hipocresia, como compadecido de él por evitarle una desgracia. Pero Andres lleno del espíritu de Dios, con decidido valor le responde: « yo sacrifico todos los dias sobre el ara del altar al Dios omnipotente, que es solo el Dios verdadero; y le sacrifico, no la carne de los toros, ni la sangre de los cabritos, sino el Cordero inmaculado; cuya carne divina, aun despues que todo el pueblo de los creyentes la ha comido, el Cordero que fué sacrificado, permanece íntegro y vivo. »

Encendido en cólera Egeas, manda que le encierren en la cárcel; pero no sin exposicion de un motin contra su propia vida. El pueblo amaba al santo apóstol, porque veía su pureza de vida y la justicia de su causa, y quiso impedir su prision; y de cierto lo hubiera conseguido, si el mismo santo no los hubiese pacificado, rogándoles encarecidamente no se opusiesen á la corona de su martirio, hácia la cual él marchaba alegre y tranquilo.

Así pues llevado á poco el santo ante el tribunal, volvió de nuevo á ensalazar allí los misterios de la cruz, y á reprender á Egeas su impiedad. Este, no pudiendo sufrir el peso de tan vehemente sermon, mando que al santo se le crucificase tambien, para que imitase á Jesucristo. Por cierto que con esta sentencia no habia podido mandar una cosa mas al gusto del santo. Era lo que él deseaba, lo que queria, lo que toda su vida estaba buscando. En prueba de ello apenas llegó Andres al lugar del martirio, al ver á lo léjos la cruz que le tenian preparada, su alma enardecida como la del diácono Estéban, que veía por entre la nube de piedras que sobre él arrojaban, los cielos abiertos para recibirle y al Hijo del hombre en pié á la diestra de la virtud de Dios, Andres alborozado, cual si se le preparase un triunfo superior al de los césares y conquistadores, ó como si hallase en ella el colmo de sus deseos, el complemento de sus dichas, levanta su voz enajenado de placer, absorto de alegría, poseído de espiritual entusiasmo, y dice: « ¡Salve, cruz preciosa! Yo te saludo, ó buena cruz, por largo tiempo deseada, solícitamente amada, sin intermision buscada! ¡Salve ó tú que recibiste el honor, el decoro y la gloria de los miembros de mi

Señor Jesucristo! Recíbeme de los hombres, y vuélveme á juntar con mi amado maestro; recíbame por tu medio aquel que muriendo por tí me redimió.»

¿Y no fué esta una completa y gloriosa ovacion, un triunfo señalado de su virtud y doctrina? No, á Andres no le perseguía el pueblo, no le aborrecia la multitud; al contrario le adoraban, le querían, lloraban por él y con él; por él, porque se les ausentaba; con él, porque deseaban acompañarle en su glorioso triunfo. Tal era el fondo de fe y sólida piedad que en ellos habia él fomentado. Bien pudiera decirse de este santo apóstol lo que Isafas profetizó de su divino maestro, aunque por otros motivos: «se ofreció porque quiso;» Jesus, si hubiera querido no morir á manos de los judíos, pudiera haber rogado á su eterno Padre, y le hubiera enviado en su defensa mas de doce legiones de ángeles; y san Andres si hubiera levantado su voz pidiendo auxilio, si hubiera hecho una señal siquiera, el pueblo cristiano de Patrás se hubiera lanzado todo como un solo hombre en su defensa contra Egeas y sus satélites; pero Andres queria triunfar por los medios que Jesucristo, muriendo, no matando; porque en todo y por todo queria seguir é imitar á Jesucristo. ¡Qué bella lección para los cristianos! ¡Pero y cuántas no nos ha dejado este distinguidísimo discípulo de Cristo!

Puesto en la cruz, y pendiente en ella por espacio de dos dias vivo y valiente, no cesó un solo instante de predicar la fe de Jesucristo, como lo habia hecho el mismo Señor, cuya semejanza tanto habia deseado; y desde allí voló su alma pura al seno de su Dios. Los presbíteros y diáconos de Acaya así lo refirieron todos y nos lo dejaron escrito, afirmando que habian sido de todo testigos presenciales: que habian visto sus hechos y oído sus palabras.

Ved como la cruz de san Andres fué la cátedra de un maestro sapientísimo y celoso, que desde ella muriendo daba á sus discípulos importantes lecciones; ved como hasta en este punto fué un perfecto imitador de su maestro Jesus: pero ved en toda su vida las singularidades preciosas que le elevaron siempre á un rango superior y distinguido entre los demas discípulos de Cristo. Él le siguió ántes que todos, al tiempo que todos, y despues que todos; él le siguió cuando los demas no le conocian, cuando le conocieron y despues de conocerle; él le siguió en la oscuridad, en la predicacion, en la vida y en la muerte; él

llevó con Jesus la cruz, predicó su cruz y murió en su cruz.

La fe de san Andres no tuvo igual en el mérito de su antigüedad, en los efectos útiles y prodigiosos para la Iglesia y el mundo, en su firmeza, en su constancia y en su valor. El celo de Andres por la gloria de su Dios y por la salvacion de las almas está acreditado con tantos y tan distinguidos y preciosos testimonios, que difícilmente se podrán aducir semejantes de ninguno. Su amor á Jesucristo fué como un volcan de fuego, encerrado en su generoso corazon, cuya actividad y vehemencia se desarrollaba con mas poder cuanto mayores obstáculos se le oponian. El fruto copioso y bendito que producía este amor, este celo, esta su laboriosidad y decision, redundó siempre en honor y gloria de su maestro y en utilidad conocida, todavía patente y viva á favor de las gentes. ¿Quién como él siguió á su maestro, auxilió á su maestro, imitó á su maestro, amó á su maestro y vivió y murió como su maestro? ¿Quién trabajó como él, recorrió mas países que él y le ganó mas almas? ¿Quién mas celoso, mas enamorado, mas fiel, mas firme discípulo y apóstol de Jesucristo? La Judea, la Galilea, Tiberiades y el Jordán lo podrán decir durante la predicacion, y ántes y despues de la predicacion de Jesucristo. Jerusalem, el Asia, la Europa, la Grecia, el Levante, el Archipiélago, la Tracia, el Mar Negro y Constantinopla, y sobre todo la Acaya y Patrás lo dirán despues de la muerte, resurreccion y ascension de Jesucristo, despues de la venida del Espíritu santo, despues de la dispersion de los apóstoles, y durante su mision y su apostolado. Hasta sus enemigos y los enemigos de Cristo lo dirán; sí, lo dirá Neron y Egeas, y sus satélites, ministros y verdugos: y si de vergüenza y oprobio no lo dicen ellos, lo dirán los discípulos que dejó en todas partes, las iglesias que fundó y los obispos que le han ido sucediendo desde entonces hasta hoy; y lo dirá el rango de sus sillas en la categoría eclesiástica, y lo dirá la Iglesia griega y latina, y la historia y sus mismos escritos, y los presbíteros y diáconos que ordenó, que enseñó y á quienes transmitió su fe, su erudicion, su doctrina y su celo: lo dirán... ¡Pero á dónde voy yo, si yo mismo lo he dicho y probado?

He dicho que uno de los dos discípulos que habian oído del Bautista la divinidad de Jesucristo, y le habian seguido, era Andres hermano de Simon Pedro: que lo dijo él tambien á su hermano y le presentó al Señor: que le fué inseparable durante

su vida, y que le predicó á las gentes y le imitó en su muerte, porque le siguió siempre: *unus ex duobus, qui audierant à Joanne, et secuti fuerant eum, erat Andreas frater Simonis Petri, et dicit ei, et adduxit eum ad Jesum.*

Aquí hubiera yo concluido ya, si nada tuviera el pueblo cristiano que saber, sino la relacion historial de la vida y hechos portentosos de este santo apóstol; pero eso sería puramente darle una instruccion humana, sin otro fruto que el que produjese en su imaginacion la historia de César, Carlo-Magno ó Pompeyo. Mas no es ese solo el grande objeto para el cual la santa Iglesia celebra la festividad de los santos, y principalmente las de nuestros Padres en la fe, que són los santos apóstoles, que como columnas robustas y firmes apoyadas en la piedra angular, Cristo Jesus, forman el majestuoso edificio de la misma Iglesia, á la que nosotros hemos venido tambien á constituir una parte, como piedras vivas, segun dice san Pablo. Su objeto principalísimo es el presentar á nuestra vista el ejemplo vivo de sus heróicas virtudes, en las que, como en espejo clarísimo y terso, nos miremos, y hagamos un paralelo y comparacion escrupulosa con las nuestras, hasta amoldarnos á ellas, y reprendernos á nosotros mismos, y avergonzarnos, si es que no sale igual el cotejo, hasta llegar á la enmienda y correccion de la vida.

Así pues á la vista tenéis el héroe cristiano, cuya imitacion se nos propone; y si vale decirlo, la proporcion en que nosotros nos encontramos para hacer lo que él hizo es mas aventajada que la suya. Él siguió á Jesucristo, dice san Juan Crisóstomo, cuando aún no le habia visto hacer ningun milagro, cuando aún no se habia consumado el misterio de la cruz, cuando todavía no se le habia infundido en su corazon la gracia del Espiritu santo; pero nosotros lo hemos visto todo y todo está ya hecho y consumado; y ademas tenemos la proteccion y el ejemplo suyo. Él siguió á Jesucristo ántes que le llamara y despues de haberle llamado; á nosotros nos llama y no le seguimos: él lo dejó todo para ir á sufrir privaciones, trabajos, persecuciones y martirios; nosotros no dejamos nada, á pesar de que en el día por seguir al Señor y abandonar el mundo no tendríamos que arrostrar tantos peligros: él no vaciló nunca en su fe, en su amor á Jesucristo; y nosotros, cuando mas, tenemos una fe muerta y sin buenas obras, y un amor de Dios frio y de meras palabras. El dió en fin su vida alegre y contento en una

cruz, imitando á su maestro; y nosotros ninguna mortificacion, niuguna incomodidad queremos sufrir, y cuando viene alguna sobre nosotros y nos es inevitable, faltamos de paciencia, conformidad y resignacion, en lugar de alegrarnos porque se nos depare aquella oportunidad de padecer algo por Jesucristo.

Señores, el santo apóstol con su fe, con su amor de Dios, con su celo por la salvacion de las almas nos enseña; y tambien nos reprenderá ante el Juicio divino, porque no le imitamos. Su glorioso entusiasmo ante la cruz que le preparaban, condena y condenará nuestro tedio á las aflicciones, nuestra repugnancia á padecer por aquel Señor que murió por todos en una cruz. Su predicacion y sus virtudes, si no las aprendemos, guardamos fielmente é imitamos, serán ante Dios inexorables acusadores y testigos intachables contra nosotros. Ved por último á san Andres, y veos á vosotros: despues comparad.

Pero santo apóstol de Jesucristo, fiel discípulo suyo y maestro de los cristianos, ¿no han de servir de nada vuestros grandes méritos, vuestras asombrosas virtudes y vuestra poderosa proteccion? Yo creo, á no dudarlo, que podéis mucho con el Señor; que sois su grande confidente y amigo; porque le seguisteis el primero, le hicisteis importantes servicios, no le abandonasteis nunca, y siempre le fuisteis fiel: así, santo mio, pídele por nosotros, porque nos conceda la indispensable firmeza en la fe, el fuego ardiente de su divino amor, la fidelidad á su santa ley, y el valor y esfuerzo necesarios para defenderla, y si fuese preciso y conveniente, padecer, como tú, y morir en una cruz por él. Tú, apóstol distinguido y privilegiado, fuiste el primero en seguirle y trabajaste mas que todos con la gracia de Dios, sé tambien el primero que nos defienda del demonio, de la impiedad y males del mundo, y el que mas trabaje para que entre nosotros se conserve la fe, la doctrina evangélica y las virtudes que nos enseñaste. Ruega á la majestad suprema de Dios (concluiré con la Iglesia) para que así como fuiste en la tierra su perpetuo predicador y apóstol, seas en el cielo nuestro perpetuo intercesor; y dirigiéndonos durante la vida en pos de Jesucristo, como tú supiste ir siempre, venzamos al mundo, al demonio y las pasiones, y lleguemos á gozar contigo abrazados con la cruz, el premio eterno de la gloria. Amen.

PLÁTICAS DE ÁNIMAS.

(POR SÁNCHEZ SOBRINO.)

I^a SOBRE EL DOGMA.

Memento mei... et facias mecum misericordiam, ut suggeras Pharaoni, ut educat me de isto carcere.

Acuérdate de mí y usa conmigo de misericordia, y sugiere á Faraon que me saque de esta cárcel.

Génesis, c. 40. v. 14.

Con estas palabras se explicó el antiguo y casto Josef en ocasion de haber anunciado su próxima libertad al copero de Faraon, que de su orden estaba encarcelado con él; y con las mismas no dudo yo reconveniros á nombre de nuestros hermanos difuntos, solicitando vuestra piedad, á fin de que Dios los saque de la terrible cárcel del purgatorio, y les conceda la bienaventuranza que con tan vivas ansias desean. Esta no es una fábula inventada á placer, como osan blasfemar los herejes y filósofos libertinos, deístas y materialistas de nuestros dias. Es un dogma de nuestra religion, sostenido sin interrupcion por la iglesia desde los tiempos primitivos. Para cuya inteligencia oíd lo que esta infalible madre nos enseña acerca de la materia.

Como es de fe que todos han de morir, lo es tambien que han de ser juzgados por sus obras, no solamente en el juicio universal, en que debemos todos comparecer en cuerpo y alma ante el tribunal de Jesucristo, en el cual serán manifiestas á todo el mundo nuestras obras buenas ó malas, y por ellas recibirán todos el premio ó castigo eterno que hayan merecido; sino que tambien tenemos que sufrir un juicio particular, el cual ejerce el Señor en el momento de apartarse el alma del cuerpo. Entónces el infeliz que muere sin la fe ó en culpa mortal, va su

alma al infierno por una eternidad; y su desgraciado cuerpo, que desde la hora de su muerte va á ser presa de gusanos, se le unirá en la resurreccion universal á experimentar para siempre iguales tormentos, privado de la vista de Dios, y envuelto con su alma en un fuego inextinguible. Si el que muere ha sido en gracia, y ha expiado plenamente en vida el reato de pena temporal que á cada culpa grave ó leve corresponde, su alma es inmediatamente recibida en la bienaventuranza y coronada de gloria segun sus méritos: su cuerpo recibirá igual galardón en el último dia. Pero si aunque muera el hombre en gracia no ha expiado totalmente la pena temporal que corresponde á sus delitos é imperfecciones leves, su alma carecerá de la vista de Dios y será abrasada de un vivísimo fuego; cárcel terrible! de donde no saldrá hasta pagar el último cuadrante, porque nada manchado es digno de la presencia del Señor. Hé aquí lo que se llama purgatorio, cuya materia pretendo ilustrar en estas cuatro tardes. A cuyo fin en la primera trataré del dogma. En la segunda de las terribles penas que padece las almas de nuestros hermanos en este lugar de tormentos. En la tercera hablaré de los medios que pueden aliviarlas y acelerarlas su eterno descanso. Y en la cuarta os haré ver la estrecha obligacion que la religion nos impone de trabajar por su alivio. Procedamos con la bendicion de aquel augusto y adorable Señor sacramentado.

En vano, señores, me cansaria yo en manifestaros el dogma del purgatorio, disertando sobre su existencia, si viviéramos en un siglo ménos corrompido. Mas como por desgracia alcanzamos unos tiempos, en que bajo el velo de ilustracion y de crítica, ya oculta, ya abiertamente se combate la religion, se hace irrision de sus misterios y ministros, se ridiculizan sus dogmas y sus mas augustos sacramentos, he creído ser de mi obligacion disertar brevemente, para preservaros de error, sobre la existencia del purgatorio; esta verdad católica, que la Escritura, la tradicion y la razon misma concurren á demostrar.

Abrid, os ruego, esos Libros santos, inspirados por el Espíritu de Dios, y sagrado depósito de su divina palabra, y hallaréis irrefragables testimonios de la existencia de un lugar de tormentos, que la iglesia llama purgatorio, donde las almas de nuestros hermanos que murieron en gracia, pero sin haber ido purificadas de sus manchas, como el oro en el crisol, padecen

gravísimas penas, y esperan nuestros sufragios, que son los que únicamente pueden acelerarles su eterna felicidad. Aquí veréis á un Júdas Macabeo, este hombre suscitado por Dios para conducir su pueblo y sostener sus derechos contra los enemigos de su nombre, que movido de piedad por los que habian fallecido en una justa guerra, recoge hasta doce mil draemas de plata, y las remite á Jerusalem para que ofrezcan sacrificios por los que habian muerto en la piedad, afirmando que era pensamiento santo y saludable orar por los difuntos, para que se les perdonen sus pecados.

Testimonio verdaderamente ilustre, y que nos manifiesta abiertamente la disciplina de la sinagoga, depósito en aquel tiempo de la verdadera religion y su piedad con los muertos. Testimonio, repito, tan expreso, que no pudiendo eludir su fuerza los herejes y libertinos de los últimos siglos, han tomado el necio partido de mirarlo como intruso y expurio. ¡Recurso miserable y ordinario de los que cierran los ojos de propósito á la luz de la fe. Si no estuvieran obstinados, mirarian como auténtico un testimonio universalmente recibido en tiempo de san Agustin, no solo por los judíos, como él mismo se explica, sino por la iglesia católica. Verian que el libro de los Macabeos se tenia por canónico en tiempo del concilio III. cartaginense, y que ademas de san Agustin, Inocencio I en su carta á Exuperio, Gelasio en el decreto de los libros canónicos y otros Padres lo numeran en el cánón de los Libros santos.

Si no estuvieran obstinados, repito, verian con Isafas que Dios purificaba las manchas de las hijas de Sion (esto es, de las almas justas) por medio de un espíritu de juicio y de ardor. Verian con Miqueas sentarse las almas en tinieblas para levantarse despues á ver su luz, que es Dios; las verian con el mismo sosteniendo la ira del Señor en castigo de sus pecados, hasta que juzgada su causa y celebrado su juicio, salgan á nueva luz y vean su justicia. Verian con Malaquías que sentado el Señor de propósito, encendia y limpiaba la plata, purgando á los hijos de Leví, y colándolos como al oro y la plata.

Qué mas? Oirian al santo Tobías intimar á su hijo aquel precepto: pon tu pan y tu vino sobre la sepultura del justo, donde los expositores entienden el sacrificio que se ofrece por las almas. Oirian al Rey profeta que en persona de estas mismas clama: pasamos por el fuego y por el agua (de la tribulacion),

y nos has concedido el refrigerio. Oirian á Zacarías que hablando de Jesucristo dice: tú, Señor, con la sangre de tu testamento has sacado á tus prisioneros del lago en que no hay agua. Verian á los habitantes de Jabes, Galaad y al rey David ayunar por la muerte de Saúl, por la de Jonatas y Abener. Verian con san Mateo una terrible cárcel, de donde no saldrá el alma hasta pagar el último cuadrante. Verian con san Pablo que las obras de cada uno se revelarán algun dia, y que el que fuere salvo lo será como por medio del fuego. Verian finalmente que el mismo Apóstol, hablando de la verdad de la resurreccion, hace un invencible argumento en comprobacion de este dogma, de la inviolable práctica de los fieles en bautizarse por los muertos; es decir, en orar y mortificarse por su alivio. ¿A qué fin, dice, bautizarse por los muertos, si estos no resucitan del todo?

A unos testimonios tan expresos, ¿qué tendrán que reponer los miserables discípulos de los waldenses, husitas, albigenses y wicelistas? ¿Dirán por ventura con Calvino y su escuela, que el dogma del purgatorio es una detestable ficcion de Satanás, injuriosa á la cruz de Cristo, á su misericordia y á nuestra fe, como osa blasfemar este impío? ¿Ó dirán con el sacrilego Lutero y los suyos, que el santo sacrificio de la misa es invento detestable de la avaricia de los sacerdotes, que pretenden saciar su codicia bajo el velo especioso de aliviar á las almas? ¿Pueden oirse sin indignacion semejantes delirios y blasfemias? ¿Ó podremos mirar sin desprecio unos errores opuestos abiertamente á las santas Escrituras?

Mas aun cuando sus oráculos no fueran tan expresos, ¿no bastaria la tradicion constante de la iglesia católica para autorizar la verdad de este dogma?

No es, señores, mi ánimo presentaros aquí todos los testimonios que acreditan esta tradicion entre los padres griegos y latinos. Bastará insinuar algun otro para que á primera vista conozcáis la furiosa obstinacion de nuestros enemigos contra este dogma. "Acercándose el venerable obispo, dice el grande Areopagita, hace oracion sobre el difunto é invoca la divina elemencia, para que le remita sus pecados, colocándole en la luz y region de los vivos." El Nacianceno exhorta á su pueblo á que oren por los vivos y los muertos. San Atanasio dice, que las almas de los difuntos perciben grande utilidad de las ora-

ciones de los vivos. El Crisóstomo afirma, que los apóstoles establecieron la costumbre de orar por los difuntos, en la ciencia cierta que les servía de grande utilidad esta memoria: omito á san Efreñ, san Cirilo y san Epifanio, que testifican esta verdad.

Ni es inferior el testimonio de los Padres latinos. Tertuliano numera entre las tradiciones apostólicas los sufragios por los muertos. San Cipriano testifica esta inviolable costumbre en la iglesia de África. San Ambrosio consolando á Faustino por la muerte de su hermana, le aconseja no emplee tanto tiempo en llorarla como en pedir á Dios por su alma. San Gerónimo consolando á Panmaquio por la muerte de Paulina, dice: "los demas maridos rocían sobre el túmulo de sus mujeres violetas, rosas, lirios y otras flores; pero nuestro Panmaquio riega los huesos de la suya con el bálsamo de la limosna, sabiendo que como el agua extingue el fuego, así la limosna el pecado." San Paulino, san Agustin, san Gregorio; de una vez, los Padres todos confirman esta verdad.

Tradicion tan constante y no interrumpida, que no se alrevió á negar Calvino. Hace mil trescientos años, dice, que está en uso orar por los difuntos. ¡Tanta es, señores, la fuerza de la verdad! Dios que supo arrancarla de la boca de Caifas, haciéndole profetizar; y aun de la de los mismos demonios, obligándolos á confesar la divinidad de Jesucristo, dispuso que este impío confesase abiertamente la verdad del purgatorio. ¿Pero qué infiere de aquí este infame y delirante heresiarca? Oidlo (no sin escándalo). Que todos hasta su tiempo se habian engañado con un error grosero.

Santo Dios! ¿Es este el héroe tan decantado por los protestantes! ¿Qué un solo Calvino, este genio violento, audaz, desenvuelto y esclavo de las mas vergonzosas pasiones, deberá prevalecer contra el testimonio auténtico de las Escrituras y de la iglesia toda hasta su tiempo? ¡Ah Jerusalem augusta! ¿Así os abandonó por espacio de mil y trescientos años vuestro Esposo, sin embargo de la promesa que os hizo de estar con vos hasta la consumacion de los siglos? ¿Tan profundo letargo; ó hija de Sion! ha sorprendido al Custodio de Israel? ¿Qué todo el coro de los Padres no han enseñado mas que errores hasta el tiempo de Calvino? ¿Qué, los concilios africanos, cartaginenses, bracarenses, wormacienses, lateranenses, florenti-

nos y tridentinos, han sido una asamblea de idiotas, y solo estaba reservado á Calvino el conocimiento de la verdadera religion? Pero dejemos ya á este infeliz y sus secuaces delirar, y examinemos la verdad de este dogma á la luz de la misma razon.

Reconciliado el hombre con Dios por medio de la confesion (de la confesion digo fructuosa), y remitida la culpa y pena eterna por medio de este sacramento, le queda aún por expiar el reato de pena temporal que corresponde á cada crimen. A este fin se imponen por el ministro las obras de satisfaccion; y de este mismo origen dimana el rigor de los cánones penitenciales. Por esta causa están de acuerdo los teólogos, que aunque el pecado se remita por la confesion en cuanto á la culpa, no se remite enteramente en cuanto á la pena, cuyo resto debe expiarse por las obras penales, limosnas, oraciones é indulgencias, ó en el fuego del purgatorio. Esta ha sido siempre la práctica y espíritu de la iglesia, sin que nadie hasta los últimos siglos haya osado negarla.

La sagrada historia nos provee innumerables ejemplos de esta disciplina de la iglesia. Prescindiendo en efecto por ahora del rigor de los cánones penitenciales, impuestos por la primitiva sobre cada crimen y su satisfaccion temporal, vemos á un David, que aunque perdonado por Dios de aquel execrable adulterio y homicidio, emprende un género de vida austera, mortificada y penitente, pidiendo al Señor con instancias le perdonase y lavase mas de su pecado. Le vemos mezclar su pan con lágrimas, y servirle estas de sustento al acordarse de la ofensa hecha á su Dios. Le vemos cubrirse de un saco y de ceniza, y traer siempre su pecado delante de los ojos. Le vemos humillado y debilitado á fuerza de ayunos y mortificaciones, levantarse de madrugada para meditar en el Señor. Vemos al principe de los apóstoles, que convertido á la gracia de Jesucristo, lloró el resto de su vida haber negado á su Maestro. Vemos una Magdalena, que perdonada por el Salvador en fuerza de su amor, llora de por vida sus profanidades. Vemos á un Saulo, que convertido por Jesucristo y hecho su vaso de eleccion, con todas las gracias de su apostolado para llevar y sostener su santo y adorable nombre delante de los príncipes y magistrados, castiga su cuerpo y lo reduce á servidumbre, creyéndose el menor é indigno de ser llamado apóstol por haber

perseguido la iglesia de Dios en algun tiempo. Vemos una infinidad de víctimas de penitencia, esqueletos animados de mortificación, habitando las malezas y entrañas de la tierra.

¿A qué fin, os ruego, esta dureza con sus miembros? Para satisfacer en vida el reato de pena temporal que correspondia á sus delitos: altamente persuadidos á que siendo Dios infinitamente justo, y no pudiendo entrar cosa alguna manchada en su reino, si no expiaban bastantemente en vida sus pecados, debian ser purificados despues de su muerte en el fuego del purgatorio para satisfacer la divina justicia; pues no en vano dice el Espíritu santo: no dejes de temer aún la culpa que se te ha perdonado.

¿Y qué dirémos de los pecados veniales é imperfecciones leves, que aunque no nos priven de la vida espiritual, afean el alma? Dios, la pureza por esencia, y que descubre manchas en los ángeles, ¿dispensará su juicio en nuestra muerte, ó no nos purificará en el espíritu de ardor que nos ha intimado por su profeta? ¿Prescribe la divina palabra con el tiempo? Avergonzaos aquí, filósofos delirantes, hijos del siglo y de tinieblas, y confesad de buena fe un dogma que la Escritura, la tradicion y la razon misma autorizan: un purgatorio, digo, que confiesan abiertamente los judíos, los gentiles y aun los mahometanos, cuyos testimonios pudieran ver nuestros presuntuosos críticos en Josefo, en Platon, en el Coran, en Ciceron y en Claudiano: un lugar finalmente de tormentos, donde las almas de nuestros hermanos que murieron en gracia, pero sin acabar de satisfacer en vida por sus pecados, padecen gravísimas é incomparables penas. Pero de esta materia debo tratar mañana. Entretanto rogad al Señor que por su infinita misericordia les conceda su eterno descanso. Amen.

PLÁTICAS DE ÁNIMAS.

II^a

SOBRE LAS PENAS QUE PADECEN.

Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei, quia manus Domini tetigit me.

Tenéid misericordia de mí, tenéid misericordia de mí, vosotros á lo ménos mis amigos, porque me ha gravado la mano del Señor.

Job, c. 19. v. 21.

Así se explica el santo Job, este varon justo, recto, temeroso de Dios, y sin semejante sobre la tierra, reducido en un momento de la fortuna mas brillante y halagüeña á tener por lecho un inmundo estercolero, cubierto de una vasta llaga. Así se queja de la crueldad é inhumanidad de sus amigos, que viéndole afligido por la mano de Dios, léjos de consolarle en tanta desolacion, despues de haber observado siete dias con sus noches un profundo silencio, solo abrieron sus labios para cubrirle de oprobios. Y adoptando yo en esta hora sus mismas palabras, á nombre de nuestros hermanos difuntos, no dudo reconveniros con ellas para solicitarles su alivio. Avivád pues vuestra fe y vuestra piedad, para oír los tristes gemidos de estos ilustres prisioneros, que reclaman vuestra beneficencia, rodeados de las mas terribles penas. Paso á exponerlas con la bendicion de aquel augusto y adorable Señor sacramentado.

Lutero, este infame apóstata de la religion y fe de sus mayores, numera entre las penas de estas almas la desesperacion y el miedo del infierno. Error grosero! justamente condenado por la Iglesia, y refutado por la comun de los teólogos, que solo distinguen dos penas, ambas gravísimas: la de daño y la de sentido; la primera en castigo del menosprecio de Dios que lleva consigo el pecado; y la de sentido en pena de la prefe-

perseguido la iglesia de Dios en algun tiempo. Vemos una infinidad de víctimas de penitencia, esqueletos animados de mortificación, habitando las malezas y entrañas de la tierra.

¿A qué fin, os ruego, esta dureza con sus miembros? Para satisfacer en vida el reato de pena temporal que correspondia á sus delitos: altamente persuadidos á que siendo Dios infinitamente justo, y no pudiendo entrar cosa alguna manchada en su reino, si no expiaban bastantemente en vida sus pecados, debian ser purificados despues de su muerte en el fuego del purgatorio para satisfacer la divina justicia; pues no en vano dice el Espíritu santo: no dejes de temer aún la culpa que se te ha perdonado.

¿Y qué dirémos de los pecados veniales é imperfecciones leves, que aunque no nos priven de la vida espiritual, afean el alma? Dios, la pureza por esencia, y que descubre manchas en los ángeles, ¿dispensará su juicio en nuestra muerte, ó no nos purificará en el espíritu de ardor que nos ha intimado por su profeta? ¿Prescribe la divina palabra con el tiempo? Avergonzaos aquí, filósofos delirantes, hijos del siglo y de tinieblas, y confesad de buena fe un dogma que la Escritura, la tradicion y la razon misma autorizan: un purgatorio, digo, que confiesan abiertamente los judíos, los gentiles y aun los mahometanos, cuyos testimonios pudieran ver nuestros presuntuosos críticos en Josefo, en Platon, en el Coran, en Ciceron y en Claudiano: un lugar finalmente de tormentos, donde las almas de nuestros hermanos que murieron en gracia, pero sin acabar de satisfacer en vida por sus pecados, padecen gravísimas é incomparables penas. Pero de esta materia debo tratar mañana. Entretanto rogad al Señor que por su infinita misericordia les conceda su eterno descanso. Amen.

PLÁTICAS DE ÁNIMAS.

II^a

SOBRE LAS PENAS QUE PADECEN.

Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei, quia manus Domini tetigit me.

Tenéid misericordia de mí, tenéid misericordia de mí, vosotros á lo ménos mis amigos, porque me ha gravado la mano del Señor.

Job, c. 19. v. 21.

Así se explica el santo Job, este varon justo, recto, temeroso de Dios, y sin semejante sobre la tierra, reducido en un momento de la fortuna mas brillante y halagüeña á tener por lecho un inmundo estercolero, cubierto de una vasta llaga. Así se queja de la crueldad é inhumanidad de sus amigos, que viéndole afligido por la mano de Dios, léjos de consolarle en tanta desolacion, despues de haber observado siete dias con sus noches un profundo silencio, solo abrieron sus labios para cubrirle de oprobios. Y adoptando yo en esta hora sus mismas palabras, á nombre de nuestros hermanos difuntos, no dudo reconveniros con ellas para solicitarles su alivio. Avivád pues vuestra fe y vuestra piedad, para oír los tristes gemidos de estos ilustres prisioneros, que reclaman vuestra beneficencia, rodeados de las mas terribles penas. Paso á exponerlas con la bendicion de aquel augusto y adorable Señor sacramentado.

Lutero, este infame apóstata de la religion y fe de sus mayores, numera entre las penas de estas almas la desesperacion y el miedo del infierno. Error grosero! justamente condenado por la Iglesia, y refutado por la comun de los teólogos, que solo distinguen dos penas, ambas gravísimas: la de daño y la de sentido; la primera en castigo del menosprecio de Dios que lleva consigo el pecado; y la de sentido en pena de la prefe-

rencia que damos á las criaturas respecto de Dios cuando pecamos. Reflexionad sobre una y otra pena, para dilatar vuestra caridad.

Qué cosa es el alma? Es una imágen de Dios, capaz de ver á Dios, criada para gozar de Dios, y que no tiene descanso ni saciedad sino en Dios. Es un ser espiritual, que separado de los vínculos de la carne, esta dura esclavitud que tanto afligia á san Pablo, se lanza con sumo ardor hácia su centro que es Dios: y como no estar en la patria, si la patria se desea, es gran pena, y la esperanza que se difiere aflige al alma, segun el oráculo del Espíritu santo; de aquí proviene su extrema é incomparable alliccion. Llámola *incomparable* despues de san Agustín, san Gregorio, Beda, san Anselmo y san Bernardo. En efecto, ¿qué pena igual á la de un alma que ama á su Dios, que le desea gozar, que le busca con el mayor conato al mismo tiempo en que el Señor se le esconde, le oculta su divino rostro, y hace inútiles todos sus conatos?

Vosotros, vanos amadores del siglo, vosotros sabéis bien lo que cuesta la ausencia del objeto amado. Qué desolacion! ¡qué tristeza en la privacion de vuestros ídolos! Figuraos un valido á quien su fortuna ó sus méritos han elevado á la gracia del príncipe que le amaba y distinguia. Como las amistades humanas son tan inconstantes, el privado cayó en breve de la estimacion del soberano. Un decreto perentorio le aparta de la corte. Oprimido este infeliz de su desgracia, se abandona á la violencia de su dolor. Entregado á las inquietudes de la ausencia, se sumerge en la soledad, é insoportable á sí mismo, nutre por sus funestas reflexiones el dolor que le atormenta, sin hallar cosa que le consuele sino la presencia de su príncipe. La vista de lo que se ama encierra en sí tan dulces placeres, que basta estar privado de ella para caer en la mas profunda tristeza.

La Escritura nos provee un ejemplo de esta verdad. Queriendo Absalon vengar la violencia hecha á su hermana Tamar, ocultó su funesto designio bajo el velo de amistad. El incestuoso Amnon fué asesinado de su órden entre la alegría de un suntuoso convite. David, padre de los dos, lloró esta muerte; y Absalon se retiró á Gesur para evitar las consecuencias del fratricidio, que podrian serle fatales. Desde su retiro solicitó por medio de Joab su regreso á Jerusalem. En fuerza de una parábola que este primer ministro puso en boca de una mujer prudente, lo-

gró inclinar el corazon de David. Permitted que Absalon volviese á la corte; pero con la prohibicion de ver su rostro. Esta privacion fué pena tan dura para Absalon, que juzgaba ser mayor que la muerte misma. ¿Á qué fin, dijo un dia á Joab, á qué fin he vuelto de Gesur? Vea yo el rostro del rey, y si se acuerda aún de mi crimen, que mande quitarme la vida.

Ah! con cuánto mas ardor que Absalon desearán estas almas ver el rostro de su padre Dios y criador? Meditad las gravísimas penas que han sufrido los mártires por Jesucristo. Aquí una tina de aceite hirviendo que los abrasa; allí un fuego vivísimo que devora sus miembros; aquí espadas, cuchillos y todo género de máquinas crueles destinadas para su tormento; allí bestias feroces que los despedazan. Allí... ¿Mas para qué canso y molesto? Todo esto es nada, si se compara con la privacion de ver á Dios. El fuego de su amor es su mayor tormento. ¿Quién es capaz de exprimir las terribles penas que las hace sufrir la caridad? Digo la *caridad*, porque estas almas han muerto en la justicia: ellas dieron su último suspiro en el seno de su Esposo, sobre el corazon de su muy amado, entre los brazos de su amor. Esta idea reanima su ardor, inflama sus deseos, se lanzan hácia su Dios, como un grave peso que busca naturalmente su centro. Páreceme oirlas clamar: abrid, príncipes de la celestial Sion, abrid las puertas. ¡Esfuerzos vanos, conatos inútiles! Una mano poderosa las detiene, y oyen la voz de un príncipe irritado, que las dice: no saldréis de esa cárcel hasta pagar el último cuadrante. Considerad, viadores, ¿si hay dolor semejante á este dolor? ¿Qué pena igual á la de ser del número de los santos, y no gozar aún la bienaventuranza? ¿Haber merecido coronas, y gemir aún entre cadenas? ¿Saber que están predestinadas para la gloria, y no ver aún al Dios de majestad? ¡Almas santas que me escucháis, vosotras comprendéis cuán incomparable es el martirio de la caridad!

¿Y es esta únicamente la pena que sufren estas almas? No, señores: padecen además la pena de sentido en medio de un vivísimo fuego que las abrasa sin consumirlas: fuego tan activo, dice san Agustín, que les causa mas dolor que todas las penas que se pueden ver, sentir ni meditar en este mundo. Prescindo por ahora de la naturaleza de este fuego, si es ó no de la misma especie que el nuestro elemental, pues aunque esto último es muy probable, despues de la autoridad de san

Agustín, S. Gregorio y el comun de los doctores escolásticos, la Iglesia no ha hablado aún, y no es dogma de fe. Prescindo asimismo del modo con que este fuego, aún siendo corpóreo, como se cree comunmente, aflige á las almas incorpóreas. Cuando nos sea revelado cómo el espíritu es forma del cuerpo, no habiendo proporcion entre uno y otro; ó cómo el alma, siendo puro espíritu, se puede unir á la carne y comunicarle vida; entónces concebiremos cómo el espíritu puede unirse al fuego para que este cause en él la sensacion de dolor. Entretanto oigamos á S. Gregorio describir el rigor de este fuego sobre las almas.

En el fuego, dice este Padre, serán bautizadas. Este es el último bautismo. El bautismo de agua nos lava de nuestras primeras manchas: el de fuego nos purificará de nuestras últimas fragilidades; y así como el primero fué indispensable para incorporarnos á la iglesia de la tierra; así es tambien necesario el segundo para entrar en la iglesia del cielo. ¡Santo Dios, cuán terrible es vuestra justicia! ¿Dónde están vuestras antiguas misericordias? ¿No vinisteis, Señor, á redimir con vuestra sangre á estos ilustres prisioneros? ¿No son esposas vuestras estas almas? ¿No las tenéis ya preparada una corona inmortal de gloria en premio de sus trabajos y victorias? ¿No sois su centro y su fin último? ¿Por qué no las desatáis del cautiverio de este fuego, de ese lugar terrible de tormentos? ¿Dónde están, repito, vuestras misericordias antiguas?

Ah! está el Señor como ligado, y padece, para decirlo así, cierta especie de violencia al verse impedido por su propia justicia; pues siendo igualmente justo que misericordioso, no puede permitir que nada manchado éntre en su reino, y por tanto las purifica como el oro en el crisol de toda mancha y escoria. Es pues la divina justicia la que enciende y nutre este fuego, para vengar el reato de pena temporal que corresponde á cada crimen y á los pecados veniales, que tan poco cuidado nos dan en vida.

Si meditáramos con reflexion las Escrituras, veríamos los grandes castigos que Dios ha aplicado á veces á las infidelidades que llamamos leves. Tan cierto es que toda culpa es horrible á los ojos del Señor, y que no puede dispensarla en su juicio. Permitidme una breve enumeracion sobre esta verdad. Aquí una curiosidad temeraria fué castigada de muerte: los

betsamitas perdieron en gran número la vida por haber osado mirar el Arca del testamento, cuando volvia libre de la cautividad de los filisteos. Allí la indiscreta vanidad de David numerando su pueblo, causó á Israel una terrible desolacion. La peste arrebató desde Dan hasta Bersabee setenta mil personas. Aquí una inobediencia privó á Saúl de su trono; pues no quiso Dios reinase sobre Israel, por haber perdonado la vida al rey de los amalecitas. Allí un movimiento de desconfianza privó á Moises de la posesion de la tierra prometida.

Qué mas? Ezequías mostró á los embajadores de la Caldea los tesoros que tenia en su palacio, y en castigo de su vanidad le anunció el Señor por un profeta, que aquellos mismos tesoros serian trasportados algun dia á Babilonia. La mujer de Lot fué convertida en estatua de sal hasta el dia, por haber vuelto su rostro hácia la infame Sodoma que ardia. Oza murió repentinamente por haber querido sostener el Arca del testamento, que amenazaba venir á tierra. La hermana de Moises fué cubierta de lepra por haber murmurado contra él. Zacarías quedó mudo por no haber creído al ángel que le anunciaba al precursor de Jesucristo. Ananías y Safira murieron de repente por haber dicho una mentira. Todas estas circunstancias, dice un sabio, nos enseñan que nos engañamos con frecuencia á nosotros mismos, ya sea mirando como leves, pecados que llevan consigo el carácter esencial de crimen, ya sea imaginando que los defectos leves no nos deben causar temor alguno. En atencion pues á que el Señor los castiga á veces terriblemente sobre la tierra, que es para decirlo así, el teatro de su clemencia y de su bondad, ¿cuáles serán los castigos en el purgatorio, donde el fuego ha de vengar su justicia, y donde la privacion de su divino rostro debe aumentar estas penas hasta lo sumo, sin poder por sí mismo dispensarlas, ni las almas dejar de padecerlas, hasta estar purificadas?

Nosotros solo, hermanos míos, nosotros solo podemos acelerar su eterna felicidad. Y esta es la importante comision que Dios nos ha confiado bajo los mas graves anatemas. Cuáles son estos, me diréis? En la medida que midiereis, dice Jesucristo, seréis medidos. Si fuereis misericordiosos, añade, obtendréis misericordia. ¿Qué significa esto en el sentido obvio de las Escrituras? Si tuviereis piedad con los vivos y los muertos, conseguiréis misericordia; pero si fuereis duros, desapiadados é

inhumanos, experimentaréis una suma dureza. ¡ Tanto hay que temer de no hacer bien por estas almas afligidas!

Temblád y estremeceós, hijos é hijas desnaturalizados; y vosotros, albaceas desidiosos, por no decir crueles, intérpretes avarientos de las últimas voluntades, temblád, repito: vosotros caeréis en las manos de Dios vivo, y rodaréis acaso á los piés del trono del Eterno por vuestra inhumanidad, indolencia y crueldad con vuestros hermanos. La voz de su afliccion clamará sin cesar contra vosotros, y entónces veréis con arrepentimiento inútil el mal uso que habéis hecho de los bienes de vuestros difuntos, destinando al lujo, á la vanidad, á la avaricia y al ídolo favorito de vuestras pasiones lo que debiais haber consagrado á su alivio. Meditád, os ruego, el espíritu de nuestra santa religion; y si conserváis algun resto de caridad, pedid al Dios de las misericordias libre á estas almas del fuego que las devora, y que les manifieste su divino rostro, coronándolas de gloria y de eterno descanso. Amen.

PLÁTICAS DE ÁNIMAS.

III^a

SOBRE LOS MEDIOS DE ALIVIAR SUS PENAS.

Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur.

Santo es y saludable pensamiento orar por los difuntos para que se les perdonen los pecados.

2. *Macabeos, c. 12. v. 46.*

Así se explicó el santo Júdas Macabeo en ocasion de haber remitido á Jerusalem doce mil dracmas de plata, para que en aquel magnífico y suntuoso templo se ofreciesen oraciones y sacrificios al Dios de las misericordias por las almas de los que habian fallecido en una justa guerra en defensa de su religion y de su patria. Y con las mismas palabras no dudo yo anunciar de parte de la Iglesia los medios que tiene recibidos para alivio de las almas santas que padecen en el purgatorio. Mucho siento no poder tratar la materia con toda la extension de que es susceptible. Tiraré no obstante algunos rasgos capaces de excitar vuestra piedad, si Dios anima mis palabras en órden á una de vuestras principales obligaciones en calidad de cristianos. Tal es la de orar, hacer limosnas y ofrecer sacrificios por el descanso eterno de nuestros hermanos difuntos. Seguidme atentos, y sea con la bendición de aquel augusto y adorable Señor sacramentado.

La Iglesia de Jesucristo, esta columna y firmamento de la verdad, que como dirigida siempre por el Espíritu santo, ni puede engañarse ni engañarnos; la Iglesia, digo, no solo en las palabras de mi tema y en varios otros pasajes de Escritura, sino en su constante tradicion, nos enseña cuál ha sido su práctica y disciplina con los muertos en todos los siglos. Aquí

inhumanos, experimentaréis una suma dureza. ¡ Tanto hay que temer de no hacer bien por estas almas afligidas!

Temblád y estremeceós, hijos é hijas desnaturalizados; y vosotros, albaceas desidiosos, por no decir crueles, intérpretes avarientos de las últimas voluntades, temblád, repito: vosotros caeréis en las manos de Dios vivo, y rodaréis acaso á los piés del trono del Eterno por vuestra inhumanidad, indolencia y crueldad con vuestros hermanos. La voz de su afliccion clamará sin cesar contra vosotros, y entónces veréis con arrepentimiento inútil el mal uso que habéis hecho de los bienes de vuestros difuntos, destinando al lujo, á la vanidad, á la avaricia y al ídolo favorito de vuestras pasiones lo que debiais haber consagrado á su alivio. Meditád, os ruego, el espíritu de nuestra santa religion; y si conserváis algun resto de caridad, pedid al Dios de las misericordias libre á estas almas del fuego que las devora, y que les manifieste su divino rostro, coronándolas de gloria y de eterno descanso. Amen.

PLÁTICAS DE ÁNIMAS.

III^a

SOBRE LOS MEDIOS DE ALIVIAR SUS PENAS.

Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur.

Santo es y saludable pensamiento orar por los difuntos para que se les perdonen los pecados.

2. *Macabeos, c. 12. v. 46.*

Así se explicó el santo Júdas Macabeo en ocasion de haber remitido á Jerusalem doce mil dracmas de plata, para que en aquel magnífico y suntuoso templo se ofreciesen oraciones y sacrificios al Dios de las misericordias por las almas de los que habian fallecido en una justa guerra en defensa de su religion y de su patria. Y con las mismas palabras no dudo yo anunciar de parte de la Iglesia los medios que tiene recibidos para alivio de las almas santas que padecen en el purgatorio. Mucho siento no poder tratar la materia con toda la extension de que es susceptible. Tiraré no obstante algunos rasgos capaces de excitar vuestra piedad, si Dios anima mis palabras en órden á una de vuestras principales obligaciones en calidad de cristianos. Tal es la de orar, hacer limosnas y ofrecer sacrificios por el descanso eterno de nuestros hermanos difuntos. Seguidme atentos, y sea con la bendición de aquel augusto y adorable Señor sacramentado.

La Iglesia de Jesucristo, esta columna y firmamento de la verdad, que como dirigida siempre por el Espíritu santo, ni puede engañarse ni engañarnos; la Iglesia, digo, no solo en las palabras de mi tema y en varios otros pasajes de Escritura, sino en su constante tradicion, nos enseña cuál ha sido su práctica y disciplina con los muertos en todos los siglos. Aquí

con el Macabeo llama santa y saludable la oracion por los difuntos para que se les perdonen los pecados: allí nos dice con Santiago que la oracion del justo tiene mucha eficacia: aquí nos manda con Tobías poner nuestro pan y nuestro vino sobre la sepultura del justo: allí nos reconviene con David, á nombre de estas almas, que las saquemos de la cárcel en que están detenidas: aquí nos testifica con el mismo, que á este fin no sabrá Dios despreciar un corazon contrito y humillado: allí nos manda por el Eclesiástico que no neguemos los sufragios á los muertos.

Apoyado sobre estos oráculos, dice S. Agustin, ¿quién duda que las oraciones de la santa Iglesia, el sacrificio saludable y las limosnas sirven de sufragio á los difuntos? El concilio de Trento, despues de todos los Padres, depositarios fieles de la tradicion, nos testifica el fruto de estas oraciones. En efecto, Dios que compadece á estas almas, y que en cierto modo sufre en ellas (si fuese posible) por el amor que las tiene, recibe, para decirlo así, una especie de consuelo por medio de nuestros sufragios. ¿Avanzo alguna paradoja, señores? Nada ménos. Todo lo que hiciereis por cualquiera de mis pequeñuelos, por mí lo hacéis, dice Jesucristo. En el desnudo me vestís; en el sediento me dais de beber; me alimentáis en el hambriento; me hospedáis en el peregrino: ¿por qué no me consolaréis en el triste? ¿por qué no me visitaréis en el encarcelado? ¿por qué no me redimiréis en el cautivo?

Pero qué digo? ¿No ha sido este siempre el espíritu de la Iglesia? ¿No son estas las obras que se han de examinar y han de decidir nuestro juicio? Atento Crisóstomo á estos irrefragables principios de nuestra religion, dice abiertamente á este propósito: ¿juzgas que tu hermano se halla aún con manchas? Dale sus bienes para que se purifique de ellas. Yo no sé si seria creido este santo doctor en su tiempo; pero estoy cierto no lo seria en el nuestro. Está, señores, muy resfriada la caridad para esperar grandes liberalidades con los difuntos, y lo comun es eludir sus disposiciones y voluntades últimas con interpretaciones frívolas, por no decir con manifiesta avaricia y crueldad consumada. La memoria perece de ordinario con el sonido, segun la expresion del salmo; y á excepcion de algunas lágrimas superficiales, de algunos aparatos fúnebres, fruto las mas veces de la ceremonia, la costumbre y la razon de estado, nin-

guna oracion, ningun sacrificio, ninguna limosna por los muertos; como si los funerales fueran capaces por sí mismos de acelerarles su eterno descanso; ó como si nuestros difuntos no tuvieran derecho á otros sufragios que á ceremonias puramente externas.

No es mi ánimo reprobar aquí el honor que se les hace. Yo sé bien que Jesucristo lloró sobre el sepulcro de Lázaro: sé que permitió que con el precio en que fué vendido se comprase un campo para sepultura de los peregrinos: sé que san Miguel enterró el cuerpo de Moises: sé que S. Rafael presentó á Dios la piedad de Tobías con los muertos; sé la solicitud de Abraham en prevenir enterramiento á su esposa: sé en fin, que en todos tiempos ha mirado la Iglesia como un acto de piedad los funerales. Mas esto no basta, hermanos míos, son menester limosnas para acelerarles su felicidad.

Nosotros no podemos darlas, oigo decir á algunos. Ah! acaso podriais ahorrando de vanidad, de lujo de vestido, de juego y de mesa, con algunos otros gastos superfluos, por no decir criminales, que os ponen de ordinario en imposibilidad de cumplir tan estrechas obligaciones. Examinad sin indulgencia vuestro interior, hijos del siglo, disipados en la gula y diversiones teatrales, y hallaréis un testimonio auténtico de esta verdad. Ah! ¿cuánto os pesará ella el dia de la ira?

Mas yo quiero ser indulgente en esta parte con algunos de vosotros. Permito que no podáis dar limosnas para alivio de las almas; pero podéis y debéis orar por ellas. Podéis bautizaros por los muertos, segun la práctica de la Iglesia, que nos enseña S. Pablo; es decir, podéis ayunar y mortificaros por ellos, para sufrir en vuestra carne las pasiones ó mortificaciones que á ellos faltan, y que no pueden satisfacer por estar en término; podéis y debéis ofrecerles el santo sacrificio del altar, esta hostia inmaculada, que la Iglesia ofrece cada dia por los vivos y los muertos; este Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo; este abogado de los hombres, que ruega sin cesar por ellos ante su Padre celestial, de quien siempre es oído, por la reverencia que le es debida; esta inefable víctima de todos los siglos, precio infinito de vuestra redencion; cuya sangre clama siempre ante el trono de Dios, no ya venganza como la de Abel, sino indulto, perdón, misericordia.

¿Qué pediremos pues á este soberano mediador, que no con-

ceda á beneficio de sus afligidas esposas? Pedid y conseguiréis, nos dice Jesucristo; todo el que pide recibe; el que busca halla; al que llama á las puertas de su misericordia, se le abren; y si aún dudáis con los incrédulos y libertinos de nuestro siglo de tinieblas del fruto de la oracion fervorosa al Dios de las bondades, para alivio de vuestras aflicciones ó las de vuestros hermanos, arrojád por un momento la vista sobre la historia de nuestra religion, y hallaréis monumentos auténticos de estas verdades. Oró Moises á favor de su pueblo, perseguido por los egipcios, y se dividieron las aguas del mar Rojo para que pasasen á pié enjuto. Oraron los jóvenes del horno de Babilonia, bendijeron á Dios en medio de las llamas, y salieron ilesos. Oró Josué, y detuvo el sol en su carrera para concluir la derrota del amorreo. Pidieron Mardoqueo, Ester y Judit, y obtuvieron la libertad de su pueblo. Pidieron Elias y Eliseo, y siempre con suceso. Pidió Daniel, y salió libre del lago de los leones. Pidieron Manasés, David y el Publicano, y obtuvieron el perdon de sus culpas. ¿Por qué no conseguiremos nosotros? ¿Está por ventura abreviada la mano del Señor? ¿Se ha disminuído ya su misericordia? ¿O podrá contenerla en medio de su ira?

Pedimos, decís, y no recibimos. Sabéis por qué, señores? Porque no pedís bien, dice Santiago. Pedid lo que conduzca á honra y gloria de Dios, al bien de vuestra alma y las de vuestros hermanos, y conseguiréis vuestra peticion. Pedid con viva fe, y trasladaréis los montes en caso necesario. Purificád, os ruego, vuestras conciencias, y hallaréis á Dios propicio, no solo para vosotros, sino á favor de vuestros hermanos, como lo tiene prometido. Oíd el triste lamento de vuestros padres, de vuestras madres, de vuestros hijos, de vuestros amigos, que imploran vuestra misericordia desde aquella terrible cárcel de la justicia de Dios, y movidos á piedad por las atroces penas que padecen, privadas sus almas santas de la presencia del Señor, y en medio de un vivísimo fuego que las devora sin consumirlas; orád por ellas, y ofrecédes el santo sacrificio de la misa, limosnas é indulgencias, en desempeño de la estrecha comision que Dios os ha dado de acelerarles su eterna felicidad, y en cumplimiento de las leyes inviolables de la caridad. Mas esto pertenece á mañana.

Apresuráos pues entre tanto á socorrer estas almas: postráos á los piés de los santos altares; humilláos en presencia

del Señor: *procidamus ante Deum*: levantemos nuestra voz hasta los cielos, lloremos: *ploremus coram Domino*: recordémosle sus antiguas misericordias, porque tenemos un Dios misericordioso y compasivo: *misericors et miserator Dominus*.

Vos, Señor, ¡Sacerdote santo! inmaculada victima, recibid en esta hora nuestras oraciones como un sacrificio agradable en vuestra presencia. Tenéd misericordia de estas almas. Padre benéfico! no atormentéis mas á vuestros hijos. Pastor benigno! no inmoléis ya vuestras ovejas. Esposo casto! no mortificéis mas á vuestras esposas. Si la justicia ha armado hasta aquí vuestro brazo, que lo desarme ya vuestra bondad. Si el vicio os ha irritado, que os enternezcan nuestras lágrimas. Nosotros somos hijos vuestros, y los que padecen son nuestros hermanos: nosotros intercedemos por ellos y les serviremos de caucion, mandádoles aplicar el tesoro infinito de vuestros méritos. Aceptád, Señor, por sufragio de estas almas los gemidos de la Iglesia y los ardientes deseos de esta venerable hermandad y de este devoto pueblo, que con la fe mas viva os pide que os dignéis recibir y coronar de gloria las almas de nuestros hermanos. Amen.

PLÁTICAS DE ÁNIMAS.

IV^a

SOBRE LA OBLIGACION DE OFRECERLES SUFRAGIOS.

Mortuo non prohibeas gratiam.

No niegues el sufragio ó liberalidad al muerto.

Eccli, c. 7. v. 37.

Despues de haberos mostrado el dogma del purgatorio por irrefragables oráculos de la Escritura, de la tradicion divina y apostólica, por los cánones de la Iglesia en sus concilios, y por invencibles pruebas deducidas de la razon misma; despues de haber refutado los delirios de los herejes y libertinos sobre la materia; despues de haberos instruído sobre las gravísimas penas que sufren las almas santas de nuestros hermanos en este lugar de tormentos, privadas de la presencia de Dios, á quien buscan con conatos inútiles, y rodeadas de un fuego voracísimo que las abrasa sin consumirlas; despues de haberos manifestado que los medios adoptados por la Iglesia para alivio de estas almas son la oracion, la limosna y el santo sacrificio de la misa, en que el Cordero de Dios se ofrece á su eterno Padre por los vivos y los muertos; despues en fin de haberos insinuado que el Señor ha dejado á nuestro cargo el alivio de estas almas, que por estar en término nada pueden merecer, y si solo padecer; resta manifestaros que los sufragios por las benditas ánimas no son respecto de nosotros una obra de supererogacion ó voluntaria, sino de estrecha obligacion, y que nos interesa mucho. Oídme atentos, y sea con la bendicion de aquel augusto y adorable Sacramento.

Cuando afirmo que el sufragio por los difuntos, ora por medio de la oracion, ora por la limosna, ora por el santo sacrificio, ora por la mortificacion, indulgencias etc., no es obra pu-

ramente voluntaria ó de mera piedad; no penséis, señores, que avanzo una paradoja, hija de mi capricho y entusiasmo. Es en efecto un deber cristiano, derivado inmediatamente de los principios de religion y de conciencia. Esta nos intima estrechamente el gran precepto de la caridad, alma, para decirlo así, y nervio del cristianismo.

Si, señores, la caridad; esta virtud principal, la mayor de todas y que encierra toda la ley, no solo debe unirnos con Dios y con los bienaventurados que le gozan, no solo debe enlazar-nos con espíritu de unidad y de amor mutuo con los que viven hoy sobre la tierra, sino tambien con los que padecen en el purgatorio, este lugar terrible de afliccion y de tormentos. La razon es, porque juntamente con nosotros forman un cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, como la religion nos enseña. Si un miembro pues no puede padecer sin que se conduelan los demas, segun el argumento de san Pablo y nuestra propia experiencia, ¿podremos nosotros en conciencia mirar con apatía ó indiferencia la dura afliccion é inexplicables tormentos de estos miembros de Jesucristo y conmiembros nuestros, que sufren bajo su mano poderosa hasta haber expiado plenamente las reliquias de sus pecados y el reato de pena temporal que á ellos y á las imperfecciones leves corresponde en el juicio de Dios?

Por otra parte, ¿no os obliga la caridad á socorrer al pobre en su miseria? ¿á consolar al triste? ¿á dar alimento al que padece hambre? ¿á dar de beber al sediento? ¿á vestir al desnudo? ¿á visitar al encarcelado y enfermo? ¿Quién, os ruego, en mas extrema necesidad, en mas dura afliccion que estas almas santas? Ellas no pueden merecer, ni Dios mitigarles sus penas; porque en su reino inmortal nada puede entrar manchado; pero nos confió la importante comision de aliviarlas y acelerarles su eterna felicidad, cuando por un precepto negativo nos dijo: no niegues el sufragio al muerto, como se explica por el eclesiástico; y cuando afirmativamente nos dice por Tobías: pon tu pan y tu vino sobre la sepultura del justo; en cuyas palabras entienden los Padres y expositores los sufragios á favor de las almas. ¿Con qué conciencia pues podremos desentendernos de este gravísimo cargo que la caridad nos impone? ¿ó cómo ella que es benigna habitará en un corazon que se hace duro y sordo á estos clamores?

¿Quién, señores, sabe si el triste lamento de las almas que la fe nos anuncia será de nuestros padres, á quienes despues de Dios debimos el ser, el honor, la colocacion y subsistencia? Ellos no existen. Yo me engaño: han faltado de nuestra presencia: sus almas padecen aún; pero vivirán eternamente en el ósculo del Señor, cuando acaben de satisfacer á la divina justicia. Entretanto claman á sus hijos con el real Profeta: sacádnos de esta cárcel. *Educ de custodia animam meam.*

¿Quién sabe si estos lamentos serán de una tierna madre que tanto sufrió por nosotros, que tanto se afaná porque no nos faltase el alimento, que nos dió su sangre por vianda; que tanto se sobresaltaba por nuestro menor peligro, por nuestra mas leve incomodidad, y que tal vez lo que padece sea por su demasiado cariño y condescendencia con nosotros? ¿Cómo podremos pues hacernos sordos á los gemidos de una madre, que nos manda el Espíritu santo no olvidemos? *Gemitus matris tuæ ne obliviscaris.* ¿Quién sabe si será el grito de esta esposa fiel, que amabais con tanto ardor, que formaba vuestras delicias, y que estrechándoos entre sus brazos moribundos, os conjuró le conservarais despues de su muerte una parte de su inocente ternura, pidiendo á Dios por su alma? ¿Perecerá su memoria con el sonido de las campanas que terminan su funeral? ¿El sepulcro que recibió su cuerpo sepultó tambien vuestra ternura? Porque la muerte rompió los vínculos de la naturaleza, ¿ha roto tambien los de la religion? Porque terminó la carrera de su vida mortal, ¿se ha extinguido tambien vuestra caridad? ¿Quién sabe finalmente si el que reclama vuestra piedad es un amigo tan constante y fiel como Jonatas con David; un amigo que os confió sus secretos con candor, que enjugó vuestras lágrimas y consoló á veces vuestras penas; que os socorrió en vuestras necesidades con tanta generosidad? ¿Podrá vuestro corazon olvidar impunemente una persona tan benemérita, y negarle vuestros oficios de piedad, de gratitud, de caridad?

Ah hijos desnaturalizados! esposos infieles! amigos ingratos! albaceas desidiosos, duros, crueles, inhumanos! Si tanto debéis temer en el día de la ira aquella voz fulminante: *id, malditos, al fuego eterno*, por no haber desempeñado las obras de misericordia con vuestros hermanos, dando de comer á Jesucristo en el hambriento, de beber en el sediento, hospedándole en el peregrino, vistiéndole en el desnudo, visitándole en el enfer-

mo, ¿qué juicio formaremos del fallo de vuestra suerte en aquel tremendo tribunal que no admite apelacion, cuando se os haga cargo de no haber cumplido estos oficios de caridad, que la religion os impone á favor de unas almas encerradas en la mas dura y estrecha prision, sumergidas en las mas graves penas, y constituídas en extrema necesidad? Lo cierto es, señores, que en la medida que midiereis habéis de ser medidos, segun el oráculo de Jesucristo. Lo que sembrareis, eso recogeréis: caridad por caridad, dureza por dureza. Faltará el cielo y la tierra ántes que falte ninguna de estas verdades. Grabádlas, os ruego, en vuestro corazon para cumplir en tiempo las leyes de la caridad, y evitar un arrepentimiento inútil en la hora de la muerte. Y si sois tan indolentes, que esta no os ha movido hasta aquí, muévaos á lo ménos vuestro propio interes.

Yo os he insinuado con san Pablo la práctica y disciplina de la Iglesia desde los tiempos primitivos, de bautizarse los vivos por los muertos; donde los Padres y expositores entienden vuestras obras penales á favor de las almas del purgatorio. Hé aquí el secreto de la religion. ¡Feliz sociedad la del cristianismo! El cielo se interesa por la tierra, dice un sabio; la tierra por el purgatorio; los miembros vivos por los miembros muertos. Esta es la comunión de los santos. En virtud de ella podemos aplicar á nuestros hermanos que padecen en el purgatorio las austeridades y penitencias que ejercemos; pues como san Pablo suplia en su carne lo que faltaba á la pasion de Jesucristo, por su cuerpo que es la iglesia; podemos nosotros cumplir en nuestra carne lo que falta á la penitencia de estas almas; es decir, que podemos aplicar á las almas del purgatorio nuestras mortificaciones, ayunos y oraciones, y que en virtud de esta cesion que el Señor acepta de buena voluntad, abreviamos sus penas, y aceleramos su felicidad eterna.

Pero acaso me diréis que cediendo á favor de las almas todas estas mortificaciones, el provecho es para ellas y el trabajo para vosotros; y que en esta hipótesis podréis lamentaros con el real Profeta, que os mortificáis en vano: *sine causa mortificamur.* Os engañáis, señores, porque si lográis la felicidad de librar una de estas almas, ¿qué proteccion no conseguís! ¿Juzgáis que os olvidarán en la gloria estas almas bienaventuradas, á cuya eterna felicidad habéis contribuído? Ah! la ingratitud es el vicio de la tierra, y el reconocimiento es herencia de los santos.

Si el copero de Faraon luego que salió de la prision olvidó á Josef, este cuando estuvo cerca del trono no olvidó á sus hermanos. Si sois pecadores, ellas clamarán : Señor, misericordia por misericordia, favor por favor : sacád del abismo de la iniquidad estas personas caritativas que nos sacaron un dia de los abismos de vuestra justicia : rompéd sus cadenas como ellos han roto las nuestras : extinguid para ellos el fuego del infierno por medio de vuestra gracia victoriosa , como ellos extinguieron el fuego de nuestro purgatorio por medio de sus sacrificios y limosnas. Si sois justos, ellas pedirán á Dios auxilios para que consigáis la perseverancia final y la felicidad eterna.

Pero qué digo? ¿Habéis olvidado que Dios ha prometido su misericordia al que fuere caritativo con sus hermanos? ¿Ignoráis que recibe como hecho á sí mismo lo que hicieris por cualquiera de sus pequeñuelos? ¿No sabéis que en el desnudo le vestís, en el necesitado le socorréis, y le consoláis en el afligido? ¿No sabrá recompensar al centuplo vuestra caridad con estas almas sus esposas? ¿Faltará con vosotros á su divina palabra? Ah! formád ideas mas justas de la veracidad, bondad y liberalidad de vuestro Dios. Entrád, os ruego, en el espíritu de la religion, y quedaréis íntimamente convencidos que los sufragios por las almas de nuestros hermanos, que gimen por su libertad en el purgatorio, tolerando penas gravísimas, es una obra de estrecha obligacion, de caridad y sumo interes para nosotros. Procuremos pues trabajar con teson por acelerarles su eterna felicidad; ya sea por medio de la oracion, ya por limosnas, ya por mortificaciones, ya por medio del santo sacrificio de la misa, para que desatadas de los vínculos que las oprimen, vean la inaccesible luz, que es Dios, y descansen en paz.

Señor, compadecidos desde este momento de nuestros hermanos difuntos, empezamos á orar con ellos y por ellos con un profeta : *de profundis clamavi ad te Domine, Domine exaudi vocem meam* : Señor, cuya terrible sentencia nos ha precipitado en este abismo, osamos dirigiros nuestros clamores : oid nuestra oracion. Arrojad los ojos de vuestra misericordia sobre este lugar de vuestra justicia. Escuchád, os rogamos, nuestros tristes clamores, y usád de misericordia con nosotros haciéndonos entrar en vuestra gloria. Ah! Señor, si pesáis nuestras iniquidades en la balanza de vuestra justicia, seremos oprimidos, y no empezaremos á reinar con vos sino al fin de los siglos. Si

vuestra misericordia no nos defiende, qué largo será nuestro destierro. Nuestros delitos son grandes y sin número : aquí de vuestra indulgencia. Vuestra bondad, Señor, es nuestra confianza, y á medida de la multitud de nuestras fragilidades nos alientan y aseguran vuestras antiguas misericordias. La esperanza que tenemos, Señor, no será confundida, porque estriba sobre la infalibilidad de vuestra palabra. Israel afligido espera siempre en vos : desde el alba hasta la noche medita en sus tormentos, y en ellos halla los motivos de su esperanza, persuadiéndose á cada momento que se le abren los cielos, porque no ignora, Señor, que la misericordia es inseparable de vuestro Ser. Sí, ó mi Dios! vos nos libraréis de todas nuestras iniquidades. Vos oiréis los clamores de esta venerable hermandad : vos recibiréis por sufragios sus votos, sus oraciones, sus sacrificios y limosnas, para que nuestras almas descansen en paz. Amen.

SERMON

DE ÁNIMAS.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

*Miseremini mei; miseremini mei, saltem vos amici mei:
quia manus Domini tetigit me.*

Tenéd piedad de mi; habéd de mi compasion, al ménos vosotros mis amigos; porque me ha tocado la poderosa mano de Dios.

Job, c. 19, v. 21.

No hallamos en las sagradas páginas de la Escritura ni en los fastos de la Iglesia católica, un hecho mas autorizado ni sólidamente establecido que la piadosa devocion de rogar por los fieles difuntos, á fin de que Dios les perdone en la otra vida las deudas en que los alcanzara la divina Justicia, cuando salieron de este mundo. Doce mil dracmas de plata, dicen los Libros santos, envió Júdas Macabeo á Jerusalem, que son novecientos veinte pesos, para ofrecer un sacrificio en favor de los difuntos; práctica religiosa no ménos introducida entre los judíos de la antigüedad, que autorizada por los profetas y los santos varones de la ley. La existencia del purgatorio, de aquel lugar de expiacion donde se purifican las almas, como el oro en el crisol, ántes de subir al gozo y alegría del Señor en la mansion de la gloria, es un dogma de fe católica, sostenido por los santos Doctores de la Iglesia y conocido hasta por los filósofos y sabios de la gentilidad. Segun el oráculo del divino Salvador, hay ciertos pecados que no se perdonan en este mundo ni en el otro; luego hay algunos que en el otro se perdonan. Son estos unos defectos que, si bien lijeros á la verdad, no de-

jan de manchar las almas justas de los que mueren sin haber satisfecho por ellos.

Hasta el oro, dice san Pablo, tendrá necesidad de ser purificado con el fuego. En efecto, cristianos, pocas virtudes aparecen ejercitadas sin mezcla alguna de imperfeccion; razon por que las buenas obras, si bien hechas en gracia de Dios, son cortas en número las que no van acompañadas de muchos defectos. El fuego de la otra vida, dice el Apóstol á los fieles de Corinto, consumirá este orin, quemará esta leña, abrasará esta paja y purificará este oro, *uniuscujusque opera ignis probabit*, para que las almas de los que mueren en gracia puedan entrar en las mansiones de la gloria, donde no se da entrada ni á la mancha mas lijera, segun el profeta de Patmos.

Por aquí conoceremos, hermanos míos, cuán pocos son los fieles que hayan satisfecho plenamente á la divina justicia ántes de su muerte, y cuán corto es el número de los que despues de morir no tengan necesidad de purificar las lijeras faltas con que salieron de este mundo. ¡Es preciso satisfacer con las penas, lo que no es posible con los méritos. Oh santo cielo! pues á qué penas, y por cuánto tiempo serán condenadas las infelices almas que salen de esta vida cargadas de deudas! Si los santos y los justos pasaron algunos de ellos por el purgatorio, ¿qué será de los que no fueron tan santos, ó de los que fueron pecadores? Es indecible sin embargo, es grande y poderoso el recurso que Dios ha dejado á aquellas afligidas almas, en los tesoros de la Iglesia y en la caridad de los fieles. Grande por tanto seria nuestra dureza y crueldad inhumana, oyentes míos, si los que aún estamos vivos, por la misericordia de Dios, y muchos de nosotros ligados con aquellas almas angustiadas por los lazos de parentesco, interes y amistad; unidos todos con los sagrados vínculos de la Religion, todos miembros del cuerpo místico de la Iglesia; seria la mas inaudita crueldad, vuelvo á decir, el negar nosotros á nuestros amigos, á nuestros padres, á nuestros hermanos, á nuestros bienhechores el alivio y sufragios de nuestros sacrificios y oraciones, que tan fácilmente pueden sacarlos de aquellos atrocisimos tormentos. Ved aquí, por qué viendo nuestra ingratitud, exclaman las tristes almas del purgatorio, dirigiéndose á los extraños: tenéd piedad de mí, habéd de mí compasion, ó vosotros, amigos míos, porque la poderosa mano del Señor me ha herido; siquiera vosotros,

que nada tenéis conmigo, acordáos de mí con algun sufragio, para que resalte mas el heroísmo de vuestra caridad, sobre la negra ingratitud y olvido criminal de los que un dia eran mis amigos, mis hijos, mis parientes, mis favorecidos, y que hoy deben lo que son y lo que valen al rico patrimonio de mis haciendas y caudales, piadoso legado que yo les dejé en mi favor, y que sin acordarse de mí, violando los sagrados fueros de la justicia, le han convertido en fomento de vicios y en tristes instrumentos de su perdicion.

¿Cae, por ejemplo, un hombre en un precipicio, en un rio, en el mar? Todos compadecidos le alargan la mano por un impulso natural, y se reputa el que no lo hace por un bárbaro, por un tigre, ¿qué digo la desgracia de un hombre? hasta se socorre la de un animal caído y maltratado. ¿Y qué diríamos del que negase tal socorro al amigo, al bienhechor, al hermano, á la hermana, á sus padres? Que seria un ingrato, un infame, un criminal, un enemigo de Dios y de sí mismo; peor que un irracional; cuando por el contrario, el que con limosnas, buenas obras, oraciones y todo género de sufragios, procura socorrer las ánimas del purgatorio, asegura la salvacion de su alma, satisfaciendo á Dios por sus pecados en esta vida, principal objeto de mi discurso. *Ave Maria.*

Solo Dios, que pesa las acciones del hombre en la balanza del santuario, podrá graduar el peso de satisfaccion y mérito y el inefable tesoro de salud y santidad que encierra el pensamiento práctico de orar por los difuntos. Accion la mas heroica que pudiera inspirar el Espíritu santo, porque la caridad y la misericordia no reconocen otra mas agradable á los divinos ojos. Si los paganos entre las nieblas del error, sin los rayos luminosos de la fe, siempre sentados á las sombras de la muerte, apreciaron tan justamente la imponderable accion de Eneas sacando á su padre de las llamas de Troya, y los consuelos del anciano Anquises cuando su hijo le visitó en los infiernos, ¿quién apreciaria dignamente la accion de un cristiano, que por todos los medios posibles libertase á sus padres, hermanos, ó bienhechores oprimidos con cadenas de fuego en los espantables hornos del purgatorio? Esto excede los estrechos límites del entendimiento humano: ¿y cuál seria el mérito y recompensa del

que ejerciera la mencionada accion con el mismo Jesucristo? Esto es incomprendible á la penetracion de los ángeles. Pues esta sublime accion la recibe Dios como hecha con su persona divina, cuando se le envían por los vivos sufragios de todo género en favor de unas personas tan amadas del Señor.

Las almas que padecen en los ardientes calabozos del purgatorio son las herederas del cielo, cuya eterna posesion tienen asegurada, y sus nombres están escritos entre los príncipes de aquel reino; Dios las ama tiernamente como á sus esposas; las enriquece con sus preciosos dones, y con los ornamentos de su gracia; desea derramar sobre ellas el torrente de sus delicias, descubriéndolas la luz inefable de su gloria. Solo su justicia se opone y le detiene, para no sacarlas tan pronto de aquel desierto terrible, como desea su divino amor; por lo cual son detenidas en la mansion del tormento hasta que satisfagan sus deudas con el último maravedí. Tal es, amados míos, el odio de Dios á la mas leve mancha de pecado, y la oposicion que hace á su infinita misericordia la culpa mas pequeña.

Su tierno amor, no obstante, las recomienda á los sufragios y socorros que nosotros debemos y podemos darles, como miembros que somos de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo, el cual nos convida á aplacar su justa ira, con la mediacion de nuestras oraciones, á fin de alzar de sobre aquellas afligidísimas almas el peso de su justicia. Si las obras de caridad ejercitadas aún en la persona del malvado; si una leve limosna dada á un pobre tienen su galardón asegurado en las divinas promesas, y son el verdadero carácter del cristianismo, y el alma de la Religion católica, ¿cuál será la corona que recibirán del supremo dispensador los que ejerciten una caridad tan grande con los amigos y los hijos de Dios, que padecen la necesidad mas dolorosa y extrema? Todas las buenas obras del cristiano penetran los cielos, como la oracion del justo, y hacen descender sobre la tierra una lluvia copiosa y fecunda de gracias y bendiciones; empero la virtud de la misericordia ceñirá en el último dia de los siglos una corona inmortal á los que la ejercitan. Esta caridad hecha en favor de aquellas tristes almas, aparece no ménos provechosa á ellas que útil á nosotros, y tan piadosa en sí misma, como gloriosa para Dios.

Si considera un cristiano lo que son aquellas santas cautivas y lo que sufren, no necesita mas estímulo para ejercer con ellas

esta obra de misericordia, en que se cifra su deseada libertad. Los santos que gozan ya de Dios, las almas del purgatorio, y nosotros, todos somos miembros del cuerpo místico cuya cabeza es Jesucristo, formando aquellos la Iglesia *triumfante*, estas la *paciente* y nosotros la *militante*, de las cuales se compone la Iglesia universal, que al fin de los siglos será única y todas formarán la Iglesia triunfante de la celestial Jerusalem. De consiguiente vivimos unidos con las ánimas del purgatorio, que son la Iglesia paciente, por los vínculos de la caridad y de la comunión de los santos. Si en frase del Apóstol, sucede con los miembros de un mismo cuerpo, que cuando es herido uno el otro se compadece, ó se alegra de sus bienes, sería una cosa impía y cruel ver á un hermano en las llamas y no darle la mano para sacarle ó no prestarle todos los auxilios posibles, y tan fáciles como nosotros podemos. Su alta dignidad es un nuevo estímulo de nuestra fraternal compasión. Aunque al presente viven distantes de Dios, sepultadas en ardientes y horribles calabozos, entre ondas de líquido fuego, sin embargo son del número feliz de sus escogidos. Están unidas á Dios por gracia, ámanle sobre todas las cosas, y en medio de sus tormentos no cesan un instante de bendecir y alabar al Supremo juez, adorando la severidad de su justicia con santa resignación y amor.

Estas almas no son las de los condenados, enemigos de Dios, y destinadas al rigor de los fuegos inextinguibles; sino que son las almas de los ilustres conquistadores del demonio, del mundo y del infierno; son unos espíritus llenos de méritos y gracias, que llevan la prenda de su dignidad y honor en la vestidura nupeial del cordero con que van adornadas. Son santas y son hijas de Dios y herederas de su gloria. Están al presente en un estado de tormentos, padeciéndolos mayores que cuanto se pueda imaginar capaz de sufrirse en esta vida mortal. Padecen la privación de Dios, dice el Concilio florentino, que es el mas terrible de todos los tormentos. No hay lengua que pueda expresar la pena que es esta para un alma separada de su cuerpo, y que desea con ansia llegar al descanso de su centro, que es Dios. Atraídas las almas del purgatorio de los divinos encantos del Señor, y propensas á él por una inclinación, cuya fuerza es inconcebible, siéntense al mismo tiempo violentamente apartadas y como repelidas de una fuerza superior, de donde las viene la indecible agonía y tormento que padecen.

Si podemos satisfacer por ellas á la divina justicia, podemos de consiguiente consolarlas y disminuir las penas que padecen, hasta libertarlas absolutamente; ahora bien: es una verdad reconocida por la Iglesia en todos los siglos, que nuestras buenas obras son medios establecidos por el mismo Dios, para esta satisfacción, y para ejercitar esta caridad con los fieles difuntos, nuestros hermanos. Las buenas obras toman de la sangre y méritos de Jesucristo la virtud que necesitan para impetrar de la divina misericordia algun favor especial, ya para nosotros ó para otros, ya en satisfacción de nuestros pecados, ó ya para pagar el reato de los ajenos. Ved aquí, hermanos míos, la satisfacción que debemos en caridad y en justicia á las ánimas del purgatorio, lo primero por ser natural acción de un cristiano santificada por el mismo Dios, lo segundo porque las obras de misericordia, dejando á un lado los motivos ordinarios que nos ligan á ellas, obligan de justicia en necesidades que segun el juicio prudencial sean graves, luego con mas razon en necesidades gravísimas como esta; porque ya no están los infelices en estado de merecer, ni satisfacer con buenas obras, las deudas que contrajeron en esta vida, de las que tienen que dar cuenta en la otra, no pueden tener parte en el tesoro comun, sino por la cesión y comunicacion que nosotros les dispensemos.

Queda pues en último resultado que así como nosotros podemos rescatar nuestras almas con limosnas, oraciones, ayunos y santas obras, con las mismas podemos rescatar las de nuestros hermanos difuntos, á quienes las apliquemos. Aun hay otro motivo no ménos interesante y provechoso, que ostenta lo grande y pasmoso de la misericordia del Señor. Así como Dios se contenta con poco, para perdonarnos mucho, cuando en este mundo queremos satisfacer por nuestros propios pecados, así mismo cuando queremos satisfacer por aquellas almas cautivas en los hornos abrasadores del purgatorio, una penitencia de pocas horas ó de pocos días, una corta limosna, una sola misa, puede acaso bastar para que la divina justicia las libre de aquellos suplicios terribles, á que justamente podia tenerlas condenadas muchos años y tambien muchos siglos. Pues bien, hermanos míos, estas ligeras obras de caridad que nada nos cuestan, esta cosa levisima, es lo que nos piden, en la viveza y la inmensidad de sus tormentos aquellas santas almas; ellas

nos conjuran por nuestra antigua amistad, por los vínculos de la sangre, por los mas fuertes motivos de la caridad cristiana, que las tendamos siquiera una mirada de compasion, que pagando sus deudas prestemos algun alivio á sus crueles tormentos. Por otra parte, nuestro es el interes mayor; pues ellas están ya seguras, podemos exclamar con mi P. san Bernardo, *nostra interes, non ipsorum*. La misma caridad que las dispensamos las empeñará en un generoso reconocimiento hácia nosotros.

Dentro de un año, dentro de un mes, en este mismo dia, cristianos, nos veremos nosotros en la misma necesidad, nos hallaremos padeciendo las mismas penas. Y no creamos que aquellas dichosas almas olviden nunca, como el copero de Faraon, los beneficios que hayan merecido de nuestra caridad. Aunque nuestros sufragios no las hubiesen anticipado la posesion de la gloria, sino un solo instante, ellas algun dia emplearán con Dios todo su valimiento, en nuestro favor, para libertarnos de aquellos suplicios espantosos. Desventurados aquellos que cierren los oídos á los sentidos clamores, á los gritos lastimosos de las benditas ánimas, y que á vista de sus horribles tormentos ostenten una estéril compasion. Pues de seguro pueden contar con la contestacion del patriarca Abraham al rico soberbio que negaba al pobre Lázaro los desperdicios de su mesa; y que les dirá el discípulo amado de Jesus: ¿cómo es posible que tenga amor á Dios el hombre abastecido de bienes, que ve la extrema necesidad de su hermano y no le socorre? Si esto presenta como imposible la salvacion de los ricos que no remedian las necesidades de los pobres, ¿qué será de los cristianos que desoyen los gritos del purgatorio? No hay que temer, amados fieles míos, que por pagar las deudas ajenas nos falte para cubrir las nuestras, como dijo el demonio á santa Gertrúdis. Es verdad que apareciéndosele la dijo: ¡oh qué soberbia eres, temeraria y contigo mismo cruel! ¿Qué mayor soberbia, que los caudales con que podias pagar por ti, darlos á otros? Ya, ya nos veremos en el dia de tu muerte. Tú lo pagarás ardiendo en el fuego del purgatorio, y entónces me reiré de tu locura, cuando tú llores tu desatino. Empero no es ménos verdad, que apareciéndosele Jesucristo su divino esposo, en seguida la consoló diciéndola: «para que entiendas cuán grata me ha sido la caridad que has usado con las almas del

purgatorio, desde ahora te perdono todas las penas que debias pagar en él; y porque prometí dar ciento por uno, ademas de perdonarte, aumentaré con liberalidad tu gloria, en premio de la caridad con que has hecho la cesion universal de tus buenas obras satisfactorias, á mis amigas las almas del purgatorio.»

Así premia Jesucristo, oyentes míos, á los fieles devotos de las ánimas que, encendidos en caridad, hacen la total donacion de sus obras, para imitar á su redentor Jesus; pues cierto es que el que socorre á las ánimas es honrado con el glorioso renombre de Redentor. Esta caridad la mas fácil y heroica que pueden hacer todos los fieles, tanto mas agradable á Dios, mas útil á las almas del purgatorio, y mas provechosa para nosotros, cuanto mas procuremos multiplicar nuestras buenas obras, se llena cumplidamente con un voto simple que puede hacer cada uno sin obligar á pecado, de este modo: — Yo N. para honor y gloria de la santísima Trinidad, para imitar de alguna manera á mi dulce redentor Jesus, y para muestra de mi amor y esclavitud de María santísima, madre amorosa de todas las almas del purgatorio, en el modo que puedo lícitamente y sin pecado alguno, hago voto simple y voluntario de redimir aquellas almas que quisiere la misma Virgen, renunciando yo, y haciéndb absoluta donacion de mis obras satisfactorias, tanto en vida, como en muerte, y aún despues de mi muerte. Se ha galardonado y aprobado este voto por el papa Benedicto XIII, con tres gracias muy singulares, que son: 1º Todo altar es de privilegio de ánima para el sacerdote que ceda en favor de las ánimas solo el fruto especialísimo que le corresponde. 2º En todos los lunes del año, y dias de comunión, aunque no sean lunes, todos los fieles en cada una de las misas que oyeren sacarán un alma del purgatorio. 3º Todas las indulgencias concedidas por los sumos pontífices, por otros motivos, se pueden aplicar por las almas del purgatorio. Así consta de la bula de aquel papa, dada en Roma en 23 de agosto de 1728.

No es necesario formular este voto de palabra ni por escrito, ni expresarlo muchas veces, bien que esto seria mejor, basta que se haga con el corazon, refiriéndose interio rmente al voto, y basta hacerlo una vez en la vida aunque sea lo mas acertado repetirlo muchas veces, para encender mas la caridad en nuestros corazones, en favor de aquellas afligidísimas almas.

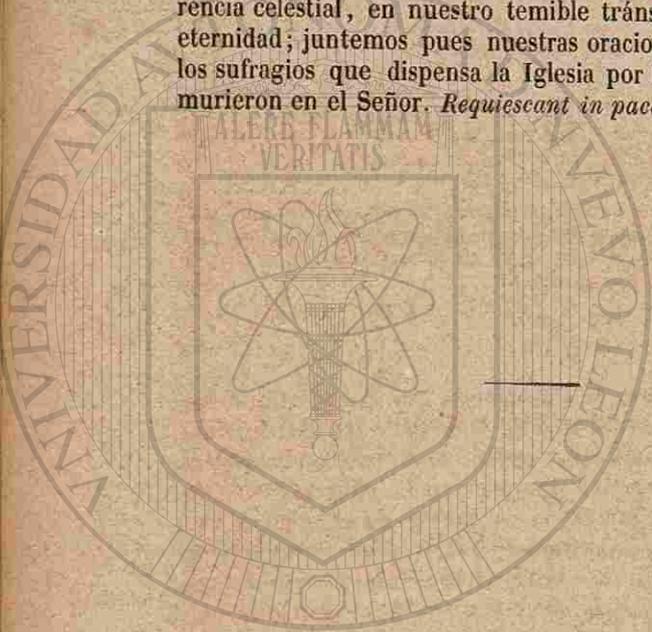
No faltamos por esto al deber justo y sagrado que tenemos de rogar por nuestros padres, amigos, hermanos y bienhechores, pues que la Virgen santísima sabe mejor que nosotros cuáles son nuestras obligaciones, y quiénes han mayor necesidad de nuestros sufragios, y de su cuenta queda la distribucion. Cuando libramos á cualquier ánima del purgatorio con nuestros sufragios, dice santa Brígida, una accion es esta tan agradable á Jesucristo su divino esposo, como si él mismo fuera redimido de aquellas ardientes prisiones, y á su tiempo nos volverá el bien que hacemos. Una voz oyó la misma santa, que en aquellos encendidos senos decia: sea dada la paga y remuneracion á todos cuantos nos remedian en nuestras necesidades, y otra voz mas sonora que así exclamaba: ¡O Dios y Señor! Usando de tu potestad incomprendible, remunera con ciento por uno á cuantos vivientes nos socorren con sufragios, y nos elevan á luz de la deidad; y oyó tambien la voz de un ángel que decia: bendito sea en el mundo el que socorre aquellas pobres almas con sus oraciones, buenas obras, y penas corporales. Quanto por causa de piedad demos en favor de las almas de los difuntos, dice san Ambrosio, todo se conmuta en nuestros merecimientos, y despues de la muerte lo recibirá el justo cien veces duplicado. Plenamente convencido de esta verdad el papa Benedicto XIII en uno de los sesenta sermones que predicó del purgatorio, y mandó imprimir, hizo y ratificó en beneficio de las almas de los difuntos, la total donacion de sus obras satisfactorias.

Esta caridad heróica, de renunciar todas las buenas obras; este acto nobilísimo de favorecer y aliviar las ánimas del purgatorio, con todos los medios posibles y fáciles de un cristiano; consta en un documento público impreso en las principales poblaciones del mundo católico; ha sido fervorosamente practicado por innumerables personas de todos estados y dignidades; por muchos varones doctos y santos, por muchas comunidades religiosas; defendido de insignes teólogos, confirmado y privilegiado por muchos soberanos pontífices, incluso el santo y grande papa Pio VI en decreto del año 1788. Las gracias, dones, bienes y provechos espirituales y temporales que gana el cristiano por una accion tan generosa, solo podrá saberlo enteramente con sumo gozo y consuelo de su alma, en la tremenda hora de la muerte. Más importante y meritorio puede

ser este acto para nosotros, que todas las penitencias, oraciones, ayunos y buenas obras que hacemos. El apóstol san Pablo llamaba su gozo y su corona, á aquellos gentiles que habia sacado de las tinieblas de la idolatría, á la luz de la verdad, convirtiéndolos á la fe y ganándolos para Jesucristo, *gaudium meum et corona mea*. Pues bien, fiel cristiano y caritativo: las almas que tú libras de aquellas horrorosas prisiones serán tambien tu gozo, tu corona y tu gloria, eternamente publicarán que deben su rescate al heroismo de tu caridad, y que su gloria en parte ha sido fruto de tus oraciones y buenas obras. Te aclamarán delante de Dios y de los ángeles por su libertador y por su redentor. La grandeza de esta accion resalta mas comparada con los tormentos que sufren las almas santas cautivas en aquella cárcel horrible. Segun san Agustin y otros santos doctores y prelados de la Iglesia, fundados en las palabras de san Pablo, las almas en el purgatorio padecen un fuego material como las del infierno, que las penetra y martiriza con la mayor actividad. El mismo fuego atormenta á los condenados en el infierno, y á los justos en el purgatorio, por lo cual estas penas son superiores á todos los suplicios de los malhechores, y á todos los tormentos de los mártires, que se pueden padecer y aun imaginar en esta vida; así lo siente san Agustin, el venerable Beda, y santo Tomas, con otros sabios y santos doctores. Aquellas infelices, como ya no tienen voz propia que les adquiera consuelo alguno, toman prestada la de la Iglesia, y la de sus ministros sagrados, que para expresar sus lamentos y excitar nuestra compasion, gritan exclamando por ellas, con las palabras de Job. Tenéd piedad de mí, habéd de mí compasion, al ménos vosotros mis amigos porque nosotros nada podemos ya en nuestro favor. Vosotros podéis darnos vuestro auxilio y sufragios.

Y vosotros que nos habéis conocido en la tierra; vosotros que nos habéis amado ¿cómo nos abandonáis así? El amigo se prueba en la necesidad: pues ¿hay alguna comparable con la nuestra? Acaso las almas de algunos amigos nuestros, estarán padeciendo por nuestra causa, por nuestra culpa, por el amor que nos profesaron, ó por los pecados á que nosotros dimos ocasion con nuestros escándalos; por lo cual no solo la caridad en tal caso, sino la justicia, están exigiendo de nuestra gratitud todos los sufragios posibles. Ya que todos los motivos expre-

sados pesaran poco para nosotros, no pudiera dejar de movernos al ejercicio de una accion tan heróica, el interes, el honor, la satisfaccion y gloria que nos resulta. Bienaventurados, dice Dios, los misericordiosos; porque ellos hallarán misericordia. Si, católicos, nuestra compasion práctica en favor de aquellas afligidisimas almas, nos merecerá la herencia celestial, en nuestro temible tránsito del tiempo á la eternidad; juntemos pues nuestras oraciones y santas obras á los sufragios que dispensa la Iglesia por las almas de los que murieron en el Señor. *Requiescant in pace.*



SERMON

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DE BENCOMO.)

Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus Dominum suum, quando revertatur à nuptiis: et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, beati sunt servi illi.

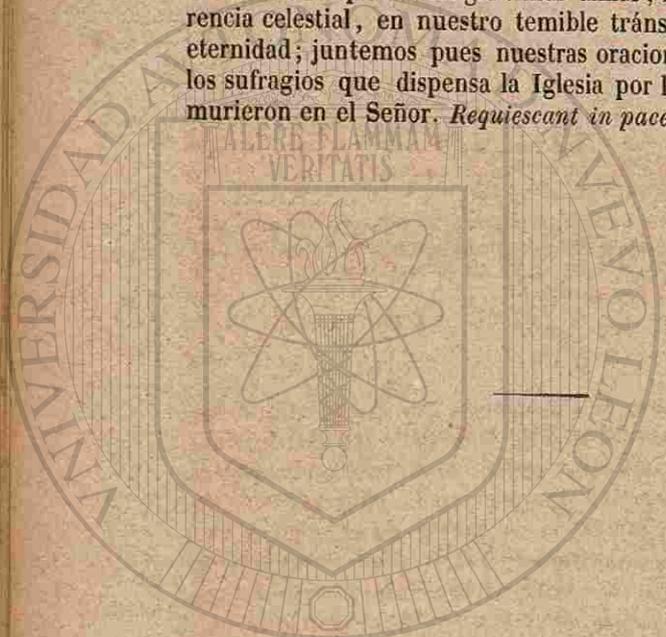
Tenéid recogidos vuestros vestidos, tomád antorchas en vuestras manos, y sed semejantes á los siervos, que esperan á su Señor, cuando vuelva de sus bodas; y sea que venga en la segunda ó en la tercera vigilia, dichosos son aquellos siervos.

S. Mateo, c. 12.

¡Qué de instrucciones, mis hermanos, qué de preceptos, qué de símiles emplea aquí el Hijo de Dios para arreglar la conducta del hombre! Como en el sentido material á nadie es permitido andar absolutamente desnudo con notable desprecio de la ley y de la modestia pública, á manera de aquellos luchadores de que se habla en el libro de los Macabeos: asi tampoco en el sentido espiritual es posible vivir absolutamente despojado de las túnicas morales, de que nos ha revestido la misma naturaleza: túnica interior urdida de amor propio, y tramada con las pasiones; y túnica exterior polimita como la de José, porque con gran variedad de colores están bordados en ella el país en que se nace, los parientes que se tienen, los amigos que se aman, los placeres que se gozan, los honores que se disfrutan, y los bienes que se adquieren. Ved aquí los vestidos de que nos habla el Redentor cuando nos dice, que es preciso recogerlos cuanto está de nuestra parte, para que no nos estorben en el viaje ó peregrinacion que hacemos continuamente del tiempo á la eternidad: *sint lumbi vestri præcincti.*

No es esto solo: tambien nos manda tomar antorchas en las manos. Esta es la diferencia que hay entre el viejo Testamento y el nuevo: en aquel ordenó el Señor á los israelitas, que en

sados pesaran poco para nosotros, no pudiera dejar de movernos al ejercicio de una accion tan heróica, el interes, el honor, la satisfaccion y gloria que nos resulta. Bienaventurados, dice Dios, los misericordiosos; porque ellos hallarán misericordia. Si, católicos, nuestra compasion práctica en favor de aquellas afligidisimas almas, nos merecerá la herencia celestial, en nuestro temible tránsito del tiempo á la eternidad; juntemos pues nuestras oraciones y santas obras á los sufragios que dispensa la Iglesia por las almas de los que murieron en el Señor. *Requiescant in pace.*



SERMON

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DE BENCOMO.)

Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus Dominum suum, quando revertatur à nuptiis: et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, beati sunt servi illi.

Tenéd recogidos vuestros vestidos, tomád antorchas en vuestras manos, y sed semejantes á los siervos, que esperan á su Señor, cuando vuelva de sus bodas; y sea que venga en la segunda ó en la tercera vigilia, dichosos son aquellos siervos.

S. Mateo, c. 12.

¡Qué de instrucciones, mis hermanos, qué de preceptos, qué de símiles emplea aquí el Hijo de Dios para arreglar la conducta del hombre! Como en el sentido material á nadie es permitido andar absolutamente desnudo con notable desprecio de la ley y de la modestia pública, á manera de aquellos luchadores de que se habla en el libro de los Macabeos: asi tampoco en el sentido espiritual es posible vivir absolutamente despojado de las túnicas morales, de que nos ha revestido la misma naturaleza: túnica interior urdida de amor propio, y tramada con las pasiones; y túnica exterior polimita como la de José, porque con gran variedad de colores están bordados en ella el país en que se nace, los parientes que se tienen, los amigos que se aman, los placeres que se gozan, los honores que se disfrutan, y los bienes que se adquieren. Ved aquí los vestidos de que nos habla el Redentor cuando nos dice, que es preciso recogerlos cuanto está de nuestra parte, para que no nos estorben en el viaje ó peregrinacion que hacemos continuamente del tiempo á la eternidad: *sint lumbi vestri præcincti.*

No es esto solo: tambien nos manda tomar antorchas en las manos. Esta es la diferencia que hay entre el viejo Testamento y el nuevo: en aquel ordenó el Señor á los israelitas, que en

su salida de Egipto á Canaan, comiesen el Cordero pascual con sus vestidos recogidos, y con un báculo en sus manos, porque era el tránsito del pueblo del Señor: pero en este ceñidos del mismo modo los vestidos, tenemos que substituir á aquel báculo una antorcha, porque el pueblo cristiano no es ciego sobre los misterios de la vida futura, como lo era el judío, para apoyarse sobre el báculo de las recompensas carnales de la ley: él es iluminado por la gracia de Dios, así debe andar con la luz y la perfeccion del Evangelio, que disipa las antiguas sombras: *et lucernæ ardentes in manibus vestris*. En fin debemos estar siempre prevenidos á ir á la presencia de Dios en cualquiera vigilia ó edad de nuestra vida: que venga de repente como un ladron por algun accidente imprevisto, ó que toque ántes á nuestra puerta por las molestias de una enfermedad prolongada, siempre debemos estar tan dispuestos á recibirle, como aquellos siervos que esperaban á su Señor, cuando traía á su casa la Esposa, con la cual acababa de celebrar sus bodas en casa de sus suegros.

Las vigiliass de que aquí se habla, son las porciones en que los judíos dividian la noche, y representan los estados principales de la vida espiritual: porque como se explica el padre san Agustin, teniendo la santidad sus principios, sus progresos y sus fines, debe haber en ella principiantes, aprovechados y perfectos. Los principiantes, dice san Buenaventura, andan en la via purgativa ejercitados en purificarse de sus vicios, por eso deben tener recogidos sus vestidos: *sint lumbi vestri præcincti*. Los aprovechados andan en la via iluminativa, que es la práctica de las virtudes, por eso deben tomar antorchas en sus manos: *et lucernæ ardentes in manibus vestris*. Los perfectos andan en la via unitiva, quiere decir, en la vida mas perfecta, por eso están dispuestos á recibir á su Señor, cuando vuelva de sus bodas: *et vos similes hominibus expectantibus Dominum suum, quando revertatur à nuptiis*.

Pero no podemos andar estos tres tramos de un camino tan difícil sin una columna de luz que nos guie, ó un ángel del Señor que nos preceda como á los hebreos. ¿Y qué guia, qué columna ó qué ángel podíamos hallar mas propio que el incomparable Antonio Abad, cuya memoria celebramos? ¿Quién huyó mas de los vicios? ¿quién practicó mas las virtudes? ¿quién subió á una santidad mas perfecta? Este asombroso desprecia-

dor del mundo, este primer patriarca de los monges, este azote de los demonios, este martillo de los herejes, esta luz de todo el oriente, este espejo de los mismos santos es el que yo voy á proponeros, como el modelo de los siervos de Dios en las principales vigiliass de su vida, esto es, en su niñez, en su edad consistente, y en su vejez. En su niñez enseña cómo se han de ceñir los vestidos todos los que principian la santidad. En su edad consistente, cómo han de tomar antorchas en las manos todos los que aprovechan en la santidad. En su vejez, cómo han de esperar al Señor todos los que se perfeccionan en la santidad. Así cualesquiera que vosotros seais, cristianos que me oís, Antonio os enseñará á empezar, á proseguir y á terminar felizmente el camino de la santidad. Para que sea con el fruto que corresponde, pidamos la gracia del Espíritu santo por la intercesion de la sacratissima Virgen, diciéndole devotamente: *Dios te salve, María, etc.*

PRIMERA PARTE.

La santidad, señores, es el único camino de la tierra al cielo: pero segun nos enseña nuestro Salvador, son muy pocos los que entran por él. Esto consiste en que á las dificultades propias del camino añadimos otras mayores: porque queremos andar un camino tan angosto rodeados del faustoso aparato de los honores, subir por un camino tan pendiente cargados con el peso enorme de las riquezas, correr por un camino tan lleno de abrojos, arrastrando la larga y delicada cola de nuestros placeres. Ah! Primero creeré yo que un camello entra por el ojo de una aguja, que el que vosotros, ó mundanos, entréis así en el reino de los cielos. ¡Cuántas dilaciones, cuántos tropiezos, cuántas caídas os impedirán el llegar al fin! Por eso los santos para andar por él, diñeron sus vestidos cuanto les fué posible: veámoslo así en el insigne Antonio. Nacido en tiempo de la mayor corrupcion, conservó la mayor inocencia, heredero de abundantísimos bienes, los repartió todos con los pobres, y pudiendo aspirar á las mas gloriosas esperanzas, dejó su patria, sus parientes y todas las cosas. Esto prueba, ó principiantes en la virtud, que para empezar tan dichoso camino es preciso abstenemos del pecado, de la inclinacion al pecado, del peligro mismo del pecado.

Es preciso abstenerse del pecado. Esta es aquella primera obligacion, por la cual desde el dia de nuestro bautismo prometimos solemnemente renunciar á Satanás, á sus obras y á sus pompas. Á Satanás, el antiguo enemigo del género humano, que rabioso de haber perdido su felicidad, no cesa de instigar á los hombres á que pierdan la suya: á sus obras, las sugerencias con que nos acomete: á sus pompas, los medios de que se vale para perdernos. Así siempre que seamos tentados debemos traer á la memoria esta palabra solemne, que repetimos tantas veces delante de Dios: *Abrenuntio*. Por eso pedimos al Señor en nuestras oraciones cotidianas, que no nos deje caer en tentacion, sino que nos libre de todo mal. ¿Qué otro mal hay sino el pecado? Las desgracias, las enfermedades, la muerte misma no son un verdadero mal; porque no nos apartan por sí del sumo Bien: solo el pecado, que nos aparta del sumo Bien, es para nosotros un sumo mal. *Sed libera nos à malo*.

Tal lo creyó Antonio, así por la cristiana educacion que le dieron sus padres, sabiendo que lo habian alcanzado del cielo á fuerza de súplicas, de lágrimas y de buenas obras; como por aquella luz interior, con que el Señor se dignó ilustrar los primeros rayos de su razon. ¡Con qué dolor miraba él á los otros niños de su tiempo ya correr á las casas públicas de prostitucion á aprender anticipadamente aquella malicia, de que aún no era capaz su débil corazon; ya ir á los templos de los falsos dioses, donde el ciego gentilísimo ofrecia al demonio la adoracion, que solo se debe al Dios verdadero, y á ofrecer al Dios verdadero las abominaciones propias del demonio; ya concurrir á aquellas aulas infelices, donde la herejía daba á beber en tan tierna edad un veneno, que tarde ó nunca se llega á vomitar! Para evitar todos estos precipicios él huía como Tobías de la compañía de los demás, y resolvió no salir de su casa sino para la casa del Señor, donde derramaba su alma inocente, pidiendo á Dios como los Niños de Babilonia, que no le dejase contaminar con la iniquidad de su siglo. Este fué el motivo por que se privó del conocimiento de las ciencias, para las cuales tenia tan excelente espíritu: su máxima era la misma que la del Apóstol, que no nos importa saber otra cosa que á Jesucristo, y eso crucificado.

No lo dudéis, alumnos del Señor, todos los conocimientos que bebiereis en esas fuentes venenosas de que abunda tanto

nuestro siglo, aún mas que el de Antonio, en esos libros perversos, que el infierno vomita y la Iglesia detesta; toda esa ciencia, digo, ponélla con el Sabio en el número de las vanidades. Aunque llegarais á saber por esos medios lo mismo que Agustino, tendríais que decir algun dia como él: una sola cosa sé, y es que nada sé. Seríais quizá tenidos por hombres ilustrados á vuestros propios ojos, ó á los del mundo ciego, que llama luz á las tinieblas, y tinieblas á la luz; pero apareceríais los mas estólidos en la presencia de Dios, que oculta sus misterios á los sabios y á los prudentes, y los revela á los humildes. Ved aquí por lo que el Señor dijo en el antiguo Testamento, y lo repite en el nuevo: yo perderé la sabiduría de los sabios, y reprobare la prudencia de los prudentes: *perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobo*.

Pero no basta huir exteriormente del pecado, es preciso arrancar del corazon toda inclinacion al pecado. ¡Cuántos se abstienen de pecar sin disminuir ni un punto sus malas inclinaciones! Abstienen por crianza, por genio, por temor, por imposibilidad, no por virtud. ¿No salió de Sodoma la mujer de Lot? Con todo el amor á aquel abominable país la hizo volver el rostro para él contra el precepto del Señor. ¿No salieron los israelitas de Egipto? Sin embargo, luego suspiraron por sus ollas. Toda carne es inclinada al mal en todo tiempo: así el Apóstol la llama con razon, ya cuerpo de pecado, porque fué concebido en él, ya carne de pecado, porque excita á él. Estos impulsos desarreglados son las verdaderas malezas que produce nuestra tierra, y el trabajo de arrancarlas es el sudor á que fuimos condenados: por eso, si las dejamos crecer, ahogan la simiente de la divina gracia; pero si las arrancamos, fructifican por ciento los buenos deseos que Dios nos inspira, las bellas resoluciones que formamos, y las santas obras que emprendemos, como sucedió á nuestro principiante Antonio.

Ay! Si él hubiera soltado la rienda á sus pasiones, si no las hubiera refrenado con todas sus fuerzas, ¿cómo hubiera podido resistir al ímpetu del mundo, que arremetió de improviso contra él? ¿Qué sensible le fué la muerte inesperada de su padre y de su madre, no solo por haber perdido con ellos sus primeros maestros en la virtud, sino mas aún por las grandes riquezas con que oprimieron su corazon, haciéndole heredero! ¡qué de cuidados afligieron su espíritu, viéndose precisado á

manejar unos bienes, que ya empezaba á aborrecer : á atender á la educacion de una hermana única, pupila, huérfana, de quien en adelante debia ser el padre, y á llenar las vastas esperanzas de su casa, de su parentela y de su pueblo ! ¡ Con qué ansia corrió un dia al templo del Señor á ofrecer á Dios las amarguras de su nueva vida, y á implorar el auxilio celeste, á tiempo que uno de los ministros del Sacrificio leia en alta voz aquellas palabras de Cristo : si quieres ser perfecto, anda, vende todo cuanto tienes, y reparte su precio con los pobres. No esperó á más : al instante conoció que estas palabras se repetian continuamente ; porque habian sido dichas á todos los cristianos en la persona de los primeros discípulos ; y Dios mismo le dictó en el fondo de su alma, que desde ese dia las enderezaba particularmente á él. Ah, señores ! ¡ si viérais á este virtuoso jóven inflamado de la caridad derramar en un solo dia todos sus tesoros en el seno de los necesitados, encomendar su hermana á ciertos parientes timoratos, y quedar expedito para seguir desnudo á Jesucristo !

¡ Qué atras deja ya este grande hombre á los que no nos atrevemos á dejar, no digo lo que es propio ; pero muchas veces ni lo ajeno ! Los clamores del jornalero suben hasta el trono del soberano Dios de Sabaot, y con todo no pueden hacer inclinar nuestros oídos. Los gemidos de la viuda, del pupilo, del desnudo, del hambriento, del enfermo, del afligido parecen quebrantar hasta las mismas piedras, y nosotros solo nos ocupamos en ensanchar nuestros graneros, en añadir casa á casa, y posesion á posesion, y en aumentar el número de nuestras arcas. Dios mio, ¿ será esto arrancar de nuestro corazon la codicia, que es la raíz de todos los males, y podremos decir con el santo Job, que desde nuestra infancia ha crecido con nosotros la misericordia ? Ya que oímos á cada paso las mismas palabras que Antonio, inspirádnos el mismo desengaño para dejar, no solo nuestra inclinacion al pecado, sino para huir hasta el menor peligro del pecado.

Quien ama el peligro perecerá en él, dice el Señor. En efecto, ¡ cuántos cayeron por fin, que no hubieran caído, si hubieran sido mas vigilantes ! Si Adán y Eva no hubieran oído las promesas lisonjeras de la serpiente, no hubieran comido aquel fruto fatal, que fué un veneno para ellos y para nosotros : si David hubiera apartado sus ojos de la incauta mujer de

Urias, no hubiera cometido aquel homicidio y aquel adulterio : si Pedro no hubiera entrado en el palacio de Pilátos, hubiera conservado sus fervorosas resoluciones de morir ántes que negar á su Maestro. El hombre siempre es diferente de sí mismo, puesto voluntariamente en la ocasion : Dios le deja en las manos de su temeridad, el demonio redobla sus astucias, y su misma flaqueza le impele al precipicio. En tan críticas circunstancias ¿ quién se gloriará de la victoria ? Así convenia para que el que está de pié cuide de no caer, y cualquiera que se gloriare, se glorie únicamente en el Señor.

Antonio, que conocia muy bien la debilidad de nuestras fuerzas, no se contentó con haber dejado sus bienes en particular, él se propuso dejar todo el mundo en general. ¡ Qué resolucion : dejar sus parientes con todas sus relaciones, sus amigos con todos sus pasatiempos, su pueblo con todas sus esperanzas ! Aunque su hermana emplea todas las lágrimas de que es capaz la ternura de su sexo, aunque Satanas le representa todos los horrores que sufrirá en la soledad, esta alma impertérrita sale de su país como los israelitas de Egipto, y toma el camino del desierto. Preguntémosle, hermanos míos, ¿ qué vestuario ha prevenido para una vida, que podrá durarle un siglo entero : qué sustento, donde no tendrá ni una yerba verde : qué agua en aquella inmensa sequedad : qué habitacion en donde no hay mas que arenales : qué descanso para su persona : qué defensa para las fieras : qué resguardo para las intemperies del sol y de la nieve ? Ah ! La sola palabra del Señor, en que nos manda no inquietarnos por el dia de mañana, pensando como los gentiles, qué comeremos, qué beberemos, ó qué vestiremos, sino buscar solamente el reino de Dios y su justicia : ved aquí todo su equipaje. Con estas solas armas de la fe vence ya al espíritu de melancolía, que le representa la hermosura y la juventud de su hermana expuesta á mil peligros, de que él era la causa : ya al espíritu de temor, que le figura las asperezas de su nueva vida incompatibles con la nobleza de su sangre, con la delicadeza de su educacion, con la debilidad de su salud : ya al espíritu de deshonestidad, que le hace ver corporalmente varias mujeres, empleando todos sus atractivos para incitarle á pecar, sin mas testigos que aquellas silenciosas montañas : ya al espíritu de avaricia, que le hace tropezar á cada paso con alhajas de plata y de oro. ¡ Buen

Dios : qué de obstáculos para detenerle ! Pero la parte superior de su espíritu, adonde no pueden llegar estas tempestades, impele siempre su cuerpo desfallecido hácia el yermo.

Dejémosle internar, y volvamos sobre nuestros pasos, para examinar si seguimos, aunque sea de léjos, el camino de Antonio. ¿Parécense en algo sus sacrificios á los nuestros? ¿Qué bienes hemos dejado? ¿qué pasiones hemos vencido? qué cadenas hemos roto? ¡Oh, si hubiéramos salido del mundo como él, cuántos pecados hubiéramos ahorrado! Los más de los vicios no hallan en la soledad sino unos objetos muy débiles, incapaces de fomentarlos mucho tiempo : porque la soberbia no tiene sobre quien elevarse, la avaricia no encuentra sus tesoros, la sensualidad no puede pasar del pensamiento, la ira no halla lugar alguno, ménos puede hallarlo la gula, lo mismo sucede á la envidia, y aun la pereza no siendo ayudada de otros pecados no puede ser de larga duracion. Por eso los santos salian comunmente, á imitacion de Abraham, de su casa y de su parentela, para ir á peregrinar en la tierra, que les mostraba el Señor. Yo bien sé que no todos pueden dejar al mundo, con el cual han contraido alianzas indisolubles : que muchos como Jonas no pueden salir del vientre de aquel pez, que los rodea por todas partes. ¿Pero no podéis ir en espíritu, como él, á la presencia de Dios, para derramar allí vuestros gemidos? ¿No podéis salir, como Pedro, del lugar de vuestras caídas? ¿No podéis levantaros, como David, de esa cama, que manchasteis, para lavarla con vuestras lágrimas? ¿No podéis restituir cuadruplicadamente, como Zaqueo, los bienes mal adquiridos? ¿No podéis ocurrir con dones como Jacob para aplacar á ese hermano que habéis irritado? Pues tenéd entendido, que jamas entraréis en el reino de los cielos, sin empezar así el camino de la perfeccion; y que no podéis empezar este camino, sin recoger bien vuestros vestidos de todo pecado, absteniéndos de la inclinacion á él, y aún del peligro de caer en él : *sint lumbi vestri præcincti.*

SEGUNDA PARTE.

No contemplemos ya á nuestro famoso anacoreta entre los principiantes, sino entre los aprovechados : porque despues de haber recogido tanto en el mundo sus vestidos morales, se re-

tiró al desierto para tomar en sus manos la admirable antorcha de la santidad, segun el precepto evangélico : *et lucerna ardentis in manibus vestris.* El que se ha apartado ya de lo malo, tiene andada la mitad del camino : solo le falta la otra mitad, que es practicar lo bueno ; y disipadas una vez las nieblas de la via purgativa, se corre á pasos de gigante por la iluminativa. Los mayores obstáculos, que tuvieron los israelitas para ir á la tierra de promision, fueron á la salida de Egipto : pero vencido Paraon con todo su ejército, la columna de luz que les precedia, y la mano del Señor que les acompañaba, les ayudaron visiblemente á hacer largas jornadas. Ved aquí lo mismo que aconteció á nuestro santo : porque pasadas aquellas horribles tempestades, con que fué afligido cuando salió de su pueblo, se halló cerca de unas cuevas, donde habitaban ciertos cenobitas dirigidos por un santo hombre para trabajar incesantemente en su salvacion. Aquí fué donde tomó las primeras lecciones de aquella vida asombrosa, que entabló luego en un castillo viejo, y despues en el monte Arsinoe.

Este desierto, señores, era un lugar enteramente retirado del bullicio, y aún de la noticia del mundo, tan árido para producir los frutos del tiempo, como fértil para los de la eternidad. Allí los siervos de Dios libres de la censura de los hombres, de la corrupcion de los pueblos, y de la persecucion de los tiranos, vivian tan escasos de vestuario y de alimento, como ricos de gracia y de virtudes. La oracion, este era su pan, no diré cotidiano, sino continuo : la gracia del Espíritu santo, esta era su fuente de aguas vivas : su vestido interior era la inocencia, y el exterior un saco y un cilicio. Tambien trabajaban con sus manos para evitar la ociosidad, haciendo esteras, espuestas, rejas de arado y otros utensilios, con que labraban su ingrato terreno. Nadie hablaba sino para alabar á Dios, ó edificar á su prójimo : el corto sustento que tomaban, iba siempre mezclado con la leccion y la mortificacion. El Abad velaba sobre cada uno, inquiriendo sus tentaciones y sus llamamientos, para auxiliar el bien, y remediar el mal. Padecia este estímulos de sensualidad, se aumentaba su penitencia : era aquel tentado de desidia, se le redoblaba el trabajo. Si uno tenia don de enseñar, se le señalaban discípulos ; si otro deseaba servir, se le destinaban enfermos. No habia mas ley que la obediencia, ni mas privilegio que la imposibilidad. Ningun vicio era

conocido, ninguna virtud ignorada. No tenían mas deseo que el del cielo, ni mas horror que el del infierno.

Ved aquí donde llegó Antonio á pedir instrucciones para su destino. ¡Con qué cuidado los observaba á todos, y con qué atención los oía! Al que jamas levantaba los ojos del suelo, preguntaba cómo habia aprovechado tanto en la humildad, en la circunspeccion, y en el conocimiento de sí mismo: al que hallaba mas fervoroso pedia documentos sobre la oracion: al que veía inocente hasta en su semblante, rogaba le diese arbitrios para lograr aquella pureza angélica: de este inquiria la historia de su aplicacion al trabajo, y de aquel la ternura de su caridad: cuál le enseñaba el modo de vencer las tentaciones, cuál el de discernir los buenos impulsos de espíritu; á todos acudia, á todos consultaba. Como la infatigable abeja recorre todas las flores del jardin ó del prado, tomando de una la cera, y de otra la miel, así este siervo del Señor llenaba su alma de los preciosos rudimentos, que le habian de servir para labrar el panal admirable de su santidad. ¡Cuánto lloraba el tiempo que habia vivido sin conocer á estos santos solitarios! ¡Qué locos le parecían los mundanos, que consumiendo tantos años en aprender unas ciencias de poca duracion, no dan ni un solo día á la ciencia de la eterna salud!

¡Decídme ahora, hermanos míos, lloraria ménos Antonio, si viese nuestro afan en lo temporal, y nuestro descuido en lo eterno? Los días y las noches se hacen demasiado cortos al infatigable labrador para disponer su campo á una buena cosecha, al comerciante para girar su capital, al pretendiente para conseguir su acomodo, al artesano para adelantar sus obras, al litigante para lograr una sentencia favorable, al jóven para disfrutar sus necios amores, á la doncella para proporcionar su casamiento: pero ninguno halla un solo instante para dedicarse á la virtud, para pensar en los medios de servir á Dios, y merecer una dichosa muerte. ¡Quién diera á mis ojos aquellas fuentes de lágrimas, que nuestro santo derramaba por la necesidad de los habitantes de su pueblo! Yo las derramaria por la necesidad de los del nuestro, á fin de que abriesen los ojos para ver el desprecio que merecen las cosas de la tierra, y el aprecio que se debe á las del cielo.

Antonio hubiera permanecido siempre con aquellos virtuosos monjes, si no estuviera tan impaciente por reducir á prác-

tica todas las instrucciones que habia tomado. Oír y no ejecutar, dice el apóstol san Judas, es ser como el que se mira en un espejo, y al instante se olvida de la figura de su rostro: es como una campana ó un timbal que se toca, los cuales en el primer momento hacen mucho ruido, pero jamas pasa al siguiente; es como los árboles arrancados en otoño y ya secos, que no dan muestras de su antiguo verdor: es como las olas de un mar tempestuoso, que segun su furor parece que van á destruir todas las peñas, pero que apenas las tocan se deshacen: es como aquella luz brillante que suele formarse en el cielo, que apenas la hemos visto, se nos desaparece: de todos estos similes usa el citado apóstol, y aún no bastan para hacernos ver la necedad de los que no practican las doctrinas, que han aprendido. Por el contrario, dichosos, dice el divino Redentor, los que oyen la palabra de Dios, y la observan: *beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.*

Así sucedió al nuevo anacoreta, que cargado de las preciosas simientes, que habia recogido, se internó todavía mas en el desierto, buscando el lugar mas á propósito para hacer su plantel. En efecto, tropezó con un castillo viejo, cuyas concavidades formadas de sus ruinas le parecieron muy propias para ocultar hasta de sí mismo los progresos de su perfeccion. Él vá á entrar; pero le sale á acometer una bestia de un tamaño enorme, y una figura horrible: sus alas eran puntiagudas á manera de las del murciélago, con su larga cola batia todo el edificio, y sus bramidos espantosos hacían estremecer la tierra. Sin embargo Antonio no retrocede, ántes haciendo sobre sí la señal de la cruz, arremete: entónces desapareció la vision. ¿Quién será capaz de referir los continuos combates con que siguió inquietándole aquí el enemigo? Parece que Satanas recibió entónces el poder de perseguirle, como al santo Job, por todos los medios que pudiese sugerirle su infernal astucia: porque ya introducía en su habitacion un incendio, cuyas llamas iban á devorarle: ya le asaltaba sucesivamente bajo la figura de las bestias mas feroces, el oso, el tigre, el leon: ya le tomaba en alto, y le dejaba caer, hiriéndole mortalmente en aquellos escombros. Pero Antonio lo sufría todo con la misma paciencia que aquel antiguo amigo de Dios, diciendo siempre: bendito sea el nombre del Señor. Otras veces mudaba el demonio de sistema, confesándose vencido para vencerle mejor por

la vanidad : pero él se decia á sí mismo como san Pablo : ¿ qué tengo yo que no lo haya recibido de Dios? Y si es suyo, ¿ por qué puedo gloriarme como si fuese mio? Otras afligia su espíritu con una tristeza mortal, pareciéndole que con aquella vida se hacia homicida de sí mismo, y que por eso el cielo se habia hecho como de bronce á sus suspiros. Otras en fin le abofeteaba con la misma tentacion, con que abofeteó al Apóstol, para que no le ensoberbeciese la grandeza de las revelaciones, hasta que el Señor compadecido de su angustia le decia como á él : Antonio, bástate mi gracia. ¡ Qué vida tan atribulada! Veinte años pasó aquí de combates ; pero veinte años de triunfos : veinte años de tentaciones ; pero veinte años de virtudes.

No creáis, señores, que estas son puras imaginaciones : son hechos recogidos por un Atanasio de la boca misma de Antonio : son relaciones recibidas por un Gerónimo de la mano misma de Atanasio. Si vosotros no padecéis este género de combates, es porque el demonio no los emplea con los que cree suyos. ¿ El enemigo acaso hiere á los soldados ya rendidos? No, él emplea toda su furia contra aquellos valerosos atletas, de quienes teme la ruina de su imperio : pero á los demas solo tienta débilmente, cuanto logre conservarlos bajo sus viciosas banderas. Ah! si os pusiérais en su contra tan de veras como Antonio, tambien experimentaríais toda su astucia. Por eso dice el Sabio : si te resolvieres á entrar en el servicio de Dios, prepara tu alma para la tentacion; y san Pablo : todo el que quisiere vivir piadosamente en nuestro Señor Jesucristo, padecerá persecucion.

Volvamos á este grande solitario, que se ve precisado en fin á dejar su castillo, porque bien á pesar suyo ha volado por todos aquellos desiertos la fama de su santidad. Ved aquí la piedra de toque, con que se examinan los quilates de la virtud del justo, los grados de fervor con que él huye la estimacion mundana : porque si él la busca con ansia, ó aún si él la recibe con complacencia, su virtud es todavía muy defectuosa ; pues parece que mas ha aprovechado en el amor, que en el desprecio de sí mismo. Es muy semejante á la de los fariseos, que hacian sus oraciones y sus limosnas en los lugares mas públicos, y extenuaban de intento sus rostros para que se conociesen sus ayunos. Pero el Señor ordena con este motivo á sus discípulos, que huyan de toda publicidad : que el dia en que ayunen lo disi-

mulen mas en su semblante : que aún su mano siniestra ignore lo que da su derecha ; y que oren con las puertas cerradas en un lugar tan oculto, que solo el Padre celestial, que ve en lo oculto, pueda darles su recompensa.

Siguiendo estos principios no podia sufrir nuestro santo la gran veneracion, que le testificaban todos los que venian á pedirle consejo, porque estos la comunicaban á otros, refiriendo cada uno la sentencia que habia logrado oír de su boca; de suerte que era ya inmensa la multitud de los que ocurrían cada dia hasta de las regiones mas remotas. Así el que no habia cedido su castillo á todo el infierno conjurado para arrojarle de él, lo cedió al temor de la pública estimacion; y sin dar cuenta ni aún á un antiguo bienhechor, que de seis en seis meses le llevaba unos mendrugos de pan para sustentarse, se retiró cincuenta millas mas á una selva ó monte llamado Arsinoe. Aquí es donde Dios le esperaba, no para verle todo entregado á la vida contemplativa, como Antonio habia resuelto, sino para ejercitarle mas en la vida activa ; porque bien seguro el Señor de lo que su siervo habia aprovechado en la oracion, en la pobreza, en humildad, en la paciencia y en la penitencia, le preparaba ocasiones de adelantarse tambien en la caridad, en la dulzura, en la prudencia, y en otras virtudes sociales. Con efecto, apenas llegó á aquella morada le cercaron innumerables solitarios, pidiéndole con lágrimas fuese su padre, su luz, y su consuelo en medio de aquellas asperezas, donde no habian encontrado quien les guiase. Él mismo conoció, que el cielo era el que le llamaba á aquel santo destino, y que no debia resistir; pero las cualidades, que eran necesarias para eso, le acobardaban. ¡ Qué sabiduria no era preciso tener para dirigirlos! ¡ qué dulzura para atraerlos! ¡ qué celo para animarlos! ¡ cuánta compasion con los enfermos! ¡ cuánta vigilancia con los sanos! ¡ cuánto sufrimiento con los discolos! Todo lo desempeñó de un modo asombroso. Aún á los que arrojaban de otros desiertos por incorregibles, Antonio los recibia con los brazos abiertos, teniendo por máxima, que los hombres siempre deben sernos muy apreciables, porque los malos pueden llegar á ser buenos, y los buenos pueden hacerse grandes santos. ¡ Qué de preceptos celestiales les da sobre la pobreza del espíritu, sobre la pureza del corazon, sobre la modestia del cuerpo! De este modo formó de sus discípulos los santos mas ilustres, los Atana-

sios, los Macarios tanto Egipcios como Alejandrinos, los Hilarios, los Panuncios, los Pafuncios, los Serapiones, y otros muchos, que fundando despues monasterios en todas partes con la misma doctrina, poblaron el universo de Antonios.

Dichoso, hermanos míos, el que se reproduce ó multiplica de esta suerte, porque sus buenas obras hacen que los que les ven glorifiquen al Padre celestial. Pero desdichado el que en vez de edificar escandaliza. ¡Ay de aquel hombre, dice el Señor, por quien vienen al mundo los escándalos! Mejor le fuera ser arrojado en el fondo del mar con una piedra de molino al cuello, porque así perecería solo su cuerpo: pero por el escándalo pierde su alma y la de los otros. Los discípulos de Cristo, léjos de corromper, deben ser sal de la tierra que preserva de la corrupcion; ciudades puestas sobre un monte, que sirvan de modelo á los demas; luz del mundo, que ilustre á todos con su buen ejemplo. Esto es lo que da á entender el sagrado Evangelio, cuando nos manda tomar antorchas en las manos para iluminar á todos con su esplendor. El que las tomare, sea que reciba instrucciones, sea que las practique, sea que las dé á sus hermanos, siempre hará como Antonio asombrosos progresos en la virtud.

TERCERA PARTE.

Despues de esto, ¿quién diría que él no estaba aún tan perfectamente dispuesto á recibir al Señor, como los siervos que le esperan á la vuelta de sus bodas? Segun Dios mismo le descubrió un dia en medio de su oracion, todavía no igualaba la perfeccion de un curtidor de Alejandría. Con esta revelacion no deliberó mas: él sa'e al instante de su monasterio, se dirige á aquella ciudad, y sabe de la boca misma de aquel hombre justo, que los medios con que se había perfeccionado, son la humildad y la fidelidad en cumplir las obligaciones de su estado: desde entónces escogió estos medios para entregarse todo á la perfeccion. Esta perfeccion, hermanos míos, no consiste, como se cree vulgarmente, en milagros, en profecías, en visiones, en éxtasis, en arrobamientos: estos á la verdad son dones, que Dios suele conceder á los perfectos: ¡pero cuántos sin ellos, como el curtidor, cumplen aquel precepto del Señor: sed perfectos como lo es vuestro Padre que está en los cielos! Lo

que se nos pide para esto es un amor de Dios tan ardiente, que ni la hambre, ni la tribulacion, ni la espada, ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo futuro, ni el cielo, ni el infierno, ni criatura alguna pueda separarnos de la caridad de Dios. Tambien se debe tener á los hombres un amor tan fervoroso, que obligue como á san Pablo á hacerse anatema por sus hermanos; porque segun nos enseña el divino Salvador, ninguno puede tener mayor caridad que la que le hace dar la vida por los que ama. Por eso ya veremos á Antonio cumpliendo heróicamente estos máximos preceptos, que contienen toda la ley, en las dos persecuciones que se suscitaron en su tiempo, la una por el gentilismo, y la otra por el arrianismo.

El gentilismo bajo los emperadores Diocleciano y Maximiano suscitó contra el cristianismo la décima, y la mas sangrienta de las persecuciones. ¡Qué edicto tan cruel publicaron uno en Oriente, y otro en Occidente! Que todas las iglesias que se encontrasen, se demoliesen hasta sus cimientos: que se quemasen todos los ejemplares de las Escrituras sagradas: que se buscasen todos los obispos, y se llevasen presos á la capital para ser juzgados: que todos los cristianos fuesen inmediatamente privados de sus bienes, empleos ó dignidades: que miéntras no abjurasen su profesion fuesen esclavos; y que todo el que no adorase los dioses de la gentilidad fuese atormentado y condenado á muerte. Tan cruel era la ley, pero mucho mas cruel fué su ejecucion: porque en solos los primeros cuarenta dias no pueden reducirse á número todos los que murieron despeñados, quemados, desollados, descuartizados, fritos, ahogados, apedreados, aserrados, crucificados, devorados; sin contar los infinitos que huyeron á los montes, y quisieron mejor perecer entregados al hambre ó á las fieras, que á los tiranos. No habia edad, sexo, ó estado privilegiados, ni retiro, caverna ó desierto en que no fuesen perseguidos.

¡Qué noticias estas para un Antonio, que negado á sí mismo, solo deseaba ya la cruz, que fuese mas propia para seguir á Jesucristo! ¡qué santa envidia tenia desde su soledad á aquellos esclarecidos mártires! ¡qué dichosa impaciencia de sufrir el martirio! Él vuela con sus monjes á Alejandría, á donde llegaban los santos de todo el Oriente para ser entregados al suplicio. De dia no moraba sino en las cárceles ó en los cadalsos, consolando á unos y sosteniendo á otros, hasta dejarles asegu-

rada la victoria; y de noche en los cementerios, dando sepultura á sus sagrados cuerpos. Entre los que le merecieron mayor celo fué una hermosísima y nobilísima doncella en la flor de su edad, que por cristiana habia sido hecha esclava de un hombre, ó mas bien diré de una bestia; el cual no pudiendo reducirla á condescender con sus brutales apetitos, la delató de pertinacia, y fué condenada á morir en una olla de pez hirviendo. Así se ejecutó; pero por tres horas enteras que duró el tormento de aquella santa, Antonio no se apartó de su lado hasta que vió subir al cielo su alma en forma de paloma, llevando las dos palmas de mártir y de vírgen. Lo mismo ejecutó con sus discípulos san Pafuncio y san Panuncio, á quienes poco ántes de que espirasen abrazó de gozo, envidiándoles su suerte. No le quedó diligencia que hacer, para que le prendiesen: habló muchas veces con el mismo gobernador: lavó su hábito para ser mas conocido por el color blanco, de que solo usaban los monjes, y se presentó con él en medio de los verdugos; pero jamas consiguió que le diesen ni un solo baldon.

La persecucion acabó, mis hermanos, con la muerte de los emperadores, y Antonio no logró satisfacer el menor de sus deseos: ántes al contrario el gran Constantino recién convertido á la fe, y su madre santa Elena le amaron como á un padre, le consultaron como á un profeta, y le veneraron como á un apóstol. ¿Qué confusion para él volverse á su retiro lamentándose de no haber adelantado, como él decia, ni un solo paso en el servicio del Señor! Pero qué servicio para el Señor haber igualado al mérito de los mártires sin la ejecucion del martirio! Sus virtudes recibieron entónces todo aquel realce, de que son capaces sobre la tierra: porque su humildad excedió con mucho la del curtidor, creyéndose el hombre mas malo del mundo, pues que Dios no habia querido aceptar su sacrificio. Por eso redobló sus austeridades, para suplir en su cuerpo lo que habia faltado al rigor de los tiranos: su oracion se hizo tan continua, que mas bien parecia un ángel que un hombre, llegando á estar tres dias enteros sin interrumpirla: su caridad tan ardiente, que le devoraba, como á Elías, el celo por la salud de las almas. Los demonios mismos huían tanto de su presencia, que para arrojarlos bastaba el nombre solo de Antonio; y los prodigios se le hicieron tan familiares, que se vió precisado á señalar las horas en que cada día debían traer los en-

fermos para sanarlos: y cuando aún así le faltaba el tiempo, ordenaba á sus monjes que los sanasen. Entónces supo por inspiracion divina, que en el mismo desierto moraba un amigo de Dios, á quien debia visitar. ¡Con qué ansia lo busca, y con qué regocijo lo halla! Pablo, exclamó Antonio: Antonio, exclamó Pablo, sin que jamas se hubiesen conocido ni saludado. ¡Ah, Pablo y Antonio, qué hombres! ¡qué virtudes! Ellos se comunican mutuamente su espíritu, y se separan luego, uno para recibir su eterna recompensa, y otro para sufrir nuevos combates.

Detengámonos ahora un momento para comparar aquella visita con nuestras visitas, y aquella conversacion con nuestras conversaciones. Muchas veces nos vemos precisados á visitar ya por obligacion, ya por política, ya por religion. Pero el mal está en que á estas visitas necesarias añadimos tantas visitas inútiles, con que malgastamos el tiempo, y lo hacemos malgastar; y quizá tambien tantas visitas escandalosas, en que ponemos un tropiezo á la salvacion de nuestros prójimos, ó lo recibimos. ¿Y sobre qué materias rueda comunmente nuestra conversacion? No es lo peor cuando rueda sobre materias frívolas, como el rigor de las estaciones, y las novedades que ocurren: lo mas lastimoso es que raras veces deja de caerse sobre materias muy perjudiciales, los defectos del juez, del sacerdote, del ciudadano, de la casada, de la viuda, y de la doncella. ¿Es este el fin, que la sociedad se propone en las visitas? ¿Fué así la conversacion de aquellos ilustres santos? No por cierto: la locura de los mortales en fabricar palacios para una vida de tan corta duracion, los medios admirables con que nos sustenta la divina Providencia sin merecerlo, y las maravillas del reino de Dios, ved aquí cual fué el asunto de sus entretenimientos. Así no nos admiremos si Dios mismo los autorizó con aquel pan milagroso traído por un cuervo para los dos, en vez del medio que habia traído para uno solo por espacio de sesenta años.

Yo tengo, señores, que olvidar á Antonio yendo á su retiro, y volviendo á llorar y sepultar el cadáver de Pablo, porque ya es preciso hablar del último y el mas glorioso de sus triunfos, que fué contra el arrianismo. Muerto el gran Constantino y sus hijos Constantino y Constante, recayó todo el imperio en otro hijo llamado Constancio, que aunque católico, favoreció con todas sus fuerzas á Arrio, sacerdote de Alejandría, en la pro-

pagacion de mil errores deducidos de este falso principio : que el Verbo divino no es coeterno, consubstancial, ni Dios por naturaleza como su Padre, sino solo por participacion. A esto añadia otra espantosa falsedad, asegurando que todos sus pensamientos eran aprobados y sostenidos por el abad Antonio.

¡Qué dolor para este varon santísimo ver autorizadas con su nombre tan horribles blasfemias! Él no se detiene ni un momento : apoya sobre un pequeño cayado su cuerpo encorvado ya con el peso enorme de mas de un siglo, y lo endereza para aquella populosa ciudad, en donde entra á la mitad del dia. La fama de su extraordinaria santidad le habia prevenido, y su figura venerable con tantos años y tanta penitencia hizo que le siguiese luego una infinita multitud. ¡Con qué entereza se dirige á la plaza mayor, se hace levantar un poco sobre el pueblo, y empieza á dar razon de su fe! ¡Con qué ternura invoca el inefable misterio de la augustísima Trinidad con aquella igualdad de personas y unidad de naturaleza, con que lo invocó despues su discípulo san Atanasio, segun las instrucciones que habia recibido de su santo Maestro! ¡Con qué claridad expone la encarnacion del Verbo divino, su vida, su muerte, su resurreccion, la redencion del mundo, la segunda venida del Salvador á juzgar los vivos y los muertos, y el premio ó castigo de la vida eterna! Él repite continuamente sus sermones, y disputa con los príncipes de la heregía, que vinieron muchas veces á confundirlo y salieron confundidos. Si esa doctrina que vosotros enseñáis es la verdadera, les decia, dad la vista á aquel ciego, el habla á aquel mudo, la sanidad á aquel leproso, la vida á aquel muerto, como yo lo hago con estos en el nombre de Jesucristo; y el pueblo que estaba mirando estos prodigios, clamaba al instante, que la fe de Antonio era la verdadera. Por eso se cuenta que en poco mas de un año convirtió á la fe mas de setenta mil personas.

De aquí escribió á sus monjes aquellas célebres cartas sobre la vocacion divina, sobre la vigilancia cristiana, sobre los beneficios de Dios, sobre la dignidad del santo Precursor, sobre las excelencias de los ángeles, sobre el juicio final, y sobre la grandeza del Señor, las cuales segun refiere el Padre san Gerónimo, se leían en muchas iglesias al tiempo de la misa, como las Epístolas de san Pablo. Y de aquí se volvió otra vez á su desierto para acabar de disponerse á morir. Desde el mismo

camino conoció que se acercaba ya su tránsito; porque elevado en espíritu vió anticipadamente que su alma sabia de su cuerpo, que los ángeles la conducian al paraíso, como á la del pobre Lázaro : pero que los demonios querian precipitarla en el infierno, como la del rico avariento. No debe ir al cielo, porque ha cometido muchos defectos, clamaban los demonios: ya los ha reparado ventajosamente con sus buenas obras, respondian los ángeles : en esto comprendió tambien el grado eminente de su perfeccion. Así cuando llegó al monasterio juntó como Jacob á todos sus hijos para bendecirles, y aconsejarles por la última vez, segun previa las necesidades en que se habian de ver : á uno encargaba la castidad, á otro la obediencia, á otro la disciplina regular, á otro la paz con sus hermanos, á otro el buen ejemplo, y á todos un gran valor en la nueva persecucion que habia de sobrevenir mas terrible aún que la precedente. Tambien hizo legado de todos sus bienes, reducidos á una capa vieja, que mandó devolver á san Atanasio, de quien la habia recibido nueva, y una túnica, que ordenó dar á su discípulo san Serapion en reconocimiento de lo mucho que habia sufrido de los arrianos. Despues encargó á dos de sus monjes cuidasen de sepultar su cuerpo en un lugar tan oculto, que nadie supiese de él; y en efecto no se ha sabido mas hasta el dia presente, como sucedió con el de Moises. En fin, fortalecido con los santos sacramentos, que recibió de mano de san Macario, arrebatado en un famoso éxtasis, que dejó su cuerpo tan brillante como un globo de luz, y elevado en el aire salió del mundo, donde habia habitado por espacio de ciento y cinco años, y voló á la celestial Jerusalem.

¡Qué muerte, señores! tan preciosa á la verdad como habia sido su vida. Segun ella nosotros llevamos muy errado el camino del cielo; porque viviendo como vivimos, nos atrevemos á decir con un profeta, que vivia como nosotros : que yo muera, Señor, con la muerte de los justos : *moriatur anima mea morte justorum*. Quiere decir, que apetece la corona huyendo de la lucha, y la gloria de los santos sin sus virtudes. Pero no será coronado, dice el Apóstol, sino el que pelear legítimamente. ¡Si quisiera Dios que la vida de Antonio nos hiciera hoy la misma impresion que ha hecho en todos tiempos! la que hizo á santa Marcela, que segun refiere el padre san Gerónimo, se propuso ejecutar en Roma lo mismo que aquel en Egipto : la

que hizo al P. san Agustín, que al oírlo, resolviendo dejar ya todas sus abominaciones, exclamó: ¿unas gentes sin instrucción se arrebatan el reino de los cielos, y nosotros con toda nuestra sabiduría nos revolcaremos siempre en los vicios? El mismo Padre cuenta de dos amigos suyos, que habiendo visto casualmente escrita esta vida en una casilla de campo, desde allí mismo dejaron el palacio del emperador á quien servían, y se retiraron al desierto. También santa Teresa de Jesús hace mención de algunas almas de su tiempo, que imitaron en España los mismos rigores de nuestro santo en la Tebaida.

¡Quién pudiera conducirnos ahora á aquel mismo desierto, en que este gran siervo de Dios vivió y murió; y que sus monjes os manifestasen todos los lugares que él santificó con sus heroicas acciones, como lo ejecutaron con la inmensa multitud que ocurrió de todo el mundo, cuando se divulgó su fallecimiento! Aquí oraba, decían, y llegó á estar tres días enteros de rodillas, sin interrumpir su oración: allí tomaba el corto alimento, que no podía negarse sin pecado; pero nunca lo tomó mas frecuentemente que cada tercero día, y solía pasar hasta ocho y quince sin gustarlo: mas allá se disciplinaba hasta dejar el suelo empapado en su sangre: este es el lugar donde sanaba los enfermos, sin que ni uno solo volviese á salir con su enfermedad: aquel, donde nos hablaba á todos palabras de vida eterna: es otro es donde terminó sus admirables días. Ocurrió allá á lo ménos espiritualmente, para que se transforme en Antonio vuestro corazón, como sucedió al grande héroe de Padua, que resolvió adoptar, no solo las virtudes, sino hasta el nombre mismo de Antonio.

No hay otro modelo mas propio para enseñar á los principiantes á dejar los vicios, á los aprovechados á practicar las virtudes, y á los perfectos á aumentar la perfección. Pero, hermanos míos, si no dejáis enteramente al mundo como él, dejad á lo ménos vuestras pasiones: *sint lumbi vestri præcinelli*. Si no os vais al yermo á tener una vida eremítica, no dejéis de las manos el retiro y la oración: *et lucernæ ardentes in manibus vestris*. Finalmente, si no esperáis al Señor, combatiendo contra los enemigos de vuestra fe, combatid siempre contra los enemigos de vuestra alma. Este es el modo de participar de la santidad de Antonio sobre la tierra, y de su eterno galardón en el cielo. Amen.

SERMON

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EL TEMOR DE DIOS HIZO FUERTE Á SAN ANTONIO ABAD
CONTRA TODAS LAS TENTACIONES.

*Timenti Dominum non occurrent mala, sed in tentatione
Deus illum conservabit et liberabit à malis.*

Al que teme á Dios no le sucederá mal alguno; el Señor le librerá de todos y le conservará firme en la tentación.

Ecclesiastic. c. 33. v. 1.

No necesitaba de nosotros, y el Señor con la fuerza omnipotente de su brazo nos sacó de la nada, nos crió á su imagen y semejanza y sujetó á nuestro dominio á los peces del mar, á los volátiles del aire y á todos los animales de la tierra. Su providencia vela incesantemente sobre nosotros, nos cuida y conserva con el amor de un padre, nos defiende de los peligros, nos regala y llena de beneficios, y si rebeldes y olvidados de su bondad correspondemos con ingratitudes, su infinita misericordia nos perdona, nos compadece y nos admite de nuevo á su reconciliación. Después que un Dios por esencia, después que un Dios infinitamente poderoso, después que un Dios sabio, justo, independiente, eterno, tomó carne en el seno de una virgen, se hizo hombre y habitó entre nosotros, precisamente para nuestro bien y para nuestra salud: después que este mismo Dios se ofreció á sí mismo víctima de propiciación, y derramó su sangre en una cruz para lavar con ella los pecados de los hombres, ¿quién podrá dudar que nos ama y que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres?

que hizo al P. san Agustín, que al oírlo, resolviendo dejar ya todas sus abominaciones, exclamó: ¿unas gentes sin instrucción se arrebatan el reino de los cielos, y nosotros con toda nuestra sabiduría nos revolcaremos siempre en los vicios? El mismo Padre cuenta de dos amigos suyos, que habiendo visto casualmente escrita esta vida en una casilla de campo, desde allí mismo dejaron el palacio del emperador á quien servían, y se retiraron al desierto. También santa Teresa de Jesús hace mención de algunas almas de su tiempo, que imitaron en España los mismos rigores de nuestro santo en la Tebaida.

¡Quién pudiera conducirnos ahora á aquel mismo desierto, en que este gran siervo de Dios vivió y murió; y que sus monjes os manifestasen todos los lugares que él santificó con sus heroicas acciones, como lo ejecutaron con la inmensa multitud que ocurrió de todo el mundo, cuando se divulgó su fallecimiento! Aquí oraba, decían, y llegó á estar tres días enteros de rodillas, sin interrumpir su oración: allí tomaba el corto alimento, que no podía negarse sin pecado; pero nunca lo tomó mas frecuentemente que cada tercero día, y solía pasar hasta ocho y quince sin gustarlo: mas allá se disciplinaba hasta dejar el suelo empapado en su sangre: este es el lugar donde sanaba los enfermos, sin que ni uno solo volviese á salir con su enfermedad: aquel, donde nos hablaba á todos palabras de vida eterna: es otro es donde terminó sus admirables días. Ocurrió allá á lo ménos espiritualmente, para que se transforme en Antonio vuestro corazón, como sucedió al grande héroe de Padua, que resolvió adoptar, no solo las virtudes, sino hasta el nombre mismo de Antonio.

No hay otro modelo mas propio para enseñar á los principiantes á dejar los vicios, á los aprovechados á practicar las virtudes, y á los perfectos á aumentar la perfección. Pero, hermanos míos, si no dejáis enteramente al mundo como él, dejad á lo ménos vuestras pasiones: *sint lumbi vestri præcinelli*. Si no os vais al yermo á tener una vida eremítica, no dejéis de las manos el retiro y la oración: *et lucerna ardentes in manibus vestris*. Finalmente, si no esperáis al Señor, combatiendo contra los enemigos de vuestra fe, combatid siempre contra los enemigos de vuestra alma. Este es el modo de participar de la santidad de Antonio sobre la tierra, y de su eterno galardón en el cielo. Amen.

SERMON

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EL TEMOR DE DIOS HIZO FUERTE Á SAN ANTONIO ABAD
CONTRA TODAS LAS TENTACIONES.

*Timenti Dominum non occurrent mala, sed in tentatione
Deus illum conservabit et liberabit à malis.*

Al que teme á Dios no le sucederá mal alguno; el Señor le librará de todos y le conservará firme en la tentación.

Ecclesiastic. c. 33. v. 1.

No necesitaba de nosotros, y el Señor con la fuerza omnipotente de su brazo nos sacó de la nada, nos crió á su imagen y semejanza y sujetó á nuestro dominio á los peces del mar, á los volátiles del aire y á todos los animales de la tierra. Su providencia vela incesantemente sobre nosotros, nos cuida y conserva con el amor de un padre, nos defiende de los peligros, nos regala y llena de beneficios, y si rebeldes y olvidados de su bondad correspondemos con ingratitudes, su infinita misericordia nos perdona, nos compadece y nos admite de nuevo á su reconciliación. Después que un Dios por esencia, después que un Dios infinitamente poderoso, después que un Dios sabio, justo, independiente, eterno, tomó carne en el seno de una virgen, se hizo hombre y habitó entre nosotros, precisamente para nuestro bien y para nuestra salud: después que este mismo Dios se ofreció á sí mismo víctima de propiciación, y derramó su sangre en una cruz para lavar con ella los pecados de los hombres, ¿quién podrá dudar que nos ama y que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres?

Pero ¿cómo es que estos mismos hombres son al mismo tiempo tan infelices, tan perseguidos, tan rodeados de peligros, tan acometidos de tentaciones, que en todas partes y en todas las edades los asalta el mundo, el demonio, la carne, que como leones rugientes acechan y buscan día y noche su perdición y su ruina? Aún después de nuestra degradación y haber quedado vencidos por el pecado del primer hombre, esta es cabalmente, hermanos míos, una nueva prueba que nos manifiesta el amor de nuestro Dios. Las tentaciones nos hacen ver la necesidad que tenemos de su gracia, nos hacen conocer nuestra extrema pobreza é insuficiencia, nos enseñan á compadecernos de las caídas de nuestros prójimos: ellas son para el alma lo que el crisol para el oro, son el viento que prueba si está el árbol bien arraigado, son las heladas que hacen arraigar el trigo de la virtud en la tierra del corazón, son los martillos con que labra Dios al alma la corona eterna.

Dios es fiel, hermanos míos, os diré con san Pablo, y no permitirá jamás que seáis tentados más de lo que podéis sufrir. No hay iniquidad en Dios, nosotros pertenecemos á él como cosa propia, y como á cosa propia nos conservará: pongamos en él nuestra esperanza que él será nuestra esperanza, nuestra ayuda, nuestro refugio, nuestra salud, nuestro consuelo y nuestra fortaleza: no temamos por grandes, por amargas, por repetidas que sean nuestras tentaciones. *Al que teme á Dios, nos asegura el Espíritu santo, «no le sucederá mal alguno, y en la tentación le conservará su Dios, y le librá de caer.»* *Timentí Dominum non occurrent mala, sed in tentatione Deus illi conservabit et liberabit á malis.*

No son estas verdades de nuestra religion unas ideas especulativas ó planes puramente imaginarios é irrealizables. Contemplemos en este rato á ese héroe de fortaleza, á ese varón tentado y acometido por todos los medios imaginables y extraños, á san Antonio Abad, objeto de nuestros cultos y cuya gloriosa memoria recordamos en este día para nuestra edificación y consuelo; contemplemosle con la rapidez que permite un ligero discurso, y descubriremos hasta la evidencia la realidad de la verdad que os anuncio. El infierno entero se conjura y alarma contra él, y él se burla y se mofa de todo el infierno junto. No hay tentación que no padeciese, no hay peligro ni precipicio que el demonio no le pusiese delante, y de todo le puso á salvo

el Señor. Temió á su Dios, y su Dios le conservó y libró de todo mal.

Así pienso daros á conocer á san Antonio Abad en este rato, ayudado de las luces del Señor que tanto se complace en las honras que tributamos á su siervo, y que nos condenará en el postrero de nuestros días, si contentándonos hoy con admirar el valor y las victorias de san Antonio Abad, no nos resolvemos á pelear con las armas que él peleó, á vestirnos de la armadura de Dios de que él se vistió, á andar el camino que él anduvo y á usar de los mismos medios que él usó. Sea este, Dios mío, el fruto de mis palabras y la gracia que nos concedáis por la intercesion de María santísima. *Ave Maria.*

Habiendo sembrado el padre de familias buena semilla en su heredad, ¿de dónde es que ha nacido tanta cizaña?..... Al ver al mundo tan lleno de iniquidad y depravacion podemos preguntar al hijo del hombre, ¿en qué consiste que habiendo sembrado buen trigo nazca tanta hierba mala en toda la heredad? Es, nos dirá, porque habiéndose dormido los hombres, vino el hombre enemigo y la sembró. Ved aquí el origen de los males del mundo, y de que los hombres sucumban con tanta frecuencia á las tentaciones. Se duermen, no velan ni oran, no temen á Dios como san Antonio Abad. Temiéndole este aprendió á no exponerse voluntariamente á la tentación, á armarse contra ella, y á saberla resistir con prudencia. Tres cosas que practicó, y que son indispensables para salir con victoria.

Es casi inevitable la caída cuando el hombre se pone voluntariamente en el peligro, porque el que ama el peligro, dice el Espíritu santo, perecerá en él. El enemigo comun, dice el real Profeta, está como un león metido en su cueva armando lazos y asechanzas, dando bramidos, pero no puede herir, en nada puede ofender por sí solo, y para recibir el daño es preciso acercarse á él, buscarle, ponerse al alcance de sus astucias y elegir por su antojo la ocasion. Aquel que guiado del espíritu divino se halla en los peligros; el que no se pone en la ocasion por su voluntad, sino porque le conduce á ella la voluntad de Dios, no tema, porque caminará sin miedo sobre los leones y dragones, y pisará con desprecio los áspides y basiliscos.

Los leones no ofendieron á Daniel : el fuego del horno no hirió á los tres niños de Babilonia : la serpiente fué báculo para Moises; porque ni Daniel, ni los niños, ni Moises se expusieron voluntariamente á los peligros, sino que los tomaron por cumplir la voluntad de Dios. El pueblo de Israel, dice san Basilio, atravesó el mar Rojo con la mayor seguridad, porque Dios se lo mandó; y los egipcios se anegaron en sus corrientes, porque ellos mismos por sí se arrojaron y entraron en ellas. David se puso por su voluntad en la ocasion, y tuvo que llorar y arrepentirse de su crimen toda su vida, y José guiado por Dios á la corte de Faraon, sale con victoria de entre las violencias de su Señora, como hace observar san Ambrosio. San Antonio Abad salió triunfante de entre las tentaciones mas crueles é inauditas, porque desde los principios temió á su Dios; no se expuso á los peligros, no hizo su voluntad sino la de su Padre celestial.

Observando una vida irreprochable desde su niñez en la compañía de sus cristianos padres; si á su fallecimiento renuncia á todos sus bienes, á sus esperanzas, á la compañía de una hermana querida tiernamente; si como el príncipe de los apóstoles lo renuncia todo y se renuncia tambien á sí mismo, y huye á la soledad en seguimiento de Jesucristo, no es movido de su amor propio, de su vanidad, de una repentina devocion; no es cansado y enfadado ya de los placeres del mundo y de beber de la copa de la prostituta Babilonia, sino despues de una larga y madura reflexion, despues de repetidos suspiros dirigidos á su Dios para que se dignase encaminarle á la perfeccion, despues que el Señor le manifiesta su voluntad, haciendo una impresion admirable y eficaz en su alma las palabras que oye decir en la iglesia á un ministro del Evangelio : « si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, dalo á los pobres, y sígueme; así hallarás un tesoro en el cielo. »

Oculto ya en un áspero y espantoso desierto, trabaja con sus manos para adquirir lo necesario para su escaso sustento, y mas que todo para evitar la ociosidad, que es la fuente de todos los vicios. Inspirado por Dios se introduce en el yermo, y temeroso de que le precipiten los honores y aplausos de los demas solitarios, la pública estimacion que le adquiria la fama de su santidad, que resonaba por todas partes, el innumerable concurso que venia á buscarle á todas horas para saber y reci-

bir de su mano el remedio de sus dolencias, se cerró en un castillo antiguo y desamparado, desde donde consolaba á todos; pero no se dejó ver por el largo espacio de veinte años, y del que salió al fin, para ser el maestro, la guia, el director de tantos santos solitarios y ermitaños que del África, la Italia, Francia, España y de todas las partes del mundo vuelan á ponerse bajo su regla y direccion.

Si hoy hubiera yo de formar la apología de tantas santas corporaciones de monjes y religiosos, conocidas en el cristianismo y aprobadas por la cabeza visible de la iglesia, no os diria que en ellas y por ellas se conserva la pureza de la fe y los testimonios auténticos de nuestra religion; no os diria que ellas proporcionan á las almas la perfeccion evangélica y el formarse y refundirse en Jesucristo; no os pondria delante la inmensidad de mártires, de doctores, confesores y vírgenes que plantados en ellas agradaron al Señor con el buen olor de sus virtudes; no os diria que á ellas debe el mundo no solo los ejemplos mas heróicos de santidad y virtud, sino tambien los descubrimientos mas útiles y los progresos de las ciencias y las artes; no diria nada de lo mucho que pudiera decir sobre este asunto, sin temor de ser desmentido por los espíritus inquietos, ambiciosos y perturbadores de nuestro siglo. Os presentaria solamente á san Antonio Abad, y os diria que de este hombre admirable recibieron todos su principio: que para llevar á cabo su obra tuvo que resistir y contrarrestar á todo el infierno, á los mayores y mas violentos ultrajes, sugeriones, golpes y dicterios del demonio; á las caricias y promesas, y que en medio de tantas borrascas Antonio triunfó y permaneció firme contra todo el poder de las cavernas, ayudado del poder de su Dios. Y una obra á que con tanto empeño resiste el demonio, una obra que el infierno entero no puede derribar, una obra á cuya construccion contribuye el poder de Dios, que anima y fortalece á su siervo, no puede ser sino útil, buena, santa... Si, san Antonio Abad puso la primera piedra de esta obra escogida y que tanto habia de extenderse en la iglesia; pero ayudado é inspirado de Dios. Por eso no cayó en los desvarios y derrumbaderos por que se han precipitado todos los que ántes y despues de él, sin ser elegidos, ni llamados por Dios, y solo por su necio capricho han querido emprender la reforma de las cosas santas y costumbres piadosas; por eso venció y se puso á salvo

de los peligros que son casi inseparables de los superiores; no se desvaneció con la gloria de sus milagros, de sus victorias, de las honras que le prodigaron los mismos emperadores y poderosos del mundo, y siempre humilde, siempre desconfiado de sí mismo, siempre temeroso de su Dios, jamás se expuso voluntariamente á la tentación, ni quiso obrar sino según la ley y las inspiraciones de su Dios. *Timenti Dominum non occurrent mala.*

¡Cómo no hemos de caer nosotros, si á cada momento entramos por nuestros mismos pasos en la cueva del león escondido que desea nuestra ruina! ¡Si nosotros mismos entramos en el juego, en la conversacion, en el paseo, en las chanzas y deshonestidades; si en vez de huir de la tentación que nos busca y del peligro que se nos presenta, corremos á los peligros y buscamos las tentaciones que huyen de nosotros, caemos y somos vencidos porque voluntariamente nos exponemos á la tentación. Y caemos también porque no nos armamos contra ella.

Nada dejó por mover el demonio para apartar de sus propósitos á nuestro santo. Le puso delante los peligros de su hermana, lo triste y penoso de la soledad, lo espantoso del desierto; le pintó con los colores más vivos la pobreza y miseria del estado que determinaba abrazar, le recordaba la estimación de sus parientes, le hacía ver que podía servir á Dios con más utilidad en medio del mundo, le molestaba en las noches con gritos y alaridos espantosos, con ahullidos horribles; cuando despertaba en su corazón la codicia, cuando los deleites de la carne; ahora le persuadía con halagos, luego con amenazas; unas veces se le presentaba en formas espantosas; otras bajo las apariencias más bellas y provocativas; en unas ocasiones se venía á sus pies como vencido para mover su amor propio, en otras hacía salir del infierno innumerables demonios, que con los aspectos y formas más horrorosas le acometen para despedazarle, cargan sobre él, uno le hiere, otro le escupe, este le mofa, aquel le arrastra y todos le dejan medio muerto... Espíritus incrédulos y libertinos, suspended vuestros juicios y no tengáis estas relaciones por fábulas y por ilusiones de una imaginación extraviada y delirante; de un alma infatuada y sumergida en las más absurdas preocupaciones.

La poca ó ninguna experiencia que tenéis de la vida espiri-

tual y cristiana, debe haceros contener en vuestras ideas y tal vez en vuestras burlas, desprecios y risas. Entended que si vosotros os veis libres de estas tentaciones del demonio, es porque hacéis su voluntad y sus obras. Sabed que ese infeliz reposo en que vivís no procede de la paz, sino de la dureza de vuestras conciencias. Que vuestras cadenas no pesan sobre vuestros hombros, porque es voluntaria vuestra esclavitud. El demonio no os tienta, porque ya sois suyos y hacéis un cuerpo con él, que es vuestra cabeza, porque lejos de tentaros y perseguiros, dice el padre san Gregorio, usa y se vale de vosotros como de ministros suyos para perseguir y tentar á los piadosos y justos. No sois tentados: Ah! Esta es la más cruel y la más desdichada tentación!

A pesar pues de todas estas asechanzas y violencias del enemigo, san Antonio Abad vence porque teme á Dios y ha aprendido en su escuela que con la oración, el ayuno, las mortificaciones, el menosprecio de sí mismo, se huye y vence de nuestros enemigos; porque pasa las noches enteras en el silencio de la contemplación divina, mortifica sus carnes, castiga su cuerpo, y le reduce á servidumbre, refrena sus apetitos, llama á Dios en su ayuda, desconfía de su valor, y lleno de humildad.... ¿Á dónde estabas, Dios mío, decía en una ocasión, á dónde estabas, buen Jesús? ¿Por qué no viniste antes y te hallaste en mi pelea para favorecerme y sanar mis llagas?

Venció á todos sus enemigos porque se hizo fuerte con aquel ayuno admirable, en que solo tomaba alimento dos veces al año en los veinte que estuvo en su encierro; con aquella oración continua en que pasaba absorto, hasta que el sol le hacía volver en sí con harto dolor suyo. Oh sol! decía. ¿Por qué con tu luz me quitas la claridad de la verdadera y sempiterna luz? Con aquella humildad con que, rebosando en una santa y modesta alegría, venía á ofrecer á los pies de Jesucristo los despojos que había conseguido en sus combates, confesándole el único autor de su salud y sus victorias; con aquella penitencia que tenía á su cuerpo extenuado y consumido, con aquella caridad para con su Dios y para con sus hermanos, con aquella.... No concluiría si me empeñara en poner á vuestra vista los infinitos medios de que se valió contra sus enemigos para vencerlos.

No, no me digáis ya que las tentaciones os destruyen y ha-

cen pecar. Decidme sí, que vuestra tibieza, que vuestra flojedad, vuestro regalo y vuestra soberbia os han hecho débiles contra vuestros enemigos. El omitir un día la misa, otro la oración, hoy el ayuno, mañana la mortificación, un mes la confesión y comunión, en una palabra, el no haber resistido, el haberos desarmado vosotros mismos ha dado el triunfo á vuestros enemigos. Jamas hubierais caído en la tentación si hubierais orado, ayunado, mortificado y sujetado vuestra carne, si os hubieseis armado contra ella como san Antonio Abad.

No basta solo armarse y resistir á las tentaciones, es preciso saberlas resistir con prudencia. De los afectos del alma que llamamos pasiones del apetito sensitivo, unas, dice mi angélico doctor santo Tomás, pertenecen á la parte concupiscible y otras á la irascible. Por estas puertas entran todas las tentaciones al alma; pero en ellas debe el alma portarse de un modo muy distinto, porque las que son de la parte irascible se han de vencer resistiéndolas con valor, y las que son de la concupiscible se han de vencer huyéndolas con temor. Aquellas se han de vencer luchando, estas huyendo. Así es como lo practicó nuestro santo. Desafiaba impávido á los demonios cuando le atormentaban, cuando se ostinaban en horrorizarle, cuando llenaban el desierto de espectros, cuando á fuerza de golpes maquinaban su desesperación, cuando procuraban despertar su ira con dicerios, mofas, burlas, blasfemias.... Miserables! les decía: ¿uno de vosotros no puede pelear con un hombrecillo, que os reunís tantos para derribarle? ¿Cómo os habéis transformado en bestias fieras? ¿Dónde está aquella cara angélica que teniais! Qué hacéis? Si me podéis tragar, tragádmme y destruídmme; y si no ¿por qué emprendéis lo que no podéis hacer? Pero cuando despertaban en su corazón la codicia, el amor propio, los regalos del mundo, la quietud que gozaba en su casa, las lágrimas de su hermana; cuando le ponían delante el oro y la plata, cuando para excitarle á la lascivia se le presentaban en las formas mas provocativas y alicientes, entónces acordándose del fuego infernal, del gusano roedor, de las tinieblas perpetuas, de la confusión y desesperación eterna de los que se entregan á los apetitos bestiales, acudía á su Dios, oraba, se afligia, huía de semejantes visiones. Señor, decía: vos sois mi amparo y mi refugio, no me olvidéis, no me abandonéis en el día de mi tribulación. Así venció las tentaciones sabiendo huir

con prudencia de las que debemos huir, y acometer las que debemos acometer.

¿Cuántas ménos serian nuestras caídas, hermanos míos, si así supiéramos resistir á las tentaciones! ¿Cuántas ménos serian las victorias de nuestros enemigos! Pero sí se huye de la que se debe acometer, y se acomete la que se debe huir.... Si se lucha con la tentación deshonesta y se huye de la persona ¿cómo ha de ser vencido el demonio?

No lo haces así, cristiano? Todo es huir del que te murmura, del que te es pesado, del que te mortifica con su condición, y te pones á luchar con quien te acaricia, te arrastra la voluntad y te roba el afecto. Lo hierras, imprudente, y he ahí porque tú mismo eres la causa de tus desdichas. Unos, aunque son los ménos, usan indiscretamente del ayuno y de las mortificaciones; otros viniendo el enemigo por una parte, como los lascivos, debiendo armarse de la oración y del ayuno, se defienden por otra usando de limosnas y visitas de enfermos; otros tentados de la avaricia ayunan y no dan ni una limosna; estos, pacientes y sufridos, siempre lo dejan de ser en sus enfermedades, en sus pérdidas y desgracias; aquellos debiendo corresponder al enemigo con amor y mansedumbre, le corresponden con odio y con las injurias; los otros léjos de reconocerse culpados, quieren vindicar su conducta con el ejemplo de los demas; todo es error, todo es imprudencia, todo es no saber resistir á las tentaciones.

Supuesto, hermanos míos, que es indispensable el padecerlas y que el Señor quiere que seamos tentados, aprendamos de san Antonio Abad á vencerlas y hacernos superiores á nuestros enemigos. Hemos visto que estos, aunque flacos y desarmados, nos vencen porque nosotros mismos con una temeridad increíble nos exponemos y entramos en los peligros, porque nos desarmamos para la pelea, y porque imprudentes no sabemos usar de las armas proporcionadas al combate. No tenemos razón para culparlos de nuestras caídas, cuando san Antonio Abad como un guerrero diestro y esforzado nos enseñó ya á vencerlos. No tememos el poder de todo el infierno, cuando san Antonio Abad nos ha enseñado á sujetarle y despreciarle. Culpémonos y temámonos á nosotros mismos, aprendamos á pelear contra nuestras pasiones, y no temamos á ningun enemigo extraño. Vencete á ti mismo y tienes vencido al mundo y al de-

monio. Si el diablo ó sus ministros te proponen el logro, que no encuentren en ti la avaricia : si te brindan con la lascivia, que hallen dentro de ti la castidad : pelea contigo mismo ; si no sientes á tu enemigo, sientes á tu concupiscencia, vence á esta y vencerás á todos aquellos. Sí, esta es la mayor victoria, vencerse á sí mismo. Así y solo así es como se consigue la palma y corona eterna que está preparada para los que triunfan.

Encendámonos en unos deseos vivos de conseguirla, estimulemos con los ejemplos de ese varon fuerte, prolongados por el espacio de mas de cien años que duró su vida, alentémonos á la vista de la gloria que ahora disfruta, tomemos sus armas, oremos, velemos. Temamos al Señor como él, y el Señor tambien cumplirá con nosotros la promesa del oráculo divino : « Al que teme á Dios no le sucederá mal alguno : el Señor le librará de todos y le conservará en la tentación. » Así sea.

SERMON

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Vos estis lux mundi.

Vosotros sois la luz del mundo.

S. Mat., c. 5. v. 14.

Iglesia santa! Digna esposa del Cordero virgen! Adórnate con los vestidos de gloria : alégrate en Dios tu Salvador : recibe las aclamaciones y parabienes de tus hijos. Tú que como Raquel te deshaces en llanto y sollozos lastimeros, por ver á tus hijuelos despedazados por todas partes... Tú que al ver las provocaciones de la multitud pervertida, gimes inconsolable y te ocultas para dejar correr tus lágrimas en la afliccion... suspende tu dolor : no te desconsueles, canta himnos de alabanza y regocijo, porque el Señor ha dirigido sobre ti una mirada de amor y de ternura. Regocíjate, madre del amor casto y hermoso. Tú que no te alimentas sino con los frutos de honor y honestidad ; que no habitas sino entre rosas, azucenas y jazmines, y eres el reclinatorio en que el celestial Esposo tiene sus delicias con los hijos de los hombres, prorrumpes en cánticos de júbilo y de alegría, porque tu felicidad está decretada en el cielo, porque un santo esclarecido va á consolarte, á aumentar tus glorias, á defenderte, á ilustrarte, y no es cosa de que te entregues á las tristezas y desconsuelos. Convoca mas bien á los fieles para que alaben, bendigan, ensalcen, engrandezcan y glorifiquen al que es admirable en sus santos, y haz que todos demas gracias á nuestro Dios, porque esto es muy digno y justo.

Así, amados oyentes, así lo hace la iglesia santa al llamarnos

monio. Si el diablo ó sus ministros te proponen el logro, que no encuentren en ti la avaricia : si te brindan con la lascivia, que hallen dentro de ti la castidad : pelea contigo mismo ; si no sientes á tu enemigo, sientes á tu concupiscencia, vence á esta y vencerás á todos aquellos. Sí, esta es la mayor victoria, vencerse á sí mismo. Así y solo así es como se consigue la palma y corona eterna que está preparada para los que triunfan.

Encendámonos en unos deseos vivos de conseguirla, estimulémonos con los ejemplos de ese varon fuerte, prolongados por el espacio de mas de cien años que duró su vida, alentémonos á la vista de la gloria que ahora disfruta, tomemos sus armas, oremos, velemos. Temamos al Señor como él, y el Señor tambien cumplirá con nosotros la promesa del oráculo divino : « Al que teme á Dios no le sucederá mal alguno : el Señor le librará de todos y le conservará en la tentación. » Así sea.

SERMON

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Vos estis lux mundi.

Vosotros sois la luz del mundo.

S. Mat., c. 5. v. 14.

Iglesia santa! Digna esposa del Cordero virgen! Adórnate con los vestidos de gloria : alégrate en Dios tu Salvador : recibe las aclamaciones y parabienes de tus hijos. Tú que como Raquel te deshaces en llanto y sollozos lastimeros, por ver á tus hijuelos despedazados por todas partes... Tú que al ver las provocaciones de la multitud pervertida, gimes inconsolable y te ocultas para dejar correr tus lágrimas en la afliccion... suspende tu dolor : no te desconsueles, canta himnos de alabanza y regocijo, porque el Señor ha dirigido sobre ti una mirada de amor y de ternura. Regocíjate, madre del amor casto y hermoso. Tú que no te alimentas sino con los frutos de honor y honestidad ; que no habitas sino entre rosas, azucenas y jazmines, y eres el reclinatorio en que el celestial Esposo tiene sus delicias con los hijos de los hombres, prorrumpes en cánticos de júbilo y de alegría, porque tu felicidad está decretada en el cielo, porque un santo esclarecido va á consolarte, á aumentar tus glorias, á defenderte, á ilustrarte, y no es cosa de que te entregues á las tristezas y desconsuelos. Convoca mas bien á los fieles para que alaben, bendigan, ensalcen, engrandezcan y glorifiquen al que es admirable en sus santos, y haz que todos demas gracias á nuestro Dios, porque esto es muy digno y justo.

Así, amados oyentes, así lo hace la iglesia santa al llamarnos

á este templo para celebrar la memoria del héroe de nuestra devoción, san Antonio Abad, padre y patriarca de los monjes, despreciador asombroso de las cosas terrenas, azote del infierno, martillo de los herejes, luz del oriente y espejo de los mismos santos. ¿A qué esta solemne festividad, sino para dar gracias al cielo por habernos dado en *san Anton* un ángel tutelar encargado de conducirnos con sus doctrinas y ejemplos, á la manera con que el otro precedía con la columna de fuego á los campamentos de Israel: Él enseña á todos á ser buenos cristianos, y su vida prodigiosa nos estimula á la virtud; porque no hay vicio que no haya combatido, peligros que no haya superado, triunfos y victorias que no haya logrado, ni virtudes que no haya poseído; y siéndonos esto de gran provecho, la iglesia nos manda que nos atengamos á san Antonio Abad, que confiemos en su intercesion, que nos encomendemos á su piedad seguros de su grande valimiento ante la Majestad divina, y de que en imitarle consiste la perfeccion cristiana con que tanto se agrada al Señor. Para que correspondais á los deseos de nuestra piadosa Madre, y sean estos presentes cultos aceptos á nuestro Dios, os demostraré: que el grande, admirable y prodigioso san Antonio Abad es la luz que ha puesto el Omnipotente en el mundo, para que enseñe á los mortales el camino de la santidad, sin la que es imposible la salvacion. *Vos estis lux mundi.*

Ojalá, Dios mio, que los prodigios del ángel del desierto penetren el corazon de mis oyentes, hasta hacerles formar deseos eficaces de imitar sus virtudes. Esta gracia os pedimos por la intercesion de la madre del amor hermoso, á quien decimos con el ángel *Ave María.*

Cierto es que la santidad es el único camino que conduce al cielo: pero tambien lo es que siendo penoso y estrecho segun el testimonio de la verdad, son pocos los que se hacen violencia para conseguir la posesion de aquel dichoso reino. Todos quisieran como Balaan tener la dicha de morir con la muerte de los justos, y tener la recompensa debida solo á la santidad sin haber hecho obras de vida eterna. Pero sin ir por el camino que el grande Antonio nos dejó trazado, ¿no es mas difícil entrar en la gloria, que el pasar un camello por el ojo de una

aguja, como se dice en el Evangelio? Reflexionad, y entended que no podéis salvaros sin imitar á san Antonio en el horror que tuvo al pecado, en la fuga de los vicios, en la práctica de las virtudes y en el cumplimiento de las obligaciones del bautismo, en que todos los cristianos prometen renunciar á Sathanas y sus obras, al mundo, sus pompas y vanidades. Escuchad los principales rasgos de la vida prodigiosa de este esclarecido campeón de nuestra religion, con deseos de imitarle, y alabad la providencia del que preside, gobierna y dirige la iglesia santa á su destino eterno de la felicidad por unos medios tan dignos de su eterna sabiduría.

Nace el grande Antonio en Como, lugar pequeño cerca de Heraclea en el Egipto superior, rodeado del brillo y esplendor de las riquezas de una ilustre cuna: es educado en las máximas de la virtud y santo temor de Dios, y aunque la corrupcion y supersticiones de su siglo hacian víctimas sin cuento, su sencillo y candoroso corazon no se trastornó, su inocencia se mantuvo sin la menor mancha. Aún ignoraba los afectos de la naturaleza, y ya era víctima su cuerpo de la cruz y del sufrimiento evangélico. Semejante al santo Tobias, cuando los otros niños iban á ofrecer incienso á los ídolos que el mundo adora, Antonio iba al templo del Señor á derramar su corazon en su presencia, á ofrecerse en su servicio, á renovar los votos de su bautismo y á disponerse para otros de evangélica perfeccion. El niño Antonio, dirigido por unos padres celosos de su salvacion, se horrorizaba al ver que los de su edad concurrían á las aulas, en que se les daba á beber el veneno de la herejía y del error en libros llenos del tósigo de la muerte, en libros portadores de licencias escandalosas, de blasfemias impías, de relacion espantosa. Presta sus oídos á los instintos de la gracia, detesta esa ciencia que hincha, que mata y emponzoña el corazon en lugar de ilustrarlo, y se convence con el Sabio de que en la escuela de los hombres todo es vanidad y afliccion de espíritu. Desea con el Apóstol saber á Jesucristo crucificado, se fija en la cruz, aprende en ella á despreciar los bienes de la tierra, y en esto mueren sus padres dejándole dueño de un pingüe y rico patrimonio, y con él en la situacion mas peligrosa. La opulencia de su casa, el esplendor de su ilustre familia, el dulce encanto de una hermana menor de edad de quien quedaba dueño y señor, el noble orgullo, por decirlo así, de con-

servar la nobleza de su linaje, el prestigio de sus linajes y blasones, todas las esperanzas en fin con que el mundo le ilusionaba..... ¿No deberían tenerse por atractivos irresistibles á un corazón ménos cimentado en la virtud que el de Antonio á los veinte años de su edad? Pues sin embargo, lejos de deslumbrar á nuestro jóven tan magnífico aparato, no sirvió mas que para acelerar su resolución de renunciarlo todo por seguir á Jesucristo. ¡Con qué ansia corrió un día al templo del Señor á ofrecer á Dios las amarguras de su nueva vida y á implorar los auxilios del cielo! Entra Antonio en la iglesia al tiempo en que un ministro del altar leía en alta voz aquellas palabras de Jesucristo: « Si quieres ser perfecto, marcha, vende cuanto tienes y reparte su precio entre los pobres. » No fué necesario mas. Como si estas palabras se hubieran dicho para él solo, vende su patrimonio y ejecuta al pié de la letra lo que en ellas le mandan. Inflamado con la mas ardiente caridad, derrama en el seno de los pobres todos sus tesoros, encomienda su hermana á unos parientes temerosos de Dios, sale de su país como los israelitas del Egipto, y va á buscar á Dios en el desierto. Nadie le detiene: Antonio tiene á Dios por su padre, por su madre, por su hermano, por su amigo, por su corazón, por su alma y por su todo, y á Dios busca, hácia Dios avanza, á Dios va á unirse en la soledad. Es verdad que el infierno pretende quebrantar su constancia, y que al efecto le hace ver los objetos con los colores con que suelen presentarlos las pasiones; pero todo se estrella contra el escudo inexpugnable de su fe: él triunfa de cuantos obstáculos le ponen el mundo, el demonio y la carne; sigue impertérrito la voz de la gracia, y nos enseña á entrar sin reparo alguno en el camino de la santidad propia de los hijos de la fe.

Dado este primer paso, principió este nuevo Moises á internarse en el desierto, resuelto á no tomar descanso hasta no llegar al Sinaí de la perfeccion evangélica en que habla Dios al corazón. Llega á unas cuevas habitadas por ángeles en carne humana, dirigidos por un santo varon de Dios: se incorpora Antonio á esta penitente sociedad de mártires de la abnegacion y de la cruz, se dedica á retratar en sí mismo las virtudes mas heroicas que veía en cada uno de ellos, allí como en un arsenal de armas espirituales, se provee de las que tanto habia menester para los combates que le esperaban; oye la voz de Dios que

le llamaba á otra parte, y cargado de las preciosas semillas de grandes virtudes, fué á parar á aquel castillo viejo en que tantos triunfos consiguió contra las potestades infernales. Penetra por las cavidades de aquel edificio, y ¡qué asombro! El demonio en forma de un horrendo monstruo intenta amedrentar y confundir al grande Antonio en los primeros pasos de su carrera; pero Antonio que no ha puesto su mano al arado para mirar atras, no retrocede: se arma con la señal de la cruz, invoca á su Dios, se encomienda á Maria santísima, y se pone al frente del infernal dragon, lo desafía, lo vence, pone en confusion la casa de Nabuco y adquiere una superioridad sobre Lucifer y sus huestes, que acaso no se habia conocido igual hasta entónces.

Nada importa que el infierno se alarme con esta victoria, y que reuniendo todas sus furias se presente en la arena para combatir á nuestro santo: no importa que extendiendo sobre él la mano como contra Job, le azote unas veces cruelmente hasta dejarle sin movimiento y casi sin vida: que introduzca otras en su habitacion un incendio cuyas llamas iban á devorarle, que le cojan en alto y le hagan caer hiriéndose gravemente en aquellos escombros, y que á todas horas le amedrenten con figuras espantosas de serpientes, dragones, osos, leopardos, toros, leones y escorpiones, que bramando, ruiendo, silbando, y horrorizando, transformaban el castillo en imágen del infierno. Nada importan estas maquinaciones infernales para Antonio, porque Antonio fijo en la cruz, parapetado en la oracion y defendido por el autor de su fe, todo lo vencía, sin que veinte años de combates obstinados en aquel retiro pudieran servir mas que para contar otros tantos de triunfos: para demostrar á los fieles que no hay tentaciones que no puedan vencerse con la gracia, y para dejar impresas en el camino de la santidad las huellas que deben seguir todos los cristianos.

Empero tanto heroísmo no era para estar siempre oculto. La fama de Antonio habia volado á su pesar por todos aquellos desiertos: al eco de sus prodigios acudían á él con mas ansia que la reina de Saba á oír la sabidaria de Salomon; le consultan, veneran y respetan los santos mas eminentes; los solitarios prosternados á sus plantas le ruegan y suplican que los dirija; pero la humildad de Antonio se estremece; huye, se interna en lo interior del monte Arsinoe, mas en vano se aparta del camino que Dios le traza. El cielo le preparaba para ser como otro

Abrahan padre de una multitud de santos, y aquí cabalmente era en donde el Señor le esperaba. ¿Qué multitud de virtuosos solitarios no se vieron concurrir de todas partes para militar bajo las banderas de este célebre Macabeo? Tú serás nuestro jefe, le decian, y nosotros nos tendremos por dichosos en obedecer tus órdenes. Aquí principia la vida pública de san Antonio Abad. Ya no es este santo una luz escondida bajo el medio celemin: es una antorcha brillante, que colocada sobre el candelero va á iluminar con sus resplandores á la gran familia del Padre celestial. Arsinoe, soledad espantosa, no llores tu esterilidad, porque la iglesia va á recoger los mas preciosos y opimos frutos de santidad y de virtud, abrigando en tu seno al grande Antonio. Una multitud de prosélitos vienen á seguir á Jesus bajo la direccion de nuestro santo. Á todos los recibe con la dulzura de un ángel, con la ternura y caridad de un padre cariñoso. ¿Qué preceptos celestiales sobre la pobreza de espíritu, sobre la pureza de corazón, sobre la modestia del cuerpo, sobre la mortificacion de los sentidos, sobre la humildad, la obediencia, la oracion y abnegacion propia ¿no salian continuamente de sus labios angelicales? Los Atanasios, los Pancios, los Macarios Egipcios y Alejandrinos, los Hilariones, los Pafnucios, los Serapiones y otros muchos solitarios y anacoretas, que doctrinados en la escuela de Antonio, fundaron monasterios en todas partes é ilustraron al mundo con las luces de la religion divina, ¿no deponen en favor de la santidad esclarecida de nuestro bendito santo?

Ah! quién no diria despues de esto que san Antonio habia llegado á la cumbre de los montes mas altos de la perfeccion? Pues oíd y pasmáos: Dios le comunica un dia en la oracion, que se ocultaba en aquellos desiertos un solitario á quien no igualaba en perfeccion evangélica. Antonio le busca con ansia, penetra por aquellos espantosos lugares, registra las cavernas y rincones mas escondidos... Encuentra al fin un anciano venerable, cubierto con hojas de palma, encorvado con el peso de cien años de austera penitencia, morador del cielo viviendo todavía en la tierra, ignorado enteramente del mundo, sin mas compañía que la de los ángeles que le visitaban y la de las fieras que se complacian en servirle. ¿Qué entrevista esta tan tierna para aquellos dos santos solitarios! Qué escena tan interesante! Se conocen sin haberse visto jamas: se saludan sin haberse

nunca saludado: Pablo! dice Antonio: Antonio! exclama Pablo. Se abrazan tiernamente, se comunican su espíritu..... No puedo detenerme como quisiera para daros una idea de aquella conversacion celestial, que no fué otra cosa que un enlace de divinos oráculos, de profecias celestiales, y de las mas sublimes alabanzas del Altísimo, porque urge el tiempo, y es necesario haceros ver al grande Antonio como una abrasada antorcha consumida en el celo de la gloria del Señor.

¿Que no pueda haceros una reseña de aquella terrible persecucion, que arrancó de su amada soledad á nuestro san Antonio, para acudir al socorro de los fieles perseguidos. Diocleciano y Maximiano..... nombres de terror, de execracion y de espanto: aun hoy se estremece la iglesia con solo nombrar á estos monstruos. Qué edictos tan fulminantes no publicaron el uno en Oriente y el otro en el Occidente para acabar con los cristianos! Antonio, que con tanto valor confundió á las potestades del infierno, ¿habia de mostrarse apático é indolente al ver que sus agentes se encarnizaban en los hijos de la iglesia, provocando al Dios que los confortaba? No, san Antonio deseoso del martirio, vuela á la ciudad de Alejandria en donde á centenares se martirizaban los santos. De dia en las cárceles y en los cadalsos para animar á los que morian en los suplicios; de noche en los cementerios para darles sepultura, en todas partes buscando el martirio..... pero hasta el gobernador y los mismos verdugos le respetaban, sin permitir que se tocara ni á un pelo de su cabeza, porque Dios le reservaba para confundir á la herejía.

Arrio, el blasfemo Arrio se atrevió á negar la divinidad del Verbo eterno: á decir que el hijo de Dios no era consustancial con su padre, asegurando que esta era la doctrina de san Antonio Abad, padre de los solitarios del Egipto. Ver san Antonio autorizadas con su nombre tan horribles blasfemias! Al momento toma su cayado, y apoyando en él el peso de cien años, marcha á la populosa ciudad de Alejandria y confunde á los enemigos del divino Verbo, predica á la muchedumbre, el pueblo aclama la fe de Antonio, condena la doctrina de Arrio, y los débiles se fortifican, los ilusos se desengañan, pasan de setenta mil los herejes que volvieron al gremio de la iglesia por los esfuerzos evangélicos de Antonio, y Antonio vuelve á su ama-

da soledad, para recibir en ella la corona de justicia que Dios tenia reservada á sus méritos.

Transportáos al pobre lecho en que Antonio, como otro Jacob rodeado de sus hijos, los bendice con toda la efusión de su grande alma. Los exhorta á la perseverancia en la virtud, los consuela y les dice: Quedáos con Dios, hijos míos, porque vuestro Antonio se os va, y no estará mas en esta vida con vosotros. Dicho esto entregó en dulce paz su espíritu al Señor, y acompañado de los ángeles subió á las moradas eternas de la gloria.

Qué os parece de esta muerte? Fué preciosa á la verdad como habia sido su vida. Ella fué, como lo habéis visto, el modelo mas perfecto para arreglar nuestra conducta, puesto que siguiendo los ejemplos del grande Antonio, aborreceremos el pecado, dejaremos los vicios, venceremos las pasiones, triunfaremos de los enemigos de nuestras almas, y practicaremos las virtudes. En hora buena que no debamos dejar al mundo, ni estemos obligados á ir á pasar la vida en los desiertos; pero podemos reprimir nuestras pasiones, tener el retiro de nuestro corazon aunque sea en medio del bullicio de las gentes, combatir á nuestros enemigos, acreditar el celo de nuestra fe contra los que de mil modos y maneras la contradicen en estos tiempos calamitosos, y ejercer la caridad, que es la suma de toda la perfeccion cristiana. Hagámoslo así.

Y vos, héroe glorioso de la religion, que despues de haber vencido al mundo, al demonio y á la carne, salisteis lleno de virtudes de este valle de lágrimas y subisteis triunfante á los cielos: no permitáis que los que tanto nos interesamos en celebrar vuestros triunfos, nos veamos llenos de ignominia al lado de las furias infernales. Que no perdamos las sillas que nos están preparadas: que vayamos á ocuparlas ayudados por vuestra intercesion: que os acompañemos eternamente en la gloria. Amen.

SERMON

PARA EL DIA

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Beati servi illi quos cum venerit Dominus invenerit vigilantes.

Bienaventurados aquellos siervos que cuando viniere su Señor fueren encontrados vigilantes.

S. Lucas, c. 12. v. 37.

En la mayor parte de los pueblos de alguna consideracion que existen en nuestra república, se están tributando obsequios á la memoria de san Antonio Abad en este dia, considerando uno de los mas propicios y eficaces intercesores para la conservacion de los bienes del labrador, cuyo trabajo produce el alimento de todas las clases de la sociedad.

Este suceso hacia por sí solo el elogio de un varon tan virtuoso y amante de Dios como san Antonio, si en los hechos de su vida no nos diera motivos mayores para hacer resonar sus alabanzas en las bóvedas de este templo, y aún en las de toda la cristiandad.

Al proponerme yo llenar el deber de hablar dignamente de san Antonio, encuentro no obstante graves obstáculos, que provienen de vosotros, amados oyentes, y de mí. De vosotros porque no os veo reunidos ante el ara en que se quema incienso á Dios y á sus santos, movidos de un espíritu religioso y de piedad; y de mí, porque no tengo los dotes de sabiduría, elocuencia y virtud que se necesitan para hablar de un santo tan lleno de virtudes y tan amado de Dios.

Vosotros atraídos la mayor parte por seguir la corriente de

da soledad, para recibir en ella la corona de justicia que Dios tenia reservada á sus méritos.

Transportáos al pobre lecho en que Antonio, como otro Jacob rodeado de sus hijos, los bendice con toda la efusión de su grande alma. Los exhorta á la perseverancia en la virtud, los consuela y les dice: Quedáos con Dios, hijos míos, porque vuestro Antonio se os va, y no estará mas en esta vida con vosotros. Dicho esto entregó en dulce paz su espíritu al Señor, y acompañado de los ángeles subió á las moradas eternas de la gloria.

Qué os parece de esta muerte? Fué preciosa á la verdad como habia sido su vida. Ella fué, como lo habéis visto, el modelo mas perfecto para arreglar nuestra conducta, puesto que siguiendo los ejemplos del grande Antonio, aborreceremos el pecado, dejaremos los vicios, venceremos las pasiones, triunfaremos de los enemigos de nuestras almas, y practicaremos las virtudes. En hora buena que no debamos dejar al mundo, ni estemos obligados á ir á pasar la vida en los desiertos; pero podemos reprimir nuestras pasiones, tener el retiro de nuestro corazon aunque sea en medio del bullicio de las gentes, combatir á nuestros enemigos, acreditar el celo de nuestra fe contra los que de mil modos y maneras la contradicen en estos tiempos calamitosos, y ejercer la caridad, que es la suma de toda la perfeccion cristiana. Hagámoslo así.

Y vos, héroe glorioso de la religion, que despues de haber vencido al mundo, al demonio y á la carne, salisteis lleno de virtudes de este valle de lágrimas y subisteis triunfante á los cielos: no permitáis que los que tanto nos interesamos en celebrar vuestros triunfos, nos veamos llenos de ignominia al lado de las furias infernales. Que no perdamos las sillas que nos están preparadas: que vayamos á ocuparlas ayudados por vuestra intercesion: que os acompañemos eternamente en la gloria. Amen.

SERMON

PARA EL DIA

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Beati servi illi quos cum venerit Dominus invenerit vigilantes.

Bienaventurados aquellos siervos que cuando viniere su Señor fueren encontrados vigilantes.

S. Lucas, c. 12. v. 37.

En la mayor parte de los pueblos de alguna consideracion que existen en nuestra república, se están tributando obsequios á la memoria de san Antonio Abad en este dia, considerando uno de los mas propicios y eficaces intercesores para la conservacion de los bienes del labrador, cuyo trabajo produce el alimento de todas las clases de la sociedad.

Este suceso hacia por sí solo el elogio de un varon tan virtuoso y amante de Dios como san Antonio, si en los hechos de su vida no nos diera motivos mayores para hacer resonar sus alabanzas en las bóvedas de este templo, y aún en las de toda la cristiandad.

Al proponerme yo llenar el deber de hablar dignamente de san Antonio, encuentro no obstante graves obstáculos, que provienen de vosotros, amados oyentes, y de mí. De vosotros porque no os veo reunidos ante el ara en que se quema incienso á Dios y á sus santos, movidos de un espíritu religioso y de piedad; y de mí, porque no tengo los dotes de sabiduría, elocuencia y virtud que se necesitan para hablar de un santo tan lleno de virtudes y tan amado de Dios.

Vosotros atraídos la mayor parte por seguir la corriente de

los que vienen por devocion, ó estimulados de conseguir la proteccion de san Antonio, en todo pensáis ménos que en el honor que debe dársele en el aniversario de su muerte, acudiendo al templo con ánimo de conocer sus virtudes é imitarlas.

En este estado, en la situacion que se encuentran vuestros ánimos llenos de deseos mundanos y de vanidad, ¿qué puedo yo decir que sea bien escuchado? El lenguaje de la virtud es para el vicioso como el idioma extranjero para aquel que no ha conocido ni oído mas que la lengua patria: y bien conocéis lo léjos que estaria de mover el ánimo de sus oyentes aquel que no fuese comprendido por los que le escucharan.

Teniendo vuestro entendimiento ocupado en la contemplacion y vista de objetos mundanos, ¿cómo podrian ser bien recibidas las alabanzas de un san Antonio, que despreció el mundo, sus pompas y vanidades por su Dios?

Yo deseara ántes de entrar de lleno en las alabanzas de san Antonio, que todos aquellos que se hallan reunidos ante su altar con el objeto de hacer de esta festividad un medio de distraccion, eligieran entre abandonar el templo ó mudar sus malos pensamientos, convirtiéndolos á objetos mas dignos y piadosos, para que el obsequio que se tributa á san Antonio en el dia de hoy le fuese agradable y le dispusiese á ser nuestro eficaz protector.

Y no creáis que al aconsejar y aún conminar á los malos cristianos á optar entre la alternativa de abandonar el templo, que profanan con malos pensamientos, ó convertir estos en otros mejores y mas conformes al lugar en que se está, me mueve un impulso contrario á la caridad cristiana, que nos manda hacer bien hasta á los malos por amor de Dios, no: tal pensamiento seria ajeno de san Antonio y no seria conforme al objeto que yo me propongo. Me mueven otras miras que creo conveniente manifestaros.

Los hombres, por alto que sea nuestro saber, no podemos concebir otros modos de hacer obsequio aún al mismo Dios, que conociendo lo que puede ser agradable á quien se dirige; y por esta razon yo, que deseo que esta festividad sirva á conseguir la proteccion de san Antonio, quisiera que fuese celebrada por fieles codiciosos de imitarle y amantes de la virtud.

¿Qué es lo que hacemos generalmente cuando queremos obsequiar á un amigo ó á una persona considerada? Para ello trae-

mos á su presencia aquellas personas que le son adictas, y que por esta razon su vista les sea lisonjera.

¿Por qué pues yo que deseo hablar en obsequio de san Antonio, no he de desear que cuantos estén aquí sean sus amigos y siervos de Dios, como lo fué él, y que aquellos que no lo son traten de serlo ó se separen del templo?

Ved, amados oyentes, como explicado mi pensamiento no aparece en él falta de caridad, sino espíritu de caridad, para que en la comunicacion de méritos de las almas virtuosas, Dios encuentre abundante gracia que prodigar á los que las necesitamos por medio de san Antonio.

Si vosotros oís con ánimo de imitar á san Antonio, ¿no podrá tambien suplir vuestro deseo á la falta de expresion que yo dé á mi discurso, por carecer de aquellos dotes que Dios concede, y que el hombre no consigue por sola su voluntad?

Yo imploraré su favor: yo, su sacerdote, para hablar dignamente de las virtudes de san Antonio, buscaré su intercesion, y mas que la suya la de la misericordiosa Reina de los cielos, cuya bondad y beatitud reconocen las generaciones, saludándola con el ángel, diciendo: *Ave Maria*.

Si escucháramos las frecuentes quejas que los hombres hacen de sus desgracias, y los lamentos que con este motivo dirigen al cielo acusando al mundo de engañoso y perverso, y no viéramos que estas se reducen solo á meras palabras, nos llegaríamos á persuadir, que huir del mundo, renunciar á sus bienes terrenos y á sus pecaminosos estímulos, no tenia ningun mérito á los ojos de Dios; y que el hombre debia marcharse á los desiertos, para evitar el desagrado que causa la vista de tantas maldades y miserias como presenciarnos.

Pocos hay que en el discurso de su vida, por corta que sea, no exclamen: estoy desengañado del mundo: cada placer que disfruto me cuesta inmensos sinsabores: cada beneficio que hago es recompensado por una ingratitude: mis sacrificios son despreciados y desatendidos: cuando tengo hambre, carezco de los medios de satisfacerla: cuando poseo riquezas, no tengo salud ni apetito: á donde quiera que tiendo la vista encuentro ó miserables pordioseros, ó enemigos que se lanzan sobre sus

hermanos para destruirlos; y alguna vez con el abrazo de amigo va mezclado el deseo de propinar un veneno ¿Quién desea vivir en tan detestable situación? ¿Quién no prefiere la muerte á la vida angustiosa de ver siempre miserias?

Por este estilo hablamos siempre que un dolor ó un pesar nos afecta de una manera sensible, y tenemos el corazón herido por las malas acciones de nuestros hermanos; pero ¿qué consecuencia damos á estos impulsos de nuestra conciencia herida? ¿Qué utilidad sacamos de los desengaños?

¿Vamos, convencidos de las vanidades del mundo, á proponernos seguir un nuevo plan de vida que nos vuelva á Dios, quien no compensa con ingratitudes nuestros afanes y sacrificios? Así debiéramos obrar: esta es la consecuencia natural que debiera sacar un alma verdaderamente ilustrada, de la esperanza que le dan los desengaños del mundo; y por esto principió su vida san Antonio Abad en la edad en que todos los hombres, en lugar de escuchar la voz de la razón, corren ciegos á la satisfacción de sus pasiones, estimulados por los impulsos de su sangre joven, como lo veréis á la simple exposición de las primeras acciones de su vida.

Nació san Antonio Abad en Como, población de corta consideración en el alto Egipto, de una familia distinguida por sus riquezas y nobleza, y á lo mejor de su vida quedó huérfano con una hermana de cortos años. La conducta en este caso de la mayor parte de los jóvenes, ya vemos cual es. Poseyendo riquezas que faciliten la satisfacción de sus deseos, pronto desaparece en sus manos el fruto de los afanes de sus laboriosos ascendientes, y poco se cuidan del destino desgraciado, que tal conducta puede traer á aquellas personas de quienes quede encargado por deberes naturales y religiosos.

Puesta una fortuna considerable en las manos de la mayor parte de los jóvenes que hoy viven, á pesar de tener una ó mas hermanas á su cuidado, ¿se detendrían en los límites de los deberes naturales y religiosos? ¿Cuidarían de asegurar la posición de su hermana de una manera conveniente en cuanto á la parte material y moral; material consignando intereses suficientes para su subsistencia, y moral poniéndola al lado de personas que enriqueciesen su alma con la ilustración religiosa que conviene á su salvación? De temer era que no sucediese así en lo general, aunque alguno lo hiciese por estar, como san Anto-

nio, educado en el santo temor de Dios y en el conocimiento de sus deberes.

Pero no fueron estas solamente las acciones buenas de san Antonio. Dispuesto á llegar á la perfección en cuanto sus fuerzas alcanzaren, al ver escrito en el Evangelio aquellas palabras que Jesucristo dijo á un joven rico que le consultó los medios de ser bueno: « Si quieres ser perfecto, vé, vende todo lo que tienes y hallarás un tesoro en el cielo, » se decidió á cumplir este consejo, que no se atrevió á seguir aquel que hizo la demanda á nuestro Salvador y Redentor.

Estas palabras tomadas por nuestro santo como una inspiración divina, fueron las que decidieron la ulterior conducta de su vida; y con este fin, depositado lo suficiente para la subsistencia de su hermana, colocada esta al lado de personas de su sexo, conocidas por sus virtudes, distribuyó su herencia entre los pobres; se retiró á vivir en la vida austera y contemplativa, la mas perfecta á que pueden aspirar las criaturas, y la que las hace mas semejantes á los seres celestiales, que en éxtasis divinos gozan de la contemplación del maravilloso ser que todo lo ha criado.

Para apreciar debidamente esta abnegación de sí mismo que hizo san Antonio, tenemos un medio eficaz. Las acciones de los hombres son mas relevantes y mas estimadas, cuando teniendo un fin bueno, reúnen la circunstancia de ser difíciles y poco comunes: por esta razón son célebres aquellas personas que con un esfuerzo extraordinario se arrojan á cometerlas. Tratando pues de haceros conocer la grandeza de alma de san Antonio ¿qué necesidad hay de buscar frases retóricas é hipérboles. cuando la simple exposición de este hecho basta para acreditar el alma privilegiada de nuestro santo, como dotada de una virtud singular?

Ha habido algunos, como él, que en otro tiempo han hecho lo mismo, como vemos en la historia religiosa de los héroes de la Iglesia; y bajo este punto de vista tendria comparaciones: pero al presente que tanto ha crecido la codicia, y tan escasa es la fe en las promesas de Jesucristo, crece la belleza de un ejemplo de virtud como el que nos ofrece san Antonio; porque si como os dije al principio de mi discurso, hay muchos que se quejan de las maldades del mundo, y ponderan las miserias y fealdades de él, ninguno hay que sepa desprenderse de sus se-

ducciones, y siga el consejo de Jesucristo, y vendiendo sus bienes, los dé á los pobres para irse á un desierto á pensar en la vida eterna.

No creáis que yo os digo, amados oyentes, que todos hagáis lo que san Antonio, porque para aspirar á poseer sus esfuerzos, se necesita un alma no comun; pero ¿por qué no habéis de procurar acercaros en lo posible á sus virtudes?

Si no todos pueden aspirar á ser héroes, á todos es dado el ser buenos: y la Iglesia y su fundador se regocijarían en que fuesen buenos los miembros que la componen.

Pero sigamos á nuestro san Antonio, cuya alma probada como la de Job con persecuciones del demonio, sufrió en el retiro los mas rudos ataques, saliendo siempre pura y triunfante. Alguna vez habréis estado en soledad, despues de haber hecho un sacrificio costoso de vuestros bienes y de vuestros afectos; porque en nuestra vida hay intervalos en que obramos bien: y entónces ¿habréis observado que por una instigacion maléfica acuden con mas viveza á vuestra imaginacion las ideas de todos los placeres y bienes abandonados? Pues esto es lo que sucedió á san Antonio, cuando retirado en el desierto vestía su cuerpo de un áspero cilicio y sepultaba su juventud en una caverna de las montañas de Egipto.

Pero en san Antonio los ataques no eran esas sugestiones comunes que se aniquilan con el menor buen deseo; eran mas terribles, porque Dios, seguro de su fortaleza, quiso enseñar al demonio que nada pueden sus esfuerzos contra los elegidos del Señor.

Ya presentaba á nuestro santo la circunstancia de su hermana abandonada y expuesta á ser víctima de su resolucion; ya le ponía delante los infinitos bienes que podia hacer en el mundo un hombre benéfico con sus riquezas y con la consideracion social que le daba su nobleza; y tambien bajo los ardores de un clima caluroso, le enseñaba la imágen de las mas voluptuosas escenas, provocándole á la satisfaccion de las malas pasiones.

Pero todos estos elementos conjurados contra su virtud y santidad cedían á la fuerza de su voluntad, y á las mortificaciones con que castigaba la rebelion de su carne estimulada por el demonio. Este siempre vencido, hubo de ceder en su persecucion contra un rival tan vigilante, que nunca pudo sorpren-

der, y entónces lleno de divina gracia, henchido el corazon de alegría, gozó los beneficios de la vida contemplativa, que los tiene grandes para aquel que como san Antonio ha poseído un conocimiento exacto de Dios, y ha recibido la gracia de identificarse con él en sus meditaciones.

Obtenido con inauditos esfuerzos por nuestro santo ese estado de amable virtud, que llegan á poseer todos los que dejan de temer en este mundo, y con inaudita caridad hacen bien y muestran risueño semblante á los amigos y enemigos, llegó á ser buscado por sus contemporáneos, persuadidos de que era amado de Dios, y que por su intercesion conseguirían tenerle propicio.

Él, lleno de modestia, huía la presencia y los respetos que le prodigaban todos los que por casualidad le habian visto y tenían noticia de sus virtudes; pero los amantes de la Religion, los que querían ver triunfante la Iglesia de Jesucristo, conociendo lo útil que era á su triunfo poner en combate contra los herejes y gentiles á un varon como san Antonio, le buscaron con exquisita solicitud; le expusieron las necesidades de la Iglesia y la convencion de que haría mas servicios á Dios combatiendo á sus enemigos, que no pasando una vida, que solo para él era provechosa en el desierto.

La Iglesia de Jesucristo estaba trabajada por los escándalos de la secta arriana, que penetrando en el ánimo de algunos obispos, estos la habian llevado triunfante al palacio de Constantino, que variando de parecer á cada paso, ya en pro, ya en contra de los cristianos ortodoxos, aumentó la audacia de los herejes y dió motivo á graves escándalos, contrarios al verdadero espíritu de la religion de Jesucristo enseñado en una caridad sin límites.

San Antonio, en vista de los males que iba á padecer la Iglesia, y que habia peligros que correr en defensa de la ley de Jesucristo, se decide á sufrir hasta el martirio por sacar triunfante la religion de su Dios; no de otro modo que el bravo capitán que, al oír los estruendos de la guerra, ansía el momento de vestir la cota, enristrar la lanza y triunfar de sus enemigos.

Á la presencia de san Antonio entre las gentes, el aspecto venerable y tranquilo que tenia y la fama que le precedía de sus austeridades y penitencias, le atraieron un respeto universal de sus contemporáneos. Todos los hombres, ya de una sec-

ta ya de otra, que las seguian de buena fe, buscan su decision y sus consejos, persuadidos de que un varon tan virtuoso no podia ménos de acertar en lo que dijera; y escuchaban su predicacion con singular reverencia.

Los malvados, que pretendian sembrar la discordia en la Iglesia para mejor aniquilarla, quedan confundidos, porque ya nadie oye ni sigue mas opinion que la de san Antonio. Entra la emulacion de imitarle, y principian las montañas á poblarse de ermitaños, que despues de purificarse con penitencias salen á secundar los esfuerzos de su maestro, convirtiendo gentiles y seduciendo al gremio de la Iglesia á aquellas ovejas descarriadas por los malos pastores que profesaban el arrianismo.

Los servicios que hizo entónces á la Iglesia le dieron una fama universal; y pronto se vió acudir á él una infinidad de extranjeros, que se hicieron sus discípulos, y contribuyeron á poblar las soledades de las montañas de África de piadosos cenobitas. San Antonio lleno de gracia, y siempre vencedor de los demonios, hacia milagros; profetizaba y evocaba los malos espíritus con sus exhortaciones; y él solo era escuchado por todos en las disputas religiosas, que entónces se desarrollaron con los *donatistas*, *cirameceliones*, *arrianos* y otras sectas que fueron condenadas en los concilios de Roma, Arles y de Nicea.

Á pesar de su amor al retiro, á pesar de que su tranquilidad y sus goces estaban en la práctica de la vida contemplativa, desistió de retirarse á solicitud de sus discípulos, que le encarecian la utilidad de su presencia venerable, no solo á los cristianos sino á los herejes y paganos. En las agitaciones de Alejandria, donde facciones religiosas mandaban alternativamente, y donde muchos cristianos eran martirizados por su ortodoxia en la fe de Jesucristo, san Antonio á los ciento cuatro años de edad, imponiendo respeto con la fama de sus virtudes, se presentaba cual un ángel consolador á los cristianos afligidos, y les confortaba en la fe á la vista de sus mismos perseguidores. Estos, persuadidos de su milagroso poder, temian atraer su ira, y no se oponian á los piadosos oficios que con acendrada caridad prodigaba á los que los necesitaban, ya para confortarlos en la fe, ya para abrirles á ella sus cerrados ojos.

El emperador romano Constantino, que fué el primero que prestó un apoyo decidido á la Religion cristiana, le oyó tam-

bien cuando fascinado por los prelados heresiarios que le rodeaban, favoreció por cierto tiempo la secta arriana, principio y origen de la division de la iglesia protestante griega de la romana.

A la voz y fama de san Antonio, que llegó á escucharse con respeto hasta en los palacios de los césares, debió la Iglesia sus mas señalados triunfos en aquella época, porque no fueron debidos á la guerra entónces mezclada en los asuntos eclesiásticos, sino á su virtud y al espíritu evangélico que habia penetrado en su corazon.

Sí, católicos, así como Jesus durmiendo en la nave con los apóstoles se levantó á su ruego, y tendiendo su mano aplana las encrespadas olas y las hace venir sumisas á sus piés, arrumbando el bajel que se iba á sumergir, así san Antonio saliendo del desierto á ruego de los fieles turbados por las herejías, se presenta en medio de los tumultos y atrae á la paz los ánimos agitados, enseñándoles que no se ama á Dios mas que amándonos unos á otros.

Concluidas estas penosas tareas, llevando con placer divino estos trabajos en medio de su edad centenaria, vivió este santo varon teniendo presentes las palabras del Evangelio que he puesto por texto de mi discurso: *Beati illi qui cum venerit Dominus invenerit vigilantes*. Bienaventurados aquellos que cuando viniere su Señor fueren encontrados vigilantes; y consiguió morir acompañado de espíritus celestiales, que presentaron en el cielo como digno habitante su precioso espíritu.

En la corta reseña que os he hecho de las acciones de la vida de san Antonio ¿no descubris el alma grande y llena de sabiduría de un escogido del Señor? ¿No veis en ellas una gloria mas pura que la que buscan con solícito afan esos hombres turbulentos, que viven de la guerra, y la provocan causando graves aflicciones á la Iglesia y á los cristianos, que llenos de caridad sienten los males de los hombres porque los aman?

Pero no pararon en su muerte corporal ni en el principio de su vida eterna los beneficios que ha prestado á los hombres san Antonio. Muerto en el dia diez y siete de enero del año trescientos cincuenta y seis, quince siglos se van á cumplir, y no ha cesado de hacer beneficios á los que le invocan y siguen las huellas de su virtud.

Sin ir léjos de este sitio os demostraré esta verdad: ¿veis

esta concurrencia al rededor del altar de san Antonio, en la que vienen muchos á ofrecer á la vista de su imágen los bienes que constituyen su hacienda, esperanzados de que les serán conservados por su intercesion? Pues esto no es el suceso de este año solo: es la tradicion constante de muchos siglos, traída de generacion en generacion, para dar un testimonio de los beneficios que han recibido siempre los hombres por la intercesion de san Antonio.

Habréis visto á los hombres perder con el tiempo ciertas costumbres, y reformarlas segun las necesidades y adelantos que se hacen diariamente: alguna vez la mano impía de algunos malos cristianos ha llevado su audacia á tocar hasta algunas tradiciones religiosas, prevalida de ciertas circunstancias; pero no ha hecho mella en la costumbre de los fieles respecto á la festividad de san Antonio.

¿Cuál es la razon de esta universal aclamacion con que en el dia de hoy honra la cristiandad á san Antonio? Son los beneficios recibidos por su intercesion. Esto consiste en que infelices afligidos de un mal pestilencial han acudido á su altar, le han invocado, y han sanado de sus dolencias: que un labrador viendo perecer sus ganados, causa de su riqueza, ha obtenido su conservacion por intercesion de san Antonio; y que estos sucesos se han repetido con frecuencia conservando esa tradicion gloriosa para sus virtudes, que le acerca mucho al lado del eterno Padre.

Si al presente no se perciben estos beneficios ni se publican, no es porque no existen: no es porque san Antonio haya cesado de implorar por los que le invocan, ó el Señor no atienda á sus ruegos por nosotros: la razon es bien clara: los que consiguen estos beneficios son buenos cristianos, son hombres que viven vigilantes, esperando el dia en que la muerte les traiga á la presencia de su Señor: ¿y estos abundan mucho? ¿Se encuentran estos cristianos llenos de recogimiento y despreciadores de la riqueza, como san Antonio, entre los que concurren al pié de sus altares? Y si hay algunos, y estos consiguen algun beneficio, ¿son de esos vocingleros, que revisitando sus vicios del exterior de la virtud ostentan sus supuestas galas?

Bien conocéis que no; y en estas circunstancias hallaréis la explicacion de que en estos tiempos de poca fe anden, los que

la tienen, como desechados de los demas, con grave mengua de las buenas costumbres, y con descrédito de la Religion: de esa Religion divina que formó el tipo de virtud que vemos en san Antonio, y cuyos beneficios solo percibe el hombre, cuando ve que ella solo es el consuelo que le queda en sus aflicciones.

¿Por qué los que gozamos del beneficio de saborear la buena lectura de los Libros santos, y de conocer á fondo las bellezas de la Religion, abandonamos este terreno fértil y fecundo de eternos bienes, y nos vamos tras vanas sombras que no nos producen mas que desengaños? ¿Por qué nos quejamos de las maldades del mundo, proclamamos y ponderamos la felicidad de aquel que vive léjos de ellas, si despues nos dormimos entre sus halagos sin temor de que llegue nuestro Dios y nos despierte con un castigo eterno?

Si continuamos cada dia conociendo mejor nuestros vicios y las virtudes, y cada dia seguimos tras los unos abandonando las otras, no imitaremos ni seguiremos las huellas de san Antonio, que desde el momento que adoptó el consejo del Evangelio, que fué á los veinte años de su edad, estuvo vigilando la venida del Señor por espacio de ochenta y cinco años; siendo cada vez mas solícito en huir los halagos del mundo, á la manera del diestro y viejo capitán, que conociendo las cualidades de su enemigo, no descansa, y vigila todos los pasos por donde puede ser acometido.

¿No esperais despiertos, y aun llegais á perder el sueño por acudir puntuales á esos negocios mundanos de diversos géneros, que no pueden traer sobre vosotros mas que la esclavitud del pecado, y los castigos de una eterna condenacion? Pues considerad que de todos los negocios que pueden ocupar al hombre ninguno hay para él tan interesante como el de su salvacion: porque á su lado, los demas no son nada mas que humo que se lleva el viento. La recompensa que ellos ofrecen ¿á qué se reduce? Á un momento de embriaguez, que ni merece el nombre de placer, segun lo acompañado que está de sinsabores.

Y no obstante persistimos y persistiremos en seguir dormidos sin temor de que llegue el Señor, y seamos castigados eternamente; Oh ceguedad humana! ¡Oh condicion mala del hombre, que teniendo limpias fuentes donde apagar su sed de ver-

daderos goces, acude á las turbias y revueltas, donde no hay mas que podredumbre y corrupcion!

Bien pudierais, divino san Antonio, hacer que esta ceguedad cesara y se consiguiera el mas grande milagro que pudiera ejecutarse por vuestra intercesion, haciendo que los fieles que me escuchan, movidos del ejemplo de vuestras virtudes, se inclinassen á ser como fuisteis en la tierra: buen cristiano, amante de Dios y ansioso de complacerle, desprendido de los bienes terrenos y codicioso de los celestes, despreciador de las riquezas y caritativo con los necesitados; vuestros afanes se dirigieron siempre á que al llegar el trance fatal, en que todas las pompas mundanas quedan reducidas á la cavidad corta de un sepulcro, cuya árida tierra ni aún suele ser regada con la lágrima de un amigo, nuestro Señor os encontrase vigilante, y os introdujese á su mesa para disfrutar de las incomparables delicias de una eterna felicidad. Solo falta á vuestra gloria la satisfaccion de un deseo, que por si es un goce tambien, y este es que te imitemos y seamos participantes de lo que disfrutas.

Si desde el alto Empíreo donde habita tu alma inmortal apercibieras, santo bendito, que ante tu altar, los que se hallan reunidos renuncian á su mala vida y adoptan las sábias máximas evangélicas, que fueron la guía de tus acciones, entónces se regocijaria tu corazon: entónces seria cuando el aniversario de tu glorioso tránsito de la tierra al cielo añadiria, si posible fuera, mas felicidad á tu felicidad eterna. Porque en el cielo donde tú moras, en la corte celestial, donde tiene su trono el rey de los reyes de la tierra, y el justo por excelencia, no existe, como en la de los reyes de la tierra, la emulacion de obtener los favores á expensas de los demas. La envidia, que acibara los dias del cortesano adulador, no tiene cabida en las almas grandes y gloriosas como la tuya, que se goza en la felicidad de los demas; y cuya ambicion (si tal frase puede aplicarse al caritativo deseo que las anima) es que todos se acerquen como vosotros los santos del cielo, á la mesa del Señor y obtengan sus beneficios.

En vuestra mano está si queréis glorificar y honrar á san Antonio en el aniversario que se hace del día de su tránsito al cielo. Nada mas grato hay para él que ver acudir al camino de la salvacion las almas extraviadas de los hombres. El reconocimiento de sus beneficios, la idea de su eficaz proteccion que os trae al rededor del templo donde se le da culto, y puebla

sus alrededores, vale ménos á sus ojos que el arrepentimiento sincero de cualquiera de los concurrentes, alcanzado por medio de la contemplacion y conocimiento de sus virtudes.

El hombre de bien, el labrador sencillo que pensando en su trabajo y en su salvacion acude á los piés de san Antonio, pidiéndole su proteccion, la encuentra; y del mismo modo y con mas agrado le encontrará propicio cualquier cristiano, que prostrado á sus piés le diga: ¡Bienaventurado san Antonio! tú que tuviste fortaleza y virtud para cumplir, no solo los preceptos cristianos, sino que te atreviste á seguir con corazon valiente los consejos de Jesucristo para ser perfecto, distribuyendo tus riquezas, esperanzado solo de vivir con su asistencia, contempla mi miseria. Yo soy un pobre pecador que no he sabido apreciar los dones celestiales, hasta que he visto la influencia que han tenido para hacerte un ejemplo permanente de las mas sublimes virtudes; y deseo y quiero ser bueno: ansio persuadirme eficazmente, como tú lo hiciste, de que este mundo no encierra mas que maldad; y que huir de él, es salvar el mayor escollo que hay para mi salvacion eterna, y para esto necesito tu proteccion.

Si alguno de mis oyentes con estas ó semejantes palabras se dirige á san Antonio, y al hacerlo, sus palabras marchan acordes con su corazon, san Antonio le auxiliará: san Antonio se gozará en ayudarle, rogando á Dios que haga descender su gracia sobre el pecador que se arrepiente; porque san Antonio ama á sus semejantes con caridad cristiana, como lo demostró cuando por serles útil abandonó la vida retirada y contemplativa en que cifraba sus delicias, despues que con ásperas penitencias habia vencido repetidas veces al demonio que le dirigia sus asechanzas.

Persuadidos de esta verdad, conociendo que mudar la voluntad nuestra y conyertirnos de perezosos en vigilantes de la venida del Señor es como conseguiremos el bien mas apetecido del hombre, que es la salvacion eterna, ¿no trataremos de seguir el consejo de nuestra conciencia.

Así lo espero, así lo deseo por honor de san Antonio, por el bien vuestro, por el de la humanidad interesada en que se reformen las costumbres, cesen los crímenes y se verifique el reinado de paz y fraternidad, que Cristo vino á establecer en el mundo á costa de su propia sangre. De este modo alcanzaréis la vida eterna que os deseo. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DE TRONCOSO.)

*Dilectus Deo et hominibus cujus memoria in benedictione est.
Similem illum fecit in gloria sanctorum et magnificavit eum
in timore inimicorum et in verbis suis monstra placavit.*

He aquí un hombre que fué amado de Dios y de los hombres, cuya memoria se conserva en bendición. Ensalzóle el Señor á la gloria de los santos, engrandecióle y le hizo terrible á los enemigos, y con sus palabras hizo cesar las horrendas plagas.

Eccli., c. 45. v. 1 y 2.

¡Gran dicha, católicos oyentes, felicidad sin igual es el ser amado de Dios! En vano se armaria el mundo contra un ser á quien el Señor hubiere escogido para objeto de su cariño. La maledicencia, el odio, la calumnia, todas esas pasiones innobles y vergonzosas que se nutren y fomentan á veces en el corazón humano para perseguir y hacer la guerra á los demas hombres, ninguna fuerza pueden tener en aquellos que por su vida ejemplar, por sus virtudes y méritos, se han hecho acreedores al amor y proteccion del que tiene en sus manos el imperio del mundo y de todas las criaturas. Bien lo han experimentado los émulos de la iglesia, y cuantos en su loco delirio se atrevieron á mojar sus plumas en la ponzoñosa hiel de la sátira y del desprecio contra los siervos de Dios. Escupieron al cielo!... y el cielo castigó su alevosía. Calumniando á los héroes del cristianismo, injuriaron al que tales les hiciera; y el que habita en los cielos burlóse de sus calumnias, deshizo sus planes, y haciendo servir sus propios errores al triunfo de la verdad, hizo que los que un día fueran objeto de un loco desden, lo fuesen despues

de la admiracion, del respeto y de la veneracion universal. Fueron amados de Dios y de los hombres; su memoria se conserva en los fastos del mundo llena de celebridad; sus nombres arancaron ovaciones y aplausos; el Señor les ensalzó á la gloria de santos y amigos suyos; engrandecióles y les hizo terribles á toda clase de enemigos; y dió á sus palabras una fuerza irresistible para conjurar las mas horrendas plagas, y pacificar á los mismos monstruos.

Esta verdad que pudiera hacerse extensiva á todos los santos, cuadra muy especialmente al que hoy forma el objeto de los presentes cultos. Antonio, el grande y sin par Antonio, patriarca ilustre de la vida cenobítica, jefe valeroso y caudillo impertérito de numerosos ejércitos de almas magnánimas y generosas, que alistándose bajo las banderas de la cruz han llenado el mundo de asombro y sembrado por toda la redondez de la tierra el gérmen de las virtudes mas heróicas; hé aquí un hombre á quien distinguió Dios con su benevolencia, y á quien los hombres no han cesado de prodigar los mas cordiales elogios á traves de cerca de diez y siete siglos. *Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est.* Hé aquí al que en medio de persecuciones violentas, y de una lucha la mas decidida y cruel contra las potestades del averno, supo sublimarse á la gloria de los bienaventurados, llevando consigo los despojos de cien y cien triunfos que reportara de sus enemigos. *Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum.* Hé aquí en fin al que de en medio de las breñas y del fondo de los yermos mas solitarios, opuso la resistencia mas heróica á los sordos amaños del error, defendió las verdades de nuestra religion y sus inviolables dogmas, y apaciguó el monstruo de la herejía arriana, que pretendia sumir al mundo en sus impíos desmanes. *Et in verbis suis monstra placavit.*

Brillantes caracteres, amados oyentes, son estos con que se nos describe el heroísmo del insigne Antonio. Si dejáis correr vuestra imaginacion por el vasto campo que ofrece á nuestra vista su prodigiosa vida, le hallaréis ya como el precursor del Mesias habitando los desiertos y entregado al misterioso silencio de la soledad; ya como el profeta del Carmelo trepando riscos, atravesando montañas, y presentándose ante los corifeos del error, para convencerles de sus imposturas, como aquel lo

hiciera con los profetas de Baal; ora conduciendo como Moises una muchedumbre prodigiosa de hombres, á quienes enseña los preceptos del Altísimo, alimentándoles del maná celestial de las evangélicas virtudes; ora... Detengámonos aquí, católicos oyentes, Antonio es el tipo mas perfecto de aquel caudillo del pueblo de Dios, el Moises de la ley de gracia. Si aquel se santificó por su fe y su mansedumbre, este por su mansedumbre y su fe mereció ser escogido de Dios entre toda carne para ser el modelo perfecto de una santidad que hasta entónces no habia tenido semejante. Si aquel fué glorificado en presencia de monarcas enemigos, por los portentos que hiciera en confirmacion de la mision divina que ejercia, este no lo fué ménos, por lo que dijo y obró en apología de la verdad católica y en defensa del mas augusto de los misterios. Por eso aplicamos al ilustre Antonio el elogio que Jesus hijo de Sirach hizo del gran Moises, y en su consecuencia no dudamos ofrecerle á vuestra admiracion como un varon amado de Dios y de los hombres, y digno de eterna memoria; lo primero, porque como padre de la vida monástica ejerció virtudes heroicas que le hicieron el modelo de la mas perfecta santidad: *Similem illum fecit in gloria sanctorum*. Lo segundo, porque como defensor de la iglesia se opuso al error, vindicó los dogmas católicos, y confundió á sus enemigos: *Magnificavit eum in timore inimicorum et in verbis suis monstra placavit*. Descubierta ya el plan del discurso, solo nos resta invocar los auxilios divinos por la mediacion de aquella virgen á quien el arcángel san Gabriel saludara en Nazaret diciendo: *Ave Maria*.

PRIMERA REFLEXION.

La religion del crucificado combatida en todas partes por el furor de los emperadores, era en el Oriente el objeto de la mas cruel persecucion por los años doscientos cincuenta. Decio se habia ensañado contra los cristianos, mas que todos sus predecesores. Por donde quiera multiplicaba edictos para su exterminio: y en las calles y en las plazas resonaban sin cesar los decretos de muerte contra todos cuantos se risitiesen á abjurar el cristianismo. Mas no por eso se disminuía la fe. El rigor de los tiranos no hacia sino acrecentar el fervor de los fieles.

Estos no pudiendo vivir en las ciudades, retirábanse á los desiertos, y allí observaban los preceptos evangélicos y se ejercitaban en todo género de virtudes. Muchos habian ya adoptado este sistema de vida, y entre todos mereció una reputacion singular el insigne ermitaño Pablo, á quien el cristianismo reconoce por el padre de los anacoretas. Pero la Providencia tenia destinado en sus inefables designios á un varon que, como otro Abraham, debía ser padre de muchas gentes, el maestro y caudillo de un numeroso ejército de ilustres confesores, que reunidos en comun bajo su direccion y disciplina, establecerian en la iglesia un género de vida no conocido aún, y que en lo sucesivo asombrarian al mundo con sus virtudes, y le prestarian inmensos servicios. Este era Antonio, el héroe cuyas glorias solemniza hoy la iglesia católica. Nacido en aquellos tiempos aciagos en un pueblo del alto Egipto, heredó con la sangre las virtudes de sus ilustres padres: los cuales, temerosos de que aquella tierna alma en la que se advertian las mas felices disposiciones á la virtud, pudiera inficionarse con el contacto de sus coetáneos, se impusieron á sí mismos el deber sagrado de la educacion de su hijo. No aprendió el niño Antonio las ciencias humanas ni la lengua griega, á la sazón tan comun en los demas de su rango y noble categoría; pero salió tan aventajado en la ciencia de los santos, que es el temor de Dios, que á nada desde entónces aspiraba su corazon sino á agradarle y servirle lo mas perfectamente posible. No retardó mucho el Señor el satisfacer los deseos de su siervo, porque desde su cuna era objeto de su amor y benevolencia. Como al jóven de Silo, hácele escuchar su voz en el santuario. « Si quieres ser perfecto, vé y vende lo que tienes, entrega su producto á los pobres, ven en mi seguimiento, y tendrás un tesoro en el cielo. » Estas palabras que oyó un dia Antonio en la iglesia siendo de diez y ocho años, fueron las que decidieron su suerte. Cual si á él solo se hubieran dicho, no bien las ha escuchado, cuando sin vacilar un momento las pone en práctica, y distribuyendo el pingüe patrimonio que de sus padres heredara entre sus convecinos, y repartiendo á los indigentes lo que le produjera la venta de sus muebles y posesiones, corre presuroso á buscar el silencio de la soledad fuera de la poblacion, mas contento en su pobreza que ántes en el seno de la abundancia y de la opulencia. Mas no se crea que Antonio se retirase al desierto por bus-

car únicamente la tranquilidad, y disfrutar de una vida muelle é indolente. Ah! Antonio aspira á la perfeccion, y la busca por cualquier via que pueda hallarla. Austeridades, vigílias, ayunos, oracion, leccion de Libros sagrados, todo entra en el plan del ilustre jóven. No le intimida el frio, no le acobarda el calor, ni la aspereza y fragosidad de los sitios mas inaccesibles. Busca aquí y allí á los solitarios que moran en aquellos yermos, oye sus consejos, observa su método de vida, estudia sus acciones, y reuniendo en su persona lo mas perfecto de sus ejemplos, hácese un dechado de virtud y un modelo de perfeccion. En vano se arma contra él todo el infierno: inútilmente prepara armas peligrosas para derrocar su constancia. Armado Antonio de la virtud de Dios, entra en lucha y vence cual generoso alletá á aquel Leviatan soberbio tan temido de todos y de ninguno temeroso, segun la expresion de Job (1).

Grandes fueron á la verdad, amados oyentes, las tentaciones que Antonio hubo de sufrir en la soledad, terribles los choques, crudos los combates, y cual jamas se habian visto hasta entonces los ardidés de que el enemigo del género humano se valiera para hacerle desistir de su santo propósito. Ora para despertar en su espíritu el amor á las riquezas, esparramaba con profusion por los caminos el oro y los metales preciosos; ora para avivar en sus sentidos el ardor de la concupiscencia, representaba á su imaginacion fantasmas impuros é imágenes voluptuosas; y buscaba los medios de aterrarle, tomando la figura de animales venenosos ó de bestias feroces y carnívoras; ya procuraba debilitarle descargando sobre su cuerpo fieros golpes, que le reducian á la mas lastimosa situacion. En suma, cuanto de violento y terrible puede imaginarse, fué ejercido contra el jóven Antonio por Satanas por espacio de veinte años. Hubiérase dicho que confundido y avergonzado de la inutilidad de sus planes maquiavélicos contra los cristianos en las ciudades, en donde hervia la persecucion, habia vuelto sus armas contra este solitario para vengar en él la ignominia de la derrota que habia sufrido. ¿Y piensas tener mejor éxito, oh enemigo tenaz de los mortales, esperas conseguir un resultado mas feliz, y reportar un triunfo mas completo de este, que de aquellos? No, católicos; Antonio mucho mejor que el Profeta pudo decir al

(1) Job. c. 41. v. 24.

Señor: « tú, oh Dios mio, eres mi rey, el que decretas las victorias en Jacob. Con tu ayuda arrojaré al aire y voltearé á mis enemigos, y en tu nombre despreciaré á los que se levantan contra mí (1).

Y en efecto, señores, si jamas se vió una lucha tan encarnizada como la que hubo de sostener Antonio contra las potestades del infierno, tampoco el mundo admiró una resistencia tan heroica como la que este opuso, ni una victoria mas gloriosa que la que alcanzó. Cuanto mas arreciaba el combate, tanto mas redoblaba su vigilancia, y en proporcion que el enemigo urdia ardidés para sorprenderle, él estudiaba los medios mas exquisitos de defensa para neutralizarlos. ¿Atacábale el demonio con la ira? Antonio se revestia de la mas extrema mansedumbre. ¿Combatíale con la soberbia? Antonio le hacia frente con la mas profunda humildad. ¿Asestábale con la avaricia? Antonio oponia el desprendimiento mas desinteresado. ¿Pretendia en fin abrir brecha con el deseo de la gloria mundana? Antonio se amurallaba con el desprecio universal de todo cuanto el mundo aprecia, y no ansiaba otra gloria que la cruz del Salvador. En una palabra, á la molicie y sensualidad oponia Antonio la austeridad y la aspereza; á la gula, el ayuno; á la pereza, las vigílias; á la indolencia, el trabajo de manos; y á las distracciones, la lectura y la oracion. De este modo logró vencer al demonio, é hizo ver cuán inútiles son las arterias del infierno contra aquel que armado de la confianza en Dios, resiste con brío á las tentaciones. Oh! cuánto se complace el Señor en ver pelear á sus siervos con el enemigo comun! ¿Cuán grande es la satisfaccion que experimenta cuando con una constancia inalterable resisten á sus furiosos embates! Bien lo manifestó á nuestro héroe, cuando acometido este de una multitud de monstruos horrendos que le invadieron y golpearon con furor nunca visto, hasta dejarle en tierra casi exánime, y exclamando en el exceso de su dolor: « ¿Dónde estabais, Señor, y por qué no habéis venido al principio? » una voz celestial contestó: « Aquí mismo estaba, complaciéndome en contemplar tu heroico valor. »

No era posible, católicos oyentes, que esta antorcha luminosa permaneciese oculta en el fondo del desierto. Los respían-

(1) Psalm. 43.

dores que despedía su virtud extendiéronse bien presto por todas partes, y de donde quiera corrian en tropas muchedumbre prodigiosa de personas de todas edades, deseosas de admirar tantos prodigios, y decididas á seguir su vida y á practicar sus consejos. Inútilmente se opone Antonio á admitir la mision que el Señor le prepara. Su delicadeza suma, su modestia y humildad sin semejante le instan á que huya á sepultarse en los sepulcros, léjos de todo trato humano; pero Dios que le destina á ser el fundador de la vida monástica, hace que triunfando de sí mismo, admita este pesado cargo y se someta á ser el director de los que con instancia piden ser alistados en las banderas del Crucificado, bajo la disciplina de un varon tan amado de Dios.

Vedle ya constituido en su nuevo destino, trabajando con infatigable celo en establecer monasterios, y en visitarlos con frecuencia, animando á sus moradores á la práctica constante de los consejos evangélicos. Aquí instruye, allí reprende; á estos alecciona en los medios de vencer las tentaciones del enemigo, á aquellos exhorta á trabajar sin descanso en el ejercicio de la mortificacion; y cuándo con palabras, cuándo con ejemplos, no cesa de fomentar entre sus súbditos el espíritu de todas las virtudes. ¡Qué espectáculo tan embelesador ofrecieron entónces aquellos asilos solitarios! Dijérase que el desierto se había convertido en un cielo animado, en donde solo moraban inteligencias incorpóreas, no hombres terrenos y sujetos á la corrupcion. Allí no se oían sino los acentos sagrados de alabanza perpetua, tributada al Cordero dominador del orbe, cual los oye-
ra en Patmos el amado evangelista. Allí reinaba la justicia, moraba de asiento la caridad, dominaba el mas profundo silencio, y corria en abundancia la calma y la paz del corazon. Contemplad, católicos oyentes, á esos ángeles del desierto, mirádeles de cerca y admirareis cuán perfecta armonía reina entre ellos; cómo se toleran mutuamente las debilidades inseparables de la humana naturaleza; cómo se aman sin rivalidad; cómo se reprenden sin amargura; cómo se animan sin emulacion; cómo se humillan sin afectacion; cómo obedecen sin réplica, cómo oran sin intermision. Les veréis unir y hermanar la dulzura de su trato con la austeridad de sus costumbres; el reposo del espíritu con la laboriosidad de sus manos; la contemplacion de Magdalena con la actividad de Marta. Vereis... Ah! todo es

obra tuya, insigne Antonio. A ti es deudor el mundo de haber visto despues en su seno reproducidos estos mismos ejemplos. Tú fuiste el primero que formaste esas reuniones de hombres, que, despreciando con heróico desinterés el fausto, las riquezas, la gloria y cuanto los humanos conocen de mas apreciable, se sacrificaron á sí mismos ante las aras de la religion, y eligieron morar en comun en la casa del Señor, para ofrecerse á sus semejantes como el ejemplo de todas las virtudes. Desconozca en buen hora el mundo el mérito y los importantes servicios que á la religion y á la sociedad resultaron en todas épocas de estas comunidades, que como innecesarias é inútiles han sido desmembradas primero y despues totalmente dispersas. Nada importa: al lado de las ensangrentadas páginas de sus émulo, aparecerán otras páginas de oro, que las harán para siempre recomendables. Los hechos responderán á las teorías y la verdad á las calumnias. Donde quiera se leerá con entusiasmo y gratitud lo que las órdenes monásticas han trabajado en beneficio público: y el germen del bien que han sembrado no dejará de producir sus frutos. Entre tanto, ¿quién hay que no venera la memoria de aquel á quien se debe la gloria de estas instituciones? ¿Quién que no admire el heróismo, el valor y las virtudes del grande Antonio? La fragancia que esta flor del desierto exhaló durante su existencia, no se limitó á las escabrosidades del Pisper, ni á las montañas de Colzim, ni á los valles de Arsinoe, sino que se ha extendido por toda la superficie de la tierra. Si los prodigios obrados por su mano, su ciencia del porvenir, sus portentosas curaciones le merecieron una reputacion universal de santidad entre sus contemporáneos, aun entre los mismos paganos, no la disfruta ménos hoy entre nosotros. Los siglos no han hecho sino aumentar su gloria, y acrecer su veneracion. No hay en suma, quien deje de confesar que Antonio es un varon amado de Dios y de los hombres, y digno de eterna memoria, porque como padre de la vida monástica practicó y enseñó las virtudes mas heróicas que le hicieron el modelo de la mas perfecta santidad: *Similem illum fecit in gloria sanctorum*. He aquí lo que propuse como asunto de mi primera parte. Veámosle ahora adquirirse nuevos derechos al amor de su Dios, y al honor y veneracion de los hombres, como defensor de la iglesia, oponiéndose al error, vindicando los dogmas católicos, y confundiendo á sus enemi-

gos: *Magnificavit eum in timore inimicorum et in verbis suis monstra placavit.* Esto formará el objeto de vuestra atención en mi

SEGUNDA REFLEXION.

Los enemigos de las instituciones monásticas, han mirado siempre á los que, huyendo de la corrupcion del siglo se han retirado á la soledad, como unos hombres perezosos, egoístas, indolentes, amigos del reposo y de la comodidad. Su existencia les ha parecido inútil y aun pernicioso á la sociedad. Mas de una vez hemos oído preguntar en tono irónico y altamente despreciativo: ¿De qué sirven esos hombres? ¿Qué beneficios reporta de ellos la humanidad? Y aún la iglesia misma, ¿qué les debe? ¿Cuáles son sus servicios? Oh! cuán bella ocasion seria esta, amados oyentes, de vindicar á la faz del mundo estos institutos sagrados, si la índole del presente discurso lo permitiese! Pero no es una apología lo que vengo á hacer en este dia; es un elogio de un santo. Sin embargo, él solo me basta para llenar mis deseos. Antonio es una apología viva y sensible de las órdenes religiosas, y el monumento mas auténtico de lo que á estas debe la fe, la iglesia y la sociedad. El patriarca de los monjes hará ver si las acusaciones de sus émulos son dictadas por la justicia, ó mas bien por la prevenicion, el odio y la parcialidad.

Ya hemos dicho que á la época en que Antonio se retiró al desierto, ardía crudamente la guerra contra los cristianos en todas las ciudades sujetas al imperio romano. Alejandría se vio llena de ilustres confesores de Jesucristo, conducidos por el furor de los césares y de los procónsules en odio de la fe, para sufrir los tormentos mas exquisitos, y sellar con su sangre el testimonio de su constancia. Juzgaríase tal vez que nuestro ilustre héroe, medroso y cobarde, hubiese buscado un asilo en la soledad contra la persecucion. Mas no, deseoso por el contrario de dar pruebas de su adhesion firme por la fe, y á ley de apologista y defensor acérrimo de la religion que profesaba, no se contenta con llorar como el profeta de Morasti las desgracias de Jerusalem y la ruina de Sion. Revestido del espíritu de fortaleza, y ardiendo en zelo por la gloria de su Dios, dirígese á sus hermanos como otro Matatías, y les dice: « Todo el que

tenga zelo por la ley, y quiera permanecer firme en la alianza, sigame » (1); y diciendo, abandona el reposo de la soledad y parte con la velocidad del rayo hácia la ciudad, acaudillando una tropa de virtuosos solitarios decididos á consagrarse al servicio de los confesores de Jesucristo, y á sacrificarse ante las aras de la religion. Viérais á nuestro héroe introducirse en las prisiones, correr á las minas, presentarse en los tribunales, y acompañar á los mártires hasta el suplicio. Viéraisle exhortar á los unos, alentar á los otros, consolar á estos, reanimar á aquellos y constituirse el defensor de todos, sin temor de los tiranos que inútilmente intentarían estorbarle. Expida en buen hora edictos el gobernador, fulmine amenazas, prepare suplicios contra Antonio y sus monjes, si no salen incontinenti de la ciudad. El decidido apologista de la fe no teme los tormentos, desprecia las amenazas, suspira ántes bien por el martirio, y en su consecuencia, léjos de huir, se vuelve á presentar de nuevo ante el mismo gobernador, entabla una defensa heróica en favor de los cristianos, y no descansa un solo instante hasta haber dado cima á su mision. Entónces satisfecho de sus buenos deseos, si bien lleno de sentimiento por no haber participado de la dicha de los mártires, vuelve al desierto á apacentar su grey con los saludables pastos de la virtud.

No duró largo tiempo su reposo. El clarín de la fe volvió á resonar en sus oidos. Las necesidades de la iglesia le llamaron con urgencia á Alejandría. Su presencia en circunstancias azarosas no podía ménos de ser extremadamente útil y aún necesaria. En efecto, no bien comenzaba á respirar el cristianismo, libre ya de las persecuciones sangrientas que por espacio de tres siglos habia experimentado; apénas el gran Constantino expidiera aquel edicto que afianzaba la paz apetecida á los discípulos del Crucificado, y diera con su conversion una existencia legal á la religion católica, cuando aparecen nuevos enemigos que intentan turbar su reposo y sumirla en nuevas y mas terribles desgracias. Arrio, hombre procaz, simulado y maligno, sembraba en el seno del oriente el gérmen de un error cuyas consecuencias amenazaban ser las mas funestas. La consustancialidad del Verbo con su eterno Padre se miraba impiamente negada por aquel protervo heresiarca. En vano se reúnen concilios compuestos de los obispos de Egipto, de la Te-

(1) *I. Mac. c. 2. v. 27.*

baida y de la Libia, en donde se le condena unánimemente; en vano se levanta contra él la voz de los Padres congregados en Alejandría; en vano se convoca una asamblea general en Nicea, compuesta de trescientos diez y ocho prelados, muchos de los cuales conservaban en sus cuerpos las nobles cicatrices de los tormentos sufridos por la fe en las últimas persecuciones. Arrio, apadrinado por hombres influyentes y poderosos, consigue sorprender la credulidad de Constantino y usurpar la silla episcopal de Alejandría. Entonces fué cuando el ilustre solitario Antonio se presenta á la liza con mas brío que nunca, y á pesar de su edad avanzada hace esfuerzos de valor que inmortalizan su nombre y su fe. Escribe al emperador en favor del legítimo pastor san Atanasio, y sus palabras llenas de fuego, de unión y de una fuerza sobrehumana, consiguen al fin que triunfe la inocencia de este, y sea arrancada la máscara hipócrita con que se encubrieran los sectarios del impío heresiarca. Renuévase por los eusebianos los desórdenes, acreciéntase la persecucion contra los verdaderos católicos, y Antonio á su vez redobra su celo, y ni un solo momento cesa de combatir por la verdad. ¿Sabe que el intruso Gregorio ocupa la silla patriarcal, y apoyado por el prefecto Filagro ejerce las mas escandalosas violencias en la iglesia, despojando á sus ministros de las distribuciones que les pertenecian, aprisionando á unos, deponiendo á otros, y ensañándose contra todos con la mas inaudita crueldad? No por eso se desanima este defensor invicto del catolicismo. Una luz sobrenatural le habia hecho conocer todos estos acontecimientos un año ántes que se verificasen; habia anunciado á sus discípulos que la mesa del Señor se veria rodeada de animales inmundos, que con sus piés la hollarían y arrojarian por tierra cuanto ella contenia (1); así que, llegado que fué el tiempo en que esta triste prediccion se vió verificada, Antonio ya que no puede evitar en su totalidad tamañas desgracias, consuela á los buenos católicos con la esperanza de la paz, é influye tan poderosamente en el ánimo del emperador, que le hace escribir por sí mismo al usurpador Gregorio una carta llena de vehemencia, condenando sus demasías (2). ¿Llega á sus oídos que el duque Balacio, comisionado por Constan-

(1) *Receveur. Hist. ecclesiast. lib. 8, pag. 153.*

(2) *Año crist. Vida de S. Ant. Abad, pág. 274.*

cio para proteger á Gregorio, manda azotar cruelmente á las vírgenes y á los solitarios para satisfacer el encono y las torpes pasiones de su protegido? Pues á él mismo se dirige Antonio, y bien léjos de temer su animadversion, le escribe estas palabras: «Estoy viendo caer sobre ti la cólera de Dios. Deja de perseguir á los católicos, no sea que te sorprenda aquella, pues te amenaza muy de cerca (1).» En suma, ni un solo instante dió reposo á sus párpados Antonio mientras duraron las calamidades que afligian á la esposa de Jesucristo. Donde quiera se le vió pronto á vindicar sus sacrosantos dogmas; y ya con la pluma, ya de viva voz, ora por sí mismo, ora por medio de sus discípulos, trabajó constantemente en defensa de la verdadera fe. Testigos de esta verdad aquellos dos ilustres monjes que asistieron al concilio de Nicea, Pafnucio su discípulo, que en la persecucion de Maximiano perdió el ojo derecho por su constancia en confesar la religion de Jesucristo, y Crono su intérprete, que en aquella ilustre asamblea traducía al griego lo que Antonio decia en egipcio.

¿Qué mas podremos decir en elogio de nuestro héroe? ¿No es suficiente lo dicho para acabar de persuadirse de la justicia con que le propusimos como un varen amado de Dios y de los hombres, y digno de que su memoria se conserve con gloria en las presentes y venideras generaciones? Si grande y singularmente admirable se nos presenta como padre de la vida monástica, por la excelencia de sus virtudes y el heroísmo de su santidad, no lo es ménos mirado en el concepto de defensor y apologista de la religion católica, por el celo con que trabajó en servicio de la iglesia y de sus inviolables dogmas. Si en la soledad fué el terror de los demonios, á quienes venció en repetidos y porfiados combates, en el siglo fué el martillo de los herejes, á quienes confundió y redujo á la mas vergonzosa desesperacion. Si allí formó corazones en la virtud, y dió á luz con sus doctrinas y ejemplos millares de hijos, á quienes engendrará en Jesucristo y nutrirá con los consejos evangélicos, aquí vindicó estas mismas doctrinas de la maledicencia de hombres corrompidos y ambiciosos, é hizo brillar la verdad en medio de las tinieblas del error. Si allí, en suma, con su vida

(1) *Receveur. Hist. ecclesiast. loc. cit.*

ejemplar, con la oracion, austeridad y demas armas espirituales se hizo superior á todos los encantos de la seducion, y dominó las pasiones inmoderadas de la concupiscencia, que cual monstruos feroces intentaran devorarle, aquí esgrimiendo el acero de la divina palabra doméñó al monstruo del arrianismo, pacificó y suavizó las tormentas suscitadas contra la iglesia, y fué una de las mas firmes columnas que sostuvieron el ruinoso edificio de la fe en momentos en que parecia amenazar su inevitable disolucion. *Magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit.*

Tal fué, señores, el ilustre Antonio Abad: he ahí el patriarca de la vida monástica, el modelo sobre que se han formado todos esos órdenes religiosos, honra y prez de la iglesia católica. Si estos por efecto de las revueltas y vicisitudes de las cosas humanas pudieron en algun tanto decaer de su fervor primitivo, no por eso dejaron de ser sumamente respetables. En su seno erociéron y se formaron los hombres mas eminentes en virtud; de su seno salieron los ingenios mas sublimes en toda clase de ciencias; de su seno en fin brotaron raudales de verdadera y solida ilustracion. Es pues una ingratitud la mas torpe y monstruosa el desconocer los inmensos y nunca bien ponderados servicios que los órdenes religiosos han prestado en todas épocas á la moral, á la literatura, á la religion, á la iglesia y á la sociedad; y aún mas detestable la impiedad de los que en su delirante frenesí, se atreven á mojar sus plumas ó sus lenguas en la hiel amarga de la sátira ó del desprecio contra los que los fundaron.

En cuanto á nosotros, oh ilustre y sin par Antonio, estamos muy léjos de participar de ideas tan monstruosas. Te reconocemos como el caudillo y patriarca de los monjes, y como á tal te veneramos por tu prodigiosa santidad, por el celo ardoroso con que trabajaste en defensa de la fe y de la iglesia, por los ejemplos admirables que diste al mundo, y por los apreciables servicios que han resultado de las instituciones que fundaste. Admite hoy benigno la expresion de nuestro sincero y cordial afecto; y pues fuiste, miéntras en la tierra moraste, tan amado de Dios y de los hombres, intercede por

nosotros ante el trono del Excelso, ahora que ya disfrutas de su compañía y participas de su inmensa gloria. Consíguenos del que tan terrible te hiciera á las potestades infernales, fortaleza para vencer las tentaciones con que estas pretendieren sorprender y cautivar nuestras almas. Alcánzanos fervor para ejercitar tus heróicas virtudes, celo para defender los intereses de la Iglesia y de la religion, y adhesion firme á sus preceptos y sacrosantos dogmas; para que mereciendo como tú ser amados de Dios en la tierra, podamos esperar disfrutar de su bienaventuranza en las eternas mansiones del cielo.

SERMON

DE SAN ANTONIO DE PADUA.

(DE GONZÁLEZ.)

SAN ANTONIO OPUSO Á SUS PASIONES LA MORTIFICACION, Y Á LOS ESCÁNDALOS EL EJEMPLO DE SUS VIRTUDES.

Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris.

Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos.

S. Luc. c. 12. v. 35.

Toda la felicidad ó desgracia del hombre depende del fatal momento de la muerte. Ninguno perecería, al ménos de los verdaderos creyentes, si supiéramos con certidumbre cuál había de ser el día y la hora en que finalizara nuestra vida mortal; mas el Señor, que justamente celoso quiere para sí todos los instantes de nuestra existencia, tiene determinado que sea incierto para todos el tiempo de su fin, y por eso nos encarga con el mayor esmero que velemos y estemos dispuestos para la muerte, si queremos asegurar nuestra felicidad eterna. Cualesquiera que sean las circunstancias de nuestra muerte, ya sea natural ó violenta, repentina ó prevista, en la juventud ó en la vejez, en la riqueza ó en la miseria, como estemos dispuestos, nuestra dicha es infalible, pues así lo asegura el Salvador. Á pesar de esto nuestras pasiones excitadas por los funestos escándalos, que por do quiera se nos presentan, nos arrastran como con una fuerza irresistible al pecado y al infierno. Tal es nuestra des-

gracia en esta parte, que el Apóstol prorrumpia en lamentos contra la violencia de las pasiones, y el Salvador contra los fatales efectos del escándalo; y nosotros vivimos como si no tuviéramos semejantes enemigos, sin armas, sin precauciones, sin auxilio alguno para vencerlos. Ah! no es esto una verdadera locura? no es un crimen imperdonable? Cuando nuestro divino maestro procura animarnos á la pelea, á la victoria, á la vigilancia, proponiéndonos en el Evangelio con que la iglesia honra la memoria de san Antonio de Padua la inefable grandeza de los premios eternos, nos exhorta primero con un celo prudente á la lucha continua con tan terribles enemigos. *Sint lumbi vestri præcincti*, nos dice, *et lucernæ ardentes in manibus vestris*: ceñid vuestros cuerpos con el cingulo de la mortificacion para refrenar vuestras pasiones, y llevad en vuestras manos las brillantes antorchas de las virtudes, para oponeros al ímpetu violento de tantos escándalos.

El exacto cumplimiento de este precepto hizo perfecto á nuestro santo: Antonio trabajó por vencer sus pasiones y opuso constantemente el ejemplo de sus heroicas virtudes á los escándalos del mundo. La demostracion de estas verdades me dará suficiente materia para formar su elogio y exhortaros á su imitacion. No me esmeraré en parecer elocuente, si solo ministro del Evangelio, y un padre que nada procura con tanto ahinco como el bien de sus hijos. Ojalá que yo tuviera el espíritu, el fervor, el celo, la unción y sabiduría de nuestro santo! mas el Señor dará toda la eficacia necesaria á mis palabras, si se lo pedimos por la mediacion de la reina de los ángeles. *Ave Maria.*

No puede dudarse que son muy grandes los bienes que Dios tiene reservados para premio de la virtud; pero no son pequeñas las dificultades que tenemos que vencer para conseguirlos. Toda nuestra vida es una guerra continuada, en que debemos pelear incesantemente contra unos enemigos en sumo grado poderosos, y empeñados con el mayor teson en derribarnos para envolvernos en su desgracia. Algunos de estos nacen con nosotros, nos acompañan á todas partes, habitan en nuestro interior; otros nos vienen de fuera, pero no por eso son ménos temibles: los primeros son las pasiones; los segundos los

malos ejemplos que el mundo nos ofrece. Unos y otros son demasiadamente astutos, malignos y fuertes, y no lograremos vencerlos sino por un esfuerzo y un empeño superiores: unos y otros nos hacen la guerra sin cesar, y para triunfar de sus ardidés es necesaria una vigilancia constante y nunca interrumpida. Dichoso el que trabaja con resolución sin darles tiempo á una sorpresa! feliz el que está siempre alerta, siempre fortalecido, siempre dispuesto, no solo á defenderse sino á presentar la batalla en las ocasiones dictadas por la prudencia! este tal triunfará seguramente, y á su triunfo no puede ménos de seguirse el premio y la corona segun las infalibles promesas del Señor.

No es del caso detenernos á examinar cuál de estos enemigos es el mas terrible y formidable; diré si que, siendo las pasiones demasiado fuertes por naturaleza, como cada uno lo experimenta dentro de sí mismo, aumentan en tal grado sus fuerzas si no se refrenan y contienen en los principios, que es necesario todo el poder de la gracia divina para destruirlas. Prueba de esto la dificultad casi insuperable que experimentan los pecadores envejecidos para abandonar el camino de los vicios; como tambien la resolución con que triunfan de ellas siempre ó casi siempre los que desde la mas tierna edad se han acostumbrado á mortificarlas y contradecirlas.

Así el héroe cuya memoria celebramos no bien empezó á conocer el ardor de sus pasiones, cuando se dedicó á sufocarle por todos los medios posibles. Lisboa le vió nacer en el año de 1195, y casi puede decirse que desde aquel momento le vió hacerse á sí mismo la guerra mas cruel y obstinada, no pudiendo ménos de admirar semejante conducta en una edad en que por lo comun carecen los demas hombres, no solo del valor necesario para semejante batalla, sino hasta de su conocimiento. Nada puede decirse en verdad de su niñez, porque nunca fué niño. Enemigo siempre de la ociosidad, origen funesto de todos los vicios y fuente corrompida en que, por un criminal descuido de los padres, beben hasta saciarse los inocentes parvulitos toda especie de pecados; educado en el templo ó iglesia catedral en el temor y en la sabiduría del Señor, y alternando con sus maestros en las oraciones y lecciones espirituales, aprendió á ceñirse la carne segun la expresion de Jesucristo, y á los quince años de su edad se valió para esto de la correa de

san Agustin. Vedle ya enemigo declarado de sí mismo, y peleando con indecible valor contra las tres pasiones mas violentas, en las que se comprenden todas las demas. En el voto de obediencia se niega á sí mismo, mortifica su voluntad propia, y declara una guerra sangrienta y continuada á la soberbia de la vida; en el de pobreza se desprende de cuanto posee y puede poseer en el mundo, pone un duro freno á todos sus deseos, y promete pelear contra la concupiscencia de los ojos; en el de castidad reprime todos los movimientos de la carne, renuncia y aborrece todas las delicias, y hace una promesa solemne de ahogar los ímpetus de la lujuria ó concupiscencia de la carne. Este ángel en especie humana huye del mundo, de un mundo que es indigno de poseerle, para buscar el cielo que le está destinado: deja la suntuosidad del palacio por la pobreza de su celda; la delicadeza de los manjares, el lujo del vestido, el aparato exterior por el ayuno, por el cilicio y la disciplina; deja los criados que le servian en casa de sus padres y se dedica él á los mas bajos ministerios en el convento. Dije ántes que era un ángel, pero me equivoqué; es un hombre empleado exclusivamente en crucificar la carne con todos sus deseos. Ah! rásguense ó háganse transparentes las paredes de su celda, que ocultan á la humana vista el ejercicio de las mas sublimes virtudes; admírense los religiosos sus hermanos, considerando en un niño que habia salido apénas de la infancia el heroísmo que rara vez alcanzan los hombres envejecidos en la práctica de la mas austera penitencia; procuren alabarle, engrandecerle, publicar lo poco que saben de su piedad; él como maestro mas instruído les hará ver en cambio cuán despreciables son los elogios para el justo, cuán terribles la vanidad y todas las pasiones.

Es indecible cuántas dificultades se oponian á su resolución de abandonar la corte, pero él supo desvanecerlas todas. Como si la vista del palacio, la opulencia de su casa, los elogios de los suyos, y las diversiones de Lisboa fueran capaces de llamar su atención ó arrebatarse sus sentidos, y temiendo acaso la desgraciada suerte de la insensata mujer de Lot, no perdona medio ni diligencia alguna hasta conseguir el permiso para retirarse al convento de Santa Cruz de Coimbra, en cuyo pacífico asilo supone ha de poder respirar un aire puro y exento del humo pestilencial de la vanidad, de los aplausos, del atractivo de los

placeres sensuales. No se crea que había formado empeño de trasladarse á este punto con objeto de encontrar en él las comodidades que le negaba la corte; si en otra parte puede mortificarse mas, como llega á conocer desde el principio, si puede negarse mas completamente á sí mismo, si puede hacer una guerra mas activa á los enemigos interiores de su alma, al punto se trasladará allí: á todo está dispuesto, todo lo emprenderá con indecible gusto, todo lo ejecutará con un celo infatigable. Así es; pareciéndole que la aspereza del vestido, el rigor de las penitencias, la privacion absoluta de todas las comodidades, y sobre todo la facilidad de derramar su sangre por amor de Jesucristo se encuentra mejor en la religion de san Francisco, se resuelve á entrar en ella sin vacilar un momento.

Qué ejemplo tan edificante, cristianos! pero qué confusion tambien para nosotros! Cualquiera que sea el estado y condicion en que nos coloque la Providencia, siempre hallamos pretextos para quejarnos de sus disposiciones; siempre tenemos algo que envidiar en nuestros hermanos. Y qué es por último lo que tan ardientemente deseamos? El aumento de nuestra fortuna, la mayor comodidad, el menor trabajo, el descanso posible, la abundancia, el regalo, el ocio, la molicie... ay! el vil fomento de todas las pasiones, como si estas de suyo no fueran bastantes á perdernos. Con una vida laboriosa, en medio de una escasa fortuna, faltos de alimento y cubiertos de un traje mas á propósito para resguardarnos del frio que para ostentar lujo y vanidad, resistimos difícilmente á la pasion, somos vencidos de ella las mas veces, caemos con mucha frecuencia en el pecado, y no obstante ansiamos todo aquello que sabemos ha de prestar nuevas fuerzas á nuestros enemigos, porque no puede ménos de resfriar el fervor de la caridad, y debilitar la energía de nuestras almas; todavia nos arrojamos con temeraria impetuosidad á los mayores peligros, y fomentamos la pasion para que nos venza mas fácilmente. Sí, por nuestra desgracia no esperamos á vernos en la ocasion, ántes que llegue nos apresuramos á encender voluntariamente el voraz fuego de las pasiones, para precipitarnos á él con mayor violencia y proporcionarnos mayor deleite. Infelices! no sabemos que nosotros mismos nos arrojamos en el volcan que ha de devorarnos. La mortificacion de los sentidos, la huida de las diversiones

peligrosas, la propia abnegacion, la maceracion de la carne se nos presentan como otros tantos espectros horribles, cuya enorme sombra nos estremece, y cuyo solo nombre nos aterra. Esta conducta, solemos decir, es propia de los santos, de ningun modo nos pertenece á nosotros, que nos contentamos con ser buenos cristianos.

Funesto error! engaño fatal! ninguna diferencia hay entre ser buen cristiano y ser santo. La santidad no es otra cosa que la observancia de toda la ley, y ninguno es buen cristiano sin observarla. Los cristianos pueden reducirse á dos clases; mejor dicho, de los cristianos unos son buenos y otros malos: los primeros son los que con propiedad se dicen santos, los segundos pecadores; de consiguiente todos los que no son santos son pecadores. Nuestro engaño está en que vivimos persuadidos á que la santidad consiste en ayunos rigurosos, en sangrientas disciplinas, en mortificaciones crueles, cuando la santidad no es otra cosa, segun acabo de decir, que el exacto cumplimiento de la ley. Si nuestro héroe se ejercitó por todo el discurso de su vida en una mortificacion tan austera, si se privó con tal rigor aun de las cosas mas necesarias, no fué en la suposicion de que en esto consistía la santidad, sino por conocer que era el medio mas eficaz de sujetar las pasiones que con tal empeño se oponen al cumplimiento de los deberes del hombre. De este modo acostumbró á su cuerpo á carecer de todos los gustos que le pedia, y á sufrir todas las incomodidades que rehusaba. En vano levantaban despues el grito sus pasiones; solo pedirle un ligero desahogo era suficiente motivo para negársele, y si se resentian del áspero rigor de la penitencia, encontraba en ello un estímulo para aumentarle. Pudiera muy bien asegurarse que las pasiones solo se conservaban en su naturaleza para fomento y perfeccion de la virtud, pues en fuerza de tan constante resolucion en contradecirlas adquirió aquella conformidad que constituye el carácter de los héroes, y por la que le era indiferente ó mas bien delicioso privarse de aquellas cosas que él tenia por conducentes á la perfeccion de la virtud, si el Señor lo disponia. Nada deseaba con mas ansia que derramar su sangre por Jesucristo, y al efecto enajenado de gozo por habérsele logrado al parecer su generoso deseo, emprende la marcha con direccion al punto en que creía hallaria muy luego la corona del martirio; pero el Señor, cuyos designios eran

diferentes, dispone por un medio que él no podía prever, que regrese á Europa. Y qué! ¿creeréis que al ver desvanecidas sus lisonjeras esperanzas se dejará arrebatado de la impaciencia, del disgusto; ni ménos que profiera una sola queja contra el árbitro de los destinos que así lo habia dispuesto?

Si me fuera permitido declararos el mérito, la grandeza, el heroísmo de su resignacion, os manifestaria al mismo tiempo cuán injuriosos son á Dios y cuán perjudiciales á nosotros mismos esos frecuentes impetus de ira é impaciencia de que nos dejamos arrebatado, volviéndonos insensatos contra Dios en el menor infortunio, en la mas leve desgracia, en el mas insignificante acontecimiento que no salga conforme á nuestro beneplácito. Qué confusion! cuando san Antonio y en general todos los justos se esmeran á porfía en ofrecer á Dios hasta el sacrificio de sus mismas virtudes, rehusamos nosotros ofrecerle el de la vanidad, el de la ambicion, el de la codicia, el de todos los vicios! Oh! no pudiera darse mayor insensatez; mas puesto que os presento un modelo de resignacion en san Antonio, procurád imitarle en lo sucesivo.

Hasta ahora hemos visto á este santo separado de toda sociedad, oculto en el retiro del claustro, privado de la comunicacion de sus mismos hermanos, por temor de que excitaran en su corazon algunos movimientos de orgullo los elogios que tributaban á las virtudes que no podia ocultar á su vista; mas el Señor le destina por el ministerio de sus superiores á difundir por el orbe cristiano los fulgentes rayos de la doctrina y de sus virtudes sublimes. Si consultamos su conducta anterior y le medimos por la regla comun, es de temer que reciba estas órdenes con disgusto y repugnancia, pero es muy al contrario; en el momento desaparece su timidez, se desvanecen sus recelos, toma en la mano la brillante antorcha del Evangelio, enciende con ella el sagrado fuego de la ciencia divina en el corazon de sus hermanos, y siendo el claustro estrecho recinto para contener tan inmenso resplandor, se extiende por todas partes, ilumina á los que viven en el siglo, instruye á los ignorantes, conforta á los débiles, convierte á los pecadores, confunde á los herejes, destierra de allí los escándalos, hace que triunfe la virtud sobre los vicios que la tenían como abatida. Vedle que sale intrépido de su retiro y se presenta en el gran teatro del mundo para hacer una pública, pero humilde osten-

tacion de su sabiduría, de su celo, de su virtud, de su poder. A su presencia se rinde la naturaleza, se estremece la herejia, tiembla el infierno, todas las cosas en sus manos se convierten en gloriosos instrumentos de la Omnipotencia, en medios de manifestar que es hombre grande, verdadero sabio, héroe de la gracia, digno por sus virtudes y celo de ser el enviado de Dios para la grandiosa obra de la reforma del mundo pecador. Los brutos le obedecen, las enfermedades huyen al imperio de su voz, pierde su actividad el veneno, la muerte restituye sus presas, la iniquidad revoca sus injustas sentencias, el infierno le respeta, confundidos los herejes abjuran los errores y abrazan la verdadera fe, convencidos los mas obstinados pecadores se convierten á su Dios: los desiertos, las aldeas, las ciudades, las provincias, los reinos enteros se gozan en su compañía, aprenden su doctrina, presencian atónitos sus virtudes, participan de sus milagros, aprovechan su celo. El nombre y las maravillas de Antonio resuenan del uno y otro polo entre los mas justos elogios y las mas festivas aclamaciones.

Qué asombro! ¿es este, por ventura, el que tanto empeño manifestó en retirarse de la corte de Lisboa, por temor de que sus virtudes no pudieran ocultarse largo tiempo en el lugar que le vió nacer? Vosotros, cristianos débiles, que os avergonzais de profesar en público la religion del Crucificado, y os retraeis de la práctica de la caridad Cristiana por evitar las sátiras é insultos de los impíos; vosotros que con tan insolente descaro haceis alarde de la disolucion, de la impiedad, de la venganza, del vicio, á despecho de los virtuosos que no pueden ménos de horrorizarse de semejantes desórdenes, venid, preparád vuestras lenguas de vívora, y publicád que Antonio es un hipócrita, un engañador, un orgulloso egoísta, enemigo de la tranquilidad y del reposo, un perturbador del orden; haced liga con los herejes pertinaces para conspirar contra su inocente vida; poned en accion cuantos recursos os sugiera vuestra perversidad; no importa, no lograréis rebajar un ápice su verdadero mérito para con Dios, porque se sacrifica por su amor, y para con los hombres á quienes edifica con su ejemplo. Antonio á pesar de su profunda humildad emprendió un género de vida tan brillante, porque sabia que esa era la voluntad de su Dios expresada por el órgano de sus superiores; porque estaba imbuído en las máximas del Evangelio, y conocia que no es suficiente

ser bueno para sí, sino que es preciso serlo para los demas; que no basta obrar el bien, sino que es necesario enseñar á obrarle con las palabras y con el ejemplo; en una palabra, que no solo debemos mortificarnos en secreto para sujetar las pasiones, sino tambien hacer públicas nuestras virtudes para edificación de nuestros prójimos. Por este medio consiguió nuestro santo la gloria inefable que hoy disfruta en compañía de Dios; y el mismo debemos emplear nosotros si queremos ser felices como él. Mortificar nuestros apetitos, crucificar nuestra carne, sujetar, contradecir á nuestras pasiones, llevar con paciencia las contradicciones y penalidades de la vida, resignarnos con los adorables decretos de la Providencia, obedecer ciegamente las órdenes de nuestros superiores, edificar á nuestros hermanos con la rectitud de nuestras costumbres, con la modestia en todas nuestras acciones, con la devocion en todas nuestras prácticas religiosas, y sobre todo con una verdadera humildad que separe de nosotros hasta la menor sospecha de hipocresía; hé aquí en resúmen lo que hemos de hacer para imitar de algun modo á san Antonio y participar de sus glorias.

Interponed, santo glorioso, todo el poder de vuestra mediación con el soberano autor de la gracia, á fin de que nos envíe la que es necesaria para ser perfectos imitadores de vuestras virtudes, enemigos inexorables de nuestras pasiones, y observadores constantes de los preceptos evangélicos: alcanzad la benevolencia del Señor, especialmente para los devotos que por segunda vez os consagran estos solemnes cultos con un desinterés verdaderamente cristiano: pedidle que remunere su generosa piedad aumentando, si conviene, los bienes de naturaleza y de fortuna; y franqueando á ellos y á todos los cristianos los tesoros de su gracia y de su gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN ANTONIO DE PADUA.

(DE TRONCOSO.)

In medio populi sui exaltabitur, et in plenitudine sancta admirabitur.

Será ensalzado en medio de su pueblo, y admirado en la plena congregación de los santos.

Ecci., c. 24. v. 3.

La divina Providencia que vela incansable sobre la iglesia de Jesucristo, ha suscitado en todos los siglos seres portentosos, que en proporcion de los males que la afligian la prestasen los mas ilustres servicios, y la devolviesen todo el brillo de que la despojaron los fétidos miasmas del error y de la impiedad. Con dificultad podrá hallarse en toda la historia un siglo mas fecundo en errores, que el siglo XIII. La Europa entera se sintió de los males sin cuento que amargaron el corazon de la esposa inmaculada del Cordero. Cuanto de impuro y escandaloso produjeron en su tiempo los Arrios, los Nestorios y los herejes todos que con saña inaudita se ensangrentaron contra la religion del Crucificado, cuando aún estaba casi en la cuna, vióse reproducido en la epoca de que venimos hablando. Aquí los Guillemos de Sancto Amore escriben contra los órdenes religiosos. Allí los Fraticellos con su jefe Hermanno condenan la continencia conyugal, y enseñan que las mujeres deben ser comunes. Por una parte los fanáticos flagelantes pretenden abolir el sacramento de la penitencia, sustituyéndole la disciplina sangrienta, y se anuncian mártires de la verdad. Allí los

ser bueno para sí, sino que es preciso serlo para los demás; que no basta obrar el bien, sino que es necesario enseñar á obrarle con las palabras y con el ejemplo; en una palabra, que no solo debemos mortificarnos en secreto para sujetar las pasiones, sino tambien hacer públicas nuestras virtudes para edificación de nuestros prójimos. Por este medio consiguió nuestro santo la gloria inefable que hoy disfruta en compañía de Dios; y el mismo debemos emplear nosotros si queremos ser felices como él. Mortificar nuestros apetitos, crucificar nuestra carne, sujetar, contradecir á nuestras pasiones, llevar con paciencia las contradicciones y penalidades de la vida, resignarnos con los adorables decretos de la Providencia, obedecer ciegamente las órdenes de nuestros superiores, edificar á nuestros hermanos con la rectitud de nuestras costumbres, con la modestia en todas nuestras acciones, con la devoción en todas nuestras prácticas religiosas, y sobre todo con una verdadera humildad que separe de nosotros hasta la menor sospecha de hipocresía; hé aquí en resumen lo que hemos de hacer para imitar de algun modo á san Antonio y participar de sus glorias.

Interponed, santo glorioso, todo el poder de vuestra mediación con el soberano autor de la gracia, á fin de que nos envíe la que es necesaria para ser perfectos imitadores de vuestras virtudes, enemigos inexorables de nuestras pasiones, y observadores constantes de los preceptos evangélicos: alcanzad la benevolencia del Señor, especialmente para los devotos que por segunda vez os consagran estos solemnes cultos con un desinterés verdaderamente cristiano: pedidle que remunere su generosa piedad aumentando, si conviene, los bienes de naturaleza y de fortuna; y franqueando á ellos y á todos los cristianos los tesoros de su gracia y de su gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN ANTONIO DE PADUA.

(DE TRONCOSO.)

In medio populi sui exaltabitur, et in plenitudine sancta admirabitur.

Será ensalzado en medio de su pueblo, y admirado en la plena congregación de los santos.

Ecci., c. 24. v. 3.

La divina Providencia que vela incansable sobre la iglesia de Jesucristo, ha suscitado en todos los siglos seres portentosos, que en proporcion de los males que la afligian la prestasen los mas ilustres servicios, y la devolviesen todo el brillo de que la despojaron los fétidos miasmas del error y de la impiedad. Con dificultad podrá hallarse en toda la historia un siglo mas fecundo en errores, que el siglo XIII. La Europa entera se sintió de los males sin cuento que amargaron el corazon de la esposa inmaculada del Cordero. Cuanto de impuro y escandaloso produjeron en su tiempo los Arrios, los Nestorios y los herejes todos que con saña inaudita se ensangrentaron contra la religion del Crucificado, cuando aún estaba casi en la cuna, vióse reproducido en la epoca de que venimos hablando. Aquí los Guillemos de Sancto Amore escriben contra los órdenes religiosos. Allí los Fraticellos con su jefe Hermanno condenan la continencia conyugal, y enseñan que las mujeres deben ser comunes. Por una parte los fanáticos flagelantes pretenden abolir el sacramento de la penitencia, sustituyéndole la disciplina sangrienta, y se anuncian mártires de la verdad. Allí los

olivarios, semilla funesta de los albigenses, hacinan unas sobre otras las monstruosidades mas inauditas, y se entregan á todo género de impurezas las mas abominables y asquerosas. Ora se presentan los Estadingos y Circunceliones, ora los Raimundos de Tárraga, los Arnaldos de Villanova, los Guialdos y los Marsillos de Padua...

Qué dije? He nombrado, católicos oyentes, una ciudad que ha de dar su sobrenombre al héroe insigne destinado por el cielo para destrozár todas las herejías y los errores todos de este siglo infando. Antonio de Padua, llamado así por haber ilustrado á esta ciudad con sus prodigios y muerte preciosa, Antonio es el Elías enviado por el Omnipotente á los protervos Acabs, para darles en rostro con sus maldades y quebrantar los ídolos de las pasiones, cuyo culto fomentaban los falsos profetas, vendidos al torpe interes y á la insaciable sed de los placeres. Antonio es el nuevo precursor que no temerá presentarse ante una raza de vivoreznos ingratos, que se alimentan de la sangre de su madre la iglesia que ellos mismos vierten, y fulminará contra sus cabezas los anatemas de la ira de Dios. Antonio es en fin el apóstol, el apologista, el defensor denodado de la fe y de la verdad, que en el siglo XIII hará revivir en el seno del cristianismo todo el celo de los Justinos, Atanasios, Ireneos, Gerónimos, Agustinos y Crisóstomos, junto con los milagros de los Taumaturgos, para lanzar de en medio de la iglesia la hidra ponzoñosa de la mentira, del error y de la inmoralidad.

Oh ser portentoso! digno eras de que una lengua ménos torpe que la mia tomase á su cargo pronunciar tu elogio. Yo hallo en la historia de tu vida una serie de acciones tan extraordinarias, una muchedumbre de acontecimientos tan originales y nunca vistos, que aumentan en mí la confusión y me hacen casi imposible la realizacion de mi empeño. Empero no será esto un motivo suficiente para que deje de pagarte el justo tributo de mi devocion y cordial afecto, si quier mis palabras no llenen la vasta capacidad de mis deseos.

¿Mas cómo podré yo individualizar el carácter de un héroe que se presenta á nuestra vista bajo tantos y tan diversos aspectos, todos ellos á cual mas admirables? Os hablaré de él como de un apóstol? ¿Le pintaré como un doctor? ¿Le elogiaré como á predicador evangélico? ¿Le propondré como columna

de la iglesia?... Dificil es por cierto la eleccion. Decidámonos pues á compendiar del mejor modo posible todos estos brillantes caractéres, y mostremos á Antonio como un héroe que tanto por sus virtudes como por sus hechos portentosos, se ha hecho digno de los elogios universales de todo el pueblo cristiano, y ostentádose en extremo admirable entre todos los santos: *In medio populi sui exaltabitur, et in plenitudine sancta admirabitur.*

¡Oh Dios de grandeza y majestad, que tan admirable te manifiestas en tus escogidos! Acepta benigno el tributo de alabanza que hoy te ofrece mi torpe lengua al elogiar el heroísmo de tu siervo Antonio; y á fin de que mis palabras en nada desdigan de la grandeza y santidad de este lugar sagrado, dignate infundirme el espíritu de ciencia y de verdad que humildemente te pido, por la intercesion de aquella purísima vírgen á quien tanto amas, y cuyos ruegos son tan eficaces ante tu divino acatamiento. A este fin la saludamos reverentes con las palabras del ángel. *Ave Maria.*

REFLEXION ÚNICA.

Quando Dios se empeña en ensalzar á sus escogidos y hacerles respetables á la faz de los pueblos, no espera á que el tiempo desenvuelva las grandes dotes y las virtudes heroicas que en ellos se hallan como encerradas y ocultas bajo los pañales de la infancia. Desde luego hace brillar algunas ráfagas de luz, que anuncian los resplandores con que un dia han de esclarecer al mundo. Grato sobre manera me seria consagrar una parte de mi discurso á celebrar los portentosos acontecimientos que acompañaron la infancia de nuestro insigne Antonio de Padua, si no me lo impidiesen hechos sumamente célebres y dignos de nuestra mas particular atencion, que de tropel vienen á agolparse en nuestra memoria desde que intentamos trazar su elogio. Diría que su nacimiento anunció, no ménos que el del Bautista, lo que en lo sucesivo debia ser este niño lleno desde entónces de una grandeza extraordinaria en la presencia de Dios, y marcado con el sello de la mas heroica santidad. Diría que si las lágrimas son por lo comun el patrimonio del hombre apénas nace á la luz de este mundo, Antonio, excluido de pagar

este tributo á la naturaleza, y naciendo con la risa en los labios y una alegría celestial en su semblante, se manifestó ya desde aquel punto superior á todas las miserias que heredan con la sangre todos los hijos de Adan. Diria... Mas no; tú lo sabes, mundo engañoso; ni las riquezas con que continuamente deslumbras á los mortales, y que á manos llenas derramaste sobre nuestro ilustre Antonio, ni los placeres con que pretendiste fascinar su tierna inteligencia, ni cuanto de mas grato y amable le ofreciste poniendo á su vista la bella perspectiva de una sangre ilustre, de unos ascendientes célebres, de unos estados opulentos, de un porvenir colmado de esperanzas, nada de esto pudo hallar simpatias en un corazon que desde la cuna era todo de Dios, cuyas delicias se cifraban en la cruz del Salvador, cuyas riquezas eran la virtud, y cuyas esperanzas se terminaban en el cielo.

Por eso apenas llegó á rayar en los quince años de su vida, edad en que el imperio de las pasiones se manifiesta en toda su fuerza, en que el mundo ofrece á la juventud en cáliz de oro el suave pero mortífero licor de Babilonia, Antonio, temiendo sus ardides, reconociendo sus peligros, convencido de que es un enemigo tanto mas temible cuanto que no halaga sino para herir, ni acaricia sino para aprisionar, ni enriquece sino para despojar de los mas preciosos bienes, ensordece á sus halagos, mira con horror sus caricias, desprecia sus falsas promesas, y huyendo de su seno, vuela presuroso á buscar un asilo en donde pueda estar segura su inocencia.

El orden sagrado de san Agustin fué la piedra misteriosa entre cuyas hendiduras fué á ocultarse esta paloma pura y sin dolo, deseosa de unirse al que amaba su alma y al que era el centro donde únicamente podia hallar reposo su corazon. ¡Con qué ansia se abalanzó á los amorosos brazos de Jesus! ¡Con qué fervor se estrechó con la cruz y se desposó con la penitencia y mortificacion de todos sus sentidos! Qué prodigioso fué su retiro! qué constante su oracion! qué profunda su humildad! qué pronta su obediencia! ¡y su amor á Dios cuán ardiente y excesivo! Dijéraislo vosotros, venturosos moradores de ese paraíso de virtud y de inocencia. Dijéraislo vosotros, ángeles tutelares de Antonio, que mas de una vez os complacisteis en hacer coro con él en las divinas alabanzas. Dijéraislo vosotras mismas, mudas murallas del templo, que veces mil le visteis

arrobado en los aires, encendido su rostro como el de un querubín celeste, y su pecho abrasado en una llama cuyo fuego le consumia y hacia desfallecer.

Mas no solo en la virtud, tambien en las letras hacia Antonio progresos tan rápidos y admirables, que desde sus principios concibieron de él sus superiores las mas fundadas esperanzas. No era empero este orden insigne el terreno en que nuestro héroe debia manifestar su grandeza. El Señor cuyos juicios son incomprendibles, cuya providencia siempre sabia, dispone los medios mas oportunos al desarrollo de sus eternos designios, reservaba á su siervo una mision brillante que debia colmarle de gloria á la faz de los pueblos, y hacer su nombre admirable en la plenitud de los santos; y al efecto le llama al orden seráfico por medio de un acontecimiento que habla á su corazon con una voz irresistible.

Cinco mártires ilustres, primicias de aquel orden sagrado, habian derramado su sangre en testimonio de la fe, víctimas del furor mahomético. Sus preciosos restos trasladados desde Marruecos á Portugal por el infante don Pedro, y depositados por disposicion divina en el monasterio de Santa Cruz de Coimbra, morada de nuestro héroe, son para él cual chispas eléctricas que encienden en su corazon la llama del celo de la casa de Dios. Desde aquel momento parecele oír continuamente la voz del Señor, que le llama á evangelizar en el seno de aquella nacion desventurada. Ni los peligros de un mar enfurecido, ni los rayos abrasadores del suelo africano, ni el furor del mahometismo, ni la sangre todavía humeante de los cristianos, nada le arredra: ántes bien, cual furioso elefante que á vista de la sangre de tal manera se enardece, que rompiendo las cadenas que le oprimen, embiste como un rayo, despedaza y destroza todo cuanto se le opone, no de otro modo Antonio al ver la sangre de los héroes franciscanos, cual si sus heridas fuesen otras tantas lenguas que le exhortasen al martirio, rompe los diques que contienen su fervor, vuela, trueca el hábito Agustino por el toscó sayal del Serafin llagado, y surcando las enerespadas olas, se dirige á Marruecos. Ya sus plantas iban á pisar aquellos arenosos bajos, ya le parecia tocar con sus manos aquel terreno tan fecundo en mártires, ya se lisonjaba de empuñar aquella palma que tanto apeteciera... cuando Dios satisfecho de sus deseos, le hace retroceder y cambiar su rumbo. No te afli-

jas, héroe magnánimo; el cielo es quien dirige tus pasos; Italia te llama con voces suplicantes; ese es el terreno que Dios te prepara para ensalzar tus glorias; tú eres el destinado á salvar ese nuevo Israel combatido por todas partes por los hórridos monstruos de la herejía, del cisma y de la impiedad. No oyes sus bramidos? ¿No adviertes las densas tinieblas que enlutan el horizonte de ese reino desventurado? ¿No ves cómo ha empañado el brillo de la fe el hálito impuro del áspid tortuoso? Vé pues, y lleva á esa nación desgraciada la luz del Evangelio divino; vé y restaura en su seno el esplendor antiguo de la religion de sus mayores. ¿Mas cómo ha de ser á propósito para esta empresa un hombre que vive en la mas profunda oscuridad? En efecto, católicos, la humildad de Antonio, su silencio jamas interrumpido, su recogimiento inviolable, todo previene contra él. Conceptuado ignorante é incapaz de llevar á cabo negocio alguno de interes, toda su vida hubiera yacido en el olvido, si Dios que en sus altos designios le habia ya escogido como á otro Pablo cual vaso de eleccion para llevar su nombre á las naciones, no hubiese descubierto el fondo de ciencia que encerraba bajo un exterior tan humilde.

Todo es obra de la obediencia. Sus superiores le mandan dar su parecer en una conferencia teológica que se agitaba en la comunidad. Antonio habla, dilucida cuestiones las mas difíciles, resuelve dudas, combate argumentos... Qué es esto? ¿Es por ventura Antonio el que habla, ó es la voz de Dios que habla por Antonio? Qué prodigio! ¡Yo os glorifico y os doy gracias, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultando vuestros areanos inefables á los sabios segun el mundo, los revelais á los humildes de corazon! Tales son los afectos de todos cuantos le escuchan. Antonio desde este momento es mirado como un portento; todos parecen estar pendientes de sus labios; no hay negocio árduo ni difícil en que no se le consulte. En él reside la sabiduría en toda la extension del término. Posee en toda su profundidad la teología expositiva, la moral, la escolástica, la mística. Dijérase que habia bebido á torrentes toda la erudicion de los historiadores y de los padres de los primeros siglos. Los Ciprianos, los Justinos, los Atenágoras, los Atanasios, toda esa serie interminable de hombres eminentes en las humanas y divinas letras se hallan compendiados en Antonio. *In medio populi sui exaltabitur et in plenitudine sancta admirabitur.*

De aquí es que cuando habla en el concilio de Roma en presencia de los ilustres purpurados, sus palabras admiran, conmueven, electrizan á toda aquella santa asamblea. El papa Gregorio IX no duda llamarle ARCA DEL TESTAMENTO, en quien se hubiera encontrado la Escritura santa, si se hubieran perdido los volúmenes que la conservan. Su maestro el abad de Vercelli, le asemeja al Precursor, y le aplica su mismo elogio, diciendo que era *una antorcha que ardia y resplandecia*. Elegido primer lector de teología de su religion, él preparó los caminos á los Buenaventuras, Escotos, Alejandros de Ales, Mairones, Mastrios, y á todos cuantos en los siglos posteriores han llenado de gloria al orden Seráfico. Antonio lee en Mompeller, en Bolonia, en Florencia, y en todas partes acredita su comprension rara, sus talentos y sabiduría sin igual. ¿Y qué diré de aquella obra insigne que escribió y que le procuró los elogios de todos los hombres científicos? Ah! Las concordancias morales de la Biblia bastan por sí solas para inmortalizar el nombre de nuestro héroe paduano. Ellas le han merecido los epitetos mas sublimes que jamas han podido aplicarse á hombre alguno. Sagrario de la teología, mente angélica, padre de familias que todo lo halla y saca del tesoro de la ciencia divina, todo esto y mucho mas ha dicho del grande Antonio un célebre escritor del orden del Cister. No hay que extrañarlo, cuando su mismo santo fundador llegó á llamar á Antonio su teólogo por excelencia. Quereis mas? Mucho mas pudiera decirse, sin duda, pero el tiempo urge; llegado es el momento de contemplar á nuestro héroe hecho el objeto de la admiracion de toda la Europa en el ministerio de la predicacion de la divina palabra: *In medio populi sui exaltabitur et in plenitudine sancta admirabitur.*

¿Os acordais, católicos oyentes, de quel dia para siempre glorioso en que saliendo los discípulos del Salvador del cenáculo, hablan idiomas diferentes, y el Parto, y el Medo, y el Elemita, y el Cretense, y el Árabe, todos entienden perfectamente á aquellos hombres llenos del Espíritu santo? ¡Pues esto mismo vereis verificado en Antonio. Predica en España, en Portugal, en Francia, en Italia; pasa á la capital del orbe católico, habla allí en presencia de mas de tres mil extranjeros, y por todos es comprendido su idioma. Su voz de trueno, llena de la fuerza y virtud de Dios, penetra, conmueve, aterra, y por usar de la

frase del profeta Rey, hace estremecer los desiertos de Cades, desarraiga las encinas del Basan, parte los peñascos, y troncha los mas encumbrados cedros del Líbano. No es esta una ficcion, señores, no es una simple alegoria. Antonio dirige sus palabras á veinte y dos hombres foragidos, y sus corazones no pueden sustraerse á la fuerza irresistible de la verdad; lloran, se arrepienten y hacen penitencia. Antonio predica á todas las clases de la sociedad: á los reyes, á los ministros, á los sabios, á los opulentos; y á su vez, semejante á una espada de dos filos que penetra hasta las medulas del corazon, el opulento abandona el lujo y la esplendidez, y abraza la modestia y la sobriedad; los sabios deponen su orgullosa hinchazon, y se hacen ignorantes por Jesucristo, no queriendo saber otra ciencia que la de la cruz; el magnate detesta sus injusticias, obra con rectitud, y juzga á los pueblos con equidad; el monarca en fin dobla su cerviz ante el rey de los reyes, protege la religion, acata sus preceptos y se hace la norma de sus vasallos.

Su espíritu está por todas partes. ¿Visteis un relámpago que saliendo del oriente se dirige al occidente, retrocede, gira, forma círculos, desaparece, vuelve á brillar, dejando por do quiera vestigios de su rápido curso? Pues no de otro modo Antonio recorre las provincias y ciudades, el Genovesado, el Ferrarés, el Milanesado; ya está en Bretaña, ya en Langüedoc, ahora en Venecia, luego en Florencia. Las plazas le sirven de templo: por todas partes le siguen multitud prodigiosa de hombres, mujeres, niños, de toda condicion, de todos estados. Creeríais ver al Salvador seguido de las turbas en el desierto, y por lo mas escarpado de las montañas. Todo el mundo va en pos de él, trasnochando, velando, no toman reposo, esperando con avidez la hora de escuchar á este hombre evangélico. ¿Qué extraño pues, señores, que Dios compensase sus tareas apostólicas con los mas opimos frutos de justicia y santidad? Viérais por todas partes Magdalenas penitentes abandonar sus extravíos y licenciosidades; Levies codiciosos detestar sus tráficos ilícitos y restituir lo mal adquirido; Jonás dormidos despertar del profundo letargo del crimen en que yacían sumidos; en una palabra: fugarse el vicio, reinar la virtud, triunfar el Evangelio! Viérais..... pero señores, ¿qué es lo que pretendo? Seria interminable si quisiese individualizar los efectos maravillosos de la predicacion de este nuevo apóstol. Tampoco intentaré

entrar en el detalle de los inauditos prodigios con que el cielo ilustró su ministerio sagrado; recopilare no obstante algunos. Si predica en Padua, su voz es escuchada á dos millas de distancia de la ciudad. Si un hombre con el impío designio de burlarse de sus milagros se finge ciego, en su misma maldad halla el castigo, quedándose instantáneamente privado de la vista. Si un soldado se rie de sus maravillas, en una asquerosa lepra halla el infeliz la condigna recompensa de su incredulidad. Si hombres malvados acechan á un sacerdote para asesinarle, Antonio sale al encuentro, y diciendo: «Yo soy Antonio,» caen por tierra despavoridos, como á la voz del Salvador cayó un dia la turba deicida. En suma, la muerte, los elementos, Satanas, los hombres, los peñascos, la naturaleza, todo obedece á la voz de Antonio: verificándose en él á cada paso las promesas que Jesucristo hiciera á sus enviados cuando les confió la sublime mision de evangelizar al universo.

Ni penséis, católicos, que las tareas apostólicas de nuestro héroe fuesen un obstáculo al ejercicio de las demas virtudes. No, su heroísmo no tiene igual. La fe de Abraham, la esperanza de Jacob, la caridad de Eliseo, la castidad de José, la fidelidad de Tobías, el zelo de Finees, todas las grandes acciones de los héroes de ambos Testamentos se ven retratadas al vivo en este ilustre portugues. Tampoco escaseó el Señor con su siervo aquellos rasgos de familiaridad con que honrara en otro tiempo á los antiguos patriarcas. Abraham fué llamado por el gran Tertuliano familiar divino, porque alguna vez mereció que el Señor le hablase entre sombras, como en el Sinai, ó en medio de truenos y relámpagos como en Oreb; Antonio es mas acreedor á este dictado. ¡Habla tú, monte Alberno, y cuéntanos los prodigios de que fuiste testigo. ¡Cuántas veces resplandeciste con el reflejo de los espíritus bienaventurados, que venian á visitar al ilustre morador de tus yermas soledades! ¡Cuántas veces oíste la voz de los querubines con quienes Antonio desahogaba los incendios de su amor! ¡Cuántas veces... ¿podré decirlo? Sí, cuántas veces el divino niño Jesus se dignó venir á los brazos de Antonio, y este le estrechó en su regazo, le acarició con ternura, conversó con él amigablemente, y..... ¡lenguas angélicas debieran sustituir á mi lengua impura y balbuciente para describir esta escena! Jesus, ante quien se arrodillan el cielo, la tierra y los abismos, en los brazos de un hom-

bre! Calla Jacob; enmudece Noé; no hables Abrahán; vuestras glorias quedan oscurecidas en presencia de la gloria de este hombre único y sin par. Tampoco Antonio hace la menor mención de estos prodigios: él observa el mas profundo silencio. ¿Mas de qué sirve que el hombre se humille, si Dios se empeña en ensalzarle? En vano enmudece nuestro héroe. Dios habla, y el mundo todo es testigo de sus grandezas. *In medio populi sui exallabitur et in plenitudine sancta admirabitur.*

Todavía la religión llama á la lid á este celoso paduano. La fe sacrosanta combatida por sus encarnizados enemigos, implora los auxilios de este ilustre defensor. Antonio oye su voz, y cual atleta vigoroso, se lanza á la arena para luchar contra el hórrido monstruo del error. Hallábase á la sazón la Francia inundada de protervos herejes, que cual langostas del abismo esterilizaban la fe en sus mismas raíces, millares de raposas demolían la viña del Dios de Sabaot. ¿Cómo pues podría permanecer apático el espíritu ferviente del que había sido elegido por Dios para ser el martillo de la herejía? Ah! no es posible: ántes bien cual nube de fuego que atraviesa una y otra montaña, las abrasa y reduce las selvas á cenizas, como se expresa el Salmista, así Antonio trepando los Alpes, vuela de ciudad en ciudad persiguiendo vivamente á los malvados; pulveriza sus errores, desengaña á los incautos, y pone en el mas luminoso grado de evidencia las verdades y dogmas de nuestra santa religión.

¿Niega el impió Guialdo la real presencia de Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía? Antonio como Boanerges hijo del trueno, chispea, aturde, confunde al protervo sacramentario. ¿Es necesario un prodigio para completar su conversión? Presenta á una mula una hostia consagrada; el irracional abandona el pesebre, y adora al Dios de todas las criaturas: el hereje sucumbe á la verdad y la abraza; la verdad triunfa, y sus triunfos se extienden donde quiera que Antonio la defiende. Tolosa, Rimini, Milan, ven renacer en su recinto la antigua fe: y los herejes que inundaban sus estados, dóciles á las persuasiones de este hombre prodigioso, adoran á Dios en espíritu y en verdad.

Desprecia Bombilio la doctrina de Antonio? Antonio se dirige á las riberas del mar, convoca á los peces, les habla del reino de Dios; los peces escuchan su voz, reciben su bendición, se

ausentan, y el orgulloso filósofo tributa el mas humilde obsequio á las verdades que las criaturas irracionales acatan y veneran.

En vano la herejía despechada tiende redes á la preciosa vida del ángel de Padua: la prediccion del Salvador sobre sus apóstoles se verifica al pié de la letra en la persona de Antonio; y las espadas, y el veneno, y las serpientes ponzoñosas, y todo cuanto inventan para su exterminio cede en mayor gloria de su Dios y confusion de sus émulos.

Cerremos, señores, el elogio de nuestro héroe con el triunfo que consiguió contra el tirano de Verona. Mi imaginación no puede sufrir la idea espantosa que ofrece desde luego el nombre del cruel Exelino; llénase mi alma de estremecimiento al contemplar el horrible espectáculo que diera en sus dias aquel hombre, comparable solamente á la hidra formidable de siete cabezas que vió en Patmos el discípulo amado. Al ver las calles y plazas regadas de sangre, cubiertas con los cadáveres de once mil paduanos degollados ante las aras de la mas feroz inhumanidad; al contemplar el luto, las lágrimas, la consternación que reina en las ciudades por donde fija el pié ese monstruo de crueldad; cuando á do quier que tiendo la vista no hallo sino lágrimas, sangre, exterminio, quejidos, tristes ayes... mi corazón angustiado busca un momento de reposo. Gran Dios! ¿Hasta cuándo llorará la tierra por la maldad de los que habitan en ella? ¿No habrá un Samuel que se atreva á presentarse á ese protervo príncipe y darle en rostro con sus maldades? ¿No habrá un Moises que vaya á ese Faraon y le diga de parte de Dios: da libertad á mi pueblo, cesa de oprimirle, porque yo soy quien te lo mando y mi nombre terrible es Adonai? No habrá?... Sí, católicos, aquel Señor que en los dias de Atila, rey de los Hunos, y llamado por antonomasia el azote de Dios, supo oponer al torrente devastador de sus maldades al gran Leon; aquel que suscitó al gran Bernardo contra las injusticias y atrocidades del duque de Aquitania; aquel en fin, que á la arrogancia de todo un Teodosio, supo oponer la firmeza de un Ambrosio, sabrá tambien suscitar un nuevo héroe, que oponiéndose á la ferocidad de Exelino, triunfe victoriosamente de él, ataje su brio, holle su soberbia, calme su cólera y le haga retroceder. Y quién será este? Ah! el apóstol de la Italia. En efecto, Antonio lleno del espíritu de fortaleza, atraviesa el ejér-

cito del tirano, se presenta á él, y con voz enérgica le da en rostro con sus maldades, le amenaza con la cólera del cielo, y le anuncia castigos horrorosos si no cesa de perseguir á la iglesia y de manchar sus manos en la sangre de tantas víctimas inocentes. Á estas palabras, Exelino se estremece, se conturba, tiembla mucho mas que Acab en presencia de Elías; hubiérais creído ver al procónsul Sergio escuchando la voz aterradora de Pablo, ó á un David ante el profeta Natan. Así fué, el cruel tirano no puede resistirse al oír el eco aterrador de Antonio; póstrase á sus piés; implora clemencia; promete satisfaccion; la da en efecto; Jesucristo vence en Antonio cuando este triunfa de Exelino.

Con igual vigor y santo celo venga los derechos de su religion seráfica contra la relajacion que se introdujera, merced al descuido y perversos ejemplos de uno de sus superiores. En vano este gana breves apostólicos subrepticamente. Antonio descubre sus fraudes, insta, aconseja, reprende. Ármanse contra él los partidarios de la relajacion; le hollan, le desprecian, le insultan, le castigan; empero ni las prisiones, ni los grillos son suficientes para contener su celo. Corre á Roma; habla al sucesor de Pedro; la voz de la verdad es muy poderosa; el sumo pontífice examina con detenimiento el asunto; Fray Elías, convencido de crimen, es depuesto del generalato, y Antonio tiene el indecible consuelo de ver la verdad victoriosa y la observancia regular en toda su pureza y esplendor.

Ya se acerca el momento en que este héroe esclarecido vaya á unirse con su Dios en la mansion celeste. Las señales de su apostolado multiplicanse de día en día, y tanto mas radiante se manifiesta este sol, cuanto con mas rapidez se apresura á su ocaso. Aquí da vista á los ciegos; allí sana á los tullidos; ya detiene el furor de las aguas; ya amansa el furor de los vientos; ahora arranca multitud de víctimas de las fauces del sepulcro; luego lanza los malignos espíritus. Si su padre es condenado injustamente á perecer en un cadalso, Antonio se multiplica, se biloca, vuela de Padua á Lisboa, resucita un muerto que testifique la inocencia de su padre, le libra de la muerte y vuelve á Padua con la misma agilidad de un bienaventurado. Mas á dónde voy? Pretender numerar los prodigios de Antonio, seria un proyecto tan vano como el querer contar las estrellas del cielo. ¿Y pensais cesaron con la muerte de este Taumaturgo? No;

Antonio espira y desde aquel momento su sepulcro es una piscina saludable para toda clase de dolencias. No hay estado, no hay condicion, no hay sexo que no acuda á él con santa avidez á implorar su proteccion; los grandes, los pequeños, los ricos, los pobres, todos se postran en su presencia; y las púrpuras, y las coronas, y los cetros, y las tiaras hincan la rodilla ante los altares de este ilustre paduano. No ha pasado todavia un mes despues de su muerte, y ya las ciudades todas piden con santo entusiasmo su beatificacion. Y en efecto, á los once meses el sumo pontífice Gregorio IX escribe su nombre en el catálogo de los santos. Qué prodigio! Los pueblos se disputan el honor de poseer sus reliquias; su sagrada lengua permanece fresca é incorruptible, y obra multitud de maravillas. De las regiones mas remotas vienen con avidez á su sepulcro el aleman, el húngaro, el frances, el español, el moscovita. Toda la tierra publica sus alabanzas; verificándose en él el oráculo del Espíritu santo: será ensalzado en medio de su pueblo, y admirado en la plena congregacion de los santos: *in medio populi sui exaltabitur et in plenitudine sancta admirabitur.*

Oh insigne Antonio! Goza en buen hora de la gloria que te merecieron tus virtudes y hechos portentosos; pero no dejes de mirar con ojos afectuosos á cuantos en esta tierra de quebranto imploran tu proteccion poderosa. Ruega sin cesar por la santa iglesia, cuyos derechos con tanto denuedo defendiste. Protege desde el cielo la religion católica que en la tierra con celo tan ardiente propagaste. Consíguenos la gracia de imitar tus ejemplos heróicos, para que nos hagamos acreedores á disfrutar un día en tu compañía de la bienaventuranza, que el Señor tiene prometida á sus escogidos en las eternas mansiones de la gloria.

DISCURSO II

PARA EL DIA

DE SAN ANTONIO DE PADUA.

(DE TRONCOSO.)

Dedi te in lucem gentium.

Yo te he destinado á ser la luz de las naciones.

Isaïæ, c. 42. v. 6.

Cuando el profeta Isaías pinta el carácter del libertador de Israel, en pos del cual venian suspirando las generaciones desde el primer vaticinio pronunciado en la placentera morada de Eden, ved aquí cómo se expresa hablando en persona del grande Jehová: «Cerca está ya mi siervo, mi escogido en quien se complace el alma mía; sobre él he derramado mi espíritu; él mostrará la justicia á las naciones. Mansísimo y modesto, no tendrá querellas con ninguno; no será aceptador de personas, ni se oirá en las calles su voz para excitar tumultos entre la plebe. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que aún humea, sino que ejercerá el juicio conforme á la verdad. No será melancólico su aspecto, ni ménos turbulento, mientras establecerá en la tierra la justicia y de él esperarán la ley divina las islas. Yo el Señor te he llamado por amor de la justicia, te he tomado por la mano, y te he preservado para ser el reconciliador del pueblo y la luz de las naciones (1).»

Si bien es constante que estas palabras en su sentido literal pertenecen exclusivamente á Jesucristo, Salvador de la humanidad, destinado por su eterno Padre para anunciar al mundo

(1) *Isaïæ, c. 42. v. 1 et seq.*

la verdad, establecer la justicia en el seno de los pueblos, reconciliar con Dios á los que de él se habian separado por la culpa, y ser la luz brillante que manifestase á las naciones todas los caminos de la positiva felicidad, no es ménos cierto que ellas son al tiempo mismo una pintura fiel del carácter que debe distinguir á aquellos á quienes este Salvador divino confia la mision augusta que él recibiera un dia de su padre celestial.

Bastaria recorrer rápidamente la historia del cristianismo, y parar mientes en las brillantes cualidades de los grandes héroes que se han consagrado á difundir las luces puras del Evangelio en toda la redondez del globo, para quedar convencidos de esta verdad. En todos ellos se han visto brillar una mansedumbre extraordinaria, una imparcialidad incorruptible, una justicia extranjera al soborno y á las promesas, una apacibilidad insinuante y atractiva, un celo en fin que ha honrado su memoria y hecho preciosos los dias de su existencia sobre la tierra. Dejemos empero por ahora á todos esos astros refulgentes del católico hemisferio, y fijemos nuestra vista en el insigne Antonio de Padua, cuyas glorias hoy celebramos. ¿Quién al recordar lo prodigioso de su historia, dejará de reconocer en él la imágen mas acabada y perfecta de aquel divino prototipo de los santos? ¿Quién no ve retratados en este fidelísimo siervo de Dios los caracteres todos de aquel que le escogió en un siglo célebre en desgracias y fecundo en desórdenes de toda especie, para ser el defensor invicto de la justicia y el evangelizador celoso de la verdad? ¿Pudiéramos dudar de aplicar al héroe paduano las palabras del Profeta que nos sirvieron de texto? ¿Temeríamos extralimitarnos diciendo de él que fué un siervo á quien Dios amó sobremanera, y en quien se complació su alma de derramar todo su espíritu, para que mostrase su justicia á las naciones y enseñase á los pueblos sus divinos preceptos? ¿Quién como Antonio supo unir á los deberes del ministerio augusto que ejerció toda su vida, la apacible serenidad, la caridad industriosa, la paz del corazon, la rectitud de miras, la imparcialidad en los juicios, en una palabra, todas las cualidades de un enviado de Dios cerca de los hombres?

Tal se presenta á nuestra vista el héroe paduano, y de nada ménos que de un hombre de este temple necesitaba el siglo XIII. Preñado de errores y rebosando por donde quiera maldad, habíase anunciado al mundo este siglo desventurado. He-

reñas, cismas, turbulencias, guerras, sangre, desolacion, cuanto de horroroso y feo puede concebir la imaginacion del hombre, todo se hallaba aglomerado en aquellos dias de ingratos recuerdos. Heredero de todos los extravíos que en las pasadas edades engendrara el entendimiento pervertido de los enemigos mas encarnizados del cristianismo, el siglo XIII ofrecia á la faz de la Europa la triste y repugnante imágen de un dragon de siete cabezas. Los inmundos hálitos del error, habian empañado la brillantez del oro que un dia adornaba á la esposa del Cordero. Todo en su alrededor era oscuridad y espesas tinieblas.

Oh virgen, hija de Sion! Quién te consolará? ¿Quién curará las hondas heridas que en tu seno abrieron tus enemigos? ¿Quién te devolverá la hermosura antigua de que te despojaron? ¿Quién te restituirá los dias de prez y de gloria en que eras admirada de todo el universo? Vedle ahí: Antonio es el siervo amado de Dios sobre quien descansa el espíritu de verdad, de justicia y de milagros, para que como predicador, como apóstol y doctor, sea la luz de las naciones oscurecidas con las tinieblas del error: *dedi te in lucem gentium*. Tal es el carácter bajo el cual os voy á mostrar á nuestro héroe en el presente discurso. Imploramos los divinos auxilios por la mediacion de la virgen, diciéndola llenos de ternura: *Ave Maria*.

REFLEXION ÚNICA.

Si bien es verdad que no es la dorada cuna la que ennoblece al hombre; si es cierto que la humildad de nacimiento jamas ha sido un obstáculo para llegar al heroísmo, no es ménos cierto empero que este se ostenta mas, cuando naciendo el hombre en medio de la opulencia y de la nobleza, sabe despreciarlo todo, y solo funda la verdadera y sólida grandeza sobre las indestructibles bases de la virtud. La sangre de los duques de Saboya, de los reyes de Astúrias, de Jerusalem, de Castilla, de Aragon y de Navarra corrian por las venas del jóven Antonio é ilustraban su nacimiento; empero nada de esto le ilustró tanto como su prodigiosa santidad, que ya desde su infancia comenzó á desarrollarse de un modo singular.

Su niñez, como la de Tobías, no conoció las puerilidades

de la edad infantil (1). Si le mirais en el templo de san Vicente de Lisboa en donde habia sido reengendrado con las aguas del santo bautismo, y bajo cuya sagrada techumbre moraba de continuo, os parecerá ver al jóven Samuel instruyéndose en el templo de Silo en las voluntades del Eterno (2). Allí le vereis elegir por guia y norte de todas sus acciones á la brillante estrella del mar, María. Dirigido por ella en los peligrosos senderos del mundo, en medio de las tempestuosas olas de este océano sembrado de escollos y de abismos enormes, surca con felicidad sus aguas, sin que los bramidos de las pasiones, ni las negras sombras del error y de la mentira, ni los bajos arenosos de los perversos ejemplos de los de su edad sean capaces de hacerle naufragar en medio de ese báratro á donde con tanta frecuencia viene á estrellarse una juventud inexperta.

Mas no hay que extrañarse de esto, amados oyentes: la Providencia que tiene sobre Antonio pensamientos de paz, y le reserva para los designios de su mayor gloria, vela continuamente en su alrededor. Antonio como el Bautista debe ser una luz que brille sobre el hemisferio católico, y lleve á los pueblos los resplandores de la divina palabra. Por eso, á su imitacion, ántes de ser colocado sobre la eminencia, se oculta no en el desierto, sí empero en el silencioso retiro del claustro.

El órden venerable de san Agustin recibe en su seno al fervoroso Antonio, y desde los primeros dias de su vocacion admira en él el modelo de todas las virtudes. Oracion continua, recogimiento y abstraccion de las criaturas, humildad profunda, obediencia perfecta, todas las llevó hasta donde es posible en la esfera de lo humano. Gigante en la carrera de la santidad, se le vió descollar desde sus primeros pasos cual cedro majestuoso, y aventajar en breve á los hombres mas provecos.

Empero oh órden ilustre! no te gloríes con la posesion de este tesoro incomparable. No está reservado á ti el coger los frutos que has sembrado en su corazon. La providencia del Señor, cuyos designios son inescrutables, le reserva otro teatro mas oportuno, para que en él desenvuelva las grandes cualidades encerradas en su tierna alma. Con efecto; cinco mártires del órden seráfico acababan de dar en las regiones del África el mas ilustre testimonio de su fe, sellando con su sangre sus ta-

(1) *Tobías*, c. 1. v. 4. (2) *I. Regum*, c. 3.

reas apostólicas : sus preciosas reliquias son trasladadas á Portugal y depositadas en el monasterio de Santa Cruz de Coimbra donde moraba nuestro héroe. Antonio las ve, y su sangre aun fresca y reciente, habla á su corazon y le inflama en el deseo de padecer el martirio por Jesucristo, sin que ni el alfange, ni la media luna, ni el turbante del feroz africano sean capaces de intimidarle. Cuán eficaces son sus ansias! No le es posible contenerlas en su corazon; las manifiesta con palabras que descubren el incendio que abrasa su pecho, y para mejor llevarlas á cabo, despues de consultar con Dios su vocacion, se despoja del hábito de Agustino, vuela al órden seráfico, ruega, pide, insta, para ser en él admitido; lo consigue en efecto; y aquel toscosayal que cubre su desnudez, es para él mucho mas precioso que la púrpura de Salomon en los dias de su mayor gloria.

En este arsenal sagrado (como llamó al órden seráfico un célebre escritor) es donde Antonio se pertrecha de todas las armas necesarias para combatir con éxito contra las potestades del averno. ¿Hablaré de las virtudes que ejercitó en su retiro, ínterin llegaba el tiempo de manifestarse al mundo á llenar la mision á que el cielo le destinaba? ¿Mas cómo fuera posible enumerarlas? Baste decir, católicos oyentes, que el espíritu del Señor descansó perfectamente sobre su siervo, comunicándole con profusion todos sus dones. ¿Haré mencion de estos? No es tiempo aún; el tiempo mismo los patentizará un dia en toda su extension. Entre tanto, yo me dirijo al monte Alberno, y allí mi alma contempla extasiada el espectáculo mas tierno que puede ofrecerse á la vista de los humanos. No hablemos ya de las frecuentes apariciones que tuvo de espíritus bienaventurados. Nada digamos de las veces que viniendo á este sitio para desahogar los incendios de su amor ardiente, se encendió mucho mas con los coloquios de los ángeles. Habla tú, serafin abrasado, y cuéntanos lo que por tí pasó en aquel dia para siempre memorable, en que el amorosísimo Jesus en la figura de un hermoso niño se dignó venir á tus brazos, y conversar contigo con una familiaridad mucho mayor que todo cuanto puede imaginarse. Católicos! Vosotros habréis experimentado mil veces sentimientos de la mas viva admiracion al oír hablar de un Noé, de quien los santos Libros forman el mas bello elogio, porque tuvo la dicha sin par de escuchar una vez la voz de su Dios. Habréis participado del entusiasmo del patriarca Jacob, cuan-

do en un dichoso sueño vió á su Dios en la misteriosa escala cuya extremidad tocaba al cielo. Habréis admirado á un Moises al verle recibir del Señor las leyes y preceptos que debía observar el pueblo de Israel. Mas ah! ¡cuánto distan estas visitas de las que recibió nuestro ilustre Antonio de la majestad encarnada! Antonio estrecha en su seno al Salvador, le colma de caricias, imprime sobre su rostro los mas dulces ósculos, le habla, escucha su voz placentera, riega sus mejillas con dulces lágrimas de un amor sin igual, y... Proseguid vosotros, espíritus celestes, que fuisteis testigos oculares de tan bello espectáculo, en tanto que yo continúo presentando á mi héroe bajo el carácter que me he propuesto, á saber, como una luz destinada á derramar sus resplandores sobre los pueblos y naciones : *Dedi te in lucem gentium.*

No habia abandonado á Antonio ni se habia extinguido en su pecho aquel deseo eficacísimo del martirio, que le inspiraran las reliquias de los cinco proto-mártires de su órden seráfico; ántes bien crece considerablemente, y de dia en dia su corazon se siente mas movido á emprender su viaje hácia las playas africanas. Una sola cosa le falta : el permiso de sus superiores. Insta pues, y sus instancias tienen un feliz resultado. Parte con la velocidad del relámpago hácia las costas de Marruécos, y cual otro Isaías parecele oír los acentos de los que habitan aquella region de tinieblas; ya cree ver las víctimas del Islamismo que le tienden sus brazos suplicantes : ¡cuán largo es para Antonio el tiempo que le retarda la ejecucion de sus deseos! ¡cómo se angustia su corazon, porque no llega la hora de beber el amargo cáliz del dolor y de la muerte! Cerca está empero el ansiado momento.... Sus ojos comienzan á descubrir los altos torreones de aquella ciudad ebria de la sangre de los mártires de Jesus... Ya se dispone á saltar en tierra.... ya aborda aquellos arenosos bajíos... Empero, ¡cuán diversos son los designios de Dios de los de los hombres! El Señor que rige los destinos de nuestro héroe, si bien se complace en sus fervorosos deseos, no se digna admitir su sacrificio; porque en sus eternos consejos le tiene reservado como á otro Saulo, para hacerle vaso de eleccion que lleve su nombre ante los reyes y príncipes de la tierra. En efecto, el cielo por medio de una peligrosa enfermedad, desbarata los proyectos de Antonio; y Antonio, cuya voluntad está identificada con la de su Dios, sucumbe resignado al divino

benoplácito; y lanzando miradas expresivas hácia aquella tierra que hubiera querido regar con su sangre, cambia de rumbo, y dirigido por la Providencia, aborda en las costas de Italia. Hé aquí el teatro de sus triunfos; aquí es donde esta luz empieza á brillar con toda claridad: *Dedi te in lucem gentium.*

Predicador, apóstol, doctor, estos son los tres caracteres de que estuvo adornado el grande Pablo, y cuyos deberes llenó tambien Antonio á satisfaccion del mismo Dios, como enviado por él para renovar en sus dias los prodigios de aquel insigne defensor de la verdad. Como predicador, no busqueis en él aquella ciencia que hincha, ni penseis haga una vana ostentacion de aquel follaje de erudicion importuna y fastidiosa, propia solamente de aquellos oradores que, sustituyendo la palabra del hombre á la palabra de Dios, se predicán á sí mismos léjos de predicar á Jesucristo crucificado. Dotado no obstante por su Criador de un espíritu vasto, de un discurso sólido, de un carácter magnánimo, de una elocuencia en fin mas persuasiva sin comparacion que la de los Hortensios, Tulios y Demóstenes, habla con libertad santa; y respetando siempre las personas, jamas empero fraterniza con el vicio, ántes bien le declara las mas cruda guerra. Su voz, semejante al horrisono fragor de los vientos, hace estremecer, bambolear y conmovirse las montañas mas encumbradas, y los mas erguidos cedros de la vanidad. Ataca fuertemente el despotismo de los poderosos, truena contra las injustas exigencias de los príncipes, defiende la causa de los pobres abatidos y humillados, y sus palabras rompen las cadenas, abren las cárceles, ahuyentan la opresion, y plantean la justicia en el seno de los pueblos. No le estremece la turba de aduladores que rodean el trono del monarca, ni las amenazas de los potentados, ni la influencia de los opulentos. Cual otro Daniel, se introduce en los palacios, y predica que hay un rey por quien dominan los príncipes, y un juez que ha de exigirles cuenta exacta de sus acciones. Como Isaiás, no duda presentarse ante los tribunales y preguntar dónde está la balanza con que deben pesarse los derechos del pueblo? En suma, como Pablo, no reconoce aceptacion de personas; á todos exhorta, á todos arguye, á todos reprende; el vicio es su capital enemigo; las personas son el objeto de su predileccion, porque á todos ama igualmente en las entrañas de Jesucristo.

No tenia necesidad Antonio de convocar al pueblo á eseu. har

su predicacion. Por do quiera se veían cubiertas las plazas y las calles de multitud innumerable de gentes que le seguían en pos, como las turbas al Salvador; y las calles, y las plazas, y los templos, todo lugar era á propósito para su ministerio. Tampoco se circunscribe á un lugar solo ó á un solo pueblo; Padua, Lisboa, Portugal, Francia, España, escuchan la voz fervorosa de Antonio, y en todas partes florece la virtud, fúgase el vicio, y se establece el reino de Dios. La capital del orbe católico, la grande Roma le pide, le desea, le busca. El papa le manda predicar, y mas de treinta mil extranjeros que componen su auditorio le entienden perfectamente como si á cada uno hablase su propio idioma. Hubiérase creído escuchar á un Pedro al salir del cenáculo en el dia de Pentecostés.

Veinte y dos foragidos se proponen mofarse de sus invectivas, y quedan prisioneros en los dulces lazos del arrepentimiento. Un jóven paduano que osara levantar un pié sacrilego contra su madre, al oír á Antonio en un momento de fervor, se corta aquel pié, instrumento de su pecado, y nuestro santo se le restituye en virtud de su oracion. Si su voz es escuchada en el capítulo general Arelatense en presencia de la porcion mas ilustre del órden Seráfico, san Francisco se aparece en el aire, bendice al predicador, y aprueba su palabra. Si el sacramentario Guinaldo se atrevió á impugnar la real presencia de Jesucristo en el adorable sacramento, Antonio hace presentar la sagrada hostia á una mula hambrienta de tres dias; el irracional dejando el pesebre, póstrase ante ella y adora á su Dios y Señor; el hereje audaz abjura su error y se convierte á la fe católica. Si los herejes de Rimini rehusan escucharle, Antonio se dirige á la playa del mar, convoca á los peces, salen estos á la orilla, oyen la palabra de Dios, y con labendicion del santo, vuelven á su elemento. Si un hombre se finge ciego para burlarse de sus prodigios, Antonio ora, y el infeliz con un nuevo prodigio se halla realmente privado de la vista. Vuelve á orar Antonio á ruegos del ya reconocido y arrepentido pecador, y en el momento torna á su primitivo estado. Mas qué, ¿pretenderé yo referir todos los prodigios de su predicacion? Vano proyecto! fuerza es renunciar á él, y considerar á nuestro héroe como la luz de las gentes bajo el dictado de apóstol: *Dedi te in lucem gentium.*

Y desde luego: enseñar y hacer milagros, hé aquí entre otros,

los caracteres propios de un apóstol. Enseñad á todas las gentes, dijo Jesus á sus apóstoles (1), y cual si á solo Antonio hubiese sido dirigida esta mision sublime, no de otro modo se apresura á llenar su santo ministerio. Corre, vuela cual rayo agitado de los vientos. Ya está en Sicilia, de Sicilia se dirige á Mesina, de allí vuelve á Asis, luego á Emilia, en seguida á Orvilio, despues á Verceli; y por do quiera que se fijan los piés de este evangelizador de la paz, dejan impresas las huellas de la verdad y de la fe. Pasa por Berri, y á su tránsito derrama las luces del Evangelio por el Languedoc, la Bretaña, la Champaña y la Aubernia. El Cremonés, el Genovesado, el Ferrarés, el Milanésado, todos le escuchan, le admiran, le bendicen.... ¿Intentan retenerle....? En vano; cual meteoro fugaz, se escapa de entre sus manos, y vuela á Padua, á donde le llaman los intereses de la casa de su Dios. Aquí predicando el Evangelio, conoce por revelacion divina el peligro en que se halla su padre de perder la vida en un suplicio, víctima de una atroz injusticia; y en el mismo momento, déjase ver en Lishoa, resucita á un muerto que declare la inocencia del autor de sus dias, le liberta del cadalso, y vuelve á Padua sin que los circunstantes se aperciban del prodigio.

¿Qué importa que los herejes de Rimini y de Tolosa preparen venenos contra su antagonista Antonio? ¿No prometió el Salvador á sus enviados que beberian la ponzoña, sin experimentar lesion alguna? (2) Pues así se verificó en nuestro apóstol, á quien el tósigo que le propinaron sus enemigos pareció un licor suave y delicioso. Y cuántas veces triunfó de la muerte con su oracion fervorosa! ¡Cuántas inutilizó los planes de los hijos del error con sola la señal de la cruz! Con solo pronunciar su nombre, ¿no hizo retroceder yertos de espanto á unos foragidos emboscados para quitar la vida á un sacerdote? Ah! Muchos volúmenes no bastarian para referir los multiplicados signos con que el Señor ilustró el apostolado de Antonio. No pasaremos empero en silencio la ilustre victoria que reportó contra Excelino tirano de Verona.

Era este gefe de los ejércitos del cismático Federico, hombre feroz y vengativo, que entrando á sangre y fuego en las floridas provincias de Italia, sembró por donde quiera la desolacion

(1) *Matth. c. 28. v. 19.* (2) *Matth. c. 16. v. 18.*

y el espanto. Padua y Verona fueron las dos ciudades en donde con mas saña ejerció su despótico poderío este Faraon protervo. Viéronse millares de ciudadanos pasados á cuchillo ante las aras de su inhumanidad. Las calles y las plazas teñidas en la sangre inocente de vírgenes virtuosas, de cariñosas madres, de jóvenes indefensos, ofrecian el espectáculo mas horrible al par que lastimero. Los Atilas, los Narsetes, los Belisarios, los Godos, los Hunos, los Longobardos, toda aquella plaga de bárbaros que en los siglos medios cayeron sobre la Italia como las águilas sobre la inocente presa, no habian sido mas que un bosquejo del soberbio y furibundo Excelino. Extranjero su corazon á todo sentimiento de humanidad, ni se conmovia con las lágrimas, ni se dejaba enternecer con las súplicas, ni le condolian las miserias. Enemigo de toda ley y de toda verdad, la religion no merecia de él la menor consideracion. Aquí profanaba los altares, allí incendiaba los templos; ora robaba con sacrilega mano los vasos preciosos destinados al servicio de Dios, ora... No es posible continuar este negro cuadro. Infeliz Italia! Iglesia desgraciada! ¿Es posible que no haya quien cure tus heridas? ¿Habrás de ser el ludibrio de ese Antioeo impío, y víctima de su insaciable saña? ¿Dónde estás, Dios mío? ¿Qué se ha hecho de vuestro poder? ¿Veis los males que aflijen á vuestra esposa, y pareceis dormido: oís los lamentos de sus hijos y permanecéis indiferente. ¿Acaso habeis decretado el total exterminio de la ciudad y del santuario?

No, católicos; ya está cerca el momento apetecido; ya Dios ha designado al que debe romper las cadenas de la tiranía de Excelino, y solazar las desgracias de la hija de Sion. Antonio de Padua es el siervo amado del Señor en quien se complace su alma, y en quien ha derramado el espíritu de fortaleza, para que se oponga á las demasías del Faraon de Italia. Vedle en su presencia. Como verdadero apóstol de Jesucristo, nada teme, nada le acobarda. ¿Hasta cuándo, le dice, hasta cuándo ha de durar tu furor insano? ¿Es posible que cual venenosa vívora no te causes de despedazar las entrañas de tu madre? Si no te conduelen sus males, si eres incapaz de conmoverte con sus desgracias, ¿serás indiferente á los castigos que te amenazan? El cielo armado de sus rayos exterminadores, ¿no será suficiente para contener el impetuoso curso de tus profanaciones? ¿Juzgas acaso prevalecer contra el Dios de los ejércitos? No advier-

tes que la sangre que tus manos han vertido, pide contra ti una venganza horrorosa? Cese ya tu furor, acábase tu inhumanidad, arroja esas armas que contra el Omnipotente has empuñado, ó prepárate á ser su víctima.

Viérais, católicos, temblar á Excelino delante de Antonio; viéraisle palidecer á medida que este nuevo Pablo esforzaba sus reprensiones llenas de una santa severidad; viéraisle postrarse á sus piés como un cordero manso, gemir, suspirar, echarse al cuello una soga en señal de penitencia, y suplicar rendido nuestro héroe que interpusiese sus ruegos ante el divino acatamiento para obtener el perdón de sus culpas. Oh insigne Paduano! Triunfaste; la religion no ménos que la humanidad te son deudas de la paz que disfrutaron; de hoy mas tu nombre será en bendición en toda la Italia; ella te apellidará su libertador, te aplaudirá como á su ángel tutelar, y no cesará de repetir tus alabanzas. Tú reprodujiste los bellos siglos de los Ambrosios y de los Leones; tú como los Moises y Elías quebrantaste el orgullo de príncipes protervos y empedernidos; tú en fin como el grande Pablo hiciste triunfar la verdad en presencia de un nuevo Sergio, y te hiciste merecedor de la gloria del apostolado.

Contemplemos últimamente á nuestro héroe ilustrando los pueblos como doctor. Si me preguntáreis, católicos, dónde y cuándo este hombre prodigioso adquiriese la ciencia profunda, la vastísima erudicion de que estuvo adornado, difícil me sería satisfaceros. Tal vez no erraria si os digese que como san Pablo se elevó á la cumbre del cielo, y qué allí fué donde oyó todos los arcanos que no es lícito á la lengua explicar. Lo cierto es, que si su humildad profunda le obligó un día á observar el mas estricto silencio, la obediencia que le manda hablar, descubrió en él un tesoro que nadie hasta entónces habia conocido. Habla en efecto Antonio por mandado del obispo de Forli en presencia de un concurso de sabios; y tantas son y tan radiantes las luces que esparce sobre los puntos mas difíciles de la teología expositiva, dogmática y mística, tal el magisterio con que desenlaza las dificultades, tal la facilidad con que propone las cuestiones, tal en fin la copia de erudicion que vierte, que deja admirada á toda la asamblea. El concilio de Roma presidido por Gregorio IX exige su presencia; Antonio despliega sus labios, derrama á torrentes la sabiduría, y se hace acreedor á que

el soberano pontífice le apellide Arca del Testamento en quien se hallaban encerrados los Libros santos. Y en efecto, si la Biblia se hubiese perdido, hubiérase hallado toda en la prodigiosa memoria de Antonio.

Elegido por el seráfico fundador primer lector de su órden, su ciencia es semejante á una raíz fecunda de donde un día debe brotar un árbol frondoso, cuyo follaje abrigará á muchos bajo su sombra, y de cuyas ramas cogerán los mas opimos frutos innumerable multitud de ingenios eminentes. Preguntad sino á los Buenaventuras, á los Alejandros de Ales, á los Escotos, á los Bernardinos de Sena, á los Aureolos, á los Macedos, á los Okamos, en dónde bebieron las puras aguas de la ciencia que despues vertieron á raudales en sus inmortales predicaciones. Preguntad á las mas célebres universidades de Europa, de dónde tomaron los materiales con que fabricaron esos inexpugnables baluartes que han defendido en los siguientes siglos los intereses de Dios y de su iglesia. Preguntad á quién es deudor el universo católico de esa produccion exótica y singular en su género, las Concordancias morales de la santa Biblia, obra admirable y capaz por sí sola de immortalizar á un hombre? Preguntad... Mas no es menester; todo el mundo sabe que Antonio es el autor de todos estos servicios insignes hechos á la iglesia, á la humanidad, á la literatura, á la civilizacion europea. No hablaré pues de sus sermones dominicales, cuadragésimales y panegíricos. No haré mencion de sus elogios de la Virgen, en los que se hallan estampados los mas tiernos afectos de un corazón enamorado; en los que creierais leer el lenguaje de un Salomon encareciendo las bellas dotes de la esposa de los cánticos; en donde no echariais de ménos ni la solidez, ni la dulzura, ni el fuego de los Bernardos, Ildefonsos, Anselmos, Villanueyas y Benicios. En donde... Mas no es posible continuar; el tiempo urge. Antonio es un verdadero sabio, un doctor consumado, un órgano del Espíritu santo, como le apellidó el ilustre Vicente Vereclense, una luz, en suma, enviada por Dios á las gentes para llenarlas de sus resplandores: *dedi te in lucem gentium*. ¿Y acaso se apagó esta antorcha luminosa con la muerte? No; su lengua á pesar de la corrupcion de todo su cuerpo, queda ilesa é incorruptible. Su sepulcro es una piscina saludable para toda clase de dolencias. Sus reliquias son un arma poderosa contra las potestades del averno. Su

nombre es un baluarte contra todos los tiros de la impiedad. Á su invocacion los leprosos sanan, los ciegos ven, los muertos recobran la vida. Nada hay de sorprendente en que los pueblos se disputen la posesion de sus preciosos restos; en que los monarcas ansien una partecilla de su cuerpo; en que los Guidos, Inigos, Manriques y Margaritas de Austria se manifiesten sus clientes y devotos; en que el paduano, el veneto, el conománés, el vicentino, el longobardo, el esclavon, el aquileyense, el aleman, el húngaro, el español, el frances, los pueblos todos corran con avidez á derramar sus preces ante su sepulcro, y que todo el orbe le aplauda, le venera y le tribute obsequios, porque fué mártir, vírgen, confesor, doctor, apóstol, predicador evangélico... en una palabra: luz enviada por Dios á derramar sus esplendentes rayos sobre multitud de gentes, provincias y naciones: *dedi te in lucem gentium.*

¡Oh luz brillantísima, astro refulgente del católico hemisferio! Desde esa mansion de eterno placer donde disfrutas de la vista clara de la Divinidad, no ceses de derramar tus resplandores sobre los que aún habitan esta tierra cubierta de las tinieblas y sombras de la muerte. Manifiesta tu valimiento en la presencia del Señor para con tus devotos y clientes, tú que mientras viviste fuiste el amparo universal de cuantos recurrian á ti en sus miserias é infortunios. Experimente el pueblo cristiano que no es vana y estéril la universal confianza que en tus méritos é intercesion coloca. Alcánzanos del Señor omnipotente una fe viva, una esperanza firme, una caridad inextinguible; gracia en fin para servirle y agradarle en el tiempo, y merecer por este medio disfrutar de su gloria en la feliz eternidad.

SERMON

DE SAN ANTONIO DE PADUA.

(DE SANTANDER.)

Dilectus Deo, et hominibus Moyses.

Ecll., c. 45. v. 1.

Moises el amado de Dios y de los hombres Este es el magnífico elogio que dió el Espíritu santo en el capítulo XLV del Eclesiástico á aquel hombre extraordinariamente grande y admirable. No alaba á Moises por haber sido un hombre criado entre las delicias del palacio de Faraon, y que no se contaminó con el fétido ambiente de las adulaciones que frecuentemente circulan por los palacios de los príncipes. Tampoco dice que Moises fué un hombre que abandonó las riquezas y entretenimientos de la corte, por no perderse en ellos; y que viviendo retirado en el humilde ejercicio de pastor de ovejas, fué elegido por el mismo Dios para espanto de Faraon, terror de todo el Egipto, libertador famoso del pueblo santo, conductor y legislador suyo en el desierto, y en cuya mano, armada de la vara de los prodigios, brillaba todo el poder del Omnipotente. En nada de todo esto demuestra el autor sagrado el carácter de este hombre heróico, sino que pasando con un conocimiento sublime por encima de todas estas maravillas, le da á conocer á todas las generaciones por un hombre que era al mismo tiempo las delicias de Dios y de los hombres: *Dilectus Deo, et hominibus Moyses.*

Y á la verdad, señores, ¿qué cosa mas grande podia decirse de Moises? Porque hacerse un hombre amigo de los hombres, siguiendo las máximas del mundo, teniendo parte en sus desarréglos, siendo cómplice en sus vicios, no contradiciendo sus

nombre es un baluarte contra todos los tiros de la impiedad. Á su invocacion los leprosos sanan, los ciegos ven, los muertos recobran la vida. Nada hay de sorprendente en que los pueblos se disputen la posesion de sus preciosos restos; en que los monarcas ansien una partecilla de su cuerpo; en que los Guidos, Inigos, Manriques y Margaritas de Austria se manifiesten sus clientes y devotos; en que el paduano, el veneto, el conománés, el vicentino, el longobardo, el esclavon, el aquileyense, el aleman, el húngaro, el español, el frances, los pueblos todos corran con avidez á derramar sus preces ante su sepulcro, y que todo el orbe le aplauda, le venera y le tribute obsequios, porque fué mártir, vírgen, confesor, doctor, apóstol, predicador evangélico... en una palabra: luz enviada por Dios á derramar sus esplendentes rayos sobre multitud de gentes, provincias y naciones: *dedi te in lucem gentium.*

¡Oh luz brillantísima, astro refulgente del católico hemisferio! Desde esa mansion de eterno placer donde disfrutas de la vista clara de la Divinidad, no ceses de derramar tus resplandores sobre los que aún habitan esta tierra cubierta de las tinieblas y sombras de la muerte. Manifiesta tu valimiento en la presencia del Señor para con tus devotos y clientes, tú que mientras viviste fuiste el amparo universal de cuantos recurrían á ti en sus miserias é infortunios. Experimente el pueblo cristiano que no es vana y estéril la universal confianza que en tus méritos é intercesion coloca. Alcánzanos del Señor omnipotente una fe viva, una esperanza firme, una caridad inextinguible; gracia en fin para servirle y agradarle en el tiempo, y merecer por este medio disfrutar de su gloria en la feliz eternidad.

SERMON

DE SAN ANTONIO DE PADUA.

(DE SANTANDER.)

Dilectus Deo, et hominibus Moyses.
Eccl., c. 45. v. 1.

Moises el amado de Dios y de los hombres Este es el magnífico elogio que dió el Espíritu santo en el capítulo XLV del Eclesiástico á aquel hombre extraordinariamente grande y admirable. No alaba á Moises por haber sido un hombre criado entre las delicias del palacio de Faraon, y que no se contaminó con el fétido ambiente de las adulaciones que frecuentemente circulan por los palacios de los príncipes. Tampoco dice que Moises fué un hombre que abandonó las riquezas y entretenimientos de la corte, por no perderse en ellos; y que viviendo retirado en el humilde ejercicio de pastor de ovejas, fué elegido por el mismo Dios para espanto de Faraon, terror de todo el Egipto, libertador famoso del pueblo santo, conductor y legislador suyo en el desierto, y en cuya mano, armada de la vara de los prodigios, brillaba todo el poder del Omnipotente. En nada de todo esto demuestra el autor sagrado el carácter de este hombre heróico, sino que pasando con un conocimiento sublime por encima de todas estas maravillas, le da á conocer á todas las generaciones por un hombre que era al mismo tiempo las delicias de Dios y de los hombres: *Dilectus Deo, et hominibus Moyses.*

Y á la verdad, señores, ¿qué cosa mas grande podia decirse de Moises? Porque hacerse un hombre amigo de los hombres, siguiendo las máximas del mundo, teniendo parte en sus desarrreglos, siendo cómplice en sus vicios, no contradiciendo sus

abusos, ni desengañándole de sus errores, prodigando en su obsequio sus caudales, y exponiendo por complacerle su quietud, su reputacion y su conciencia, es una cosa bastante fácil: es una cosa que cada dia nos enseña la experiencia con tristes ejemplares; pero esta, dice el apóstol Santiago, es una cosa que nos hace ser enemigos del mismo Dios (1). Agradar á los hombres no es difícil; pero ser al mismo tiempo siervo de Jesucristo, yo, decia el apóstol san Pablo, lo tengo, si no por imposible, por muy dificultoso (2). De la misma suerte, dedicarse un alma con todas veras al servicio de Dios, buscar únicamente su agrado en sus operaciones, observar puntualmente las severas máximas del Evangelio, estar en continua batalla contra sus pasiones, huir cuidadosamente de los peligros del mundo, aborrecer sus máximas, dar en rostro á sus partidarios con toda la fealdad de sus errores, y ser al mismo tiempo amado, respetado, alabado y venerado de los hombres, es un prodigio, es una maravilla: es, señores, una gracia extraordinaria y singular de un hombre tan grande como Moises: *Dilectus Deo, et hominibus Moyses.*

Ya estoy mirando en vuestro espíritu grabada con indelebles caracteres la imagen de san Antonio de Padua: ya estoy viendo con la mayor claridad en vuestro entendimiento la idea de su elogio: *Dilectus Deo, et hominibus*, el amado de Dios y de los hombres. Apenas me habeis oído lo que acabo de referiros de Moises, cuando casi sin libertad (tan natural y propio de san Antonio es este pensamiento) habeis reflexionado así: verdaderamente es muy difícil agradar á Dios y á los hombres á un mismo tiempo; porque sus pensamientos son distintos, distintas y casi opuestas sus operaciones, distintas sus máximas, distintos sus caminos, distintos los fines que se prefijan, y distintos los medios que aplican para conseguirlos; pero esta distincion, esta especie de contrariedad deja tal vez de serlo en las almas singularmente grandes como la de san Antonio. Él fué admirablemente amado de Dios, al mismo tiempo que los hombres le amaban extraordinariamente. Dios le amaba por sus heroicas

(1) *Quicumque ergo voluerit amicus esse seculi hujus, inimicus Dei constituitur c. 4. v. 4.*

(2) *Si adhuc hominibus placerem, Christi servus non essem. Ad Gal. c. 1. v. 10.*

virtudes, y los hombres por los beneficios que de él recibian. San Antonio era en la ley de gracia lo que Moises en la ley antigua, las delicias de Dios y de los hombres: *Deo, et hominibus.* No pretendo, señores, reformar vuestras ideas en esta parte: ellas son perfectamente conformes á las que yo habia formado en elogio de este gran santo; y así, para inspiraros un santo horror al vicio, que nos hace aborrecibles á Dios y á los hombres, vengo á deciros que san Antonio fué amado de Dios por sus virtudes: punto primero; y que san Antonio fué amado de los hombres por sus favores: punto segundo.

Quiera la Majestad divina de aquel soberano Señor sacramentado hacerme digno ministro de su omnipotente palabra, para que inspire en vuestras almas amor á la virtud y aborrecimiento al vicio, y logreis por este medio el mismo premio que logró san Antonio. Esta gracia os pedimos, Señor, por la intercesion de vuestra Madre purísima, á quien devotos y reverentes saludamos diciendo: *Ave Maria.*

PUNTO PRIMERO.

Es una verdad de fe que todas las cosas que salieron de las manos de Dios eran exquisitamente buenas. Nada de cuanto produjo su omnipotencia era imperfecto: nada era objeto de su odio ó de su aborrecimiento: todo lo amaba, y en ello tenia sus complacencias. Vió Dios el cielo, dice la divina Escritura, y era bueno: vió la tierra, y era buena: vió los elementos, y eran buenos: vió las flores, las plantas, los frutos, los peces, las aves y los animales: vió en fin todas las cosas, y eran muy buenas (1). Vió Dios tambien al hombre como la obra mayor de cuantas salieron de sus manos, y empleó con él todos los esfuerzos de su infinito amor. Le amó desde la eternidad, le amó ántes de criarle, y le amó despues que le crió. El pecado opuso un formidable obstáculo á este amor, haciendo al hombre hijo de ira por la corrupcion de la naturaleza, hijo de pena, hijo de muerte y del infierno; pero el amor divino tan ingenioso como activo, haciendo hombre al mismo Dios, proporcionó al hombre las virtudes, las gracias y los sacramentos, por medio de los

(1) *Vidit Deus cuncta qua fecerat, et erant valde bona. Gen. c. 1. v. 31.*

cuales volviere el hombre á la comunicacion amorosa de su mismo Criador, de que el pecado le habia separado.

Es pues, señores, una verdad de nuestra católica religion, que Dios ama á todos los hombres: Dios quiere que todos nos salvemos, y á todos provee de medios oportunos para conseguir el cielo; pero por unos secretos é incomprensibles designios de su eterna sabiduría, derrama Dios con mas abundancia sobre unos los tesoros de sus misericordias que sobre otros. Uno mismo es el espíritu que comunica estas gracias á las criaturas, decia el apóstol san Pablo; pero las gracias son regularmente diferentes, segun la calidad de los sugetos que Dios elige para distintos ministerios (1). Á uno concede Dios en prendas de su amor la potestad de hacer milagros: á otro el discernimiento de los espíritus: á este el don de lenguas: á aquel el conocimiento de los sucesos futuros. Con tal orden divide Dios sus gracias y favores á sus escogidos, que ni todos son apóstoles, ni todos doctores, ni todos profetas, ni á todos concede la gracia de hacer curaciones, ni á todos la de entender y hablar idiomas diferentes, ni á todos interpretar las Escrituras. Sin embargo de esta ley comun y universal, vemos con asombro reunidas en el alma de nuestro Antonio todas estas gracias y favores del cielo en demostracion evidente del grande amor que Dios le tuvo.

Porque con efecto, Antonio cura enfermedades, Antonio descubre los secretos del corazon, Antonio penetra las Escrituras, Antonio previene los sucesos muy anticipadamente, Antonio habla en varias lenguas, Antonio obra maravillas, Antonio se vió lleno de sabiduría celestial. Si se habla de apóstoles, Antonio no solamente hace las funciones de apóstol, sino que de su escuela de fuego salen apóstoles al mundo en las personas de los Bernardinos, los Capistranos, los Simaringas y Leonisas, que anuncian la palabra de Dios á todas las naciones con los mas copiosos frutos. Si se trata de doctores, él no solamente lo fué, sino que les abrió camino para serlo á los Buenaventuras, Escotos, Ales y otros innumerables. Si se habla de maestros, Antonio fué maestro, no así como quiera, sino el primero de la órden seráfica instituido con patente del mismo Patriarca san Fran-

(1) *Divisiones verò gratiarum sunt, idem autem Spiritus. I. Ad Cor. c. 12. v. 4.*

cisco: fué como el maestro de los maestros, y el primer catedrático que empezó á leer en la órden las ciencias escolásticas, dogmáticas y morales. Por su boca han hablado en las universidades y academias literarias tantos sabios teólogos, que han hecho enmudecer á la herejía, que han desterrado la impiedad, y llenado de gloria al Vaticano. Si se trata de mártires, todo el mundo sabe que Antonio partió á Marrúecos por el laurel del martirio; y si no fué víctima de la tiranía, lo fué ciertamente de su celo y caridad. Si se trata de vírgenes, Antonio no solo fué virgen purísimo, sino que tuvo la gracia de comunicar á otros el amor á esta limpísima y purísima virtud. Si se trata del conocimiento de los secretos del corazon, Antonio no solo penetra los secretos del corazon, sino el corazon de los secretos, como se vió en Florencia, donde predicando las exequias de un avaro, dijo al auditorio: « id al lugar donde ha dejado su tesoro ese infeliz, « y allí hallareis su corazon; porque quiero daros una prueba « sensible del Evangelio que he elegido por asunto: *Ubi est « thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.* » Obedecieron al santo, fueron á la casa de aquel difunto, y hallaron con efecto el corazon todavía caliente en medio del dinero. Si se trata en fin de profecias, Antonio ve los sucesos futuros, como si ya se hallaran presentes, y hace reverente obsequio á un escribano por conocer con la luz del cielo que habia de morir mártir, aunque entónces llevaba una vida bien ajena de un buen cristiano.

Ahora pues, señores míos, habiendo Dios autorizado á su amado Antonio con tantas misericordias y favores, fácilmente se deja entender cuán admirables serian los efectos de su predicacion, cuán estupendas y frecuentes las conversiones de los pecadores, y cuán fuera de todo comun estilo las maravillas. Desde el tiempo de los apóstoles dudo que haya tenido la Iglesia quien con mayor fuerza y felicidad haya mantenido sus derechos contra la impiedad y la herejía. No será fácil señalar otro predicador que con el estrépito ruidoso de sus prodigios se haya hecho oír de los pecadores con mas fruto. Los templos mas magníficos de España, Italia y Francia eran estrechos á la multitud inmensa de sus auditorios. Las plazas eran cortas para dar acogida al gentío compuesto de nobles y plebeyos, ricos y pobres, doctos é ignorantes, y en una palabra, de toda clase de personas, edades y empleos. Era menester, para hacer ménos imposible oír al predicador, sacar el púlpito á los campos, y ni

aun allí hubiera sido posible oírle todos, si Dios no diera virtud á su voz para que de todos fuera oída, y renovara aquel antiguo prodigio que vió Jerusalem en el día santísimo de Pentecostés, de que la predicación que se anunciaba en un solo idioma fuera entendida de todos, y que los portugueses, españoles, franceses, italianos, y otras naciones que asistieron en Roma á sus sermones, le entendieran como si predicara en su propia lengua. ¡Espectáculo ciertamente digno de arrebatarse la admiración del mismo cielo. Veíanse ántes de amanecer cubiertos los campos de pueblos enteros conducidos en orden y en devotas procesiones por los sacerdotes y obispos. Allí aguardaban con igual deseo al día y al predicador. Saludaban las escasas luces de los primeros albos como mensajeras de un planeta de virtud mas vivífica que el mayor del cielo. Salía en fin Antonio de su convento, vestido de un hábito áspero y penitente, enteramente descalzo, macilento el semblante, los ojos modestos y casi cerrados. Llevaba escrita en su rostro la santidad, y toda su exterior apariencia era de una penitencia amable. Apenas desplegaba sus labios, cuando sus oyentes, como si lloviera fuego sobre sus corazones, comenzaban á sentir los interiores incendios del divino amor. Ellos podían decir con Jeremías: *De excelso misit ignem in ossibus meis, et erudivit me* (1); porque mudados repentinamente desterraban los vanos adornos, abandonaban los entretenimientos peligrosos, restituían los bienes mal habidos, perdonaban los agravios, y se arrancaban hasta las raíces mas profundas de los vicios. No se veía por todas partes sino la compunción: no se oía otra cosa mas frecuente que suspiros: no se miraba en los ojos de los pecadores sino lágrimas. Volvía al tálamo la fidelidad, entraba á reinar la paz en las familias, recobraba sus derechos la religion, triunfaba de la disolución la modestia, y brillaba en toda su hermosura la castidad.

Dichosos aquellos tiempos, direis vosotros, en que las gentes lograron la felicidad de oír á un predicador tan amado de Dios, tan favorecido de Dios, y tan rico con los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios: dichosos aquellos, y desdichados nosotros que nada de esto vemos. Yo confieso, señores, ingenuamente que no veis con frecuencia sobre los púlpitos unos

(1) *Tren. c. 1. v. 13.*

hombres adornados de las cualidades excelentes de un san Antonio. Tales hombres los escasean los siglos, y forman época entre los varones ilustres que Dios ha manifestado en su Iglesia, para bien universal de todo el mundo. Sí, amados míos, no tenemos dificultad en confesar que distamos mucho de su altísima oración, de sus extraordinarias penitencias, de su humildad, su mansedumbre, su modestia, su fe, su caridad y su celo. Es indubitable que jamas hemos merecido las tiernas delicias, los castísimos abrazos, los purísimos cariños que el santo tenía con el dulcísimo niño Jesus, con aquel amable Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Sin embargo debeis tener entendido que si no enmendais la vida, si no reformais las costumbres, si no arreglais vuestras operaciones á la santa ley de Dios, no servirá de legítima excusa en el tribunal del Omnipotente decir que no os predicaba san Antonio.

La eficacia de la palabra de Dios no depende de la santidad del predicador: ella por sí misma es viva, es eficaz y penetrante como una espada de dos filos, que llega hasta la división del alma y el espíritu, como decia el apóstol san Pablo. Ella hace oír su voz en esos púlpitos, clamando contra las injusticias, contra las voluntarias detenciones de las causas, contra los embrollos y ocultaciones de la verdad en los procesos: ella condena fuertemente las mentiras, los artificios, los fingimientos, las extorsiones para exigir mas dinero de lo que corresponde al verdadero trabajo. Ella ama la paz, la claridad, la sinceridad, la modestia, la castidad. Ella en fin aborrece todo vicio, y alaba la virtud con la misma fuerza que en los días de san Antonio. Luego si la palabra de Dios es la misma, si el Evangelio es el mismo, si la ley de Dios no se ha mudado, créedme, vuelvo á decir, vuestra perdición es cierta, si no hacéis lo que os decimos, por mas pecadores que seamos. Sea así que no tengamos aquellas gracias extraordinarias del cielo que publicaban á san Antonio extraordinariamente amado del Señor; pero si nos mirais, segun queria san Pablo, como ministros de Jesucristo, y dispensadores de su divina palabra, esperamos que recibireis sin ceño estas amargas pero saludables verdades. Mas aún esto fué tambien gracia particular de san Antonio, que era amado de Dios, como lo habeis oído; y era amado de los hombres, como lo vais á oír ahora en el

PUNTO SEGUNDO.

Así como la naturaleza ofrece algunas veces á nuestra vista algun fenómeno extraordinario que se lleva los ojos y las atenciones de todos, la gracia suele presentar tambien algunos santos á quienes el mundo trata de un modo enteramente diverso de los demas. Como la vida de los hombres justos es una re-prension continua y eficaz de la conducta de los pecadores, rara vez dejan estos de censurar las acciones de aquellos, de ridiculizar su virtud, y aun de imaginar que la vida de los justos es una manifiesta locura (1). Esta es la regular conducta de los pecadores para con los justos. No obstante san Antonio es una excepcion de esta regla universal. Aquellos mismos á quienes el santo reprendia sus vicios, aquellas mismas personas sujetas á la esclavitud del pecado, libres ya por la voz milagrosa del santo, eran las primeras en amarle y seguirle á todas partes, atraídas como de un poderoso impulso, y una violencia suave. De hecho, amados míos: aquellos pecadores rebeldes una vez convencidos del peso de sus razones, despertando del profundo letargo del pecado, y entrando en los caminos de la virtud cristiana, no acertaban á separarse de su presencia, temiendo perecer á impulsos del comun enemigo de las almas, apénas los hallase solos y apartados de san Antonio. Aquellos jóvenes disolutos que sumergidos en el lodazal de la lascivia se habian levantado al escuchar á Antonio, y lavando las culpas con las aguas puras de los sacramentos, habian entablado una vida penitente, no daban un paso que no fuese en seguimiento de Antonio, temiendo el contagio de las malas compañías, si se apartaban de él un solo punto. Aquellas doncellas libertinas, aquellas mujeres viciosas, á quienes el amor impuro tenia hechas otras tantas Pelagias, convertidas por un celestial encanto de su lengua en purísimas palomas del paraíso, no hacian sino llorar á sus piés, como la Magdalena á los de Jesucristo, de donde no se apartaban sin el mas íntimo dolor. ¿Pero cómo era posible, señores, que todos estos pecadores convertidos, y otros innumerables, no mostrasen á Antonio un tiernísimo amor, y una cordialísima estimacion, si le miraban como á su

(1) *Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam. Sap. c. 5. v. 4.*

libertador, y reconocian en él el instrumento de su felicidad, y el medio de que Dios se había valido para su entera conversion?

Mas no eran estos solos los que daban á nuestro santo muestras de su afecto y su ternura: mostraban amarle todos los que eran testigos de sus maravillas, y de ellas lo eran cuantos presenciaban sus acciones: eran muy públicos y ruidosos sus milagros para estar ocultos. Todos veían que al imperio de su voz no habia demonio que no dejase la posesion tirana de los cuerpos: no habia calentura que no mitigase su llama, dolor que no suavizase su amargura, herida que no cerrase sus labios, y enfermedad que no huyese de su presencia. Con una palabra, dicha desde el púlpito, descubre y desbarata las astucias y estratagemas del infierno, que pretendia impedir el fruto de la divina palabra. Con la misma facilidad que hacia los milagros, los deshacia para correccion y castigo de la infidelidad y la dureza. Á un muerto fingido, hace con su oracion que lo sea verdadero, y despues de castigada así la burla que se pretendia hacer del santo, le restituye la vida para que él y su compañero corrigiesen en adelante sus costumbres, y mejorasen la vida. Lloro un hereje con fingidas lágrimas la pérdida de sus ojos, y para hacer mas creíble su dolor y desgracia se los cubre con un paño ensangrentado: acude á nuestro santo por remedio, guiado de una cuadrilla de herejes para celebrar el fingimiento. Prométele san Antonio el remedio que era debido á su piedad y á su fe: dale su bendicion, y manda que le quiten el bendaje: quítansele, pero al mismo tiempo se le saltaron los ojos. El miserable hereje confuso, dolorido y asombrado, hace de veras cuanto habia pensado hacer de burlas. Lloro, gime, se lamenta: los demas herejes se confunden, los cristianos celebran con devotísimas lágrimas el triunfo de la fe, y Antonio dejándose vencer de su misma caridad, le restituye los ojos, y comunica luz á los demas para que conozcan las tinieblas de la herejía en que viven.

Mas todo esto era poco aún para tener un dominio tan universal sobre los corazones, si ademas no hubieran visto que al poder de sus mandatos la tierra, el fuego, el aire y el agua le prestaban la obediencia mas sumisa. Al imperio de su voz las mas entumecidas olas de los embravecidos mares se deshacian convirtiéndose en una deliciosa calma: los peces acudian pron-

tos á escuchar su voz : los aires enfrenaban sus furores ; el fuego detenía el progreso de sus ardores voraces ; y la tierra producía abundantes y sazonados frutos , aprontando también cuando Antonio se lo mandaba , los envejecidos difuntos que yacían corrompidos en sus sepulturas .

Prodigios son estos , señores , verdaderamente admirables , y que se harían increíbles si no se hablase de un san Antonio de Padua , de quien nunca se dicen cosas tan grandes que no espere oírlas mayores la devoción . Sería una presunción vana y temeraria proponerse cualquiera hacer una relación de todos los milagros de san Antonio : admirables por su grandeza , extraordinarios por la novedad , y superiores por su número á toda la comprensión de los hombres . Un santo semejante , señores míos , tan útil á todos , sería una monstruosa maravilla si no fuese amado de todos : si los caminos , las calles y las plazas no resonaran en su alabanza : si los obispos , el clero , los magistrados y tribunales no saliesen á recibirle á las puertas de sus ciudades : si las campanas y los clamores del pueblo con una devota confusión no hiciesen la entrada de Antonio en las poblaciones , más magnífica que cuantas vió la soberbia Roma en los honrosos recibimientos y gloriosos triunfos de sus césares . Así dispuso la sábia providencia del Señor que Antonio fuese amado y venerado después de muerto . Los imperios , los reinos , las provincias , las ciudades , las villas , las aldeas , los palacios , las casas y las chozas más despreciables , todas se honran con alguna imagen de san Antonio . Cada día se instituyen nuevas festividades , cada día se erigen nuevas congregaciones , cada día se levantan nuevos altares , cada día se labran nuevas imágenes y efigies , cada día se suspenden en las paredes de sus capillas nuevos despojos de enfermedades vencidas , de muertes ahuyentadas , de encarcelados libres , de tormentas pacificadas . Cada día el cielo y la tierra , Dios y el hombre manifiestan el amor singular que profesan á san Antonio . Su pobreza , su castidad , su penitencia , su caridad , su celo y las demás virtudes fueron recompensadas por Dios con las gracias ruidosas de hacer milagros , curar enfermedades , resucitar muertos , convertir pecadores , mandar á los elementos , hablar todas las lenguas , conocer los espíritus , y ahuyentar los demonios : en una palabra , sus virtudes le hicieron amado de

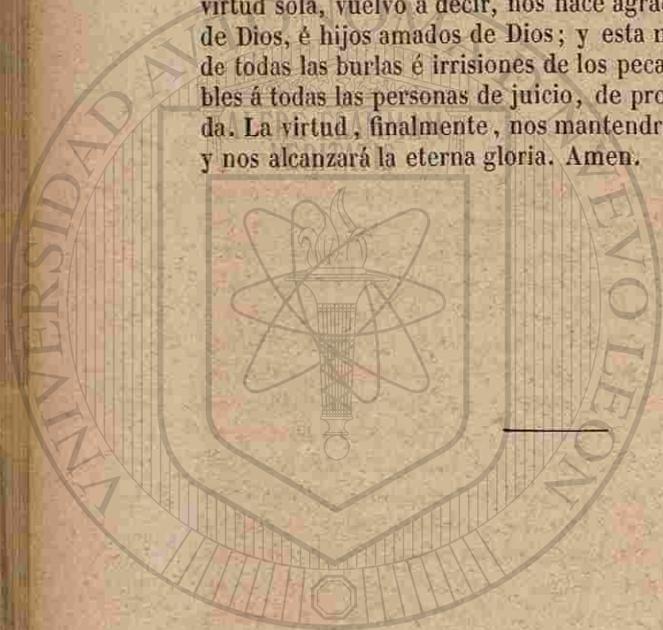
Dios , y estas mismas gracias de Dios que había recibido Antonio , ejercitadas en beneficio de los hombres , le hicieron amado de estos : *Dilecto Deus et hominibus* .

Esto me propuse evidenciaros en el principio , y esto pienso que habeis entendido todos . Á lo ménos todos habeis oído que la virtud adquirió á Antonio la estimación de Dios y de los hombres ; pero no sé si todos habeis quedado persuadidos de esta verdad ; porque el mirar á muchos hombres hechos objetos del aborrecimiento de Dios y de los hombres : el no tratarlos las gentes sino con tedio y horror : el huir de su conversacion , y tenerlos por perjudiciales á las conciencias y al estado : el publicarlos como enemigos de la paz y felicidad de las familias , y ser por sus delitos el blanco de la abominación de todo el mundo , claramente nos evidencia que semejantes gentes no creen esta verdad de que la virtud nos hace amables á Dios y á los hombres . Pienso que vosotros , mis señores , creereis que un ocioso , por ejemplo , un hombre , digo , sin destino , que vive sin aplicar los brazos ó el entendimiento á alguna cosa útil al estado ó á la Iglesia : un hombre que traspasa con frescura este mandamiento de Dios , intimado á todos los hombres en nuestro padre Adán (1) : “Comerás el pan con el sudor de tu rostro :” un hombre finalmente , de este carácter , cuya sola ociosidad es un pecado , y cuya vida ociosa le enseña todos los vicios , no estará persuadido á que es aborrecible á Dios y á los hombres : á Dios porque quebranta sus mandamientos , y á los hombres porque en vez de servirlos de alguna cosa , solamente vive para perjudicarlos en casi todas .

Un mentiroso , en cuya boca jamás se halla la sinceridad y verdad , un hombre lleno de artificios y fingimientos , no se persuadirá jamás que es abominable á Dios , verdad por esencia y verdad indefectible , ni creerá que es aborrecible á los hombres , cuya pacífica sociedad y buena armonía destruye ; antes pensará que sus astucias son provechosas , é inocentes sus engaños , porque se dirigen á sostener los pretendidos derechos de la parte que defiende . Pero en breve , señores , llegará tiempo en que se correrá el velo á todas estas iniquidades , y apareceremos todos en la presencia de Dios tales como seamos . El vicioso aparecerá como vicioso , y el justo aparecerá

(1) *In sudore vultus tui vesceris pane*. Gen. c. 3. v. 19.

como justo, á pesar de todos los engañosos juicios de los hombres. Seguid pues, amados míos, la virtud si quereis ser como san Antonio amados de Dios y de los hombres. La virtud es solamente lo que Dios estima en nosotros, no las riquezas, no los nacimientos ilustres, no los distinguidos empleos, no la robustez, la hermosura, la ciencia ú otros dones naturales. La virtud sola, vuelvo á decir, nos hace agradables á Dios, amigos de Dios, é hijos amados de Dios; y esta misma virtud, á pesar de todas las burlas é irrisiones de los pecadores, nos hace amables á todas las personas de juicio, de probidad y de buena vida. La virtud, finalmente, nos mantendrá en la divina gracia, y nos alcanzará la eterna gloria. Amen.



SERMON

DE SAN ANTONIO DE PADUA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

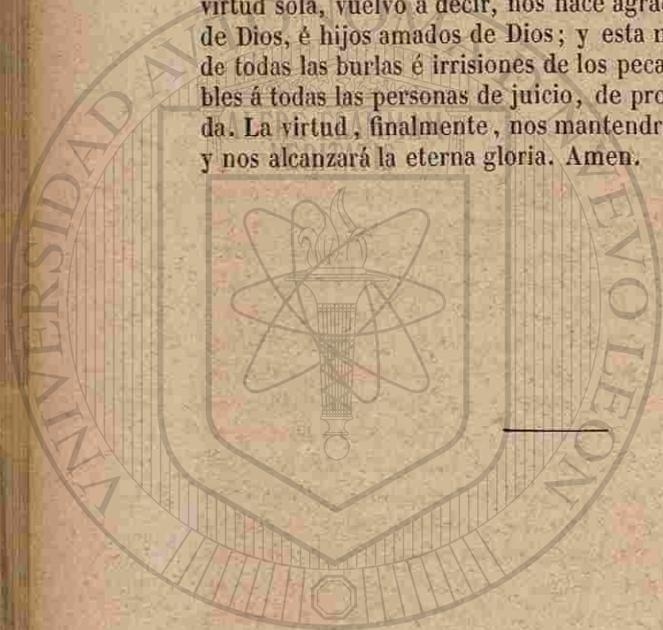
... *Qui autem fecerit, et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cælorum.*

... Mas quien hiciere y enseñare, este será llamado grande en el reino de los cielos.

S. Mateo, c. 5. v. 19.

Si yo, piadosos y devotos oyentes, me propusiera hoy delinear en vuestra presencia el retrato de un grande de la tierra, mas conocido por su nombre que por sus virtudes; ó si para realzar la debilidad de sus acciones necesitara valerme de los vanos adornos de la elocuencia humana, siguiendo el torrente de la adulacion, tan universal en nuestros días, buscaria tal vez entre sus ascendientes lo que desearia hallar en mi héroe; cubriera sus faltas con las glorias de aquellos; daria en fin á su nacimiento los debidos honores, para suplir en parte las alabanzas que él no mereciera. Mas para formar el verdadero elogio del grande Antonio, cuya memoria celebramos, no es menester detenerse en estos rasgos, mas propios para nutrir la vanidad y entretener el orgullo, que para excitar la piedad y promover la edificacion. ¿Á qué fin pues ponderar la nobleza del vencedor de la herejía, del apoyo de la iglesia, del reformador de las costumbres, del oráculo de los predicadores, del martillo de los rebeldes, del muro firme de la fe, del héroe del cielo de la honra de Dios, del area viva del divino Testamento, como se explica con admiracion Gregorio IX? ¿Por qué no preferirémos sus heroicas virtudes á su ilustre tronco? Olyidemos pues por esta vez el gran nombre de Bullon, de la primera nobleza de Portugal, descendiente, segun algunos, de Gofredo de Bullon, duque de Lorena y rey de Jerusalem: olyidemos asimismo

como justo, á pesar de todos los engañosos juicios de los hombres. Seguid pues, amados míos, la virtud si quereis ser como san Antonio amados de Dios y de los hombres. La virtud es solamente lo que Dios estima en nosotros, no las riquezas, no los nacimientos ilustres, no los distinguidos empleos, no la robustez, la hermosura, la ciencia ú otros dones naturales. La virtud sola, vuelvo á decir, nos hace agradables á Dios, amigos de Dios, é hijos amados de Dios; y esta misma virtud, á pesar de todas las burlas é irrisiones de los pecadores, nos hace amables á todas las personas de juicio, de probidad y de buena vida. La virtud, finalmente, nos mantendrá en la divina gracia, y nos alcanzará la eterna gloria. Amen.



SERMON

DE SAN ANTONIO DE PADUA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

... *Qui autem fecerit, et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum.*

... Mas quien hiciere y enseñare, este será llamado grande en el reino de los cielos.

S. Mateo, c. 5. v. 19.

Si yo, piadosos y devotos oyentes, me propusiera hoy delinear en vuestra presencia el retrato de un grande de la tierra, mas conocido por su nombre que por sus virtudes; ó si para realzar la debilidad de sus acciones necesitara valerme de los vanos adornos de la elocuencia humana, siguiendo el torrente de la adulacion, tan universal en nuestros días, buscaria tal vez entre sus ascendientes lo que desearia hallar en mi héroe; cubriria sus faltas con las glorias de aquellos; daria en fin á su nacimiento los debidos honores, para suplir en parte las alabanzas que él no mereciera. Mas para formar el verdadero elogio del grande Antonio, cuya memoria celebramos, no es menester detenerse en estos rasgos, mas propios para nutrir la vanidad y entretener el orgullo, que para excitar la piedad y promover la edificacion. ¿Á qué fin pues ponderar la nobleza del vencedor de la herejía, del apoyo de la iglesia, del reformador de las costumbres, del oráculo de los predicadores, del martillo de los rebeldes, del muro firme de la fe, del héroe del cielo de la honra de Dios, del area viva del divino Testamento, como se explica con admiracion Gregorio IX? ¿Por qué no preferirémos sus heroicas virtudes á su ilustre tronco? Olyidemos pues por esta vez el gran nombre de Bullon, de la primera nobleza de Portugal, descendiente, segun algunos, de Gofredo de Bullon, duque de Lorena y rey de Jerusalem: olyidemos asimismo

el esclarecido de los Taveras, cuya ilustre descendencia por parte de su madre, segun el conde D. Pedro en su Nobiliario, viene de D. Fruela, rey de Astúrias, padre de Alfonso el Casto; pues el mayor blason de estas familias es haber producido á Antonio. Como Dios no es aceptador de personas, la grandeza de su reino no se adquiere por vínculos de sangre. El que obrare y enseñare; esto es, el sabio dedicado á la instruccion de los fieles, que obrare con arreglo á las máximas eternas que enseña, este será denominado grande en el reino de los cielos, segun el oráculo de Jesucristo, sin que en orden á su calificacion pueda nada conducir el ser judío ó el ser griego, conforme á la sentencia del Apóstol. Todo el mérito personal estriba en la enseñanza y en las obras. Á estos dos principios, apoyados con la gracia, debe Antonio su grandeza delante de Dios, y de ellos debemos concluir nosotros su verdadero elogio. Ni yo haré otra cosa que entresacar sumariamente algunos pasajes de su preciosa vida, para hacerlos ver que Antonio fué dos veces grande; *gran sabio y gran santo*: dos reflexiones breves que dividen justamente el asunto, y que si no delicadas, como tal vez esperarais, son dignas de esta cátedra, de mi héroe, de vuestras atenciones, y de mis endeblés conatos. Anima, ó Dios! mis palabras, y purificad mis labios como los de vuestro Profeta, para que dignamente pueda anunciaros glorioso en vuestros santos. Ayudadme todos á pedir este beneficio, postrándoos con corazon contrito y humillado ante aquel augusto y adorable Sacramento, fuente, origen y principio fecundo de toda gracia. *Ave Maria.*

La invocacion de los santos es un dogma de nuestra religion, apoyado sobre las santas Escrituras y la constante tradicion de la iglesia, esta columna y firmamento de la verdad, que ni puede engañarse ni engañarnos. Si yo hablara á un pueblo ménos católico, ó ménos instruído, me detendria á desvanecer las cabilaciones é imposturas de nuestros enemigos sobre la materia. Mas como tengo la satisfaccion de hablar á unos oyentes no ménos herederos de la sangre, que de la fe y piedad de sus padres y mayores, basta para confirmaros en ella, y confundir á los herejes, decir que ha sido costumbre inviolable en la iglesia venerar á los santos, é invocarlos como siervos y amigos de

Dios: práctica loable, útil, santa y de todos los siglos. Veneracion que dista mucho del supremo honor y culto que solo á Dios es debido. Únicamente se veneran por sus ilustres victorias, por la gracia que los adorna, por la gloria que gozan, y por su estrecha union con Jesucristo, á quien solo se debe soberano culto. Ni se le hace injuria invocando á los santos. Adoramos á Jesucristo como á único mediador, que intercede por nosotros á su Padre celestial, de quien siempre es oído por la reverencia que le es debida: creemos con san Pablo que en sola su virtud omnipotente nos movemos, vivimos y somos. Mas no dudamos invocar á los santos como á sus mayores amigos y validos, para que nos alcancen los auxilios y gracias que necesitamos para el socorro de nuestras aflicciones. De aquí el culto de las santas imágenes, sobre el cual nos previene la iglesia no pongamos en ellas nuestra confianza, sino que invoquemos por ellas á sus originales para con Dios, único fundamento de nuestra esperanza, y autor de todo bien. No creemos pues que las estatuas ó imágenes encierren en sí mismas virtud alguna, como osan imputarnos los herejes, blasfemando lo que ignoran, ó afectando ignorancia para blasfemar. Las conservamos con veneracion, como conservaban los israelitas en otro tiempo el maná, la serpiente de metal, y la vara de Aaron. Esta ha sido siempre la doctrina y espíritu de la iglesia desde Abel, justo hasta nuestros dias, en las memorias de sus mártires, en la invocacion de sus santos, en la veneracion de sus imágenes y reliquias. Si la ignorancia de los pueblos, ó la negligencia de sus pastores ha introducido algun abuso, este no lo autoriza la iglesia, ántes expresamente lo reprueba en el santo concilio de Trento. ¿Qué mucho pues si apoyados sobre la fe constante de nuestros mayores, veneramos é invocamos la memoria y proteccion de unos héroes que nos dieron luz con su doctrina, y nos edificaron con su ejemplo? ¿Qué mucho, repito, si correspondiendo á las leyes de la gratitud, tratamos con el debido obsequio á estos ilustres personajes, que tanto se interesan por nuestra felicidad?

Con arreglo pues á estos principios, ¿cómo podremos rehusar nosotros el culto del grande Antonio, tan benemérito de la iglesia por las luces que la comunicó, y virtudes con que la enriqueció? Seguidme sin desmayar mientras yo pongo á buena luz su excelente sabiduría y su rara santidad, conforme al plan

de mi discurso. Mas ante todas cosas os debo prevenir, que cuando hablo en recomendacion de la sabiduría de Antonio, no entiendo por sabiduría las disputas de Arrio y del Liceo, el fasto de los escépticos rígidos, la arrogancia de los cínicos y platónicos, la demencia de los pirrónicos, ni la extravagancia de los aristotélicos, copiosos y miserables frutos de la soberbia y presuncion humana, é inagotables fuentes de la ignorancia y del error. No hablo de aquella ciencia enemiga de Dios, segun san Pablo, con que inflamados sus profesores, y enamorados de sí mismos, juzgan necesitar de telescopio ó microscopio para divisar á los demas mortales, como á viles insectos de la naturaleza. Ciegos miserables, y guías de otros ciegos, que palpando por luz las que son tinieblas, se despeñan todos en el interminable precipicio.

Hablo pues de una sabiduría, que sin dejar de ser fruto de un profundo talento y de una constante aplicacion, merezca ser llamada don del Espíritu santo; de una sabiduría, que radicada en el temor de Dios, se ocupe en indagar y publicar sus adorables perfecciones; de una sabiduría, que libre de la ostentacion y de la vanidad, escudriñe con diligencia las obras de la naturaleza y de la gracia á honra y gloria de su Criador. En este género de sabiduría, que debe ser mirada como la ciencia de los santos, hizo Antonio maravillosos progresos. Como Dios le destinaba por muro inexpugnable de su iglesia, le dotó de aquellos dones que debian hacerle digno de su apostólico ministerio. Apenas sus padres, para hacerle útil á la religion y al estado, le aplicaron á la carrera de los estudios, cuando manifestó la profundidad de su talento, la claridad de sus luces, la viveza de su ingenio, y lo dócil de su voluntad para una constante aplicacion. Bien presto, como otro Saulo, se aventaja á sus contemporáneos, que le admiraban y consultaban como á oráculo: no siendo en él ménos loable su aplicacion al ejercicio de la oracion que al estudio. Los templos ó tabernáculos de Dios eran las delicias de este jóven Jacob, y las aulas que visitaba con mas frecuencia. Aquí ofrecia á Dios las primicias de su talento. Jesueristo crucificado era para Antonio un libro abierto donde aprendia sus inmensos beneficios, su infinita caridad y bondad, y sus entrañas de misericordia. Aquí se instruía en las funestas consecuencias del pecado, en la brevedad de la vida, en la estrechez de la cuenta, y rigor del juicio. Aquí oía las

voces y silbos de este buen pastor, que se sacrificó por su rebaño. Estimulado de tan importantes ideas, y con el designio de ponerse á cubierto de los terribles asaltos del comun enemigo, y de los peligros inminentes del mundo, de la carne y de la sangre, se refugió al puerto seguro de la religion, profesando entre los canónigos reglares de San Agustin, extramuros de Lisboa, su patria, donde florecian la virtud y las letras. Aquí empezó la carrera de los estudios mayores, con admiracion de sus condiscípulos y maestros, que miraban sus progresos en las ciencias mas como fruto de su fervoroso espíritu, que de sus tareas literarias. Bien presto se concilió la benevolencia y el séquito de aquel inmenso pueblo. Mas esto mismo sirvió á Antonio de estímulo para huir de su patria, donde temia naufragar entre el aura popular y el aplauso. Salió como otro Abraham por inspiracion divina de esta Ur de los caldeos, á buscar la soledad y el retiro en Santa Cruz de Coimbra. El estudio de la teología fué, por orden de sus superiores, el objeto de los desvelos de Antonio, y en ella, despues de haber meditado muchas veces las Escrituras, la tradicion, los concilios y los Padres, adquirió conocimientos tan profundos, que mereció un día por ellos ser honrado por el mismo sumo pontífice con el glorioso titulo de Arca viva del Testamento: elogio que habia antes dado san Gerónimo al apóstol de las gentes san Pablo: y yo no dudaria aplicarle el de vaso lleno de sabiduría, con mas justicia que lo atribuyó á Diógenes el grande Alejandro.

Á pesar de estos conocimientos y estas luces, que á cualquier sabio de nuestros dias hubieran hecho idólatra de sí mismo, trabajaba Antonio cuidadosamente por ocultarlas, ocupándose en los empleos mas bajos de la comunidad, y estudiando en el silencio y el retiro. Mas como Dios no crió la luz para que estuviese sepultada, sino para que iluminase á los de su santa casa, y desterrase las tinieblas, no contento con haberle preparado para vaso de eleccion entre los hijos de Agustino, este taller de santidad y de ciencia, se dignó perfeccionarle en la escuela de Francisco. Este grande Ananías de los últimos siglos le manifiesta las órdenes del cielo. « De parte de Dios, le dice, estando en oracion, y por ministerio de sus ángeles, vengo á intimarte ser su voluntad tomes el hábito de mi orden, pues en ella lograrás el desco que tienes de aprovechar y servir á

« la iglesia en la conversion de las almas. » Á esta sola voz obedece sin dilacion este nuevo Paulo con el rendimiento de otro Samuel. Solicita con ansia su traslacion á los menores, que consigue venciendo dificultades. Con el hábito mudó tambien el nombre. Dios que dispuso trocar el de *Abram* en el de *Abraham*, el de *Sarai* en *Sara*, el de *Jacob* en *Israel*, para los altos fines solo conocidos de su Providencia, ordenó asimismo que mudase nuestro héroe el nombre de *Fernando* en el de *Antonio*, acaso en reverencia del grande abad y padre de las religiones, en cuya ermita fué la primera fundacion de los franciscanos de Coimbra.

¡Qué gozoso, señores, no pasaba Antonio sus dias desconocido aun entre sus nuevos hermanos! Pero nuestro padre seráfico, que no ménos conocia su espíritu que su sabiduría, le destinó á la enseñanza de la juventud, siendo el primero en la órden á quien dió patente de lector de teología. En el empleo de tan noble facultad se ocupó por algun tiempo en Monte Pesusano, en Padua y en Bolonia, estos grandes teatros de las ciencias. ¡Qué gloria, señores, para Antonio haber sido precursor y maestro de los Ales, de los Buenaventuras, de los Bernardinos, de los Capistranos, de los Escotos, de los Aureolos, de los Rubiones y de tantos otros varones ilustres que han defendido y sostenido la iglesia con su pluma, con su política, y á veces con su sangre! ¿Cuánto no debes, religion sagrada, á las luces que te comunicó Antonio, ya de viva voz, ya por escrito? ¿Con cuántas lenguas no nos habla aún en la gloriosa posteridad de sus discípulos? Mientras duren los fastos de nuestra religion durará la dulce memoria de este su célebre y primer maestro.

Ni es leve argumento de su sabiduría el ministerio de la palabra, en que tantas veces triunfó de los vicios y de los herejes. La defensa de nuestra religion, dice un padre de la iglesia, es la principal obligacion de un doctor cristiano. Para desempeñar Antonio este cargo, que trae consigo el sacerdocio, ya en conversaciones privadas, ya en conferencias públicas, ya de viva voz, ya por escrito, disputa continuamente con los herejes: los confunde, los convence, los atrae, los convierte, sin rehusar, como Elías con los falsos profetas de Baal, el recurso á los milagros, para acreditar públicamente los misterios de nuestra re-

ligion. Guialdos y Bonivillos, monstruos de la herejía y trofeos de la sabiduría de Antonio, presentaos aquí por un momento á darme testimonio de esta verdad.

Todo concurría en Antonio á hacer irresistible su elocuencia. Robusto y sonoro metal de voz, gracia y circunspeccion en el decir, copia de doctrina, gravedad de sentencias, fuego en las expresiones, la austeridad de sus penitencias, que demostraba mudamente en su rostro, y sobre todo, la suavidad y fortaleza que derramaba Dios sobre sus labios, eran dulces cadenas que aprisionaban las almas. De aquí los numerosos concursos que seguian á Antonio arrastrados de su elocuencia; de suerte que no bastando ya los templos, las calles y las plazas, salian á formar teatro y alfombra de las mas espaciosas campiñas. Se cierran los tribunales y audiencias, cesa el comercio como en las mayores solemnidades, los obispos, los magistrados, el clero, la milicia, todos los órdenes del pueblo concurren á porfia á participar de la celestial sabiduría de Antonio. Isócrates, Demóstenes, Eschines, Tulios, ¿cuándo vuestra elocuencia logró tantos aplausos? ¿Qué hubierais dicho al ver diez, veinte y treinta mil personas de uno y otro sexo, de todas condiciones y estados, marchar en silencio, como en procesion y en ordenanza, á oir este nuevo Crisóstomo, por cuyos labios se difundia la virtud irresistible del Espíritu santo? ¿Qué hubierais dicho al ver las aves del cielo abatir sus vuelos, y los peces del mar levantar sus cabezas y sacudir sus colas, halagüeños al imperio de Antonio, y en reverencia de la palabra de Dios despreciada por los herejes! ¿Qué hubierais dicho al ver un bruto indolente postrarse con sumision á dar culto y adoracion al Sacramento al impulso de la voz de Antonio? ¿Qué hubierais dicho al ver repetido muchas veces en Roma el milagro una vez obrado en Jerusalem; esto es, que predicando Antonio en lengua toscana, fuese de todos entendido como si hablara en la de cada uno? ¿Qué hubierais dicho?.... ¿Mas para qué me canso y os molesto? Los ladrones y foragidos, cuya conversion pareció al Crisóstomo tan difícil, como que de dos que se hallaron en el sacrificio del Calvario, se convirtió uno solo, ¿no cedieron en número de veinte y dos á un solo sermón de Antonio? Por otra parte, ¿quién al leer sus escritos no se halla tocado de aquella elocuencia varonil, de aquella profunda y sublime sabiduría que le hacia triunfar de los herejes, y con que tantas ve-

ces los atrajo al seno de la iglesia? Qué mucho pues si á un héroe tan benemérito de la república cristiana le desean todos con mas razon que á Caton por su compatriota? Cada reino, cada provincia pretende pertenecerle tan precioso tesoro. Alega á su favor la España su nacimiento en Lisboa, parte la mas occidental de este reino; la Francia haber vivido en ella largo tiempo, y haber sido testigo de sus mas ilustres acciones; la Italia haber sido teatro donde difundió este sol sus luces, y depósito de sus reliquias. Gloriosa emulacion, y competencia honorífica á nuestra sagrada religion, que aún dura despues de seiscientos años de su feliz tránsito.

Peró esta sabiduría, estas luces, este crédito y aplauso universal, esta vigorosa y suave elocuencia, esta profundidad y vehemencia de sus escritos y racionios, ¿de qué hubieran servido á Antonio, si engreído á imitacion de los sabios de nuestros dias y filósofos del siglo, no hubiera incesantemente trabajado en dar gloria á Dios en sus obras, santificándose á sí mismo y á todos sus hermanos? La ciencia sin virtud no es ménos muerta que la fe sin obras, segun la frase de san Júdas. Con arreglo pues á este principio debemos considerar los grandes conocimientos de Antonio, y hallaremos que no es ménos recomendable por su rara santidad que por su excelente sabiduría. Renovad aquí vuestra atencion. Dios quiere ser glorificado en sus siervos.

Para mostraros la santidad de Antonio no es menester, señores, que me detenga yo á presentaros en toda su extension el cúmulo de sus grandes virtudes. Esto en primer lugar seria abusar de vuestra benevolencia dilatándome demasiado. Por otra parte cada una de sus heróicas virtudes pide ser tratada segun su dignidad, y vosotros lograréis ocasiones de oirlas de boca de otros oradores. No hablo pues por ahora de aquella rendida obediencia, superior á toda víctima delante de Dios, y móvil de las acciones de Antonio. No hablo de aquella humildad profunda que le condujo á juzgar con desprecio de sí mismo, y á ocuparse siempre que podia en los oficios mas bajos de la comunidad. No hablo de su pureza, esta virtud angélica tan singular en Antonio, que era como una especie de contagio santo que inficionaba á los demas. No hablo de la severidad de una mortificacion con que este animado esqueleto afligia á sus cansados miembros, reduciéndolos á servidumbre, como otro Pablo,

hasta el extremo de no poderse mantener en los piés, cayendo á veces de su estado. No hablo de aquel profundo silencio, esta virtud desconocida en el gran mundo, y fruto de la humildad, con que supo ocultar por algun tiempo las luces de su sabiduría, hasta ser obligado á manifestarlas por un precepto de obediencia. No hablo de su altísima contemplacion, en que gastaba gran parte de la noche, hurtando así á sus miembros el preciso descanso, para gozar en éxtasis los frutos de su fervoroso espíritu. No hablo en fin de otras virtudes que obtuvo en grado heróico. Limitome por esta vez á su celo.

Hablo de esta pasion recomendable, precioso fruto de la caridad, y estímulo de ella misma; de este deseo ardiente de la santidad; de este divino impulso, que no puede sufrir el reino del pecado, ni mirar con indiferencia los ultrajes de un Dios desconocido de los herejes é incrédulos, é injuriado de los malos cristianos. Hablo, para decirlo de una vez, de esta sed de justicia que Jesucristo coloca entre las virtudes evangélicas; de este amor generoso para con Dios; de esta ternura por el prójimo, principio fecundo de tantas acciones ilustres. Este celo prudente que suscitó en la iglesia á los Atanasios, á los Ambrosios, á los Gerónimos, á los Agustinos contra los Maniqueos, los Pelagios y los Nestorios; el que hizo salir de los desiertos de la Tebaida al patriarca de los solitarios, para confundir en Alejandria á los Arrianos, este mismo excitó en el siglo XIII al grande Antonio contra los Albigenses, Abelardos, Almaricos, Berengarios y demas irreconciliables enemigos de la iglesia. Reflexionemos brevemente sobre el fervor de su celo y ardor de su caridad.

¿Qué deseo de la honra y gloria de Dios no se descubre en Antonio, cuando con pecho apostólico se ofrece, y pide licencia á sus superiores para ir á derramar su sangre por Jesucristo? Devora en sus deseos la corona del martirio. Se lisonjea que los marroquíes, estos pueblos bárbaros, donde humeaba aún la sangre de san Berardo y sus compañeros mártires gloriosos, que consagraron los principios de la religion franciscana, darian cumplimiento á sus deseos. Dirige á estas regiones su marcha con no menor impulso que solicita un ciervo las fuentes de las aguas, y comienza con pasos de gigante su carrera. Las montañas mas inaccesibles, las mas ásperas se suavizan y allanan á presencia de su ardiente deseo del martirio. Víctima preparada del

celo, lograrás tus designios. Morirás con la gloria de mártir y con el dolor de no serlo. Dios va á detener tus pasos por medio de una prolija enfermedad, porque es Italia y Francia el teatro que os destina, para que seais sacrificado en las aras de la caridad. Aquí debeis derramar á manera de rio caudaloso las gracias de nuestros sacramentos, y llenar á la capital del reino cristiano de verdaderos israelitas. En estas regiones os debeis presentar con la libertad de los Bautistas á reprender los desórdenes de los grandes, y á conducir, segun la perfeccion del Evangelio, á estas almas fieras engréidas solamente en las ideas de su grandeza, de su ambicion y de su envidia. Aquí debeis reformar estas almas relajadas, tan poco pacientes de correccion, y que colocan el honor en la venganza, su placer en la simulacion, su cultura en la inmodestia, su placer en la desevoltura, pretendiendo se tenga respeto á sus pasiones, ó que se canonicen sus vicios.

Para comprender bien la abundante materia, que el tiempo mismo ofrecia á su celo, arrojad por un momento la vista sobre esta época funesta, en que vió la iglesia salir de su seno e los venenosos áspides que la devoraban, estos espíritus artificiosos, que sabian con destreza mezclar el buen trigo y la cizaña: espíritus de presuncion, de error y de tinieblas: hablo de los Albigenses, de los Sacramentarios, de los Federicos; de los cuales unos atraian con engaños á los verdaderos hijos de Israel al campo de los Moabitas; otros con las armas en las manos robaban la herencia de Jesucristo, profanando sus templos y ultrajando sus mas augustos sacramentos. Aun los católicos mismos, no ménos que en nuestros dias, afeaban la iglesia con sus impurezas, la desacreditaban con escándalos, la afligian con disoluciones, con lujo, con vanidades. Para reparar tantos daños suscita Dios al grande Antonio, este nuevo Elías de los últimos siglos, que supo castigar á los falsos profetas, y contener el orgullo de los reyes impíos: este nuevo Gedeon, libertador del pueblo de Dios, que supo elevarle altares sobre las ruinas de Baal; este nuevo Daniel, á quien tuvieron respeto los mas voraces elementos, las bestias mas indóciles, y las ponzoñas mas activas; este nuevo Esdras en fin, que enriqueció el templo del Señor, contribuyendo con ardiente celo á que la santidad correspondiese á su magnificencia exterior. Á presencia de Antonio todo parece mudar de semblante en Europa. El hereje

es confundido, la belleza del santuario se renueva, la fe sale brillante de entre las nubes y la oscuridad; por todas partes se admira una rara emulacion de penitencia, y la religion triunfa gloriosamente á esfuerzos de su celo. La impureza, la violencia, la irreligion, la usura, la mala fe, los juramentos, las blasfemias, todo termina con la instruccion de las verdades eternas. Reinos de España, Francia, Italia, isla de Sicilia, ciudades de Roma, de Milan, de Rimini, de Bolonia, de Padua, de Florencia y de Venecia, dadme aquí testimonio de cuánto ejercitasteis el celo de este nuevo apóstol, cuánta materia proveisteis á sus gloriosos triunfos, y cuánto á la elocuencia de los sagrados oradores.

¿Mas cómo podré yo limitar á un discurso los esfuerzos de su ardiente celo? ¿Qué solicitud igual á la de un hombre que pasaba el dia trabajando, y la noche sin reposo? Aquí predica al pueblo, allí catequiza á los rudos; aquí disputa con los herejes, allí dirige á los perfectos; aquí socorre á los pobres, allí alivia á los enfermos. ¿Qué fatigas no sufrió en la mayor parte de Europa? ¿Cuántas veces no se vió expuesto al naufragio ántes de arribar á Sicilia? ¿Cuántas no toleró el peso del dia y del calor en arenas y desiertos no ménos ardientes que los de Libia? ¿Con qué constancia de ánimo no se expone Antonio á las persecuciones? Peligros en las ciudades, peligros en los caminos, peligros en los rios y mares, peligros de ladrones, peligros entre falsos hermanos; todo amenaza de muerte una vida tan preciosa. Mas su pecho apostólico desprecia todos estos peligros, no ya con ojos estóicos, sino con el fin de ganar almas para el cielo. Ni el hambre, ni la sed, ni la violencia, ni las aguas de la ingratitud pudieron apagar jamas, ni aun disminuir su ardiente celo y caridad. Hecho todo para todos, como otro Paulo, nada desea con mas ansia que ser anatematizado por Cristo y por la salud de sus hermanos. Dígalo la firmeza y celo apostólico con que rompiendo por medio del ejército fué á presentarse á Excelino romano, general de Federico II, acérrimo persecuidor de la iglesia, y hombre igualmente sin religion, que inhumano. ¿Qué seria ver á este celoso Elías á presencia de aquel otro Acab, y á este nuevo Leon á vista de aquel otro Gensérico!

Son dignas de vuestra atencion, señores, las severas palabras con que le reprende. «¿Eres tú, Excelino, le dice, aquel ro-

« mano que tiene llena de tragedias su patria y de escándalos
 « el mundo? ¿Eres tú aquella venenosa vívora, que con in-
 « grata crueldad rompes las entrañas de la iglesia, esta piadosa
 « madre que te dió el ser? ¿Cuándo te hartarás de profanar
 « altares, de abrasar iglesias, de desflorar vírgenes, de deshon-
 « rar matronas, de matar inocentes? ¿Cuándo, sangriento lobo,
 « se apagará la sed que tienes de sangre humana? ¿Hasta
 « cuándo abusarás de la paciencia de Dios, que tiene en su
 « mano represadas las iras que merece tu fiereza? ¿Cómo no
 « temes, bárbaro, la eternidad de tormentos que tiene bien me-
 « recidos tu crueldad y tu soberbia? Mira que te aviso de parte
 « de Dios omnipotente, que si no pones freno á tus tiranías,
 « ellas te han de precipitar al abismo, y has de acabar tu mala
 « vida con ruidos escarmiento. » Al oír estas palabras Exce-
 lino, sin embargo de su altivez y de su orgullo, tiembla y se
 estremece cual otro Félix á presencia de Paulo.

Nada digo del celo y la firmeza con que hizo frente al mis-
 mo general de la orden fray Elías, reprendiéndole delante del
 sumo pontífice por su inobservancia de la regla. Mas á pesar de
 esta fortaleza, fué siempre incomparable la dulzura que usó
 con los pecadores. Jamas se vió hombre mas paciente en espe-
 rar su mutacion, ni mas diestro en manejar las disposiciones
 de su conversion. El odio que concebía contra el pecado no se
 extendía á los pecadores. Aborrecía el vicio, no las personas;
 y verdadero imitador de su maestro Jesucristo, se conducía
 con dulzura y fortaleza en la conversion de las almas, y en lu-
 gar de sacrificar los pecadores á un ardor indiscreto, se sacrifi-
 caba á sí mismo por ellos, mortificando en su inocente cuerpo
 los pecados de sus penitentes. Admirable estratagemas de su
 celo, caridad oficiosa y ardiente, que confundirá para siempre
 á los herejes, que á manera de cuervos impuros solo han salido
 del arca de la iglesia á devorar los cuerpos de nuestros
 mayores, y que en lugar de derramar su sangre por el prójimo,
 han querido grabar las novedades del error con la de nuestros
 padres.

Juntad, señores, os ruego, todos estos rasgos en vuestra ima-
 ginacion, y juzgad si son capaces de justificar por sí mismos la
 la sublime sabiduría de Antonio, y su rara santidad; sus pro-
 fundos conocimientos en las ciencias y sus virtudes heroicas;
 sus trabajos apostólicos por la iglesia en la conversion de las

almas, y su incomparable celo por la honra y gloria de Dios;
 los gloriosos triunfos que su sabiduría consiguó de los herejes,
 y el generoso celo con que expuso su vida por sus hermanos;
 las luces que comunicó á la mayor parte de Europa, y la mul-
 titud de almas aplicadas ántes por trofeo al carro del demonio,
 que su celo conquistó para el cielo. Celo fuerte, celo compa-
 sivo, celo prudente y arreglado, que hará siempre honor á
 nuestra religion. Igual desearía yo fuese el de todos mis oyen-
 tes, para no llorar el vicio extendido á manera de torrente so-
 bre todos los estados por falta de luz y de celo cristiano.

Sí, señores, falta de celo juzgo que el crimen aparezca con
 audacia, que reine la licencia, que domine la desenvoltura,
 que tengan fuerza de ley mil abusos detestables, que las máxi-
 mas del mundo réprobo se hallen tan acreditadas, que la liber-
 tad en materia de costumbres carezca en el día de límites, que
 marchen los pecadores levantada la cabeza, que sean oprimidos
 los justos, y reducidos á gemir en secreto los desórdenes del
 siglo. ¿Dónde están, os ruego, los que hacen frente á los vicios,
 al lujo, á la vanidad, al desenfreno miserable del otro sexo?
 ¿Dónde entre vosotros los que comunican á estos infelices la
 luz del desengaño, los que se arman de un justo celo viendo á
 Dios ultrajado, quebrantados sus preceptos, su ley santa vio-
 lada, sus enemigos victoriosos, y una multitud de almas des-
 graciadas víctimas preparadas á la ira de Dios? Y si no decid-
 me: ¿dónde están los Noés, los Moisés, los Samueles, los Fi-
 nées, os pregunto con san Cipriano? Ah! que la iniquidad
 abunda desde que se resfrió la caridad.

Mas qué digo? Aún se ignoraban tus privilegios y tus fueros,
 siglo ilustrado de la marcialidad; ó por mejor decir, aún no se
 conocía vuestro desenfreno, hombres carnales; vuestra livian-
 dad, mujeres inmodestas. Vosotros habeis ya desaparecido, si-
 glos religiosos, donde el celo de la gloria de Dios era la grande
 ocupacion de los fieles y el móvil de sus obras. En medio del
 diluvio de vicios que inunda casi toda la tierra, apénas se halla
 un Noé que se dedique á proveer asilo; en medio de tantos
 hombres temerarios, que osan blasfemar de Dios con audacia,
 apénas se halla un Moises que castigue á estos sacrílegos; en
 medio de tantos inobedientes que violan la ley santa por gusto
 y por costumbre, apénas se halla un padre como Job, que por
 ellos ofrezca sacrificios. En fin, por mas que la sensualidad, es-

te vicio abominable, que deberi a ser desconocido en el cristianismo, domine hoy la juventud, la vejez, los grandes y los pequeños; por mas que tenga est ablecidas academias y maestros que enseñen por principios el arte de hacerse agradables por medio de canciones meretricias, de danzas y movimientos indecentes y opuestos á la moral de Jesucristo, con todo hay raro Finées, que concibiendo horror de estos apóstoles de la desenvoltura y detestable liviandad, proscriba, destruya, queme sus engañosos artificios.

Omnipotente y sempiterno Dios, renovad en nuestros dias el ministerio de Antonio: suscitat un sacerdote fiel, sabio, celoso, prudente, caritativo, que trabaje con solicitud por la extension de nuestra religion y pureza de vuestro culto. Conozcan todos por tu amor que sois el Dios que hace estremecerse los desiertos, y que solo hay salud en vos, que sois la vida y la resurreccion.

Y vos, santo mio, desde el solio de grandeza á que os elevó el buen empleo de vuestros talentos y vuestro ardiente celo por la causa de Dios, no os desdeñeis arrojar una mirada favorable sobre vuestros devotos; alcanzadnos una gracia victoriosa que disipe las nubes de nuestro entendimiento y sujete la rebeldía de nuestro corazon, para que todos conozcamos y amemos á Jesucristo sacrificado y sacramentado por nuestro amor, cuyo augustó nombre sea ensalzado y alabado desde el oriente al occidente, desde el aquilon al mediodía, por todas las generaciones y todos los siglos. Amen.

SERMON

DE SANTA APOLONIA VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

NOS ENSEÑA Á APARTARNOS DEL CAMINO DE LA PERDICION,
Y NOS SEÑALA EL QUE NOS CONDUCE Á LA VIDA ETERNA.

Me expectaverunt peccatores ut perderent me: testimonia tua intellexi.

Me buscaron los pecadores para perderme, y yo entendí los testimonios de tu ley.

Salmo 118. v. 95.

Católicos:

Aneha es la puerta y espacioso el camino que lleva á la perdicion. Así lo dice el oráculo sagrado, así lo vemos y palpamos, así lo publican las gentes todas, y esta es la verdad. Porque ¿no es cierto que el mundo está lleno de falsas ideas que nos preocupan, de falsas brillanteces que nos engañan, de aprensiones falsas que nos alucinan, de falsos principios que nos deslumbran, de falsas máximas que nos pervierten y de perniciosas costumbres que nos trastornan y conducen por un camino opuesto al de la salvacion? Falsos bienes, falsos honores, falsos deleites, falsos gustos, falsa libertad, falza paz, y felicidad quimérica... ¿Notais otra cosa en la sociedad de los pecadores, en las gentes del mundo y en toda esa multitud de necios que ofreciendo incienso á las pasiones, despreciando la ley santa, condenando todo lo que asusta á los sentidos, cautivando al Evangelio y haciendo triunfar al lujo, al deleite, á la ambicion y al orgullo, parecen destinados á demostrar que todo es en la tierra vanidad de vanidades y afliccion de espíritu, como lo dice

te vicio abominable, que deberi a ser desconocido en el cristianismo, domine hoy la juventud, la vejez, los grandes y los pequeños; por mas que tenga est ablecidas academias y maestros que enseñen por principios el arte de hacerse agradables por medio de cançiones meretricias, de danzas y movimientos indecentes y opuestos á la moral de Jesucristo, con todo hay raro Finées, que concibiendo horror de estos apóstoles de la desenvoltura y detestable liviandad, proscriba, destruya, queme sus engañosos artificios.

Omnipotente y sempiterno Dios, renovad en nuestros dias el ministerio de Antonio: suscitad un sacerdote fiel, sabio, celoso, prudente, caritativo, que trabaje con solicitud por la extension de nuestra religion y pureza de vuestro culto. Conozcan todos por tu amor que sois el Dios que hace estremecerse los desiertos, y que solo hay salud en vos, que sois la vida y la resurreccion.

Y vos, santo mio, desde el solio de grandeza á que os elevó el buen empleo de vuestros talentos y vuestro ardiente celo por la causa de Dios, no os desdeñeis arrojar una mirada favorable sobre vuestros devotos; alcanzadnos una gracia victoriosa que disipe las nubes de nuestro entendimiento y sujete la rebeldía de nuestro corazon, para que todos conozcamos y amemos á Jesucristo sacrificado y sacramentado por nuestro amor, cuyo augustó nombre sea ensalzado y alabado desde el oriente al occidente, desde el aquilon al mediodía, por todas las generaciones y todos los siglos. Amen.

SERMON

DE SANTA APOLONIA VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

NOS ENSEÑA Á APARTARNOS DEL CAMINO DE LA PERDICION,
Y NOS SEÑALA EL QUE NOS CONDUCE Á LA VIDA ETERNA.

Me expectaverunt peccatores ut perderent me: testimonia tua intellexi.

Me buscaron los pecadores para perderme, y yo entendí los testimonios de tu ley.

Salmo 118. v. 95.

Católicos:

Aneha es la puerta y espacioso el camino que lleva á la perdicion. Así lo dice el oráculo sagrado, así lo vemos y palpamos, así lo publican las gentes todas, y esta es la verdad. Porque ¿no es cierto que el mundo está lleno de falsas ideas que nos preocupan, de falsas brillanteces que nos engañan, de aprensiones falsas que nos alucinan, de falsos principios que nos deslumbran, de falsas máximas que nos pervierten y de perniciosas costumbres que nos trastornan y conducen por un camino opuesto al de la salvacion? Falsos bienes, falsos honores, falsos deleites, falsos gustos, falsa libertad, falza paz, y felicidad quimérica... ¿Notais otra cosa en la sociedad de los pecadores, en las gentes del mundo y en toda esa multitud de necios que ofreciendo incienso á las pasiones, despreciando la ley santa, condenando todo lo que asusta á los sentidos, cautivando al Evangelio y haciendo triunfar al lujo, al deleite, á la ambicion y al orgullo, parecen destinados á demostrar que todo es en la tierra vanidad de vanidades y afliccion de espíritu, como lo dice

el Sabio? Error conocido de todos es el andar descaradamente por los caminos que llevan al precipicio, y grande locura el seguir una moral mil veces reprobada por Jesucristo: y sin embargo esta es la conducta de los que, esclavos de sus pasiones, no viven sino según sus deseos contra lo que encarga el Apóstol. Desengañémonos, seamos juiciosos, escuchemos la voz de la razón ilustrada con las luces de la fe, que nos dice que en temer á Dios y en observar sus preceptos consiste toda la grandeza del hombre; y convengamos, en que una vida ociosa y regalada, mundana y dada al deleite, divertida y entregada á los placeres de la concupiscencia, es la que ensancha y allana el camino de la perdición, y en que ella conduce infaliblemente á los abismos del infierno. Puede negarse esto? no: porque estas verdades tienen su asiento en los corazones de los fieles, y nadie puede negarlas. Para condenarse no hay mas que seguir á la muchedumbre desenfrenada: dejarse llevar por las doctrinas, consejos y ejemplos de los sabios y prudentes del siglo, y esto es lo que quiere evitar en este día nuestra madre la iglesia proponiéndonos las virtudes de una santa que nos llama con su ejemplo, para que siguiendo sus pasos logremos llegar como ella al monte santo de la perfección evangélica en que está la puerta del cielo.

Santa Apolonia es la santa que ha escogido Dios para que nos guie por el camino estrecho que conduce á la vida eterna. Ella, superior á los atractivos de las pasiones, y siempre adicta á los preceptos y consejos del divino Maestro, no declinó á la derecha ni á la izquierda, siguió constante por el camino recto de la virtud, venció gloriosamente al mundo, sus pompas y vanidades, vivió unida á Jesucristo, padeció y murió por él, y al fin de su vida pudo decir con el gran Profeta: « Me acometieron, Señor, los pecadores para perderme; pero con vuestra gracia entendí los testimonios de vuestra ley. *Me expectaverunt peccatores ut perderent me: testimonia tua intellexi.* No seríamos todos felices si pudiéramos decir otro tanto? Á proporcionarnos esta dicha se dirigirá todo cuanto salga de mis labios en este breve rato, si consigo la gracia que necesito.

Concedédmela, Dios de piedad. Vos que elegisteis la debilidad del sexo frágil para confundir la soberbia de los fuertes y poderosos del mundo, y fortalecisteis á santa Apolonia para hacer frente á vuestros enemigos, y vencer los mas atroces tor-

mentos, protegéd el pensamiento que he formado de instruir á mis oyentes en el camino que conduce al cielo, y bendecid á los que veneran vuestros juicios, alaban vuestras obras é invocan vuestro nombre. Vuestra gracia, Señor, vuestra gracia, y todo lo tenemos con ella. Haced que descienda sobre nuestras almas, para que sepamos meditar en vuestras justificaciones, y tengamos la dicha de asociarnos con el ángel y decir á vuestra madre y señora nuestra María santísima aquellas consoladoras palabras. *Ave Maria.*

Me expectaverunt peccatores ut perderent me.

Toda la ley y los profetas, dice Jesucristo, se reducen á amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á sí mismo. Amemos pues á Dios como le amó santa Apolonia; tengamos la fe, la esperanza y la caridad que tuvo esta santa; cumplamos con los divinos preceptos siendo humildes, recogidos, dedicados á la oración, al ayuno y penitencias propias de los hijos de Jesús; vivamos, en suma, piadosa, sobria y justamente, como nos lo encarga el Apóstol y nos lo enseña con su ejemplo la prodigiosa virgen y mártir cuya memoria celebra la iglesia santa en este día, y yo os diré en nombre del Señor que este es el camino que conduce á la vida eterna, que entremos en él confiados en la gracia, y que peleando, venciendo y triunfando con las armas de la milicia cristiana, veremos caer á nuestro lado mil enemigos y á nuestra diestra otros diez mil, sin que percibamos el menor daño del infernal dragon, que ruje por devorarnos, como lo dice el Salmista (1). Arda enhorabuena el mundo en partidos, disturbios y revoluciones espantosas: levántense los reinos contra los reinos, las naciones contra las naciones y las gentes contra las gentes: prenda la tea de la discordia entre los hombres, ármense unos contra otros, lleven la disolución por todas partes y llénenlo todo de horrores y desastres. Salgan las furias infernales, infesten la tierra y no se vean en ella mas que la iniquidad, la maldición, las abominaciones, vicios y pecados de la bestia que vió el ángel de Pátmos en su apocalipsis. Véase si se quiere todo el universo, como se vió Alejandría cuando á impulsos de un profeta falso, en el año de 248, se enfureció el

(1) *Psalm. 90. v. 7.*

pueblo contra los cristianos, teniendo por un deber de conciencia la sedicion, la crueldad, la carnicería, el robo, el incendio y todo el diluvio de desacatos y excesos que lleva consigo un motin, promovido bajo la influencia de los que con tono enfático aseguraban que la ciudad iba á perecer, si quedaba en ella un solo adorador de nuestro Redentor, y caigan bajo el huracan de la oligarquía mas espantosa respetables ancianos, como Metro; piadosas matronas, como Quinta; y vírgenes llenas de intrepidez y heroísmo, como santa Apolonia: que todo esto será tenido por un rasgo digno de la sábia Providencia, que vela sobre su iglesia; servirá para demostrar que en donde no está Dios todo es horror, todo miseria, todo confusion y todo infierno; y patentizará á los hombres de todos los tiempos y lugares, que si en los tumultos populares padecen los inocentes, son vejados y perseguidos los virtuosos, y tratados con ignominia los que son fieles á su Dios, tambien este divino Señor se encarga de honrarlos, prestándonoslos como tipos, ejemplares y modelos de la conducta que debemos observar en las sediciones, alborotos y motines con que suele el cielo castigar á los pueblos y probar á los justos, como es de verse en la esclarecida santa Apolonia, que habiendo sido un asombro de valor y constancia aun á los mismos paganos que la martirizaron, es la admiracion de todos los siglos y la maestra encargada de enseñarnos el camino que conduce á la patria de la felicidad eterna.

Con efecto santa Apolonia, ilustrada por el Espíritu santo que la poseía, se condujo en medio de la populosa ciudad de Alejandría como Daniel en Babilonia; cumpliendo con los deberes de su religion y demostrando á los fieles, y muy especialmente á las doncellas, que es fácil á los hijos de la gracia el salvarse en el bullicio de la corte y al lado de las abominaciones é impurezas de los pecadores. Fabricó dentro de su corazon una especie de retiro, en que libre de todo comercio humano, y exenta de la bulla é inquietud de las pasiones, lograba aquel estado de tranquilidad y sosiego en que habla Dios al alma, y el alma oye y entiende la voz de su Dios. Sabia que sin este recogimiento interior, que sin la soledad del corazon está el alma tan disipada, que apenas puede escuchar la voz que dirige el cielo á los que vigilan sobre sus almas. Temia la llegada del divino esposo á la media noche, en que solo las fieles y castas esposas que le esperan en el silencio y sosiego de ella, son

admitidas al celestial banquete, y de aquí el vivir siempre en presencia de su Dios, en oracion perpetua, en ayunos y penitencias, en la mas exacta práctica de las virtudes propias de su estado. Era la veneracion y el ejemplo de los cristianos de Alejandría, contenia con su compostura y respetable continente á los licenciosos y libertinos, animaba á los fieles á la perseverancia, los edificaba, y señalándoles el camino de su salvacion, los estimulaba á que le siguiesen, sin temer los obstáculos que oponen las pasiones y los enemigos de nuestras almas. Felices mil veces los que siguen los pasos de santa Apolonia! ¡ Dichosas las almas que se la proponen por modelo y la imitan en su conducta! porque serán un dechado de virtudes evangélicas y caminarán imperturbables por las sendas que conducen á la patria de las dichas, venturas y felicidades.

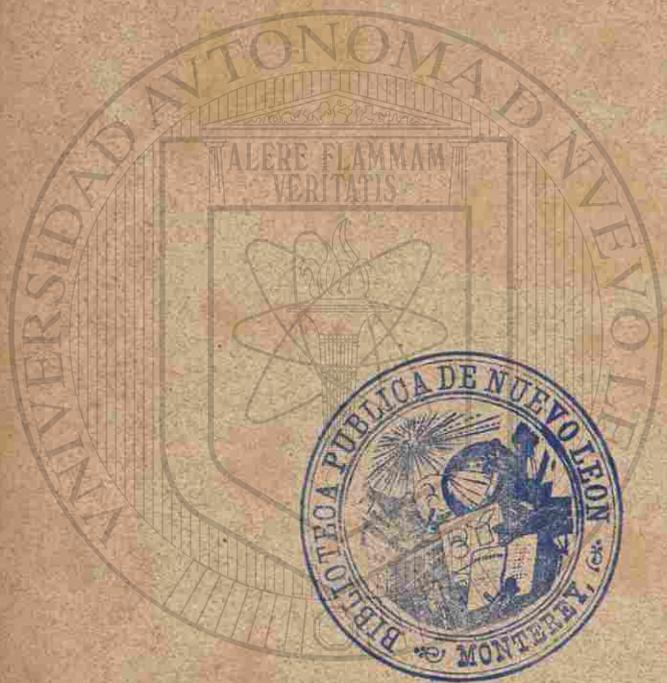
Pero como los actos virtuosos de santa Apolonia eran aceptos á Dios, fué necesario que los probase la tentacion, y que en ella apareciese todo su mérito. He indicado que en sus dias hubo en Alejandría una sacrilega sedicion contra los cristianos, y ahora añado con san Dionisio Alejandrino, que enfurecidos los gentiles con la sangre de los mártires y avezados con el exterminio y con la devastacion, no pensaban mas que en la carnicería, en la fiereza, en la crueldad y medios de quitar la vida con saña infernal á los que confesaban la divinidad del verdadero Dios del universo: que entrando tumultuariamente en las casas de los fieles, las saqueaban, las robaban y abrasaban, despedazando ó degollando á sus dueños: que llegaron al fin á la casa en que santa Apolonia se ofrecia perpetuamente á su Dios, con deseos de padecer, sufrir y morir por el que amaba su alma, y que fué hallada digna de dejar señalado con su sangre el camino que conduce al cielo. Se apoderan aquellas furias infernales de la santa doncella, determinan usar con ella de todo el rigor de que son capaces los ministros de Satanás, é irritados con la firmeza de su fe, con la viveza de su esperanza y con el fervor de su caridad, la quebrantan todos sus miembros, la saacan con violencia los dientes y las muelas, la dejan tendida en un lago de sangre, y convocan á consejo para deliberar sobre el género de muerte que la habrian de hacer sufrir. ¡Qué serenidad! qué gozo y alegría no manifestó en este lance nuestra santa, al considerarse digna de padecer por su divino esposo! Venid, hombres del mundo, venid á ver á santa Apolonia re-

volcada en su sangre, y á sus verdugos formando proyectos de crueldad: haced comparaciones y decídmelo, si los placeres de la gracia no son mas sólidos, reales y verdaderos que los de los pecadores. ¿Ofrece el mundo á sus adoradores la ciencia de alegrarse, de tener placer y gozo en los mas atroces tormentos, y de percibir un destello de la felicidad eterna en medio de las mayores tribulaciones, como la gracia de Jesus á los que le confiesan y adoran en espíritu y en verdad? Reflexionadlo. La prueba del fuego pareció á los tiranos de santa Apolonia que podría vencer su constancia, y hacerla renegar de Jesucristo, y unánimes y conformes determinan quemarla viva. La intiman esta irrevocable sentencia; la proponen la alternativa de blasfemar y negar á Jesucristo su divinidad, ó de arrojarse á una hoguera encendida para morir abrasada en ella; y santa Apolonia entra en consejo consigo misma como para reflexionar sobre la elección. Se ofrece de nuevo á su divino esposo, pide luces al Espíritu santo, este la inspira; la santa corre, se arroja al fuego, y en él queda abrasada. Los ángeles llevan su bendita alma á la corte celestial, en donde es recibida por Jesus é inundada con aquel torrente de delicias que sale del trono del Cordero sin mancha; los paganos quedan asombrados con tanto heroísmo, y los fieles consolados al ver el poder y bondad de un Dios, que siendo admirable en sus santos, convida á todos á entrar y seguir por los caminos de una virgen que pudo decir al Señor como el real Profeta: « Me esperaron, Señor, los pecadores para perderme: pero yo entendí los testimonios de tu ley, y con vuestra gracia la cumplí. » *Me expectaverunt peccatores ut perderent me: testimonia tua intellexi.*

Ahora bien, amados oyentes. ¿Habrá entre vosotros quien pregunte como el fariseo del Evangelio? ¿Qué haré para conseguir la vida eterna? Yo le diré: ahí tienes el Evangelio, que es un libro divino y la regla segura de nuestras operaciones. Lee, practica lo que lees; no te contentes con saber lo que Jesucristo enseñó, obra lo que él te manda, y por si esto te parece imposible, eleva tu consideracion hasta el cielo y allí verás una multitud de santos de tu mismo estado, condicion, sexo y ocupaciones, que vencieron, triunfaron y reinan con Jesus en la gloria, porque guardaron sus preceptos; imítalos, y tu felicidad será como la suya. Ama á Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu espíritu, y al prójimo como á ti mismo, y

tente por dichoso y bienaventurado. ¿Se necesita de mucho estudio para aprender el secreto de ver virtuosos en esta vida y eternamente felices en la gloria? Escrito está « que es bien-aventurado aquel que lee, que oye y que observa lo que está-escrito en el Evangelio » y santa Apolonia nos sirve de ejemplo, de guia y de modelo para practicarlo así. Ella vivió siempre adicta al cumplimiento de sus deberes evangélicos; peleó, venció y triunfó, porque amó á su Dios; fué llevada entre músicas celestiales á la gloria, porque jamas dejó los caminos de la salvacion, y desde el trono de su felicidad intercede con nuestro Dios, para que nos proteja y defienda en este valle de lágrimas, y nos haga dignos de hacerla compañía en el cielo. Con que imitémosla en sus virtudes, pidámosla que nos favorezca en nuestras necesidades, que nos socorra en nuestras dolencias; que nos ampare y dirija en nuestros conflictos, que nos alcance la gracia que todo lo puede, y confiemos en que nuestro Dios nos llevará por el camino de la salvacion á la gloria eterna, que á todos deseo. Amen.

FIN DEL TOMO PRIMERO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TABLA

DE

LOS SERMONES, DISCURSOS ETC.,

QUE COMPRENDE

EL TOMO PRIMERO.

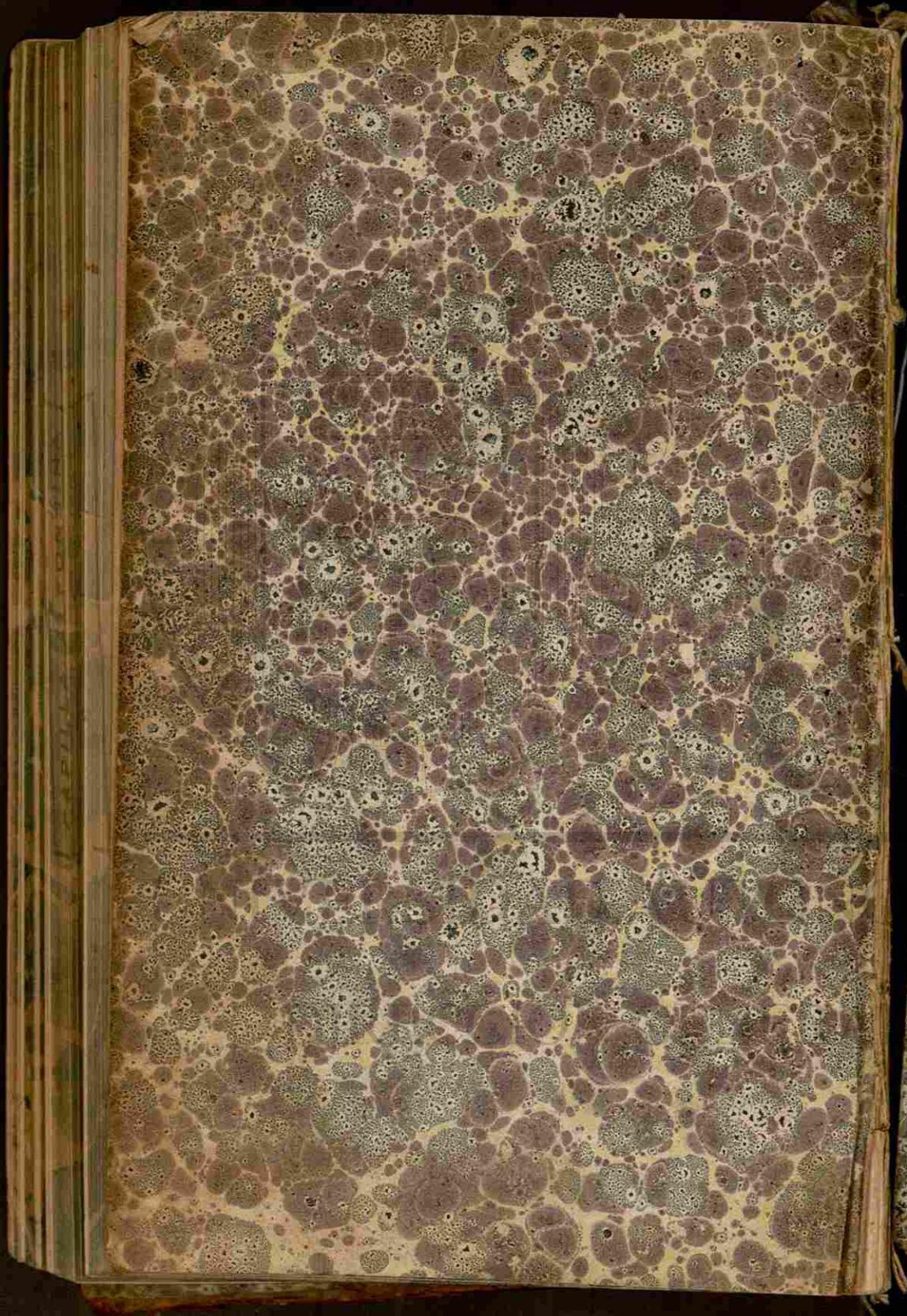
	PÁG.
Discurso para el día de los santos Ángeles Custodios. — De Troncoso.....	1
Sermon del santo Angel de la Guarda. Los santos Ángeles de nuestra Guardia son nuestros verdaderos amigos. — De Lázaro García.....	12
Sermon de san Gabriel arcángel. Debemos honrar al arcángel san Gabriel siendo agradecidos y aprovechándonos del beneficio de la redencion. — De Lázaro García.....	21
Sermon para el día de san Miguel arcángel. — Del Púlpito español.....	29
Sermon para el día de san Miguel. — De Almeida.....	41
Discurso para el día de la dedicacion de san Miguel arcángel. — De Troncoso.....	51
Discurso para el día de san Rafael arcángel. — De Troncoso....	61
Sermon de san Rafael arcángel. — De Bordoy.....	73
Sermon de santa Águeda virgen y mártir. Obligacion de amar y de morir, si fuera necesario, por Dios. — De Lázaro García..	81
Sermon de santa Águeda virgen y mártir. La confianza grande en Dios hizo que santa Águeda triunfara y venciese los mayores peligros, y que se mostrase esposa digna de Jesucristo. — De la Biblioteca predicable.....	91
Sermon de san Agustin. — De Bencomo.....	98

BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

Sermon del padre san Agustin. — De Armaña.....	117
Sermon de san Agustin. — De González.....	134
Discurso para el dia de san Agustin, doctor de la Iglesia. — De Troncoso.....	143
Sermon del Beato Alfonso Rodriguez. — De Bordoy.....	156
Sermon de santa Ana. — De Bencomo.....	172
Sermon de santa Ana, madre de Maria santisima. La cualidad de ser la madre de Maria santisima es el elogio mas completo de santa Ana. — De Lázaro Garcia.....	184
Discurso de santa Ana, madre de Maria santisima. — De Troncoso.....	193
Sermon de santa Ana. — Por Sánchez Sobrino.....	204
Sermon para el dia de san Andres. — Del Pulpito español.....	215
Sermon para la festividad de san Andres. — De Bourdaloue.....	229
Discurso para el dia de san Andres apóstol. — De Troncoso.....	250
Sermon para el dia del apóstol san Andres — Del Pulpito español.....	264
Pláticas de Animas. 1ª Sobre el Dogma. — De Sánchez Sobrino..	278
Pláticas de Animas. 2ª Sobre las penas que padecen.....	285
Pláticas de Animas. 3ª Sobre los medios de aliviar suspenas....	291
Pláticas de Animas. 4ª Sobre la obligacion de ofrecerles sufragios	296
Sermon de Animas. — Del Pulpito español.....	302
Sermon de san Antonio Abad. — De Bencomo.....	313
Sermon de san Antonio Abad. El temor de Dios hizo fuerte á san Antonio Abad contra todas las tentaciones. — De Lázaro Garcia.....	333
Sermon de san Antonio Abad. — De la Biblioteca predicable...	343
Sermon para el dia de san Antonio Abad. — Del Pulpito español.	351
Discurso para el dia de san Antonio Abad. — De Troncoso....	364
Sermon de san Antonio de Padua. San Antonio opuso á sus pasiones la mortificacion, y á los escándalos el ejemplo de sus virtudes. — De González.....	378
Discurso para el dia de san Antonio de Padua. — De Troncoso..	387
Discurso II para el dia de san Antonio de Padua — De Troncoso.	400
Sermon de san Antonio de Padua. — De Santander.....	413
Sermon de san Antonio de Padua. — De Sánchez Sobrino.....	425
Sermon de santa Apolonia virgen y mártir. — De la Biblioteca predicable.....	439



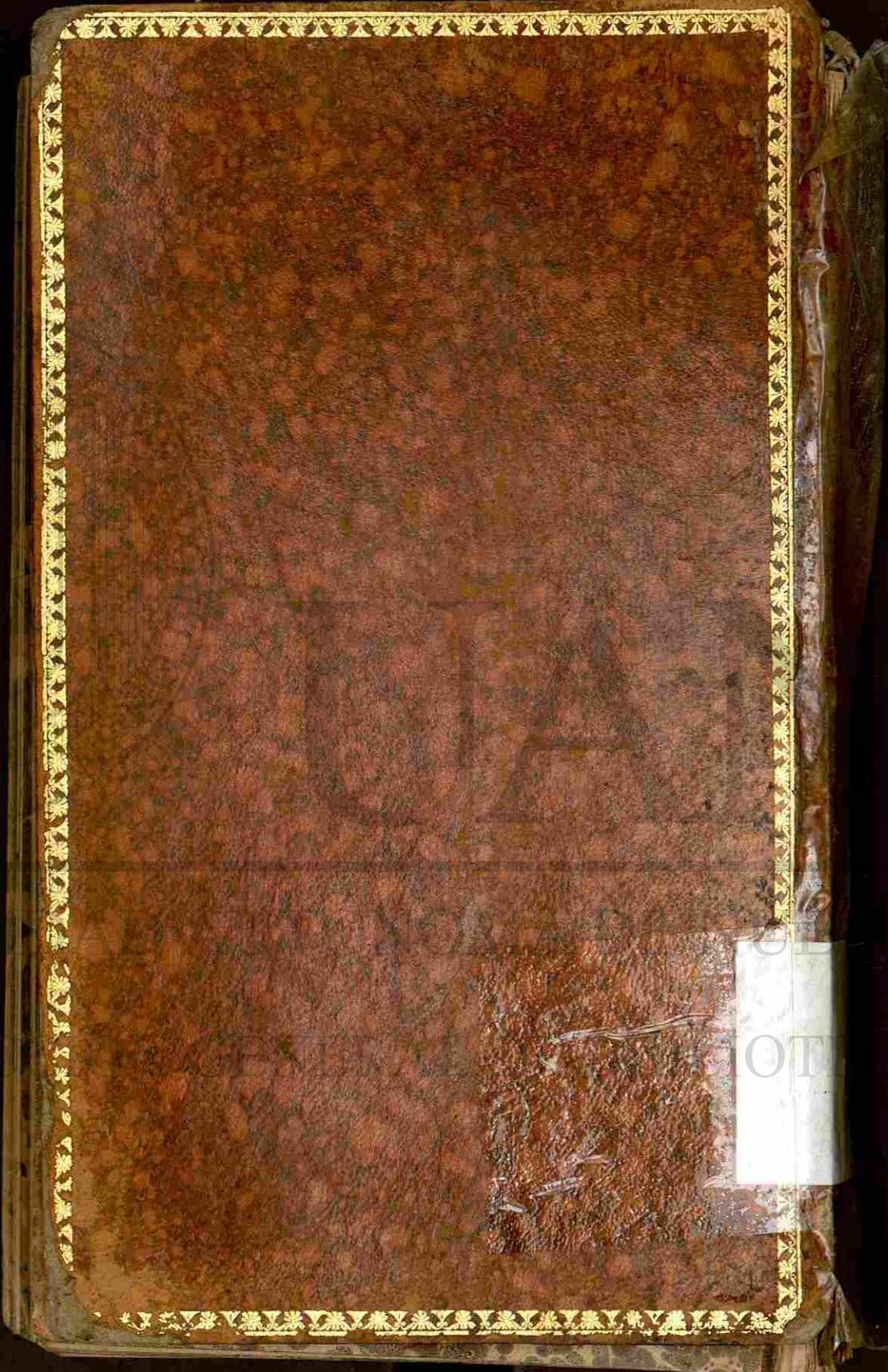
FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



1080043099



Jose Angel Benavente



OT
OT